

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

**Departamento de Ciencia Política y de la Administración III (Teorías y
Formas Políticas y Geografía Humana)**



TESIS DOCTORAL

**La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en
Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Íñigo Errejón Galván

Director

Heriberto Cairo Carou

Madrid, 2012

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Ciencia Política II



LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA DURANTE EL PRIMER
GOBIERNO DEL MAS EN BOLIVIA (2006-2009):
UN ANÁLISIS DISCURSIVO

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Íñigo Errejón Galván

Bajo la dirección del doctor
Heriberto Cairo Carou

Madrid, 2011

TESIS DOCTORAL

**LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA
DURANTE EL PRIMER GOBIERNO DEL
MAS EN BOLIVIA (2006-2009):
UN ANÁLISIS DISCURSIVO**

Íñigo Errejón Galván

Director de tesis: Heriberto Cairo Carou

Programa de doctorado: Conflicto político y procesos de pacificación

Departamento de Ciencia Política y de la Administración II

Universidad Complutense de Madrid

A mi padre, que me ha enseñado a pensar y combatir.

Porque fueron somos, porque somos serán

Agradecimientos

Uno se plantea inicialmente la escritura de su Tesis Doctoral como la culminación de sus aspiraciones intelectuales, un trabajo que condense sus inquietudes, curiosidades y lecturas. En parte como resultado de un respeto no exento de cierto temor, es común pensar en la Tesis como el libro de la vida del doctorando. La mayor parte de los colegas y amigos con los que lo he comentado coinciden en este punto. Es difícil afrontar el enorme esfuerzo vital, intelectual y emocional que la investigación doctoral requiere, si no se parte de un profundo compromiso con lo estudiado, en tanto que empresa intelectual relevante para la comunidad científica y para los sujetos estudiados. En mi caso esto es especialmente cierto: no podría haber culminado este esfuerzo de no haber sido por la pasión hacia lo investigado, sus gentes, la curiosidad intelectual, su ejemplo de transformación política. Tampoco sin haber sentido que, de alguna forma, esta tesis es un esfuerzo que comparto con much@s, que han acompañado, escoltado, preguntado y esperado esta tesis. Eso es un lujo que no está al alcance de todo el mundo, y por eso me siento tan afortunado como abrumado en el momento de reconocerlo en estos agradecimientos. Sabiendo ya que es una aspiración imposible, espero que los seres queridos se lean en estas líneas y, sobretodo, en lo compartido y lo que está por compartir.

En este proceso, el paso del tiempo atempera la pasión, la enfría y la adapta a los requerimientos de la investigación: se trata de una carrera de largo plazo, en la que los arranques de intuición o las ocurrencias fugaces tienen que ser sostenidos por la resistencia y el método. “No es boxeo, es ajedrez”. Si se me permite el guiño al marco teórico aquí empleado, el proceso de redacción de la Tesis Doctoral ha constituido un ejemplo palpable y cotidiano de lo que Gramsci llamaba, en su teoría de la conquista del poder político, la “guerra de posiciones”, prolongada y gobernada por la planificación, los avances y retrocesos, la voluntad organizada.

En ese esfuerzo, Heriberto Cairo, Director de esta Tesis Doctoral, ha constituido una referencia firme y un ejemplo de mirada larga y respeto por el trabajo propio, a través del rigor. Los presupuestos teóricos de esta Tesis remiten a la influencia de Heriberto. Él fue el primero en advertirme de la simplificación de considerar los discursos “epifenómenos de una realidad estructural que sucede en otra parte”, y en recomendarme la línea fértil de preguntarse por su capacidad preformativa, creadora de códigos e imaginarios que hacen inteligible la realidad social, y le atribuyen sentido político. A lo largo de aquel curso de “Geografía

política y geopolítica de América Latina” en el último año de licenciatura, y del seminario de geopolítica en el programa de doctorado “Conflicto político y procesos de resolución”, así como de los diferentes cursos, cursos de verano, seminarios, lecturas y discusiones en su despacho, el trabajo con Heriberto fue ayudándome a desarrollar una forma de pensar los fenómenos políticos marcada por la atención a lo que los actores dicen de sí mismos y su contexto no como un dato más sino como un punto prioritario de partida, una posición epistemológica y metodológica. Esta perspectiva está muy presente en esta investigación. Además, fue por su insistencia que terminé solicitando a la UCM una estancia de un año en la Universidad de California Los Angeles (UCLA) bajo la tutoría de John Agnew, en el curso 2007-2008. Una vez que me convenció de la pertinencia de irme a estudiar a California, yo me incliné originalmente por solicitar la beca para Irvine y su centro de Estudios sobre los Sistemas-Mundo. En un estilo muy propio, con una tutela casi invisible, Heriberto consiguió que finalmente yo acabase en el Departamento de Geografía de UCLA, y no 6 sino 9 meses, como él quería. La estancia tuvo momentos difíciles pero constituye sin duda, hasta la fecha, el período intelectualmente más fructífero de mi vida. Allí descubrí cuánto se puede leer en una semana si apenas se tiene otra actividad, en un curso que supuso un verdadero bombardeo bibliográfico y de estímulos académicos.

De UCLA recuerdo con especial gratitud y afecto a John Agnew, profesor brillante y cálido, que me enseñó a leer con cuidado y me demostró que rigor teórico y flexibilidad metodológica no sólo no están reñidos sino que combinan ofreciendo perspectivas particularmente ricas de investigación. Con John me acerqué por primera vez a Antonio Gramsci a través de la obra de David Morton *Unravelling Gramsci: Hegemony and Passive Revolution in the Global Political Economy* y después, ante mi interés, en el uso de las categorías gramscianas en la geopolítica crítica y constructivista en sus propios estudios. Su concepto de *sense of place* me ha resultado intelectualmente muy sugerente y de ahí parte mi atención a las identidades políticas territorializadas en Bolivia, y su recomendación de que les prestase atención como proceso de importancia central en la política del país. Recuerdo con especial cariño aquel *fish and chips* en un pub con reminiscencias inglesas de Boston, durante la Conferencia anual de la Association of American Geographers en abril de 2008, cuando, siendo John Presidente del organismo, me dedicó unas apasionantes horas a discutir sobre la política europea, en la que comprobé lo incisivo de sus análisis y su rara disposición a escuchar otras posiciones.

Me influyeron más de lo que entonces pensaba aquellas sesiones del *Political Geography Workshop*, y los compañeros que contribuyeron con comentarios a que fuese perfilando la investigación: especialmente Wesley Reisser, por nuestras conversaciones en las que me explicó los entresijos de la apasionante y compleja política norteamericana pese a la evidente distancia entre sus posiciones y las mías, que creo asumía como un “exotismo” europeo; Tristan Sturm, un canadiense con el que compartí miradas irónica sobre nuestro entorno “yankee”, varias cervezas y un equipo de fútbol sin demasiada fortuna; Timur Hammon que me ayudó a conseguir una cama y fue un amigo siempre dispuesto a ayudarme en la integración en el “Nuevo Mundo”; Pablo Fuentenebro, mi primer contacto al llegar, compañero de comidas y de aquella preciosa incursión en el medio oeste junto con Paloma Fernández, dos amigos a los que deseo suerte en sus carreras como geógrafos culturales. Ulrich Oslender fue mi primer y diligente guía en UCLA, y Justin Zackey cometió la imprudencia de dejarme impartir clases de geografía política en inglés. Disfruté y aprendí enormemente con los dos cursos de Sociology of Development que César Ayala dirigía, un sociólogo marxista boricua que fue tan estricto dentro de clase como amigo fuera de ella. A él le debo mis conocimientos sobre economía política e historia del desarrollo capitalista, las lecturas de Vivek Chibber, Eric Wolf, Ernest Mandel, Peter Evans, Robert Brenner y los capítulos de *El Capital* dedicados a la acumulación originaria, y no puedo sino desearle lo mejor, y que finalmente consiga esa beca para investigar en Sevilla sobre los inicios de la economía de las plantaciones azucareras en el caribe colonial. Por último, recuerdo a los amigos que fueron una preciada válvula de escape en medio de semanas agotadoras: Pablo – esos partidazos de los viernes-, Luís -Mr. Ferrer-, Sony, Nuria y Luke , Carlos, Eva –l’única compañía a LA- Jaione, y Julien, el mejor amigo que regresó a Francia demasiado pronto. También a Hoon, el extraño de la habitación de enfrente al que recuerdo mucho más a menudo de lo que imaginaba.

En Bolivia me cuesta decir. Le agradezco a sus gentes, a sus empecinadas cabezas altas. Especialmente a Óscar Vega “Okí”, siempre la primera mano, a Raúl Prada “Chato”, a Pablo Stefanoni, periodista alérgico a la superficialidad y una de las referencias a las que aún acudo a diario para seguir lo que sucede en Bolivia, a Sabino Mendoza, *hermano*, y su hermano Lucio, Patricia Ballivián, compañera ministra, Pamela, Luís Gómez y su compañera que me acogieron al aterrizar, Harold y Zule de “Indymedia Sucre”, Hervé Do Alto, Rubén Egüez, Portugal del Plan 3000, compañero de una valentía que me ruborizó, Pável López. Tengo que agradecerle también, a todos los que aceptaron a ser entrevistados, más de los que aquí

aparecen reflejados, a todos los que generosamente me brindaron información, me contaron y me explicaron. Desde el otro lado, como entrevistador para *Rebelión*, Salvador López Arnal me obligó, con preguntas incisivas para aquella entrevista en *Rebelión*, a ordenar, formular y repensar mis ideas, así como a difundirlas con su firma, todo un lujo. Le agradezco también a tod@s l@s que me ayudaron sin esperar nada, a tod@s l@s que me convencieron de que esta tesis tenía que escribirse, a tod@s l@s que pagaron un precio alto por la dignidad.

El último *lugar* de mi tesis fue Bolonia. Allí se obró el milagro y las intuiciones, notas, lecturas, resúmenes, experiencias y datos se hicieron tesis. En el momento me pareció una triste paradoja haberme ido a vivir a una ciudad tan hermosa y agitada para conocer casi en exclusiva sus bibliotecas – Sala Borsa- y el salón y la pequeña y encantadora terraza de mi casa. Allí escribí la mayor parte de la tesis, en largas horas de trabajo febril, desesperación y entusiasmo. Bolonia fue también la lectura, compulsiva primero y detenida después, de Gramsci, sobretudo a través de la edición crítica de los *Quaderni del carcere* realizada por el Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana. En ese esfuerzo, como en el proceso de redacción, tuve la suerte de contar con la asistencia, los consejos y la siempre buena disposición de Sandro Mezzadra, bajo cuya supervisión trabajé, de marzo a agosto de 2010, en el *Dipartimento di Politica, Istituzioni e Storia* de la Universidad de Bologna.

En la facultad, numerosos profesores han dejado poso en mi trabajo. Los recuerdo el orden en que me dieron clase desde que entré en la carrera: Consuelo Laiz Castro, María José Villaverde, Estrella López Keller, Cristina Velázquez, Jaime Ferri; Juan Carlos Monedero con su brillante “boaventurismo” y su pasión enseñando; Antonio Elorza, con quien pasé un curso discutiendo mucho y aprendiendo más, y que me hizo repetir 3 veces el mismo examen; Ramón Cotarelo y mi suerte de su última asignatura de doctorado; José María Maravall, con el que me batí en todas las clases, casi siempre perdiendo y siempre aprendiendo, y que en mi último examen de la carrera me abrió la que podría haber sido otra carrera académica; Javier Franzé y aquel estimulante seminario sobre “la política y lo político” que me dejó reminiscencias que se han ido revelando con el paso de los años; Carolina Bescansa y su maravilloso curso sobre el marketing político y las campañas electorales, que me hizo comprender la irresponsabilidad de que la izquierda descuidemos determinadas conocimientos técnicos de importancia política central al tiempo que me descubrió mi pasión por los discursos y la comunicación política; Heriberto Cairo y Rosa de la Fuente, en su curso “Geografía Política y Geopolítica de América Latina”, que plasmaron aquello de que para

pensar alternativas hay que aprender a pensar alternativamente; María Lois, primera avanzadilla en Bolivia, con la que he compartido dudas de aquella tierra y de cuya tesis he aprendido mucho; Ariel Jerez, que se ganó mi admiración y respeto, antes de conocernos, en la primavera del “No a la Guerra”, y después en aquel seminario sobre comunicación política en el que aprendí a replantearme la utilidad de los hábitos políticos heredados, y la centralidad de la batallas por el alineamiento de marcos discursivos; Esther del Campo y su seminario sobre metodología, una luz en medio de la incertidumbre de la solitaria labor investigadora, que luego prolongó dejándome siempre su puerta abierta, lo que le agradezco enormemente; Jaime Pastor, referente firme, en tiempos de ciencia política aséptica, de convergencia de compromiso militante y rigor intelectual. Conocí a Yann Moulier Boutang en un curso sobre pensamiento descolonial organizado en la facultad por Heriberto Cairo en 2006; le agradezco enormemente que me animase a publicar aquel artículo, de mis primeros, en la revista *Multitudes*, y me considero muy afortunado por su seguimiento en la distancia de mi trabajo, con comentarios, sugerencias y ánimos.

La Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid ha sido para mí una verdadera casa, donde he vivido, desde aquel primer día en el que entré fascinado, algunas de las experiencias más hermosas de mi vida. Allí trabé complicidades y cariños, y me enorgullezco de decir que no cabrían en estas líneas. Son much@s l@s compañer@s con los que he aprendido la ardua y preciosa tarea de “defender la alegría y organizar la rabia”: l@s primer@s *contrapoderes* entre los que destacar a Cris, Tania, Pablo que sigue dando guerra, Antonio, Padowan, Jesús Rasek, Albita, la presidenta Raquel; y la siguiente oleada, que hacen válidos los esfuerzos primeros y los superan: Ramón Espinar, enorme incorporación a mitad de temporada, siempre en el área, Pedro Limón, Carmen Aldama, Héctor, Ariane, Andrés, Jesús, Ángela, Tomás, Alberto, Alejandro, Kike por fin!, Sara, Marina(s), Miguel, y tod@s l@s que me dejo, que ponen el cuerpo y la cabeza al servicio de una utopía pequeña. También l@s compas de La Promotora, en su mayoría ya nombrados.

El Colectivo 1984, de Pozuelo-Aravaca, es lo más cercano a unas raíces que he conseguido, junto a much@s otr@s, plantar. Comenzamos compartiendo lemas y pegatinas, de adolescentes, y desde entonces van 7 años de “construir barrio desde abajo y a la izquierda” y fiestas populares, creciendo con compañer@s valientes y comprometid@s: Ignacio, una mente excepcionalmente armada, Chino, que se resistió sólo para después mostrar lo que nos

podíamos haber perdido, Elenita mujer guerrera, Lauritxu, de las primeras, Sara, filóloga rebelde y amiga, Mario, Serranito, Carlitos, Harry. Tod@s l@s nuev@s que me parece conocer. Compas valientes y generosos.

Als Països Catalans vaig tenir sempre una terra d'acolliment. Allí vaig comprendre la importància de les arrels, la identitat i els seus acompanyants necessaris. Vaig sentir enveja, calor i emocions. Vaig arribar per primera vegada, recollit per Agustí i Roger, des de llavors un company. Arnau és un quadre que mai baixa la mirada. Nora i el seu "allò personal és polític", mai tan cert. Bernat em va portar per primera vegada a Girona, i em va canviar la vida sense saber-ho.

Eli em va retornar les paraules – “m'agrada que ens vegin junts”-, em va descobrir els seus matins i un país meravellós, al que sempre vull tornar i que sempre farà olor d'ella i a la seva alegria vigorosa. Per dormir bé necessito pensar que mai estarà massa lluny.

“Madrid no arde pero te quema”, decíamos. Guardo especial cariño por aquell@s con l@s que intenté una cosa, la otra o ambas. Gonzalito, quien me explicó sin proponérselo lo que es el conflicto; Virginia, auténtica e íntegra como no he conocidos; Miguel Urbán, imprescindible con mayúsculas, pero también amigo; Sara, demasiado inteligente para esta ciudad y a la que admiro más de lo que sabe; Clara y aquel curso de agitación y muchas facultades; Chus, revolucionario tranquilo y sabio; Osquitar “vaisde”, Vitorino, Ricky; Miguelito, líder asambleario al que debí escuchar más. Manolo Monereo, uno de los pocos con quien ninguna conversación es en balde. Manu, una de las mejores personas que conoco, con el que comparto Bolivia como problema y pasión, más lecturas que con nadie y el significante vacío “Pueblo”, y que ha vivido esta tesis como suya; Julia y la poesía de a poco. Pese a todo, Ana. Tod@s l@s que, aunque ahora políticamente distantes, han sido “nosotr@s” conmigo, y son parte de mi historia. A los que me dejo de “las Jajas”, de “Arde Madrid”, de la Asamblea de Facultad, de ACME. Tod@s l@s que hicieron de Madrid una ciudad mía.

A los compañer@s de la Fundación CEPS les agradezco enormemente la primera confianza en mí al enviarme a Bolivia a finales de 2006 a trabajar con la Asamblea Constituyente, donde tanto aprendí. De ahí viene mi enamoramiento con Bolivia y su política tumultuosa. La relación con CEPS, desde entonces, no ha hecho sino incrementarse, constituyendo para mí una ilusión militante y una escuela de formación constante. Destacan Albert Noguera,

intelectual orgánico; Alfredo Serrano, que siempre será mi “coordi” y es una demostración permanente de que la combinación de capacidad de análisis, eficiencia y buen humor es un arma de construcción masiva; Adoración, que le cedió la palabra a un crío frente al Tribunal Superior Electoral de Ecuador, mis primeros minutos en el campo, en los que se convirtió en mi “responsable”; Luís Alegre, pensador cálido; Alberto Montero, “presi” y a pesar de ello amigo, Roberto Viciano, descomunal, Rubén Martínez, Fabiola Meco, Àngela, Paco, Isabel... comandantes de nuestra división de combate ideológico, verdaderos conseguidores de imposibles cotidianos, de día y de noche. Auxi y Sergio, excepcionales colegas de trabajo, después magníficos compañer@s y hoy amig@s muy queridos con los que espero me queden muchos viajes. Branda, Raimundo Viejo, el “bonzo de la Pompeu”, un galego-català multitudinario del que siempre se aprende, que debate con cariño y sin misericordia. Tone, que supe camarada de inmediato, un galego padovano sin solución de continuidad. Carlos Prieto, proteico, arrollador y cercano.

Hay compañer@s que me han acompañado las debilidades y las euforias, que siempre han estado, a los que les debo tanto que espero tomen estas notas tan sólo como otro paso. *La vida va deprisa cuando se va corriendo...*

Jorge Moruno, “El Dueño”, intelectual con sangre, guerrero postfordista, tiene el corazón comunista, y me quiere con desmesura; me basta con que sepa que, también en esto, somos iguales. El Manzana, al que algun@s conocen como Sergio, lleva años siendo imprescindible, también en mi vida, mi compa de siempre, ya hermano, la sonrisa que indica que estoy en casa. Nacho nunca ha llegado a estar lejos: nunca me he vuelto a reír así con nadie –“Zipi, el día que tiremos de la manta...”- a vivir acompasado. Oli es él y su lucha contra sus circunstancias: cariñoso, brillante y contradictorio, mi amigo más antiguo. Le agradezco, sin decírselo, cada vez que me reclama. Sigo soñando a Guille, y me encuentro aún sus bromas desperdigadas por mis días.

Nos conocimos enfrentados, pero no tardamos mucho en comprender que veníamos del mismo sitio y debíamos cuidarnos, porque nos quedaba mucho camino por recorrer juntos. En Pablo Iglesias he encontrado un compañero de mente incisiva y voluntad bolchevique, así como un permanente estímulo intelectual. Él me enseñó que el arte de la guerra se practica con método y tesón, haciendo más que diciendo, como me quiere. Esta tesis y su autor le deben mucho más de lo que cabría en estas líneas.

A tod@s ell@s, con tod@s ell@s, *figli della stessa rabbia*.

Rita se sabe de memoria, a su pesar, esta tesis, las reflexiones, interrogantes y horas que están detrás de este trabajo. Diría que tiene el inigualable mérito de haberme aguantado en los tiempos de zozobra, y, quizá más aún, en los del buen viento. Sin embargo, eso sucede en el transcurso de compartir los días a puñados, como las ganas, la guerra y las manos. Y eso sí me sería insustituible.

Llegando al final, se acaba siempre en el comienzo, en el núcleo duro, en mi gente: son tantos que me sostienen con sus cariños, a los que quiero abrazar aquí. Mati, con las manos llenas de socialismo; Gema y Jose, “tít@s” queridos de tantas charlas y montañas. Mi hermano Guille, que me cambió la vida: no he jugado nunca tanto con nadie, a nadie le he puesto tantos nombres –que sólo con dificultad evito que se me cuelen aquí. Me duele si le duele, y me alegra si le alegra. Debe saber que admiro su inteligencia, su sensibilidad, su valentía.

José Antonio ha sido y es padre y compañero. Le dedico la tesis doctoral por que *me ha enseñado a pensar y combatir*. A él le debo mi formación, el respeto por los libros y el amor por l@s nuestr@s. También la capacidad de esfuerzo. Todo eso, sin darse cuenta, lo ha conseguido siendo mi principal referencia intelectual, política y vital. Y convirtiendo su orgullo en mi mejor recompensa. María Ángeles es mi madre, y eso es todo: sostén y anclaje sólido en la tierra, cuidado, armadura, caricia, consejo, pilas de novelas y un descomunal criterio literario –me enseñó el camino de regreso al placer de leer por placer, pavimentándolo de excelentes regalos- y, sobretodo, la defensa terca de la alegría, como algo inevitable. Este largo trabajo, como todo lo anterior, habría sido imposible sin ella.

Índice

INTRODUCCIÓN	24
1. Objetivos de la investigación	25
2. Revisión de las principales investigaciones sobre la crisis del Estado y la construcción de poder político en Bolivia	30
2.1 Condiciones de partida: la escasez de investigaciones de Ciencia Política sobre Bolivia	32
2.2 La Reforma del Estado y los análisis de la gobernabilidad	36
2.3 <i>Algo pasa con Bolivia: el “Ciclo Rebelde”, los pueblos indígenas y los movimientos sociales</i>	39
2.3.1 El grupo <i>Comuna</i>	39
2.3.2 Los estudios de movimientos sociales	43
2.3.3 Las investigaciones sobre el movimiento indígena y la perspectiva indianista/descolonial	49
2.3.4 Bolivia Bolivariana: Las representaciones de Bolivia como componente de un proyecto regional	51
2.4 Los trabajos sobre el primer gobierno del MAS (2006-2009)	55
2.4.1 La importancia del líder: investigaciones sobre Evo Morales	55
2.4.2 Los trabajos sobre la organización MAS-IPSP, entre el enfoque de partidos políticos y el de movimientos sociales	59
2.4.3 El proceso constituyente, la Constitución y el nuevo sistema político	63
2.4.4 El conflicto regional y las autonomías	66
2.5 La perspectiva de la hegemonía. Principales contribuciones	71
2.5.1 El enfoque liberal: la cercanía entre hegemonía y autoritarismo	72

2.5.2.	Hegemonía en la obra de García Linera	73
2.5.3	Pablo Stefanoni: hacia un análisis discursivo de la hegemonía	78
2.5.4	Otras contribuciones destacadas desde el enfoque específico del discurso y la hegemonía	80
2.6	Conclusiones: la pertinencia y necesidad de un análisis discursivo de la hegemonía	86
3.	Estructura de la Tesis Doctoral	90

PRIMERA PARTE

Hacia una teoría de la construcción discursiva de la hegemonía

CAPÍTULO I		
HEGEMONÍA		107
1.1	Introducción	107
1.2	El concepto de hegemonía	110
1.2.1	Genealogía de un concepto marxista	110
1.3	Gramsci y el desarrollo de la hegemonía	114
1.3.1	El desarrollo del concepto de hegemonía dentro del análisis del poder político	116
1.3.2	La teoría gramsciana de la hegemonía	121
1.4	Categorías fundamentales del pensamiento político gramsciano	124
1.4.1	Bloque histórico	124
1.4.2	Intelectuales orgánicos	125
1.4.3	Sentido Común	126
1.4.4	Guerra de posiciones	128
1.5	Formas de política hegemónica: Revolución pasiva y hegemonía expansiva	131

1.6	Construcción en lugar de suma: “Voluntad colectiva Nacional-popular”	134
1.6.1	La constitución nacional del “pueblo” en Gramsci	136
1.7	Síntesis del modelo teórico	140

CAPÍTULO 2

DISCURSO Y ARTICULACIÓN

2.1	La crítica a la concepción de la ideología como epifenómeno	145
2.2	Entre lo universal y lo particular	154
2.3	El campo de la práctica hegemónica: Conflicto y “afuera constitutivo”	159
2.4	Cadenas y constitución política: lo “popular” y lo “institucional”	164
2.5	Una teoría del discurso	167
2.5.1	Aclaraciones previas necesarias	170
2.5.2	Los elementos estructuradores del discurso	173
2.5.2.1	Las relaciones de diferencia y equivalencia	173
2.5.2.2	Los diferentes tipos de sobredeterminación	174
2.5.2.3	Los puntos nodales y su efecto unificador	175
2.6	El discurso en marcha: nominación e identidades políticas	177

CAPÍTULO 3	
IDENTIDADES POLÍTICAS	
Y CONSTRUCCIÓN DEL “PUEBLO”	181
3.1	El término maldito: la literatura sobre el “populismo” 183
3.2	Lo nacional – popular en América Latina 187
3.2.1.1	Carlos Vilas y la interpretación economicista de las construcciones Nacional-populares 191
3.3	Populismo y construcción de identidades populares en la <i>Discourse Theory</i> 198
3.4	La cuestión de la contingencia: los sentidos políticos posibles Del “Pueblo” 210
3.5	Política, hegemonía y populismo: ¿Forma o momento? 212
CAPÍTULO 4	
UN MODELO PARA EL ESTUDIO DE LA HEGEMONÍA	220
4.1	La <i>Discourse Theory</i> y la Escuela de Essex 220
4.2	Principales críticas 221
4.3	Hacia un uso “débil” de la Teoría del Discurso 225
4.4	Un esquema de la producción discursiva de la hegemonía 230

SEGUNDA PARTE

Un aparato metodológico para el análisis de la hegemonía

CAPÍTULO 5

UNA EPISTEMOLOGÍA CONSTRUCTIVISTA PARA EL ANÁLISIS DEL DISCURSO

241

- 5.1 La perspectiva constructivista 242
- 5.2 Rastreado en los estudios sobre el nacionalismo:
principales enfoques 245
- 5.3 La formación de las identidades políticas 251
 - 5.3.1 El enfoque constructivista en el estudio de las identidades
Políticas. La trampa del “expresivismo” 252
 - 5.3.2 La articulación contingente de elementos diacríticos en el
discurso: etnias y naciones 255
 - 5.3.3 Producción de demarcaciones, producción de identidades 258
 - 5.3.4 Nominación y constitución política 260

CAPÍTULO 6

LOS ESTUDIOS SOBRE LA MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y EL *FRAME ANALYSIS*

263

- 6.1 Introducción 263
- 6.2 Origen y evolución del *Frame Analysis* 266
 - 6.2.1 Los enfoques más destacados en el estudio de la acción
colectiva 266
 - 6.2.2 La comprensión ecléctica: el sitio de lo discursivo como “factor” 269
 - 6.2.3 Nacimiento de la *frame perspective* 274
 - 6.2.4 Marcos, discurso y consenso 278

6.3	Principales propuestas metodológicas para el análisis de marcos	286
6.3.1	El grupo de Snow	287
6.3.1.1	Enmarcamiento	289
6.3.1.2	Alineamiento de marcos	291
6.3.1.3	Resonancia	293
6.3.2	Gerhards y la Estructura Ideal de Marco	297
6.3.3	Máiz: Marcos discursivos e identidades políticas	301
6.3.3.1	Campos de identidad	302
6.3.3.2	Estrategias enmarcadoras	304
6.3.4	Otras propuestas para el análisis del discurso	308
6.3.4.1	Los “esquemas cognitivos” de Johnston	310
6.3.4.2	Van Dijk y el “Análisis Crítico del Discurso”	311
6.3.4.3	Cabrera: discurso, lingüística y nacionalismo	315

CAPÍTULO 7

DISEÑO METODOLÓGICO PARA EL ANÁLISIS DE LA HEGEMONÍA EN BOLIVIA

7.1	La aplicación del análisis de marcos al estudio de la Construcción de la hegemonía	320
7.2	Aclaraciones necesarias sobre el modelo	327
7.3	Pregunta de investigación e hipótesis	330
7.3.1	Pregunta de investigación	330
7.3.2	Hipótesis	330
7.3.3	Subhipótesis	331
7.3.4	Variables dependientes	332

7.4	Técnicas de investigación y fuentes	332
7.4.1	Entrevistas semi-estructuradas	333
7.4.2	Análisis de fuentes documentales	347
7.4.3	Observación participante	349

TERCERA PARTE

Discursos y hegemonía en Bolivia

CAPÍTULO 8

CRISIS Y HEGEMONÍAS EN BOLIVIA **357**

8.1	La colonia y la República oligárquica: es “Estado aparente” y la imposibilidad de la hegemonía	359
8.2	La Revolución Nacional: orígenes, características y límites de la primera hegemonía en Bolivia	364
8.2.1	Antecedentes de la Revolución: es Estado de la Rosca y la Articulación estrecha de las élites	364
8.2.2	1952 y el Nacionalismo Revolucionario	367
8.2.3	Límites y descomposición política de la hegemonía de 1952: el período de las dictaduras y el auge de la élite cruceña	370
8.3	La hegemonía neoliberal en Bolivia	374
8.3.1	De qué hablamos cuando decimos “neoliberalismo”. Una teoría hecha proyecto político	374
8.3.2	El despliegue de la hegemonía neoliberal y la “Nueva Política Económica”	376
8.3.3	La profundización del modelo: el “Plan de todos”	382
8.3.3.1	La redefinición del rol del Estado en la economía	383

8.3.3.2	El neoliberalismo multicultural: descentralización, Gobernanza y <i>partnership</i>	385
8.4	Crisis de Estado, “Ciclo rebelde” y la formación de la contrahegemonía	387
8.4.1	La acumulación de protestas y el papel “nacional” del movimiento campesino indígena	387
8.4.2	La “Guerra del Agua” y el comienzo de la crisis de Estado	389
8.4.3	La “Guerra del Gas” y la dicotomización del campo político	393
8.5	La llegada de Evo Morales al Palacio, la naturaleza del MAS y la primera legislatura (2006-2009)	396
8.5.1	La imposible sucesión y el triunfo electoral de Evo Morales	396
8.5.2	El MAS: de instrumento político de los sindicatos cocaleros a partido de gobierno	398
8.5.3	El Gobierno del Movimiento al Socialismo y el proceso constituyente	400
8.5.4	El conflicto autonómico y la oposición regionalizada: los referendos revocatorios y el intento de “golpe cívico-prefectural” de agosto-septiembre 2008	404
8.5.5	Consolidación de la hegemonía. Las elecciones presidenciales del 9 de diciembre de 2008	408

CAPÍTULO 9

DISCURSOS EN PUGNA

417

9.1	Premisa de partida: identificando los dos discursos maestros	417
9.2	Los dos discursos en la lucha hegemónica	423
9.3	Diseño del análisis discursivo	425

CAPÍTULO 10		
EL DISCURSO OFICIALISTA		
<i>NACIONAL-POPULAR INDÍGENA</i>		428
10.1	El momento de ruptura populista y fundación de la contrahegemonía: las protestas antineoliberales	429
10.2	Evo Morales y el MAS como catalizadores De la nueva identidad popular	432
10.3	El gobierno del MAS y la lucha por la consolidación Hegemónica	433
10.4	Los mecanismos de construcción de la hegemonía de MAS: el análisis de los marcos discursivos	436
CAPÍTULO 11		
EL DISCURSO OPOSITOR		
<i>CONSERVADOR-REGIONALISTA</i>		464
11.1	El nacimiento de la identidad política regional del oriente	464
11.2	La postulación de la Media Luna como identidad popular y su enfrentamiento con el <i>Gobierno nacional</i>	466
11.3	Análisis de los marcos del discurso opositor <i>conservador-regionalista</i>	468

CAPÍTULO 12

LA PUGNA DISCURSIVA

EN EL CONFLICTO REGIONAL

518

12.1	La demanda autonómica y los discursos en pugna	518
12.2	La consolidación hegemónica	522
12.2.1	La rearticulación de la demanda autonómica en el discurso <i>nacional-popular</i> indígena	524
12.2.2	Los intentos de respuesta de la oposición regionalista	528
12.3	La ampliación y consolidación del imaginario del “Proceso de cambio”: Constitución y autonomías	532
12.4	Dos momentos de fuerza y posterior cristalización de la hegemonía	543
12.4.1	La aprobación de la Ley Electoral: “derecha <i>versus</i> democracia”	543
12.4.2	El antiterrorismo: “derecha <i>versus</i> Patria”	547
13.5	La victoria relativa: metonimia entre MAS y Bolivia	552

CONCLUSIONES

CAPÍTULO 14	559
14.1 Bolivia como caso: ruptura radical y recomposición hegemónica	559
14.2 Recapitulando: los pasos seguidos	562
14.3 Los resultados de la investigación	568
14.3.1 La política como generación de sentido	568
14.3.2 La hegemonía en Bolivia: la constitución del <i>pueblo</i> indio y pobre	570
14.3.3 Validación de las hipótesis	575
14.4 Contribuciones, alcances y posibles desarrollos de esta investigación	580
ÍNDICE DE FIGURAS	585
ÍNDICE DE FOTOS	587
BIBLIOGRAFÍA CITADA	589

Introducción

Sólo hay una cosa en este mundo peor que tener una identidad, y es no tener ninguna

(Terry Eagleton)

1. Objetivos de la investigación

América Latina se ha convertido, con especial intensidad desde el cambio de siglo, en un referente obligado para los estudiosos e investigadores de diferentes disciplinas de la Ciencia Política: desde los estudios de cambio político al área de trabajos sobre cuestiones etno-nacionales, pasando por los estudios de movimientos sociales o las investigaciones sobre partidos y sistemas de partidos. De esta forma, la región ha devenido un “laboratorio político” en el que se producen procesos de transformación social, complejos y contradictorios, en un momento histórico que en Europa y Estados Unidos parece marcado por un cierto *impasse* caracterizado por la convivencia de nuevas preguntas y viejas respuestas.

El contexto latinoamericano es extremadamente rico en especificidades y matices, hasta el punto de que las generalizaciones geopolíticas son ejercicios arriesgados a menos que estén bien asentados en un conocimiento entrelazado de las dinámicas políticas locales, estatal-nacionales y regionales. Dentro del continente, en todo caso, Bolivia destaca como un *lugar* político excepcionalmente fértil para el cambio político. El país vivió una de las mayores sublevaciones indígenas contra la Corona española en 1781; una Revolución en 1952 que disolvió el Ejército, nacionalizó las minas y terminó con el latifundio en el altiplano; una sucesión de dictaduras militares de dureza generalmente desconocida fuera de sus fronteras, que enfrentaron una resistencia obrera posiblemente inédita en el continente; una implantación de un programa de ajuste neoliberal más ortodoxo que ningún otro en el continente; un ciclo de movilizaciones que llamó la atención mundial al comienzo del siglo XXI; y hoy ostenta el primer presidente indígena de América Latina.

Esta enumeración sumaria de los hitos más destacados del país ilustra algunas de las razones que pueden llevar a estudiosos de diferentes disciplinas de las ciencias sociales a fijar su atención en el país andino.

Desde el campo específico de la Ciencia Política, no obstante, existe un motivo de mayor peso para dirigir la mirada hacia Bolivia: la prolongada crisis de Estado abierta por el ciclo de movilizaciones populares contra las políticas neoliberales (2000- 2005) se ha estabilizado –si no suturado– mediante una construcción hegemónica capitaneada por el Movimiento Al

Socialismo. Una construcción que reviste proporciones excepcionales por cuanto incluye por vez primera a vastos sectores sociales en una redefinición discursiva de la comunidad política que los posiciona como el núcleo del Estado como síntesis de los diferentes intereses sociales. Se trata de un proceso de construcción de poder político que, por sus dimensiones y sorprendente rapidez y alcance, supone un valiosísimo objeto de estudio.

Paradójicamente, sin embargo, existe relativamente poca literatura científica dedicada al proceso político boliviano –en comparación con la atención mediática o política que ha despertado, por ejemplo. En particular, sorprende la ausencia de investigaciones específicas de Ciencia Política que busquen explicar el rápido y profundo fenómeno de la quiebra del sistema político y la emergencia de un sujeto político inédito, capaz, sin embargo, de generar un consenso amplio y transversal en el que descansa su liderazgo histórico en el proceso de reforma del Estado.

Una revisión exhaustiva de las investigaciones más relevantes centradas en la cuestión del poder político en Bolivia sirve entonces para remarcar el interés del objeto de estudio para un número creciente de estudiosos; pero también para evidenciar la contradicción que supone que en la mayor parte de ellas una de las cuestiones señaladas como centrales y que preside todas las descripciones –la construcción radicalmente nueva de un poder político cimentado por un apoyo social generalizado - no sea objeto de atención prioritaria.

Se revisan entonces las investigaciones más relevantes producidas en los últimos años, acerca del proceso político boliviano. Se comienza señalando la escasez de trabajos de Ciencia Política dedicados al estudio de Bolivia, una situación que cambió ligeramente con los trabajos sobre la “reforma del Estado” en el neoliberalismo. Poco después, el “Ciclo rebelde” y el protagonismo de los movimientos sociales en la vida política del país andino, provocó el surgimiento de numerosos trabajos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, la mayor parte de ellos desde los enfoques de la sociología política o la antropología. Así mismo, proliferaron los trabajos, también desde la antropología y desde los estudios culturales, sobre los pueblos indígenas bolivianos, su movilización política y la perspectiva de descolonización que con ella abrieron. Estos trabajos resituaron a Bolivia en el mapa de las ciencias sociales, pero su alcance se ha visto limitado por sus enormes dificultades para dar cuenta de las transformaciones políticas posteriores a la llegada del MAS al Gobierno.

Pareciera que, de acuerdo con lo discutido por Pletsch en su artículo “The Three Worlds or the Division of Social Scientific Labor” (Pletsch, 1981), Bolivia pertenezca a los países periféricos merecedores de estudios sobre su “particularidades” en clave antropológica, sociológica o histórica, o sobre sus retos económicos en clave modernizadora, pero en ningún caso objeto de estudio para análisis específicamente políticos. Como ya se ha señalado, la historia reciente de Bolivia constituye un vivero extremadamente fértil, y a menudo desafiante, para probar las herramientas de la Ciencia Política.

Las investigaciones directamente politológicas producidas en torno al proceso boliviano son limitadas, aunque aumentan en número con el paso de los años. Se examinan en primer lugar los trabajos centrados en la figura política de Evo Morales, de utilidad para comprender un cierto estilo “decisionista” del presidente boliviano y su carisma personal que le permite ser el mejor símbolo del “cambio” en el país, pero más limitadas para comprender dinámicas políticas generales que trascienden sus actores individuales.

A continuación, se visitan los estudios centrados en la formación política MAS-IPSP, que se consideran enormemente valiosos para esta investigación, a la que aquellos más atentos al discurso político han servido como fuentes secundarias. No obstante, la construcción de hegemonía por parte del MAS implica dimensiones que escapan a un análisis de sus dispositivos organizativos o gestión de las tensiones internas, e incluso a sus declaraciones públicas.

Un área particularmente nutrida es la de los trabajos sobre el proceso constituyente y la reforma del Estado. No se profundiza en estas últimas, no obstante, más que en la medida en que reflejan una premisa de este trabajo: que los cambios en el Estado responden a cambios en la correlación de fuerzas -cambios hegemónicos en última instancia- y a la vez los desincentivan o consolidan.

De la misma forma, los estudios sobre la “cuestión regional” en Bolivia, un campo amplio y en crecimiento, contienen elementos claves para comprender la hegemonía, en la medida en que se ocupan del escenario sobre el que se dilucidó la pugna hegemónica. Pero la mayor parte de ellos no realizan este enfoque del problema, y al centrarse en las reivindicaciones autonomistas, en sus concreciones jurídicas o en las raíces históricas del regionalismo, constituyen referencias imprescindibles de este trabajo, pero dejan abierta la cuestión central:

la relación entre la cambiante geografía política boliviana y la lucha por la hegemonía nacional. Todas estas investigaciones visitadas contienen claves importantes para un estudio de la hegemonía en Bolivia, pero se ocupan de aspectos parciales, por lo que son aquí empleadas como información para elaborar el marco histórico y político en el que ésta investigación se ubica.

Por último, se analizan detenidamente y en profundidad los trabajos dedicados al análisis de la hegemonía en el proceso político boliviano, evolucionando desde las concepciones más extendidas hasta los estudios más elaborados, y terminando con una revisión de las últimas publicaciones, que indican un creciente interés por el análisis discursivo de la hegemonía.

La primera perspectiva analizada es la de aquellos estudiosos que, en un manejo un tanto vago del concepto de “hegemonía”, lo entienden como una tendencia autoritaria del MAS, que aspira a reunir todo el poder. Esta visión parece elaborada pensando antes en el combate político-mediático en Bolivia que en el rigor de sus planteamientos, pero su relativa prédica hace recomendable visitarla.

Los trabajos de Álvaro García Linera, investigador universitario y actual Vicepresidente de Bolivia, constituyen sin duda la veta más visitada de estudios sobre la hegemonía en el proceso político del país. Compaginando no sin algunas contradicciones los roles de actor político protagónico y analista de la evolución política, García Linera ha acuñado gran parte de los términos -“bloque indígena-popular”, “empate catastrófico”, “punto de bifurcación”- que marcan la discusión política actual boliviana, dentro y fuera del país. Todos ellos se enmarcan en una teoría gramsciana de la hegemonía ricamente regada por el estudio y la observación privilegiada de los acontecimientos. En la revisión, se reconoce la influencia de los trabajos de García Linera en esta investigación, pero se apuntan sus insuficiencias fundamentalmente en dos líneas: la primera derivada de los “silencios” necesarios que su condición de gobernante le impone a Linera, ataduras de las que este trabajo carece; la segunda, y más importante, resultado de una crítica a una cierta rigidez de las categorías de García Linera, en cuyo pensamiento a menudo las categorías “estructurales” y las “políticas” parecen mezclarse –como ocurre en su concepto de “bloque social-, en una trasposición a veces mecánica que acaba diluyendo la dimensión “construida” de la hegemonía,

Se revisan después las contribuciones de Pablo Stefanoni, que partiendo de los análisis de García Linera, realiza interpretaciones centradas específicamente en la cuestión de la hegemonía desde una perspectiva muy cercana al análisis de discurso. El trabajo de Stefanoni se considera estrechamente relacionado con el que aquí se presenta, algo sin duda favorecido por las continuas conversaciones e intercambios que hemos mantenido con él, no obstante, existen dos diferencias sustanciales. Por una parte el objeto de estudio concreto de esta investigación, la construcción de hegemonía *en* el conflicto regional, es un campo no trabajado por Stefanoni; por la otra, las investigaciones del argentino exponen con brillantez los componentes ideológicos del discurso del MAS, pero suelen quedarse en el nivel descriptivo, sin explicar los mecanismos por los que el discurso articula elementos dispersos y tiene capacidad de interpelación de grupos diferentes en una mayoría nacional.

Por último, se revisan los diferentes trabajos que aplican explícitamente la *Discourse Theory* al caso boliviano. Su proliferación parece indicar por un lado la coherencia del marco teórico y el fenómeno elegidos por esta investigación; pero al mismo tiempo estos estudios muestran los riesgos de las aproximaciones que, pertrechadas con un modelo teórico cerrado y un conocimiento superficial de la realidad del lugar al que se pretende aplicar, llegan a conclusiones prefabricadas, escritas de antemano, que no arrojan demasiada luz sobre las preguntas fundamentales que quedan por contestar, cuando no a resultados que el paso del tiempo a desmentido nítidamente. En Bolivia, diferentes trabajos, es cierto que ninguno de la envergadura suficiente, se han propuesto realizar una explicación de la hegemonía desde el estudio del discurso y las identidades políticas. Una lectura interesante de su revisión es que un conocimiento exhaustivo de la política del país constituye una condición necesaria para el éxito de cualquier investigación. De la crítica a los enfoques revisados se derivan las aportaciones que ésta investigación puede realizar a la comprensión del proceso político boliviano actual y la construcción de poder político, y, en un plano teórico general, a los estudios sobre la hegemonía.

2. Revisión de las principales investigaciones sobre la crisis de Estado y la construcción de poder político en Bolivia

En esta investigación se aborda la construcción de hegemonía durante el primer gobierno de Evo Morales en Bolivia (2006-2009). Se parte de la premisa, que será debidamente explicada en la contextualización histórica, de que en el país la crisis de legitimidad de las élites políticas tradicionales se convirtió en una “crisis de Estado” con la creciente ingobernabilidad provocada por la acción colectiva disruptiva de los movimientos sociales –el “Ciclo Rebelde”- en contra de las reformas neoliberales.

Cuando el Movimiento Al Socialismo y Evo Morales ganaron las elecciones presidenciales el 18 de diciembre de 2005 se producía un cambio en el gobierno, pero no se cerraba la crisis de Estado. Una amplia alianza forjada en las movilizaciones populares, cristalizada ahora en el MAS, se hacía con parte del poder político –que no con el Estado-, pero los actores políticos desplazados de la conducción estatal mantuvieron capacidad de veto y apostaron a una estrategia de oposición que llevara al colapso gubernamental. Esta estrategia se ejerció desde las regiones orientales del país, donde dichas élites eran políticamente dominantes. Por tanto el *conflicto regional* fue el principal escenario de resolución del conflicto político nacional.

De acuerdo con el enfoque adoptado, la crisis del Estado neoliberal fue esencialmente una crisis de *hegemonía*, en tanto que pérdida de capacidad de los grupos dirigentes para representar un interés general que le permitiese gobernar con la aquiescencia de los gobernados. La hegemonía es la forma de construcción de poder político en las sociedades con sistemas democráticos¹. El proceso político posterior es así interpretado, de la misma forma,

¹ El término “democráticos” no implica aquí una valoración normativa, sino la constatación de que la actividad hegemónica sólo pasa al primer plano de la política cuando no puede ser plenamente sustituida por la actividad coercitiva, la “dominación” pura. En los sistemas democráticos liberales, aunque el monopolio de la violencia sigue existiendo y dista mucho de ser neutral, de estar por encima de los conflictos sociales, las libertades formales permiten la competición política, entendida aquí fundamentalmente como una pugna entre diferentes discursos y sus actividades de articulación.

como el desarrollo contingente y contradictorio de la hegemonía expansiva del MAS, que se caracterizará como “nacional-popular indígena”.

En este apartado se revisan las investigaciones más relevantes producidas en los últimos años, acerca del proceso político boliviano. Se comienza señalando la escasez de trabajos de ciencia política dedicados al estudio de Bolivia, una situación que cambió ligeramente con el “Ciclo rebelde” y el protagonismo de los movimientos sociales en la vida política del país andino, que provocó el surgimiento de numerosos trabajos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, la mayor parte de ellos desde los enfoques de la sociología política o la antropología. Así mismo, proliferaron los trabajos, también desde la antropología y desde los estudios culturales, sobre los pueblos indígenas bolivianos, su movilización política y la perspectiva de descolonización que con ella abrieron. Estos trabajos resituaron a Bolivia en el mapa de las ciencias sociales, pero su alcance se ha visto limitado por sus enormes dificultades para dar cuenta de las transformaciones políticas posteriores a la llegada del MAS al Gobierno.

Posteriormente, se exploran las investigaciones centradas en la figura política de Evo Morales, en la formación política MAS-IPSP, o en el proceso constituyente y la reforma del Estado. No se profundiza en estas últimas, no obstante, más que en la medida en que reflejan una premisa de este trabajo: que los cambios en el Estado responden a cambios en la correlación de fuerzas -cambios hegemónicos en última instancia- y a la vez los desincentivan o consolidan. Todas estas investigaciones, como se verá, contienen claves importantes para un estudio de la hegemonía en Bolivia, pero se ocupan de aspectos parciales, por lo que son aquí empleadas como información para elaborar el marco histórico y político en el que ésta investigación se ubica.

A continuación se examinan los trabajos dedicados específicamente a la “cuestión regional” en Bolivia. Éste es un campo amplio y en crecimiento. Este examen focaliza su atención, no obstante, sobre la relación entre la cambiante geografía política boliviana y la lucha por la hegemonía nacional.

Cuando, además, por efecto de alguna crisis política, o imposibilidad de dar cuenta de nuevos acontecimientos en los marcos dominantes de sentido, las identidades políticas se mueven en un campo presidido por la “dislocación” –es decir, que no están ancladas” (Torfing, 1999) se produce una situación de lucha hegemónica, por la imposición de un nuevo horizonte de sentido y, en términos de Antonio Gramsci, una “dirección política moral e intelectual de la sociedad”.

Por último, se analizan detenidamente y en profundidad los trabajos dedicados al análisis de la hegemonía en el proceso político boliviano, evolucionando desde las concepciones más extendidas hasta los estudios más elaborados, y terminando con una revisión de las últimas publicaciones, que indican un creciente interés por el análisis discursivo de la hegemonía. De la crítica a los enfoques revisados se derivan las aportaciones que ésta investigación puede realizar a la comprensión del proceso político boliviano actual y la construcción de poder político, y, en un plano teórico general, a los estudios sobre la hegemonía.

2.1 Condiciones de partida: La escasez de investigaciones de Ciencia Política sobre Bolivia

Bolivia ha suscitado escasa atención en el campo de la ciencia política, que contrasta con la atracción que ha provocado para historiadores (Mesa, Machicado y Gisbert, 1958 [1983]; Cajías, 1997; Mesa, Gisbert y Mesa Gisbert, 2002²; Barragán, 1992, 2006; Whitehead, 2001; Klein, 2003; Quisbert, 2005; Dunkerley, 1984, 2007; geógrafos, comenzando por el famoso Alexander Von Humboldt, pero siguiendo por investigadores más recientes y vinculadas a la geografía política como la de Mazurek y Benavides (2006); y sobre todo antropólogos, especialmente dedicados a las cuestiones de etnicidad y pueblos indígenas (Platt, 1982; Rivera, 1984; Maclean, 1987; Harris, 1995; Speeding y Arnold, 2005; Ticona, 2007; Albó, 2008, 2008b).

Este interés ha estado en no pocas ocasiones motivado por lo opaco, lejano, complejo e incluso exótico del objeto de estudio. Este fenómeno tiene su correlato en una relativa desconexión de las reflexiones que desde las ciencias sociales se realizan sobre Bolivia, dentro y fuera de sus fronteras. Por ello la mayor parte de los materiales que aquí se referencian son difícilmente encontrables fuera de Bolivia. Los que han sido escritos por investigadores europeos o norteamericanos, son escasos y de impacto reducido, pese a la gran calidad de muchos de ellos.

² La obra “Historia de Bolivia”, escrita en 1985 con sus padres José de Mesa y Teresa Gisbert por el que luego sería Presidente de Bolivia, el también historiador y periodista Carlos Mesa Gisbert, es hoy el principal y más respetado tratado de la historia de Bolivia. Carlos Mesa, por su parte, pese a haber dejado la primera línea política como dedicación profesional, sigue figurando entre los intelectuales políticos más destacados del país. Por esta razón, identificado como emisor central de discurso, fue entrevistado durante el trabajo de campo de esta investigación.

Sin duda la difícil orografía del país, las dificultades de acceso al mismo y sus deficientes comunicaciones internas han contribuido, junto con el profundo subdesarrollo, a un relativo aislamiento. Lo primero que sorprende al investigador al llegar a Bolivia es la escasa curiosidad que para sus habitantes despiertan los acontecimientos que ocurren fuera del país. En las cuestiones políticas esta desconexión es aún mayor, como lo demuestra la dificultad de encontrar investigadores autóctonos que trabajen sobre objetos de estudio ubicados fuera de las fronteras bolivianas. Este “nacionalismo epistemológico y teórico” tiene raíces estructurales innegables, y conecta con una conciencia generalizada, presidida por un sentimiento de orgullo nacional herido del cual la pérdida del litoral frente a Chile en la Guerra del Pacífico (1879-1882) el expolio de los recursos naturales por empresas del norte o las indisimuladas intromisiones extranjeras en política interna son las manifestaciones más citadas.

La Guerra de Chaco (1932-1935) y, años después, la Revolución Nacional de 1952, modificaron significativamente esta situación. En un país hasta entonces conocido como remoto y atrasado, la mayor parte de las veces destacado como un reducto de premodernidad y tradiciones indígenas, tenía lugar una Revolución social sin parangón en todo el continente desde la Mexicana (1910) Milicias mineras desarmaban al ejército y desfilaban frente al Palacio presidencial, convirtiéndose en el símbolo de una insurrección que sustituía el Estado oligárquico de los “barones del estaño” por uno conducido por la clase media mestiza apoyada en amplios sectores populares, con vocación nacionalista, modernizadora, desarrollista y antioligárquica / antiimperialista, sintetizada en el lema: *Minas al Estado, tierras al campesino*³.

La Revolución Nacional suscitó interés generalizado, resituó a Bolivia en el mapa político regional y es aún objeto de estudio para prestigiosos investigadores (Dunkerley, 1984). Su influencia en la vida política boliviana contemporánea –y en el Gobierno actual- difícilmente puede ser exagerada. La beta más fértil del pensamiento político boliviano clásico está formada por los autores vinculados al “nacionalismo-revolucionario”, como Carlos Montenegro (1946 [1991]) Sergio Almaraz (1967), René Zavaleta Mercado (1983, 1985

³ Carlos Montenegro, con su libro “Nacionalismo y coloniaje” (1991 [1946]) es considerado uno de los primeros y más importantes ideólogos del nacionalismo revolucionario, no obstante el hecho de que su fallecimiento prematuro le impidiese adquirir notoriedad política pública participando en la Revolución de 1952.

[2000]) o Marcelo Quiroga Santa Cruz (1976 [1977]) estos dos últimos realizando, varios años después, sendas lecturas marxistas del nacionalismo popular⁴.

Cabe incluir aquí incluso a quien analizaba el fenómeno desde una perspectiva crítica, que lo leía como una fase previa del proceso de la Revolución socialista –como el mes de febrero lo fue con respecto a la insurrección de octubre en la Revolución soviética: Guillermo Lora (1977), el dirigente trotskista y más importante historiador del movimiento obrero Boliviano. No obstante, la atención suscitada ha sido más de carácter histórico, en la medida en que la lenta transformación –y decadencia- de la Revolución consolidó a ésta como el tema central del estudio y de la vida política boliviana, permanentemente analizada bajo la larga sombra de aquel episodio histórico.

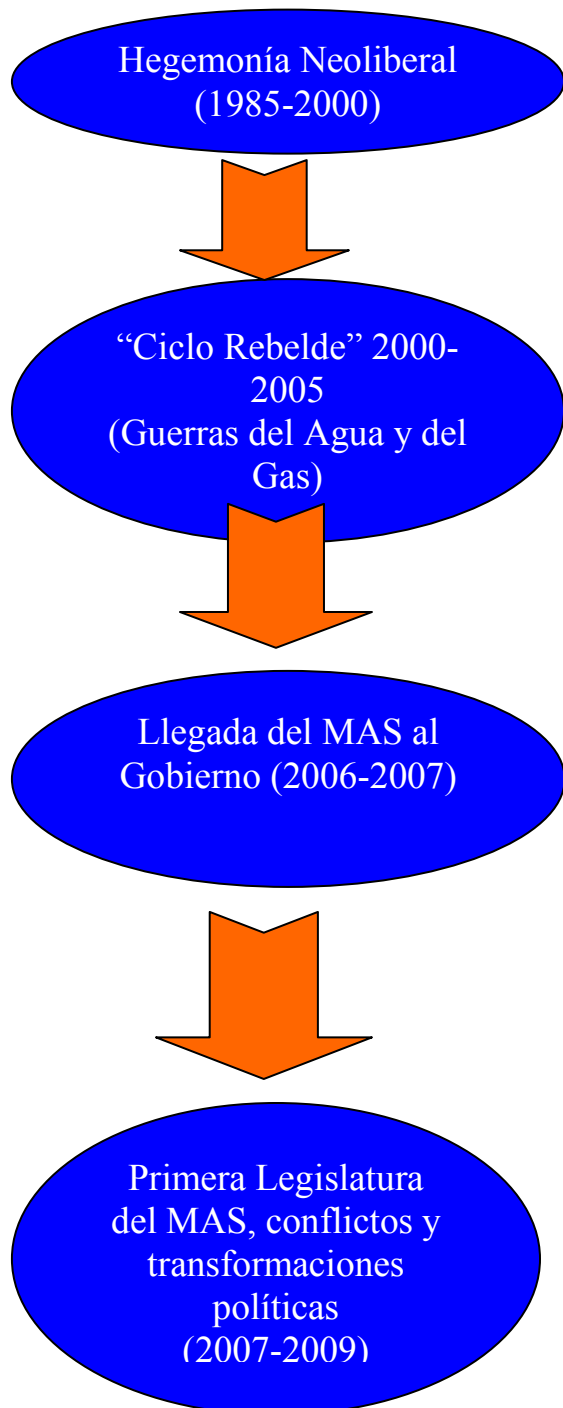
Los trabajos sobre Bolivia fueron decayendo lentamente junto con la atención general hacia el país hasta que la desafortunada presencia de Ernesto Guevara “Ché” volvió a atraer las miradas hacia el país, especialmente con su muerte. Pero en este episodio las condiciones políticas del país fueron de consideración secundaria tanto para el público general como para el propio líder guerrillero. Dunkerley explica (1984: 102) que un motivo principal del fracaso del intento foquista del Ché tuvo que ver, además de con las malas relaciones con las organizaciones políticas de la izquierda boliviana, con su elección del lugar para desarrollar la campaña armada: la remota provincia del departamento de Santa Cruz escogida tenía sentido geopolítico en una escala regional mayor, por su cercanía de Paraguay y –relativamente- Argentina; pero en términos de una confrontación nacional con la dictadura del general Barrientos era una pésima decisión, que alejaba a los guerrilleros de los posibles núcleos de apoyo, y los confinaba a una región donde no consiguieron suscitar el apoyo de un campesinado desmovilizado⁵ en inmerso en el clientelismo del “pacto militar-campesino” sobre el que se sostuvieron las dictaduras contra los sindicatos mineros (Dunkerley, 1984).

⁴ Tanto Zavaleta como Quiroga se desempeñaron en diferentes momentos de su vida como ministros de gobierno. Ésta es una característica muy común entre los intelectuales bolivianos, que cruzan permanentemente el difuso límite entre el análisis y la práctica política, quizás por la estrechez de las élites nacionales. El último y famoso caso es el del Vicepresidente García Linera.

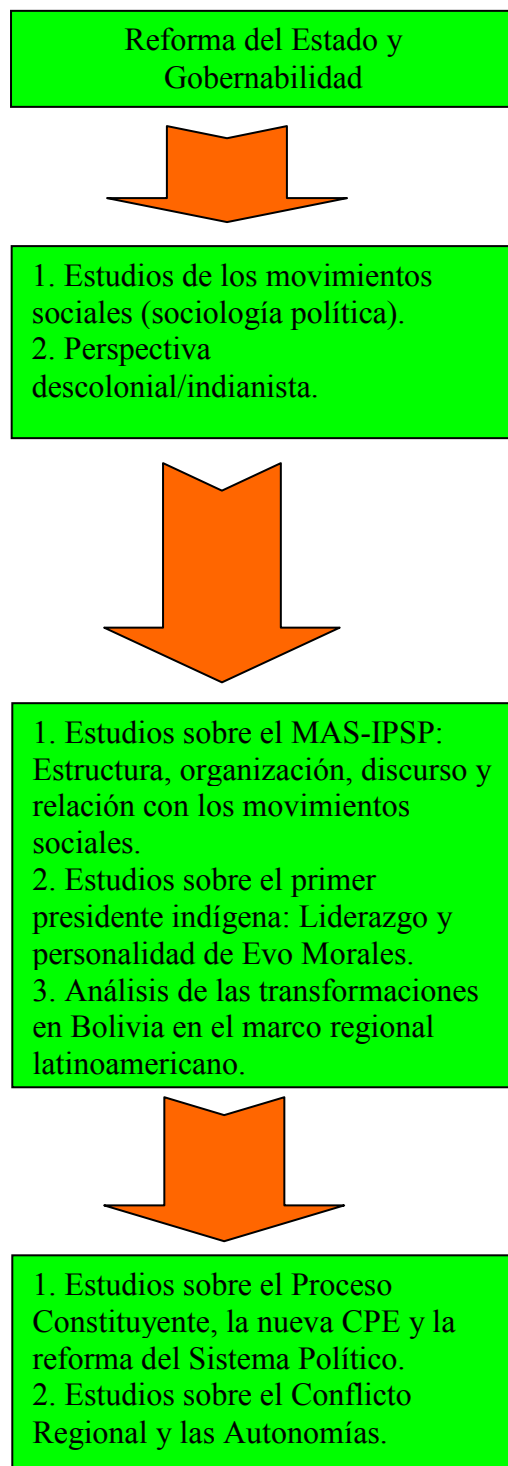
⁵ La segunda película del par sobre la vida del Ché, realizada por Steven Soderbergh (2008) ilustra a la perfección este fracaso por la indiferencia generalizada del campesinado quechua que entró en contacto con el grupo guerrillero en 1967. La falta de atención a la línea de fractura étnica fue un factor de primer orden en el fracaso de la estrategia foquista.

Figura 1: Tabla comparativa del desarrollo de la Crisis de Estado en Bolivia y de la evolución de las perspectivas de investigación predominantes⁶.

Evolución de la crisis de Estado.



Enfoques privilegiados para el estudio político de Bolivia



⁶ La siguiente tabla no pretende, obviamente, agotar todo lo escrito sobre el proceso político boliviano desde la reforma neoliberal del Estado hasta el fin de la primera legislatura de Evo Morales. Pero sí puede resultar ilustrativa sobre una cierta correlación entre la evolución política y los cambios en los enfoques científicos predominantes para el estudio de Bolivia.

2.2 La reforma del Estado y los análisis de la gobernabilidad

La última atención destacada que Bolivia despertó en el público en general y los científicos sociales en particular fue la el intento de modernización mercantil iniciado en 1985, que impulsara un nuevo régimen de acumulación basado en el fomento de la inversión privada extranjera. Aquí es donde arrancan los precedentes del fenómeno de hegemonía indígena y popular estudiado en este trabajo, que se fraguó precisamente en las resistencias contra los costes sociales de los programas de ajuste estructural.

Sin embargo, es preciso señalar que la construcción del Estado neoliberal estuvo precedida y acompañada por la influencia intelectual de numerosos académicos norteamericanos y europeos. La mayor parte de las revisiones históricas de aquella época dan cuenta de la influencia de economistas de la “Escuela de Chicago” y de las instituciones financieras internacionales en el diseño de un contundente programa de reformas neoliberales (Kohl y Farthing, 2006) que en varios aspectos superaron la agresividad de las políticas de libre mercado y redistribución regresiva de la riqueza implementadas en Chile durante la dictadura pinochetista (Motta, 2008).

Lo que suele dejarse de lado es la faceta política de aquel ambicioso programa de reformas, que inspirado en lo que Postero (2007) llama “neoliberalismo multicultural” apostó por una reestructuración profunda de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, fundamentalmente orientada a acabar con la mediación gremial, corporativa y sindical y a sustituirla por el reconocimiento de los sujetos subalternos como “minorías indígenas”⁷, la inserción individual en el mercado y la representación por medio de un sistema de partidos que imitasen los de las democracias liberales europeas. Entre los académicos de universidades europeas o norteamericanas destacan: Guillermo O’Donnell, Jeffrey Sachs, o Dieter Nohlen. Entre los autóctonos, se puede decir que los años noventa supusieron todo un movimiento de incorporación de los intelectuales de una generación a las teorías de reforma estatal neoliberal. Este paso supuso una verdadera conquista de la primacía cultural, y una victoria ideológica que clausuró el horizonte para la izquierda por más de una década. El prestigio de los

⁷ La participación del dirigente aymara katarista Víctor Hugo Cárdenas en el Gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada como vicepresidente es el mejor símbolo del alcance del discurso democrático y de reconocimiento cultural y étnico que corría paralelo a los programas de apertura de mercados y privatizaciones.

discursos científicos venidos del norte, sumado a la producción de un amplio consenso entre los intelectuales reputados del país, constituyó sin duda el pilar central de la hegemonía neoliberal. Esta lectura privilegia la construcción discursiva de poder político por encima de las lecturas simplistas que representan en términos de “traición” que intelectuales orgánicos de la izquierda se pasaran con sus saberes y conceptos a un programa de reformas marcadamente conservador⁸. Entre los intelectuales impulsores y comprometidos con el programa de reformas neoliberal en el Estado, destacan Carlos Toranzo, Jorge Lazarte, René Mayorga, Roberto Laserna, Carlos Hugo Molina, Roberto Barbery y Rubén Ardaya – estos últimos tres artífices en 1994 de la famosa Ley de Participación Popular, merced a un análisis y posterior diseño de extraordinaria calidad, que reconfiguró el sistema político boliviano- Víctor Hugo Cárdenas, quien como Vicepresidente fue el emblema de la inclusión indígena en el Estado neoliberal multicultural, Fernando Mayorga, Erika Brokmann, HCF Mansilla, George Gray Molina y José Carlos Campero.

A la postre, la mayor parte de las recetas liberales aplicadas en Bolivia se encontraron con una masiva resistencia prolongada que hizo caer el Estado neoliberal, y quienes habían pronosticado la robustez del sistema de partidos y la nueva institucionalidad política (Alcántara, 2004) se encontraron poco después con una profunda transformación política que no habían podido prever y que desmentía sus postulados. En todo caso, constituyeron un acercamiento a la realidad política boliviana que debe ser tenido en cuenta para cualquier estudio posterior. El suyo fue, sin duda, el intento más ambicioso de reforma del sistema político boliviano y de los consensos que habían presidido el país por medio siglo. Durante los años noventa se estableció una descentralización radical de la estructura estatal con la creación de los municipios, se introdujo el reconocimiento multicultural, y se reconfiguró el sistema de partidos tradicional. La finalidad principal de todas estas reformas era la ruptura del bloqueo que durante todo el siglo se había establecido entre el triángulo compuesto por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, la Central Obrera Boliviana –COB- y el Ejército (Dunkerley, 1984) sustituyéndolo por una ciudadanía de mercado y por un Estado más dedicado a velar por condiciones favorables de mercado para la inversión privada que al desarrollo y la redistribución (Kohl y Farthing, 2006). El fracaso de este proyecto político-económico no

⁸ La evolución del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) es en este sentido paradigmática de lo que Gramsci denominaba “cooptación” de los intelectuales de los grupos subalternos para dejar a éstos descabezados. De un partido de estudiantes urbanos cercanos a la práctica guerrillera y situados a la izquierda de la disciplina moscovita del partido comunista, el MIR pasó a ser un partido bisagra que entró en todos los gobiernos de coalición imaginables entre 1985 y 2000, llegando a formar gobierno con el dictador Hugo Bánzer cuya represión sus cuadros políticos, que eran ahora centrales en la intelectualidad neoliberal, habían sufrido.

resta importancia al movimiento ideológico y cultural que lo acompañó, introduciendo importantes modificaciones en el escenario político boliviano.

Es un error muy común en las revisiones posteriores considerar el período neoliberal como una mera suma de proyectos impulsados desde Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, orientados tan sólo a la destrucción del aparato productivo nacional, la desregulación y privatización de empresas estatales. Estas representaciones, tan queridas en buena parte de los estudiosos críticos y la izquierda, dejan de lado la importantísima ola de movilización teórica, ideológica y académica que acompañó el proyecto neoliberal. Este olvido hace difícil comprender por qué las reformas encontraron un robusto consenso transversal a casi todo el arco parlamentario, y fueron realizadas sin apenas contestación intelectual ni en la calle. Pero también, lo que resulta más importante en este apartado, puede distorsionar el análisis presente de la construcción de hegemonía en Bolivia, representando un campo de competencia discursiva plenamente nuevo, inaugurado por la emergencia de los movimientos sociales y los pueblos indígenas, que así parece alternativamente un “despertar” o una respuesta “obvia” a un proyecto de mero despojo. Frente a dichas visiones, este trabajo indaga por los complejos mecanismos discursivos de construcción de hegemonía, como resultado contingente de un conflicto político marcado por determinadas condiciones materiales de posibilidad.

2.3 Algo pasa con Bolivia: El “Ciclo Rebelde”, los pueblos indígenas y los movimientos sociales

La “Guerra del Agua” que en el año 2000 hizo retroceder los planes gubernamentales para privatizar el servicio de abastecimiento de agua del departamento de Cochabamba, supuso un estallido simbólico que modificó las pautas de acercamiento al estudio de la política boliviana. La “Guerra del Gas” en 2003 confirmó este cambio, y popularizó las investigaciones sobre el país andino⁹.

Algunos investigadores descubrían a Bolivia como puesto de avanzada en la resistencia contra el mando neoliberal global (Ceceña, 2005), mientras otros reencontraban el momentáneamente perdido hilo rojo de un país ligado a la conflictividad política y la Revolución (Dunkerley, 2007).

2.3.1 El grupo *Comuna*

Al mismo tiempo, un grupo de investigadores recientemente constituido adquiría una importancia política central: El grupo “Comuna”, conformado por intelectuales críticos bolivianos, se convirtió en un auténtico think tank de los movimientos sociales y el movimiento revolucionario de los grupos subalternos, que con el comienzo del siglo XXI iba en aumento, al cual “Comuna” contribuyó sin duda.

Como miembros de este grupo destacan el filósofo político Luís Tapia, con su producción teórica sobre los conceptos de democracia, descolonización (Tapia, 2004, 2006) y *política salvaje*, como la política “excedentaria”, constituyente, que los aparatos de captura, normalización y monopolio del Estado no pueden nunca controlar por completo¹⁰ (Tapia, 2008); el filósofo y crítico literario Óscar Vega, quien fuera Representante de la Presidencia para la Asamblea Constituyente, y teórico de la democracia (Vega, 2006) y el “vivir bien”

⁹ Ambos episodios están ampliamente explicados en el epígrafe de este trabajo dedicado a la contextualización histórica del proceso político y constituyente boliviano. En cualquier caso, para una explicación de la Guerra del Agua por parte del que fuese su principal dirigente, ver Olivera (2006); Para la Guerra del Gas, ver Orgáz (2003) y Gómez (2004)

¹⁰ Esta es, como se puede apreciar, una teorización de la política muy similar a la del filósofo Jacques Rancière, quien la contrapone a la actividad disciplinaria de “policía” (Rancière, 2007)

como alternativa comunitaria indígena al desarrollismo (Vega, 2010); y Raúl Prada, demógrafo y epistemólogo, pero dedicado fundamentalmente también a cuestiones de filosofía política, constituyente “invitado”¹¹ por el MAS en la Asamblea Constituyente, y actualmente Viceministro de Planificación Estratégica del Estado. Las líneas de investigación de Prada han sido indianismo, descolonización y emancipación (2006), y estudios de los movimientos sociales como productores de “poder constituyente” (2004b, 2008), en una óptica muy cercana al italiano Antonio Negri.

Raquel Gutiérrez acabó por apartarse del grupo “Comuna” por sus posiciones críticas con el gobierno masista y lo que entendía como un proceso de cooptación y recuperación oficialista de los movimientos sociales, que limitaba su autonomía política desactivando su potencial autogestionario y revolucionario (Mokrani y Gutiérrez, 2006; Gutiérrez, 2008).

El ahora vicepresidente Álvaro García Linera es la figura más conocida de este grupo, y su trayectoria vital, política e intelectual constituye una referencia necesaria para cualquier investigación sobre el ciclo de movilización que derrumbó el Estado neoliberal y, ulteriormente, aupó al Movimiento Al Socialismo al gobierno del país. Por ello merece la pena detenerse a caracterizarla mínimamente¹². Linera, perteneciente a la clase media acomodada e ilustrada de la ciudad de Cochabamba, matemático de formación, proviene de la militancia en la izquierda, en la que destacó tratando de articular el indianismo con el marxismo¹³, a través de una intervención político-intelectual de agitación y propaganda. Esa actividad le llevó, con el líder indianista Felipe Quispe –hoy opositor al Gobierno de Morales, y algunos miembros destacados del equipo de la vicepresidencia actual, a formar primero los “Ayllus Rojos” y posteriormente el “Ejército Guerrillero Túpac Katari”, que realizó actividades de propaganda armada en el altiplano y los valles de Bolivia en la década de los noventa. Se trató de una experiencia minoritaria pero inédita, de conexión entre los sectores más politizados de las comunidades aymaras y jóvenes de la izquierda radical urbana. Por su participación en el EGTK, Linera pasó cinco años en prisión, durante los cuales, además de una particular costumbre de beber agua caliente, desarrolló un trabajo teórico complejo

¹¹ La figura de los “invitados” se habilitó para incorporar a las filas del MAS a figuras, generalmente intelectuales blancos o mestizos urbanos, que no pertenecían orgánicamente a esta formación.

¹² Es más que recomendable la *Biografía política e intelectual* de García Linera realizada a modo de entrevista conversada por Pablo Stefanoni, Franklin Ramírez y Maristella Svampa (2009). Esta obra constituye la referencia principal empleada para el breve repaso de la trayectoria intelectual de García Linera.

¹³ Ver “Indianismo y Marxismo: el desencuentro de dos razones revolucionarias” (García Linera, 2005b)

recogido en su libro *Forma valor y forma comunidad* (García Linera, 1995).

A su salida de prisión, García Linera trabajó como profesor de sociología en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, puesto desde el cual adquirió una notable relevancia mediática que le convirtió finalmente en uno de los pocos intelectuales blancos comprometidos en un esfuerzo de comprensión del sentido y la composición de las movilizaciones políticas de una multitud heterogénea de regantes, coccaleros, comunarios aymaras, campesinos, indígenas de tierras bajas orientales, gremialistas, transportistas, estudiantes y mineros.

Fue precisamente esa posición la que le hizo recibir –aunque como segunda opción tras haberlo rechazado el conocido editor y periodista Juan Antonio Peredo– la invitación del Movimiento Al Socialismo para acompañar la candidatura de Evo Morales en calidad de su vicepresidente. García Linera representaba el perfil que el MAS entendía que necesitaba para dar el salto de candidatura de los sindicatos campesinos a candidatura de gobierno con capacidad de articulación de mayorías, también en las ciudades y entre la clase media progresista y mestiza (Santos Ramírez en Harnecker y Fuentes, 2008: 136-137), sector en el que en las elecciones del 2002, pese a sus buenos resultados nacionales, había sido totalmente marginal (Stefanoni, 2003: 26-27).

Ya como Vicepresidente, Álvaro García Linera ha tenido un peso político sin comparación con sus iguales en la región. Aunque Evo Morales es un presidente de fuerte presencia pública, y líder indiscutido de una identidad popular oficialista que sostiene al gobierno, Linera ha operado como conductor de las importantes negociaciones políticas con la oposición y la derecha regionalizada en el oriente del país, en momentos especialmente críticos. No sin dificultades, el Vicepresidente ha mantenido su condición de intelectual, hasta el punto de convertirse en la referencia principal del pensamiento político de izquierdas en el país, y en uno de los más destacados analistas críticos del continente. Sus lecturas coyunturales de la evolución del conflicto político y la consolidación del nuevo Estado Plurinacional en Bolivia, tienen evidentes raíces gramscianas, y se han convertido en los conceptos más importantes en el debate político nacional y en elementos insoslayables para cualquier historiador. Este trabajo bebe abundantemente de la producción teórica de Álvaro García Linera y trabaja en muchos casos a partir de sus conceptos: “hegemonía indígena y popular”, “bloque de poder” (García Linera, 2006) “empate catastrófico” y “punto de bifurcación” tal y como han sido

expuestos y discutidos por el propio García Linera (2007b, 2008; Stefanoni, Ramírez y Svampa, 2009) al que éste investigador ha tenido la suerte de haber podido acceder en diferentes ocasiones entre noviembre de 2006 y diciembre de 2009.

En cualquier caso, es necesario hacer una crítica al trabajo teórico de García Linera desde su llegada a la Vicepresidencia. Como él mismo sabe, no se puede ser a la vez “Príncipe” y “Consigliere”. La actividad científica y la de la participación política directa sobre el objeto estudiado, al combinarse, brindan al investigador recursos, información y una óptica privilegiada; pero también le imponen lógicas y compromisos distintos, de manera evidente cuando la implicación política es de primer orden, en la conducción de un gobierno implicado en un proceso de reconstrucción nacional y estatal. Ambas dinámicas se evidencian en el trabajo de Linera posterior a 2005. Por razones obvias, el análisis intelectual a veces puede chocar con las exigencias de la conducción política. Lo mejor que se puede decir en descargo de Linera es que, sin perder un ápice de brillantez, siempre que ha tenido que elegir ha privilegiado su condición de estadista, que es al fin y al cabo para el que ha sido elegido.

Este trabajo se permite partir en algunos casos de los conceptos de García Linera problematizándolos y revisándolos críticamente a la luz de los acontecimientos del período político boliviano estudiado. El uso que se les da a estos términos está sin embargo mediado por el enfoque teórico elegido –la teoría del discurso y la hegemonía– y por las impresiones e información recogidas durante el trabajo de campo.

En conjunto, el grupo *Comuna* abrió un enfoque teórico para acercarse a una realidad política conflictiva crecientemente marcada por el protagonismo de la acción colectiva de los sectores subalternos a través de dispositivos organizativos e identidades dispersas, desde las muchas concreciones de lo indígena hasta lo urbano-popular (García Linera, 2001, 2004; Prada, 2004; Vega, 2006).

En sus obras se encuentran quizás las mejores explicaciones del terremoto político que, entre los años 2000 y 2005, sacudió Bolivia sentando las bases del proceso de transformación estatal conducido por el MAS, abierto en la actualidad.

De forma paradójica, la llegada de Evo Morales al gobierno, al modificar las tareas intelectuales, los desafíos y los planos de análisis, ha diversificado los trabajos de los

investigadores de *Comuna*, en ocasiones haciendo aflorar contradicciones y discusiones evidentes, particularmente en torno del papel del MAS y su relación con la autonomía de los movimientos sociales (Tapia, 2006b), pero también a temas como el desarrollismo basado en la industrialización de los recursos naturales frente a la perspectiva descolonizadora de defensa de la *Pachamama* frente a su concepción economicista, o la necesidad de fortalecimiento del MAS en cuanto estructura partidaria que forme cuadros de dirección y gobierno¹⁴. Con todo, sigue siendo, como lo demuestran sus publicaciones más recientes (García Linera *et al.*, 2010) uno de los grupos de estudios más influyentes del país, y de los más útiles para la comprensión del proceso político boliviano.

2.3.2 Los estudios de movimientos sociales

Diferentes investigadores han profundizado la línea de trabajo abierta por *Comuna*, acercándose al proceso político boliviano con las herramientas de diferentes escuelas de estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva. La asunción implícita en la mayor parte de estos trabajos es que el hecho fundamental de las transformaciones políticas en Bolivia es el protagonismo de los movimientos sociales y de la participación política por vías no convencionales y a menudo disruptivas.

Un buen ejemplo de esto es la obra *Bolivia en movimiento: Acción colectiva y poder político* (2007) coordinada por Jesús Espasandín y Pablo Iglesias. En ella se recogen compilaciones de destacados estudiosos, tanto bolivianos como extranjeros, de diferentes aspectos de la acción colectiva de lo que Marta Cabezas (2007: 189-190) denomina “el ciclo rebelde” entre 2000 y 2005.

El libro de Espasandín e Iglesias es una de las lecturas que está en el origen de esta investigación, y es de los mejores materiales publicados en el mercado editorial español. Los trece autores que contribuyen a esta obra colectiva, entre investigadores europeos como los propios autores, o Marta Cabezas, e intelectuales bolivianos estudiosos de la acción colectiva, como Silvia Rivera o el propio García Linera, coinciden en una atención a los movimientos

¹⁴ Estas y otras discusiones se dieron en los debates semanales que el grupo *Comuna* sigue organizando cada lunes en la planta baja de la Biblioteca Municipal de La Paz, a los que se asistió con regularidad variable entre marzo y diciembre de 2009.

sociales como la forma principal de intervención política de los grupos sociales tradicionalmente excluidos en Bolivia, así como en una perspectiva que privilegia el contexto estructural como factor explicativo de la acción colectiva. De esta forma, una perspectiva histórica de largo alcance sobre los movimientos indígena-campesino y obrero durante el siglo XX Boliviano, y una contextualización de las reformas neoliberales como régimen de acumulación en la crisis de hegemonía norteamericana en el sistema-mundo-capitalista, son las herramientas fundamentales con las que se interpreta y analiza el protagonismo político de los movimientos sociales bolivianos que está en origen de la llegada al gobierno del Movimiento Al Socialismo en 2006. Por último, en la tercera parte del libro se ofrecen caracterizaciones del proceso político boliviano a través del estudio de las condiciones materiales para la emergencia de identidades étnicas y de clase.

Bolivia en movimiento (2007) constituye así una lectura fundamental para comprender las condiciones de emergencia de la masiva movilización sociopolítica que está en el origen de las actuales transformaciones estatales en Bolivia. Sin embargo, esta investigación se fija una temporalidad y un objeto de estudio ligeramente distinto: en este caso lo que interesa es comprender cómo, una vez llegado al gobierno Evo Morales –lo que en absoluto significó por sí solo la adquisición del poder, ni siquiera el político- el MAS construyó un discurso que le hizo encarnar el interés nacional, y consolidarse así elección tras elección aún en un clima enormemente conflictivo. En la escala temporal, por tanto, esta investigación puede ser complementaria a la obra citada. En la metodología, se ha preferido una perspectiva constructivista para el análisis del discurso que, si bien comparte las condiciones estructurales de posibilidad para un proyecto de hegemonía expansiva que se establecen en *Bolivia en movimiento* (2007) y parte de ellas, postula que es necesaria una atención específica al discurso para comprender cómo, dadas esas condiciones, se ha llegado a la situación actual, en un proceso contradictorio y condicionado, pero no determinado por ninguna necesidad estructural, sea a escala nacional o internacional sistémica. Un análisis similar, aunque más centrado en el desarrollo nacional de las reformas de los programas de ajuste estructural, puede encontrarse en el trabajo de Kohl y Farthing *Impasse in Bolivia* (2006) que por su documentación privilegiada es un apoyo inestimable para cualquier investigación futura.

Otros autores, como García y García (2004), Crabtree (2005), Viaña (2006) y Chávez (2006) han investigado la capacidad política de los movimientos sociales a través del estudio de sus repertorios de acción colectiva y sus dispositivos organizativos, con resultados variables.

Marxa Chávez realiza importantes contribuciones para entender las formas organizativas de los sindicatos agrarios, que son las principales organizaciones de movimiento que han impulsado la victoria electoral del MAS. Así, cuando afirma que:

“La estructura sindical – comunal está basada en núcleos familiares y núcleos comunales que de forma escalonada están, finalmente, afiliadas al ente nacional, la CSUTCB¹⁵ (...) En realidad, a pesar del denominativo de “sindicato”, que es una herencia de la Revolución de 1952, en el fondo, se trata de una organización económica y territorial de comunidades y ayllus, que, desgarradas por siglos de arremetidas en contra de la propiedad comunal ya sea en el período colonial o en el republicano, perviven no sólo en sus formas de uso y propiedad de la tierra sino, sobretodo, en su organización política particular” (Chávez, 2006: 30)

está aportando claves fundamentales para medir los actores políticos a los que se refieren los análisis sobre la hegemonía, y con esto sin duda los provee de importantes herramientas, pero no puede sustituirlos. El trabajo de Viaña lo hace evidente cuando afirma que:

“[La victoria electoral del MAS] no es el resultado de la combinación de una estrategia de movilización con una estrategia electoral. Es, fundamentalmente, el reflejo en el escenario liberal electoral de la fuerza de la autoorganización de las múltiples colectividades movilizadas en los últimos años” (Viaña, 2006: 234).

Decir que “El MAS solamente capitalizó esta realidad en el ámbito electoral” (Viaña, 2006: 236) es una muestra clara de la subestimación del discurso como práctica productora de significados políticos, y de una visión rígida y mecánica en la cual las movilizaciones, por mera acumulación de manifestantes, se transforman en victorias electorales y, eventualmente, en poder político. Pareciera que los sentidos y las identidades políticas estuvieran preconstituidos antes de la acción, y que ésta sólo revelara o actualizara aquellos. En ese caso sería extremadamente difícil responder a la pregunta de por qué la victoria electoral del MAS se produjo en el 2005 y no antes, por qué una candidatura corporativa de los sindicatos cocaleros acabó liderando la oposición al régimen neoliberal, y de dónde extrae su capacidad actual de convocatoria de masas.

¹⁵ Siglas de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, principal entral sindical y, como señala Chávez, movimiento social del país. En adelante se nombrará por sus siglas.

Ésta es una problemática común a la mayor parte de los estudios sobre movimientos sociales en Bolivia. El, por otra parte magnífico, trabajo de Hylton y Thomson *Revolutionary Horizons. Past and Present in Bolivian Politics* (2007) pone en relación las transformaciones estatales bajo el neoliberalismo con la recomposición, fortalecimiento y luchas del movimiento indígena-campesino. Valiéndose de un trabajo historiográfico ya iniciado por otros autores (Thomson, 2002; Rivera, 1984 [2003]; Regalsky, 2003; Prada, 2006), los autores explican el papel central de los indígenas en el proceso político boliviano analizando la modificación de sus formas tradicionales de relación con el Estado, y los hitos de sus diferentes irrupciones *en cuanto que indígenas* en la vida política nacional. Se interpreta así la historia del Estado boliviano desde el punto de vista de su dominación del territorio y sometimiento de las comunidades indígenas. Éste es un enfoque innovador que ha arrojado luz sobre procesos históricos a menudo olvidados y de crucial importancia para la conformación de las identidades presentes. El cuestionamiento de una historia y una ciencia política que asumían de inmediato a los indios como “campesinos” y la política objeto de estudio como aquella que practicaban los mestizos urbanos, ha permitido identificar betas fértiles en una suerte de nueva “historia social” cuya vigorización ha corrido paralela a la del movimiento indígena en Bolivia. Así, la subversión epistemológica y la política se han retroalimentado, coincidiendo en la centralidad de lo indígena para comprender el proceso político boliviano:

La cuestión indígena ha permitido redimensionar las demandas de legitimidad, soberanía y dignidad como ejes nacionales (...) Es lo indígena como lo más profundo para proponer lo más novedoso de hacer y decir las cosas comunes de nuestra sociedad” (Vega, 2006: 191).

Es en este punto muy importante retener la aportación conceptual de Silvia Rivera, posiblemente la mayor experta sobre movimiento indígena-campesino en Bolivia, quien propone un esquema variable para comprender la intervención de la identidad indígena en las revueltas del ciclo 2000-2005 como “memoria larga” anticolonial que se articula con una “memoria mediana” nacionalista y una “memoria corta” antineoliberal (Rivera, 2007). Este esquema es especialmente valioso porque aporta una visión histórico-política amplia que relaciona las transformaciones actuales con el sentido sedimentado como imaginario en los sectores subalternos. Más importante, permite también comprender la articulación discursiva de diferentes elementos que antes estaban dispersos o recibían otro sentido político al estar anclados a otras cadenas de significado.

Pero el enfoque de Rivera (2007), también compartido por Vega (2006) y su atención a las narrativas de redefinición de lo nacional, es una excepción en el estudio de los movimientos sociales bolivianos. La mayor parte de estos trabajos parecen asumir lo que no es sino la consecuencia de la movilización indigenista/indianista: que “los indígenas” son y han sido un sujeto colectivo relativamente homogéneo que ahora comienza a despertar, como si ese fuera el final escrito en algún lugar de la historia que por fin se revelase. Para ellos, en consecuencia, la identidad indígena es un dato, en lugar de un proceso de construcción netamente político a explicar. El análisis político es así sustituido, a menudo, por la descripción de una resurrección no problematizada, que sólo puede acarrear la conquista del poder político, casi por una razón demográfica. Lo cierto, sin embargo, es que no fue la encarnación del “despertar indio” lo que le granjeó al MAS su posición hegemónica en el campo político, pues ni siquiera el MAS es un partido indianista. Fue más bien su capacidad de incorporar la identidad indígena en un nuevo relato nacional-popular, del que en la mayor parte de las investigaciones citadas no se discute. Con el paso del tiempo, la difusión de una relativa idealización de lo indígena ha sido causa de no pocos problemas al interior del campo oficialista, y desde luego entre los estudiosos del proceso político boliviano. Los actuales conflictos entre diputados de las circunscripciones especiales indígenas y el gobierno que los acusa de estar a sueldo de la agencia norteamericana USAID¹⁶, o entre comunidades indígenas del norte de La Paz y el gobierno que quiere perforar sus territorios para extraer petróleo¹⁷, alertan de los riesgos de la concepción unívoca y monolítica –prepolítica- de la identidad indígena.

Esta línea ha sido llevada al extremo en los trabajos de algunos investigadores ubicados en posiciones políticas movimientistas o *autónomas*¹⁸, que han estudiado las experiencias más

¹⁶ Ver: *Periódico La Razón* (www.la-razon.com.bo) y *Periódico Cambio* (www.cambio.bo) en sus respectivas ediciones del 7/7/2010

¹⁷ Ver al respecto las significativas declaraciones del Vicepresidente boliviano, al ser preguntado por estos conflictos:

“Quién está impidiendo que el Estado explore petróleo en el norte de La Paz? ¿Las comunidades indígenas Tacanas, una ONG, o países extranjeros? [...] junto al derecho a la tierra de un pueblo está el derecho del Estado, del Estado conducido por el movimiento indígena-popular y campesino, de sobreponer el interés colectivo mayor de todos los pueblos. Y así vamos a proceder hacia delante” (García Linera, 2010: 32-33).

¹⁸ Se usa aquí el término no en el sentido que adquiere en el conflicto regional en Bolivia, sino en el que deriva de los fenómenos revolucionarios de autonomía obrera en los años 70 italianos, caracterizados por la autoorganización de los trabajadores de la gran empresa fordista al margen y más allá de las formas y las demandas de los sindicatos y el PCI, cuestionando la disciplina de fábrica, la mediación estatal y el propio régimen de trabajo asalariado. Estos episodios, replicados con desigual intensidad en otros países europeos, y su teorización posterior por los postobreristas italianos –Negri, Virno, Revelli- fueron la inspiración para una serie de corrientes y prácticas de la izquierda radical juvenil europea en los años 80 y 90, desembocando a comienzos del siglo XXI, con particular visibilidad mediática, en el “Movimiento Global” y las movilizaciones contra las

avanzadas de autoorganización sindical, social y comunitaria durante las diferentes insurrecciones del “Ciclo Rebelde 2000-2005”, desde marcos teóricos cercanos a la teoría de movimientos sociales y a la antropología. Particularmente en torno a la Guerra del Gas de octubre de 2003, se han realizado trabajos (Gómez, 2004; Mokrani y Gutierrez, 2006) que indagan sobre la posibilidad de construcción política a partir de estos episodios autogestionarios al margen del Estado –y en determinados momentos *contra* él. Raúl Zibechi (2006, 2009) es responsable de los intentos más elaborados de teorización en ésta línea, trascendiendo la mera descripción de momentos insurreccionales¹⁹, y llegando a afirmar –basándose en el caso boliviano- una radical diferencia entre los movimientos emancipatorios y la conquista del poder político:

“El cambio social, la creación- recreación del lazo social, no necesitan ni articulación- centralización ni unificación. Más aún, el cambio social emancipatorio va a contrapelo del tipo de articulación que se propone desde el Estado-academia-partidos” (Zibechi, 2006: 133)

Los autores ubicados en ésta perspectiva, por razones obvias, han venido siendo especialmente críticos con el gobierno de Evo Morales, unos, o han modificado sensiblemente sus posiciones al incorporarse a cargos de responsabilidad pública dentro del oficialismo, como en el caso del propio García Linera, o del ex constituyente y actual Viceministro Raúl Prada. No resultan demasiado satisfactorias en términos explicativos las acusaciones de “traición” de los primeros a los segundos, máxime cuando aquellos han desaparecido por completo de la discusión política boliviana, en la que llegaron a tener una influencia significativa a comienzos de la década del 2000. En todo caso, lo relevante aquí es constatar el freno en seco de una línea de investigación, que, en los autores más lúcidos, se ha traducido en un cambio de los marcos temporales y geográficos del objeto de estudio, restándole importancia a la reforma estatal y concentrándose en un supuesto movimiento de más largo

cumbres de las instituciones financieras internacionales. En América Latina, el modelo más acabado de este imaginario, que pretende antes construir poder desde la base que tomar el Estado nacional –“Cambiar el mundo sin tomar el poder”, es el significativo título del autónomo John Holloway- es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y sus experiencias autogestionarias en las comunidades de la Selva lacandona, en el Estado Mexicano de Chiapas. Para un análisis histórico y político de la “Autonomía” y su influencia en los movimientos sociales globales, ver: (Iglesias, 2009)

¹⁹ Sin embargo el intento no es plenamente satisfactorio, como se evidenció en un debate organizado el 14/3/2009 en el Instituto Goethe de La Paz, con la participación de Raúl Zibechi y Álvaro García Linera, representantes de dos opciones y concepciones adversarias en la izquierda, en particular respecto de su posición hacia el gobierno boliviano y su relación con los movimientos sociales. En aquella discusión, Zibechi, como defensor de la autonomía de los movimientos y su construcción de “poderes antiestatales”, no fue capaz de ofrecer ningún horizonte alternativo –de construcción y no sólo de resistencia- al del ejercicio de gobierno por el MAS, que no fuese la práctica de la autogestión comunitaria a escalas exclusivamente locales.

alcance y más lento, de autoconstrucción indígena “por fuera” de los Estados nacionales (Gutiérrez, 2008).

Hasta la fecha, una de las evaluaciones más interesantes desde los estudios de los movimientos sociales sobre el papel de éstos en el proceso político boliviano una vez que Evo Morales ha llegado al poder, es la realizada por Zuazo (2010), que afirma que “el gobierno de los movimientos sociales” es más bien un símbolo que encubre una dinámica de participación controlada y caudillismo: “una domesticación de las organizaciones sociales a partir de una estrategia de fragmentación y apropiación de la iniciativa política y organizativa” (Zuazo, 2010: 134).

Los riesgos complementarios de corporativización y pérdida de autonomía política de los movimientos sociales en su intervención en el proceso de reforma del Estado en Bolivia son innegables. Sin embargo el problema de un análisis como el de Zuazo, que se queda en las disposiciones jurídicas que establecen las formas de participación de las organizaciones sociales en la toma de decisiones de los ministerios, es que no es capaz de medir hasta qué punto los movimientos sociales son emisores de definiciones políticas, o promotores de demandas, que el gobierno tiene que hacer suyas. Al no prestar atención al discurso político, su trabajo minusvalora la posibilidad de que, aún en forma subordinada, los movimientos sean productores de voluntad colectiva que el gobierno se vea obligado a interpretar y satisfacer.

2.3.3 Las investigaciones sobre el movimiento indígena y la perspectiva indianista/descolonial

Un caso diferente es el de los autores “indianistas”, críticos con algunas políticas y componentes del gobierno del MAS, al que consideran insuficientemente en algunos casos, y falsamente en otros, descolonizador²⁰ (Quisbert, 2007).

Para estos autores, mayoritariamente concentrados entre las ciudades vecinas de La Paz y el Alto y pertenecientes a lo que se ha dado en llamar la “intelectualidad aymara” –aunque no

²⁰ Esta postura no es en ningún caso monolítica, sino que está sometida a intensa discusión en el interior mismo de esta corriente que es mucho más homogénea en el plano intelectual que en el político, donde conviven exvicepresidentes de un gobierno neoliberal como Víctor Hugo Cárdenas, antiguos ministros *masistas* hoy opositores como el sociólogo aymara Felix Patzi, y líderes comunitarios kataristas hoy senadores por el MAS, como Eugenio Rojas. El referente principal del indianismo en el gobierno nacional es, sin duda, el Canciller David Choquehuanca, junto al cual cabe destacar a Esteban Ticona, al frente de la academia diplomática. Ver la reveladora entrevista con Choquehuanca en Svampa, Stefanoni y Fornillo (2010: 209-225)

sólo (Prada, 2006), el “entorno blancoide” del presidente Evo Morales distorsionaría y limitaría el potencial emancipador de la llegada de un indígena al gobierno (Mamani, 2007; Ticona, 2007).

Para los autores “indianistas”, tanto el nacionalismo popular como el marxismo, líneas que identifican en el gobierno del MAS, son corrientes europeas y eurocéntricas, ajenas a los modos de organización y las culturas originarias de quechuas, aymaras y otras “naciones originarias” que habitan Bolivia²¹ (Quisbert, 2008). Sus investigaciones apuntan por tanto a rescatar modos de vida y producción autóctonos, y sus análisis políticos están presididos por una primacía del *cleavage* étnico (Patzí, 2004; Mamani, 2008). Esta sobredeterminación indígena constituye la epistemología desde la cual se leen los avances y las carencias del actual proceso político boliviano, cuya profundidad se mide en consecuencia por el alcance de sus logros en la destrucción de la racialización de la jerarquía social (Patzí, 2006; Mamani, 2007b). En esta perspectiva, entroncan con la escuela “descolonial” (Mignolo, 2003; Grosfoguel y Cervantes- Rodríguez, 2002; Quijano, 2000, 2000b; Cairo y Mignolo, 2008), su crítica a las pretensiones universalistas de la ideología y la ciencia de cuño moderno, europeo y patriarcal y su postulación de la necesidad de “pluriversos” de desarrollo, encarnados más en la consigna zapatista de “un mundo donde quepan muchos mundos” que en el imaginario tradicional de la izquierda²². No obstante, en el caso boliviano se trata de una escuela político-académica que produce más publicaciones divulgativas, e intervenciones radiadas o en reuniones, que investigaciones académicas relevantes para citar. Eso no reduce en absoluto su impacto en el debate nacional, pero sí las posibilidades de tomarlo como referencia científica.

Quizás la diferencia principal del proceso político boliviano con respecto a otros en la región estriba en la importancia del componente étnico y de las organizaciones sindicales y barriales aglutinadas en torno a –y promotoras de– identidades políticas indígenas. Es por esto que las aportaciones de estos autores han de ser incorporadas a cualquier análisis sobre Bolivia, y de hecho muchas de ellas llevan años presidiendo la agenda política nacional. Sin embargo su unidad de análisis es, a menudo, menor que la nacional, puesto que su epicentro y su población interpelada son los ciudadanos autoidentificados como quechuas y, de manera

²¹ La recopilación de conferencia en el seminario *Historia, coyuntura y descolonización. Katarismo e indianismo en el proceso político del MAS en Bolivia* VVAA (2010) es sin duda un material valiosísimo para el investigador, pues reúne a lo principales investigadores y teóricos ubicados en la actualidad en una perspectiva indianista.

²² Boaventura de Sousa Santos, uno de los más prestigiosos científicos sociales que trabaja temáticas de emancipación y descolonización, ha prestado atención a la discusión en Bolivia sobre el nuevo modelo de Estado Plurinacional y la autonomía indígena (Sousa Santos, 2007)

privilegiada, como aymaras. Es significativa su dificultad para contraponer, a las demandas autonomistas de los departamentos de la “Media Luna”, ninguna interpelación nacional transversal amplia. Por otra parte, su concepción de las identidades políticas como prefijadas e inmóviles, les aleja bastante de la perspectiva de la hegemonía y su necesario componente de mutabilidad y “seducción”. No es éste in embargo su único límite, pues su encierro en los estudios culturales y su encantamiento con los términos de buena acogida en las universidades del norte –como ocurre con el misterioso “vivir bien”- les alejan de las cuestiones centrales que plantea el proceso político boliviano, y que sí necesitarían una mirada que advirtiese sobre los riesgos de querer transformar el mundo sin haber transformado previamente la forma de ver el mundo.

El trabajo de Howard ““Language, signs, and the performance of power: the discursive struggle over decolonization in the Bolivia of Evo Morales.” (2010) abre una vía interesante de acercarse a estas cuestiones, entendiendo la “indianidad” y la “descolonización” como capitales políticos en disputa. Su investigación, realizada desde una perspectiva constructivista similar a la que aquí se emplea, se acerca al concepto de “significante flotante” en cuanto término sometido diferentes interpretaciones en pugna, y de “significante vacío” como un *nombre* antes que un concepto, por tanto capaz de realizar interpelaciones más amplias y difusas. Esta es una línea interesante de trabajo sobre la etnicidad en Bolivia, aunque por ahora poco transitada.

2.3.4 Bolivia bolivariana: las representaciones de Bolivia como componente de un proyecto regional

Una interpretación con alguna difusión en círculos académicos pero con mucha acogida en un nivel divulgativo es la de Bolivia como parte de un proyecto regional “bolivariano” cuya locomotora sería Venezuela y su estación de llegada Cuba.

Esta interpretación sigue una lógica acumulativa, según la cual los costes sociales de las reformas neoliberales, unidas a una cierta “memoria” de los sectores populares que nunca olvidaron del todo su tendencia revolucionaria, explican un estallido agravado en Bolivia por la marginación de la mayoría indígena. El “estallido” boliviano, no muy diferente de los procesos vividos en Ecuador, Venezuela o incluso Nicaragua y Paraguay, se entiende entonces

como una pieza de una composición mayor, que pareciera guiada por una voluntad latinoamericanista subyacente a todos los procesos. No es éste el lugar para discutir el horizonte “bolivariano”, pero no está de más constatar que tanto la crisis por la masacre de Pando en septiembre de 2008, como la más reciente por el golpe de Estado en Honduras, han revelado las enormes limitaciones del ALBA, que es al fin y al cabo la concreción interestatal de ese supuesto “eje bolivariano”, en comparación con la OEA o UNASUR.

Una cosa es afirmar que hay dinámicas regionales abiertas que se alimentan mutuamente de las experiencias y condiciones comunes, como sucede con aquellos que defienden la existencia de un “nuevo constitucionalismo latinoamericano” (Viciano y Martínez, 2005)²³; y otra muy distinta subsumir, en esquemas omnicomprendidos, las particularidades de cada proceso político local. En todo caso, se puede proponer un esquema explicativo alternativo, que sobre las similitudes encontradas en procesos políticos diferentes, establezca generalizaciones regionales, y no al revés. Esta parece una línea de investigación fértil para estudios futuros.

Basta pasar dos días en Bolivia para comprender que el sentimiento de pertenencia a América Latina es, en el mejor de los casos, sólo una entre las muchas lealtades solapadas, generalmente por detrás de la nacional, la étnica, la local y la regional. Pero, además, una visión así corre el riesgo de ignorar las condiciones y desarrollos concretos de la pugna hegemónica en Bolivia. Los rasgos diferenciales evidentes que se observan en el gobierno boliviano, su relación con la sociedad civil, el proceso constituyente o el desempeño electoral del MAS, por citar sólo los más evidentes, no pueden ser marginados como diferencias secundarias, atribuidos a la fortuna o explicados con el esquema de interpretación regional: son por el contrario elementos de primer orden a explicar por la investigación y el análisis

²³ “Denominamos nuevo constitucionalismo latinoamericano a los procesos jurídico políticos latinoamericanos surgidos a raíz de movimientos populares y consolidados a través de la activación directa y desarrollo democrático de procesos constituyentes. En este sentido, el nuevo constitucionalismo latinoamericano, aun con sus precedentes, se inicia con el proceso constituyente colombiano en 1990. El objetivo de estos procesos es la aprobación de una Constitución de nuevo tipo, cuyas características principales derivan de ser el resultado de la búsqueda democrática de elementos emancipadores a través de la activación rupturista del poder constituyente, lo que define tanto material como formalmente a los nuevos textos constitucionales latinoamericanos.” (Martínez Dalmau, 2010: 1)

político²⁴.

Hay que hacer una precisión que a menudo se suele pasar por alto: esta visión aquí criticada, no sólo se da en los trabajos favorables a los procesos de cambio político en América Latina, sino también en aquellos estudiosos opuestos a los mismos. Álvaro Vargas Llosa utiliza la metáfora de las izquierdas “vegetarianas” y las “carnívoras” para diferenciar entre los gobiernos que consideraba fieles al Estado de derecho y respetuosos con la libre empresa y la propiedad privada, y aquellos carnívoros en caída libre hacia regímenes socialistas autoritarios. (Apuleyo, Montaner y Vargas Llosa, 2007) No es difícil visualizar a la ex presidenta de Chile con la Concertación, Michele Bachelet, como emblema de los vegetarianos y a Chávez como el gran carnívoro, a cuyo lado se situaría Evo Morales. Esta representación ha hecho relativa fortuna en los trabajos académicos, pero ha conseguido generalizarse en el imaginario popular europeo y de gran parte de la clase media latinoamericana.

Sorprendentemente, cambiando las caracterizaciones morales, este esquema explicativo parece amoldarse bastante bien a los trabajos del sociólogo norteamericano James Petras (2007; Petras y Veltmeyer, 2005), que traza una línea que separa a quienes eligen la “política electoral” en lugar de la “movilización revolucionaria de masas” (Petras y Veltmeyer, 2005: 260). Esta línea presentaría enormes dificultades analíticas, pero le permite a Petras elaborar una tipología de las izquierdas latinoamericanas que coloca al gobierno de Morales pastando hierba al lado de otros ejecutivos sumisos a las oligarquías locales.

En el caso de Petras, la sobredeterminación absoluta de todo el cuadro boliviano por el análisis de clase le lleva a afirmaciones de tosquedad como la que sigue:

“Me permito sugerir que el *revival* cultural indio-andino constituye un arma ideológica manipulada por Morales y García Linera con el fin de crear la cohesión indio-campesina y conseguir el apoyo a las políticas socioeconómicas que favorecen a las empresas transnacionales, los agroexportadores, los banqueros y la élite de los negocios” (Petras, 2007: 4).

²⁴ El artículo de Escobar (2010) es una contundente demostración de la necesidad de realizar investigaciones en las que las configuraciones culturales de los diferentes *lugares* estudiados no queden sepultadas bajo mistificaciones ideológicas generalizantes.

No parece haber necesidad de explicar mucho más: el liderazgo del MAS resulta así una operación de engaño que ha “enmascarado” los verdaderos intereses de las masas –definidos, parece, por encima de lo que éstas misma expresan-, para movilizarlas en un simulacro de reforma que finalmente sólo pretende “moralizar” el capitalismo (Petras, 2007: 11).

En una línea similar se expresa el periodista, jurista y experto en economía, y máximo exponente del desarrollismo nacionalista, Sóliz Rada²⁵ quien de Ministro de Hidrocarburos ha pasado a feroz crítico del MAS, al que considera cómplice de una dinámica de fragmentación y debilitación del Estado-nación boliviano impulsado por los poderes transnacionales y las embajadas del norte. Bolivia, en lugar de alinearse con un proceso regional que para Rada es fundamentalmente de recuperación de la soberanía política y económica nacional, ha caído en la trampa de la plurinacionalidad y la multiculturalidad. La importancia política central de las fracturas étnicas y regionales son aquí, de nuevo, el resultado de grandes engaños colectivos. No hay necesidad por tanto de explicarlas, se deduce, y mucho menos de relacionarlas con la hegemonía encarnada en el MAS.

No se trata en absoluto de negar que existan dinámicas geopolíticas estructurales que han favorecido la llegada al poder en diferentes países de fuerzas de izquierdas o emanadas directamente de los sectores más desprotegidos de sus sociedades. Elementos como la merma de la capacidad de intervención económica, política y militar de Estados Unidos por efecto de sus dos guerras en Irak y Afganistán, o el descrédito intelectual generalizado en la región de los antaño indiscutibles programas de ajuste estructural patrocinados por el FMI y el BM, juegan sin duda un papel fundamental como estructura de oportunidad favorable para políticas que enfatizan la soberanía nacional y la redistribución de la renta. Este es un aspecto de los fenómenos de construcción de poder político que no debe ser descuidado. No obstante, existen abundantes trabajos en esta línea (Vilas, 2001; Wallerstein, 2003 [2004]; Negri y Cocco, 2006; Mondonesi, 2008; Sader, 2009; Katz, 2010), incluso ensayados por quien escribe (Iglesias y Errejón, 2010)

²⁵ Soliz Rada, por extraño que parezca, no tiene ninguna publicación académica que reúna sus tesis fundamentales, que desarrolla a través de numerosos artículos de prensa en el diario tarijeño “La Nación” y en medios virtuales como “Rebelión”. Se trata en todo caso de un autor de referencia por su influencia política e intelectual en el país, como representante de una escuela histórica en Bolivia. No obstante, su trabajo “Hacia una bolivianización de la política hidrocarburífera (Soliz Rada, 2009) recoge en lo fundamental sus análisis políticos que giran en torno a un nacionalismo económico basado en un proyecto de estado desarrollista que controle la explotación y promueva la industrialización de los recursos naturales, para lo cual es imprescindible una cohesión ideológica nacional.

Esta investigación se ubica sin embargo en una perspectiva menos atendida e igualmente relevante: la producción discursiva de hegemonía como proceso que *politiza* esas condiciones de posibilidad en un sentido que empodera a los sectores subalternos como la encarnación de la comunidad política.

2.4 Los trabajos sobre el primer gobierno del MAS (2006-2009)

Una segunda oleada de estudios, que comienza con la llegada del Movimiento Al Socialismo al Gobierno de Bolivia, se ocupa ya no del momento “destituyente”, protagonizado por los movimientos sociales, sino de nuevas temáticas en un escenario completamente diferente.

Diferentes investigadores realizan trabajos sobre la figura de Evo Morales, la composición del MAS, el proceso constituyente, la constitución y la democracia, y el conflicto regional en Bolivia. Se ofrece a continuación una revisión general de las aportaciones contenidas en los estudios más destacados, que nos sitúe a las puertas de los trabajos sobre la hegemonía.

Si los trabajos sobre acción colectiva, movimientos sociales e indígenas, se centraron en explicar la crisis de régimen del Estado neoliberal y la extraordinaria fuerza de las formas no convencionales de participación política, los trabajos de este bloque parten necesariamente de una condición más “institucional”, que redimensiona pero no termina con el conflicto político en el país.

2.4.1 La importancia del líder: investigaciones sobre Evo Morales

Sin duda el elemento del proceso político boliviano que más ha atraído la atención de investigadores, medios de comunicación, activistas y turistas de todo el mundo ha sido el papel jugado por la etnicidad. No obstante, esa atención no ha estado, como es por otra parte comprensible, orientada a entender la etnicidad, sino a contribuir y participar de una sublimación de lo indígena como característica “eterna” y definitoria del momento político en Bolivia.

El símbolo principal de lo indígena es, naturalmente, el Presidente Evo Morales. Su biografía personal y política no encaja sin dificultades en el imaginario indigenista-comunitarista, pues viene del liderazgo sindical campesinista, habla principalmente castellano como resultado de su migración del altiplano aymara de Oruro a los valles cocaleros y quechua-hablantes de Cochabamba, y su imaginario político está más influido por el nacionalismo antiimperialista de la izquierda tradicional que por el katarismo. Pero, efectivamente, como se defenderá en esta investigación, Evo es la mejor representación de un amplio bloque social, el significante en el que cristalizan muchas identidades políticas, entre ellas las indígenas. Su vestimenta, su habla, sus formas de relacionarse con los gobernados y de hacer política y, por encima de todo, la demonización primero y menosprecio después de la que ha sido objeto por parte de las élites blancas –y una cierta condescendencia no exenta de racismo en los medios internacionales-, contribuyen a fraguar un poderoso símbolo político²⁶.

Así, no es extraño que se hayan multiplicado las publicaciones biográficas sobre la figura de Evo Morales. Los trabajos en esta línea varían enormemente en calidad, rigor y capacidad de análisis. Por razones de economía de espacio, y de utilidad para el presente trabajo, se excluyen las obras directamente agiográficas, las más propagandísticas –a favor o en contra, aunque no existe constancia hasta la fecha de que haya una “biografía no autorizada” crítica con Morales- y las de estilo exclusivamente periodístico. Algunas de éstas serán, en cambio, especialmente útiles como material para el análisis empírico del discurso político en la construcción de hegemonía.

Los trabajos que merecen ser destacados, por su aportación al análisis del proceso político boliviano y su atención al papel central jugado material y simbólicamente por Evo Morales en la conformación de una identidad popular que ha trastocado desde sus cimientos todo el sistema político boliviano, son los de Stefanoni y Do Alto (2006), Subercaseaux y Sierra (2007) y Sivak (2008).

El libro de Pablo Stefanoni y Hervé Do Alto *Evo Morales: de la coca al Palacio: Una oportunidad para la izquierda indígena* (2006) tiene la virtud de haber sido el primer acercamiento estrictamente político a la figura de Evo Morales, trazando una biografía política del personaje extremadamente representativa del tránsito del propio Movimiento Al

²⁶ Para una reflexión sobre el papel central de los liderazgos carismáticos en la construcción de hegemonías basadas en la interpelación al *pueblo*, ver: Raby (2006b)

Socialismo de “Instrumento Político” de los sindicatos cocaleros a partido nacional que capitalizó el descontento de los sectores empobrecidos por las reformas neoliberales.

Los autores, apoyados en un riguroso trabajo de campo que los ha hecho expertos conocedores de las organizaciones sindicales y políticas de la izquierda boliviana, producen así un documento extremadamente útil para el acercamiento a la realidad política boliviana contemporánea, que tiene el nada despreciable mérito de ser una de esas primeras lecturas para recomendar a no iniciados que quisieran viajar –física o intelectualmente- al país. Ese es, al mismo tiempo, su límite: el afán divulgativo y de síntesis, hace que interesantes líneas de análisis queden sin desarrollar, tanto en lo relativo a la gestión contradictoria en el MAS de su doble condición de “partido sindical” y “partido nacional”, como a la evolución político ideológica de Evo Morales ya como gobernante. No obstante los autores, que han seguido ambos investigando sobre la política boliviana, han corregido con creces estas limitaciones, realizando algunos de los mejores estudios sobre el Gobierno y el Movimiento Al Socialismo (Do Alto, 2007; Stefanoni, 2008; Do Alto y Stefanoni, 2010)

La segunda obra destacada es la de Subercaseux y Sierra *Evo. Despertar indígena*. (2007) La contribución a lo ya conseguido en el trabajo de Stefanoni y Do Alto (2006) es fundamentalmente en términos de actualización y mayor cercanía al “objeto de estudio”. Las autoras consiguieron una larga entrevista con Evo Morales en un momento en el que ya era crecientemente complicado obtenerlas, y con un año a la espalda de gestión al frente del ejecutivo, en el momento álgido del proceso constituyente y cuando el conflicto con las Prefecturas y Comités Cívicos del Oriente del país empezaba a perfilarse como la principal amenaza para el Gobierno. Gracias a ese acceso privilegiado, el libro, a pesar de no poseer sus autoras un gran conocimiento sobre la historia política boliviana, puede ser interesante tomado como un análisis de coyuntura realizado por el propio Presidente.

Fruto de esta interlocución directa con Morales, la obra se centra particularmente en la coca. Por encima de aspectos técnicos sobre su cultivo, procesamiento y venta, que al lector medio pueden resultarle quizás áridos, ésta atención es especialmente importante por cuanto la defensa de la hoja de coca jugó un papel central en la articulación de un discurso de resistencia que vinculase la soberanía nacional, la cultura indígena y los derechos de los campesinos (Subercaseaux y Sierra, 2007: 152-153; ibídem: capítulo 16) En este punto

coinciden con los principales trabajos sobre la problemática de la hoja de coca y su significado político nacional (Dunkerley, 2007: 81; Berniola González, 2008)

Así, sin pretenderlo y sin adoptar un marco teórico que guiase tal conclusión, las autoras, en su entrevista a Morales, apuntan hacia una importancia discursiva fundamental de la coca, que ha sido de gran inspiración para este trabajo y ensayos anteriores (Errejón, 2010: 4)

El problema, sin embargo, es que el trabajo deja traslucir una cierta fascinación con el “mito Evo”, que lleva a asumir, sin mediación analítica alguna, la historia oficial, elaborada a posteriori, del surgimiento y triunfo del MAS, así como de la memoria indígena similar a la de un gigante dormido durante quinientos años. Por esa razón Subercaseaux y Sierra (2007) no aportan elementos imprescindibles para un análisis de la hegemonía, ni para una comprensión mínimamente crítica de la construcción de poder político en Bolivia. En su narración idílica los mecanismos discursivos que, de forma contingente, posicionaron al MAS como representante de un bloque en formación contra las élites hasta entonces dominantes, parecen evidentes y necesarios. Lo mismo sucede con la hibridación entre indianismo y nacionalismo, o con las polémicas actuaciones del MAS en algunos momentos del “Ciclo Rebelde”, en los que lejos de ser el adalid de la revuelta, lo fue de la gobernabilidad y la responsabilidad, como en el referéndum sobre los hidrocarburos convocado por el entonces presidente Carlos Mesa en 2005, al que salvo el MAS, todas las organizaciones populares llamaron a boicotear (Mokrani y Gutiérrez, 2006)

El último trabajo sobre la figura política de Morales es el de Martín Sivak: *Jefazo* (2008) El periodista argentino es sin duda el que más se centra en la persona de Evo Morales, a través de una atractiva narración de varias jornadas en compañía del Presidente boliviano. El libro es un trabajo bien documentado y mejor escrito, por lo que es sin duda recomendable para todos los interesados en la intersección entre el ser humano y el gobernante.

Es cierto que, en un gobierno con claras inercias “decisionistas”, y en una construcción de poder político basada en buena medida en la relación directa del líder con las masas, la personalidad de éste deviene una variable explicativa de primer orden para la comprensión de los fenómenos políticos. En este sentido el trabajo de Sivak (2008) realiza una importante aportación: la de acercar la figura de Evo, sometida a crecientes distorsiones mistificadoras, al investigador. De esta manera, se evidencian los componentes del carácter, la biografía y la forma de entender la política que explican muchas de las actuaciones de Morales, y su

peculiar liderazgo carismático, crucial en el proceso político boliviano.

Sin embargo, las explicaciones “psicologicistas” son difícilmente compatibles con las investigaciones en ciencia política. Pueden constituir un valioso complemento auxiliar, pero ni siquiera los autores más apasionados de las teorías de élites sustituirían el estudio de la dinámica política- las condiciones estructurales, los actores, sus recursos o sus mecanismos de producción de sentido- por la elaboración del perfil psicológico del líder. El riesgo queda conjurado por cuanto no parece esa la intención de Sivak (2008), por lo que su narración se limita a ser nada más, y nada menos, que un buen acercamiento a la figura de Morales, a través de la cual se vislumbran aspectos interesantes sobre su formación sindical y política, o sus relaciones internas en el MAS y el gabinete. Pero esto ya es materia de otra línea de estudios, la que se ha centrado en el Movimiento Al Socialismo como objeto de estudio.

2.4.2 Los trabajos sobre la organización MAS –IPSP, entre el enfoque de partidos políticos y el de movimientos sociales

Mientras que a comienzos de la década del 2000 pocos estudiosos prestaban atención privilegiada al Movimiento Al Socialismo²⁷ –Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos, aún después de su espectacular segunda posición en las elecciones de 2002 que venció Gonzalo Sánchez de Lozada, a comienzos de la del 2010 existen ya diferentes investigaciones publicadas, y sin duda muchas más en curso, centradas en este objeto de estudio.

No es necesario explicar la razón de este hecho, sino sólo constatar que, con el salto a la política “nacional” primero, y al gobierno después –y a ser el único partido implantado en todo el territorio de Bolivia²⁸, cabría añadir después- el Movimiento Al Socialismo se ha convertido en una de las grandes claves a explicar (Stefanoni, 2003; Harten, 2007; Tapia, 2006b; Do Alto, 2007).

²⁷ Para muestra, sirve consultar el estudio “Partidos políticos en América Latina”, realizado por el politólogo especialista en partidos y sistemas de partidos en América latina, Manuel Alcántara (2004) En él, se le concede una mínima importancia al Movimiento Al Socialismo boliviano, que pasa a jugar un papel secundario como mero reflejo del multipartidismo extremo de un sistema que cuenta en el parlamento incluso con formaciones “antisistema” (Alcántara, 2004: 77) Poco más de un año después, el MAS ganaba las elecciones presidenciales en Bolivia.

²⁸ Ver al respecto el análisis en clave de geografía política realizado sobre las elecciones presidenciales del pasado 6 de diciembre de 2009 “De las dos Bolivias a la construcción nacional plebeya del MAS. Una lectura geográfico-política de las elecciones del pasado 6 de diciembre” (Errejón, 2009).

Sin duda esto es así también en esta investigación. La diferencia fundamental con las que aquí se revisan es, fundamentalmente, de método: mientras que éstas se preguntan por los dispositivos organizativos, la genealogía y los recursos al alcance del MAS, en busca de una explicación de su abrumadora primacía en el escenario político, o indagan sobre los efectos de ésta sobre el sistema en su conjunto, la investigación presente asume una perspectiva de análisis del discurso para comprender la producción de hegemonía.

Entre los investigadores más destacados en el estudio de “partido” MAS figura, sin duda, el politólogo francés Hervé Do Alto, quien, desde enfoques tradicionales en la disciplina se ha aventurado, a través de un amplio y largo trabajo de campo, a una caracterización del MAS (Do Alto, 2007).

El trabajo de Do Alto, en una aproximación cercana a la sociología política, compara las formas organizativas y perfiles medios de los militantes del MAS en diferentes lugares: barrios pobres de ciudades del occidente del país, comunidades campesinas del altiplano, enclaves sindicales de los valles, circunscripciones de clase media alta de La Paz, etc. (Do Alto, 2007). Mediante este trabajo, las investigaciones de Do Alto arrojan luz sobre de dónde provienen y cómo se eligen los liderazgos intermedios del MAS, y en qué medida encajan y chocan con la “otra estructura” de representantes en el poder legislativo y componentes del gobierno²⁹. Gracias a sus conclusiones, se pueden apreciar las tensiones internas del paso del “particular” de lista electoral sindical al “universal” de partido nacional-popular, y su gestión en equilibrios precarios asegurados por el liderazgo de Morales. También, y aunque éste no sea el objetivo de Do Alto, se pueden apreciar los diferentes imaginarios que enmarcan las posiciones políticas del MAS: el campesinista, el nacionalista antiimperialista, el indigenista moderado y, en menor medida, el izquierdista “clásico”. Esta identificación de los diferentes discursos al interior del MAS resulta, quizás, un tanto forzada, por cuanto es difícil encontrar manifestaciones públicas a escala nacional de que existan “corrientes” internas. Se podría hablar, en todo caso, de diferentes proveniencias políticas de los individuos o grupos que hoy juegan un papel relevante en la formulación del discurso público del MAS. Pero la pobre y

²⁹ Un estudio similar acerca de las dificultades de gestión en el seno del MAS del paso de la “protesta a la propuesta”, y de la estructura sindical a la partidaria, pueden encontrarse en (Harten, 2007). No obstante, en este último caso no está claro cuando el autor se mueve en un enfoque socio-organizativo y cuando en uno de análisis discursivo, lo que hace confusas y demasiado generalistas algunas de sus conclusiones.

escasa discusión política e ideológica al interior del “Instrumento Político” impide desarrollar más la tesis de las “corrientes”.

Do Alto se centra en investigar la organización interna del MAS, su composición social y su estructura. Su radiografía es de gran utilidad para comprender el *cómo*, pero no el *qué* ni el *por qué*, puesto que no presta atención a la formulación del discurso público que ha transformado el rol político del MAS convirtiéndolo en aglutinador de una mayoría nacional en la que se basa su liderazgo político.

Harnecker y Fuentes (2008) entrevistan a destacadas personalidades del MAS, seleccionadas más por su representatividad como emisores de discurso público que por su cargo al interior del partido o el ejecutivo, aunque en casos como el de Santos Ramírez³⁰ o Leonilda Zurita³¹ se combinen ambos elementos.

A lo largo del trabajo se busca que los entrevistados respondan a preguntas tales como:

“Cuál es la diferencia entre un partido y un instrumento político; cómo surge el MAS; cuál es su nexos con el resto de la izquierda; qué relación existe entre el instrumento político y los movimientos sociales; cómo se eligen los candidatos a cargos públicos y cómo rinden cuentas ante sus electores; cómo se financia la organización; cómo gobernar teniendo en cuenta a los movimientos sociales; qué papel juega Evo Morales en el MAS y en el proceso boliviano [...] cuáles son los principales errores y debilidades del MAS” (Harnecker y Fuentes, 2008: 15).

De esta manera, se estudian cuestiones muy similares a las de Do Alto pero, en este caso, a través de reflejar las propias percepciones de los dirigentes nacionales entrevistados. La intervención de los autores se limita a conducir y ordenar las entrevistas, y al obvio proceso posterior de edición. Por esta razón, al no haber trabajo posterior de análisis, el material resultante puede ser de gran provecho para investigaciones posteriores –por ejemplo, tal y

³⁰ Santos Ramírez era, al momento de la entrevista, la “mano derecha” del Presidente, su hombre de confianza en el gobierno, hombre fuerte en el MAS y previsible sucesor a la candidatura presidencial. Su postulación al frente de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, empresa pública emblema de la recuperación de los recursos naturales y locomotora económica del país, donde se habían producido irregularidades, refuerza la imagen de que confianza en su figura. Poco después de su nombramiento, se destapó una truculenta trama de corrupción que implicaba a Ramírez. Este caso fue utilizado, sin demasiado éxito, por la oposición, al tiempo que Evo aplicaba una dureza ejemplarizante con su antiguo colega. El colectivo político “Satucos”, integrado en el MAS pintaba poco después en la ciudad de La Paz numerosos murales diciendo: “La corrupción ya no se esconde: los mandamos a la cárcel”

³¹ Una de las más importantes dirigentes nacionales del MAS, así como del sindicato campesino femenino “Bartolina Sisa”.

como se emplea en el trabajo presente, como fuente secundaria de enorme valor para el análisis discursivo-, pero por sí solo no ayuda a explicar ningún aspecto del proceso político boliviano. Sucede algo similar con la entrevista de Svampa, Stefanoni y Fornillo (2010) a intelectuales implicados o cercanos al gobierno del MAS, con la diferencia de que en éste último caso los autores, son más cercanos a la realidad política boliviana y su forma de orientar y ordenar las conversaciones ya constituye en sí misma una cierta interpretación de la misma.

El politólogo y sociólogo boliviano Fernando Mayorga, uno de los más reputados del país, también se ha destacado por su atención prioritaria al MAS, fundamentalmente al el proceso por el cual una fuerza inicialmente minoritaria, consiguió desestabilizar el sistema de partido establecido en 1982 y consolidado en 1985 mediante “el desplazamiento del corporativismo sindical por la representación partidista y el encauzamiento del conflicto político a las pautas institucionales de la dinámica parlamentaria entre oficialismo y oposición” (Mayorga, 2007: 111).

Con una combinación de crítica a los partidos nacionales, crítica al “modelo” neoliberal y “corporativismo sindical campesino” el MAS habría logrado para las elecciones de 2002, según Mayorga, sacar en buena medida la política de las instituciones a la calle, y capitalizar la protesta, convirtiéndose en el único partido con inserción territorial en todo el país, pese a que por entonces aún no consiguió vencer en ninguna de las grandes ciudades. El perfil del MAS siguió siendo marcadamente campesino e indígena, pero para las elecciones presidenciales de diciembre de 2005, además del de las organizaciones sindicales y las comunidades indígenas, también recibió el apoyo de los sectores populares urbanos (Mayorga, 2007: 121).

Lo fundamental en el Movimiento Al Socialismo, según Mayorga, es la porosidad de las fronteras entre sindicato y organización política, que se plasma en sus dificultades para “pasar de la protesta a la propuesta”, o en sus complejos procesos de toma de decisiones, determinados por la densidad organizativa del movimiento sindical, las tradiciones asamblearias y, en última instancia, el liderazgo carismático de Morales. En este sentido, Mayorga (2007: 123) coincide con otros investigadores de la naturaleza híbrida partidaria-sindical del MAS (Stefanoni y Do Alto, 2006: 64).

En su atención al discurso del MAS, lo caracteriza como una confluencia compleja de códigos ideológicos de muy distinta procedencia, que le llevan a afirmar que “no es un “movimiento al socialismo” sino un partido de izquierda nacionalista con base campesina y reivindicaciones étnico-culturales” (Mayorga, 2007: 125) por lo que entiende que la sigla “Asamblea por la Soberanía de los Pueblos”, que alguna vez usara en sus comienzos, defina mucho mejor a la formación en el gobierno que la de MAS. Esta confusión en los nombres refleja, siempre según Mayorga, una combinación de “retórica radical y decisiones moderadas”, característica del gobierno de Morales (Mayorga, 2007b: 188).

La animadversión de Mayorga por el MAS le hace atribuirle más capacidad política de la que tiene, asumiendo como suya la del conjunto de los movimientos sociales bolivianos en sepultar el sistema de partidos tradicional, y en fraguar un imaginario del que el liderazgo del MAS es, en además de intérprete, deudor. Con todo, su análisis ideológico del partido de Evo Morales es bastante acertado, como podría verificarse simplemente afirmando que sus conclusiones son transversales, compartidas por autores de posiciones políticas muy diferentes a las suyas (García Linera, 2006b; Stefanoni, 2007). Por ello, algunos elementos apuntados por Mayorga son coincidentes con los extraídos del análisis de discurso en esta investigación.

2.4.3 El proceso constituyente, la Constitución y el nuevo sistema político

Otra rama de los estudios sobre la construcción de poder político en Bolivia han sido los que se ocupan del proceso constituyente y el nuevo sistema político tras la proclamación de la Nueva Constitución Política del Estado. (Baudoin y Luis, 2007; Chávez y Mokrani, 2007; Bohrt, Romero y Peñaranda, 2009).³²

Exceden los límites de este trabajo las investigaciones realizadas desde ópticas estrictamente jurídicas. (Salamanca, 2005; Gutiérrez Alonso, 2007) No obstante, algunas interpretaciones realizadas por constitucionalistas, son especialmente sensibles con el origen del texto legal en

³² El trabajo de Bohrt, Romero y Peñaranda “Del conflicto al diálogo. Memorias del acuerdo constitucional” (2009) tiene el defecto de sobredimensionar, con fines de legitimación del texto resultante, algunos aspectos del proceso constituyente frente a otros, principalmente el alcance de los consensos frente al de las improvisaciones e imposiciones. No obstante, el protagonismo de los autores en el proceso constituyente les ha capacitado para escribir una crónica imprescindible para cualquier acercamiento científico a la Asamblea Constituyente boliviana (2006-2008) y a la nueva Constitución Política del Estado.

un momento de “activación constituyente de la soberanía” (Martínez Dalmau, 2008; Prada, 2010) que se parece bastante a la conformación de un proyecto de hegemonía expansiva que trastoca la hasta entonces estable correlación de fuerzas, empujando a una redefinición de las reglas que rigen la convivencia política. De las mismas premisas se parte en este trabajo.

Carlos Romero, investigador social boliviano, ex diputado en la Asamblea Constituyente y actual Ministro de Autonomías, artífice del nuevo modelo territorial de Estado³³, es autor de un largo trabajo sobre el proceso constituyente (Romero, 2006). En sus tres tomos, Romero se aplica a explicar las contradicciones estructurales que, en su opinión, lastraban al Estado republicano en Bolivia, haciendo necesaria una reformulación colectiva del marco jurídico de convivencia: la “desarticulación” regional, de clases y entre el Estado monocultural y los pueblos indígenas.

La interpretación histórica de Romero está muy bien documentada, y es perfectamente compatible con las fracturas que han presidido y presiden el proceso político boliviano actual. No obstante, ofrece una visión lineal del proceso constituyente y de reforma del Estado, en el que éste parece el resultado necesario de una dinámica acumulativa de contradicciones, en una visión que será seguida por otros autores (Barragán, 2006; Noguera, 2008; Gamboa, 2010).

La obra de Romero, inestimable para contextualizar los conflictos históricos que provocaron la crisis estatal, no presta sin embargo ninguna atención a explicar por qué la crisis se dio cuando se dio, revistió determinadas formas y no otras, y produjo unos resultados políticos y no otros; es decir, ninguna explicación estrictamente “política” de los procesos descritos. La mejor prueba, por otra parte, de que tales elementos no podían ser deducidos en base exclusivamente a las contradicciones estructurales es que el propio Romero, pese a su información privilegiada, su capacidad de análisis y la acuciante necesidad del momento, no se aventura a hacer el más mínimo apunte sobre las evoluciones posibles de la crisis de Estado posteriores a la fecha de publicación de su trabajo.

Desde una perspectiva política totalmente diferente, Gray Molina (2009), defiende que el *modus vivendi* de la relación entre el Estado y la sociedad civil en Bolivia es la del “Estado con huecos”. Este modelo no debe ser interpretado como un proyecto fallido, sino como una

³³ Por su condición evidente de formulador de discurso al interior del oficialismo, particularmente en lo referente al conflicto regional, Romero fue entrevistado durante el trabajo de campo de esta investigación.

forma política particular resultado de la negociación entre élites débiles y poderes locales regionales o indígenas fuertes, que han provocado que gran parte de las necesidades sociales estén cubiertas por entidades no estatales, en una suerte de acomodo que Molina denomina “pluralismo institucional” (Gray Molina, 2009: 124), y que habría venido a sustituir a la vieja “democracia pactada”, el sistema de partidos que acompañó al neoliberalismo y que Pachano (2006) no sin cierta nostalgia, define como caracterizado por el “pluralismo moderado” y la “compulsión a la conformación de coaliciones (Pachano, 2006: 26; Costa, 2007), que cayó víctima de una suerte de “desborde popular”.

Desde esta interpretación del desarrollo histórico del Estado boliviano, el proceso constituyente y de reforma del Estado puede ser una nueva forma de actualización y renegociación de los equilibrios entre aparatos centrales y los dispositivos de la sociedad civil, pero debe apuntar necesariamente a un fortalecimiento de la maquinaria estatal para, sin romper innecesariamente el “modus vivendi” de convivencia tradicional, hacer frente a problemáticas complejas como la gestión de los recursos naturales, la práctica de la interculturalidad en la esfera pública, o la extensión de los servicios sociales. La actualización debe respetar el “constitucionalismo popular” por el cual la sociedad boliviana ha evitado, con un sistema de legitimidad amplia y vulneración generalizada y transversal de la ley, la violencia política a gran escala en la gestión de sus muchas fracturas internas (Gray Molina, 2009: 136).

Gray Molina propone una tesis interesante, pero el hecho de que cierre su texto indicando que “la preferencia por los cambios sociales y económicos” es una constante histórica en Bolivia (Gray Molina, 2009: 138) da una idea de los límites de su enfoque. Si en lugar de cómo “modus vivendi” Molina hubiese analizado la continua obligación de negociar y reconocer espacios de autonomía a otros sectores sociales por parte de las élites bolivianas como una manifestación de una histórica crisis de hegemonía –de capacidad para encarnar una voluntad social general y hacerla políticas públicas-, se habría situado en una perspectiva más cercana a esta investigación.

Si bien es cierto el dato de la paradoja de los índices relativamente bajos de violencia política –dejando de lado la violencia de baja intensidad generalizada en disputas y protestas- a política en una sociedad tan fracturada, también lo es que la relativa estabilidad y el apoyo popular de este gobierno se basa en una polarización del campo político, entre oficialistas y

opositores, que le asegura una mayoría transversal a las muchas diferencias y particularismos que atraviesan el país. En otras palabras, el análisis de Molina es correcto sólo hasta que choca con una construcción hegemónica que aspira a “suturar” esa condición fragmentaria –y precariamente pluralista- de la que alude.

Luís Tapia (2004, 2006) capta mejor la dimensión conflictiva que hay detrás de la nueva construcción de poder político en el país, y en consecuencia relaciona los cambios institucionales con una nueva hegemonía en expansión. Sin embargo centra su trabajo no en explicar la formación de ésta, sino en dar cuenta de sus raíces sociales y los conflictos entre su dimensión constituyente y sus cierres constituidos.

En ese camino, Tapia, que como ya se ha apuntado es uno de los más brillantes intelectuales bolivianos, realiza aportaciones agudas al estudio de la nueva forma estatal boliviana y su naturaleza cambiante de clase (2009b) y descolonial (2009b). Deja en cambio sin explorar el campo en el que, junto con otras interpretaciones que veremos más adelante, se ubica este mismo trabajo: el del análisis del discurso y la hegemonía.

2.4.4 El conflicto regional y las autonomías

El destacado peso del conflicto regional en el proceso político boliviano y la centralidad de la discusión sobre el nuevo modelo territorial de Estado han inspirado una fértil línea de investigación, que a menudo se ha movido entre el análisis, la prescripción y la militancia. Numerosos estudiosos se han ocupado de la “cuestión regional” y la descentralización, si bien desde diferentes perspectivas.

En clave histórica, nuevos trabajos han investigado las raíces estructurales del regionalismo en Bolivia. Roca (2009) lo considera un fenómeno consustancial al Estado boliviano, y, en una lógica binaria, lo contrapone a las tendencias centralistas y potencialmente autoritarias³⁴. No en vano, en una publicación anterior, afirma Roca que la historia de Bolivia era antes la de la lucha de regiones que la de la lucha de clases (Roca, 1979 [1999]: 39). Esta es una propuesta provocadora y difícil de sostener en exclusividad, pero que ilustra bien la centralidad de la cuestión regional (Mitre, 2008).

³⁴ Este será, como se verá más adelante, uno de los *leitmotifs* del autonomismo de los departamentos del oriente boliviano.

Para Roca, no obstante, el conflicto regional presente no sigue esa pauta “democracia-descentralización”, sino que expresa una pugna entre dos regiones por la “hegemonía” (Roca, 2009: 87) que, prosigue, deberá solucionarse mediante un equilibrio consensuado institucionalizado en la nueva constitución. La premisa sólo explicitada en otro lugar es que la nueva primacía económica de Santa Cruz debe ser correspondida con un equilibrio del peso político (Roca, 2001).

Rossana Barragán contesta esta postura, negando la raíz del conflicto regional argüida desde los discursos regionalistas. Barragán estudia la distribución territorial de poder y el control sobre los recursos naturales, como dinámica decisiva para entender la geografía política del Estado boliviano (Barragán, 2009). En un trabajo historiográfico rigurosamente documentado, Barragán desmiente el mito del “centralismo opresivo” y revela cómo el desarrollo de los departamentos del oriente boliviano no sólo no se hizo “contra” sino *gracias* al apoyo del Estado central, mediante la transferencia de excedentes –provenientes fundamentalmente del tributo indígena primero y de la minería después- a los nuevos polos agroexportadores (Barragán, 2009: 116; Romero, 2003, 2006).

La centralidad económica y política del departamento de Santa Cruz, y el hecho de que su capital, Santa Cruz de la Sierra, se convirtiese durante toda la primera legislatura de Evo en el epicentro de una oposición regionalista conservadora, motivó numerosos estudios específicos sobre el protagonismo político del autonomismo en el departamento. Molina (2008) habla de una nueva geografía política marcada por la lenta emergencia de Santa Cruz y el lento declive de La Paz como centro de construcción estatal, así, pronostica que:

“la zona más rica del país se preparará para conducirlo en el futuro. Nos acercamos a un largo periodo de preeminencia de las regiones que miran hacia el Atlántico, que poseen los recursos naturales valiosos y cuentan con posibilidades de crear una industria y un comercio sostenibles. Esto no necesariamente significará el eclipse de La Paz, pero sí puede implicar, en el mejor de los casos, un reequilibrio geopolítico del país” (Molina, 2008: 12).

Si bien en su interpretación del proceso político boliviano como una pugna étnico-regional Molina (2008: 8) hace gala de una exageración cercana a los intelectuales criollos que hablan de una suerte de “racismo a la inversa” (Lavaud, 2007: 149; Veltzé, 2009; Rossell, 2009: 27-

28), no deja de tener razón cuando subraya la centralidad del conflicto regional para la cuestión de la hegemonía en Bolivia (Zalles, 2006) con independencia de que sus predicciones geopolíticas se cumplan o no.

Alimentados por esta centralidad del conflicto regional, numerosos autores se han ocupado del estudio de uno de sus actores y su emergencia. Ximena Soruco (2008) realiza un trabajo que debe figurar entre los más convincentes sobre la conformación de las élites de Santa Cruz, y prosigue una línea fértil de investigaciones sobre el auge económico del departamento (Sandoval *et al.* 2003). Hundiendo sus raíces en el desarrollo histórico de *los barones del Oriente* (2008), Soruco explica las características económicas y políticas del poder de la élite terrateniente y comercial de Santa Cruz.

El trabajo de Soruco, además de esta exploración histórica y económica, sienta las bases para adentrarse en la construcción política de la identidad *cruceña* y de la identidad *camba*. Este es un terreno en el que las investigaciones de Maclean (1987), Hernán Pruden (2003, 2008) y Sivak (2007) han arrojado gran cantidad de luz, ilustrando la flexibilidad de un proceso político de generación de lealtades regionales compartidas, a través de la inscripción de diferentes demandas en un mito de una comunidad de intereses olvidada –cuando no saqueada- por el poder central(ista). Estos trabajos son especialmente útiles al mostrar cómo el término *camba* pasa de designar despectivamente al peón indígena de las haciendas agrícolas del oriente (Pruden, 2003) a ser reformulado como signifiante de la identidad regional interclasista promovido por las élites a comienzos del siglo XXI (Peña, 2003: 117-121).

El libro de Peña y Jordán “Ser cruceño en octubre” (2006) es particularmente interesante porque muestra, en el momento de eclosión del poder de la acción colectiva de las clases subalternas en el occidente del país, la fuerza de una identidad regional conservadora emergente en contraposición a los movimientos sociales de cuño indígena (Argirakis, 2010). Esta contraposición, está magníficamente descrita en el artículo de Assies “La Media Luna sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social”:

“La *Media Luna* es presentada como progresista, moderna, productiva, a favor de la globalización, en contraste con los *collas* de las tierras altas occidentales, que son presentados como conservadores, atrasados, poco productivos (si no parásitos) y *globalofóbicos*” (Assies,

2006: 99).

En su investigación “Agrarian Capitalism and Struggles over Hegemony in the Bolivian Lowlands”, Gabriela Valdivia (2010) estudia también la construcción discursiva por parte de las élites latifundistas de Santa Cruz de una ideología que, por medio de una “memoria selectiva”, oculta el origen de la propiedad de la tierra –basado, según ella, en la desposesión y los mecanismos clientelares de recompensa de los gobiernos dictatoriales, especialmente el de Hugo Bánzer- y presenta su estatus como derivado de un trabajo laborioso y una gran capacidad emprendedora, que se veía ahora amenazada por el “interés político” del Gobierno que promueve conflictos en una sociedad cruceña idealizada como armónica y productiva.

Los fenómenos posteriores no han hecho más que ratificar la capacidad de movilización de esta construcción binaria de las identidades, y la agudización del conflicto regional como la principal batalla política del primer gobierno de Evo Morales (Mitre, 2008).

El desarrollo de las identidades *cruceña* y *camba*, en todo caso, no puede ser reducido a una operación de “disfraz” de los intereses de las élites locales. Waldmann, en su extenso trabajo etnográfico, muestra que tales identidades son procesos sometidos a contradicciones y cambios, pero que gozan de enorme arraigo popular (Waldmann, 2008). En el análisis de los marcos discursivos de la identidad política *regionalista-opositora* que se realiza en el capítulo 11 de este trabajo, se puede apreciar la autonomía y capacidad de construcción de un bloque opositor territorializado que ha tenido el discurso “autonomista”.

Es preciso recalcar, sin embargo, que esta línea de interpretación del conflicto regional y, en particular, del proyecto autonomista encabezado por Santa Cruz, como una empresa capitaneada por las élites no es en absoluto un consenso entre quienes se han ocupado del tema. Existe todo un nutrido conjunto de publicaciones, algunas con vocación más científica y otras más propagandísticas o de divulgación, dedicadas a sustentar la tesis opuesta: la de que el Estado boliviano tiene una estructura andinocéntrica y guarda una relación con las regiones del oriente boliviano que puede ser calificada de “colonialismo interno” (Dabdoub, 2002; Pinto, 2003; Ruíz, 2006; Antelo, 2006). La última publicación sobre esto: “Autonomía, de la protesta a la propuesta. Una crónica escrita desde Santa Cruz” (Chávez Casazola, 2009) resulta de gran utilidad para comprender la gestación, desarrollo y autopercepción del movimiento autonomista durante el primer gobierno del MAS (2006-2009) desde su epicentro

en el departamento cruceño. En la medida en que el conflicto regional y en torno a la demanda autonómica departamental ha marcado de forma determinante la legislatura, el libro constituye un documento de consulta obligada para cualquier análisis sobre el poder político y la pugna hegemónica.

A la luz de esta interpretación histórica, profundizar en la descentralización departamental, es, por una parte, una deuda con los departamentos orientales que dan más de lo que reciben a un Estado central que es cada vez más una rémora; y por otra una reforma necesaria para avanzar en la democratización y gobernabilidad del Estado boliviano (Barbery, 2005; Prats, 2009b). Sobre este último punto han trabajado numerosos autores, que, sin respaldar necesariamente el proyecto político de las élites regionales del oriente boliviano, sí han estimulado y nutrido un debate acerca de la descentralización, en parte continuando el trabajo de quienes lo iniciaron en torno a la discusión de la Ley de Participación Popular en 1994³⁵ (Del Campo, 2006, 2008; Prats, 2006).

Juan Carlos Urenda es quien antes y con más rigor formuló una propuesta autonomista (Urenda, 1987) y quien más la ha desarrollado (Urenda, 2004, 2006), hasta el punto de haber sido el principal intelectual del proyecto autonomista impulsado por el Comité Cívico de Santa Cruz, y artífice del Estatuto de Autonomías que la Prefectura elaboró y sometió a referéndum al margen del Gobierno Central en mayo de 2008. (Urenda, 2007). Mientras tanto, Carlos Dabdoub puede ser citado como el más destacado ideólogo del autonomismo de Santa Cruz (Dabdoub, 2006, 2007³⁶; Prats y Dabdoub 2009)

El problema con los estudios examinados sobre el conflicto regional es que, en su especificidad, no discuten apenas la función de la “cuestión regional” en la pugna hegemónica vivida en el país durante el primer gobierno de Evo Morales. Es decir, no analizan en qué medida el conflicto regional forma parte de una crisis general del Estado boliviano, en la que diferentes grupos sociales pugnan por imponer su proyecto de reordenación del país, que pasa necesariamente por imponer una definición de los problemas y de las soluciones. En gran

³⁵ Para una explicación de la Ley de Participación Popular, ver: Medeiros (2001). Para una interpretación de su influencia en la apertura de nuevos espacios políticos, claves para la emergencia del movimiento indígena campesino y el éxito electoral del MAS, ver: Kohl y Farthing (2006)

³⁶ A este respecto resulta especialmente recomendable la lectura de *Yymbae (sin dueño) 500 años de lucha contra el centralismo colonial* (Dabdoub, 2007), que figura sin duda entre los más elaborados manifiestos políticos del autonomismo conservador de Santa Cruz. Por su condición de “intelectual orgánico” y emisor de discurso, Dabdoub fue uno de los entrevistados centrales durante el trabajo de campo de esta investigación.

medida, la estabilización del poder político gubernamental, a partir de finales de 2008, se derivó de la desactivación parcial del conflicto regional, y sin embargo existe un incomprensible vacío de investigaciones que enmarquen la pugna territorial dentro del conflicto político nacional por la hegemonía.

2.5 La perspectiva de la hegemonía. Principales contribuciones

Si resulta un problema general para el campo de la ciencia política la hiperextensión y consiguiente vaciamiento del término “hegemonía”, en Bolivia y los estudios sobre su proceso político –por parte de investigadores bolivianos o extranjeros- la vulgarización del término adquiere proporciones alarmantes, que dificultan enormemente su uso analítico. Dar cuenta de los numerosísimos usos y las desviaciones conceptuales agotaría el marco de esta revisión. Baste con visitar algunos ejemplos destacados y las formulaciones académicas más destacadas.

Ramírez Villarroel desarrolló, en 2006, un estudio sobre el uso del término “hegemonía” en los principales periódicos bolivianos³⁷, que es altamente ilustrativo. Incluso antes de que el término alcanzase los niveles actuales de popularidad, ya era masivamente empleado como sinónimo de “supremacía”, una reunión total del poder a la que el gobierno aspiraba. Una cita tomada del trabajo de Ramírez Villarroel (2006) bastará para ilustrar este uso:

“El Movimiento al Socialismo MAS está en el poder. Busca usurpar el poder total, el monopolio del poder, suspendiendo de esta forma la división de los tres poderes del Estado democrático e invadir las instituciones. El MAS busca la ‘hegemonía del poder’ a través de la nueva CPE que se redactará en la Asamblea Constituyente”.³⁸

En esta acepción, tremendamente común en el discurso político opositor, la hegemonía tiene un significado consustancialmente negativo, que remite a la eventual suspensión de la

³⁷ No existía aún, por aquel entonces, el diario oficialista “Cambio”, ni se había producido el ligero giro editorial en “la Razón”, por lo que todos los medios analizados son contundentemente opositores.

³⁸ Diario “El Deber” (www.eldeber.com.bo): 4 de junio de 2006, sección “Opinión”. Citado en (Ramírez Villarroel, 2006: 34)

democracia por un actor político –el gobierno en este caso- que quiere acumular todos los resortes del poder. Por supuesto, el estudio de la hegemonía siguió realizándose en estrechos círculos de organizaciones tradicionales de la izquierda, pero con escaso peso en el debate nacional y más bien de forma colateral a los análisis economicistas de clase.

Calderón (1991) tiene el mérito de haber sido el primero en recuperar la ahora tan manida terminología gramsciana para analizar la coyuntura política de comienzos de la década de los 90 del pasado siglo XX, pero el intento resulta pobre y no aporta, a esta línea de trabajo, más que el haber abierto una línea discursiva que después será masivamente transitada.

2.5.1 El enfoque liberal: la cercanía entre hegemonía y autoritarismo

En un sentido más ilustrado pero igualmente negativo lo emplean algunos intelectuales conservadores bolivianos que ven en las pretensiones “hegemonistas” del MAS la prueba de su carácter antipluralista y antiliberal. (Lazarte, 2006; Deheza, 2006; Lavaud, 2007; Salman, 2009; Archondo, 2009).

En todos ellos subyace una contradicción: El MAS no ha conseguido construir hegemonía hasta ahora, pero es “hegemonista” en la medida en que aspira a conseguir todo el poder disponible en el sistema político. Así, Zalles, vaticinaba hace tan sólo dos años, que: “el MAS a dos años de gobierno, ha despilfarrado la acumulación de fuerzas que le había dado una legitimación electoral y ha sido incapaz de desarrollar una hegemonía estatal para organizar y cohesionar a la sociedad boliviana” (Zalles, 2008: 146).

En un sentido algo más complejo entiende la hegemonía Rossell (2009) quien, pese a afirmar también que el MAS no ha producido, hasta el momento, una ideología capaz de cohesionar un bloque social integrando en él a otros sectores –fundamentalmente las capas mestizas urbanas- (Rossell, 2009: 25-26) concluye³⁹ con fatalismo que

“Aún no hay a la vista una verdadera opción de poder que pueda hacer frente al liderazgo de Evo Morales. El contundente 62% logrado en el referéndum constitucional confirma de

³⁹ Esta conclusión de Rossell, realizada antes de las elecciones presidenciales de diciembre de 2009, se vio claramente confirmada por los resultados electorales. Ver el análisis de dichas elecciones en: (Errejón, 2009)

manera elocuente el apoyo de la población al actual proceso de cambio. La oposición, mientras tanto, ha demostrado en las urnas –por tercera vez consecutiva – que no constituye una verdadera alternativa de poder más allá de ciertos espacios regionales. Esto consolida el lugar de Evo Morales como el más importante líder nacional en el actual escenario político, lo cual representa un verdadero problema, tanto para el oficialismo como para la oposición” (Rossell, 2009: 30-31).

En esta visión, los resultados electorales abrumadoramente favorables con el MAS no son confundidos con la hegemonía, pero ésta es equiparada, sin más problematización, con la ampliación del marco ideológico de un movimiento para dar cabida a sectores ajenos.

Ardaya, en su artículo “La crisis política en Bolivia” (2009) también equipara la supremacía del MAS en la política nacional y las principales instituciones con una amenaza para la convivencia en una esfera pública democrática. Para ella, el auge de los particularismos, espoleados desde el gobierno por una política de polarización, evidencian una crisis de hegemonía, en el sentido de horizonte de sentido aglutinador de los diferentes grupos sociales (Ardaya, 2009: 30-32).

2.5.2 Hegemonía en la obra de García Linera

La obra teórica de García Linera es considerablemente amplia, y abarca disciplinas diferentes como el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva (2004; 2007), la sociología del trabajo (2001), la economía política (1995) o la teoría del Estado (2006; 2007b; 2010).

En este apartado lo que interesa es exclusivamente su teorización de la hegemonía, que más que constituir una rama específica de su obra, es una preocupación transversal en la mayoría de los trabajos de Linera.

No es exagerado afirmar que, en la discusión política tanto como en la académica, la mayor parte de los análisis sobre la hegemonía hoy en Bolivia toman como referencia el trabajo de García Linera (2004, 2006, 2006b) sea para imitar sus postulados, para tomarlos como punto de partida, o para contestarlos. Esto los convierte, como es natural, en referente central y obligado.

El trabajo de Álvaro García Linera está guiado por una voluntad de adaptar las categorías marxistas a la realidad social boliviana. De esta manera, aunque éste es un olvido frecuente, el análisis de la hegemonía en García Linera está precedido por su interpretación de la estructura de clases sociales en Bolivia, la composición técnica y política de las clases subalternas, y la relación entre la dominación de clase y la étnico-cultural⁴⁰.

El concepto de “multitud”⁴¹ juega en la obra de Linera un papel fundamental, señalando una composición “abigarrada” de las clases populares en Bolivia (Zavaleta, 1985 [2000]), en la que la centralidad del obrero fordista -que había estado durante gran parte del siglo XX encarnada en los mineros- ha sido sustituida por formas híbridas de articulación política de las clases subalternas. A estas formas de articulación y organización le dedicará Linera sus investigaciones durante más de cinco años (2000-2005).

A partir de la llegada del MAS al gobierno nacional de Bolivia, y de la entrada del propio García Linera en el Ejecutivo como Vicepresidente, su trabajo comienza a centrarse en la construcción de poder político y hegemonía:

“Lo interesante de esto es ver cómo a partir de los jirones del indianismo, lo nacional-popular, el sindicalismo y el marxismo, Evo Morales ha podido convertir al MAS en una maquinaria de poder que en esos años llegó a controlar el Estado para, desde ahí, atreverse a emprender la construcción de un modelo postneoliberal” (García Linera, 2006: 6).

El artículo “Empate catastrófico y punto de bifurcación” (2008) expresa en forma extremadamente clara la tesis fundamental de García Linera sobre la hegemonía, aplicada al análisis del desarrollo de la crisis de Estado durante el gobierno de Evo Morales. A continuación, se realiza un breve resumen en el que se intercalan algunos fragmentos especialmente significativos de dicho artículo.

⁴⁰ CLACSO-Prometeo editaron, en 2008, el libro “La Potencia Plebeya” (García Linera, 2008b), que es una antología de los textos más importantes de García Linera. Al compilarlos y ordenarlos en una sola obra, esta antología hace evidente que la problemática central para García Linera es la conexión entre las estructuras productivas de la sociedad boliviana y las superestructuras políticas y culturales, en una relación no rígida que remite fundamentalmente al pensamiento de Antonio Gramsci.

⁴¹ Pese a su amistad y admiración intelectual por el filósofo político Antonio Negri, el concepto de “multitud” que García Linera maneja es sustancialmente diferente, fundamentalmente en que no está basado en la centralidad del trabajo inmaterial y la cooperación intelectual y sí en formas organizativas y culturales de construcción de una agencia múltiple y heterogénea de las clases populares.

Sostiene García Linera que en Bolivia se produjo una “crisis del Estado neoliberal”, determinada por el colapso de la capacidad de consenso y de mando de las clases dirigentes, y el surgimiento de fuerzas nuevas que desafían ese poder: el bloque social “indígena y popular” que alcanzó la conducción estatal por una combinación de movilización de masas y victorias electorales. Entonces se abrió una fase de “empate catastrófico” con las élites tradicionales que mantenían capacidad de veto y bloqueo, en el que la crisis de Estado podría haber resultado en una reversión al régimen anterior, o una institucionalización de la nueva correlación de fuerzas en formación:

“El empate catastrófico es una etapa de la crisis de Estado, si ustedes quieren, un segundo momento estructural que se caracteriza por tres cosas: confrontación de dos proyectos políticos nacionales de país, dos horizontes de país con capacidad de movilización, de atracción y de seducción de fuerzas sociales; confrontación en el ámbito institucional –puede ser en el ámbito parlamentario y también en el social– de dos bloques sociales conformados con voluntad y ambición de poder, el bloque dominante y el social ascendente; y, en tercer lugar, una parálisis del mando estatal y la irresolución de la parálisis. Este empate puede durar semanas, meses, años; pero llega un momento en que tiene que producirse un desempate, una salida. La salida del empate catastrófico sería la tercera etapa de la crisis del Estado, que la vamos a denominar construcción hegemónica ascendente. Está marcada por la conflictividad y, por lo general, se da por oleadas” (García Linera, 2008: 26).

La salida del “empate catastrófico” se produce en un punto álgido de la confrontación que decide el sentido de la evolución de la crisis de Estado:

“A ese momento histórico, preciso, fechable, le hemos puesto el nombre de punto de bifurcación. El punto de bifurcación hace que, o haya una contrarrevolución exitosa y se regrese al viejo Estado en nuevas condiciones, o que se consolide el nuevo Estado, con conflictos todavía, pero en el contexto de su estabilización. La contrarrevolución requeriría una rearticulación hegemónica de las resistencias regionales con capacidad de expansión de lo regional a lo nacional, por apoyo internacional o por un colapso del mando y de la dirección del bloque revolucionario. [...] Un punto de bifurcación es, en el fondo, un hecho de fuerza en la medición práctica de las cosas. Es un hecho de liderazgo, de hegemonía en el sentido gramsciano del término, de liderazgo moral sobre el resto de la sociedad. Entonces, si los indígenas quieren consolidarse como núcleo del Estado, tienen que mostrar que son capaces de recoger y llevar adelante también los intereses de la clase media, del empresariado boliviano, y

aislar a muy pocos, a unos que son irreductibles, pero quitándoles su base social. Por eso, es importante hablar con los adversarios; los indígenas estaban obligados a hablar con ellos” (García Linera, 2008: 27-28).

Tiempo después, García Linera ya estará en condiciones de validar su esquema y de verificar la solución a ese “punto de bifurcación”: la crisis de agosto-septiembre de 2008⁴² se habría saldado con la derrota militar de la derecha representada por las prefecturas y los comités cívicos orientales, que ya había sufrido las anteriores derrotas electoral y política en los referendos revocatorios y con la aprobación de la nueva Constitución:

“Así, en agosto se consolida la victoria electoral, en septiembre la victoria militar y en octubre (con la aprobación congresal del referéndum constitucional) la victoria política. Y con eso, ciertamente, se cierra el ciclo constituyente y a partir de ese momento se inicia la estructura de orden unipolar del nuevo orden estatal” (García Linera, 2009: 9).

Con esta resolución del punto de bifurcación, la crisis estatal en Bolivia se dirigiría a un período de estabilización, en el que el conflicto político bajaría de intensidad y dejaría de presidir la vida colectiva del país. Se habría llegado así a un momento de afirmación del poder estatal del bloque social ascendente, con la integración en forma subordinada de otros grupos sociales a su horizonte *plebeyo* de voluntad nacional colectiva (García Linera, 2010b).

Esta tesis, sucintamente expuesta, tiene el valor de ser una aplicación práctica de un esquema teórico abstracto al caso concreto de la construcción de poder político y hegemonía en Bolivia. En algunos pasos parece hacer “de la necesidad virtud”, teorizando como decisiones políticas situaciones que más parecen haber sido momentos de incertidumbre, como en la crisis de agosto-septiembre de 2008, donde la indefinición hacia el último momento del ejército ha sido representada a posteriori como la “fidelidad al Estado de los militares patriotas”. En cualquier caso, ya se ha indicado que estos límites son inevitables cuando se teoriza y construye políticamente, a la vez, el mismo proceso.

Sin embargo, la teoría de García Linera tiene la virtud de ser uno de los pocos materiales

⁴² Durante estos dos meses, se produjeron tomas de edificios estatales, enfrentamientos con la policía y saqueos por parte de grupos de jóvenes autonomistas en Santa Cruz, así como la matanza de campesinos oficialistas en el departamento amazónico de Pando. Finalmente, la agitación se disipó y el Gobierno dijo después haber pasado una tentativa de “golpe cívico-prefectural”. Este episodio se explica en el capítulo de contextualización histórica.

escritos que resisten el vertiginoso e impredecible paso de los años –y a veces de los meses– entre las investigaciones sobre la hegemonía en Bolivia. Sin duda, la combinación de información privilegiada, capacidad de análisis y un esquema teórico robusto tienen algo que ver con ello.

Se toma, por tanto, en esta investigación, como punto de partida. En lo fundamental, da una explicación plausible de los acontecimientos recientes en la historia política boliviana, con una perspectiva general de la que carecen la mayor parte de los estudios del área.

No obstante, pese a su seductora capacidad de construir metáforas evocadoras, y de narrar los acontecimientos con referencias a los marcos teóricos del neomarxismo, con especial peso del pensamiento gramsciano, la teoría de la hegemonía en García Linera es fundamentalmente de carácter descriptivo: reconstruye a posteriori los hechos inscribiéndolos en una “historia de la construcción de hegemonía”.

En la teoría de García Linera, sin embargo, la confusión entre categorías sociales –“el bloque social ascendente”, las élites tradicionales– y actores políticos concretos –el MAS, las diferentes organizaciones sindicales, los Comités Cívicos, etc.–, produce, en ocasiones, una imagen organicista, en la que conjuntos cerrados se enfrentan en una lucha por el control del Estado, para la cual deben atraer a segmentos de la población que se encuentran “flotantes”. Las diferencias internas se representan, entonces, como “desarticulaciones” en uno u otro bloque social. Esta imagen no es en absoluto ajena a la realidad política boliviana, pero si no se explica que dicha polarización es el resultado de una construcción política discursiva, el análisis puede parecer en exceso rígido y asimilable al encuentro de dos ejércitos en el campo de batalla.

En efecto, el campo político boliviano se encuentra en buena medida dividido por una frontera binaria que separa al oficialismo de la oposición, pero los temas elegidos para el trazado de esa frontera, su naturaleza y el alineamiento de las fuerzas en pugna no estaba predefinido en la estructura social: es el resultado de un acto puramente político –aunque sobre condiciones dadas que Linera, por otra parte, analiza muy bien. Cuando el actual Vicepresidente alude a una conformación “nacional-popular” en acción, hace bien en especificar la procedencia social de los grupos que la integran, pero no explica que, en última instancia, la construcción del “Pueblo” boliviano al que el MAS dice encarnar es una operación discursiva de

articulación y nominación. Las herramientas del análisis del discurso, entonces, pueden ser de gran ayuda para el desarrollo de las líneas principales de la teoría de la hegemonía de García Linera.

9.6.3 Pablo Stefanoni: hacia un análisis discursivo de la hegemonía

Pablo Stefanoni, uno de los más prolíficos cronistas y analistas del actual proceso político boliviano, ha centrado también gran parte de sus trabajos en la cuestión de la hegemonía en Bolivia. Desde una explícita sintonía con García Linera – al que ha entrevistado, prologado e interpretado en numerosas ocasiones (Stefanoni, *et al* 2009) (Stefanoni, 2009), ha realizado análisis ciertamente más cercanos a la Teoría del Discurso y la Hegemonía desde incluso antes de la llegada al poder de Evo Morales, cuando afirmaba que:

“Desde 2000, Bolivia enfrenta una fuerte desestabilización de las identidades políticas construidas durante las últimas décadas y el fracaso de los intentos operados desde mediados de los ochenta por resignificar –en un sentido “neoliberal” la idea de nación hegemónica, sedimentada desde la Revolución Nacional de 1952” (Ramírez y Stefanoni, 2005: 92).

Stefanoni se mueve así en la perspectiva de los estudios que parten de la performatividad del discurso⁴³ como forma de construcción de identidades –alineamientos políticos- por medio de relaciones de solidaridad o antagonismo, y en consecuencia su análisis de la hegemonía se ha detenido en el discurso del Movimiento Al Socialismo como objeto prioritario de estudio (Stefanoni, 2003; Stefanoni y Do Alto, 2006; Stefanoni 2007, 2007b; Stefanoni *et al*, 2009).

Asentado en el país, con discontinuidades, desde hace cinco años, Stefanoni ha podido desarrollar sus hipótesis sobre que éste partido es en buena medida heredero del nacionalismo revolucionario de 1952 (Stefanoni, 2010: 14) si bien con un fuerte matiz indígena que rompe con la monoculturalidad mestiza del nacionalismo tradicional. En ese sentido cabe hablar de un *nacionalismo indígena*, en el que la reivindicación indigenista está atravesada por “el pragmatismo sindical” y el “antiimperialismo”, de tal manera que el éxito de Morales –frente al fracaso de proyectos “aymaracentristas como los de Felipe Quispe- se debe a haber

⁴³ Este enfoque está nitidamente resumido y expuesto en su artículo: “El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995- 2003)” (Stefanoni, 2003).

incorporado la dimensión étnica a un proyecto nacional con capacidad de interpelación a una diversidad de sectores subalternos (Stefanoni, 2007: 49), que se mueve en la combinación de tres memorias: una larga anticolonial, una intermedia nacionalista revolucionaria, y una corta antineoliberal (Stefanoni, 2007b: 81), en una idea que elabora a partir de Rivera (2007).

En consecuencia, la construcción de hegemonía del MAS se hace sobre la base de la recuperación de los imaginarios de los años 50 –desarrollismo, industrialismo, antiimperialismo- al que se incorpora una dimensión igualitarista étnica, y en torno a una frontera que construye al “pueblo” por oposición a la “oligarquía” (Stefanoni, 2010: 10).

Esta es la construcción ideológica de una emergencia “plebeya” que Stefanoni, sin embargo, busca en una suerte de sociología histórica, por analogía a las características de las clases populares europeas antes de su “proletarización” por los procesos de industrialización⁴⁴. De esta manera pretende el autor arrojar luz sobre las ambivalencias y heterogeneidad del mundo indígena, lejos de sus representaciones monolíticas y “puras” o ancladas en el pasado. Su último trabajo al momento de redactar esto, *¿Pueblo enfermo o raza de bronce? Etnicidad e imaginación nacional en Bolivia (1900-2010)* (Stefanoni, 2010b) resulta un serio intento de considerar la identidad nacional boliviana a la luz de su representación de los pueblos indígenas, en lugar de cómo mundos separados, que arroja conclusiones interesantes en una línea de investigación que merece seguir siendo explorada.

Gracias a este esfuerzo, las identidades indias quedan así abiertas también al “juego político” de la articulación –como constructos más que como “descubrimientos”-, lo cual es de gran utilidad para comprender las características de la narrativa nacional-popular indígena que ha construido el “Pueblo” sobre el que se basa el poder político del MAS y Evo Morales.

Los trabajos de Stefanoni resultan de los más interesantes sobre la cuestión de la hegemonía en Bolivia, y están respaldados por un riguroso trabajo de campo y una extensa revisión bibliográfica. La amistad y las frecuentes discusiones e intercambio de textos con el autor sin duda han influido notablemente en esta investigación, que se sitúa en un enfoque muy cercano al de Stefanoni. Sin embargo, existen dos diferencias sustanciales: en primer lugar, este trabajo indaga sobre la construcción de hegemonía por parte del MAS en el conflicto regional

⁴⁴ Para esto se basa en los trabajos de Thompson (1991) y Dunkerley (2007b)

en Bolivia, es decir, fundamentalmente frente al discurso autonomista de las élites políticas del oriente del país; este es un tema que Stefanoni ha trabajado escasamente, siempre de manera complementaria en sus textos. En segundo lugar, mientras que Stefanoni caracteriza de forma excelente la narrativa nacional-popular del MAS, en este trabajo se busca deconstruirla, esto es, comprender y exponer los mecanismos de articulación, interpelación y nominación por los que ésta opera; no se trata de un enfoque contradictorio, como se puede apreciar, sino más bien complementario.

2.5.4 Otras contribuciones destacadas desde el enfoque específico del discurso y la hegemonía

Ya en una perspectiva muy cercana a la de esta investigación, se han inscrito los trabajos de diferentes politólogos y sociólogos bolivianos y extranjeros, que han leído el proceso actual como caracterizado por una transformación en la correlación de fuerzas por la emergencia política de sectores sociales tradicionalmente excluidos, erigidos hoy en una nueva conformación de “pueblo” sobre la que se asienta el poder político del MAS. Esta es una tesis ya consolidada en los estudios sobre el proceso político boliviano, apoyada por numerosos estudios (Dunkerley, 2007b; Ardaya, 2008; Saint-Upéry, 2008; García Linera, 2008b; Barrios, 2009; Zegada, 2010; Kohl y Bresnahan, 2010; Postero, 2010).

Para Zegada, se ha producido una “reconfiguración del campo político” como resultado de:

“una disputa sobre el conjunto de significaciones culturales y sociales que se construyen en torno a referentes discursivos y simbólicos, visiones de la realidad e interpretaciones académicas que imponen la necesidad de una nueva gramática social y una nueva forma de relación entre el Estado y la sociedad” (Zegada, 2010: 2)

Barrios, en un sentido muy próximo, habla de un “desborde plebeyo” (Barrios, 2009) que, en fricciones con el Estado de derecho liberal, supone una dinámica de ampliación democrática del Estado, en el sentido de “una inédita capacidad actual de los excluidos y desaventajados de las sociedad, en especial, los pueblos indígenas, para que asuman un rol que más allá de los simbolismos, es genuino y evidente en momentos decisionales relevantes en el Estado”

(Barrios, 2009: 159).

Saint- Upéry, en su artículo “¿Patria para todos?” (2008) ofrece una interesante reflexión crítica sobre esta “emergencia plebeya” y sus riesgos. El autor realiza un análisis comparado de los gobiernos “progresistas” de Brasil, Ecuador, Venezuela y Bolivia, que entiende como marcados por una:

“noción de inclusión, con el Estado como garantetanto de una auténtica universalidad de la ciudadanía como de un acceso efectivo de los menos privilegiados a los derechos y a los beneficios materiales y espirituales (en término de estatus y de poder simbólico, por ejemplo)de la pertenencia a la colectividad nacional. Por supuesto, esta inclusión se contrapone a una estructura de exclusión social producto de los abismos de desigualdad económica que fragmentan la sociedad y a la prevalencia de poderosos intereses particulares que obstaculizan la universalización de los derechos ciudadanos y la búsqueda del bien común” (Saint- Upéry, 2008: 76).

En esta irrupción “plebeya” en el Estado, se pueden producir confusiones entre lo público y lo estatal que alimenten un imaginario de “exilio interior” para las clases medias más centradas en la separación público/privado (Saint-Upéry, 2008: 83). Pero, de manera más importante, esta confusión –particularmente expresada en la negación del concepto “lucha de clases” como conflicto legítimo de intereses en última instancia económicos- conduce con frecuencia a una percepción del conflicto social en términos binarios absolutos. Esto se manifiesta en:

“una tensión todavía no resuelta entre el unanimismo potencial, fomentado por la estructuración rígidamente binaria y a menudo, moralista del espacio público en las variantes del discurso nacional-popular de izquierda (“pueblo contra oligarquía”, “ciudadanos versus partidocracia”, etc.), y el pluralismo de las demandas sociales” (Saint-Upéry, 2008: 85-86).

Los peligros advertidos por Saint-Upéry, en su concepto de “unanimismo”, de sobredeterminación del espacio público por un contenido particular que encarna el universal, son también analizados por Aboy con el concepto de “hegemonismo” como tendencia a la disolución de las diferencias en un universal absoluto. No obstante, en Aboy esta tendencia se inscribe en un movimiento pendular característico del populismo cuyo “alter ego” es la reafirmación de la frontera antagónica que constituye al “Pueblo” (Aboy, 2005: 136).

No es éste el lugar para seguir esa discusión⁴⁵, sino que lo interesante es remarcar que Saint-Upéry, en lo tocante a Bolivia, describe bien los mecanismos de construcción de una identidad popular “plebeya” que se convierte en el sustento del poder político del MAS. No obstante, la ausencia de un análisis discursivo más detenido bloquea su reflexión en afirmar que los intereses particulares se subordinan siempre a un “bien común totalmente predeterminado, aunque nunca definido con mucha claridad” (Saint-Upéry, 2008: 83). En realidad, esa indefinición del interés general, de la voluntad colectiva que se presenta como por encima de las demandas particulares, es la tensión característica entre el significado particular y la encarnación universal de la hegemonía (Laclau, 2005). Aún sin denominarlo así, Saint-Upéry se sitúa a las puertas de un análisis discursivo de la hegemonía.

Ximena Soruco, en su artículo “Estado plurinacional-pueblo, una construcción inédita en Bolivia” (2009) realiza una interesantísima reflexión inscrita, ahora sí, plenamente en la teoría de la hegemonía y la construcción discursiva de las identidades. Partiendo de las teorías de Laclau (2005) y Dussel (2007) Soruco problematiza la compleja relación que se da en Bolivia entre la construcción “unitaria” del pueblo como la encarnación hegemónica del *populus* por la *plebs*, y el horizonte de diversidad –en lugar de reducción a la unidad- que introduce la constitucionalización de la plurinacionalidad y la autonomía indígena (Soruco, 2009: 30-31). Aunque éste es un tema específico del que no se ocupa la presente investigación, el trabajo de Soruco introduce una cuestión clave al discutir, para Bolivia, la relación entre particularidades y universalidades en el régimen hegemónico nacional-popular indígena. Aplicado a una cuestión ligeramente diferente, este trabajo hace lo mismo: analizar el conflicto regional y su resolución como una pugna por la redefinición de los términos de la nación boliviana, cuyo resultado es la consolidación hegemónica del MAS.

Existen, por último, trabajos que han aplicado la teoría del discurso y la hegemonía al proceso político boliviano y el poder político del MAS.

Mayari Castillo (2004) aplica los conceptos de Ernesto Laclau, fundamentalmente “cadena de equivalencias” y “significante vacío”, al estudio del MAS en tanto que herramienta electoral de los sindicatos cocaleros. El análisis, que resulta sugerente y es de los primeros en resaltar la utilidad de ese enfoque teórico para el estudio de la construcción de poder político en Bolivia,

⁴⁵ En el capítulo de Marco teórico, ver los epígrafes dedicados al populismo y la hegemonía.

queda sin embargo desmerecido por la confusión terminológica y conceptual, y por una conclusión en la que atribuye al MAS haber creado ya –en 2004- una identidad popular hegemónica que corría el riesgo de disolverse en las elecciones presidenciales nacionales (Castillo Gayardo, 2004: 30-32).

La prisa por emplear los conceptos centrales de su enfoque teórico llevó a Castillo a dos errores: en primer lugar, a considerar “hegemónico” a un partido que, por aquel entonces, no conseguía vencer en ninguna de las ciudades importantes del país, ni postularse como catalizador de todas las demandas nacionales contra el viejo régimen; este paso se ratificó en las elecciones presidenciales de 2005, y no se consolidó hasta las nuevas elecciones de diciembre de 2009. En segundo lugar, Castillo Gayardo postulaba un riesgo de “disolución hegemónica del MAS” en la contienda electoral (2004): es cierto que el tránsito de partido sindical a partido de gobierno ha producido importantes tensiones y derivas en el MAS, pero ni esto atañe necesariamente a la construcción de hegemonía ni las tendencias “decisionistas” eran en absoluto ajenas a sus orígenes sindicales.

Similar a este intento es el de Harten (2007), que, por estar escrito tres años después, ya es capaz de ver que efectivamente el tránsito a la hegemonía del MAS estaba en la inclusión de otras demandas distintas a las de los sindicatos campesinos, en su transformación en partido nacional. No obstante, el trabajo de Harten está lastrado por una incoherencia teórico-metodológica, que le lleva a usar el análisis de discurso para comprender fenómenos propios de los mecanismos organizativos internos del MAS, con la consiguiente distorsión y vaguedad de los resultados.

Gabriel Carrizo (2009) realiza uno de los intentos más acabados de aplicación de la teoría discursiva de la hegemonía al caso boliviano. Siguiendo la teoría del populismo de Laclau (2005), especialmente a través del trabajo de Barros (2006) que lo entiende como una forma de “inclusión radical de aquellos que no tienen parte”, afirma que “Populista será aquel discurso que logre funcionar como el nombre para esta inclusión de lo no representable, provocando la ruptura de un determinado orden institucional” (Carrizo, 2009: 7).

En Bolivia, la incapacidad de los canales institucionales para procesar las diferentes demandas sociales de los sectores más empobrecidos habría provocado un colapso o “ruptura” de la que emerge una “nueva subjetivación política” correspondiente a los grupos históricamente marginados, hoy integrados como núcleo plebeyo de la nación (Carrizo, 2009: 10).

El ejercicio de Carrizo es satisfactorio pero tímido: aplica bien el esquema general de Laclau al momento de ruptura del anterior sistema político en Bolivia, pero no va más allá. Aunque constituye una buena hipótesis de trabajo, aporta poco más que el texto en el que el propio Laclau se ha ocupado de –entre otros- el caso de Bolivia: “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana” (Laclau, 2006).

Pareciera que en la visión de Carrizo, la dicotomización del espacio político por la fijación de una frontera antagónica entre “los de arriba” y “los de abajo” es en sí misma la construcción de la hegemonía. En este trabajo se defiende, por el contrario, que éste es un proceso prolongado –y contestado- en el que el contenido particular de las reclamaciones del MAS pugna por ser la nominación de la nación entera. Esa pugna se producirá, fundamentalmente, contra la oposición regionalista del oriente del país.

Claudia Peña, en su artículo “Un Pueblo Eminente. Autonomist Populism in Santa Cruz” (2010) ensaya un análisis del discurso autonomista basado en la concepción de populismo de Ernesto Laclau. El trabajo de Peña es muy próximo a los objetivos y la perspectiva de esta investigación, pues aunque se centra en lo que aquí se denomina “discurso opositor conservador-regionalista, lo caracteriza por comparación con el oficialista. Para la investigadora boliviana, el discurso autonomista cruceño trata de ordenar el campo político subsumiendo todos los conflictos en el conflicto principal estado/ región, mientras el MAS trata de hacerlo, con más éxito, en la dicotomía nacionalismo/ neoliberalismo. Como se verá, el concepto de *dimensión ganadora*, clave en este trabajo, entronca con esa hipótesis fundamental en el artículo de Peña (2010), y la desarrolla con el análisis de la información proveniente de las entrevistas a creadores de opinión, el análisis de fuentes documentales y la observación participante. En cualquier caso el capítulo 11 de esta investigación recoge buena parte de las vías sugeridas por Peña (2010) y las desarrolla examinando los intentos contrahegemónicos de construcción del *pueblo* cruceño, en el contexto del conflicto regional, entendido como una lucha hegemónica.

Una lectura similar a la de Carrizo puede encontrarse en Aboy (2009), uno de los politólogos que ha desarrollado los estudios sobre populismo y hegemonía en una línea más interesante en los últimos años. No obstante, su aterrizaje en Bolivia resulta menos afortunado de lo que cabría esperar. Aboy intenta aplicar al caso boliviano su teoría del “péndulo” entre

“hegemonismo” y “refundacionalismo” en los regímenes populistas⁴⁶, sustituyendo ambos términos por “nacionalismo” e “indigenismo”, los dos polos entre los que supuestamente oscilaría el gobierno de Evo Morales (Aboy, 2009: 283).

El resultado del estudio no es en absoluto convincente. Ya se ha manifestado el acuerdo con Stefanoni (2002) en la caracterización ideológica de “nacionalismo indígena”, que por sí sola implicaría un rechazo de las tesis de Aboy. Pero es que además, aceptar la visión de que el Gobierno del MAS se mueve en un movimiento pendular entre el “hegemonismo” –nacionalismo- y el “refundacionalismo” –indigenismo- significaría entender que la frontera constitutiva del Pueblo boliviano, la que se diluye en el movimiento primero y se reafirma en el segundo, es de carácter étnico y dibuja diferencias al interior de la nación. No puedo estar, en este trabajo, más en desacuerdo con esas tesis. Por el contrario, se afirma en esta investigación, que lo indígena actúa como núcleo de la refundación nacional, cuyo carácter es sin embargo, como se ha afirmado, esencialmente “plebeyo”. Por decirlo en forma simple: pese a lo que pudiera parecer, en Bolivia las interpelaciones populares se dirigen a la “gente pobre y humilde”, al “pueblo trabajador”. No hay ninguna corriente interna del MAS que ponga esto en discusión, y precisamente gracias a su carácter nacional-popular afirmó el MAS su hegemonía, por encima, por ejemplo, de los grupos indianistas aymaracéntricos.

Desde un interés específico por la construcción de hegemonía por parte del MAS, si bien no particularmente centrado en el discurso como práctica de producción de significado político, tanto Postero (2010) como Kohl (2010) coinciden en señalar la confluencia de nacionalismo popular y movilización de la identidad indígena como el rasgo ideológico definitorio del MAS.

En el caso de Benjamin Kohl, su trabajo “Bolivia under Morales: a work in progress.” (2010) coincide con esta investigación al señalar que ha sido en la primera legislatura de Morales como Presidente, y fundamentalmente a través del conflicto regional, cuando se ha consolidado un poder político estable que no duda en calificar de hegemónico. Kohl se centra en explicar el proyecto de Estado del MAS y su consolidación en el Gobierno tras salir reforzado de los choques con la derecha del oriente del país (Kohl, 2010). Gracias a su conocimiento profundo del período neoliberal, la crisis del programa de reformas y las

⁴⁶ Esta teoría ya ha sido sucintamente visitada, y es desarrollada extensamente en el Capítulo de Marco Teórico.

revueltas populares⁴⁷, el autor emprende con éxito el esfuerzo, bien documentado, de explicar la hegemonía como el resultado de un liderazgo de grupos sociales ya constituídos; en este caso los sectores “populares” –entendidos como pobres, explotados y mayoritariamente indígenas-, en una concepción de la hegemonía muy cercana a la que recorre la obra de García Linera ya visitada. Presta menos atención, sin embargo, a los mecanismos de articulación discursiva que están detrás de los cambios en la correlación de fuerzas. Su trabajo, en cualquier caso, concuerda con las hipótesis de partida de esta investigación, y reafirma la pertinencia y necesidad del análisis discursivo de la hegemonía aquí emprendido.

2.6 Conclusiones: la pertinencia y necesidad de un análisis discursivo de la hegemonía

Hasta aquí se han examinado las principales propuestas para el estudio del proceso político boliviano, tomando el comienzo del “Ciclo rebelde” en la “Guerra del agua” (2000), como el punto de apertura de una crisis estatal o crisis de hegemonía que se prolongó durante todo el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009).

Se ha comenzado por ubicar mínimamente la procedencia del consenso intelectual sobre el que se asentó el Estado neoliberal, y el sentido político de las principales reformas. A continuación, se han repasado las más importantes contribuciones en el campo que hasta hoy es el más practicado en los estudios sobre el proceso político boliviano: el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva no institucional. También las contribuciones desde la escuela indianista y descolonial, basada en la centralidad de los sujetos colectivos indígenas y en la dimensión cultural y étnica de las transformaciones en curso.

Se han señalado las dificultades de estas disciplinas, salvo contadas excepciones, para dar cuenta del cambio de escenario producido con la llegada al gobierno del Movimiento Al Socialismo, y de toda la evolución política posterior en el país. Buena prueba de ello es la reducción en número y peso relativo de las explicaciones provenientes de estos enfoques.

A continuación, se han visitado las que se identifican como principales vías de estudio del

⁴⁷ Ver: *Impasse in Bolivia. Neoliberal hegemony and popular resistance*. (Kohl y Farthing, 2006).

proceso político boliviano. Esta identificación no afirma en ningún caso que haya alguna razón conceptual para dicha ramificación, sino que simplemente agrupa, con función exclusivamente clarificadora, los estudios más relevantes en función de las perspectivas teóricas que emplean y los objetos de estudio que abordan. Se disculpará en cualquier caso la simplificación necesaria.

En primer lugar, se han visitado los estudios dedicados tanto al liderazgo la figura de Evo Morales y sus implicaciones políticas, sin duda enormes, como al Movimiento Al Socialismo, una formación electoral particular en proceso incierto de institucionalización hacia la “forma partido” tradicional, aunque sin perder rasgos distintivos propios. En los dos casos se apuntan elementos centrales para comprender la construcción de poder político en Bolivia, pero resultan insuficientes para abordar satisfactoriamente la cuestión.

Después se revisan los trabajos centrados en el proceso constituyente, la nueva Constitución Política del Estado boliviano y la reconstrucción estatal. Esta es una amplísima área de estudios en la que esta investigación no pretende entrar más que lo necesario para señalar aquellos trabajos que, en clave más política que estrictamente jurídica, coinciden en señalar que el nuevo diseño institucional es la cristalización de una correlación de fuerzas que ha sufrido una modificación sustancial. Esa modificación es lo que en este trabajo se entiende como “hegemonía”.

Por último, se ha examinado otra vía especialmente transitada y fértil de estudio del proceso político boliviano: la que representan todos los estudios sobre el conflicto regional, el proyecto autonomista de los departamentos de Santa Cruz y su genealogía histórica y política, y el sentido político del nuevo modelo Estado Plurinacional y Autónomico. Esta revisión no estaba interesada tanto en el diseño jurídico de la territorialidad del Estado como en la geografía política de la lucha por la hegemonía en Bolivia. Esto es así porque la investigación presente sostiene que fue en el conflicto regional cuando el MAS venció a la oposición conservadora de los departamentos orientales y comenzó a estabilizar una verdadera configuración hegemónica en todo el país.

Hasta este punto, los trabajos revisados abordan de manera parcial la cuestión del poder político en Bolivia: bien a través del estudio de la crisis del Estado neoliberal, de las investigaciones sobre la acción colectiva y el movimiento indígena campesino, del proceso constituyente y la edificación del nuevo sistema político y modelo estatal, o del conflicto

regional. En todos estos enfoques se discuten aspectos que atañen a la naturaleza, la caracterización y el desarrollo del proceso político boliviano, y en la mayor parte de los casos se reconoce que éste está marcado de manera decisiva por la emergencia política de sectores sociales antes marginados. Sin embargo, en ninguno se aborda el estudio frontal de la articulación de diferentes sectores detrás de un liderazgo capaz de unificar las particularidades en una voluntad colectiva con pretensión plausible de universalidad: la construcción de hegemonía y poder político.

El siguiente bloque, por tanto, se ha dedicado a los estudios específicamente ubicados en la óptica de esta investigación: las investigaciones sobre la hegemonía en Bolivia. Se ha partido de la confusión en torno a un término desgastado en el debate político boliviano, y se ha revisado su acepción negativa más extendida, en sus formulaciones académicas más destacadas.

Después, se ha visitado el trabajo de García Linera, por considerarlo el más influyente intelectual en este campo de estudios, y se han desarrollado sus conceptos, exponiéndolos en forma sintética y criticando algunos de sus límites, derivados de una concepción rígida de las identidades políticas y los actores sociales, que necesita remitir siempre, en última instancia, los alineamientos políticos con posiciones en el sistema productivo, con las consiguientes confusiones entre posiciones sociales y políticas. De esta crítica se extraen algunas necesidades para una investigación específica sobre la hegemonía en Bolivia.

A continuación, se ha examinado el trabajo de Stefanoni, también centrado en la hegemonía del MAS en Bolivia, aunque con una mayor sensibilidad discursiva, que permite decir que abre una línea de trabajo en el que esta investigación se ubica, aunque señalando también las especificidades que las distinguen, fundamentalmente la atención específica a la cuestión regional y la profundización de la indagación más allá de la descripción ideológica –en la que Stefanoni parece quedarse-, hacia la identificación de los mecanismos discursivos de construcción de hegemonía.

Por último, se analizan las contribuciones más importantes que, desde postulados ya explícitamente ubicados en la teoría discursiva de la hegemonía, se han ocupado del problema del poder político en Bolivia. En la mayor parte de los casos, se trata de descripciones interesantes o aproximaciones que se quedan en un nivel superficial de análisis. Por ello, sus

aportaciones se toman como hipótesis de trabajo desde los que esta investigación parte, en la convicción de que el tema elegido, la construcción de hegemonía en Bolivia (2006-2009) es merecedor e una investigación en profundidad⁴⁸.

En cualquier caso, los trabajos examinados en el último punto, señalan un crecimiento, en el campo específico de la ciencia política, de las investigaciones que emplean el análisis de discurso para estudiar la hegemonía en el proceso político boliviano⁴⁹. Esta tendencia puede ser interpretada como una evidencia de la pertinencia del enfoque teórico-metodológico escogido para el estudio de la construcción de poder político en Bolivia. Pero al mismo tiempo apunta a la necesidad de investigaciones más desarrolladas y estructuradas, basadas, que contrasten las hipótesis inspiradas por una teoría de la hegemonía y el discurso, con la información procedente del trabajo empírico y del conocimiento del proceso político boliviano.

⁴⁸ Una primera aproximación a la aplicación de este enfoque a la construcción de poder político en Bolivia puede verse en Errejón (2010)

⁴⁹ Sin ir más lejos, en una entrevista cercana a la fecha de redacción de estas líneas, el propio Ernesto Laclau (2009) aplicaba sus herramientas conceptuales al proceso político boliviano, mostrando su interés específico por el tema.

3. Estructura de la Tesis Doctoral

Así, esta investigación se pregunta por el proceso de construcción de hegemonía que está en la base del poder político del primer gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS) en Bolivia (2006-2009), y de la irrupción en el Estado de sectores sociales tradicionalmente subalternos.

El concepto de “hegemonía” ha sufrido una evolución paradójica: si por un lado se ha popularizado su uso descriptivo, por el otro existen pocas investigaciones que lo empleen en un sentido analítico y explicativo.

Por tanto, este trabajo se fija dos objetivos:

1. En primer lugar, se intentará demostrar que desde una perspectiva centrada en la construcción discursiva de la hegemonía se puede ofrecer una explicación consistente sobre las razones del éxito político-electoral del MAS en el proceso político boliviano, y del rumbo que están tomando las transformaciones estatales.
2. En segundo lugar, mediante su aplicación a un caso concreto, se persigue contribuir a un fortalecimiento de los estudios sobre la hegemonía, y de ésta como concepto axial para el análisis político, señalando sus utilidades específicas así como sus carencias y líneas futuras recomendables de desarrollo.

Por esta razón, se aborda primero la construcción del enfoque teórico para a continuación elaborar el aparato metodológico con el que realizar la investigación empírica. Se ha elegido proceder de esta forma por el peso principal que tiene el marco teórico en esta investigación y en su orientación epistemológica. Se parte de una premisa teórica, la de que la hegemonía se construye en y mediante el discurso político, que determina a su vez una decisión metodológica, la de emprender el análisis cualitativo de las prácticas de construcción de significado político, o discursos políticos. De esta manera, la teoría determina el método que ha de validarse científicamente en su capacidad empírica de explicar el fenómeno estudiado.

Parte Primera: Hacia una teoría de la construcción discursiva de hegemonía

En la primera parte de la investigación, se abordan las diferentes teorías que componen el enfoque desde el que se emprende el estudio de la hegemonía en Bolivia. Para ello, se emprende la construcción de un armazón teórico basado en tres vigas maestras: los conceptos de *Hegemonía*, *Discurso* y *Pueblo*, que juntos conforman la problemática general de una teoría de la hegemonía, aquí armada a partir de los trabajos de Antonio Gramsci centrados en la cuestión del poder político y la dirección intelectual de la sociedad, y de la perspectiva de la *Discourse Theory* como pilares centrales.

Los tres conceptos son discutidos en los tres capítulos correspondientes de la primera parte de la investigación, a los que se añade un cuarto en el que se formula el aparato teórico que inspira y orienta la presente investigación, que incorpora algunas de las críticas más relevantes a la perspectiva teórica escogida.

El término hegemonía está sometido, con cada vez mayor frecuencia, a un uso popular irreflexivo – a veces incluso en el ámbito de las ciencias sociales- , que lo despoja de su riqueza como instrumento de análisis político.

Tras un breve recorrido por la genealogía del término en el pensamiento marxista se le atribuye su carga conceptual a Antonio Gramsci. Se defiende que el concepto de *hegemonía* sólo puede ser comprendido adecuadamente mediante su ubicación en el complejo sistema teórico gramsciano, que se estudia en profundidad, a través de sus categorías principales, contrastando su formulación en el pensador italiano con su recepción en trabajos académicos recientes, tanto teóricos como teórico-empíricos.

La obra de Gramsci, cuya complejidad se ve aumentada por sus condiciones fragmentarias fruto de la agitada vida militante de su autor, no se examina aquí con voluntad de exhaustividad, pues para ello ya existen esfuerzos de autores mucho más capacitados, a los que se remite al lector más interesado. El objetivo es más modesto: la comprensión de la *hegemonía* como una forma particular de poder político que obtiene la adhesión activa o el consentimiento pasivo de los grupos sociales gobernados, unificando voluntades dispersas en un sentido unitario; se trata de la piedra angular de un enfoque para el análisis del poder

político, que lo pone en relación con la lucha ideológica y cultural. Ese enfoque, jamás expuesto en forma sistemática por el propio Gramsci, debe ser deducido del desarrollo de los conceptos fundamentales en su obra, para el que se utilizan, además de los textos originales, valiosas sistematizaciones y exposiciones de estudiosos del pensamiento político gramsciano. Los *Cuaderni del carcere*, en su edición a cargo de Valentino Gerratana (1981 [2000]; 1976) constituyen la espina dorsal de esta revisión bibliográfica, que se ha ayudado también de la antología del destacado “gramsciologo” español Manuel Sacristán (1974), y de otras investigaciones colaterales recientes empleadas en el texto para sostener la pertinencia del uso de diferentes categorías (Hall, 1996; Peet, 2002; Agnew, 2005b; Motta, 2008; Karriem, 2009). Esta revisión y examen crítico quiere contribuir a la demostración de la utilidad de las categorías gramscianas para el análisis y explicación de fenómenos políticos contemporáneos de interés.

En el segundo capítulo, se examina en detalle una línea de desarrollo heterodoxo del pensamiento de Gramsci: la que representan los estudiosos del discurso y la ideología desde una perspectiva conocida como “postmarxista”. Se visita primero la ruptura de estos con la concepción tradicional de la ideología, para derivar después en su concepción de la hegemonía como un movimiento de encarnación del universal por un sujeto particular.

Para este grupo de autores, la hegemonía es un tipo de ordenación de un campo político marcado por el conflicto y la contingencia. Por ello, se exponen y discuten las formas posibles de producción de orden y alineamientos políticos, así como los mecanismos discursivos por los que éstos operan. Los discursos se entienden como las prácticas de atribución de significado político a objetos sociales que carecían de él o que tradicionalmente recibían un significado diferente. Por tanto, la construcción de hegemonía se estudiará a partir de las operaciones de articulación discursiva.

La premisa de la “constructividad” del discurso constituye un pilar fundamental y punto de partida para la perspectiva teórica adoptada en esta investigación: la Teoría del Discurso o *Discourse Theory*, fundada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffè con su publicación en 1985 de “Hegemonía y estrategia socialista”, dedicada al estudio de las identidades políticas y la hegemonía, que ha acabado por constituir la denominada Escuela de Essex, referente de esta disciplina en la Ciencia Política.

Para una adecuada comprensión de la *Discourse Theory*, se comienza por revisar y discutir las críticas a sus presupuestos generales, fundamentalmente relativas a su concepto de discurso. Después se exponen las reglas fundamentales para el análisis del discurso, los mecanismos de atribución de significado y, finalmente, la *nominación* como trascendencia de los intereses sectoriales y, por tanto, como práctica de constitución de identidades políticas en pugna por la hegemonía (Laclau, 1994).

El tercer capítulo se centra, de la mano de la *Discourse Theory* y especialmente del trabajo *La Razón Populista* (2005), que de alguna forma sintetiza buena parte de las aportaciones de Laclau al pensamiento político, en el fenómeno de conformación de identidades populares mediante el discurso como una de las formas más comunes de construcción hegemónica. Para ello se revisa primero la literatura general sobre el fenómeno del populismo, haciendo especial hincapié en sus límites y espacios opacos a través de las críticas del propio Laclau. Después se visitan los estudios dedicados específicamente a las experiencias “nacional-populares” en América Latina, por su vinculación con el objeto de estudio de esta investigación, y por su peso teórico propio en el conjunto de la literatura especializada. A lo largo de estas revisiones, se evidencian los límites y las carencias de la literatura sobre el “populismo” más destacada. Posteriormente, se pasa a desentrañar en detalle la teoría de la Escuela de Essex sobre la formación de identidades populares y el populismo, en lo que constituye el núcleo de la tercera parte: se argumenta que una comprensión *formal* del populismo, como mecanismo de articulación política que puede ser “rellenado” con contenidos ideológicos muy diversos, no sólo ayuda a destrabar los nudos gordianos en los que han tropezado la mayor parte de la literatura especializada, sino que lo convierte en una herramienta muy útil para el estudio de los fenómenos políticos que emergen en ruptura con el orden preexistente.

Sin embargo, es necesario hacer aún dos precisiones sustanciales para una discusión crítica de la teoría del populismo de Laclau, que se desarrollan en dos epígrafes específicos: el primero aborda la cuestión de la contingencia y los resultados posibles de las construcciones populistas, las variadas orientaciones políticas que pueden recibir, y los límites en esas variaciones; el concepto de “condiciones de posibilidad” ayuda a defender que esos límites son mayores que los que Laclau establece. En no pocas investigaciones inspiradas en la teoría del discurso y la hegemonía, las correlaciones de fuerzas políticas acaban diluidas en actos de enunciación, llegándose a una suerte de idealismo por el que pareciera que cualquier grupo social puede llegar a ser hegemónico si realiza adecuadamente las operaciones discursivas

pertinentes. El riesgo aquí señalado puede evitarse, sin embargo, contrastando la perspectiva teórica con una atención destacada del caso estudiado.

El segundo epígrafe se ocupa de una discusión actualmente en curso, sobre la concepción del populismo como “forma” o como “momento”; Lejos de tratarse de una disputa léxica, este debate encarna la relación entre los conceptos centrales de “hegemonía” y “populismo”, que necesitan ser aclarados para poder conformar un andamiaje teórico para el análisis político. Arditi (2010) y su reivindicación de prácticas políticas *post-hegemónicas* –virales, autónomas, nómadas, de éxodo, etc.- resulta muy útil para evitar el isomorfismo entre “política” y “hegemonía”. Gracias a esta distinción, se clarifican también las razones por las que el proceso político boliviano, en tanto dinámica de construcción de poder político, cae enteramente dentro de la categoría de las formas políticas hegemónicas, y por tanto es pertinente estudiarlo desde el enfoque escogido. Después, Ranciere (2007) ayuda a ubicar el populismo como una forma particular de construcción hegemónica caracterizada por la irrupción de los excluidos en un proceso de subversión del sentido instituido. Con estas dos aclaraciones, se salvan algunos de los puntos débiles en la teoría del discurso y la hegemonía tal y como es formulada por Laclau y Mouffe, y se clarifican las categorías de análisis.

Por último, se dedica un último capítulo a dar cuenta de la evolución de la Escuela de Essex, en el vívido debate que ha tenido y tiene lugar desde su irrupción en la Ciencia Política. Algunas de las aportaciones al debate, y de las respuestas de respetados investigadores de esa perspectiva, sirven para justificar las razones de lo que se denomina un uso *thin* o “ligero” de la *Discourse Theory* (Mc Lenan, 1996: 54-56). Una vez realizado este tránsito, se pasa a formular el modelo teórico fundamental derivado de toda la discusión, y de su contraste con el modelo inicial confeccionado a partir de las categorías gramscianas. Con este ejercicio, se da por cerrado el trabajo de revisión teórica, discusión y conformación de una perspectiva teórica propia para el estudio de la construcción de hegemonía aplicado a procesos políticos concretos.

Con estos componentes, se construye un armazón teórico orientado al estudio de los procesos de construcción de poder político a través del análisis de los mecanismos discursivos de generación de identidades políticas hegemónicas, que permiten a un grupo particular

postularse, y eventualmente ejercer, la dirección de una sociedad obteniendo el consentimiento de una parte sustancial del conjunto social dirigido.

En esta investigación se defiende que la “caja de herramientas” teórica construida es particularmente pertinente para el estudio del proceso político boliviano; pero a la vez se sostiene que esta aplicación sólo puede ser exitosa si se basa en una atención privilegiada a las particularidades del país, y en un conocimiento profundo de su historia política. Esta es la razón de que se le dedique un espacio destacado a la revisión del desarrollo del Estado boliviano en relación con la cuestión específica de la hegemonía, en el capítulo 9.

Segunda parte: Un aparato metodológico para el análisis de la construcción discursiva de la hegemonía

La segunda parte de la investigación se dedica a construir un modelo metodológico para el análisis de los discursos políticos en el conflicto regional en Bolivia (2006-2009). Para ello, se exponen y desarrollan en primer lugar las bases de una perspectiva constructivista para el estudio de los fenómenos políticos, tomada de los estudios sobre identidades nacionales y étnicas. En el siguiente capítulo se visitan los estudios dedicados a la acción colectiva y los movimientos sociales para discutir la metodología del “análisis de marcos” o *frame analysis* para el estudio de los actores políticos a través de su discurso. El último capítulo de esta segunda parte se dedica al diseño de un aparato metodológico propio, construido a partir de las referencias exploradas y con voluntad de adaptar sus aportaciones a las necesidades específicas de la investigación presente, así como a la exposición de las técnicas empleadas para la recogida, procesamiento e interpretación de la información empírica sobre la que opera el análisis. Estas técnicas son detalladas y se expone su justificación y utilidades concretas en el curso del trabajo de campo.

La flexibilidad teórico-metodológica es, en este trabajo, un requisito impuesto por la naturaleza del objeto de estudio. Una investigación sobre la hegemonía se ocupa, en última instancia, de la cuestión central de la Ciencia Política: el poder político. Por ello se hace imprescindible ensamblar líneas de trabajo que han abordado la cuestión desde diferentes disciplinas pero que, pese a sus diferencias, parten de premisas coherentes. Esto ha orientado

esta investigación en el sentido de la interdisciplinariedad, tan a menudo alabada como poco practicada.

En ese esfuerzo se ha podido comprobar cómo los enfoques teóricos, propuestas metodológicas y líneas específicas de trabajo que, dentro de las ciencias sociales, comparten una preocupación principal por el discurso son muy abundantes, a pesar de lo cual se han realizado escasos intentos de conformar un *corpus* teórico relativamente cohesionado dedicado a su aplicación a fenómenos específicamente “políticos”. Existen abundantes trabajos dedicados a cuestiones educativas, de identidades y socialización, sobre marketing electoral y política de comunicación. Sin embargo, sigue habiendo un vacío significativo entre el auge de los enfoques basados en las capacidades performativas del discurso y su aplicación a casos concretos de construcción de poder político, salvo destacadas excepciones que son referenciadas y empleadas en este trabajo.

Está lejos de las pretensiones de esta investigación cubrir este relevante vacío, pero, en tanto que trabajo empírico específico, sí aspira a señalar una línea fértil de desarrollo que incorpora de una manera más vigorosa los estudios del discurso a las investigaciones en la Ciencia Política. Éste es el sentido de que los elementos con los que se ha desarrollado el armazón teórico-metodológico de este trabajo hayan sido tomados de áreas no siempre conectadas: como los estudios del discurso, la literatura sobre nacionalismo y etnicidad, o los análisis sobre movimientos sociales. En todas ellas se encuentran elementos claves para el estudio del poder político y la hegemonía, que han probado además la utilidad de un enfoque discursivo para el estudio de fenómenos políticos. Esta investigación parte de ellos y aprovecha sus esfuerzos para centrarse en un estudio empírico de la hegemonía en Bolivia.

Algunos de los trabajos de John Agnew han constituido una referencia destacada sobre la pertinencia de la flexibilidad teórico-metodológica para investigaciones basadas en la importancia de las prácticas discursivas. Agnew es uno de los más destacados exponentes de la “geografía política crítica”, que desde un enfoque constructivista fuertemente influenciado por el concepto de hegemonía de Gramsci, desafía las concepciones estáticas sobre el espacio y defiende que éste se construye y reconstruye mediante las relaciones sociales, con especial importancia de la producción de códigos culturales y representaciones de *lugar* como prácticas discursivas de atribución de significado político a un territorio. De esta forma, sus trabajos sobre la construcción de identidad política (Agnew, 1987; 2002) y sobre la

hegemonía (Agnew, 2005b) han constituido un modelo para la aplicación de la teoría del discurso y la hegemonía a investigaciones concretas sobre el poder político.

En el primer capítulo, se realiza una revisión de la evolución de las teorías sobre el nacionalismo, partiendo de los trabajos de los autores “modernistas” de referencia (Deutsch, 1966; Kedourie, 1960; Gellner, 1983 [1984]; Nairn, 1977; Tilly, 1975; Hobsbawn, 1990 [1995]) y de su confrontación con una perspectiva “expresivista” que entronca con ciertas vertientes del primordialismo, en los trabajos de Anthony Smith (1995 [2003]) o Armstrong (1982). De esta revisión, se derivan las razones de optar por una línea de desarrollo “constructivista” que, sin romper con los modernistas, enfatiza la importancia de las narraciones en la construcción de identidades nacionales y/o étnicas (Recalde, 1982; Anderson, 1983; Samuel, 1989; Pérez-Agote, 1989; Cabrera, 1992; Máiz, 2003, 2008). Se explican las razones teóricas de haber elegido esta perspectiva, y sus implicaciones epistemológicas fundamentales para el análisis de discurso, que se considera entonces un análisis de las prácticas de constitución de los sujetos políticos y sus alineamientos, en lugar de un y no un análisis de una de las “herramientas” empleadas para la movilización política por parte de actores preconstituidos.

A continuación, se revisa un uso del constructivismo que, sin ubicarse explícitamente en la *Discourse Theory*, sirve como puente entre ambos campos de trabajo. Las investigaciones de Ramón Máiz resultan de gran utilidad en la medida en que operacionalizan gran parte de los conceptos empleados en el constructo teórico sobre la hegemonía desarrollado anteriormente, convirtiéndolos en herramientas de análisis y adaptándolos a una técnica concreta: el análisis de marcos. Por ello el trabajo de Máiz recibe una atención privilegiada, y su modelo para el estudio de la formación de identidades políticas se desarrolla extensamente considerándolo una guía para esta investigación, que no obstante se complementa con aportes recibidos de otros campos.

En el segundo capítulo, se revisa una línea de desarrollo de los estudios sobre la movilización política y la acción colectiva resulta especialmente interesante para la óptica de esta investigación. Se trata de la perspectiva del “análisis de marcos”, popularizada recientemente por George Lakoff y su *No pienses en un elefante* (2007) como ejemplo de la aplicación al análisis político de una metodología centrada en identificar las operaciones de producción de significado y construcción de agenda pública en los discursos políticos.

Para llegar al análisis de marcos, se emprende primero el examen crítico de los enfoques más destacados para el estudio de la movilización política, del que se deduce la necesidad de una perspectiva que preste atención a una dimensión tradicionalmente relegada a la categoría de “factor”: la generación de discursos que expliquen los diferentes hechos sociales inscribiéndolos en esquemas de sentido político destinados a la constitución de identidades políticas y la movilización. Esa perspectiva es la *frame perspective*, de la que se examinan las propuestas que conforman su *corpus* central, así como sus diferentes concreciones y aplicaciones en el trabajo de algunos autores especialmente relevantes o paradigmáticos.

No obstante, la metodología del “análisis de marcos” es susceptible de diferentes usos con esquemas variables, no todos ellos compatibles con los presupuestos teóricos y metodológicos de esta investigación. Por ello, se emprende una revisión crítica y discusión de tres modelos metodológicos representativos de diferentes aplicaciones prácticas del *frame analysis*. Además, se realiza un breve recorrido por otras propuestas metodológicas de análisis del discurso, a través de investigaciones de considerable peso en sus respectivos campos. En ésta, se exponen las diferencias con el enfoque teórico y metodológico aquí elegido, así como las razones que hacen preferible el “análisis de marcos” con una orientación constructivista para estudiar fenómenos políticos de conformación de hegemonía.

En este punto se está en condiciones de conformar un aparato metodológico que combina las categorías principales de análisis de la teoría del discurso y la hegemonía, con las del “análisis de marcos”. Se especifican los indicadores y las operaciones a identificar en los discursos políticos en el proceso político boliviano, cerrándose así la discusión metodológica.

Partiendo del marco general de un enfoque teórico sobre la construcción discursiva de la hegemonía, se han tomado derivado y discutido las siguientes decisiones epistemológicas:

1. Partir de una comprensión de las identidades políticas como *procesos* dinámicos, abiertos y contestados; procesos, en suma, de construcción (Anderson, 1991; Lustick, 2000) que nunca pueden darse por plenamente y para siempre cerrados (Laclau, 1994).
2. Asumir que los procesos de construcción de las identidades –en tanto que alineamientos políticos- tienen lugar en el terreno conflictivo del discurso, donde

compiten diferentes intentos de atribución de significado político a objetos sociales (Laclau, 1990; Fearon y Laitin, 2000).

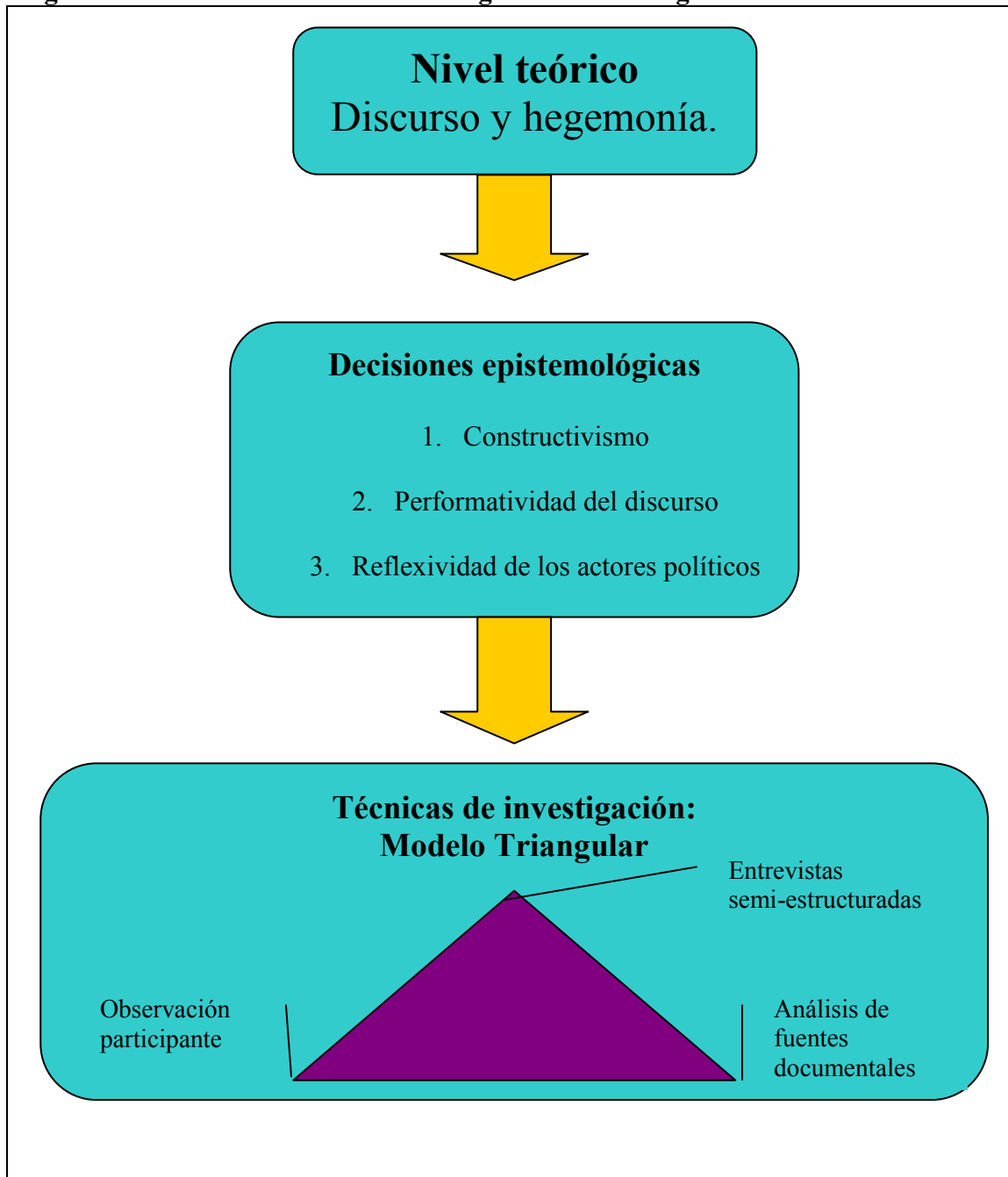
3. Reconocer por tanto que lo que los actores políticos dicen de sí mismos es un dato central en el que deben partir los análisis sobre la hegemonía, ya que, más que comprobar la veracidad de sus enunciados, lo relevante es explicar cómo estos operan en un sentido político de articulación y construcción de hegemonía (Cabrera, 1992; Chai, 2001).

Estas decisiones, a su vez, determinan la elección de las técnicas de investigación más adecuadas para la perspectiva de análisis escogida: se ha optado por el modelo de triangulación, que combina las entrevistas con informadores privilegiados por su protagonismo en el fenómeno político estudiado, la observación participante en el mismo, y el análisis de fuentes documentales –de prensa, propaganda política, programática, etc. Este modelo privilegia precisamente, según Blee y Taylor (2002: 114), las representaciones y atribución de significado político que los actores construyen de su propia acción. Se sitúa por tanto en una línea de coherencia con los presupuestos teóricos y objetivos de esta investigación.

Pertrechado con este aparato metodológico, se formulan, en el tercer capítulo, las preguntas de investigación, la hipótesis principal y las secundarias, que guían el trabajo empírico. Se expone a continuación el modelo de investigación triangular elegido, apoyado en las técnicas de las entrevistas semi-estructuradas a líderes políticos e intelectuales de relevancia primordial en el proceso político boliviano y específicamente en el conflicto regional, el análisis de fuentes documentales y la observación participante (Blee y Taylor, 2002).

Se explica el desempeño de cada una de estas tres técnicas en el trabajo de campo, haciendo énfasis en la transversalidad de la observación participante como técnica que ha influido a las otras dos, y que ha sido de importancia central en la interpretación de los resultados obtenidos. Este ha sido un proceso continuo, que cristaliza en el momento de la redacción pero que va sedimentando en conversaciones, notas, apuntes, artículos y un permanente trabajo de contextualización de los datos extraídos (Hammersley y Atkinson, 1994).

Figura 2: Estructura teórico-metodológica de la investigación.⁵⁰



El proceso de recogida, procesamiento y análisis de la información ha estado entonces presidido por decisiones epistemológicas relacionadas con el enfoque teórico escogido, pero también con la convicción de la necesidad de “mancharse” del proceso y el país estudiado, tratando de reducir al mínimo indispensable la distancia entre investigador y actores políticos estudiados, lo que redundaría en un mejor ensamblaje entre las propuestas teóricas y la realidad

⁵⁰ Fuente: elaboración propia.

empírica (Della Porta, 1992: 180-182; Glasser, 2002: 12).

Una perspectiva que se pregunta por la actividad discursiva de construcción de significados políticos y eventualmente de la hegemonía, tiene en la atención a las percepciones, representaciones y manifestaciones que los actores hacen con respecto a sí mismos, sus contendientes y el contexto político general, el eje central necesario de su planteamiento metodológico. Las técnicas más adecuadas, en consecuencia, son aquellas que, en consonancia con las decisiones epistemológicas adoptadas, contribuyen mejor a comprender el discurso, con sus condiciones de producción y sentido, de los sujetos individuales y colectivos estudiados. Para ello el modelo de investigación triangular resulta de extraordinaria validez, por la proximidad e inserción en el fenómeno político y su terreno que proporciona. Se espera en todo caso que estas decisiones se vean suficientemente ratificadas por el resultado final de la investigación, y su capacidad de hacer inteligibles los diferentes elementos del proceso político boliviano.

Tercera parte: Hegemonía en Bolivia y análisis discursivo de su construcción actual

La tercera parte de la investigación se dedica a examinar la hegemonía en Bolivia de acuerdo con el desarrollo del concepto discutido en la parte teórica de este trabajo: en tanto que forma de poder político caracterizada por el consenso de los subordinados a una dirección que puede encarnar legítimamente el “bien común” o la “voluntad general”.

El bloque comienza con el capítulo 8, en el que se realiza una contextualización del objeto de estudio a través de un recorrido histórico que es a la vez una explicación del fenómeno estudiado. Así, se define qué se entiende por “proceso político boliviano”, pero se decide no hacerlo en abstracto, sino en relación a la evolución política del Estado boliviano. De esta forma el capítulo resulta, más que un mero recuento de antecedentes, una propuesta de interpretación de los acontecimientos políticos presentes dentro de una mirada larga sobre la naturaleza del Estado y la hegemonía. Por esta razón se prefiere el término “proceso político boliviano” por resaltar la centralidad de una correlación dinámica de fuerzas políticas en conflicto, por encima de otros posibles que hiciesen énfasis exclusivamente en la dimensión

jurídico-constitucional del cambio –“proceso constituyente”-, en la dimensión electoral –“liderazgo del MAS”- o en la institucional –“reforma del Estado”.

Esta decisión responde a una premisa que el propio recorrido histórico se espera que justifique: la llegada del Movimiento Al Socialismo al gobierno de Bolivia en 2006 es un momento de una “Crisis general de Estado” definida por las crecientes dificultades de los gobernantes de generar consensos en torno a sus políticas, y de aplicarlas en última instancia. No tendría entonces sentido realizar análisis electorales, de la organización partidista, de políticas públicas o incluso del discurso público del MAS, sin tener en cuenta su ubicación en fenómenos de temporalidad mucho mayor.

El “proceso político boliviano”, tal y como es entendido en este trabajo, es la lenta institucionalización de una nueva correlación de fuerzas en el país, conformada en las movilizaciones populares contra las políticas neoliberales (2005-2006). En un sentido más amplio, es el proceso de construcción hegemónica que implica una refundación nacional para incluir identidades políticas de los grupos subalternos históricamente ausentes de los relatos nacionales –o sólo parcialmente integrados-, y la consecuente aspiración de reforma estatal. Las condiciones y características de este proceso no pueden comprenderse sin su enmarcado en una historia general del Estado boliviano visto a la luz de la cuestión de la hegemonía.

Desde esta óptica de análisis, se recorre la historia moderna y contemporánea boliviana deteniéndose en los diferentes regímenes políticos, señalando sin embargo como condición general la del “vacío hegemónico” debido a la incapacidad estatal para satisfacer la mayor parte de las demandas sociales, incluyendo así a los grupos gobernados en un proyecto político que descansase al menos parcialmente en el consenso y no exclusivamente en la coerción.

Se comienza por el régimen colonial como primera estructura política relativamente unitaria en el territorio hoy conocido como Bolivia, hasta llegar a la fundación del Estado boliviano, caracterizado como una “República oligárquica” por su escasa capacidad de inclusión y su vinculación a una estrecha minoría económica y étnica.

A continuación, se exploran los antecedentes, desarrollo, rasgos centrales y evolución posterior del que se entiende como el primer régimen hegemónico en Bolivia: la Revolución Nacional de 1952 y su proyecto de democratización, mestizaje y desarrollismo estatalista. La mejor prueba de que la conformación política del nacionalismo revolucionario de 1952 fue hegemónica se puede encontrar no sólo en la supervivencia del partido que la encabezara, el MNR, en un sistema político cambiante y de actores volátiles; sino en que el imaginario del 52 presidió y condicionó la vida política boliviana, aún a menudo en condiciones dictatoriales, hasta el despliegue de una nueva hegemonía, la segunda en la historia del país: el neoliberalismo, que precisamente se afirmó criticando y respondiendo a los ejes discursivos centrales en los que descansaba el Estado salido de 1952.

Un examen más detenido del Neoliberalismo permite comprender el terremoto político que supuso en Bolivia, su capacidad transversal de interpelación a diferentes grupos sociales y de generación de consensos que garantizaron una considerable estabilidad incluso en medio del aumento de los costes sociales de las reformas para los sectores más desfavorecidos. Por ello, se caracteriza brevemente el neoliberalismo como doctrina, discurso y proyecto político general, y se especifica las formas de su concreción en Bolivia: los componentes centrales de su programa, las principales reformas aplicadas y la articulación política sobre la que descansaba. Por la capacidad de construcción de un nuevo sistema político, nuevos canales de relación entre el Estado, el capital y la sociedad civil, y un nuevo horizonte de sentido, se afirma que se puede hablar de un “Estado neoliberal” con vigencia estable en el período 1985-2000, y en crisis entre 2000 y 2005.

Precisamente esta crisis se analiza a través del hilo de las movilizaciones populares que caracterizaron el llamado “Ciclo Rebelde” de los años 2000-2005. El recorrido se detiene en las protestas con carácter insurreccional que quebraron la capacidad coercitiva estatal, pero sobretudo en el surgimiento progresivo, en las movilizaciones, de un discurso antineoliberal que permitió articular las diferentes protestas sectoriales en un bloque político contrahegemónico, que tentativamente puede ser calificado como nacionalista-indígena. El éxito de este bloque en construir un antagonismo entre las mayorías empobrecidas –masivamente indígenas- y las élites beneficiarias de las reformas –blancas y, en menor medida, mestizas- fue determinante en el crecimiento de la protesta hasta bloquear los diferentes intentos de recuperación de la gobernabilidad por parte de las élites políticas del Estado neoliberal.

En el último apartado, se analiza la llegada del Movimiento Al Socialismo y Evo Morales a la presidencia del país. Se caracteriza la formación política gobernante, deteniéndose en los elementos discursivos que le permitieron pasar de un partido de representación sindical al catalizador del bloque contrahegemónico. Después, se examina el proceso constituyente (2006-2008) como espacio de refundación estatal y momento central del primer gobierno Morales. Por último, pero de importancia fundamental, se analiza el conflicto regional en Bolivia, señalando que en este escenario se libró la pugna entre el nuevo bloque en el poder político frente a las élites tradicionales que retenían el poder económico. Se defiende que es en el transcurso de este conflicto cuando el MAS consiguió extender su horizonte discursivo articulando una amplia mayoría nacional-popular que aisló –aunque no derrotó en el sentido más literal de la palabra- a la oposición regionalizada.

Una vez ubicado el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009) en una perspectiva histórica amplia orientada en torno a la hegemonía, la investigación pasa a su núcleo: el análisis discursivo aplicado al proceso político boliviano. Aquí se aplica el modelo de investigación para identificar, en la información obtenida durante el trabajo de campo, los indicadores señalados por el aparato metodológico construido. Con ello se pretende comprender las operaciones de articulación que explican la construcción hegemónica que caracteriza la política boliviana actual.

El análisis discursivo permite aquí explicar que es específicamente durante el primer gobierno del MAS (2006-2009) cuando se construye y consolida la hegemonía: si bien antes de la llegada de Evo Morales al poder se generalizó, en las movilizaciones antineoliberales, un discurso antirrégimen que dicotomizaba el espacio político, la construcción de un universal *pueblo* dotado de contenidos particulares que definen el sentido político de la hegemonía, no ocurre sino durante el gobierno de Evo Morales, de manera principal en el conflicto con la oposición regionalizada en el oriente del país. Identificados los mecanismos de su construcción, se puede explicar la conformación hegemónica, caracterizarla, y señalar posibles líneas fértiles de investigación para estudios futuros interesados en el análisis del proceso político boliviano.

Como se verá en el capítulo dedicado a la evolución de la “Crisis de Estado” en Bolivia, la única oposición real que encontró el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009) fue aquella presentada por los Comités Cívicos y las Prefecturas de los departamentos orientales del país, que en torno a la demanda autonómica (re)construyeron y movilizaron una identidad política regionalista y conservadora, que supuso el único desafío a la identidad nacional-popular indígena sobre la que giraba la hegemonía del MAS.

En el conflicto regional, por tanto, se dirimió la cuestión de la hegemonía nacional. El análisis discursivo permite comprender esta confrontación, y probar la hipótesis de que la hegemonía del MAS descansa en su capacidad exclusiva de interpelar en su relato nacional a una amplia mayoría, por encima de las fracturas posibles de clase, etnia y región, como el “pueblo”, empobrecido y honesto, de Bolivia por oposición a la oligarquía antinacional. Al mismo tiempo, se habrá explicado las razones del fracaso y el aislamiento de la derecha regionalizada.

La identificación de los mecanismos discursivos de construcción de la hegemonía permite comprender y exponer, finalmente, el contenido ideológico de la hegemonía del MAS, puesto que este es *relacional* y no *esencial*. Si hasta aquí se había definido, en forma tentativa, como “indígena y plebeya” por los grupos sociales convocados, o por la operación inicial de la dicotomización del espacio político, en este punto recibe una explicación extensa y en detalle, derivada del análisis de las demandas insatisfechas articuladas, de la postulación de la *dimensión ganadora*, del trazado de la *frontera* constitutiva de la comunidad política “pueblo” y de la nominación que encarna la identidad política construida.

Con el trabajo empírico se espera validar, mediante el análisis del discurso, las hipótesis planteadas sobre la construcción de hegemonía en Bolivia, ratificando de esta forma la pertinencia del enfoque innovador adoptado, y la necesidad de profundización en esta línea de trabajo. Por último, se sugerirán algunos puntos a partir de los que desarrollar posibles investigaciones futuras, que puedan contribuir a arrojar luz sobre la problemática del poder en el proceso político boliviano y la reforma del Estado, por una parte; y a un fortalecimiento del enfoque de la hegemonía y el discurso, por la otra.

Primera Parte

Hacia una teoría de la construcción discursiva de la hegemonía

Capítulo 1

Hegemonía

1.1 Introducción

Esta investigación se pregunta por el proceso de construcción de hegemonía que está en la base del poder político del Movimiento Al Socialismo en Bolivia, y de la irrupción y protagonismo de sectores tradicionalmente subalternos en el Estado boliviano.

El presente capítulo se divide en tres partes: En la primera se discute la hegemonía, fundamentalmente en su acepción gramsciana; en la segunda, el discurso como práctica de articulación y construcción hegemónica; en la tercera, la conformación de identidades populares y la producción del “pueblo”. Se trata de una división del armazón teórico en tres campos fundamentales –*Hegemonía, Discurso, y Pueblo*– que, juntos, conforman la problemática general de una teoría de la hegemonía, aquí armada a partir de la obra de Antonio Gramsci y de la perspectiva de la *Discourse Theory* como pilares centrales.

El término hegemonía está sometido, con cada vez mayor frecuencia, a un uso popular irreflexivo – a veces incluso en el ámbito de las ciencias sociales–, que lo despoja de su riqueza como instrumento de análisis político.

Tras un breve recorrido por la genealogía del término en el pensamiento marxista se le atribuye su carga conceptual al teórico marxista italiano Antonio Gramsci. Se defiende que el concepto de *hegemonía* sólo puede ser comprendido adecuadamente mediante su ubicación en el complejo sistema teórico gramsciano, que se estudia en profundidad, a través de sus categorías principales, contrastando su formulación en el pensador italiano con su recepción en trabajos académicos recientes, tanto teóricos como teórico-empíricos.

La obra de Gramsci, cuya complejidad se ve aumentada por sus condiciones fragmentarias fruto de la agitada vida militante de su autor, no se examina aquí con voluntad de exhaustividad, pues para ello ya existen esfuerzos de autores mucho más capacitados, a los

que se remite al lector más interesado. El objetivo es más modesto: la comprensión de la *hegemonía* como piedra angular de un enfoque para el análisis del poder político, que lo pone en relación con la lucha ideológica y cultural. Ese enfoque, jamás expuesto en forma sistemática por el propio Gramsci, debe ser deducido del desarrollo de los conceptos fundamentales en su obra, para el que se utilizan, además de los textos originales, valiosas sistematizaciones y exposiciones de estudiosos del pensamiento político gramsciano. Esta revisión y examen crítico quiere contribuir a la demostración de la utilidad de las categorías gramscianas para el análisis y explicación de fenómenos políticos contemporáneos de interés.

En el epígrafe siguiente, se examina en detalle una línea de desarrollo “heterodoxo” del pensamiento de Gramsci: la que representan los estudiosos del discurso y la ideología desde una perspectiva “postmarxista”. Se visita primero la ruptura de estos con la concepción tradicional de la ideología, para derivar después en su concepción de la hegemonía como un movimiento de encarnación del universal por un sujeto particular.

Para este grupo de autores, la hegemonía es un tipo de ordenación de un campo político marcado por el conflicto y la contingencia. Por ello, se exponen y discuten las formas posibles de producción de orden y alineamientos políticos, así como los mecanismos por los que éstos operan. Finalmente, dado que éstos mecanismos son discursivos, se define el *discurso* como la práctica de construcción de significado político.

La premisa de la “constructividad” del discurso constituye un pilar fundamental y punto de partida para la perspectiva teórica adoptada en esta investigación: la Teoría del Discurso o *Discourse Theory*, fundada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, y dedicada al estudio de las identidades políticas y la hegemonía, que ha acabado por constituir la denominada “Escuela de Essex”, nombre adoptado por la universidad que representa el epicentro de esta perspectiva en la ciencia política.

Para una adecuada comprensión de la *Discourse Theory*, se comienza por revisar y discutir las críticas a sus presupuestos generales, fundamentalmente relativas a su concepto de *discurso*. Después se exponen las reglas fundamentales para el análisis del discurso, los mecanismos de atribución de significado y, finalmente, la *nominación* como trascendencia de los intereses sectoriales y, por tanto, como práctica de constitución de identidades políticas en pugna por la hegemonía.

La última parte se centra, de la mano de la *Discourse Theory* y especialmente del trabajo de Laclau en *La Razón Populista* (2005) en el fenómeno de conformación de identidades populares, como una de las formas más comunes de construcción hegemónica. Para ello se revisa primero la literatura general sobre el fenómeno del populismo, haciendo especial hincapié en sus límites y espacios opacos a través de las críticas del propio Laclau. Después se visitan los estudios dedicados específicamente a las experiencias “nacional-populares” en América Latina, por su vinculación con el objeto de estudio de esta investigación, y por su peso teórico propio en el conjunto de la literatura especializada.

Posteriormente, se pasa a desentrañar en detalle la teoría de la Escuela de Essex sobre la formación de identidades populares y el populismo, en lo que constituye el núcleo de la tercera parte. Sin embargo, se añaden dos epígrafes más de discusión crítica de la teoría del populismo de Laclau: el primero aborda la cuestión de la contingencia y los resultados posibles de las construcciones populistas, las variadas orientaciones políticas que pueden recibir, y los límites en esas variaciones; El concepto de “condiciones de posibilidad” ayuda a defender que esos límites son mayores que los que Laclau establece. El segundo epígrafe se ocupa de una discusión actualmente en curso, sobre la concepción del populismo como “forma” o como “momento”; Lejos de tratarse de una disputa léxica, este debate encarna la relación entre los conceptos centrales de “hegemonía” y “populismo”, que necesitan ser aclarados para poder conformar un andamiaje teórico para el análisis político.

Por último, se dedica una cuarta parte a dar cuenta de la evolución de la Escuela de Essex, en el vívido debate que ha tenido y tiene lugar desde su irrupción en la ciencia política. Algunas de las aportaciones al debate, y de las respuestas de respetados investigadores de esa perspectiva, sirven para justificar las razones de lo que se denomina un uso *thin* o “ligero” de la *Discourse Theory*. Una vez realizado este tránsito, se pasa a formular el modelo teórico fundamental derivado de toda la discusión, y de su contraste con el modelo inicial confeccionado a partir de las categorías gramscianas. Con este ejercicio, se da por cerrado el trabajo de revisión teórica, discusión y conformación de una perspectiva teórica propia para el estudio de la construcción de hegemonía aplicado a procesos políticos concretos.

1.2 El concepto de hegemonía

El término “hegemonía” está hoy incorporado al lenguaje más o menos común, y no es raro encontrarlo en diferentes estudios, desde la economía política hasta los estudios culturales, pasando por la comunicación social o la ciencia política. Se suele usar como sinónimo de “dominación”, “preponderancia” o “liderazgo”.

No obstante, el término alude a un concepto complejo de largo desarrollo histórico, y aún hoy sometido a discusión entre diferentes perspectivas teóricas, a menudo difícilmente conciliables. En las próximas páginas se da cuenta de la genealogía del concepto dentro del pensamiento político marxista de principios del siglo XX europeo. Se defiende que los recorridos posteriores y las complejidades del concepto sólo pueden ser captados si se parte de su contextualización en el universo teórico y político en el que fue engendrado. Se traza así su desarrollo brevemente hasta llegar a su construcción teórica más elaborada por parte de Antonio Gramsci, marcando las continuidades y rupturas con los usos anteriores del término. Se dedica a continuación una atención privilegiada a la concepción gramsciana de la hegemonía, que constituye el corazón de este capítulo.

Después se examinan los usos actuales más destacados del término en las ciencias sociales. La última parte es una propuesta teórica que trata de rescatar las aportaciones más relevantes sin estirar el término al borde de su vaciamiento, en una línea de desarrollo que postule un uso “específicamente politológico” de la hegemonía, que se defiende como una herramienta teórica particularmente útil para el estudio de los fenómenos político-ideológicos.

1.2.1 Genealogía de un concepto marxista

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, posiblemente los dos teóricos políticos que más han trabajado y desarrollado el concepto de hegemonía, dedican los dos primeros capítulos de su libro *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) a demostrar que el concepto surge en el terreno previamente abonado por las discusiones teóricas y políticas en torno a las crecientes dificultades del marxismo de la II Internacional para dar cuenta de acontecimientos históricos de primer orden que contradecían lo teóricamente esperable: la agudización y polarización de

la estructura de clases en las sociedades occidentales, el estallido de la Revolución en Alemania o Inglaterra en primer lugar en razón de su mayor desarrollo industrial, etc.

Los augurios de la crisis última del capitalismo realizados por Kautsky quedaron heridos de muerte tras el boom económico iniciado a finales del siglo XIX y que sólo acaba con la I Guerra Mundial. Las leyes de hierro del capitalismo se plagaban de excepciones.

Esto generó una crisis dentro del pensamiento marxista y el movimiento obrero. Las categorías “clásicas” eran examinadas críticamente en un momento histórico turbulento marcado por las contradicciones del imperialismo capitalista que acabaron desembocando en la conflagración mundial, y en medio de profundas turbulencias políticas marcadas por el conflicto de clases.

Particularmente problemática se revelaba la relación supuestamente de determinación de la “superestructura” (instituciones políticas y creencias ideológicas y culturales) por parte de la “estructura económica” (fuerzas productivas y relaciones de producción).

Sobre esta línea se produjeron, de acuerdo con Laclau y Mouffe (1985), tres tipos de respuestas:

Por una parte, se erigió una “ortodoxia marxista”, uno de cuyos principales exponentes fue Kautsky, que defendía que la función de la “teoría científica” marxista era cubrir la distancia entre el rol que históricamente le correspondía a la clase obrera y su actuación política presente. Eran los intelectuales los encargados de aportar el conocimiento y la identidad a la clase obrera, que le permitiera cumplir con su tarea histórica de superación de la sociedad capitalista y construcción del socialismo” (Laclau y Mouffe, 1985: 19-21). Más que de un desempeño autónomo de la política, hay que hablar en esta corriente de un trabajo de “levantar” los velos que ocultaban las necesarias lógicas de funcionamiento del capitalismo: la estructura económica determina plena y directamente la superestructura política

En la segunda respuesta, cuya figura central será Bernstein y su “revisionismo”, las lógicas de funcionamiento económico del capitalismo pierden peso a favor de un mayor espacio para la política: el desarrollo capitalista no conduce necesariamente a su superación socialista, sino que éste es un trabajo a desarrollar por “el partido”. La poderosa y organizada

socialdemocracia alemana era en este caso el ejemplo de que la unidad de la clase trabajadora –amenazada por los procesos de fragmentación y diversificación interna de los asalariados– era una meta política a perseguir y conquistar. El carácter de clase de esa “unidad” es indiscutible, por las características organizativas y de disciplina del proletariado adquiridas en la fábrica. Si bien el “economicismo” de la perspectiva anterior desaparece, lo hace sustituido por una suerte de “subjetivismo ético”: la clase obrera como un sujeto ético encargado de asegurar la evolución de la humanidad, con el significado de la lucha política fijado de antemano (Laclau y Mouffe, 1985: 32).

Rosa Luxemburg⁵¹, aunque en las antípodas ideológicas del revisionismo de la socialdemocracia alemana, se sitúa en una línea similar de “sobredeterminación política”. En Luxemburg, las condiciones en occidente, mucho más complejas que en Rusia, obligan a una acción política más audaz, por la que las luchas económicas sean alineadas como escuelas políticas para la clase trabajadora, que en ese proceso adquiriera la conciencia y organización revolucionarias necesarias para la toma del poder (Luxemburg, 1978c). Esta visión rompe con la ortodoxia inmovilista de la Segunda Internacional, y su confianza ciega en –según la versión– el desarrollo de las fuerzas productivas o en el crecimiento exponencial del partido de los trabajadores⁵². En “Huelga de masas, partido y sindicatos”⁵³ (Luxemburg, 1905 [1978b]) Luxemburg mantiene, en todo caso, la ligazón con el materialismo histórico en su confianza en el carácter de clase de esa “articulación” producida en las luchas (1978). Este es por tanto el límite de la autonomía de la política.

La tercera respuesta a esta crisis teórica la aporta Georg Sorel con su “sindicalismo revolucionario, en clave de ruptura brusca con las determinaciones de la estructura, sin caer por ello tampoco en el idealismo subjetivista de Bernstein (Laclau y Mouffe, 1985: 38). Coincidiendo con Rosa Luxemburg, Sorel apuesta a la huelga general, como momento de

⁵¹ Un incipiente trabajo de recuperación de algunas de las aportaciones teóricas de Rosa Luxemburg ha tenido lugar en el pasado reciente. Sus textos, que fueron apartados del marxismo ortodoxo durante muchos años por sus discusiones tanto con la socialdemocracia alemana como con los bolcheviques rusos, vuelven a ser de interés para estudiosos del conflicto político y el capitalismo. En Internet se pueden encontrar proyectos de compilación de sus trabajos en formato digital:

<http://rosa-luxemburgo.blogspot.com/>.

En castellano, las dos recopilaciones principales de sus textos son las realizadas por las editoriales Grijalbo (1977) y Ayuso (1978). En este trabajo se utiliza ésta última.

⁵² Para una reivindicación de algunos usos de las categorías de Luxemburg para el análisis político contemporáneo, ver: Iglesias y Errejón (2005).

⁵³ Este texto está disponible en Internet en la dirección:

http://www.marxists.org/espanol/luxem/06Huelgademasapartidoysindicatos_0.pdf

máxima expresión de la confrontación entre burguesía y proletariado, la construcción *exclusivamente política* de la unidad de la clase trabajadora. No obstante, en Sorel la importancia de la huelga general no está tanto en su éxito parcial dentro de una estrategia de incremento de la conflictividad y el poder de clase como en su poder simbólico, de evocación –y conformación- del enfrentamiento absoluto entre clases (Sorel, 1906 [2005]). La huelga es así un fenómeno político puramente contingente, en torno al cual se condensa una identidad política común. Esta es la lectura que hace, en el prólogo a “Reflexiones sobre la violencia” (Sorel, 1906[2005]) Isaiah Berlin de la obra de Sorel, y la razón de su interés en ella.

En cualquier caso, es un debate “a la defensiva”, por cuanto se trata de reconstruir la unidad de la clase obrera amenazada por las transformaciones políticas y económicas en las sociedades capitalistas más avanzadas. En Rusia el término nace en un planteamiento de ofensiva, y en términos particularmente heréticos con la “ortodoxia” marxista occidental.

En efecto, son los socialdemócratas rusos quienes a comienzos del siglo XX emplean por primera vez el término –“*gegemoniya*”- para nombrar la política de alianzas y liderazgo que debía desarrollar el proletariado industrial a fin de hacerse con el poder y conducir las transformaciones económicas y políticas que liquidaran el *ancien regime* zarista, sin esperar a que las realizase una burguesía nacional extremadamente débil y políticamente dubitativa (Femia, 1987: 24). Lenin toma el término de Plejánov y Axelrod, y en su libro “Dos tácticas de la Socialdemocracia” (1905 [1947]) lo desarrolla políticamente en una situación revolucionaria, como guía para la conquista del Estado por parte de la clase obrera⁵⁴ (Anderson, 1976-77).

Así, la hegemonía en la socialdemocracia rusa nace para dar cuenta de una anomalía: contrariamente a la secuencia esperable: el proletariado se ve en la tesitura de realizar las tareas históricas de otra clase, de *decidir* si toma el poder y las lleva a cabo en una alianza mayor que le exige integrar diferentes demandas -de campesinos, militares, pequeños propietarios, etc.- y liderarlas políticamente (Laclau y Mouffe, 1985: 55-58). La hegemonía, aún en el sentido otorgado por Lenin, nace ya asociada a contingencia, flexibilidad y capacidad de articulación de elementos diferentes, aunque, como veremos a continuación,

⁵⁴ Este será un concepto profusamente desarrollado por Lenin en su teoría del poder político, de influencia determinante en el movimiento obrero y la izquierda durante todo el siglo XX. Ver las *Obras escogidas* (1976), y en especial *El Estado y la Revolución* (1917).

limitada en dos sentidos cruciales: en la articulación de los diferentes elementos “unificados” y en su alcance histórico y geográfico.

1.3 Gramsci y el desarrollo de la hegemonía

Antonio Gramsci es, en todo caso, el conocido como “teórico de la hegemonía”. Esto es así porque, pese a no haber acuñado él mismo el concepto, sí le corresponde al italiano su desarrollo tal y como lo conocemos.

La obra teórica de Gramsci está marcada por su agitada vida como dirigente político, que determina el carácter fragmentario de sus escritos. Su producción escrita antes de su entrada en prisión está compuesta casi en su totalidad por cartas y artículos periodísticos. Los “Cuadernos de la cárcel”, por su parte, son notas que Gramsci esperaba revisar y ordenar al recuperar su libertad. Su muerte truncó esta voluntad y los dejó como el borrador de un libro nunca escrito, aunque editado en numerosos intentos de ordenación y exposición del pensamiento gramsciano.

Un acercamiento a sus aportaciones, por tanto, no puede ser ajeno a la evolución del contexto político en el que se enmarcan, ni a los avatares de su intervención en él.

Manuel Sacristán, el “gramsciano” más destacado en el Estado español, tiene el mérito de haber compilado, editado y comentado una antología (1970 [1974]) que ordena los textos de Gramsci cronológicamente, poniéndolos así en relación interna y con el momento histórico en el que fueron escritos.

El libro de Sacristán es la referencia que guía así toda la revisión de los textos de Gramsci, así como la breve referencia bibliográfica que se expone a continuación. Puede considerarse, por ello y por el valor de sus comentarios, una de las dos columnas del examen de la teoría de la hegemonía que se realiza en esta investigación.

La otra columna central es la famosa obra *Quaderni del Carcere*, el conjunto de textos que más desarrollan los conceptos centrales de Gramsci, que se ha revisado a través de la edición

Cuadernos de la cárcel, 2000 [1981], México, ERA: Universidad Autónoma de Puebla, 6 volúmenes, traducción de la edición crítica del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana⁵⁵, una de las ediciones más referenciadas y prestigiosas. Además, Fernández-Buey F. (1977) o Buci-Glucksman (1978) han realizado importantes esfuerzos de sistematización y clarificación que también informan este trabajo⁵⁶.

La complejidad de las obras de Gramsci, aumentada como se ha señalado por su dispersión y fragmentación, han hecho recomendable, además, acudir a diferentes investigaciones contemporáneas que aplican las categorías gramscianas como claves de análisis y explicación de diferentes objetos de estudio, desde disciplinas como las relaciones internacionales (Sassoon, 1987) y la geopolítica (Agnew, 2005b), los estudios culturales (Hall, 1996; 1996a), la política económica (Peet, 2002), la teoría del Estado (Öncü, 2003), el estudio de movimientos sociales (Karriem, 2009), o los trabajos sobre partidos políticos y sistemas de partidos (Motta, 2008)⁵⁷.

⁵⁵ Las citas consultadas en esta edición constan por tanto del apellido del autor, el título de la obra –*Cuadernos*–, el volumen, y la página correspondiente, de la forma que sigue: (Gramsci, *Cuadernos*, Vol. 4, p. 24). A efectos de mayor claridad, en una obra marcada por la fragmentación, se ha preferido citarlo así antes que por el año de publicación de la edición, que resulta en una obra clásica de menos interés que la referencia específica. En cualquier caso, esos datos están disponibles en la bibliografía.

⁵⁶ Existen en internet, en cualquier caso, importantes recopilaciones digitalizadas de la obra de Gramsci. Especialmente recomendable, en lengua castellana, es la que se encuentra en www.gramsci.org.ar. La referencia de esa web no implica que se comparta la interpretación del concepto de “hegemonía” que allí se realiza.

⁵⁷ “Hegemonía” es quizás uno de los términos menos unívocos de las ciencias sociales. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española lo define como “supremacía que un Estado ejerce sobre otros” y luego amplía la definición a: “supremacía de cualquier tipo”. En su “Diccionario de Política” Bobbio y Matteucci (1994) entienden que el concepto tiene dos acepciones principales. La primera se refiere a “una relación interestatal de poder que prescinde de una reglamentación jurídica precisa” y que puede definirse como “una forma de poder de hecho que en continuo influencia-dominio ocupa una posición intermedia, que oscila o bien hacia uno de los polos o bien hacia el otro” (Bobbio y Matteucci, 1994: 746). La segunda, empleada principalmente por autores marxistas, se aplica “a las relaciones entre las clases sociales, entre los partidos políticos, a propósito de las instituciones y de los aparatos públicos y privados” (Bobbio y Matteucci, 1994: 746-747). En este segundo uso, al igual que en “tradicional” en relaciones internacionales, se reproduce la “oscilación” entre hegemonía como dominio y coerción, que los autores atribuyen a los intelectuales de la Tercera Internacional como Lenin, Bujarin, etc., y hegemonía como persuasión y “dirección intelectual y moral”, en su desarrollo por Antonio Gramsci. Así, Bobbio y Matteucci separan, en primer lugar, la aplicación del concepto de hegemonía a las relaciones interestatales de la aplicación a la correlación de fuerzas al interior de cada Estado. Esta investigación se ubica exclusivamente en esta segunda aplicación. A su vez, al interior de estos dos campos de estudio, los autores distinguen también entre la acepción de hegemonía como dominación y la acepción como dirección intelectual y persuasión. Esta investigación, de nuevo, parte exclusivamente de la segunda.

Efectivamente, la gran mayoría de los autores que lo trabajan se refieren, como punto de partida, al desarrollo que Gramsci hace del término, aunque éste ha sido objeto de numerosas discusiones e interpretaciones, no

1.3.1 El desarrollo del concepto de hegemonía dentro del análisis del poder político⁵⁸

Nacido en la isla de Cerdeña en 1891, Gramsci se traslada pronto a Torino, que es por entonces el principal centro industrial del país, para cursar sus estudios universitarios. En 1911 se incorpora al Partido Socialista Italiano, donde escribe sus primeros artículos periodísticos en “Il Grido del Popolo” y “Avanti”.

En 1917, con 26 años, es ya miembro de la dirección del Partido, alineado con las tendencias de izquierda que se agrupan en el periódico “L’Ordine Nuovo”. Este diario juega una función clave en el desarrollo y difusión del llamado “bienio rojo” de 1919 y 1920, un período prerrevolucionario de huelgas y movilizaciones durante el cual se forman consejos obreros que toman el control de las principales fábricas de Torino y Milán.

La experiencia de los consejos obreros influye directamente en Gramsci y en su forma de pensar el rol de vanguardia del Partido en relación con las formas de democracia obrera en los

siempre enteramente compatibles. Como concepto centrado en la construcción de poder político, sus aplicaciones recorren muy diferentes campos de las ciencias sociales. En esta investigación, como se verá más adelante, el término se emplea en un sentido muy restringido: el análisis de las prácticas de significación, articulación y nominación capaces de generar una forma de poder caracterizada por el consenso de los elementos subordinados a una determinada dirección que consigue presentarse como en beneficio de toda la comunidad política. Se dejan conscientemente fuera, como ya se ha dicho, todos los demás desarrollos del concepto de hegemonía, entre los que destacan los relativos a las relaciones internacionales que en algunos desarrollos han adquirido una gran relevancia y complejidad. Estos enfoques entienden la hegemonía como una relación entre Estados, en la que el Estado hegemónico ordena el sistema interestatal sea por su primacía militar y geoestratégica (Brzezinski, 1997), sea por su capacidad de generar un sistema de relaciones y un código cultural aceptado por el resto de actores internacionales, que constituye una verdadera forma de entender y representar el mundo (Sasson, 2001) tal y como han sido hasta ahora los “códigos geopolíticos de la modernidad” (Agnew, 2005b) y, más en concreto para la hegemonía norteamericana, el *American Way of Life* (Agnew, 2005). El análisis de los sistemas-mundo, derivado de la Escuela histórica de los Annales de Ferdinand Braudel y de la Teoría de la Dependencia latinoamericana, a generado una teoría histórica propia de la hegemonía, entendida como la capacidad de un Estado para ejercer la supremacía mundial organizando de acuerdo con sus intereses un sistema de relaciones económicas, políticas y militares. (Boswell y Chase-Dunn, 2000:37; Silver y Slater, 2001). Este poder está fundamentado en la ventaja industrial, financiera y comercial de las empresas del Estado hegemón. Para la escuela de los sistemas-mundo han existido tres hegemonías: la holandesa (1648-1667), la inglesa (1815-1873) y la estadounidense (1945-1974), todas sucedidas por guerras de gran escala (Wallerstein, 2004: 243-245). En la actualidad, se vivirá un período de transición geopolítica caracterizado por la crisis de la hegemonía norteamericana y la ausencia de un nuevo hegemón que reestructure a su favor, y establezca, el sistema interestatal. (Wallerstein, 2004b). En general, sobre esta escuela ver: Wallerstein (1979), Arrighi y Silver (2001) y Arrighi (2005). Sobre visiones economicistas de la hegemonía no pertenecientes a la escuela de los sistemas-mundo, ver: Gowan (2002) o Harvey (2004). Sobre geopolítica: Taylor y Flint (2002) y Dodds (2007).

⁵⁸ La presente nota tiene un objetivo apenas de contextualización de la obra intelectual de Gramsci, incomprendible sin su trayectoria vital y política. Para una biografía exhaustiva y completa, ver: Fiori (1968) también disponible on-line: http://www.4shared.com/file/105913054/e3667c3e/Giuseppe_Fiori_-_Vida_de_Antonio_Gramsci.html

centros de trabajo. La polémica con Amadeo Bordiga se produce en este sentido, reflejando una concepción por la que el sardo entiende que la vanguardia es una relación con la clase trabajadora que no está asegurada, sino que debe conquistarse por medio de la seducción de mayorías como ente propositivo y organizador de las clases populares. El “bienio rojo” influye también a Gramsci separándole de la dirección socialista, que se ha mantenido prudentemente apartada del movimiento consejista, y que en su opinión es responsable del fracaso de esta tentativa revolucionaria.

En Livorno en 1921, en pleno auge de la violencia fascista desencadenada contra el movimiento obrero y la izquierda tras el reflujo revolucionario, Gramsci participa de la fundación del Partido Comunista Italiano, que a la postre será el más grande partido comunista de occidente, con un peso electoral que llega a superar el 30% en los años setenta y una influencia cultural desconocida en Europa.

Tras dos años entre la Unión Soviética y Viena, trabajando para la Internacional Comunista, Gramsci es elegido en 1924 diputado al Parlamento Italiano, ya en un clima predictatorial con el Partido Nacional Fascista en el Gobierno y sus *squadristi* acosando con impunidad a toda la oposición de izquierdas. Protagonizará, durante esta etapa, un célebre discurso contra el proyecto de prohibición de las sociedades secretas destinado a suprimir las organizaciones obreras, y en el intento de derrota política del fascismo en la conocida como “Escisión del Aventino”, un proyecto fallido de construcción de un poder legislativo escindido del Parlamento controlado y manipulado por el PNF.

Ya en la clandestinidad, el Congreso de Lyon en 1926 nombra a Gramsci secretario General del PCI, lo que significa una redirección de la línea marcada por Bordiga, en un sentido de ampliación de las alianzas antifascistas. Durante esta etapa Gramsci emprende el famoso *Ensayo sobre la Cuestión Meridional* (1974: 192-200). Este ensayo supone el más ambicioso intento de Gramsci de realizar un estudio completo sobre el sur de Italia, que consideraba podría decidir la cuestión del poder en Italia, en función de si las masas campesinas se integraban en un bloque dirigido por el proletariado del norte industrial del país o si se entregaban a la reacción. La política italiana durante el pasado siglo XX parece haber sido una terca ratificación sistemática de las tesis de Gramsci sobre la imposibilidad de ninguna construcción nacional hegemónica sin una comprensión y articulación adecuada de la “cuestión meridional”.

En noviembre de ese mismo año, 1926, Gramsci es arrestado por el gobierno fascista. En 1928, en un proceso junto a otros miembros de la dirección comunista, es condenado a veinte años de cárcel. La frase del fiscal: “debemos detener ese cerebro por al menos veinte años” se ha convertido en célebre.

Durante su estancia en prisión, Gramsci emprende una obra que no podrá acabar: sus famosos *Quaderni dei prigionieri*, miles de páginas sólo parcialmente ordenadas, que serán editadas tiempo después de su muerte y llegarán a convertirse en una obra clásica del marxismo y de las ciencias sociales críticas, derrotando así la voluntad del fiscal.

Estos escritos, junto con sus artículos y su nutrida correspondencia epistolar personal y política, conforman la obra de Antonio Gramsci. En conjunto, ésta muestra una insatisfacción con el rol secundario y epifenoménico otorgado a la “superestructura” por lo que llama el “materialismo vulgar”, y una atención prioritaria a la cultura y la ideología como terrenos de construcción política⁵⁹ (Buci-Glucksmann, 1978). Esta importancia de la cultura lleva a Gramsci a una preocupación fundamental por las conformaciones nacionales en las cuales se desenvolvía la lucha de clases. Así, critica a los dirigentes del viejo Partido Socialista Italiano porque

“No conocían el terreno en que hubieran debido de dar la batalla (...) en más de treinta años de vida, el partido socialista no produjo un solo libro que estudiara la estructura económico-social italiana. Nosotros no conocemos Italia. Peor todavía, no tenemos los instrumentos adecuados para conocer Italia tal como es realmente” (“¿Qué hacer?”)⁶⁰.

La afirmación de que el terreno en el que se da la batalla *política* es el nacional –por más que el enfrentamiento de clases tenga un componente estructural internacional- lleva al italiano a ser extremadamente cuidadoso en importar ideas y recetas de otras experiencias del movimiento obrero -como de la Revolución Rusa, a la que no obstante admira y defiende- y a

⁵⁹ El libro de Buci-Glucksmann *Gramsci y el Estado* (1978) constituye, de entre los abundantes trabajos de la obra del teórico italiano, una de las más completas sistematizaciones de las implicaciones de su teoría de la hegemonía para la estrategia política a seguir en “occidente” por la clase obrera y sus organizaciones, así como para la comprensión general de las relaciones entre sociedad civil y sociedad política. De esta forma, el trabajo de Buci-Glucksmann constituye una referencia de primer orden, si bien altamente compleja, para el estudio de la obra de Gramsci en particular y para la problemática de la hegemonía en general.

⁶⁰ Carta publicada en *Lo Stato Operaio*, 18 de octubre de 1923, I, n° 8. Contenida en *A. Gramsci, Escritos 1917-1933* (1990): 168

poner un especial énfasis en la conformación cultural, institucional y sociológica de, en su caso, Italia.

El resultado de este enfoque es que el trabajo político-intelectual de Gramsci está gobernado por su voluntad de re-pensar el comunismo desde la perspectiva de “Occidente”, que no es aquí un término geográfico⁶¹ sino político cultural que hace referencia a las sociedades capitalistas avanzadas con sociedades civiles desarrolladas y un peso importante de los componentes “superestructurales” (Portantiero, 1999). La lucha de clases, en estas sociedades, no podía ser concebida en forma simplista, e implicaba un combate ideológico sostenido por parte de la clase trabajadora para articular tras su liderazgo un amplio bloque de diferentes grupos subalternos nacionales.

La aportación teórica de Gramsci supone una ampliación del concepto leninista de “hegemonía” en dos sentidos: uno “político” y otro “histórico”.

En términos “políticos”, la hegemonía es en Lenin el liderazgo de la clase obrera en una alianza amplia que de ninguna forma disuelve o modifica las identidades preconstituidas de las clases que la componen, que en definitiva tenían que “golpear juntas pero marchar separadas” (Laclau y Mouffe, 1985: 55). Es una concepción instrumental, autoritaria y cortoplacista, en la que la vanguardia suma actores en una conjunción táctica y los conduce políticamente. Estamos en el terreno, en absoluto nuevo, de la negociación y alianza de fuerzas. Hay, sin embargo, un añadido crucial: Lenin opone la hegemonía al estadio exclusivamente “gremial o corporativo” de la política del proletariado (Lenin, 1905 [1947]). De aquí partirá la elaboración gramsciana.

Para Gramsci sin embargo, la hegemonía es una operación fundamentalmente cultural que va más allá de la unificación de fuerzas decretada por dirigentes políticos.

En su conocido libro *Gramsci y el bloque histórico*, Hugues Portelli (1979: 70) coincide en señalar éste como el punto capital en que el concepto leninista y el gramsciano de hegemonía se separan:

⁶¹ Es conocido que, por ejemplo, Gramsci no consideraba a la España de entonces “occidente”, e Italia lo era de modo contradictorio por las condiciones del *mezzogiorno*.

“La preeminencia de la dirección cultural e ideológica. En sus escritos, Lenin insiste sobre el aspecto puramente político de la hegemonía; en ellos, el problema esencial es el desplazamiento, por la violencia, del aparato del Estado: la sociedad política es el objetivo y, para alcanzarlo, es necesaria una hegemonía política previa. Hegemonía política, puesto que la sociedad política tiene prioridad sobre la sociedad civil en sus preocupaciones estratégicas, y sólo retiene de éstas, por lo tanto, el aspecto político, tanto más porque, como hemos visto, la sociedad civil era muy débil en Rusia. Para Gramsci, en cambio, el terreno esencial de la lucha contra la clase dirigente se sitúa en la sociedad civil: el grupo que controla la sociedad civil es el grupo hegemónico y la conquista de la sociedad política remata esta hegemonía extendiéndola al conjunto del Estado (sociedad civil + sociedad política). La hegemonía gramsciana es primacía de la sociedad civil sobre la sociedad política; en el análisis leninista, la relación es exactamente la inversa”.

La hegemonía es entonces para Gramsci liderazgo político, intelectual y moral que articula una voluntad colectiva orientándola en un sentido nacional-popular. Bobbio y Matteucci (1994: 747-748) coinciden en señalar la centralidad de la dirección intelectual y la “persuasión” como diferencia central del concepto *gramsciano* de “hegemonía” con el que ellos llaman como de la “Tercera Internacional” (Bobbio y Matteucci, 1994: 747).

Ahora sí estamos ante un concepto innovador. Se trata de una tarea compleja de articulación de fuerzas en un proyecto histórico nuevo, construida no por meras órdenes sino por una capacidad intelectual propositiva, de seducción y síntesis, que crea una nueva identidad colectiva.

En términos “históricos”, si Lenin entendía la hegemonía como una respuesta excepcional a una situación excepcional –la necesidad de que el proletariado tomase en sus manos en Rusia las transformaciones históricas “burguesas” provocada por un “desarrollo desigual y combinado”⁶² que solapa etapas históricas desordenando su sucesión-(Laclau y Mouffe, 1985: 60), para Gramsci la hegemonía es la forma normal de la política en las sociedades democráticas de masas caracterizadas por sociedades civiles desarrolladas y complejas, y por una legitimidad mayor del status quo por la promesa de ascenso social individual y de incorporación de las demandas de los gobernados en los planes de los gobernantes

⁶² “Desarrollo desigual y combinado” es un concepto de Trostky desarrollado posteriormente por Ernest Mandel (1978) para explicar la geografía asimétrica y jerárquica de acumulación global de capital, que divide el mundo en centros que se apropian de las plusvalías mundiales y periferias que sufren, mediante el mecanismo del intercambio desigual, la expropiación de dichas plusvalías.

(Cuadernos, III, p. 39; Torfing, 1999: 110). Para Sassoon, la irrupción de las masas en política como elemento decisivo tiene que ver con tres procesos: el crecimiento de partidos de masas, sindicatos y grupos de presión dentro de la dinámica del capitalismo organizado; la extensión de la intervención social del Estado, como resultado de las presiones para ello, crea un vínculo directo entre el poder político y la vida cotidiana de las masas; el sufragio universal otorga a las masas un papel central en el sistema político liberal, en una ecuación de poder conformada por capitalismo organizado, intervencionismo estatal y democracia liberal (Sassoon, 1987: 253-8).

Reclamándose absolutamente en sintonía con Lenin, Gramsci arroja el concepto de hegemonía al centro de la arena política en Occidente, destacándola como el núcleo central de la política moderna, en cuanto dirección de fuerzas variadas hacia un horizonte defendido como de “interés general”. La hegemonía así no es exclusivamente la política del proletariado en contextos revolucionarios, puesto que la clase dominante gobierna gracias a ella y se resiente cuando no es capaz de detentarla; tampoco es una política táctica de corto plazo: es el resultado y el objetivo de un trabajo político continuado, complejo y sostenido, en el que la cultura, la ideología y los símbolos juegan un papel central. En esta línea lo reivindica Stuart Hall para los estudios culturales en particular y para la “complejización” del marxismo en las ciencias sociales en general (Hall, 1996: 411).

1.3.2 La teoría gramsciana de la hegemonía

La teorización de la hegemonía en Gramsci forma parte de un armazón conceptual más complejo, dedicado fundamentalmente a la “traducción” intelectual del comunismo en Occidente.

Para el italiano, la supremacía de una clase social no se deriva directamente de su papel predominante en el proceso productivo, sino que ha de construirse laboriosamente en el terreno cultural y político y se manifiesta como dominación o como hegemonía.

La dominación es el sometimiento directo, sin apenas mediaciones, de los grupos subalternos a través de la “sociedad política”: el conjunto de instituciones políticas y jurídicas que

aseguran la capacidad coercitiva a la clase dominante. La hegemonía, en su lugar, sucede en la “sociedad civil”, y contempla la dirección intelectual y cultural que produce un “sentido común” que naturaliza entre los gobernados el orden social existente, consiguiendo su implicación activa o, al menos, su aceptación pasiva:

“La hegemonía (...) se basa (...) en un consenso por el cual los subordinados consienten ser gobernados en tanto que la predominancia de los gobernantes se enmascara través de mecanismos de cooptación, desarticulación y la internalización de un sentido común que naturaliza la organización actual de las relaciones sociales” (Motta, 2008: 308)⁶³.

También Agnew, en su aplicación del concepto de hegemonía a la geopolítica, la entiende como: “la inscripción de otros en el ejercicio propio del poder a través de la convicción, la seducción y la coerción, de tal forma que deseen lo que tú deseas” (Agnew, 2005b: 1-2). Y describe en consecuencia la hegemonía como una práctica de construcción y articulación “nunca completa y a menudo resistida”⁶⁴. Esta concepción de la hegemonía será, más adelante, fundamental para la comprensión de los procesos políticos.

El Estado, aunque habitualmente es conocido exclusivamente por la primera, reúne tanto la esfera de la “sociedad política” como la de la “sociedad civil”. Es así que se puede sintetizar que “Estado= sociedad política más sociedad civil” o “hegemonía reforzada de coerción” (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 76).

Este sencillo esquema, sin embargo, demasiado a menudo ha servido para apoyar usos políticos o teóricos parciales o reduccionistas de Gramsci, que incurren normalmente en el error de olvidar que “dominación” y “hegemonía” son dos “momentos”, más que dos formas, de la supremacía de una clase. Dos momentos que se suceden y relevan en diferentes etapas históricas, en una dinámica marcada por el antagonismo social y la consiguiente necesidad permanente de reconstruir y mantener la hegemonía. Todo régimen es hegemónico con respecto a los grupos aliados o subordinados y, al mismo tiempo, dominante con respecto a los subalternos (Gramsci, A. *Cuadernos* V. p. 387).

⁶³ Traducción propia

⁶⁴ Traducción propia.

No obstante, esta lucha hegemónica no ocurre en el vacío, sino asentada sobre la estructura económica. Gramsci rompe con el economicismo de la II Internacional, lo que enriquece sus análisis que, en cualquier caso, siguen siendo marxistas. Pese al auge de las interpretaciones “culturalistas” de su teoría, en Gramsci es clara la voluntad de relacionar el antagonismo político con las relaciones económicas de una sociedad, esto es, no cualquier actor puede aspirar a ser hegemónico, sino que esta posición debe estar fundamentada en un papel destacado en el proceso productivo.

En palabras del *gramsciano* argentino Daniel Campione:

“La hegemonía se expresa por tanto como predominio en el campo intelectual y moral, diferente del “dominio” en el que se encarna el momento de la coerción. Pero esa “dirección” tiene raíces en la base, componentes materiales junto a los “espirituales”: no hay hegemonía sin base estructura, la clase hegemónica debe ser una clase principal de la estructura de la sociedad, que pueda aparecer como la clase progresiva que realiza los intereses de toda la sociedad” (Campione, 2007: 75).

El propio Gramsci lo especifica cuando asegura que, si bien la hegemonía exige una cierta flexibilidad del grupo dirigente para incluir a otros sectores sociales, la profundidad de las concesiones tiene un límite:

“(…) es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica” (Gramsci, *Cuadernos V*, p. 42).

La hegemonía no es por tanto una construcción política aleatoria, pero tampoco puede derivarse mecánicamente de las relaciones económicas: es siempre un fenómeno de clase (Portelli, 1979: 81). Es en este sentido que se produce una ruptura con el mecanicismo economicista dentro de las fronteras teóricas del marxismo. La relación entre la estructura económica -desarrollo de las fuerzas productivas más relaciones de producción- y superestructura política y cultural -sociedad política y sociedad civil-, tan problemática en el marxismo, no es una relación totalmente abierta, pero en modo alguno está marcada por ninguna determinación a priori. Se trata de una relación dialéctica o de condicionamiento

mutuo. Gramsci ataca la pretensión de extraer una lectura economicista de Marx que explique cada fluctuación de la política y la ideología como reflejo inmediato de cambios en la estructura económica (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 161).

1.4 Categorías fundamentales del pensamiento político gramsciano

1.4.1 Bloque histórico

La unidad de estas dos esferas se produce sólo “políticamente”. Un “bloque histórico” es precisamente la unificación de “contenido estructural material” y la “forma ético política” (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 248). Pero esta jamás sucede de forma espontánea o lineal, sino que es mediada y contradictoria. En este punto se entrecruzan bloque histórico y hegemonía. Sasoon (2001) defiende la importancia de ver la construcción del bloque histórico como un fenómeno constante y siempre en disputa. Si se ubica en esta tensión constitutiva permanente, en el antagonismo, el concepto permite emprender un análisis de las mediaciones concretas, ideológicas y políticas, que crean consenso entre los subordinados de una *status quo* histórico particular, que reúne estructura y superestructura en una visión del mundo generalizada (Sallamini, 1981: 129). De este modo estamos en disposición de comprender “la naturaleza compleja y contradictoria de la producción de consenso y los obstáculos y oportunidades en la construcción de disenso” (Sasoon, 2001: 15)⁶⁵.

Hugues Portelli, defiende que el concepto de “bloque histórico” es el corazón de la teoría gramsciana, pues alude a una formación histórica determinada que hace inteligible la totalidad social. El “bloque histórico” es la construcción de un sistema hegemónico que instituye una visión del mundo correspondiente a la dirección de la clase social que ya es fundamental en el nivel económico:

“El estudio de las relaciones entre estructura y superestructura es el aspecto esencial de la noción de bloque histórico. (...) En realidad, el punto esencial de las relaciones estructura-superestructura reside en el estudio del vínculo que realiza su unidad. (...) La vinculación

⁶⁵ Traducción propia.

orgánica entre estos dos elementos la efectúan ciertos grupos sociales cuya función es operar no en el nivel económico sino en el superestructural: los intelectuales” (Portelli, 1979:9).

Estamos ante una construcción intelectual que no puede reducirse a una operación de manipulación o propaganda:

“En el pensamiento gramsciano, la creación de un “nuevo bloque histórico” no puede subsumirse en una política de alianzas, sino que entraña la construcción de una nueva “totalidad” social, en la que se revolucionen las fuerzas materiales y las superestructuras. Los intelectuales ocuparán papel de “soldadura” de ese nuevo bloque, cuya configuración marca el inicio de un nuevo período histórico” (Campione, 2007: 50).

Esta nueva totalidad, por tanto, es construida y no necesaria. Tiene ciertas “condiciones de posibilidad”, fijadas en el terreno de la economía, pero no sucederá a menos que alguien lo haga pasar. Ese “alguien” es una figura fundamental en el pensamiento gramsciano: el intelectual orgánico.

1.4.2 Intelectuales Orgánicos

Gramsci llama “bloque intelectual” a la vasta agrupación que debe cimentar el bloque histórico en el terreno de la cultura y la ideología, en un trabajo de “unificación y producción de una nueva totalidad” (Martín, 1998:98) que pasa en primer lugar por la articulación del resto de intelectuales en torno a sí, y por la desarticulación de los disidentes, descabezando así las fuerzas que pudieran desafiar el bloque histórico.

Esto sucede cuando quienes componen el bloque intelectual:

“ejercen un poder tal de atracción que termina, en último análisis, por subordinar a los intelectuales de otros grupos sociales, y en consecuencia por crear un sistema de solidaridad entre todos los intelectuales con vínculos de orden psicológico (vanidad, etc.) y frecuentemente de casa (técnico-jurídicos, corporativos, etc.)” (Gramsci, *Cuadernos*, V, p. 388).

Los intelectuales articulados en el bloque histórico tienden a concebirse a sí mismos por encima o al margen de las clases sociales, como un grupo social en sí mismo. De esta forma,

reproducen la visión del mundo de la clase dominante como la visión normal: “Los intelectuales tradicionales se representan a sí mismos como autónomos e independientes de los grupos sociales” (Bellamy, 1987: 135).

Por oposición a estos, Gramsci sostiene la existencia de un nuevo tipo de intelectual: aquel que es consciente de su vinculación con los sectores subalternos. El adjetivo “orgánico” designa a estos intelectuales que son “líderes culturales alineados con fuerzas históricamente emergentes” y que desarrollan “técnicas cruciales de articulación discursiva, desarticulación y rearticulación” (Hall, 1996a: 435).

A diferencia del “intelectual tradicional”: *“el modo de ser del nuevo intelectual no puede descansar ya en la elocuencia... sino en la activa participación en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasor permanente y no simple orador”* (Gramsci, 1971: 10)⁶⁶.

Por lo tanto la categoría de “intelectual orgánico” no alude a una condición académica o de prestigio, sino política: toda clase social “fundamental” tiende a crear su propio grupo de intelectuales, que le da homogeneidad y conciencia (Cuadernos, IV, p. 353).

La formación de una intelectualidad propia es un factor determinante en la capacidad hegemónica de todo grupo social, una condición fundamental de la agencia política: “una masa no se “distingue” y no se vuelve independiente “por sí misma” sin organizarse (...) y no hay organización sin intelectuales o sea sin organizadores y dirigentes” (Gramsci, *Cuadernos*, IV, p. 253).

1.4.3 Sentido común

Los intelectuales tienen en la teoría gramsciana un rol político fundamental: instituir o contestar “una concepción del mundo difundida en una época histórica en la masa popular” (Gramsci, *Cuadernos* III, p. 327), el “sentido común de época”, que es una construcción móvil que mezcla de forma desordenada nociones de muy diferentes procedencias arraigadas en las costumbres (Gramsci, *Cuadernos* I p. 140).

⁶⁶ Citado en Karriem (2009: 318).

En palabras de Stuart Hall:

“El *sentido común* es una construcción ideológica ricamente sedimentada, variada, *fragmentaria* y siempre cambiante que puede ser consolidada por la labor discursiva de los *intelectuales tradicionales* y así empleada para comprometer las subjetividades populares para los proyectos económicos y políticos de las formaciones sociales dominantes; sin embargo tales proyectos están constantemente amenazados y socavados por el *buen sentido* de un pueblo: esa conciencia básica de contra qué está un pueblo, esa habilidad para aprehender, aún de manera débil y rudimentaria, las fuerzas de explotación y de subordinación que continuamente colonizan las vidas de un pueblo” (Hall, 1996: 431-433)⁶⁷.

Este sentido común, que es una construcción político-cultural mistificadora del orden existente, es el objetivo fundamental al que se enfrentan los intelectuales orgánicos, desarrollando una visión del mundo alternativa *desde* los núcleos de “buen sentido” que se encuentran en el sentido común.

Desde una visión postestructuralista, Cupples, Glynn y Larios (2007) en su estudio sobre las prácticas de desarrollo en la región de León del Norte en Nicaragua, muestran cómo narrativas arraigadas en la sociedad civil local han sido capaces de potenciar los núcleos de “buen sentido” hasta el punto de construir desde ellos un proyecto de desarrollo alternativo a los informados por el “sentido común neoliberal”. Aluden a la posibilidad de una operación política por la cual:

“Los intelectuales orgánicos pueden hablar a este *buen sentido* de forma que desarticulen y rearticulen las conexiones entre los discursos hegemónicos y las condiciones materiales de existencia a los que éstos dan sentido, produciendo así la amplificación o ampliación de un “buen sentido” popular y la emergencia de nuevas formaciones discursivas y sus subjetividades políticas correspondientes” (Cupples, Glynn y Larios, 2007: 788).

⁶⁷ Esta es una traducción propia de una cita extremadamente compleja por su riqueza en matices, que por esa misma razón se reproduce aquí en su idioma original: “*Common sense* is a richly sedimented, variegated, *fragmentary*” and ever-shifting ideological construction that can be consolidated through the discursive labor of *traditional* intellectuals and thus turned to secure popular subjectivities for the economic and political projects of dominant social formations; nevertheless such projects are constantly threatened and undermined by the *good sense* of a people: that Basic awareness of what the people are up against, that ability to grasp, however dimly and rudimentarily, the forces of exploitation and disempowerment that continually colonize the lifeworlds of a people” (Hall, 1996: 431-433).

Este combate ideológico es el aspecto central de la lucha por la hegemonía, una tarea cultural prolongada y que exige grandes capacidades de organización, orientada a: “hacer intelectualmente independientes a los gobernados de los gobernantes, para destruir una hegemonía y construir otra” (Gramsci, *Cuadernos*, IV, p. 201).

La sociedad civil es el terreno principal de esta lucha: La escuela, los tribunales, la Iglesia, las asociaciones cívicas o los medios de comunicación son instituciones clave del aparato productor de hegemonía. Pese a ser agencias “privadas” y dispersas, su sentido es unitario en el sentido de la reproducción cultural del status quo (Campione, 2007: 77).

Esta es la principal innovación de Gramsci en el sentido de reivindicación de la política: frente a los imaginarios estadocéntricos que confían el cambio social a la toma del Estado –a través de lentas acumulaciones electorales o rápidos golpes de mano- el italiano señala la importancia central de la lucha cultural, y descarta la comprensión de los fenómenos ideológicos como meros reflejos unitarios y homogéneos de la posición de los sujetos en la economía. Adelanta así gran parte de los desarrollos teóricos de los postestructuralistas (Hall, 1996a: 411) en el sentido de afirmar la construcción discursiva de los sujetos y las identidades políticas.

1.4.4 Guerra de posiciones

No hay atajos, por tanto, a la crítica prolongada y sostenida del sistema cultural dominante, de los discursos que legitiman y normalizan un orden político determinado. Gramsci hace sin embargo una precisión geográfica: esto no es así en “Oriente”⁶⁸, donde la sociedad civil es *gelatinosa* y el Estado en el sentido de *sociedad política* ostenta la primacía absoluta sobre la sociedad, a la que gobierna fundamentalmente por la coerción o “dominación pura”, y es así un centro de poder susceptible de asaltos directos. Pero en occidente, la política revolucionaria exige tener en cuenta que existen

⁶⁸ Gramsci manifiesta esta diferencia en los términos -claramente eurocéntricos- que siguen: “La cuestión se presenta para los Estados modernos, no para los países atrasados y para las colonias, donde aún están vigentes las formas que en otras partes han sido superadas y se han vuelto anacrónicas” (*Cuadernos*, V, p. 22). Aricó (1988) culpa atribuye a una recepción acrítica de este análisis en América Latina de no pocos reduccionismos que condujeron a “aventuras políticas” de trágico final para la izquierda latinoamericana.

“(…) Estados más avanzados, donde la “sociedad civil” se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las “irrupciones” catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etcétera); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna (...) ni las tropas asaltantes, por efecto de la crisis se organizan fulminantemente en el tiempo y en el espacio, ni mucho menos adquieren un espíritu agresivo; a su vez los asaltados no se desmoralizan ni abandonan las defensas, aunque se encuentren entre ruinas, ni pierden la confianza en su propia fuerza y en el futuro” (Gramsci, *Cuadernos*, V, p. 62).

Esta metáfora bélica, que dibuja en paralelo las modificaciones históricas de comienzos del siglo XX en “el arte de la guerra” y en el de la política”, no es casual. Con ella se expresa que, en última instancia, la lucha cultural es una lucha política presidida por el antagonismo, y que no tiene nada de espontánea sino que necesita de una enorme capacidad de organización y movilización (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 106). Esta lucha es la llamada “guerra de posiciones” que pasa subsumir a la “Guerra de movimiento” como un momento más dentro de una evolución más larga, habitualmente como su *última ratio*.

De esta forma, la diferencia estriba en que la “guerra de movimiento” es “un asalto coercitivo al aparato principal de poder mientras, por contraste, la guerra de posición indicaba una serie prolongada de ataques sobre otras defensas” (Martin, 1998: 95). Estas otras defensas son, en Gramsci, la sociedad civil, los aparatos productores de consenso, *todas las instituciones de la sociedad civil que tienen alguna conexión con la elaboración y difusión de la cultura* (Bobbio, 1979: 40). Estas “posiciones” deben ser conquistados por todo grupo social que aspire al poder antes incluso que detentar el control del aparato coercitivo estatal, haciéndose así dirigente para devenir después dominante (Gramsci *Cuadernos*, V p. 387).

José Aricó lo expresa así en el contexto latinoamericano: “Para el proletariado la conquista del poder no puede consistir simplemente en la conquista de los órganos de coerción (aparato burocrático-militar) sino también y *previamente* en la conquista de las masas” (Aricó, 1988: 19).

Esta afirmación descarta las pretensiones de entender la “guerra de posiciones” como un sinónimo de “acumulación de fuerzas” que legitime el inmovilismo político –tal y como podría interpretarse la lectura que el Partido Comunista Italiano realizó de Gramsci después de la liberación- pero también como la confianza del cambio social exclusivamente a un proceso

prolongado de transformaciones dirigidas desde el Estado, tras haber sido asaltado este, en la ortodoxia leninista. Ahmet Öncü, en su artículo “Dictatorship Plus Hegemony: A Gramscian Analysis of the Turkish State” (2003) ofrece un buen ejemplo de esta segunda lectura de Gramsci, en la que la “hegemonía” se entiende como la conquista del Estado y el conjunto de sus instituciones (Öncü, 2003: 322), concreción de la *traducción* de la supremacía económica al plano político (Öncü, 2003: 324). Este tipo de análisis deja escaso espacio para la articulación discursiva, que juega un papel de mera “arma arrojadiza” en el análisis, herramienta de alineamientos producidos en otro lugar, a menudo un plano estructural económico representado como anterior a la ideología.

Cuando Gramsci afirma que “(...) la guerra de posiciones en política corresponde al concepto de hegemonía” (Gramsci, *Cuadernos*, III, p. 244) está ofreciendo una definición de la política como la lucha por articular mayorías sociales en torno a discursos determinados que representan en un sentido o en otro las relaciones sociales existentes, e invitan a conservarlas o a modificarlas/subvertirlas (Hall, 1996a: 426-427).

No obstante, ésta es una confrontación que no se da en el vacío, sino que se libra por hacer inteligibles las condiciones de partida de las fuerzas sociales. No conviene olvidar que Gramsci afirma repetidamente la hegemonía dirime dominios de clase o sectores sociales, asociados a determinados sectores de la economía.

Así, Motta muestra en su artículo (2008) la crucial labor del Partido Socialista Chileno en la generalización del consenso en torno a las políticas neoliberales en el período democrático, y a la desarticulación de los núcleos de disenso. En el mismo sentido, Peet demuestra, en una aplicación de Gramsci a la geografía política y económica cómo los complejos “Académicos-Institucionales-Mediáticos” globales fueron capaces de persuadir al Congreso Nacional Africano, en la Sudáfrica postapartheid, de que el camino al desarrollo era la desregulación financiera, la privatización de empresas claves de la economía nacional y la orientación del aparato productivo hacia la exportación de mercancías semielaboradas de bajo valor añadido (Peet, 2002).

Un grupo social determinado, por tanto, es hegemónico cuando es capaz de presentar su dominación como de interés para el conjunto de la sociedad, a la que hace avanzar con su propio avance. Ésta es la unidad fraguada en torno al bloque histórico. Sin embargo esta

conformación puede entrar en crisis cuando se resquebraja la supremacía intelectual de los dominantes o su posición en el aparato económico. Cuando ambos fenómenos se dan al mismo tiempo, sucede una “crisis orgánica”, que puede haber sido provocada por el fracaso de la clase dominante en algún proyecto de envergadura para el que haya movilizado amplias capas de la población –reformas económicas estructurales, guerras, etc.- o por la movilización masiva, inédita y consciente de grupos sociales antes pasivos (Gramsci, *Cuadernos*, V, p.41).

En estos momentos el grupo dominante ya no es más “dirigente” sino que se limita a emplear la pura fuerza coercitiva, puesto que no puede construir consenso social en torno a su liderazgo: “esto significa precisamente que las grandes masas se han separado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían” (Gramsci, *Cuadernos*, II, p. 37). Se abre por tanto un tiempo de gran “dislocación” y disgregación, fértil para las transformaciones sociales: “La crisis consiste en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados” (Íbidem).

Este “horizonte de oportunidad” se cierra parcialmente cuando los dominantes eliminan a las élites de los subalternos y dispersan sus fuerzas a través de transformaciones sociales controladas, o éstos construyen una nueva hegemonía (Gramsci, *Cuadernos*, V, p.41).

1.5 Formas de política hegemónica: revolución pasiva y hegemonía expansiva

La construcción de hegemonía se produce por dos medios fundamentales: la “revolución pasiva” o la “hegemonía expansiva”. Este es uno de los aspectos más complejos y estudiados de la obra de Gramsci. Para resumir las dos formas de hegemonía, me baso en los trabajos de Mouffe (1979), Torfing (1999) y Motta (2008).

- La **revolución pasiva** es predominantemente una restauración por la fuerza hegemónica en crisis, que asume parte de las demandas de los subalternos en forma restringida y aísla otras, y coopta a sus intelectuales -“transformismo”- separándolos de su medio político y social (Torfing, 1999: 111-112). El objetivo es construir un consenso pasivo que neutralice y disgregue las fuerzas políticas antagonistas (Mouffe, 1979: 182). Aprovechando la falta de iniciativa de las clases subalternas, el Estado les

“expropia” sus reivindicaciones y las realiza parcialmente (Buci-Glucksman 1978: 208-209), sustituyendo así momentáneamente al grupo dominante en crisis: “el Estado absorbe y domina la sociedad civil, incapaz de construir una hegemonía refundacional y por tanto sujeta a fragilidad y crisis potenciales” (Gramsci, 1971: 244)⁶⁹. Motta ofrece el ejemplo de la dictadura pinochetista en Chile como un momento “cesarista” de revolución pasiva, por la cual el Estado, con el grado de burocratización y militarización que preveía Gramsci, descabeza a las clases subalternas y pone en marcha ambiciosas reformas que reordenan la sociedad y que la hegemonía en crisis no podría desplegar sin el apoyo de la coerción generalizada; en el caso Chileno, el neoliberalismo (Motta, 2008). Muchos otros autores han caracterizado de la misma forma las reformas políticas neoliberales, sin necesidad de la intervención de Estados autoritarios (Simon, 1982; Peet, 2002; Chang, 2002; Kurtz, 2004; Kohl y Farthing, 2006). Abdurazack Karriem ofrece el ejemplo de la reforma agraria brasileña como “modernización conservadora” (2009: 318).

Para Gramsci, el transformismo o revolución pasiva es la estrategia defensiva de la burguesía en tiempos de crisis, mientras que la hegemonía expansiva sólo puede pertenecer al proletariado, pues es la única fuerza social cuyos intereses particulares coinciden con el fin de toda forma de explotación (Mouffe, 1979: 183). Siguiendo a Laclau y Mouffe (1985), Torfing (1999: 112) demuestra, empleando los ejemplos de Margaret Thatcher en Inglaterra y Bill Clinton en Estados Unidos, cómo la “revolución pasiva” y la “hegemonía expansiva” son dos operaciones que corresponden a momentos de restauración y ofensiva respectivamente, y que pueden y de hecho han sido empleados indistintamente por diferentes fuerzas políticas, algunas sin una identidad de clase explícita. Torfing es particularmente audaz al señalar que, como se verá en seguida, tanto la revolución pasiva como la hegemonía expansiva tienen elementos de cambio y elementos de restauración o integración de lo existente. Lo que difiere es cual es la operación que prima en cada una de las dos.

- La “**hegemonía expansiva**”, que Sassoon (1982: 145) califica de “antipasiva”, suele tener un carácter de Revolución. Significa, en clave ofensiva, una operación de generación de un consenso activo que moviliza a las masas para transformar el orden

⁶⁹ Citado en Motta (2008: 308).

existente. Se trata de la agrupación de diferentes demandas en un solo proyecto que las satisfaga o amortigüe las contradicciones entre ellas, generando así una nueva *voluntad colectiva* (Mouffe, 1979: 183). La formación de una hegemonía expansiva, dicen Laclau y Mouffe (1985: 141) es siempre una operación discursiva *metonímica* por la que la parte pasa a representar al todo. Para ello es necesario que, partiendo de una cierta contigüidad entre los elementos discursivos, se produzca un desplazamiento de significados. Gilian Haart (2008) ofrece un ejemplo sólido cuando explica que la capacidad del Congreso Nacional Africano para integrar demandas a veces contradictorias, y mantener el consenso social entre unas clases populares duramente golpeadas por las reformas neoliberales, deriva de su desplazamiento metonímico de los significantes “liberación” y “nación”, de los que ha pasado a ser representante, logrando así la hegemonía.

Torfinng (1999: 113) ofrece por su parte el ejemplo de la actuación de los fundamentalistas islámicos tras el terremoto de El Cairo en 1992, cuando pusieron en marcha un sistema de ayuda y solidaridad más eficaz que el del gobierno. Construyeron así, según Torfinng, un deslizamiento metonímico que si bien no identificó plenamente “Islam” a “ayuda social”, sí acercó de manera crucial ambos elementos, permitiendo a éstos presentarse como algo más que otro actor político en liza, en una posición ventajosa para la disputa hegemónica.

Motta define la hegemonía como la consecución del consenso de los subordinados a ser gobernados, conquistada por el grupo dirigente por medio de la cooptación, la desarticulación y la internalización de un sentido común que naturaliza la organización presente de las relaciones sociales (2008: 308) En esta tarea, el Estado juega un papel crucial, pues es:

“Todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominación, sino que consigue ganar el consenso activo de aquellos sobre los que gobierna” (Gramsci, 1971: 244).⁷⁰

Que el Estado sea el principal aparato reproductor de hegemonía no significa, sin embargo, que la construcción de ésta pueda equipararse a la toma de aquel. La hegemonía, para

⁷⁰ Citado en Motta (2008: 308)

mantenerse, se debe reproducir en y por el Estado, pero su nacimiento insustituible ocurre en la sociedad civil.

El concepto de “guerra de posiciones” analizado antes, ya deja claro que, en la concepción gramsciana, la sociedad civil es la esfera de la lucha por la hegemonía. Detentar el poder estatal, la “dominación”, puede reforzar la hegemonía y ayudar a reproducirla, pero no puede sustituir la operación ideológica fundamental en que consiste la hegemonía, por la que una clase social “fundamental” presenta su liderazgo “como la fuerza motora o la expansión universal del desarrollo de todas las energías nacionales” (Gramsci, 1971: 182)⁷¹. Es entonces cuando el Estado, “en su sentido integral” es “igual a la sociedad política más la sociedad civil, es decir, la hegemonía reforzada por la coerción” (Gramsci, 1971b: 178).

De nuevo Motta, en su estudio sobre el rol del Partido Socialista de Chile en la construcción de la hegemonía neoliberal, expone claramente la diferencia entre el uso del Estado como productor de “aceptación pasiva” y la construcción hegemónica que implica el consenso de los subalternos:

“El PSCh, con su vínculo central con los sectores populares y a centralidad política creciente en la coalición gubernamental, ha jugado un rol clave en mediar la transformación de un camino conflictiva de revolución pasiva hacia el neoliberalismo en los años 80, a un neoliberalismo estable y hegemónico en los años 90” (Motta, 2008: 209)⁷².

1.6 Construcción en lugar de suma: “Voluntad colectiva nacional- popular”

El elemento central de la hegemonía, por tanto, es el de la reunión de diferentes elementos en una construcción que los articula y modifica: “un consenso activo, una “voluntad colectiva” cuya unidad trascienda las identidades particulares de sus partes constituyentes” (Martín, 1998: 161)⁷³.

⁷¹ Citado en Motta (2008: 308)

⁷² Traducción propia.

⁷³ Traducción propia.

No parece haber dudas significativas y sí un acuerdo generalizado en la bibliografía especializada a este respecto, tal y como aparece en Mouffe (1979), Morera (1990), Torfing(1999), Sassoon (2001) y Morton (2007).

A esta totalidad Gramsci la denomina “voluntad colectiva nacional popular”, señalando que ambos términos son prácticamente sinónimos en diferentes idiomas, como en el francés, donde ambos adquieren una significación asociada a la soberanía (Gramsci, *Cuadernos VI*, p. 42).

“El moderno Príncipe debe y no puede dejar de ser el pregonero y organizador de una reforma intelectual y moral, lo que además significa crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y *total* de civilización moderna” (Gramsci, *Cuadernos V*, p. 17)⁷⁴.

Jessop y Sum realizan una importante matización sobre esa construcción de una nueva “totalidad”, advirtiendo de los peligros de darla por finalizada. Para ellos:

“Una *voluntad popular colectiva* nunca puede ser completa porque siempre hay fuerzas excluidas o marginadas que constituyen una reserva permanente de resistencia y un potencial permanente para el desarrollo de contrahegemonía en diferentes escalas y sitios” (Jessop y Sum, 2006: 173).

Por esta razón, afirma Hall que

“la hegemonía cultural nunca es una victoria pura o una dominación pura...nunca es un juego cultural de suma cero; tiene que ver siempre con el balance de poder en las relaciones cultural; tiene siempre que ver con cambiar las disposiciones y las configuraciones del poder cultural, no con salir de él” (1996b: 468).

Hall apunta dos elementos fundamentales: que la hegemonía nunca es completa y siempre es contestada, y que no hay elementos que queden fuera de lo que él llama “poder cultural”, que también se puede entender por la lucha por la atribución de sentido político y la articulación y desarticulación de alianzas: la confrontación discursiva.

⁷⁴ Énfasis añadido.

Gramsci destaca el último elemento necesario para una definición amplia de la hegemonía: la inclusión de los intereses de los dominados. La hegemonía se trata entonces de un liderazgo intelectual y moral capaz de gestionar el

“Continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (...) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo” (Gramsci, *Cuadernos V*, p. 37).

1.5.1 La constitución nacional del “pueblo” en Gramsci

La capacidad de ser hegemónico depende de la capacidad de representar una totalidad, o de reclamar la legitimidad de hablar en su nombre. Esa “totalidad” puede ser, en abstracto, nombrada de muchas formas. Pero en términos políticos reales está histórica y geográficamente determinada. En la modernidad de cuño europeo, los sistemas políticos están contruidos sobre mitos que se asientan en la voluntad “del pueblo”, que tiene siempre una encarnación estatal-nacional: coincide con unos límites fronterizos determinados, tiene una apariencia física y habla una lengua determinada, tiene, en fin, tradiciones sedimentadas por una historia siempre bajo intento de ser confinada a los límites estatal nacionales. Esta operación, de representar al Estado como el contenedor de todos los fenómenos sociales y como la unidad geográfica “natural” en la que se divide el mundo⁷⁵ no está nunca completada, pero eso no la hace menos influyente en términos ideológicos. “El pueblo”, concebido frecuentemente en términos nacionales, es probablemente el sujeto más invocado de la historia política de la modernidad. No es desencaminado, por eso mismo, afirmar que quien es capaz de proclamarse su representante o de arrogarse su autoridad moral, tiene la mitad de la lucha ganada.

El análisis de los sistemas-mundo⁷⁶ tiene como uno de sus pilares epistemológicos centrales la defensa de la economía-mundo capitalista como la unidad de análisis privilegiada para el

⁷⁵ Para un análisis geográfico-político crítico con este “estadocentrismo” son recomendables los trabajos de John Agnew (2005) y (1998 [2005b]).

⁷⁶ En el epígrafe 8.3, dedicado al Estado neoliberal en Bolivia se puede encontrar una referencia de los postulados centrales de esta escuela, posteriormente aplicados a la problemática de la dinámica política en las sociedades periféricas.

estudio de los fenómenos sociales (Wallerstein, 1974 [1979]). Ésta premisa se basa en la verificación de que el funcionamiento del sistema-mundo responde a dinámicas que operan a escala mundial condicionando todas las otras “subescalas”, incluida la del Estado-nación, que es la forma política privilegiada de la modernidad capitalista, lo que ha originado no pocas contradicciones a los movimientos antisistémicos, que identificando al “enemigo” en clave sistémica-mundial, han tenido que construirse en territorios y escenarios políticos nacionales, y con el Estado como el límite geográfico donde existían instituciones políticas susceptibles de ser tomadas –por los votos o la Revolución (Iglesias, 2009).

Esta paradoja ha marcado de forma particular al movimiento obrero, uno de los principales –sino *el* principal- movimientos antisistémicos identificados por los teóricos de los sistemas-mundo, que ha sufrido algunas de sus peores crisis precisamente por la contradicción entre el internacionalismo que le constituía y su “nacionalización” política en coyunturas concretas⁷⁷. Gilian Hart (2008: 695-696) establece una comparación que puede ser útil en este punto. Defiende una convergencia –salvando las diferencias históricas evidentes- entre la comprensión de Antonio Gramsci y la de Frantz Fanon sobre la “cuestión nacional”. Ambos, según Hart, entienden que los oprimidos sólo se tornan hegemónicos “haciéndose nación”: “El error, que puede tener consecuencias muy serias, descansa en el deseo de saltarse el período nacional...La conciencia nacional (que no es nacionalismo) es lo único que nos dará dimensión internacional” (Fanon, 1963: 247)⁷⁸.

Esta afirmación de Fanon, se complementa con otra en la reivindica el paso del nacionalismo a la dotación de éste de un carácter marcado por las necesidades de las clases populares (1963: 204). Estamos entonces en la investidura de “los de abajo” de carácter nacional, en la operación hegemónica por la que, en Gramsci, la clase obrera pasa de defender sus intereses corporativos a hacerse universal construyendo una voluntad colectiva nacional-popular (Gramsci, *Cuadernos*, V, p.156). En el africano y en el europeo, la hegemonía de los sectores subalternos pasa necesariamente por –aunque no sea sólo- hacerse nación. Desde un enfoque teórico *a priori* no muy favorable a reconocer la centralidad de la cuestión nacional, Nigel Gibson (2003) ha llegado a una conclusión similar al hacer una lectura gramsciana de Fanon.

⁷⁷ Al respecto basta citar la polémica desatada tras la aprobación de los créditos de guerra para la Primera Guerra Mundial en el parlamento francés, con el apoyo del Partido Socialista, y las similares tensiones en la socialdemocracia alemana de la época. O, unas décadas después, las contradicciones en que los partidos comunistas y socialistas europeos incurrían al confrontarse con la cuestión colonial.

⁷⁸ Citado en Hart, 2008: 695; Traducción propia.

No resulta entonces tan extraña la provocadora afirmación de Sekyi-Out: “Tan sorprendentemente similares son los idiomas y programas de Gramsci y de Fanon –por no decir de sus conceptos de apoyo- que estoy tentado de llamar a Gramsci un fanonista precoz” (1996: 118).

Existe, en cualquier caso, una similitud más entre las obras de Gramsci y Fanon. Este último, en *Los Condenados de la Tierra* (1999), defiende una construcción política de la identidad del colonizado, en la que la violencia contra el colonizador y su mundo (Fanon, 1999: 85) juega un papel cristizador fundamental de constitución y agregación, de formación de “pueblo”.

En comparación con los sujetos populares de clase protagónicos en la historia política del norte, en el “sur global”, según Hart, el protagonismo en los procesos de cambio social siempre ha correspondido a “movimientos nacional-populares mucho más heterogéneos” (Hart, 2008: 694).

Más allá de la discutible comparación, es innegable que una parte fundamental de la aportación de Gramsci al pensamiento político marxista es su llamada a tener en cuenta las “particularidades” nacionales, la cultura propia del lugar, las instituciones políticas específicas, la conformación de la sociedad civil, para evitar caer así en el *economicismo* (Gramsci, Cuadernos, IV, p.126; Grossberg, 1996: 21; Gibson-Graham,1996). En este sentido se puede decir que Gramsci, al hacer aterrizar el comunismo en Europa occidental, es el teórico de la “nacionalización” del movimiento obrero, el que más y mejor estudia las condiciones nacionales y deriva de ellas enseñanzas prácticas⁷⁹: “Gramsci vio lo nacional-popular como un espacio crucial para el conflicto democrático que implicaba conjuntos complejos de relaciones entre el Estado y la sociedad civil” (Hall, 1996a: 434).

Sin abandonar el internacionalismo, Gramsci se niega a la división binaria, que califica despectivamente de *cosmopolitismo* (Gramsci, *Cuadernos*, II, p. 49), y defiende que el proletariado, para emanciparse internacionalmente, tiene que llegar a convertirse en clase hegemónica nacionalmente. Esto es, el proletariado se alza con la victoria política cuando es

⁷⁹ No es casualidad que uno de los más desarrollados –para la fragmentación general- estudios de la obra de Gramsci sea el dedicado a la “Cuestión Meridional”. Ver: “Algunos temas de la cuestión meridional” (Gramsci, 1974: 192-200) y “La Italia meridional”, en (Gramsci, 1974: 285-286). También los textos dedicados al *Risorgimento* italiano: “El problema de la dirección política en la formación y desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia” (Íbid, pp. 485-488).

capaz de presentarse como la fuerza social y política que mejor resume, expresa y hace avanzar al conjunto cultural y político nacional en el que se mueve: cuando *hegemoniza* la nación.

En un contexto muy diferente⁸⁰, Frantz Fanon defiende en “Los condenados de la Tierra” (1963), la primacía de la cuestión nacional para las masas explotadas de los países colonizados. Aunque advierte contra los peligros que tras la consecución de la independencia esperan a las clase subalternas (1963: 169-171) mantiene al mismo tiempo la necesidad primera para éstos de construir nación, como primer paso para la emancipación social y la emancipación de los lazos económicos de dependencia y explotación que sobreviven a las independencias “formales” (1963: 204). En este punto Fanon entronca con los autores de los análisis “dependentistas” (Bagú, 1949; Cardoso y Felto, 1969; Gunder Frank, 1979; Sweezy, 1942 [1991]) y, posteriormente, con los investigadores del desarrollo desigual y la producción espacial del capitalismo (Mandel, 1978; Harvey, 2003, 2007; Wallerstein, 1984 [2004]).

Son innegables las críticas de numerosos autores al “soberanismo” (Hardt, y Negri, 2000; Sassen, 2001; Negri y Hardt, 2004). Tanto como las limitaciones evidentes que para la regulación estatal de los flujos sociales suponen el desarrollo de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (Rheingold, 2004) y los procesos de globalización capitalista, que plantean problemas difíciles cuando no imposibles de resolver en la escala estatal-nacional: los flujos migratorios o el cambio climático por nombrar sólo los más evidentes (Sassen, 2003; Mezzadra, 2005, 2008; Sousa Santos, 2005). Estas transformaciones ponen en discusión la capacidad material de los estados para gobernar, y la pertinencia del marco “nacional” para la construcción de movilizaciones políticas que hagan frente a unos retos situados en una escala global. Pero no disminuyen la importancia de la vida política

⁸⁰ Fanon Frantz Fanon (1925-1961) nació en la Isla de Martinica, colonia francesa. Como combatiente en las fuerzas de liberación francesas, Fanon vive la II Guerra Mundial en Europa, antes de ser apartado de las tropas que avanzan hacia el norte de Francia y Alemania, por su piel negra. Esta experiencia está magníficamente narrada en la película francesa “Indigènes”.

La comprensión de que la colonización es también una dominación cultural basada en la adopción por parte de los dominados de los valores de los dominadores, le lleva a escribir en 1952 “Piel Negra, Máscaras Blancas”. Poco después llegó a Argelia a trabajar como psiquiatra, donde en contacto con independentistas víctimas de tortura, entra en contacto con el Frente de Liberación Nacional, del que llegará a ser uno de los máximos dirigentes. Las obras de Fanon se vuelven entonces nítidamente políticas (“Los condenados de la tierra”; “Escritos por la revolución africana”), en favor de la causa de la liberación de los pueblos colonizados, no sólo en términos políticos sino, principalmente, como emancipación de las categorías culturales y los prejuicios extendidos por los colonizadores.

Fanon es hoy reconocido como predecesor de los estudios poscoloniales y la problematización de la relación entre raza, nación y clase. Es también un teórico destacado de la negritud y la resistencia negra, y de la violencia política.

“nacional” en la opinión pública de la mayoría de la población, ni mucho menos la importancia de las identidades políticas “populares” que, a falta de la emergencia de algo distinto, se siguen conformando de manera prioritaria en términos nacionales⁸¹.

En cualquier caso, ésta es una discusión geopolítica de demasiado calado como para zanjarla aquí. El objeto de esta reflexión es, exclusivamente, discernir la capacidad material estatal-nacional de la importancia discursiva de los marcos y relatos nacionales para la conformación de hegemonías.

La comparación de Hart es útil, cuando menos, para señalar la primacía que ha tenido la cuestión nacional en la construcción de los más diversos regímenes hegemónicos.

Más adelante me ocuparé en detalle del significado y el recorrido histórico de lo nacional-popular en América Latina. Por ahora basta con establecer la aseveración de que los grupos, las clases sociales, se hacen hegemónicas cuando *se vuelven* pueblo.

Tras este examen de los planteamientos centrales del pensamiento político gramsciano, se puede desentrañar el concepto de hegemonía.

1.6 Síntesis del modelo teórico

La revisión de los componentes fundamentales del pensamiento político gramsciano permite ahora deducir los componentes fundamentales de la hegemonía:

1. **Dislocación**, en el sentido de heterogeneidad y desagregación de elementos y sectores sociales, que abre la posibilidad de la articulación en torno a diferentes proyectos. La dislocación está directamente relacionada con el antagonismo, que divide la sociedad –sea en

⁸¹ Pese a la irrefutabilidad de las tesis sobre la decadencia objetiva de la capacidad de regulación de los estados nacionales los movimientos antisistémicos –en términos de Wallerstein- con capacidad desestabilizadora de los regímenes políticos a los que se enfrentan –y no sólo con capacidad de ver satisfechas demandas parciales sin alterar sustancialmente la capacidad de gobierno del grupo dominante- se constituyen siempre en clave “nacional”, como la encarnación de una comunidad política que, explícita o implícitamente, tiene unos límites nacionales. Los ejemplos de la izquierda latinoamericana y sus éxitos vinculados a la construcción de movimientos nacional-populares son evidentes. En el Estado español, parece difícil de discutir que las únicas izquierdas no sistémicas, en el sentido de contrarias al pacto fundacional de la Constitución de 1978, que han sobrevivido con una cierta implantación territorial y base social, son las que se han vinculado –y así han construido o reforzado- a identidades nacionales periféricas.

clases, como en Gramsci o en innumerables identidades politizables todas ellas, como en Laclau y Mouffe- y hace posible y necesaria la actividad hegemónica que aspire a restablecer la unidad social por encima del conflicto. Esta tensión permanente por superar el conflicto que está en su razón de ser es constitutiva de la hegemonía.

También es necesario que, en el nivel ideológico, haya un cierto vacío en torno a referentes centrales para una sociedad, que sean susceptibles de ser “ocupados” por una operación hegemónica.

2. **Articulación** en la que se produce el paso de lo particular (conciencia “económico-corporativa”) a lo universal (“ético-político”), y la representación de los intereses parciales como intereses generales, en un modo que renueva el campo político y que por tanto va más allá de la mera “manipulación”, construyendo una nueva “voluntad colectiva nacional popular”. La articulación significa siempre liderazgo, pero el liderazgo no implica necesariamente la articulación.

3. **Integración parcial** de los grupos subordinados en el proyecto del grupo dirigente, que permite la movilización de los primeros o, al menos, la neutralización de los disidentes a su interior. Se complementa con el aislamiento y/o la represión de los grupos subalternos contruidos como antagonistas. Esta integración no es solo “funcional”, sino que sucede también con las ideas de los subordinados, en una operación permanente que mantiene siempre abierta la lucha hegemónica.

4. **Condiciones de posibilidad** que determinan qué fuerza social o grupo puede aspirar con éxito a la hegemonía. Gramsci no deja lugar a dudas sobre el carácter de clase de toda hegemonía, pero estas “condiciones” evitan que una teoría de la hegemonía se mueva “en el vacío” o caiga en una suerte de idealismo discursivo por el cual cualquier grupo puede lograr la hegemonía si se lo propone y realiza correctamente las operaciones de articulación –que a su vez y tautológicamente se sabe que han sido correctas sólo cuando ese grupo es ya hegemónico. Las condiciones de posibilidad –históricas, económicas, militares, etc.- permiten comprender por qué proyectos similares cosechan resultados tan dispares en diferentes países o momentos históricos -como en las insurrecciones “bolcheviques” rusa y alemana a comienzos de siglo XX, o, a la inversa, cómo pese a su torpeza política hay actores que detentan una fuerza considerable, si bien no exitosa, en condiciones muy favorecedoras para ellos –como en la primacía de las distintas élites políticas en Europa respaldadas por un fuerte

entramado mediático-institucional, pese a la desafección creciente de la ciudadanía europea expresada en altísimos niveles de abstención y en una explícita y generalizada actitud de desconfianza o rechazo hacia “los políticos”.

Permítase que, a modo de verificación, se pruebe la centralidad de estos cuatro elementos, buscándolos en el que es quizás uno de los párrafos más conocidos de la obra fragmentada de Gramsci, el llamado “Análisis de situaciones y relaciones de fuerza. En él, se refiere a la hegemonía como el momento superior de desarrollo de una fuerza social en estos términos:

“(…) aquél en que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados **(3)**. Ésta es la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en “partido”, entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por todo el área social, determinando, además de la unidad **(1)** de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano “universal”**(2)**, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental **(4)** sobre una serie de grupos subordinados” (Gramsci, *Cuadernos V*, pp. 36-37).

- (1)** El elemento primero, la dislocación, es la condición de partida implícita en el párrafo. Cuando se dice que una ideología o grupo de ideologías determina “la unidad de los fines económicos y políticos” y la unidad “intelectual y moral” es porque se parte de la ausencia de tal unidad: de la dislocación. En Gramsci, como resultado de una organización explotadora e irracional de la sociedad capitalista, que la divide en clases sociales.
- (2)** La ubicación de la lucha en un plano “universal” por oposición a uno “corporativo”, significa que el grupo que lidera es capaz de contextualizar “sus” aspiraciones particulares en un relato general que interpela a toda la sociedad o al menos a una mayoría significativa de ésta, construyendo en torno a estas una identidad común, una voluntad colectiva nueva.

- (3) Que los intereses de un grupo concreto se conviertan “en los intereses de otros grupos subordinados” implica siempre y de forma necesaria que éstos últimos perciban alguna satisfacción simbólica o material, presente o esperada en el futuro, por su compromiso bajo el liderazgo –sea éste percibido así o no- del grupo dirigente. La hegemonía no es una burda maniobra propagandística de manipulación porque efectivamente implica que un grupo se postula como conductor de muchos otros y éstos perciben que, en el nuevo orden, reciben recompensas que merecen los esfuerzos para la subversión del existente. Esta es una operación que puede durar mucho más tiempo que la mera práctica del “engaño” político.
- (4) La caracterización de un grupo social como “*fundamental*” no es en Gramsci un sinónimo de hegemónico ni de dominante o dirigente. Es una referencia a un papel que juega ya, de facto, en el terreno de la economía. En virtud de esta posición “fundamental” un grupo puede postularse metafóricamente como el portador del avance de toda la sociedad, pues algo de eso ya está en práctica en las relaciones de producción. Además, pese a que pueda ser políticamente subalterno, un grupo social “fundamental” extrae su fuerza de recursos materiales y simbólicos derivados de su número, su cohesión interna, sus recursos materiales o su inserción en el tejido social del territorio en cuestión.

Comprobada la centralidad de estos elementos, puede apuntarse con ellos ahora una definición tentativa de la hegemonía en Gramsci:

La actividad hegemónica es aquella por la cual un grupo social con la capacidad material y simbólica necesaria interviene en un contexto de dislocación y heterogeneidad articulando diferentes sectores en una nueva “voluntad colectiva” que, representando sus intereses de grupo, integra en forma subordinada los intereses de grupos subalternos y es capaz de presentarse de forma plausible como un progreso universal de “la sociedad”.

Esta formulación no aspira a sustituir a las existentes, sino a hacer el concepto de “hegemonía”, tan sobreutilizado y sometido a disputas, operacionalizable para el análisis de un fenómeno político concreto: en este caso el conflicto regional en Bolivia bajo el primer gobierno de Evo Morales.

Sin pretensión de exhaustividad, los cuatro elementos de la formulación –Dislocación, Articulación, Integración y Condiciones de posibilidad- pueden funcionar como indicadores para examinar las luchas y las conformaciones hegemónicas, así como su grado de fortaleza y posibilidad de desarrollo.

Capítulo 2

Discurso y articulación

2.1 La crítica a la concepción de la ideología como epifenómeno

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe publicaron en 1985 “Hegemonía y estrategia socialista”. Con esta obra pretendían principalmente dos cosas: En primer lugar realizar una crítica profunda del marxismo que entendían como “esencialista”, para sacar el pensamiento político de izquierdas de la crisis de finales del siglo XX, que entendían en primer lugar como una crisis teórica; en segundo lugar, pretendían fundar una cierta “escuela” académica, en torno a sus elaboraciones de la *Discourse Theory*. Este epígrafe está dedicado al primer objetivo, y el siguiente dará cuenta del segundo.

Jules Townshend en su estudio sobre su obra, sintetiza muy bien el punto de partida de Laclau y Mouffe:

“El proyecto de Laclau y Mouffe en “Hegemonía y estrategia socialista nacía de una profunda insatisfacción teórica y política con el marxismo ortodoxo [que era] incapaz de desarrollar una teoría plausible de la ideología: la versión estructura/superestructura subestimaba hasta qué punto “todas” las relaciones sociales estaban ideológicamente constituidas, así como la diversidad y fuerza de las identidades políticas no de clase. [...] En lugar de ver los discursos y la construcción de identidades políticas como un epifenómeno de las relaciones de producción, Laclau y Mouffe los entendían como el resultado de luchas hegemónicas derivados de un antagonismo radicado en el corazón de todas las relaciones sociales contemporáneas” (Townshend, 2004: 270-271).

De esta forma, mientras el concepto de hegemonía, había supuesto para el pensamiento marxista una “válvula de escape” del esquema estructura/superestructura –similar a la del concepto de “autonomía relativa”- ellos pretendían erigir sobre él toda una teoría política (Laclau y Mouffe, 1985: 7-91). Para ello adoptaron un enfoque postestructuralista enriquecido

con el concepto foucaultiano de “discurso”⁸² para comprender el papel político central de los actos de nominación y las reglas de construcción de los discursos con pretensión de veracidad: “En toda sociedad la producción del discurso es [...] controlada, seleccionada, organizada y redistribuida de acuerdo con una serie de procedimientos, cuya función es evitar sus poderes y sus peligros. [...], para eludir su pesada, imponente materialidad (Foucault, 1972: 218)⁸³; y con el psicoanálisis de Lacan para comprender el antagonismo constitutivo de lo social por el deseo del individuo de alcanzar una “plenitud” que es siempre incompleta, puesto que para la construcción de toda identidad es necesario la oposición con respecto al “otro”, que siempre pone en duda así nuestra identidad (Lacan, 1977: 1-7).

La afirmación de que toda identidad política está construida discursivamente no implica necesariamente, para Laclau y Mouffe, negar cualquier “existencia objetiva” externa al pensamiento, pero sí afirmar con Heidegger que, a fin de cuentas, el mundo sólo puede ser conocido y dotado de significado por construcciones discursivas, puesto que una cosa es “la existencia” esencial de un objeto y otra “el ser” construido por las prácticas sociales de atribución de significado (Laclau y Mouffe, 1985: 108). De esta manera, una cosa es la existencia esférica de un objeto, por ejemplo, y otra muy distinta su “ser” como balón de fútbol, que es construido sólo por el discurso que le atribuye significado. Lo mismo sucedería en la política: aunque existen realidades extradiscursivas, éstas se “politizan” siempre y necesariamente a través del discurso. Éste es el sentido de la Teoría del Discurso de Laclau y Mouffe.

La concepción de la hegemonía de Gramsci, aún con su innovadora reivindicación de la importancia de la lucha por la interpretación cultural de los fenómenos sociales, se mueve dentro de los parámetros del marxismo. Por lo tanto, para él la hegemonía es un fenómeno de clase cuyos resultados dependen de la lucha política, pero se mueven necesariamente dentro de las condiciones fijadas por la posición de los distintos grupos sociales en la estructura productiva (Gramsci, *Cuadernos V*, p. 42).

⁸² El trabajo de Michel Foucault es extremadamente complejo y aborda diferentes áreas temáticas. En lo referente a las relaciones entre los actos del habla y el poder constituye evidentemente una línea de desarrollo propio, en la que ésta trabajo no incurre más que en la medida en que está presente en el marco teórico de Laclau y Mouffe y constituye una referencia obligada, especialmente en su concepción del discurso: Foucault (1972). Para una revisión general de su obra, ver Foucault (2000).

⁸³ Traducción propia.

Para Laclau y Mouffe, esto es un “residuo economicista” en el pensamiento gramsciano que, una vez eliminado, permite desarrollar plenamente su rica concepción de la hegemonía (Laclau, y Mouffe, 1985: 69), una vez abierta a la “contingencia” absoluta, despojada de cualquier limitación extradiscursiva:

“Evidentemente, la relación entre estas diferentes posiciones [del sujeto] está lejos de ser obvia y permanente; es más bien el resultado de construcciones políticas complejas que se basan en la totalidad de las relaciones sociales y que no pueden derivarse en forma unilateral de las relaciones de producción. [...] El concepto de “lucha de clases”, por ejemplo, no es correcto ni incorrecto-es, simplemente, completamente insuficiente como forma de dar cuenta de los conflictos sociales contemporáneos” (Laclau, 1985: 28-29).

La hegemonía en Laclau y Mouffe es una actividad de articulación que ocurre en un campo marcado por el antagonismo, pero sin más fronteras que las temporalmente fijadas por el choque de conformaciones discursivas:

“una práctica articuladora que instituye puntos nodales que anclan parcialmente el significado de lo social en un sistema organizado de diferencias. El sistema discursivo articulado por un proyecto hegemónico está delimitado por fronteras políticas específicas resultantes de la expansión de cadenas de equivalencia [el afuera constitutivo]” (Laclau y Mouffe, 1985: 137).

Esta práctica ya no se da necesariamente entre clases sociales, sino entre “identidades” que se constituyen en torno a “demandas” el proceso político. Diferentes grupos pueden “politizar” una identidad cualquiera entre la pluralidad inagotable de ellas, a través de su reivindicación de ésta como la central y su oposición a otra identidad. Este esfuerzo será tanto más exitoso cuanto más reconstruya el campo de identidades y demandas dispersas en torno a “su” demanda, en una lógica confrontacional:

“No hay posición de sujeto cuyos enlaces con los otros estén asegurados en forma permanente y, en consecuencia, no hay una identidad completamente adquirida que no está sujeta en mayor o menor grado a la acción de las prácticas articuladoras” (Laclau, 1985: 33).

El antagonismo social precede y hace posible la construcción política de identidades, que es totalmente contingente y, por tanto, siempre inestable. Por esa misma razón el conflicto puede

resignificarse o atenuarse con reglas, pero jamás cancelarse. No hay fin de la historia. Esta idea se basa en las teorías psicoanalíticas de Lacan (1977), y su afirmación de la imposibilidad de plenitud, de fijación y cierre absoluto, armónico y eterno de los significados y las identidades sociales –a menudo responsabilizando al “otro” de la plenitud no alcanzada, y autoconstituyéndose por ese mecanismo-, que conduce necesariamente a un campo de contingencia y, hasta cierto punto, antagonismo. Por eso afirma Torfing que “la hegemonía nos lleva del nivel indecible⁸⁴ de la apertura no- totalizable al nivel decidable del discurso” (Torfing, 1999: 102)⁸⁵

La intervención ético-política contingente es para Laclau y Mouffe la intervención de construcción hegemónica. De hecho, hegemonía en el sentido original de Gramsci es la articulación contingente de una pluralidad de intereses en una voluntad colectiva capaz de instituir un orden social determinado (Laclau y Mouffe, 1985: 137).

Es en este sentido que hegemonía y deconstrucción están estrechamente ligadas. La hegemonía produciendo certeza, agregando, y la deconstrucción mostrando la subjetividad y contingencia de cualquier articulación hegemónica (Torfing, 1999: 103).

La actividad hegemónica es impensable sin la ideología y su labor “metafórica” de representar lo universal desde lo particular. La conexión con la ideología es clara si atendemos a Ricoeur (1986) que la entiende como “la reivindicación de legitimidad”; legitimidad para hablar en nombre de la comunidad política, del pueblo, de la voluntad colectiva. Esta legitimidad es siempre una “fabricación cultural” (Ricoeur, 1986: 13).

La *Discourse Theory* se construye a partir de la crítica de la teoría marxista de la ideología. Si ha sido descrita como “posmarxista” es precisamente por su voluntad de problematizar las categorías marxistas y su aplicación para el análisis político. Este es el sentido de su reivindicación e interpretación “heterodoxa” de la teoría gramsciana de la hegemonía. Desde la escuela de la *Discourse Theory*, especialmente a través de los trabajos de Laclau, se ha

⁸⁴ “Indecible” (en inglés *undecidable*) significa aquí “éticamente indecible”. La contingencia política pura de Laclau y Mouffe –cercana al filósofo político Isaiah Berlin (2008)- niega ninguna determinación última de las identidades ni del contenido de las hegemonías, que depende plenamente de la lucha política, que no está regida por ninguna lógica externa. Por ello, no hay razones objetivas desde las que establecer la “justicia” o “verdad” de ninguna propuesta o causa (Laclau y Mouffe, 1985 cap. 3). Sobre Berlin, ver: García Guitián (2001) y Berlin (2008); Para esta investigación ha sido particularmente interesante el “Prólogo” de Berlin a *Reflexions sobre la violencia* de Geogre Sorel (1906 [2005]).

⁸⁵ Traducción propia.

agrupado la multitud de enfoques marxistas sobre la ideología, en dos concepciones principales, que a menudo se han presentado entrecruzadas.

La primera es la que entiende la ideología como un elemento del nivel superestructural de la totalidad social, mientras la segunda la entiende como “falsa conciencia” (Laclau, 1990: 89). Para la primera, es una manifestación superficial de fenómenos más profundos, cuyo sentido último se manifiesta sólo en la estructura económica. Gramsci se ubica en esta comprensión, si bien matizándola en el sentido de negar que el carácter “superestructural” de la ideología signifique que ésta es un fenómeno superficial: Afirma que estructura y superestructura funcionan como esqueleto y piel de la organización social, respectivamente, y alerta gráficamente sobre el riesgo de minusvalorar el papel de la ideología:

“Se diría un despropósito si se afirmase que el hombre se mantiene erecto sobre la piel y no sobre el esqueleto, y sin embargo esto no significa que la piel sea una cosa aparente e ilusoria, tanto es así que no es muy agradable la situación del hombre desollado” (Gramsci, *Cuadernos*, II, p.149).

Para la segunda, que es la concepción más simplista, la ideología es poco más que un “engaño”: el velo que es preciso rasgar para que las clases explotadas comprendan su verdadera posición en el sistema social. Laclau acusa a las dos visiones de estar enraizadas en una visión esencialista que representa a la sociedad como un “todo” estructurado, unitario y plenamente inteligible y disecable en categorías como “estructura” y “superestructura”. La crítica postestructuralista entiende, en una idea desarrollada por Derrida (1976) que toda construcción “total” está siempre superada por un exceso de sentido que no ha logrado capturar, por lo que la “unidad” absoluta es imposible. Laclau concreta esta postura en su aseveración de que, dado que la articulación está siempre basada en el antagonismo, el elemento “expulsado” como enemigo es siempre una falla en la unidad conseguida gracias –en oposición- a él (Laclau, 1995: 151).

También rechaza el concepto de agencia social que describe a un sujeto con “intereses objetivos” *a priori*, no políticamente contruidos, sobre los cuales puede juzgarse si su conciencia realmente existente es “real” o “falsa”. En el artículo “The Death and resurrection of the theory of ideology” (1996), citando a Zizek, Laclau argumenta con más fuerza que el problema con la teoría marxista de la ideología es que no reconoce que la realidad

extraideológica es siempre ideológica, pues no tenemos acceso a ningún elemento de la realidad más que a través de su construcción como forma discursiva en sistemas más o menos ideológicos. Si no existe un mundo real esencial exterior a la ideología, entonces no podemos “desenmascarar” las falsas formas de representación. (Laclau, 1996: 201-203). La teoría marxista de la ideología no sería desmontada por la muerte de la alienación, sino porque ésta reina.

Esto, lejos de descartar el concepto de ideología, significa la reivindicación de su importancia central para la hegemonía: la ideología es lo que permite a cualquier proyecto hegemónico efectuar una reducción dentro del infinito campo discursivo que le permita construir la “ficción” de una totalidad ordenada y transparente. La ideología entonces “es la voluntad de totalidad en cualquier discurso totalizante” (Laclau, 1990: 92). La operación de cierre es por tanto imposible, por la dislocación constitutiva que está en origen de toda articulación discursiva, y absolutamente necesaria, para anclar el sentido (Laclau, 1996: 205).

Este análisis permite a Laclau revelar la representación de la ideología como epifenómeno que expresa los intereses objetivos de clases, como operación ideológica del marxismo en sí misma. Lleva el sello ideológico de la totalización: la presentación de la realidad dispersa como una unidad cerrada y estructurada (Torfing, 1999: 114).

Para Laclau la ideología es siempre el esfuerzo de construcción de una forma discursiva que inscriba la realidad dislocada en un horizonte totalizador y universalista (1990: 61-65). En este punto se hace fundamental el papel del mito, que Laclau define como “un principio de lectura de una situación dada” (1990: 61). El mito, para ser exitoso, tiene que ser capaz de “suturar” la dislocación estructural posibilitando la constitución de un nuevo espacio de representación. Tiene un papel central para la hegemonía “formar una nueva objetividad a través de la rearticulación de elementos dislocados” (Laclau 1990: 61). Para ello tiene que incluir siempre una visión de la sociedad ideal, pero debe ir más allá del diseño de la “tierra prometida” y ser una metáfora de la totalidad ausente bloqueada e imposibilitada por las condiciones del presente, contra el que así llama a movilizarse. Como el mito es siempre anticipación de lo prometido (Laclau, 1990: 63), la ideología no tiene que concretar su sentido literal, sino abrir una superficie sobre la que se inscriban todas las demandas insatisfechas (Torfing, 1999: 115).

Cuando ninguna de las demandas inscritas en el mito se hace hegemónica en el sentido de que articula y representa a las demás, entonces sigue primando esa totalidad imaginada y prometida por la ideología. Estamos ante un imaginario social (Laclau, 1990: 63-64) que es el horizonte de sentido y condición de posibilidad para cualquier demanda o proyecto. Como ejemplos de imaginarios sociales se puede citar el “progreso” en la modernidad ilustrada o “la sociedad sin clases” en el movimiento obrero.

El mito y el imaginario social, en consecuencia, son las formas discursivas por las que opera la ideología. En ambos casos se trata de una intervención externa, política y parcial: un principio o particularidad que, aspirando a ser hegemónico, construye un intento de reducción y “totalización” de la realidad. Por eso mismo, todas las ideologías olvidan voluntariamente la contingencia, y afirman de una u otra forma principios preexistentes u objetivos que permitan “asegurar” o fijar definitivamente las identidades políticas que construyen, que no obstante son siempre limitadas y sometidas a permanente disputa (Torfing, 1999: 116). El nacionalismo con la identidad nacional, el marxismo con la pertenencia de clase o el indianismo con la condición étnica, son todos ejemplos de que la capacidad del mito ideológico para inscribir una pluralidad de demandas y movilizarlas en un sentido unitario es tanto mayor cuando más pueda sustraer de la lógica de la contingencia las identidades respectivas que construyen y en las que se basan. Es más fácil llamar a batirse por una identidad arraigada e indiscutida que por una que es el producto temporal, transitorio y hasta cierto punto arbitrario de las decisiones políticas hegemónicas. El ejemplo de la exacerbación de un nacionalismo naturalizado y mistificado en períodos bélicos es suficientemente claro al respecto. La corriente poscolonial de los *subaltern studies* llama a esta operación el “esencialismo estratégico” para lograr metas políticas (Spivak, 1990).

Se puede afirmar así, con Laclau, que las ideologías necesitan “esencializar” las identidades que ellas mismas construyen: llamarse “descubridoras” de principios preexistentes en lugar de “creadoras” de articulaciones puramente políticas (Laclau, 1994: 3). Esta posición es fundamental para entender el conflicto político y, lejos de desestimar la ideología como “puro invento” la reivindica como el terreno fundamental de lucha política.

Si la ideología presenta el mundo como un conjunto de esencias plenamente constituidas y niega que estas sean el resultado contingente de decisiones políticas tomadas en un terreno de imposibilidad de elección “objetiva” la “deconstrucción” (Derrida, 1976) subvierte estas

conformaciones discursivas y hace inteligibles las identidades políticas y las luchas por la hegemonía. Ésta es la aportación fundamental de la óptica postestructuralista de Laclau y Mouffe:

“La práctica política en una sociedad democrática no consiste en la defensa de los derechos de las identidades preconstituidas, sino más bien en la constitución de las identidades mismas en un terreno precario y siempre vulnerable” (Mouffe, 1995: 261).

En *The making of political identities* Laclau (1994) ofrece posiblemente su elaboración más acabada sobre su teoría de la contingencia de toda identidad política como terreno en el que se da la práctica hegemónica.

El fin de la Guerra Fría supuso un cambio fundamental en términos ideológicos, inaugurando una época caracterizada por la crisis de las ideologías “globalizadoras”: aquellas que se presentan y legitiman en tanto realizadoras de una tarea universal: Esta es la condición central de la posmodernidad. En ese relativo vacío, proliferan as identidades políticas particularistas y la sospecha de las “legitimidades históricas” de los macorrelatos de la modernidad. En esto, Laclau coincide con elaboraciones críticas como las de los estudios des-coloniales⁸⁶ (Quijano, 2000, 2000b; Mignolo, 2003).

No obstante, para Laclau, este vacío no elimina la pretensión de universalidad, sino que muestra de manera nítida el carácter contingente y precario de toda construcción ideológica de las identidades políticas que, no obstante, siguen siendo imprescindibles para articular la diversidad social (Laclau, 1994: 1).

En esta crisis de las categorías políticas tradicionales, se hace evidente que el sentido atribuido a éstas es sólo uno de los posibles: “una vez que la deconstrucción de esas categorías revela

⁸⁶ La mayor parte de mi conocimiento sobre los estudios descoloniales se lo debo a dos seminarios en la Universidad Complutense de Madrid. El primero, del 24 al 28 de julio 2006 dirigido por Heriberto Cairo y Pablo Iglesias: Fruto de aquellas fructíferas discusiones es el artículo “Devolviendo el balón a la cancha: Diálogos con Walter Mignolo” escrito con Iglesias y Espasandín (2008) dentro del libro *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial* de Heriberto Cairo y Walter Mignolo (Iglesias, Espasandín, y Errejón, 2008). Un año después, del 7 al 9 de mayo de 2007 gestioné, bajo la dirección de Heriberto Cairo, otro seminario sobre la relación entre Europa, la modernidad y la colonialidad, también en la UCM. Ver: <http://transform.eipcp.net/correspondence/1177677560> ó <http://waltermignolo.com/txt/PensamientoDecolonial-Madrid-Mayo2007.pdf>

plenamente los juegos de poder que gobiernan su estructuración real, se hacen posibles nuevos y más complejos movimientos político-hegemónicos en su interior” (Laclau, 1994: 2).

Sobreviene entonces una explosión de los relatos ideológicos que estructuraban la realidad social, que supone una situación de desorganización radical en la que existe la necesidad de un orden, que ya no puede ser asegurado por la idea de que ningún sujeto particular encarna necesariamente lo universal –como la burguesía portadora de la razón moderna, o la “clase universal” en Marx. Por eso “Cualquier identidad social [conlleva] necesariamente, como una de sus dimensiones, construcción, y no simplemente descubrimiento” (Laclau, 1994: 3).

La conciencia del carecer eminentemente político de toda identidad y la puesta en cuestión de los criterios de “veracidad”, significan entonces la centralidad del acto político “instituyente”. La hegemonía, como articulación discursiva contingente, deviene aún más importante, como el centro de la actividad política misma.

Slavoj Zizek revisa críticamente el concepto de ideología en Laclau, desde premisas teóricas muy próximas⁸⁷. Defiende que la ideología implica siempre una cierta confusión por parte de los sujetos pero no porque la ideología sea una falsa representación que reduce la realidad: en la sociedad actual, que califica de “postideológica”, muy pocos individuos confían plenamente en las verdades ideológicas. Lo que sucede es que, incluso desde una distancia irónica con respecto de ellas, se sigue actuando acorde con ellas. Es a lo que Zizek llama “la ilusión ideológica”, que opera no en el nivel del conocimiento, sino en el de la práctica, para la que sigue siendo guía. Ofrece los ejemplos del fetichismo de la mercancía por el cual el dinero sigue siendo usado como si fuese riqueza a pesar de que se sabe que es sólo la expresión simbólica de relaciones sociales, la existencia de dios o la legitimidad “natural” de los roles patriarcales (Zizek, 1989: 28-33).

De esta forma, la “fantasía ideológica” opera pese a que los individuos sean conscientes de la labor totalizante y reductora de la realidad de la ideología. Funciona entonces como “la última red de seguridad” de la ideología (Zizek, 1989: 126). Su fuerza radica, según Zizek asegura en

⁸⁷ Townshend ofrece un buen resumen de la convergencia inicial y el posterior alejamiento teórico progresivo de Laclau y Zizek (Townshend, 2008: 275-282).

términos freudianos⁸⁸, del “placer” que se obtiene actuando conforme a ella y evitando así confrontar el carácter imposible y antagonista de lo social, y culpar de este vacío a un enemigo que es construido como su encarnación (Lacan, 1977).

Hay toda una línea de evolución que mezcla la Teoría del discurso con la teoría del afecto en Lacan y del placer en Freud⁸⁹. Pese a sus aportaciones innovadoras desde la psicología a la ciencia política, se alejan del propósito de este trabajo. La reflexión de Žižek es en cambio de mucha utilidad para comprender por una parte el papel del “enemigo” en toda construcción hegemónica –explicado más adelante en el uso que Laclau hace del concepto de “afuera constitutivo”- y en el carácter que tiene que asumir una crítica de la ideología: De su análisis, Žižek tampoco deduce que entender una ideología sea sólo “desenmascarar” los intereses que actúan detrás suyo, sino que afirma la necesidad de comprender cómo toda ideología interpela, articula y moviliza elementos “no ideológicos” –no sometidos a la lucha por la apropiación del sentido- para fines ideológicos (Žižek, 1989: 125).

2.2 Entre lo universal y lo particular

El paso del particular al universal, no pudiendo estar sustentado por ninguna determinación a priori, por ninguna propiedad esencial de ningún sujeto, tiene que estar entonces en Laclau librado enteramente a la actividad político-discursiva. Cada vez que una particularidad es excluida y postulada como amenaza para todo un sistema de diferencias articuladas, se construye una relación universalista (Butler, J. Laclau, E. y Žižek, S. 2000).

Los movimientos de liberación nacional son capaces de reunir a una gran cantidad de grupos frente a gobiernos oligárquicos incapaces de integrar la gran mayoría de las demandas. La insatisfacción común permitirá articular a diferentes grupos *contra* el régimen. La universalidad se construye así, de forma contingente e “incompleta” al interior de la construcción antagónica, como una *universalidad relativa* (Laclau, 1995: 153). Lo universal

⁸⁸ De Sigmund Freud el libro más empleado por la escuela de Análisis de Discurso es *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921 [1985]). Mascha (2008) ofrece un ejemplo de empleo de las categorías de Sigmund Freud para el estudio de un fenómeno político, en su caso, la sátira política como contrahegemonía durante el ascenso fascista en Italia.

⁸⁹ Este uso es paradigmático en Žižek y su conceptualización del “placer” como el mecanismo fundamental que explica la adhesión a las fantasías ideológicas incluso a sabiendas de su carácter mistificador y simplificador de la realidad social (Žižek, 1989, 1990 y 2007).

del “pueblo”, así, lo constituye la oligarquía, responsable de la unidad inalcanzada pero afuera constitutivo que permite la unidad realmente existente.

No es una universalidad obtenida desde un principio incondicional ni a priori, sino que no puede existir sin, ni antes de, el sistema de equivalencia del que procede. Invoca una causa común pero no tiene contenido positivo fuera de su articulación relacional es sólo “un lugar vacío unificando un conjunto de demandas *equivalentiales*” (Laclau, 1995: 155). El contenido de este “lugar vacío” depende de las luchas políticas entre los grupos articulados en la cadena. La identidad particular que consigue llenar ese universal es la hegemónica. No se trata de un mero acuerdo táctico de suma de fuerzas ni de una imposición vanguardista: Laclau reivindica el sentido gramsciano de la hegemonía como construcción nueva de una voluntad colectiva que supera la suma de las partes que la constituyen (Laclau, 1994b: 174-175)⁹⁰.

La relación entre particularidad y universalidad resulta circular y política: es a través de las luchas por la hegemonía que se fija el contenido de lo universal, a través de la universalización de unas demandas y la marginalización de otras (Torfing, 1999: 175).

Sin embargo, para la construcción de esa “universalidad relativa” se requiere algo más que una diferencia, que podría ser reintegrada a la cadena disolviendo así la frontera. Los *significantes vacíos* no son ni significantes equívocos asociados a diferentes contenidos en diferentes contextos, ni “significantes flotantes” asociados simultáneamente a diferentes sentidos en pugna. Son significantes no asociados a ningún significado particular debido el incesante deslizarse de significados que lo sobrecargan, que terminan por vaciarlo (Laclau, 1994b: 167). Conceptos como “pueblo”, “nación”, “orden”, “liberación” o “unidad” pueden significar prácticamente cualquier construcción política, por eso son más bien *nombres* que conceptos puesto que crean y no sólo describen⁹¹. Estos nombres son así puramente neutros, y su contenido depende de qué grupo social los dote de sentido.

Por esta razón, para que un grupo social se vuelva hegemónico, debe ser capaz de trascender una perspectiva corporativista, y presentar su particularidad como la encarnación de ese significativo vacío que refiere a la universalidad ausente (Laclau, 1994b: 176) Como decía

⁹⁰ Citado en Torfing (1999: 175)

⁹¹ Sobre el tránsito del concepto al nombre en los actos discursivos me he ocupado en el epígrafe dedicado al “Discurso”.

Gramsci, presentarse como el que persigue y hace avanzar efectivamente objetivos generales compartidos por una mayoría de la sociedad.

En Bolivia, como veremos más adelante, mucho tiempo después de desarticulada la mayor parte de la minería, los líderes sindicales marchan aún con cascos de minero, que se han convertido en poderosos símbolos de una clase obrera industrial que un día fue capaz de vincular de modo estrecho sus intereses “particulares” con el bienestar general de las mayorías empobrecidas del país.

No obstante, la fuerza hegemónica que es capaz de posicionar su proyecto concreto como la más fiel realización del significante vacío, paga el precio relativo de perder parte de su identidad: la función de universalidad transforma y difumina el contenido “puro” de esa particularidad elevada para que pueda convertirse en una superficie de inscripción de – idealmente–todas las demandas políticas. Esta es la condición de “partición” del agente hegemónico de la que habla Laclau (1994b: 177) cuando analiza la conversión de los partidos socialdemócratas de partidos “sectarios y marginales” a partidos “popular-democráticos” que dejaron de interpelar sólo a la clase obrera para hacerlo al “pueblo” en nombre de la justicia social. En su opinión, gracias a eso se hicieron fuerza hegemónica, pero al precio de vaciar términos como “lucha de clases” o “socialismo”, que produjo la división del movimiento socialdemócrata y el surgimiento de los partidos comunistas, más comprometidos con la identidad particular que se estaba difuminando. El análisis sobre el desarrollo del movimiento obrero y de la socialdemocracia europea es más que discutible, pues no tiene suficientemente en cuenta, precisamente en el terreno de la lucha hegemónica, decisiones estratégicas de las organizaciones del movimiento obrero que acabaron generando sucesivas fracturas ideológicas históricas–como las rupturas en torno a la posición de los partidos socialistas con respecto a la Primera Guerra Mundial o, después, sobre la Revolución Soviética. En esas condiciones, parece arriesgado afirmar que el núcleo de las discusiones al interior del movimiento socialista internacional se refiere exclusivamente a la tensión en las gestiones de la identidad política “proletaria”. Pero sirve, en cualquier caso, para comprender que la división política es siempre un riesgo del agente hegemónico, en su recorrido entre sus políticas concretas y la capacidad de éstas para llenar el lugar vacío de lo universal (Laclau, 1995: 159).

Laclau atribuye a Gramsci el mérito de haber sido el primer pensador en adjudicar a la lucha política en exclusiva la tarea de constitución del universal, no fijado a priori por ninguna racionalidad externa (Laclau, 1995: 160-164). Sin embargo, es importante destacar que, pese a la voluntad de Laclau, Gramsci no deja libremente a la articulación política de las identidades la labor de construir el universal, puesto que en su pensamiento éste está prefigurado en la estructura económica, aunque sólo cobra sentido y actúa políticamente por medio de la hegemonía.

El esfuerzo por hegemonizar el vacío de lo universal tiene límites, por cuanto ningún contenido particular puede eliminar completamente la oposición construyendo una totalidad estable y completa. En coherencia con su afirmación de que no existe ninguna racionalidad que opere por encima de la lucha política contingente, Laclau defiende que ningún discurso consigue afirmar nunca su universalidad plena, y ofrece el ejemplo paradigmático de los derechos universales (Laclau, 1995: 155-156) que pese a estar formulados como derechos universales válidos en todo tiempo y espacio, no pueden trascender el contexto de su emergencia y realizarse en cualquier situación. En España será más cercano el ejemplo del principio de autodeterminación nacional formulado en abstracto también consigue ostenta una universalidad que se revela *relativa* en cuanto tiene que aterrizar en diferentes contextos estatales.

La gestión entre la división –insalvable en última instancia- entre lo universal y lo particular, es la verdadera esencia de la hegemonía:

“[...] que una diferencia, sin dejar de ser *particular*, asuma la representación de una totalidad inconmensurable. De esta manera, su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación más universal de la que es portadora. Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal [...] es lo que denominamos *hegemonía*” (Laclau, 2005: 95).

Esta gestión contiene un aspecto que es interesante apuntar. La representación tiene siempre un rol destacado en la división constitutiva entre universal y particular. El vínculo entre el agente hegemónico y las demandas particulares insatisfechas que éste inscribe en su universalidad se puede describir como de representación siempre que aceptemos que ésta no es “pura” sino que por este acto la nueva articulación combina e hibrida las identidades

particulares que representa (Torfing, 1999: 183).

Laclau define la representación como la *fictio iuris* de que alguien está presente a través de una mediación, donde no lo está directamente. Por medio de este proceso, alguien defiende los intereses o visiones formulados en un punto A, en el punto B donde no estaban presentes (Laclau, 1993b: 289-290). El politólogo argentino contesta la visión tradicional de la modernidad, en la que la representación perfecta se caracteriza por una transmisión transparente de la voluntad preconstituida del representado por un representante neutral, argumentando que esto es imposible desde el momento en que toda identidad es relacional y depende del contexto en el que ha sido construida. La representación complementa la identidad representada allí donde ésta no existe, en un proceso de hibridación y reformulación (Laclau, 1993b: 291). Esta cuestión está lejos de ser accesoria o de concernir exclusivamente a la filosofía política: la comprensión de que todo acto de representación es un acto de inscripción y reformulación es fundamental para entender la hegemonía, que siempre implica representación de una diversidad de intereses por parte de un agente central, como una operación de creación discursiva y política *nueva*, que no implica necesariamente manipulación o engaño. En términos breves: hegemonía es creación de universalidad desde una particularidad determinada, no construcción de alianzas mediante un uso variable del cinismo o el tacticismo.

Todo agente hegemónico justificará siempre su posición dominante en razón de su encarnación de la voluntad popular, como su único y verdadero representante. Sin embargo, la representación de diferentes demandas como una voluntad popular unificada es en sí mismo un acto constitutivo. La construcción de esta voluntad del “pueblo” es una creación puramente política, y es en realidad la construcción misma del *pueblo*. Este es el corazón de la hegemonía. De ello me ocupó en el epígrafe “la construcción del pueblo”.

En la medida en que la posmodernidad ha ido expandiendo y fragmentando las identidades que adoptan los agentes sociales, el rol constitutivo de la representación deviene central. Una vez que cae la confianza en los relatos universales que “preconstituyen” las identidades en operaciones ideológicas simplificadoras, se hace más necesario un trabajo ya desnudamente político de unificación hegemónica (Laclau, 1994: 3). Las posibilidades para la hegemonía y la política misma, en un contexto así, son inversamente proporcionales a la capacidad de los grupos gobernantes para fragmentar y dispersar aún más las identidades en espacios privados

protegidos por la ley, en un proceso de estrechamiento tendencial del espacio político. Žizek llama a esta dinámica la *post-política* que *poco a poco elimina la dimensión de universalidad que aparece con la verdadera politización* (Žizek, 2007: 34). El objetivo de los grupos dominantes es entonces desactivar la dimensión “universal” de las protestas, esto es, despolitizarlas, ya que:

“la situación se politiza cuando la reivindicación puntual empieza a funcionar como una *condensación metafórica* de una oposición global contra Ellos, los que mandan, de modo que la protesta pasa de referirse a determinada reivindicación a reflejar la dimensión universal que esa específica reivindicación contiene” (Žizek, 2007: 40).

2.3 El campo de la práctica hegemónica: conflicto y “afuera constitutivo”

La afirmación de que la ideología es el terreno principal de construcción de las identidades políticas, y aquel sobre el que se producen las disputas hegemónicas, presupone otra que se explica en este epígrafe: la del conflicto social y la dislocación.

Si la estructura es “objetivamente indecible”, si no hay ningún contenido esencial a priori de las identidades, entonces la decisión ético-política de su articulación en un sentido y no en otro, tiene que provenir necesariamente de una fuente externa (Laclau, 1993: 283).

¿No es éste un paso hacia un subjetivismo idealista que reemplace al economicismo? Para Gramsci la solución es clara: la identidad del agente hegemónico, se constituye en el nivel de la estructura, de las relaciones de producción, donde opera la lógica de la necesidad. Pero la lógica de la contingencia, la articulación hegemónica en torno a una voluntad colectiva, sucede en el terreno indeterminado de la política. Laclau (1993: 284) critica duramente estas “limitaciones estructurales” por operar con una concepción dualista de la sociedad, en la que cada lógica opera en un nivel diferente. Se opone a la división entre estructura y sujeto, y afirmar que todo lo que sucede en el nivel de la estructura cobra sentido sólo mediante un proceso discursivo, en el que se fijan “históricamente” –en el sentido de no de forma definitiva- los sentidos que en la estructura nunca son estables (Torfing, 1999: 119).

En el fondo, cuando Laclau tiene que defenderse de las acusaciones de “subjetivismo” vuelve a Gramsci para afirmar que es la estructura la que fija las condiciones de posibilidad para la emergencia de uno u otro principio hegemónico. Que el sujeto sea parte de la estructura y no un agente externo es sin duda un elemento cierto, que sin embargo no es en modo alguno incompatible con el reconocimiento de que las prácticas discursivas articuladoras suceden en un terreno históricamente heredado, y conformado por algo más que por sedimentaciones de sentido, sino también por una relación entre fuerzas que depende de la potencia económica, militar o de arraigo cultural a lugares determinados⁹² de cada una de ellas. Es sobre esas condiciones de partida que interviene el discurso creando identidades en uno u otro sentido, y a su vez reproduciendo/modificando esas condiciones, que no significa en absoluto eliminándolas o difuminándolas.

Estas cuestiones, son discutidas más adelante, cuando en las conclusiones se apuesta por un uso “débil” de la *Discourse Theory*, que tenga en cuenta las condiciones de posibilidad que preexisten y condicionan la articulación discursiva. En este punto interesa, sin embargo, continuar derivando las implicaciones del desarrollo teórico seguido hasta aquí.

Que las identidades se construyan, o más bien se provean de sentido político, en operaciones discursivas, significa que no tienen un sentido *a priori* que la ideología desvela, sino que su sentido depende de su articulación en relación con otras, en un contexto marcado por la heterogeneidad y el conflicto, en el sentido de la pugna permanente. El conflicto es así la condición de partida y el resultado de toda construcción de identidad:

“La creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia. [...] Cada identidad es relacional y la afirmación de una diferencia es una precondition para la existencia de cualquier identidad” (Mouffe, 1995: 262-263) [puesto que esta creación es] “básicamente la creación de un *nosotros* por la demarcación de un *ellos*” (Mouffe, 1995: 263).

Cuando Mouffe afirma: “concibo lo político como la dimensión de antagonismo que considero constitutiva de las sociedades humanas” (Mouffe, 2007: 16) bebe claramente de

⁹² El libro de Ulrich Oslender *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales* (2008) es una buena aplicación de la sensibilidad sobre los componentes del *lugar* al caso específico de la movilización política de las comunidades afrocolombianas. Aunque desde una óptica específicamente geográfica, el trabajo de Oslender es un ejemplo de cómo la atención a las condiciones específicas de formación de una fuerza político-social en un territorio concreto permite comprender su evolución política posterior.

Carl Schmitt, en su conocida formulación según la cual “la distinción específica de la política a la que las acciones y motivos políticos pueden ser reducidos es aquella entre amigos y enemigos” (Schmitt, 1976 [1927]: 26).

Esta relación no es necesariamente antagónica en Laclau y Mouffe, que distinguen entre un enemigo y un “adversario político”. Ésta es en todo caso una preferencia ética:

“Una vez que aceptamos la necesidad de lo político y la imposibilidad de un mundo sin antagonismo, lo que necesitamos pensar [imaginar, visualizar] es cómo es posible crear o mantener un orden democrático pluralista bajo esas condiciones. Tal orden se basa en una distinción entre *enemigo* y *adversario*. Requiere que, dentro del contexto de la comunidad política, el oponente sea considerado no como un enemigo a destruir, sino como un adversario cuya existencia es legítima y debe ser tolerada. Lucharemos contra sus ideas pero no cuestionaremos su derecho a defenderlas” (Mouffe, 1993: 4).

Ésta es la salida “democrática” con la que Laclau y Mouffe hacen compatible su concepción de la política como un proceso siempre abierto, contingente y conflictivo, con su apuesta por la democracia liberal. Los adversarios son aquellos con los que la pugna se libra dentro de las reglas del juego democráticas, mientras que los enemigos son los que atentan contra ellas. El único consenso, por razones contingentes, es entorno a la indecidibilidad de los valores y la consiguiente apertura permanente de la política asegurada por reglas de juego democráticas. Tras escribir *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Chantal Mouffe se ha dedicado específicamente a esta cuestión, en un esfuerzo por construir una filosofía política que no eluda el conflicto y que construya sobre él –y no sobre su negación– cimientos éticos para una apuesta democrática. Quizás las obras que mejor resumen estas posiciones sean *El retorno de lo político* (Mouffe 1993) y *En torno a lo político* (Mouffe, 2007).

No es ese el camino que sigue esta reflexión. Interesa más constatar la función constitutiva del conflicto en la pugna hegemónica, sea éste antagónico o sólo entre adversarios: la operación hegemónica sólo tiene lugar donde hay dislocación. En una situación ideal en el que las identidades fuesen estables y predeterminadas para siempre, se podría dar el mero choque militar o la disolución de la política en la simple gestión de los asuntos comunes, pero no la lucha por la articulación/desarticulación que constituye la hegemonía.

Para Laclau y Mouffe, antagonismo y dislocación son sinónimos, pues es precisamente el antagonismo el límite que impide la constitución plena de la sociedad, su estructuración definitiva (Laclau y Mouffe, 1985: 125).

Zizek (1990) lleva más lejos este razonamiento y asegura que no se trata sólo de que la identidad propia se construye negando la ajena, sino que se proyecta sobre la alteridad la culpa de la imposibilidad de autoconstitución plena (Zizek, 1990: 253) Como resultado, las acciones políticas se guían por la ilusión de que la aniquilación de la fuerza antagonista permitirá constituir plenamente el “nosotros”. Por ejemplo

“la lucha feminista contra la opresión patriarcal masculina se alimenta necesariamente de la ilusión de que cuando la opresión patriarcal sea abolida, las mujeres conquistarán finalmente su propia identidad consigo mismas, se darán cuenta de sus potencialidades, etc.” (Zizek, 1990: 251).

La interpretación de Zizek tiene un extraordinario valor en un plano interior al discurso, pero arrastra el defecto de no permitir discernir cuándo hay más o menos espacio para la articulación hegemónica. Si toda producción discursiva del enemigo está guiada por una imposibilidad intrínseca de constitución social plena, entonces la lucha discursiva se produce sobre un espacio “plano”, no influido por más circunstancias históricas que la propia sucesión de construcciones discursivas. No parece ser este el caso en la realidad. Laclau (1990: xvi) resulta más certero cuando afirma que el antagonismo social es más bien “una respuesta discursiva a la dislocación del orden social”, una respuesta que él identifica con la presencia del afuera constitutivo, que al mismo tiempo niega y constituye la identidad del “adentro” (Laclau, 1990: 17). Gracias a este antagonismo pueden existir los mitos e imaginarios sociales, que resisten la dislocación e inscriben demandas muy diferentes en un mismo discurso.

Torfin (1999: 130) ofrece un buen ejemplo que respalda la visión de Laclau. Para él, el desarrollo del Estado de bienestar nace de la dislocación discursiva y material del capitalismo en la crisis económica de los años treinta. El moderno Estado del bienestar, precedido por las experiencias planificación estatal exitosas durante la Segunda Guerra Mundial y el sentimiento de comunidad desarrollado por la confrontación, emergió como un “mito suturante” que recomponía una sociedad profundamente fracturada, funcionando como un

espacio de representación para la mayor parte de las demandas económicas y sociales en tanto que diferencias legítimas, desplazando todo cuestionamiento a las relaciones sociales capitalistas y al pacto social a su afuera constitutivo, como “extremismos” contra los cuales se unían en un proyecto nacional fuerzas de otro modo difícilmente convergente. Sólo una dislocación de enormes proporciones, como la crisis de los años setenta, hizo emerger fenómenos y fuerzas que finalmente no pudieron ser inscritos en el mismo discurso- (keynesianismo, paz social, crecimiento económico por medio de la demanda, etc.- que fue hegemónico y estable durante casi tres décadas.

En la dislocación y el antagonismo, sin embargo, no hay ninguna determinación de construcción política de uno u otro signo, sino sólo la marca de la imposibilidad de escapar de la política en tanto que práctica constructora de identidad y hegemonía que lidie con la dislocación. El antagonismo, por esa misma razón, es fuente de estabilización de identidades pero también de dislocación (Laclau, 1990: 32). Puesto que la oposición constituye la identidad al mismo tiempo que la niega. En Sudáfrica, por ejemplo, la identidad común que permitió la confluencia de afrikaners e ingleses, fue la de la blanquitud, construida gracias a la exclusión de la negritud. Pero esa misma cadena de equivalencias, subvertida, aisló y acabó derribando el régimen del apartheid (Howarth, 2000b).

La fuerza hegemónica tenderá siempre por tanto a construir la identidad excluida como un conjunto de obstáculos y amenazas para los fines de la voluntad colectiva que ella construye (Torfing, 1999: 120). Esta operación está siempre relacionada con el antagonismo. De esta manera, la lucha hegemónica siempre sucede en contextos de antagonismo.

Todo discurso construye una identidad reuniendo a un conjunto de elementos -“demandas” en términos de Laclau y Mouffe- que son diferentes pero pueden ser reunidos en torno a su común oposición a una alteridad radical que no es sólo una diferencia más, sino aquella que supone una amenaza para todo el conjunto (Laclau, 1995: 151).

Estamos ante un concepto clave en el análisis de discurso de Laclau y Mouffe: el “afuera constitutivo” es esa alteridad radical que niega y constituye a un tiempo la identidad de la formación discursiva de la que es excluido. Afuera constitutivo y conflicto son, entonces, paralelos y se construyen mutuamente. Éste es el espacio de la hegemonía.

2.4 Cadenas y constitución política: lo “popular” y lo “institucional”

Esta negación no se presenta en forma positiva, sino “a través de la expansión de cadenas de equivalencia que subvierten el carácter diferencial de las identidades discursivas” (Laclau y Mouffe, 1985: 128). Esto significa que los elementos excluidos no tienen ningún contenido que a priori les haga ser antagónicos a una conformación discursiva, sino que ésta ha podido articular muchos elementos, por encima de sus diferencias, gracias a su condensación en su común oposición a este “afuera constitutivo”, cuyo carácter viene dado no por características propias sino por su papel condensador de la cadena equivalencial.

La construcción de la “civilización occidental” es un ejemplo claro de esto: se hace por medio de la exclusión de países, hábitos y pueblos considerados “bárbaros”. A medida que ésta cadena de equivalencia se expande para incluir más elementos, se hace evidente que lo que todos esos elementos excluidos tienen en común es sólo la negación de la civilización occidental. Al quedar absorbidos África, Sudamérica y Asia en la cadena de equivalencia de los excluidos, el término “bárbaros” se va vaciando de contenido hasta significar tan solo los “no civilizados”. El afuera constitutivo es a la vez el principio de construcción discursiva para “la civilización” y su amenaza plena.

El juego de articulación y rearticulación de identidades políticas en el que se dirime la construcción de “voluntades colectivas” es en este sentido un equilibrio entre la lógica de la diferencia y la de la equivalencia, ninguna de las cuales puede dominar completamente (Laclau y Mouffe, 1985: 129). Así resulta que todas las identidades sociales son “puntos de entrecruzamiento entre la lógica de la equivalencia y la de la diferencia” (Laclau, 1995: 152).

Laclau y Mouffe emplean el ejemplo de la política británica durante la Segunda Guerra Mundial para ilustrar este juego de las diferencias y las equivalencias. La amenaza nacionalsocialista hizo que conservadores y laboristas pusieran énfasis en sus valores compartidos contra la Alemania de Hitler, que se convirtió así en el afuera constitutivo de una serie de elementos unidos en una cadena equivalencial en torno a los significantes “democracia” y “libertad” que se vaciaron para poder abarcar identidades diferentes. No obstante, para que la alianza siguiese siendo tal, hizo falta que las diferencias entre laboristas y

conservadores, sin primar, se mantuviesen. De otra forma no se podría hablar de dos identidades.

El equilibrio entre las dos lógicas (la que une a los elementos en relación a sus diferencias o a su oposición común a otro) puede estructurarse y anclarse en una jerarquía: cual de las dos lógicas predomine depende de las luchas hegemónicas en ese campo. Podemos imaginar dos resultados extremos:

1. Que predomine la lógica equivalencial (Laclau y Mouffe, 1985: 129-30). Este es el caso del discurso británico durante la IIGM en el que el espacio para la diferenciación fue estrangulado por la expansión de la distinción amigo-enemigo. “Si no estás con nosotros estás contra nosotros”. El antagonismo entre Gran Bretaña y su afuera constitutivo lo penetró todo sin permitir término medio. Esto tuvo un efecto en reducir la pluralidad política en torno a una identidad absolutamente determinada por su oposición al “afuera constitutivo”.

2. La otra posibilidad es que predomine la lógica diferencial (Laclau y Mouffe, 1985: 130). En el desarrollo de Gran Bretaña posterior a la IIGM el gran enemigo había sido derrotado y las cosas volvían a ser “normales”, dando lugar a la proliferación de diferencias políticas. Se expandió el espacio diferencial y la cadena de diferencias. El término “el acuerdo de postguerra” expresa claramente que se trató de un compromiso entre intereses políticos diferentes y diferenciados.

De este razonamiento, los autores deducen dos formas fundamentales de construcción política en el antagonismo: la “popular” y la “democrática”.

- La construcción *popular* predomina cuando prima la lógica de la equivalencia, que estructura lo social en un antagonismo que divide el campo político en dos partes (Laclau y Mouffe, 1985: 131).

Esta construcción constituye al “pueblo” como sujeto a través de una simplificación del espacio político. Todas las diferencias o contradicciones están dominadas por un antagonismo principal que da sentido y rearticula a todos los demás. Es el momento máximo de “politización” y equivale por tanto a la hegemonía expansiva.

Las revoluciones burguesas lo consiguieron oponiendo a la “nación”, de la que su clase era valedora, frente al antiguo régimen; los movimientos anticolonialistas uniendo a todo el pueblo subordinado en torno a la oposición común a la metrópoli imperialista. Gramsci es el teórico de la construcción de un “pueblo” de izquierdas, a partir de la superación por parte de la clase obrera de la conciencia económico-corporativa y su generación de una “conciencia colectiva nacional-popular”. De esta lógica me ocupó extensamente más adelante.

- La construcción *democrática* complejiza mucho más el espacio político, disgregándolo e imposibilitando su polarización en dos campos opuestos. Opera como una lógica de diferenciación que fragmenta los sujetos. Una vez que un régimen hegemónico se ha instituido, su mantenimiento depende de la capacidad de una gestión “democrática” del antagonismo, por medio de la cual cada reclamación particular se relaciona de forma vertical con el Estado y no horizontal encadenándose a otras. Todo el aparato estatal está consagrado a esta tarea: segmentar, satisfacer por separado y dispersar lo insatisfecho, aislándolo. Las políticas públicas tienden a partir el campo social en diferentes arenas, y la diferenciación e individualización del consumo ayuda a esta dispersión, que se consagra con la crisis de los macrorrelatos ideológicos que llamaban a entender el mundo político desde una sola lógica que delimitaba de forma nítida y definitiva la frontera entre amigos y enemigos (Laclau y Mouffe, 1985: 134). Žižek entiende por “post-política” la maniobra ideológica que trata de negar el conflicto y diluirlo en un conjunto de gestiones técnicas orientadas por principios políticos que, así, se blindan de cualquier posible crítica. El “New Labour” es un ejemplo particularmente claro, en cuanto que su apuesta por abandonar una división “doctrinaria” y “anticuada” de izquierda/derecha a favor de las ideas “que funcionan” supone en realidad la imposición del marco en el que unas ideas u otras funcionan: el de la economía capitalista (Žižek, 2007: 33). La “post-política”, entonces, es la fantasía ideológica de la disolución imposible del conflicto en la tecnocracia que gestiona un cuerpo social marcado por la anomia y la individualización.

Esta es una concepción originalmente gramsciana: la de la función disgregadora del Estado, que Nikos Poulantzas, explicaba en los siguientes términos:

[...]Los aparatos del Estado organizan-unifican el bloque en el poder desorganizando-dividiendo permanentemente a las clases dominadas, polarizándolas hacia el bloque en el poder y cortocircuitando sus organizaciones políticas propias.[...], [Así] el Estado condensa no solo la relación de fuerzas entre fracciones del bloque en el poder, sino igualmente la relación de fuerzas entre este y las clases dominadas (Poulantzas, 1979: 169).

Es fácil percibir cómo esta cita, aunque con una formulación muy diferente, no está nada lejos de la concepción de la “lógica de la diferencia” como aquella que resuelve las demandas puntuales o las tramita de forma aislada, con la función de evitar así la construcción horizontal-equivalencial de una lógica “popular” contra el régimen.

Para Laclau, en cambio, el triunfo de esta lógica se relaciona con los éxitos de los “nuevos movimientos sociales” que, estableciendo una diversidad de campos de batalla –de identidades de género, sexuales, étnicas, culturales, etc.- han conseguido una diversidad de reconocimientos e inclusiones por parte de las instituciones. El propio éxito de estas *luchas democráticas* hace más difícil su unificación como *luchas populares* (Laclau y Mouffe, 1985: 133).

2.5 Una Teoría del discurso

Aunque ya se ha avanzado antes de llegar aquí, el concepto de “Discurso” es la espina dorsal de esta reflexión teórica acerca de la hegemonía, por lo que necesita ser estudiado y discutido aquí.

Las lógicas de construcción política operan a través de *discursos* que no pueden ser reducidos a representaciones de identidades -agrupaciones de demandas- preexistentes, sino a las intervenciones políticas que dan sentido a elementos heterogéneos y dispersos en el campo social.

Laclau define así el discurso: “La misma posibilidad de la percepción, pensamiento y acción, depende de la estructuración de un determinado campo de significación que preexiste a cualquier inmediatez factual” (Laclau, 1993: 431). Los “campos de significación” son relatos

dentro de los cuales cobran significado las prácticas y conocimientos.

El discurso, en cualquier caso, no es una construcción unívoca del sujeto, ni es inmóvil, sino que debe ser entendido como histórico y dinámico; como un conjunto articulado de significantes –en el sentido de formas del discurso- en el cual el significado –en el sentido del contenido o a lo que refiere el término- es una producción cambiante dependiente de luchas por el sentido.

El término “discurso” refiere inmediatamente al campo de la lingüística. El propio Laclau reconoce a Saussure⁹³ (Saussure, 1959 [1981]) como una fuente fundamental de su teoría. La “lingüística sincrónica” dice que el lenguaje es un conjunto de signos y reglas presididos por dos principios:

1. Todo lenguaje es relacional: “en el lenguaje SOLO existen diferencias, sin términos positivos” (Saussure, 1981: 120)⁹⁴.
2. “El lenguaje es forma y no sustancia” (Saussure, 1981: 113)

Aplicado al discurso, esto significa que los diferentes significantes adquieren un significado u otro no porque lo posean *esencialmente* y de forma previa a su despliegue en la arena de lo político, sino sólo por su relación con otros términos. “Socialismo”, por ejemplo, cobraría significado sólo por su asociación diferencial a “feudalismo” y “capitalismo”.

Sin embargo, Laclau encuentra dos componentes problemáticos que necesita descartar de la lingüística de Saussure para poder desarrollar a partir de ésta su teoría del discurso: El primero es su isomorfismo, por el cual cada significante corresponde a un y sólo un significado (Laclau, 1993a: 432). El segundo y más importante es la convicción de Saussure de la “afirmación cartesiana de la omnipotencia del sujeto” en el sentido de que la sucesión de oraciones –unidad básica de su lingüística- depende enteramente de la voluntad del hablante (Íbid. Íbidem.).

⁹³ Todas las referencias a la lingüística de Saussure en relación con su aportación a la teoría del discurso de Laclau, están tomadas de Torfing (1999: 87-89)

⁹⁴ Mayúsculas en el original.

Para estas dos rupturas Laclau emplea a Althusser y resituar al sujeto dentro de una estructura discursiva que determina qué es “decible” y qué no lo es, así como la forma en que será interpretado:

“la forma en la que el hablante junta oraciones no puede en adelante ser concebida como la expresión de los deseos de un sujeto plenamente autónomo, sino como en gran medida determinada por la forma en la que las instituciones se estructuran, por lo que es “decible” en un contexto determinado, etc.” (Laclau, 1993a: 433)⁹⁵.

De lo que se trata entonces es de comprender estas reglas que organizan el discurso.

El uso de la lingüística para el estudio de las relaciones sociales discursivas significa “politizar” la lingüística, en el sentido de abandonar la creencia en la libertad del hablante y trasladar el foco hacia las prácticas –necesariamente políticas- que construyen y/o subvierten las estructuras discursivas que influyen a éste. Entramos así en el terreno inestable del conflicto político.

Para Laclau y Mouffe (1985: 107) todas las prácticas son discursivas. Incluso las intervenciones políticas o la organización de la producción constituyen sistemas relacionales de diferentes identidades articuladas por el discurso. La mayor parte de analistas del discurso se preocupan de él como una dimensión más de la vida política, con fronteras bien delimitadas. El enfoque postestructuralista de Laclau y Mouffe, en cambio, pretende construir toda una teoría en torno a este concepto: la comprensión de la política en términos de discurso.

Esta postura difiere de la visión de Foucault, que entiende los discursos como algo delimitable, y que unifican las producciones intelectuales durante una época determinada (Foucault, 1969 [1996]). Para Foucault, más importante que la veracidad absoluta de las afirmaciones de los discursos son las condiciones de su producción: el conjunto de reglas de formación a partir de las cuales se adquiere esa veracidad. Las reglas que determinan lo que puede ser dicho, recordado o la forma en la que se interpretan los discursos, son dispositivos de disciplinamiento y producción de orden (Foucault, 1991).

No obstante, en Foucault sí que existen condiciones “externas” al discurso que afectan a la formación del discurso. En su estudio del discurso médico a finales del siglo XVIII, refleja

⁹⁵ Traducción propia.

como una serie de condiciones no discursivas: económicas, institucionales o tecnológicas marcan la formación y desarrollo de éste (Foucault, 1985: 157). No es una relación en modo alguno de determinación objetiva del discurso por la estructura, en la que éste sea mera expresión de aquella, pero sí es una relación entre dos esferas diferenciadas –lo discursivo y lo no discursivo- en la que lo extradiscursivo transforma las condiciones de existencia y funcionamiento de lo discursivo. La autonomía de la que goza el discurso en Foucault, “sin embargo no le da el estatus de idealidad pura e independencia histórica total” (1996: 163).

Los autores que más específicamente se han dedicado a la cuestión, matizan esta diferencia y coinciden en señalar que la atención de Foucault a la genealogía del discurso en sus últimos trabajos le acerca a la concepción de Laclau y Mouffe, por cuanto desplaza su foco de atención hacia un área de convergencia: el combate político “interno” –en el sentido de discursivo- por moldear las formas históricas del discurso. (Dreyfus and Rabinow, 1986; Dyrberg, 1997; Torfing, 1999: 91)

De esta manera, y tras rechazar cualquier “exterioridad”⁹⁶, Laclau y Mouffe sólo pueden ver el discurso como un conjunto de secuencias cuyo significado depende de la relación que se da entre ellas.

2.5.1 Aclaraciones previas necesarias

Un malentendido habitual acerca de la teoría del discurso es aquel que entiende que la postulación de que todo objeto es discursivo significa poner en cuestión la existencia de un mundo externo al pensamiento. Laclau y Mouffe (1987: 22) responden que “el carácter discursivo de un objeto no implica en absoluto la puesta en cuestión de su existencia” Es clara aquí la influencia de la afirmación de Derrida (Derrida, 1988: 148) de que “no hay nada fuera del texto”: no niega la existencia de los objetos o afirma su existencia sólo hipotética y en los libros; simplemente afirma que cada referente es siempre interpretado. Nadie puede concebir ningún objeto si no es a través de estructuras discursivas.

⁹⁶ Más adelante haré un examen crítico de este constructivismo radical que no reconoce el peso de elementos “extradiscursivos”. Ahora se trata de comprender cómo esta afirmación conduce a centrarse en las lógicas internas de constitución del discurso.

Esta es una premisa central del armazón teórico de Laclau y Mouffe, más sencilla de lo que pudiera parecer a simple vista: para el estudio de la política, no nos interesa tanto lo que los objetos son como el sentido que éstos cobran en el conflicto, que resulta definitivamente de su construcción discursiva. Ofrezco a continuación un breve ejemplo para ilustrar esta piedra angular de la teoría del discurso.

La realidad “física” de una pigmentación oscura de la piel no deja de existir en ningún momento, pero su intervención política en un sentido o en otro –incluso su no intervención– dependerá de que sea construida discursivamente como una diferencia menor entre los hombres o como *negritud*, evidencia física que respalde la racialización de una jerarquía social. Por ello, las luchas antirracistas más exitosas no son aquellas que han discutido “científicamente” las características objetivas –extradiscursivas, diríamos– de este elemento físico innegable, sino las que lo han rearticulado inscribiéndolo en un discurso diferente. Este puede ser uno que cuestione la homogeneidad y rigidez de las fronteras raciales, por ejemplo a través del mestizaje, o uno que dote de un nuevo significado al significante negro, sustituyendo su asociación en una cadena de significados con “subdesarrollo”, “fealdad” o “salvajismo” por otra que lo vincule a “belleza”, “dignidad” y “solidaridad”. Desde este punto de vista, el éxito del *Black Power* norteamericano o de los movimientos africanos de descolonización fue fundamentalmente su capacidad discursiva de deconstruir el significado subalternizante de la negritud y construirlo de nuevo convirtiéndolo en una identidad popular con posibilidad hegemónica.

Lo discursivo es, además, coextensivo a lo social: si todas las acciones tienen significado y éste se construye en el discurso, entonces no hay separación teórica posible entre “discurso” y “práctica”, ni mucho menos representación del primero como “expresión” más o menos verdadera de la segunda (Laclau y Mouffe, 1985: 106).

El campo de lo discursivo, por último, no se encuentra en una situación de caos, sino de una relativa estructuración. Lo que sucede es que esta estructuración no se debe a ninguna relación con un “exterior” que fije los significados de una vez y para siempre, sino a la relación entre sus elementos. Estas relaciones son “necesarias” no en el sentido de determinación objetiva por una racionalidad superior, sino en el de que todo discurso adquiere un carácter u otro en

función exclusivamente de la relación entre sus partes. (Benveniste, 1971: 48)⁹⁷. No obstante, esta relación es siempre inestable y cambiante, sometida a la lucha política.

Pero si la relación fuese enteramente diferencial, sin límites ni rupturas, no habría espacio para la política, puesto que sólo podríamos demarcar un único discurso que inscribiría todas las diferencias. Por el contrario, la estructuración del discurso no se realiza en torno a ningún centro permanente, ni es capaz de cerrar la atribución de significado, que resulta siempre excedente. El concepto de “excedente de significado” –*surplus of meaning*– (Laclau y Mouffe, 1985: 111) es un préstamo del psicoanálisis lacaniano (Torfing, 1999: 92) y sirve para explicar el campo en el que se dan las condiciones de posibilidad relativa e imposibilidad absoluta de fijación de sentido: la competición de diferentes discursos por establecer una fijación del sentido que siempre será incompleta, pero que es posible por esta heterogeneidad irreductible.

En consecuencia, el discurso político no es un fenómeno a ser estudiado y medido desde las condiciones “objetivas” que existen fuera de él. Laclau y Mouffe no dejan lugar a dudas sobre su ruptura definitiva con el materialismo cuando, en un artículo publicado en la *New Left Review* en 1987 con el provocador título de *Post-marxismo sin disculpas* radicalizan las bases teóricas de *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) y afirman que preguntarse por las condiciones de posibilidad de lo discursivo tendría tan poco sentido como preguntarle a un materialista por las condiciones de posibilidad de la materia, o a un creyente por las de dios (Laclau, y Mouffe, 1987: 85). Lo que es pertinente, por el contrario, es preguntarse por las condiciones de posibilidad de discursos concretos en contextos políticos concretos, pero aceptando que estas mismas condiciones son discursivas porque su interpretación y atribución de sentido sólo se produce dentro de horizontes históricos discursivos determinados.

El discurso, entonces, se estudia “desde dentro”. En un terreno de autonomía, de multiplicidad y cambio permanente, el conflicto político es así la lucha por la fijación –siempre parcial- de sentido de diferentes significantes a través de su inscripción en un discurso determinado, siempre en competición con otros.

El campo de la discursividad, no obstante, incluye también los elementos cuyo sentido no ha sido fijado en una relación diferencial con otros. Pero eso no significa que sean elementos

⁹⁷ Citado en Torfing (1999: 95). Traducción propia.

“extradiscursivos”, sino el resultado de una exclusión más o menos consciente y voluntaria del discurso dominante.

No hay ningún principio de ordenación del discurso más allá de las relaciones entre sus elementos constitutivos, que veremos en seguida. En medio de la dispersión y el conflicto, sólo la práctica hegemónica construye totalidades parcialmente cerradas: agrupación de demandas fragmentadas en continuos articulados orientados por un proyecto político determinado. En definitiva: el antagonismo es el principio de posibilidad de la articulación discursiva o hegemonía, al mismo tiempo que representa un límite insuperable.

2.5.2 Los elementos estructuradores del discurso

La Teoría del Discurso centra su análisis en tres factores cruciales a identificar en todo discurso, que se exponen y explican a continuación.

2.5.2.1 Las relaciones de diferencia y equivalencia

Si hemos visto que el contenido de los discursos depende exclusivamente de la relación establecida entre sus elementos, hay que prestar atención a ésta.

Las relaciones entre los componentes o –ya en clave política- demandas de un discurso pueden ser de dos tipos: las relaciones diferenciales que vinculan a los elementos en un conjunto marcado por la diversidad; y las relaciones equivalenciales, que vinculan los elementos por su oposición equivalente a otro(s), colapsando así la relación diferencial. A estas vinculaciones le llaman “cadenas” (Laclau y Mouffe, 1985: 128,137); (Laclau, 1996, 2005).

Esta tensión es irresoluble en última instancia, y marca la ambivalencia y precariedad de toda identidad, que es un constructor discursivo a base de la agregación de demandas (Torfing, 1999: 97). Pero las luchas políticas pueden ser exitosas en construir significados enfatizando uno u otro aspecto.

Si lo que se enfatiza es la relación equivalencial, se extienden cadenas de equivalencia que simplifican el espacio político, reduciendo las diferencias a una tensión entre identidades dicotómicas. En la práctica, esto siempre tiene que ver con la construcción de un “afuera constitutivo” que marca la frontera de la polarización. La construcción del “pueblo”, como veremos, está basada en esta expansión de cadenas equivalenciales que postulan una voluntad nacional-popular por oposición a la “oligarquía”. Esto implica a su vez la construcción de un “significante vacío” que expresa la cadena equivalencial e impide que el régimen la diluya en la absorción individualizada de las demandas.

Laclau y Mouffe (1985: 155) ofrecen dos ejemplos de discursos políticos estructurados en torno a la enfatización de la lógica de la equivalencia: utilizan el estudio de Furet (1978) que muestra cómo los revolucionarios fueron exitosos en Francia dividiendo la sociedad en dos campos: el “pueblo” y el “antiguo régimen”. Estos dos polos inscribían toda la variedad de demandas en dos identidades, y dibujaban la frontera política de forma beneficiosa para los partidarios de la subversión del *status quo*. El movimiento cartista es el contrajemplo: intentando repetir la operación discursiva jacobina fracasó en su intento de división dicotómica del campo político, y acabó disolviéndose en una pluralidad de demandas que fueron desagregadas y asumidas unas por el sistema político y aisladas y marginalizadas otras.

2.5.2 Los diferentes tipos de sobredeterminación

El concepto de “sobredeterminación”, tomado del famoso trabajo de Freud *La interpretación de los sueños*, le sirve a Laclau y Mouffe para describir la operación simbólica de reunión de significados en un momento nuevo.

La sobredeterminación puede darse como “condensación” o como “desplazamiento”.

La condensación ocurre cuando una variedad de significados se fusionan en una unidad. Como si de una metáfora se tratase, una demanda reúne y expresa en forma sintetizada una pluralidad articulada de demandas. En la lucha contra el régimen franquista en el Estado español, la consigna “Libertad, Amnistía y Estatuto de Autonomía” era un constructor discursivo útil por cuanto representaba –condensaba– un conjunto mucho más amplio de demandas sociales, laborales, nacionales y políticas contra la dictadura. La condensación es la operación de vinculación de significados vinculada a la hegemonía, y por ello la más

importante.

El desplazamiento ocurre cuando el significado de una demanda se transmite a otra. En este caso el recurso literario que mejor lo ejemplifica es el de la metonimia: en una relación de proximidad, un elemento adquiere el nombre del contiguo. Como ejemplo puede valer el de las reivindicaciones de los migrantes en las periferias urbanas en América Latina, que a menudo son expresadas en términos de su cultura rural de procedencia, como forma de resistencia; Sian Lazar muestra cómo en El Alto en Bolivia, que nació como periferia urbana de La Paz, la organización de los vecinos pobres recién llegados suele imitar a la de las comunidades agrarias o *ayllus* del altiplano circundante (Lazar, 2008) y a menudo se expresan en una retórica “campesinista” que sin embargo está orientada a lograr la satisfacción de necesidades eminentemente urbanas.

2.5.2.3 Los puntos nodales y su efecto unificador

Todo discurso es un intento de dominar el campo de la discursividad expandiendo cadenas que fijan parcialmente el sentido de los significantes “flotantes”, caracterizados porque se les atribuyen diferentes significados, y que están por tanto en disputa (Laclau y Mouffe, 1985: 112).

Los puntos privilegiados del discurso que fijan el sentido dentro de esas cadenas son los llamados “puntos nodales”. Žižek (1989: 97) los define como “significantes puros sin significados”, o “significantes vacíos”. Su aportación crucial es crear y sostener la identidad de un discurso, tejiendo un nudo de significados anclados.

Los puntos nodales que actúan con eficacia unificando un terreno discursivo no son necesariamente aquellos que están cargados con un significado denso, sino que están tendencialmente vacíos: Tanto más cuanto más capacidad de extensión tienen. Así pueden “arropar” a una variedad de significantes flotantes fijando su significado en un discurso estructurado. Es necesario precisar que todos los puntos nodales son significantes tendencialmente vacíos, pero no todos los significantes tendencialmente vacíos consiguen fijar el contenido de una serie de significantes flotantes y convertirse así en puntos nodales.

Torfin (1999: 99) describe el proceso como sigue: una variedad de significantes se encuentran flotando, suspendidos, sometidos a diferentes interpretaciones después de haber perdido su significado original, hasta que un “significante maestro” interviene y reconstruye su identidad anclando los significantes flotantes dentro de una cadena de equivalencia – agrupación marcada por la dicotomización. “Dios”, “Patria”, “Orden” o “Justicia” son ejemplos de puntos nodales que pueden fijar el significado de una diversidad de significantes flotantes.

Zizek resulta extremadamente esclarecedor al ofrecer una muestra práctica de la actuación de un punto nodal sobre un horizonte discursivo concreto:

“Cuando arropamos los significantes flotantes de *Comunismo*, por ejemplo, *lucha de clases* confiere una significación precisa y fija a todos los demás elementos: a democracia (la llamada *democracia real* opuesta a la *democracia burguesa formal* como forma legal de explotación); a feminismo (la explotación de las mujeres como resultado de la división clasista del trabajo); a ecologismo (la destrucción de los recursos naturales como consecuencia lógica de la producción capitalista orientada a la obtención de beneficio privado); al movimiento pacifista (el principal peligro para la paz es el agresivo imperialismo), y así...” (Zizek, 1989: 88)⁹⁸.

En este ejemplo “lucha de clases” sería el punto nodal que agruparía y fijaría los significantes flotantes (“democracia”, “feminismo”, “ecologismo”, etc.) dentro de la cadena de equivalencias que es el horizonte discursivo de “comunismo”. “lucha de clases” es el significante capaz de inscribir todos los demás elementos en un mismo marco, y resignificarlos de manera que se obtenga un conjunto coherente. Su función es decisiva por cuanto de ella depende la unificación del discurso comunista por medio del anclaje –siempre precario y nunca libre de intentos de atribución alternativa de sentido- de sus diferentes elementos.

⁹⁸ Traducción propia.

2.6 El discurso en marcha: Nominación e identidades políticas

En este punto debería estar clara la conexión que lleva a un estudio sobre la hegemonía a vincularse a la producción discursiva de las identidades políticas.

Numerosos estudiosos sobre el nacionalismo recurren al concepto de discurso para su análisis ideológico (Bhabha, 1990; Anderson, 1991; Brubaker, 1996; Calhoun, 1997), incluso (Smith, 2001) No obstante, en este caso no se trata de dar cuenta del “aspecto” ideológico-discursivo de uno u otro movimiento popular, sino de comprender de qué forma el discurso construye por sí mismo –aunque, como veremos más adelante, en una negociación con unas condiciones de posibilidad particulares en cada caso- las identidades populares, en la operación crucial de la lucha hegemónica o por construir totalidades encabezadas por un elemento particular.

Este es el terreno de la retórica, demasiado a menudo confundido con el de la “forma” de expresión de la ideología o equiparada a la oratoria.

El artículo de Marc McNally “Countering the hegemony of the Irish national canon: the modernist rhetoric of Seán O’Faola’ in (1938–50)” (2009) constituye una buena muestra de la aplicación de la retórica al estudio del nacionalismo irlandés, para redimensionar el impacto de una figura intelectual histórica en el movimiento republicano. McNally, a través de la atención al rol performativo de la retórica, alcanza conclusiones relevantes, en este caso sobre los mitos centrales del nacionalismo irlandés y su efecto sobre la práctica política.

McNally argumenta que la fuerza de la retórica reside sobretodo en “su habilidad para explorar la dimensión afectiva y dinámica de la ideología nacionalista”, que le permitiría aprehender “la naturaleza (re-)construida y maleable del nacionalismo y sus variaciones ideológicas” (McNally, 2009: 525). Esto es así porque la retórica es algo más que la expresión de la ideología nacionalista: es el medio de la construcción misma de la identidad popular “nacional” misma. Lo que se afirma para la construcción de una identidad nacional que funciona como “comunidad sagrada de ciudadanos” (Smith 2001: 35) puede ser extrapolado a todo proceso de constitución de las identidades políticas.

Esta conclusión es plenamente con la visión de Laclau: “La *ideología* solo puede considerarse como diferente de la retórica involucrada en la acción política si la retórica es entendida como un puro adorno del lenguaje, que no afecta en modo alguno a los contenidos transmitidos por éste” (Laclau, 2005: 25).

Esta noción, sin embargo, sólo se sostiene sobre una visión de los agentes sociales como constituidos de una vez por todas en base a intereses “objetivos” bien definidos. No obstante, si no hay ningún principio ordenador externo al conflicto político, entonces los mecanismos retóricos son instrumentos de construcción de identidades –agentes- políticos. De hecho, es mediante la retórica que se construyen os sujetos populares, y éste es el núcleo de la pugna por la hegemonía (Laclau, 2005: 26).

Siguiendo a Wittgenstein, Laclau afirma que la diferencia entre lo que un movimiento político “dice” y lo que “hace” es insostenible en la práctica, desde que “los juegos del lenguaje comprenden tanto los intercambios lingüísticos como las acciones en las cuales están involucrados”, de tal manera que lo verdaderamente relevante no es confrontar la ideología con una supuesta “práctica”, sino la comprensión de las “secuencias discursivas a través de las cuales una fuerza determinada lleva a cabo su acción política global” (Laclau, 2005: 27). Esta acción se realiza mediante actos de “nominación”, en los que se produce el tránsito del “concepto al nombre”, por el cual determinados términos dejan de ser la expresión de realidades políticas preconstituidas y pasan a ser su construcción misma.

Esto sucede porque las identidades populares no son expresiones pasivas del conjunto de demandas inscritas en ellas, sino que:

“constituyen lo que expresan a través del proceso mismo de su expresión. En otras palabras: la posición del sujeto popular no expresa simplemente una unidad de demandas constituidas fuera de sí mismo, sino que es el momento decisivo en el establecimiento de esa unidad” (Laclau, 2005: 129).

No habiendo ninguna preexistencia de la formación hegemónica antes de ser “nombrada”, su unidad pasa del orden “conceptual” al orden nominal.

Resulta más sencillo de comprender si se atiende a un ejemplo cualquiera sacado de la cotidianidad política: afirmar que un conjunto de ciudadanos asentados en un territorio determinado constituyen “una nación” no es ningún reflejo conceptual de una unidad anterior al discurso, sino el acto político radical y fundacional de creación de esa nación, que sólo deja de ser necesario cuando la nominación está plenamente asumida como discurso dominante. Cuando sectores del nacionalismo catalán de izquierdas se manifestaron, el 10 de Julio de 2010 contra el fallo del Tribunal Constitucional que recortaba sustanciales artículos del Estatuto de Autonomía de la Comunidad Autónoma de Cataluña, lo hicieron detrás de una pancarta que rezaba “Som una nació”. Si esto fuese un hecho evidente e indiscutible, como lo es, por ejemplo, en Estados Unidos, no tendría sentido que un lema así abriese una manifestación. Si lo tiene es porque es un acto nominal y no conceptual: la nación se construye así en su afirmación.

En un ejemplo sustancialmente diferente como es el de los movimientos estudiantiles, encontramos la misma lógica: la afirmación problemática del sujeto interpelado, “los estudiantes” es una construcción de identidad en sí misma, que agrupe a individuos y demandas muy diferentes en torno a su ocupación común. La relativa decadencia de la politización de este sector no es ajena, en modo alguno, a la fragmentación creciente de las formas y tiempos de inserción en el sistema educativo, que dificulta la construcción de la identidad política “estudiante”. Este ejemplo sirve además para realizar una crítica y matización a Laclau: los actos nominativos son efectivamente constitutivos de las identidades políticas. Pero no toda nominación puede construir exitosamente un sujeto. Los campus integrados y las facultades masificadas con estudiantes que realizan los mismos horarios y se dedican al estudio de manera principal y continua, por ejemplo, hace más factible la construcción discursiva del “estudiantado” como sujeto político, mientras que las reformas de precarización y diversificación de las formas de vinculación a la universidad lo dificultan considerablemente⁹⁹.

Sin esta precisión, la teoría del discurso caería, como veremos, en un cierto utopismo. Que las identidades políticas se constituyan en su nominación no significa en modo alguno que no

⁹⁹ Esta es la tesis que sostiene el libro *La fábrica del conocimiento* al estudiar de las actuales reformas de la universidad a escala europea, ver: Sevilla (2010); Ver también: Carreras, Sevilla y Urbán (2006). Para un documento histórico de las últimas movilizaciones de masas en el marco del anterior modelo universitario, ver *Estudiantes, antiestudiantes, policía, prensa y poder*. (VVAA, 2001).

existan condiciones materiales de posibilidad responsables de mayores posibilidades de éxito para unas identidades que para otras. Creo que ésta conclusión provisional no necesita de más ejemplos

Es sólo en este sentido que una teoría de la hegemonía se ocupa de los discursos como totalidades que abarcan elementos lingüísticos y no lingüísticos (Laclau y Mouffe, 1985: Capítulo 3).

Capítulo 3

Identidades políticas y construcción del “Pueblo”

Antes he derivado del modelo teórico de Laclau que la construcción del “pueblo” es la operación hegemónica fundamental. En realidad esto es un desarrollo que Laclau hace a partir del concepto “voluntad colectiva nacional-popular”, central en la teoría de la hegemonía de Gramsci. Este es también el centro de mi análisis, sobre el cual trataré de construir un modelo teórico que, recogiendo aportaciones de los dos autores, sirva para analizar las luchas hegemónicas. Por lo tanto, en este epígrafe se revisan y resumen los conceptos fundamentales precedentes, integrados en forma sistemática.

Gramsci equiparaba, para el caso Italiano, hegemonía a construcción nacional. El moderno príncipe, el partido de la clase obrera, sería hegemónico en tanto en cuanto fuese capaz de realizar la tarea histórica en la que todas las fuerzas, desde el *Risorgimento* hasta el fascismo, habían fracasado. Construir “voluntad colectiva nacional-popular” era articular todas las demandas de las mayorías sociales en una construcción nacional liderada por la clase trabajadora italiana.

Si es evidente la influencia de este postulado en la teoría de Laclau y Mouffe desde *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), la obra posterior de Laclau está enteramente consagrada a esta cuestión, como muestra de su centralidad en su teoría de la hegemonía. En *La razón populista* (Laclau, 2005) indaga en la expresión más alta de construcción de identidades políticas: la construcción del “pueblo”, que él equipara al fenómeno del “populismo”. Esta obra constituye una referencia central de esta investigación, por lo que este epígrafe se basa fundamentalmente en ella.

La conformación de identidades populares, o “nacional-populares” como también las denominaré desde ahora, me interesa en la medida en que es un aspecto central en la construcción de hegemonía, y la nominación “pueblo” suele ser el momento más elevado de construcción subjetiva con pretensión hegemónica. Además, defenderé que lo que denominaré

con Laclau “mecanismos *populistas* de articulación de las identidades políticas” resultan especialmente útiles para comprender el proceso político boliviano y la hegemonía del Movimiento Al Socialismo. Por eso reviso este capítulo se dedica a las identidades políticas y, en particular, a la construcción del “Pueblo” y el “populismo” como su interpelación constitutiva, como tercer pilar del marco teórico de esta investigación, tras “Hegemonía” y “Discurso”.

En tanto que uno de los términos más discutidos en ciencia política, el “populismo” ha producido una basta literatura. Mi intención no puede ser dar cuenta de toda ella, puesto que ésta investigación no se inscribe en el campo de los estudios sobre el populismo, sino en el de aquellos dedicados a la hegemonía. En todo caso, este es un área de referencia prioritaria de esta investigación, con la que a menudo se discute o de la que se toman ideas¹⁰⁰.

Por ello la óptica escogida para este capítulo es el tratamiento que desde la *Discourse Theory* se hace del “populismo” en tanto que “forma” y no “contenido” político. Así, visitaré los principales enfoques sobre el concepto y sobre experiencias “populistas”, en especial en América Latina, pero lo haré a través de la revisión extremadamente crítica que Ernesto Laclau (2005) realiza de ellos, y de la que deriva su posterior armazón teórico, del que esta investigación se vale.

¹⁰⁰ El campo de estudios sobre el populismo está viviendo actualmente una relativa revitalización, tanto por la emergencia de nuevos fenómenos que reciben la etiqueta de “populistas” como por nuevas problematizaciones sobre el concepto. Éste enfoque ha sido profundizado por diferentes autores, en un área de investigaciones en crecimiento, y ha sido objeto de encendidas discusiones con algunos de los más destacados estudiosos de la política (Rancière, 2007; Žizek, 2010). El artículo de María Celeste Boix “Populismo en América Latina o la prudencia ante la polisemia” (2009) es un esmerado trabajo de revisión bibliográfica que, si bien no aporta demasiado en términos de interpretación propia de la misma, sí puede ser consultado como un mapa orientativo de los diferentes enfoques teóricos sobre el populismo. En ese sentido, aunque más específicamente centrado en el “nuevo populismo” en América Latina, ver: De la Torre (2003). Para resúmenes recientes sobre los debates conceptuales ver: (Mackinnon y Petrone 1998; Canovan, 1999; de la Torre 2000; Laclau, 2005; Panizza, 2009; Freidenberg 2007). Algunos trabajos representativos del renacer de las discusiones sobre fenómenos populistas en Europa son: (Zúquete, 2007; Mouffe, 2009; Reyes, 2009). Sobre el “populismo” en la región latinoamericana, ver: (Mackinnon y Petrone, 1998; Raby, 2006; Zanatta, 2008; de la Torre y Peruzzotti 2008).

3.1 El término maldito: La literatura sobre populismo

En la primera parte de *La razón populista*, Laclau examina las principales posturas teóricas bajo el ilustrativo título de “La denigración de las masas”, y lo hace desde la sospecha explicitada de que detrás de la desestimación de los fenómenos populistas está: “la desestimación de la política *tout court* y la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la *buena comunidad*” (Laclau, 2005: 10). Esta desconfianza con respecto al populismo sería entonces una desconfianza elitista a la política misma, y expresaría un deseo de suspender su dinamismo.

Las teorías de la psicología de masas no pueden dar cuenta del fenómeno porque parten del menosprecio y la desconfianza con respecto a lo popular, representado como patológico e irracional. Las teorías funcionalistas, por su parte, son incapaces de captar la naturaleza contingente e “innovadora” que toda ruptura populista conlleva siempre (Laclau, 2005: capítulos 2 y 3).

El libro de Gustave Le Bon *Psicología de las multitudes* (1895 [1995]) constituye una visión paradigmática de la visión novecentista de la psicología de las masas como el ámbito de lo irracional y patológico, pero ya no como una excepción propia de estallidos insurreccionales sino como un elemento ya propio de la sociedad moderna: “Las multitudes son algo así como la esfinge de una antigua fábula: debemos llegar a una solución de los problemas planteados por su psicología, o resignarnos a ser devorados por ella” (Le Bon, 1995: 124)¹⁰¹. Todo su trabajo está guiado por la premisa de que hay una diferencia esencial entre el significado “real” del lenguaje y las evocaciones desviadas de éste en la psique de las masas (Le Bon, 1995: 86-87)¹⁰². Así, es posible establecer una dicotomía entre el individuo racional y la masa irracional, que es una formación social patológica.

Este esquema básico presidirá la mayor parte de las elaboraciones posteriores sobre la psicología de masas: desde el más crudo conservadurismo elitista de Taine (1878 [1986]) a elaboraciones más proclives a reconocer una racionalidad de masas, pero igualmente presididas por la desconfianza (Tarde, 1901 [1986]; McDougall, 1920). Sigmund Freud (1921

¹⁰¹ Citado en Laclau (2005: 37)

¹⁰² Citado en Laclau (2005: 45)

[1985]) supone un cambio de paradigma por cuanto cuestiona la diferencia absoluta entre racionalidad individual y racionalidad colectiva, y se propone explicar la naturaleza del vínculo que explica el paso del individuo al colectivo, que él identifica como *la libido*, que es el principio que rige la agrupación y construcción colectiva.

Laclau (2005: 85-88) identifica en todas estas elaboraciones teóricas un hilo conductor: la tensión entre homogeneidad y diferenciación social, marcadas en todo caso por la desconfianza hacia el comportamiento de masas. Para Laclau existe una identidad entre esta desconfianza y el desprestigio teórico del populismo. No obstante, en lugar de enfrentarse a las caracterizaciones negativas del populismo, se apoya en ellas para comenzar desde ellas su investigación éste como una lógica política específica.

El propio enfoque epistemológico que entiende que el comportamiento colectivo de los sectores populares debe ser estudiado por la psicología está impregnado de sospecha y desconfianza por la irrupción de las masas, a la que puede entender antes como una anomalía o estallido de irracionalidad que como una intervención política autónoma. La literatura contemporánea sobre el populismo, sin compartir el enfoque teórico, tiene sin embargo algo de esa desconfianza epistemológica. En la mayor parte de los trabajos examinados, se encuentra la misma caracterización del populismo como un fenómeno de límites difusos, ideológicamente ambiguo y generalmente asociado a sociedades o discursos poco evolucionados políticamente.

El libro *Authoritarianism, Fascism and National Populism* de Gino Germani (1978) es una de las obras más conocidas acerca del fenómeno del populismo. Germani emprende una recopilación de “rasgos relevantes” (Germani, 1978: 88) que sin embargo no le conducen, por el gran número de excepciones, a ninguna definición del término. Trabajos como los de Donald MacRae (1970) o Peter Wiles (1970) fracasan en esta tarea por cuanto sus respectivas definiciones pierden tanta extensión como intensidad alcanzan. En otras palabras: cuanto más tratan de decir sobre los contenidos del populismo más casos contradictorios encuentran.

Margaret Canovan (1981) en lugar de tratar de reducir la multiplicidad de casos y elementos que podrían caber bajo la etiqueta de “populismo”, realiza una comparación entre los casos para tratar de extraer rasgos comunes a todos ellos. Con ello elabora una tipología (Canovan, 1981: 4) tan amplia que los parámetros de clasificación distan de estar claros. No obstante, le

sirve para aprehender dos componentes universales del fenómeno, como son la convocatoria al “pueblo” y el antielitismo (Canovan, 1981: 294). Sin afirmarlo explícitamente, se sitúa así a las puertas de una teoría del populismo que no trate de definirlo por sus contenidos ideológicos sino como una lógica propia de construcción de lo político.

Savarino (1998) persigue el mismo objetivo que Canovan: “la elaboración de una herramienta teórica y de una tipología que permita incluir los diferentes casos europeos y latinoamericanos, y evidenciar la autonomía y la especificidad del populismo” (Savarino, 1998: 81). Para ello, emprende una extensa revisión bibliográfica que le permite identificar un “núcleo denso” del populismo: la interpelación del “pueblo” por parte de un líder carismático por medio de una movilización directa que postula la regeneración de la comunidad popular idealizada (Savarino, 1998: 83). Esta tesis debe ser tenida en cuenta por cuanto es generalmente aceptada por la mayor parte de los investigadores. En efecto, ningún rasgo de los que Savarino señala –pueblo, líder, comunidad- se encuentra ausente en ninguna experiencia que podamos identificar como “populista”. El problema es que –con diferentes grados e intensidades- no se encuentra ausente casi en ninguna experiencia de construcción hegemónica.

La aportación de Kenneth Minogue (1970) es para Laclau valiosa por su atención a la ideología como espacio de constitución de movimientos populistas, y el de Peter Worsley (1970), un paso más allá, porque estudia las ideas no con voluntad comparativa sino “discursiva”: por su labor preformativa, de construcción, que no puede ser reducida a la simple manipulación (Worley, 1970). De esta manera, en lugar de por sus contenidos ideológicos, el populismo debe ser definido por su dimensión que atraviesa diferentes ideologías. Si bien Worsley no realiza este esfuerzo de definición de la lógica propia de la construcción del “pueblo”, sí señala certeramente, para Laclau, el camino a seguir.

Laclau deriva su definición de ésta a partir de las dos líneas de descripción –y crítica implícita- en las que la literatura convencional suele coincidir al tratar los fenómenos populistas: su vaguedad ideológica y su simplificación del espacio político.

Comenzando por la primera, es indudable que un rasgo principal de la literatura sobre el populismo es su imprecisión, la incapacidad de ofrecer definiciones robustas, el elevado número de excepciones que debilitan todas las taxonomías intentadas (Laclau, 2005: 25). La

degradación de los fenómenos estudiados incapacita a la mayor parte de enfoques, según Laclau, para comprender “el pueblo” como modo legítimo de construcción de lo político. Imposibilitadas de esta comprensión del populismo como “forma”, la indagación sobre sus contenidos siempre arroja resultados ambiguos: “en este punto quedamos con las alternativas poco aceptables que hemos revisado: o bien restringir el populismo a una de sus variantes históricas, o intentar una definición general que siempre va a ser limitada” (Laclau, 2005: 32). En cualquiera de los casos, el término es más bien un arma arrojada para la descalificación de fenómenos con los que se está en desacuerdo, o un término “vago” que puede ser aplicado lo mismo a experiencias de izquierda que de derecha.

Sin embargo, esa “vaguedad” del fenómeno populista que sus intentos de aprehensión teórica reflejan puede ser la manifestación de que, en tanto que “forma de construcción de lo político”, el populismo está definitivamente marcado por la heterogeneidad e indeterminación de la política misma. En lugar de rechazar la acusación de “vaguedad”, Laclau la emplea para sostener su argumentación del populismo como forma y no como contenido:

[...] en lugar de contraponer la “vaguedad” a una lógica política madura dominada por un alto grado de determinación institucional precisa, deberíamos comenzar por hacernos una serie de preguntas más básicas: “la vaguedad” de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social? Y en ese caso, ¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes? (Laclau, 2005: 32).

La indefinición es entonces el correlato de la propia indeterminación de la política, de la que la construcción del pueblo es una dimensión más, siempre presente en todos los discursos. La imprecisión del populismo da fe de que es una forma de construcción política, de producción de orden en un contexto de disgregación:

[...] el lenguaje de un discurso populista –ya sea de izquierda o de derecha- siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y

fluctuante” (Laclau, 2005: 151).

La otra línea presente es la que trata al populismo como un fenómeno simplificador, propio de sociedades en las que las ideologías más complejas no se han desarrollado adecuadamente. Laclau reconoce este rasgo del populismo, y cita el ejemplo de las elecciones en Argentina en 1945, cuando el general Perón declaró que la opción era entre él y Braden, el embajador estadounidense. No obstante, éste no es un rasgo exclusivo del populismo, sino que la simplificación del espacio político en dos polos dicotómicos y necesariamente imprecisos – pues de otro modo no podrían abarcar una seria amplia de particularidades- es una de las lógicas constituyentes de la política, que está siempre presente, en mayor o menor grado, en todo discurso. Así las cosas, “el rasgo distintivo del populismo sería sólo el énfasis especial en una lógica política, la cual, como tal, es un ingrediente necesario de la política *tout court*” (Laclau, 2005: 33).

3.2 Lo nacional-popular en América Latina

Antes de adentrarse en la elaboración de Laclau sobre el “populismo” como una lógica de construcción de lo político basada en una interpelación al “pueblo” en una división dicotómica de la sociedad, es necesario realizar un breve recorrido por la literatura que se ha ocupado específicamente de las experiencias “populistas” o nacional-populares en América Latina, que es la región en la que se ubica mi estudio de caso sobre la hegemonía en Bolivia. Esta literatura defiende su unidad de análisis latinoamericana defendiendo que el fenómeno allí ha presentado características diferenciales y, sobretodo, ha jugado un papel histórico particular.

Estos estudios tuvieron especial vigor durante los años 70 del pasado siglo, vinculados a la Teoría de la Dependencia, de la que me ocupó en el apartado dedicado al análisis de los sistemas-mundo.

Se trata de una rama de estudios, hoy considerablemente menos abundante, que aún hoy informa sin embargo gran parte de los estudios que desde la ciencia política abordan los fenómenos caracterizados por la construcción del “pueblo” como sujeto político central en el subcontinente latinoamericano.

El antecedente inmediato de estos enfoques está, paradójicamente, inspirado por la Teoría de la modernización. El populismo sería así la consecuencia característica en los países subdesarrollados del tránsito de la sociedad tradicional a la moderna. Desde una perspectiva estructural-funcionalista, el desarrollo geográficamente desigual es una “asincronía” que relega a algunas sociedades a una situación de “atraso”, de la que salen mediante procesos bruscos de inclusión de las masas a la vida política, arrojadas por la industrialización. Sociólogos como Gino Germani (1978) o Torcuato Di Tella (1965) postulan que la emergencia de las masas como agentes políticos cuando “aún” no hay canales político-institucionales para ello, crea una situación de disponibilidad para el surgimiento de liderazgos paternalistas. En medio de la decadencia del liberalismo decimonónico, el populismo sería una ideología no madura anti-status quo, propio de un cierto subdesarrollo político de éstas y de la precariedad de los canales institucionales y de protección social de las repúblicas latinoamericanas. Esta interpretación, sin embargo, no parece explicar que la industrialización en varios casos aparece como resultado y no como precedente de la movilización populista, como resultado de una política estatal proteccionista destinada a tal fin (Vilas, 1981). Tampoco resiste una mínima confrontación con fenómenos actuales y occidentales de populismo: si éste es un fenómeno propio de un cierto “atraso” cultural e institucional de una sociedad, entonces hay que dejar fuera los nuevos populismos de extrema derecha en la Europa del este, en el norte de Italia o en Francia, por nombrar sólo algunos ejemplos.

Steve Stein (1987) se ubica también en esta línea, aunque un tiempo después y con un matiz culturalista propio, al entender el populismo latinoamericano como propio de una cultura política patrimonialista y paternalista, heredada de la mentalidad feudal y católica lusocastellana. En su interpretación, el populismo sería una forma de integración controlada de las masas en política, bajo un liderazgo que previene estallidos insurreccionales. No cuesta percibir una visión “orientalista” de las sociedades latinoamericanas, cuyas masas están dispuestas a dejarse conducir por cualquier líder suficientemente viril como para satisfacer su tendencia cultural heredada de españoles, portugueses e italianos, pueblos espontáneos, románticos y un tanto desordenados, como se sabe.

Una versión actual y más institucionalista pero igualmente cercana a estas caracterizaciones negativas del populismo puede encontrarse en los trabajos de Alcántara (1995; 2006) y Alcántara y Freidenberg (2001), que definen las construcciones nacional-populares como procesos gobernados por una retórica demagógica, la interpelación emocional de las masas

urbanas populares y la postulación del “pueblo” como el depositario de todas las virtudes frente a las élites tradicionales. Todo ello sucede necesariamente bajo la dirección de un líder carismático que compensa el subdesarrollo ideológico y programático del movimiento¹⁰³. Laclau realiza una lectura crítica de estas caracterizaciones que creo señala acertadamente sus límites y que ya hemos visto. Por lo demás, estas elaboraciones pueden perder poder explicativo conforme convergen con el uso mediático del término “populismo” como descalificación cada vez más vacía, que le puede ser aplicado a todo adversario político que haga interpelaciones a sectores populares.

Los enfoques estructural-funcionalistas, a pesar de su radical diferencia ideológica, comparten con la teoría de la dependencia una caracterización del populismo como etapa histórica propia de sociedades en transición. Mackinon y Petrone (1998) señalan que estas dos escuelas aparentemente tan dispares convergen en atribuir su causa estructural a la desviación latinoamericana del patrón de desarrollo capitalista occidental: por su “atraso” en el primer caso y por su sometimiento a unas relaciones de extracción de plusvalía de las periferias hacia el centro de la economía mundial en el segundo.

Para la corriente “dependentista” se trata de un fenómeno histórico propio de estructuras sociales marcadas por su rol subordinado en la economía mundial, correlacionándolo con una etapa del desarrollo capitalista latinoamericano marcada por la crisis del modelo agro-exportador y el Estado oligárquico.

El Estado, ante la debilidad de la burguesía industrial doméstica, asumiría la conducción política de una estrategia de acumulación orientada a la industrialización a través del aumento del mercado interno. Para el desarrollo de esta estrategia, el Estado populista necesitaría

¹⁰³ Tuve la oportunidad de contrastar esta afirmación con la propia Freidenberg, que durante una discusión en septiembre de 2010 en el XIV Congreso de latinoamericanistas españoles en Santiago de Compostelame me emplazó a revisar su libro *La tentación populista: Una vía al poder en América Latina* (2007). Efectivamente, sus posiciones son más complejas y descansan en un elaborado estudio que tiene en cuenta diferentes casos de “populismo”. Aún así, considero que su aproximación sigue partiendo de la consideración del “populismo” como una anomalía o distorsión de los sistemas democráticos, lo cual permite incluirlo dentro de la revisión crítica que Laclau (2005: capítulos 2 y 3) realiza de estos enfoques. En cualquier caso, las discusiones en torno al “neopopulismo” y sus elementos de continuidad y de ruptura con respecto al populismo “clásico” en América Latina se han visto cruzados por el paso de los liderazgos “populistas-neoliberales” en la región a las experiencias nacional-populares de izquierdas, que son las que hoy copan el término. Para leer diferentes posiciones y perspectivas en el debate en torno al “neopopulismo”: (Vilas, 2003; Freidenberg, 2007; De la Torre y Peruzzoti, 2008; Hermet, 2008)

movilizar a las masas urbanas detrás de una ideología nacionalista, para aumentar su poder frente a la fracción importadora, latifundista y comercial del capital nacional.

Guillermo O'Donnell (1972; 1997) se encuentra también cercano a estas explicaciones cuando señala que las coaliciones interclasistas entre la burguesía industrial y las masas urbanas asalariadas fueron el medio para desarrollar modelos de acumulación capitalista nuevos, los conocidos como de “Industrialización por Sustitución de Importaciones” (ISI) que respondiesen a la crisis del modelo oligárquico-exportador. Coincidiendo con la tesis de la crisis del liberalismo y el Estado oligárquico ante la irrupción abrupta de las clases populares, Weffort (1998) postula que el “estatismo” de masas que caracteriza al populismo es el resultado de que éstos “desajustes sociales” necesitan ser suturados por una conducción estatal relativamente autónoma de las clases sociales.

También Ianni (1975) entiende en este sentido los populismos latinoamericanos de mediados del siglo XX: como propios de la evolución de las contradicciones entre la evolución de las formaciones capitalistas latinoamericanas y su dependencia a los centros de acumulación mundial. No obstante, Ianni precisa una diferenciación entre el “populismo burgués”, que tiene como metas la industrialización nacional, la modernización estatal, y la formalización de relaciones de producción plenamente capitalistas; y el “populismo de masas”, que lleva su “redistribucionismo” más lejos de los límites que la burguesía “nacional” está dispuesta a aceptar, y adquiere así un carácter revolucionario que lo acerca a la lucha de clases. Ésta es una interpretación heterodoxa del marxismo que en cualquier caso señala el punto máximo de intento de convergencia con los fenómenos nacional-populares.

Alain Touraine (1998) concibe que en América Latina no son las posiciones en el sistema productivo las que definen las identidades políticas, sino la posición de los diferentes grupos con respecto al Estado. El carácter dependiente de las economías latinoamericanas determina la centralidad del Estado en las relaciones sociales, y por eso la política nacional-popular es una interpelación a la identificación entre pueblo y Estado, para que éste último conduzca el desarrollo nacional (Touraine, 1989). La independencia nacional, la modernización y la iniciativa popular serían así recursos para lograr esa identificación.

Esta explicación histórico-estructural del populismo latinoamericano plantea una hipótesis particularmente plausible para los populismos desarrollistas de las décadas de 1930 a 1960,

procesos caracterizados por la ampliación de las clases medias, la industrialización y consolidación de un mercado interno, la estructuración política de los sectores proletarios y el aumento de la capacidad de regulación y autonomía del Estado. Es también muy próxima a los análisis de los sistemas-mundo en su vinculación del fenómeno de construcción de identidades de “pueblo” a la naturaleza de Estados marcados por su condición periférica en la división internacional del trabajo. Por ello, merece una especial atención. Carlos Vilas es quizás el más lúcido exponente de esta teoría, por lo que el análisis detallado se hará sobre su formulación de estas tesis.

3.2.1 Carlos Vilas y la interpretación economicista de las construcciones nacional-populares

Para Vilas, el populismo en América Latina es una estrategia de acumulación por la cual el Estado sustituye a la débil burguesía doméstica en su esfuerzo de industrialización a través de la expansión del mercado interno (Vilas, 1981).

Desde un esquema de interpretación marxista, Vilas distingue entre las dimensiones estructural e ideológica de las experiencias populistas en América Latina.

La dimensión estructural estaría marcada por el “atraso” industrial provocado por la penetración capitalista en las sociedades latinoamericanas, siguiendo un patrón de producción de materias primas poco elaboradas para la exportación, y de bienes de consumo para el mercado interno. No obstante, mientras en otros lugares, como Rusia o Estados Unidos, el populismo nutría los ataques a la expansión del capitalismo industrial, en América Latina servía como estímulo a su desarrollo (Vilas, 1981: 119-120). El crecimiento industrial estuvo basado en América Latina en la integración de los sectores populares en el trabajo industrial como mano de obra barata y, sólo en un segundo término y como fenómeno derivado, como consumidores de productos manufacturados para ampliar el mercado interno. Esta dimensión estructural produce masas urbanas y asalariadas, que son además interpeladas como el sustento del Estado populista.

La dimensión superestructural es aquella en la que convierte esa “modalidad de acumulación” derivada de *un nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas* en una “estrategia de

acumulación”. Este paso de la situación a la estrategia está posibilitado por unas determinadas condiciones materiales, “pero su cristalización en un proyecto hegemónico y su efectiva implantación, se determinan en el campo de la lucha política, y por último en su articulación en el Estado –ámbito en el cual la estrategia de acumulación deviene *política económica*” (Vilas, 1981: 125).

Para que esto sucediese era necesaria una profunda reordenación del sistema productivo en un sentido más favorable para la burguesía industrial, lo cual implicaba a su vez una cierta confrontación con las fracciones oligárquicas comprometidas con la dependencia del sector exportador, y una dirección estatal favorable al giro conocido como “Industrialización por Sustitución de Importaciones” (ISI)

La debilidad política y organizativa de la burguesía industrial hizo que este amplio proceso de reformas dependiese fundamentalmente del papel del Estado y recayese en la dirección de éste por los grupos corporativos asociados a él, como la burocracia civil de clase media o el ejército¹⁰⁴. La estrategia populista de acumulación, convertida ya en política económica estatal, se apoyó de modo privilegiado en la movilización de las masas urbanas. Vilas, sin embargo, rechaza la conceptualización del populismo como “alianza de clases entre el proletariado urbano y la burguesía industrial”, y defiende que se trató más de una convergencia coyuntural bajo el cobijo del Estado. Cardoso, teórico de la dependencia y posteriormente Primer Ministro de Brasil, defiende una tesis similar al ocuparse del primer período peronista: “No se trata propiamente de la constitución de un sistema expreso de alianzas sino de una “coyuntura de poder” que tiene al Estado como condestable” (Cardoso, 1973). En términos gramscianos se puede afirmar que el Estado, en esta interpretación, sustituiría la falta de hegemonía de la burguesía, suplantando a ésta en su labor de crear un bloque histórico, que no obstante sólo llega a ser *un sistema de equilibrios inestables de compromiso impuestos desde afuera* (Vilas, 1981: 130). Estaríamos, entonces, frente a una “revolución pasiva” destinada a fomentar el desarrollo industrial nacional y la supremacía de la burguesía doméstica frente a la oligarquía exportadora, con las masas convocadas a una movilización subordinada.

¹⁰⁴ Hay una amplia literatura sobre la conducción de los procesos de desarrollo e industrialización nacional por determinados aparatos del Estado, especialmente el Ejército. Para Brasil, ver: Skidmore, (1976); para Argentina, ver: Goldwert (1972).

El gobernante populista encuentra su nicho, entonces, en la ampliación de la intervención del Estado para modificar el patrón de acumulación capitalista periférico a uno de industrialización y diversificación del aparato productivo. Las masas son convocadas y atraídas por este programa por un Estado que regula el conflicto social y, con mayor o menor efectividad e intensidad, redistribuye el excedente para reproducir la fuerza de trabajo, a través de programas de salud y educación públicas, legislación laboral o aumento de salarios. La parcial integración y satisfacción de las demandas de los sectores populares urbanos y la institucionalización de sus sindicatos provee al Estado populista de una fuerza movilizadora para dirimir los conflictos entre las fracciones dominantes en pugna por uno u otro modelo de desarrollo. “El populismo combina así, respecto de las masas, movilización y manipulación, organización y represión” (Vilas, 1981: 133).

Se crea así la imagen de un Estado “separado” o “por encima” de las fuerzas sociales en pugna, y dedicado a fomentar un desarrollo nacional que puede ser armónico. Éste es uno de los rasgos centrales del populismo latinoamericano: la aspiración a un desarrollo nacional armónico que primer por encima del conflicto de clases. En una suerte de capitalismo moralizado por la primacía de la comunidad nacional que representa el pueblo.

Vilas, para respaldar sus caracterizaciones del fenómeno, cita textualmente numerosos ejemplos de discursos de líderes de las experiencias nacional-populares de mediados de siglo XX en América Latina. Por su extraordinario valor ilustrativo, se utilizan aquí algunos de ellos.

La siguiente cita de un discurso de “Evita” Perón es un ejemplo paradigmático:

“Somos, en una sociedad carcomida por las luchas sociales, el ejemplo de la cooperación social... [Frente a] la infamia y la vergüenza de la explotación del hombre por el hombre [somos] el ejemplo de un mundo de perfección que es el justicialismo, basado en la dignificación del trabajo, en la elevación de la cultura social y en la humanización del capital”¹⁰⁵.

Esta ideología no es novedosa en sí misma, puesto que se encuentra también en ciertas variantes del liberalismo, sino que lo distintivo es que la armonía no sucede entre individuos,

¹⁰⁵ Eva Perón: “Discurso en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1950” citado en Bortnik (1974: 124)

sino entre “clases” convocadas como tal a superar un antagonismo que sólo debilita al “todo nacional”. El Estado no promueve la despolitización de las masas sino su activa participación en un proyecto supuestamente superador de los antagonismos en pos del bien superior nacional (Vilas, 1981: 134). Es por esto que en América Latina se pueden asumir como sinónimos el “populismo” y lo “nacional-popular”.

De esta forma se expresaba Getúlio Vargas en Brasil:

“Las clases productoras, que realmente contribuyen a la grandeza y la prosperidad nacional, el comerciante honesto, el industrial trabajador y equitativo, el agricultor que fecunda la tierra, no tienen razón para abrigar temores (...) Jamás deben recelar de la fuerza del pueblo los que trabajan con el pueblo y para el pueblo. Lo que la ley no protege ni tolera es el abuso, la especulación desenfadada, la usura, el crimen, la iniquidad, la ganancia de todos los tipos de traficantes, que se lucran sobre la miseria ajena, comercian con el hambre de sus semejantes y dan hasta el alma al diablo para acumular riquezas a costa del sudor, de la angustia y del sacrificio de la mayoría de la población”¹⁰⁶.

Las palabras de Vargas muestran de forma particularmente evidente la forma contradictoria en que el discurso nacional-popular es antiimperialista y antioligárquico hasta el límite nunca alcanzado del anticapitalismo. El problema no es la explotación capitalista, sino el subdesarrollo y las malas prácticas de una oligarquía “antipatria”. De la misma forma, Juan Domingo Perón en Argentina:

“El consumo no debe estar subordinado a la producción; es decir que subordine el capital y sus conveniencias al consumo y las necesidades. Esta es la teoría justicialista. (...) Cuando aumentamos el estándar de vida y forzamos el consumo, subordinamos el capital a la economía y la producción al consumo. No preguntamos a los industriales si van a producir más cuando aumentamos cinco veces el salario y aumenta cinco veces el consumo. No les preguntamos si se salen del punto óptimo. No nos importa. Ahora están produciendo más. (...) Cada uno come más, viste mejor, vive más feliz y los capitalistas ganan ahora más que antes”¹⁰⁷.

¹⁰⁶ Getúlio Vargas: “Discurso del 1º de Mayo de 1951 en el Estádio do Vasco da Gama” Citado en Vilas (1981: 139)

¹⁰⁷ Perón, J. D. 1952 *Conducción Política* Buenos Aires: Ed. Mundo Peronista: pp. 74-75. Citado en Vilas (1981: 143)

La ideología de conciliación social por medio de la integración de las masas y la supeditación de sus demandas al desarrollo nacional es por otra parte el reflejo de los compromisos de un Estado de transición de una economía agraria a otra industrial y urbana. Estos compromisos, siempre en un equilibrio precario, son a menudo tomados por la literatura especializada como “ambigüedades en el discurso populista”, cuando en realidad expresan el carácter de transición y de revolución pasiva de las construcciones nacional-populares.

De nuevo Vargas:

“Mis propósitos fueron siempre el equilibrio social, la armonía de los intereses entre las clases productoras y las clases trabajadoras, la concordia política y la distribución de los bienes y las riquezas de la sociedad”¹⁰⁸.

Y Perón:

“Hay una sola forma de resolver el problema de la agitación de las masas, y ella es la verdadera justicia social en la medida de todo aquello que sea posible a la riqueza de su país y propia economía, ya que el bienestar de las clases dirigentes y de las clases obreras está siempre en razón directa de la economía nacional. Ir más allá es marchar hacia un cataclismo económico; quedarse muy acá es marchar hacia un cataclismo social. (...) Es necesario dar a los obreros lo que éstos merecen por su trabajo y lo que necesitan para vivir dignamente (...) Es necesario saber dar un 30 por ciento a tiempo que perder todo a posteriori (...) Procedamos a poner de acuerdo al capital y al trabajo, tutelados ambos por la acción directiva del Estado”¹⁰⁹.

No obstante, la movilización de las masas marca la tensión inherente a los regímenes nacional-populares, que se asientan sobre un complicado ejercicio que convoca al sujeto “pueblo” a una movilización controlada, antioligárquica; pero que no debe afectar a la acumulación de capital conducida por el Estado en colaboración con el empresariado “nacional”. Además, esta estrategia de transición, alcanzado un cierto punto, es contradictoria con el desarrollo de la burguesía industrial, que comienza a ver agudizada la caída tendencial de la tasa de ganancia por la intervención estatal en la economía, y su protección ya no es más

¹⁰⁸ Getúlio Vargas: “Discurso del 1º de mayo de 1951”. Citado en Vilas, 1981: 140

¹⁰⁹ Perón, J. D. “Discurso en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 25 de agosto de 1944 en *El pueblo quiere saber de qué se trata*. Citado en Vilas, 1981: 138-139

provechosa sino un obstáculo para la fase de “transnacionalización”. El propio Vilas realiza una sintetización muy satisfactoria de su teoría del populismo:

“En la promoción de la estrategia de acumulación el Estado populista plantea una movilización popular que siempre resulta excesiva para la ideología de la burguesía, aunque sea necesaria para impulsar sus intereses de clase; su reformismo anticipatorio es demasiado sofisticado, y a veces también demasiado caro, para una clase dominante entrenada en la beneficencia y en la represión. Al mismo tiempo, el éxito en sus tareas –la consolidación del mercado interno, la modernización capitalista, el impulso al crecimiento industrial- agota progresivamente su base económica, y reduce adicionalmente su espacio político” (Vilas, 1981: 147).

Calderón y Jelin (1996) parecen acordar, en una elaboración más contemporánea, que el populismo “como creación histórica latinoamericana” es una respuesta a la dependencia y la debilidad de las burguesías domésticas.

Esta visión estructuralista del populismo tiene el valor de ubicar los fenómenos nacional-populares en América Latina en una perspectiva amplia que relaciona las construcciones ideológicas con sus condiciones de producción, en este caso aquellas determinadas por la condición periférica de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, está peligrosamente cercana de comprender la ideología como una “función” de las relaciones entre clases, y por tanto de concebir al populismo y sus interpelaciones interclasistas, como en visiones anteriores, como una anomalía transitoria derivada de la situación de “satélite” de las sociedades latinoamericanas con respecto a los centros de desarrollo capitalista avanzado. Pero su deficiencia principal está en lo que deja sin explicar: la construcción del pueblo como operación hegemónica por la que un grupo social articula una “voluntad colectiva nacional-popular” Las coincidencias en el nombre con la conocida expresión de Gramsci son aquí altamente reveladoras.

Las determinaciones estructurales, en esta interpretación, marcan la posibilidad pero en ningún caso la necesidad de los fenómenos populistas o nacional-populares, cuya “cristalización” siempre depende de la lucha política. Esta es una conclusión perfectamente compatible con el marco teórico gramsciano empleado en este trabajo, pero es insuficiente. A no ser que se emplee la fórmula de la “autonomía relativa” como una mera válvula de escape de la teoría, ubicar las experiencias de construcción nacional-popular en un estadio concreto

de desarrollo capitalista de las sociedades dependientes y en la compleja relación entre clases derivada, no ayuda en exceso a comprender la naturaleza de los movimientos definidos por su apelación al “pueblo”. La cuestión de la hegemonía sigue quedando en el aire: quién y cómo realiza ese tránsito de la “posibilidad” a la “necesidad”. Ya que las masas interpeladas por lo nacional-popular actuaban antes en un sentido diferente o no actuaban en modo alguno como sujeto colectivo, lo fundamental sigue siendo el proceso por el cual aparece una identidad popular hegemónica que reordena el campo político y es capaz de reorientar la política económica estatal en el sentido descrito antes, pero que no puede ser reducida a una narración funcional a una estrategia de acumulación, por cuanto, como el propio Vilas reconoce (1981: 144) sobrevive y desborda su aplicación práctica en las reformas económicas, provocando no pocas tensiones, lo que demuestra su autonomía y contingencia.

Trabajos más recientes de Carlos Vilas (2003) tampoco solucionan este problema. La conocida movilización subordinada de las masas sucede porque éstas responden a una formulación ideológica exitosa que delimita un pueblo nacional opuesto a una oligarquía antinacional. Si esta operación no tiene nada de necesaria, sino que su emergencia es contingente –aunque marcada por unas condiciones de posibilidad que impiden que cualquier ideología pueda ser exitosa- estamos ante una cuestión que hay que explicar: la construcción discursiva del pueblo.

La interpretación de Portantiero puede servir, no por casualidad mediante el recurso a Gramsci, como puente (1999) que conecte la perspectiva de esta escuela teórica descrita con los análisis centrados en la “ideología” de la construcción nacional-popular en América Latina. Para Portantiero, el populismo es el resultado de una crisis de hegemonía en las sociedades latinoamericanas, que determina que ninguna sea lo suficientemente preponderante como para gobernar el país. El papel del líder y del Estado populista serían entonces, en una suerte de “revolución pasiva” los conductores de una alianza interclasista por el desarrollo nacional, cuyo carácter último de clase estaría determinado por la pugna al interior de este complejo y contradictorio bloque histórico, que tiene siempre un carácter transitorio.

La identificación histórica contingente, en América Latina, de liberalismo y oligarquía impidió que el liberalismo pudiese absorber la irrupción política de las demandas de las masas populares, ni el componente de mestizaje propio de lo nacional-popular. Cuando en la crisis de los años 30 el liberalismo ingresa en una profunda crisis, la oposición a la élite oligárquica

se expresa en la fórmula:

“Democracia+industrialismo+nacionalismo+antiimperialismo”,

que condensa la construcción del “pueblo” como sujeto político orientado al Estado como herramienta de transformación social entendida como desarrollo nacional al que se deben subordinar las clases sociales, en torno a su convergencia en el Estado. Lo nacional-popular constituye así, para América Latina, “la primera forma de identidad de las masas” (Portantiero, 1999: 70).

3.3 Populismo y construcción de identidades populares en la *discourse theory*

Una amplia revisión de la literatura especializada le sirve a Laclau para afirmar la importancia del concepto de “hegemonía” como articulación contingente de identidades fragmentadas, descartando así la psicología de masas y el funcionalismo y el estructuralismo; esto es: descartando que ninguna lógica más allá de las decisiones ético-políticas guíen los procesos de agregación social.

La unidad de análisis de la que parte, como ya hemos visto antes es la “demanda”. Puesto que no reconoce la preexistencia de identidades ni grupos, estos existen y se agregan en torno a “demandas” concretas: la expresión de necesidades que aspiran a una realización o satisfacción. Los grupos se forman en torno a la articulación de demandas (Laclau, 2005: 9).

La atención de Laclau al discurso político deriva de que, en su teoría, la unidad se produce como resultado incierto y contingente de un acto político de *nominación* por el cual diferentes demandas se articulan en una cadena de equivalencias o diferencias, unidas por sus diferencias entre sí o por su oposición común a una diferencia elevada al grado de “afuera constitutivo”.

Estas cadenas, para consolidarse, necesitan de términos que operan como condensadores: significantes que están tendencialmente vacíos por la sobrecarga histórica de significados, y que son susceptibles de ser empleados en cadenas de signo político muy diferente: “nación”, “orden”, justicia”, etc. (Laclau, 2005b).

La operación de nominación provoca que una parte asuma la representación de una totalidad imposible, encarnada en un significante tendencialmente vacío. Esto es lo que Laclau llama “la opacidad de la idea de pueblo”. Difícilmente podría ser más explícito en su atribución de centralidad a esta tarea: “la operación política por excelencia va a ser siempre la construcción de un pueblo” (Laclau, 2005: 192).

El método que Laclau emplea para comprender la producción de identidad popular es el Análisis de Discurso, entendido como el estudio del conjunto de operaciones por las cuales se producen las nominaciones que conducen a la hegemonía. El estudio de la construcción del “pueblo” es por tanto, en Laclau, el estudio inseparable del discurso y la hegemonía.

Antes veíamos que las dos formas de construcción de la política son, para Laclau, la “democrática” y la “popular”. Sin embargo, todo sistema político vive un momento fundacional en el que constituye un “pueblo”. Si esta constitución es suficientemente estable, si es capaz de hacer prevalecer la lógica de la diferencia entre las demandas insatisfechas, entonces el acto fundacional puede durar mucho tiempo. Si por el contrario no hay una construcción hegemónica estable –por deficiencias en el discurso o por incapacidad material del grupo dirigente de satisfacer demandas de los subordinados o de mantener el monopolio de la regulación social- entonces hay un espacio de dislocación y heterogeneidad fértil para la emergencia del populismo.

La construcción del “pueblo” es una producción de totalidad no basada en ninguna propiedad esencial de las demandas o grupos, sino en las relaciones de equivalencia y diferencia que se establecen entre ellos:

“para aprehender conceptualmente esa totalidad, debemos aprehender sus límites, es decir, debemos distinguirla de algo “diferente” de sí misma. Esto diferente, sin embargo, sólo puede ser otra diferencia, y como estamos tratando con una totalidad que abarca “todas” las diferencias, esta “otra” diferencia –que provee el exterior que permite construir la totalidad- sería interna y no externa a esta última, por lo tanto no sería apta para el trabajo totalizador. Entonces [...] la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una “exclusión”, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse... Sin embargo, esto crea un nuevo problema: con respecto al elemento excluido, todas las otras diferencias son equivalentes entre sí –

equivalentes en su rechazo común a la identidad excluida- [...]Pero la equivalencia es precisamente lo que subvierte la diferencia, de manera que toda identidad es construida dentro de esta tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia...Lo que tenemos, en última instancia, es una totalidad fallida, el sitio de una plenitud inalcanzable” (Laclau, 2005: 94).

Por eso el surgimiento de una nueva formación hegemónica es un acto de libertad: un *acto* político puro, arbitrario, de innovación que introduce orden donde antes sólo había desagregación. La retórica entonces no revela nada, pues toda estructura conceptual encuentra su cohesión interna apelando a recursos teóricos y discursivos. Toda objetividad social está discursivamente construida. Comparto plenamente el criterio de Molina y Grosser cuando señalan que:

“En Laclau no hay ninguna lógica anterior a la relación misma y sus oposiciones, el pueblo [...] se estructura siempre de modo contingente y su teoría, por lo tanto, sólo señala tendencias lo bastante abiertas como para no atribuirle de antemano ni una teleología ni funciones predeterminadas a sus partes [...] Para Laclau no existe nada previo al juego de las diferencias, el papel que juega cualquier elemento en el todo sólo se define en el juego mismo de las diferencias” (Molina y Grosser, 2008: 150-151)

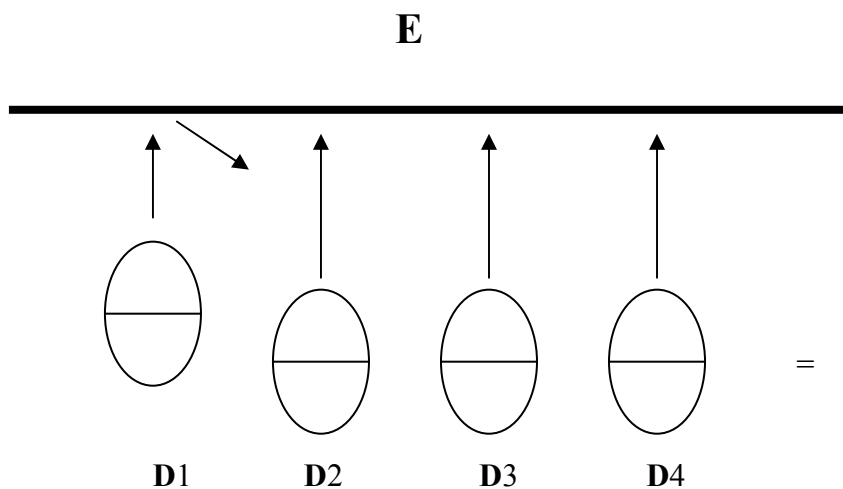
Cuando un significante vacío es capaz de anclar los significados de varios significantes “flotantes” o en disputa¹¹⁰ y vincularlos entre sí en un relato, ordena el campo político en su beneficio. La ruptura del status quo se puede producir cuando un significante vacío es capaz

¹¹⁰ Laclau dice al respecto: “[...]las categorías de significantes *vacíos* y *lotantes* son estructuralmente diferentes. La primera tiene que ver con la construcción de una identidad popular una vez que la presencia de una frontera estable se da por sentada; la segunda intenta aprehender conceptualmente la lógica de los desplazamientos de frontera” (Laclau, 2005: 167). Sin embargo, la distancia entre ambos es relativa, pues en toda situación de antagonismo los significantes aparentemente vacíos tienen una cierta “flotación” y pueden ser articulados en cadenas de sentido político muy diferentes. La obra de Michael Kazin *The Populist Persuasion. An American History*. (1995) es una magnífica validación histórica de esta tesis en su análisis de cómo los mismos “temas” populares fueron rearticulados para la hegemonía conservadora norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque la noción de “significantes flotantes” remite a una situación de disputa, las interpretaciones diferentes del mismo término en contextos políticos diferentes sirve para ver cómo funciona esta pugna por el sentido de determinados términos. Por ejemplo, el término “republicano” adquiere diferentes significados si es usado en España, donde se asocia a la II República y a valores políticos de izquierdas, en Estados Unidos, donde refiere al partido de la derecha, o a Bolivia, donde se asocia crecientemente al “viejo” régimen de la república criolla oligárquica nacida de la independencia. En un contexto en el que estas interpretaciones compitiesen, sería, por tanto, un significante flotante.

de articular con la suficiente fuerza diferentes cadenas equivalenciales evitando así que las demandas que las componen sean aisladas y “recuperadas” por el régimen existente.

En la siguiente representación gráfica, se puede apreciar el movimiento que crea la cadena equivalencial entre demandas (D1, D2, D3...) que se dirigen al Estado (E) pero que no reciben atención/ satisfacción. En un segundo momento, se genera una equivalencia (=) entre las diferentes demandas que, sin eliminar su particularidad (la línea que divide cada demanda) las articula como momentos de una oposición general entre “los de abajo” y el sistema sordo a sus necesidades. Una demanda particular (D1) juega un papel de representante de la cadena equivalencial creada inicialmente sólo como oposición, por la frustración compartida por todas las demás. Esta demanda, a la que después llamaremos *dimensión ganadora* puede convertirse, si el malestar crece, se estructura y polariza el campo político, en catalizador de la oposición, que representa su dimensión propia pero, sobretodo, la dicotomía entre el régimen y los sectores insatisfechos.

Figura 3: Cadena equivalencial entre las demandas insatisfechas¹¹¹.



Los significantes vacíos son aquellos capaces de condensar en torno a sí todo un campo antagónico: “pueblo” por oposición a “oligarquía”, “trabajadores” por oposición a “capitalistas”, “nacionales” por oposición a “inmigrantes” son ejemplos de estos significantes que estabilizan cadenas equivalenciales. Esta constatación nos recuerda que el destino del populismo es indisoluble del destino de la frontera política: si ésta se desintegra, lo hace también el pueblo (Laclau, 2005: 117).

¹¹¹ Fuente: Adaptación del modelo de Laclau (2005: 164)

Y, efectivamente, ésta puede desintegrarse o relajarse. Lo que conlleva el debilitamiento de la construcción popular. Hay tres formas en las que esto puede ocurrir. Las dos primeras están ligadas a los desequilibrios en la lógica contradictoria de la relación entre equivalencia y diferencia, la tercera a la recuperación de la hegemonía por parte del régimen dominante.

Hemos visto que la identidad popular nace siempre como la cristalización de una cadena equivalencial: una demanda particular que pasa a representar al resto de la agrupación. Es lo que Althusser (1967) denominaba *condensación* para analizar el rol de la consigna bolchevique “paz, pan y tierra”, capaz de reunir una diversidad de quejas y reivindicaciones en un proyecto de ruptura que así se hacía hegemónico.

En determinado momento, para que la identidad popular se establezca con profundidad y pueda operar políticamente en una lucha prolongada, esta cristalización tiene que autonomizarse (Laclau, 2005: 122). Es decir, las palabras o imágenes que la expresan tienen que cobrar un significado propio que va más allá de la suma de las demandas que entrelaza: el significante vacío no es ya un concepto que designa una articulación, sino que pasa a ser el nombre de la universalidad.

La demanda particular que condensa la cadena de demandas contra el régimen, está desde este momento dividida: significa por una parte su propia particularidad, que nunca pierde, pero es a la vez ya algo distinto, el significado de la cadena en su totalidad (Laclau, 2005: 124). Está entonces en una contradicción entre su particularidad hegemónica y la universalidad que ahora encarna. La universalidad que representa se expresa a través de un significante que tiende a estar más vacío cuando mayor sea la extensión de la cadena y la diversidad de las demandas que hay que inscribir en ella (Laclau, 2005: 129).

Esta es, en el fondo, la tensión entre la equivalencia que agrupa las demandas, y la diferencia de éstas entre sí, que nunca pierden. Esta tensión:

“es inherente al establecimiento de toda frontera política y, de hecho, de toda construcción del *pueblo*” [puesto que la cadena de la que nace] “sólo puede vivir dentro de la tensión inestable entre estos dos extremos, y se desintegra si uno de ellos se impone totalmente sobre el otro” (Laclau, 2005: 163).

Como es fácil de percibir, si prima completamente la subordinación de las demandas particulares al lazo equivalencial, éste se convierte en una entelequia inoperante, incapaz de inscribir ninguna demanda en un significante vacío que ya es mera carcasa dentro de la cual cabe cualquier demanda y cualquier idea. Esta situación, que a menudo es confundida con la hegemonía, siempre conduce al colapso. El ejemplo de Argentina durante los años setenta, en la cual corrientes antagónicas se reclamaban del “peronismo”¹¹², ilustra la posibilidad de “muerte por éxito” de un significante que, a fuerza de vaciarse, puede volverse inoperante.

Por otro lado, la plena autonomización de las diferencias disuelve el campo popular en un conjunto desarticulado de demandas sin identidad compartida. A menudo los fenómenos populistas más efímeros se ahogan en esta disolución, cuando los vínculos comunes y la identidad popular son más débiles que los intereses que cada grupo persigue en clave corporativa. Los intentos de constitución popular realizados por la fuerza mestiza y mestiza Conciencia de Patria (CONDEPA)¹¹³ –y, en menor medida, UCS: Unión Cívica Solidaridad, del empresario cervecero Max Fernández- en los años 90 del pasado siglo XX en Bolivia fracasaron, entre otras cosas, por no haber producido ninguna agregación sustancial que trascendiese los sujetos corporativos unidos en lo que se reveló a posteriori poco más que una convergencia puntual de intereses desagregados. Pese a que efectivamente interpelaron a los migrantes indígenas en las ciudades como “pueblo” y postularon su identificación con sendos líderes (Alenda, 2002: 89), no construyeron ninguna frontera de impugnación del orden establecido, sino sólo una promesa de ascenso social e incorporación simbólica, mediante el clientelazgo, de los migrantes indígenas urbanos (Alenda, 2002: 93). La ausencia de un “afuera constitutivo” en torno al cual cohesionar una cadena que uniese diferentes demandas, y la carencia de más significante vacío que el liderazgo carismático del cantante folclórico Carlos Palenque en medio de un cierto vacío ideológico que propusiese amigos y enemigos estables, son factores seguramente no ajenos a lo efímero de su vida política.

¹¹² Hay numerosos trabajos (Sigal y Verón, 1985; Barros y Castagnola, 2000) que desde la teoría del discurso se ocupan del fenómeno del populismo “peronista”, incluyendo al propio Laclau (2005, capítulo 8). La cuestión es abordada por numerosos científicos sociales en un intento de hacerla inteligible, y sigue siendo un objeto de estudio complejo y apasionante. En cualquier caso, su mención aquí es meramente ilustrativa y no pretende hacer referencia a la literatura específica. Es claro que el peronismo en absoluto ha muerto en Argentina, pero la masacre del aeropuerto de Ezeiza en 1973 – en la que grupos peronistas de extrema derecha dispararon sobre la izquierda que también esperaba al general- es una trágica muestra de los riesgos de colapso de una construcción en la que las demandas particulares agrupadas pierden todo su peso frente al mito que las inscribe, y que ya es una superficie universal.

¹¹³ Sobre CONDEPA y UCS, Alenda (2002) realiza un excelente trabajo sobre los partidos populistas CONDEPA y UCS en los años 1990 en Bolivia. Una consulta del mismo señala sorprendentes continuidades – aunque también significativas rupturas- con la identidad popular hegemónica desplegada por el MAS en la actualidad.

En un ejemplo geográficamente más cercano, el movimiento “antiglobalización” que tantos estudios estimuló a comienzos de siglo fue una alianza de grupos políticos y sociales muy diversos –sindicatos, cristianos de base, okupas, colectivos antirracistas, movimientos de solidaridad con países de la periferia, partidos políticos de la izquierda extraparlamentaria, agrupaciones locales por la defensa del territorio, etc.- unidos en una cadena equivalencial contra la globalización neoliberal, que se expresaba de modo privilegiado en las protestas contra las cumbres de las instituciones financieras internacionales –Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial u Organización Mundial del Comercio- o las cumbres de jefes de Estado –de la UE, del G8, etc.- que aunque sucedían en una escala local tenían un claro significado global como momentos de conflicto político anticapitalista (Iglesias, 2006). Para que ese significado global hubiese sido capaz de dividir el campo político –globalmente considerado o en los diferentes escenarios estatal-nacionales- entre la minoría beneficiada por los procesos de globalización capitalista y los diferentes grupos subalternos perjudicados por ellos, habría hecho falta una identificación más certera, unívoca y tangible del enemigo, puesto que nadie ve a los ejecutivos del FMI en la televisión a diario, y la elevación de una de las muchas contradicciones con el modelo de acumulación transnacional neoliberal, a la categoría de “dimensión ganadora”: la diferencia que articulase tras de sí todo un campo popular antineoliberal. La falta de un significante vacío que encarnase aquella diferencia erigida como la central, imposibilitó el paso de un conjunto de encuentros puntuales de grupos diversos en las “contracumbres” a un movimiento que proveyese un mito ideológico o superficie de inscripción para que diferentes demandas se articulasen en una identidad popular contra el capitalismo global. La dificultad añadida del paso a la escala postnacional debe ser tenida en cuenta, pero no la falla discursiva.

El tercer caso entra dentro de lo que Gramsci denominaba de “revolución pasiva”. Si el “pueblo” ha nacido necesariamente en un contexto de crisis institucional, el reforzamiento del régimen dominante pasa siempre por desarticular la cadena equivalencial de la fuerza opositora, del campo popular.

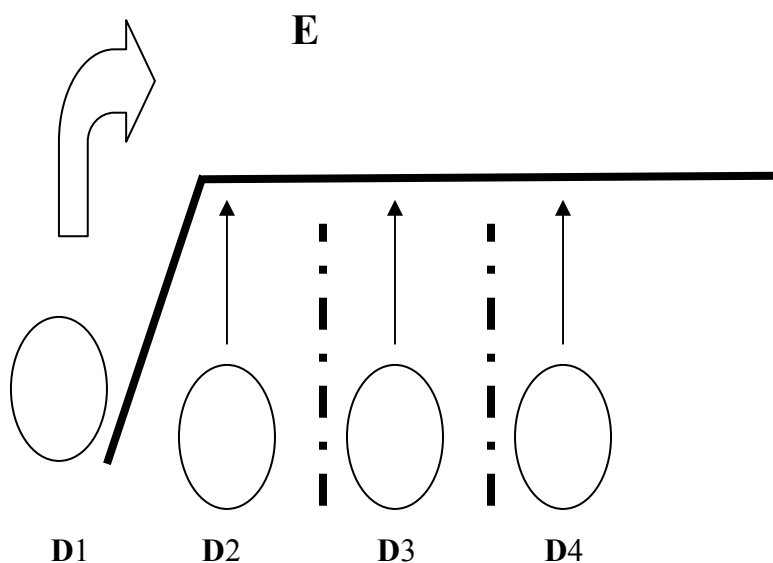
Puede suceder así que el régimen resista, que la operación hegemónica sea fallida y la frontera dicotómica sea desdibujada por la interrupción de la cadena equivalencial gracias a la integración de algunas de las demandas del “campo popular” en una lógica diferencial –institucionalista- o en otra cadena equivalencial. En este caso la ruptura populista pierde fuerza, mientras que el sentido de las demandas permanece en disputa. Los significantes

vacíos que antes servían para expresar una agrupación determinada, ahora están suspendidos entre dos interpretaciones en pugna por rearticularlos, por la hegemonía (Laclau, 2005: 165). La fuerza que consiga anclar estos significantes “flotantes” en pugna conseguirá redibujar la frontera del antagonismo político y, así, reordenar el campo político a su favor. Si es la fuerza que desafía, dividirlo entre “el pueblo” y el régimen. Si es la fuerza en el poder, dividirlo en una comunidad regida por la lógica de la diferencia, de la tramitación aislada de las demandas, y aislando a una minoría no integrable. No hay que confundir este supuesto con el anterior. La diferencia es clara: mientras el caso anterior es el de una disolución “interna”, la de éste es el de una operación de “revolución pasiva” por parte del grupo dominante o, en los términos de Laclau, de un desdibujamiento de la frontera antagónica por la disputa por los significantes flotantes: por reinscribir ciertos términos en cadenas diferentes a la que pretende construir la ruptura populista.

El fracaso de lo que Wallerstein llama “la Revolución mundial de 1968” (1989 [2004]) puede ser leído en esta clave: la incapacidad de las diferentes demandas de los llamados “nuevos movimientos sociales” –de derechos civiles para la población negra, feministas, ecologistas, de la clase trabajadora, de los estudiantes y los opositores a las guerras imperialistas- para articularse hegemónicamente apuntando a la construcción de un nuevo bloque histórico permitió a las clases dominantes desarticular la débil cadena equivalencial anti-*status quo* y dispersar a sus oponentes integrando parcialmente algunas demandas –como las de los afroamericanos o algunas reivindicaciones por el reconocimiento de las minorías- y aislando y reprimiendo a otras –como a los grupos de la izquierda radical o las expresiones autónomas del movimiento obrero fuera de los sindicatos mayoritarios proclives al pacto social.

La siguiente figura muestra esta posibilidad, cuando una demanda (D1) es satisfecha (la flecha de bloque) por el Estado a costa de su disociación del resto. En este caso la cadena equivalencial se desactiva, cada demanda expresa sólo su contenido particular –como se expresa por el fin de la división interna de los círculos, y las reivindicaciones están potencialmente aisladas entre sí (la línea discontinua). El régimen de poder político mantiene así su hegemonía desactivando la tendencial polarización del campo político en su contra, y desarticulando así la posible contrahegemonía.

Figura 4: Cadena equivalencial desactivada por la satisfacción individual de una de ellas y el aislamiento del resto¹¹⁴.

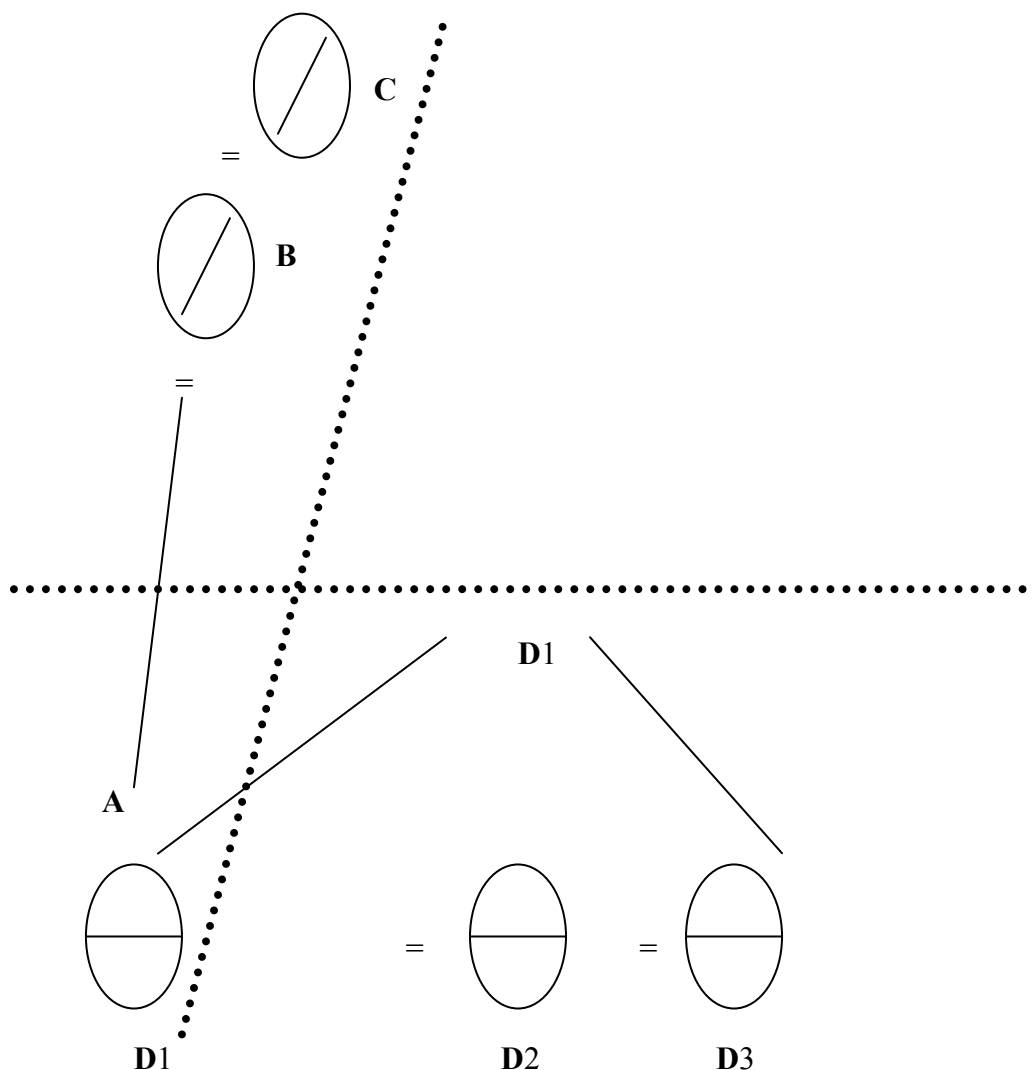


También cabe otra opción, que no desactiva el conflicto pero sí modifica los alineamientos, mediante la rearticulación de la demanda central. Esta operación desarticula un bloque opositor y fortalece un alineamiento político o identidad alternativo o antagónico. En el capítulo del análisis de discurso en el proceso político boliviano se verá precisamente que es mediante este mecanismo con la demanda de “autonomía” que el oficialismo consolida su hegemonía.

La operación de rearticulación de una demanda en una cadena diferente se muestra en el siguiente gráfico, en el que la misma reclamación o propuesta puede ser asociada a una cadena (la horizontal, en tanto que D1) o a otra (la diagonal, en tanto que A). Esta demanda está flotante, es decir, sometida a pugna, eje central de una lucha discursiva, hasta que su sentido queda fijado de manera relativamente estable. Entonces, una de las *fronteras* (las líneas de puntos) desaparece y la otra se estabiliza como dicotomización del campo político. El discurso que rearticule dicha demanda –en tanto que D1 o en tanto que A- será capaz de ordenar la discusión política y los alineamientos, el principio de la hegemonía.

¹¹⁴ Fuente: elaboración propia.

Figura 5: Rearticulación de una demanda al interior de otra cadena equivalencial y fijación de una frontera diferente¹¹⁵.



Debemos entender el populismo, entonces, como un modo de construir lo político. La forma discursiva de construcción del “pueblo” por medio de una operación de dicotomización del espacio social, en dos polos amplios y relativamente imprecisos, separados por una frontera que va a ser, de esta forma, la que defina el sentido político de la construcción de esa identidad popular.

En un artículo dedicado a la emergencia de lo que califica como la “centroizquierda populista latinoamericana”, Laclau sintetiza así su tesis:

¹¹⁵ Fuente: Adaptación a partir de Laclau (2005: 166).

“el populismo emerge asociando entre sí estas tres dimensiones: la equivalencia entre las demandas insatisfechas, la cristalización de todas ellas en torno de ciertos símbolos comunes y la emergencia de un líder cuya palabra encarna este proceso de identificación popular” (Laclau, 2006: 58).

La identidad popular, que se presenta como “el todo” siempre está compuesta a partir de la articulación de demandas en el contexto de una pugna política por la hegemonía. Por medio de esa articulación, una cadena equivalencial de demandas insatisfechas se estructura frente al régimen al que impugna a partir de un acto de nominación por el cual una particularidad, la hegemónica, asume la representación de una totalidad delimitada por la frontera fluctuante del antagonismo político (Molina y Grossner, 2008: 145).

La gestión del antagonismo es crucial en este punto. Una lógica institucionalista tratará de reunir a toda la comunidad en una lógica pura de la diferencia, evitando fracturas y reduciendo el espacio para la política a la mera gestión de problemas particulares no antagónicos. La construcción populista del pueblo, sin embargo, tenderá a crear a éste desde la investidura de los sectores populares. La polisemia de lo popular, entre el pueblo como la totalidad de la comunidad política y lo popular como lo asociado a las clases populares o mayorías empobrecidas de una sociedad, es el espacio para la práctica de la hegemonía, a través del recurso discursivo del oximorón por el que la parte designa al todo: “una *plebs* [los sectores más desfavorecidos] que reclame ser el único *pópulus* legítimo- es decir, una parcialidad que quiera funcionar como la totalidad de la comunidad” (Laclau, 2005: 108).

Enrique Dussel, en sus “Cinco tesis sobre el populismo” (2007), realiza un análisis muy similar cuando afirma que el concepto del pueblo se genera cuando la *plebs*, el conjunto de la población oprimida, se constituye en una unidad escindida del bloque de poder dominante (Dussel, 2007: 5-6).

Para el caso concreto de Bolivia en el que se centra esta investigación, Luis Tapia parece coincidir con esta identificación entre hegemonía y construcción nacional-popular:

Uno de los rasgos de la composición política en el campo de lo popular, es que la clase trabajadora, obreros y campesinos, han articulado en su organización, acción y

discurso un horizonte más amplio que el corporativo [de tal manera que] piensa lo nacional en el horizonte de Bolivia (Tapia, 2004: 45).

La investidura de una parcialidad como totalidad a través de una frontera antagónica es lo que define la “forma” populista. El contenido dependerá de qué parcialidad sea la investida, y qué frontera divide en dos el campo político (Laclau, 2005b). El populismo de derechas de la Liga Norte en Italia recibe su contenido ideológico de cual es la particularidad que parte el campo político: en este caso el norte emprendedor pero olvidado o maltratado por el Estado central, contra el sur improductivo que lastra el desarrollo económico y vive del Estado asistencialista, pero también contra el inmigrante asociado a desarraigo cultural y criminalidad¹¹⁶. De esta forma la Liga está en proceso –contestado sin duda- de construir un “pueblo” determinado por una lógica regionalista xenófoba y empresarial. El ejemplo opuesto, sobre el que versa esta investigación, es la construcción del “pueblo” boliviano trazando la frontera política en torno a dos dimensiones: la reivindicación de los pueblos indígenas y la protección de los recursos naturales nacionales frente al neoliberalismo; estas dos demandas, elevadas como condensadoras de una amplia gama de otras reivindicaciones, se han convertido en los significantes tendencialmente vacíos de una identidad popular-indígena nacionalista de izquierdas. En un caso la “dimensión ganadora” es la del propietario blanco y próspero del norte de Italia frente al Estado “centralista” y los inmigrantes; en el otro, el discurso traza una frontera que sitúa a los sectores empobrecidos y étnicamente marginados como los únicos representantes legítimos de la patria. La construcción populista se da en ambos casos, si bien los resultados políticos no pueden ser más diferentes.

¹¹⁶ De entre la abundante literatura sobre el fenómeno de la *Lega Nord* se han consultado: Brierley y Giacometti (1996) y R. Borcio, (1997), pero sobretodo el capítulo “The Northern League and Political Identity in Northern Italy” en el libro *Place and Politics in Modern Italy* (Agnew, 2002). En cualquier caso, la finalidad era meramente ilustrativa, y no pretende dar cuenta de un fenómeno político de complejidad e importancia creciente conforme la “Lega” se convierte, mientras se escribe esto –Abril de 2010- en el gran partido del norte italiano, y la formación más arraigada al territorio, única en salvarse de la crisis general del sistema nacional de partidos. Al respecto, es altamente recomendable el artículo de Marco Revelli: “Italia: el Reino del Norte” (2010) Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3239>

3.4 La cuestión de la contingencia: los sentidos políticos posibles del “pueblo”

Ahora bien, ¿qué contenidos particulares pueden “rellenar” –y construir- el pueblo? Hasta este punto Laclau resulta la aproximación más sólida al fenómeno de lo popular, como la aplicación de su modelo al caso boliviano pretenderá demostrar. Sin embargo, creo que para que el estudio del “contenido” ideológico de la construcción del “pueblo” y su éxito o fracaso sea más profundo y trascienda el análisis de las técnicas discursivas, es el momento hay que tomar distancia de su elaboración.

Para Laclau cualquier demanda puede ocupar el lugar del significante vacío. Es decir, que se puede construir un pueblo en torno a la condensación de una voluntad colectiva en la que una particularidad cualquiera se vacíe tendencialmente para representar toda una cadena diversa de demandas. Toda dimensión puede ser “la dimensión ganadora”, pues no hay posiciones objetivas y todo depende de la nominación, que es así una investidura radical operada exclusivamente en el nivel del discurso:

“Si la unidad de los actores sociales fuera el resultado de un vínculo lógico que subsumiría todas sus posiciones subjetivas bajo una categoría conceptual unificada, la “nominación” solo implicaría la elección de un rótulo arbitrario para un objeto cuya unidad estaría asegurada por medios diferentes, puramente apriorísticos. Sin embargo, si la unidad del agente social es el resultado de una pluralidad de demandas sociales que se unen por relaciones equivalenciales (metonímicas) de contigüidad, en ese caso, el momento contingente de la nominación tiene un rol absolutamente central y constitutivo” (Laclau, 2005: 281).

Toda demanda es susceptible entonces de ser erigida en aquella dimensión central que ordene el campo político construyendo el “pueblo” contra el *status quo* definido en un sentido o en otro. La capacidad de la parte para representar el todo no está dada por ningún elemento previo –como podría ser la posición del grupo social en la economía para Gramsci- sino que es puramente contingente, y no depende de más factores que de la lucha discursiva por la hegemonía.

Laclau usa los ejemplos de la construcción de un sujeto popular nacional en Irak o en Yugoslavia (Laclau, 2005: 244-246) por encima de las diferencias étnicas, por un discurso que

postula la dimensión estatal-nacional como la privilegiada para ordenar y construir las identidades políticas. Esto son, en su opinión, muestras de la maleabilidad y el dinamismo de las identidades.

El estudio desarrollado hasta ahora conduce efectivamente a entender las identidades políticas desde un enfoque constructivista: como el producto de las luchas políticas por la atribución de sentido a fenómenos que efectivamente “existen” pero que intervienen en política sólo por su articulación discursiva. Esto, no obstante, no significa que los actores políticos puedan manejar diferentes demandas o identidades a su antojo, como alquimistas cuya capacidad de producir uno u otro preparado depende exclusivamente de su sabiduría en la combinación de ingredientes (Hall, 1996). Los actores políticos intervienen sobre condiciones que ellos no han decidido en primer término, aunque sólo sea porque heredan la mayor parte de éstas de generaciones anteriores.

Es cierto que la hegemonía es fundamentalmente un acto de nominación: “El momento de unidad de los sujetos populares se da en el nivel nominal y no en el nivel conceptual” (Laclau, 2005: 150). Precisamente por ello esta unidad está siempre sometida a la lucha hegemónica y ninguna otra lógica convierte automáticamente posiciones “objetivas” en posiciones subjetivas. Pero eso no equivale a afirmar que estas posiciones “objetivas” no existan.

Laclau contribuye a superar las diferentes lógicas funcionalistas en las que la asignación de una función a las partes está predeterminada mecánicamente y teleológicamente por el todo. El análisis de los sistemas-mundo, si bien resulta de mucha ayuda para situar las condiciones sociales en las que los actores políticos se encuentran y con las que necesariamente negocian, no es especialmente útil para comprender por qué las cosas suceden en el sentido en el que suceden, a menudo en sentido contrario de lo que el análisis “estructural” permitiría suponer¹¹⁷. Por decirlo en modo simple: la aproximación a un fenómeno político-social concreto necesita de su ubicación en dinámicas de largo alcance espacial y temporal que lo condicionan; pero el sentido en el que esos condicionamientos son interpretados, dotados de significado y movilizados, su intervención “política”, en suma, sucede siempre en la contingencia de la lucha por la hegemonía. Gramsci es, de nuevo, el puente que permite

¹¹⁷ Para una crítica, en esta línea, de los límites del análisis de los sistemas-mundo, ver: Brenner (1986)

combinar estos dos enfoques teóricos en un ensamblaje coherente efectivamente aplicable a un estudio de caso particular.

3.5 Política, hegemonía y populismo: ¿Forma o momento?¹¹⁸

La comprensión del populismo propuesta por Laclau puede ser entonces caracterizada como “formal”, puesto que

“todas sus características definitorias están relacionadas exclusivamente a un modo específico de articulación –la preponderancia de la lógica equivalencial por sobre la diferencial– independientemente de los propios contenidos que son articulados” (Laclau, 2000: 44).

Esta comprensión, como señala Barros (2006: 67-68) presenta tres ventajas fundamentales: En primer lugar, permite aprehender la ubicuidad del populismo –y evitar así atribuirlo sólo a sociedades políticas poco maduras o “desordenadas”-; en segundo lugar, facilita la comprensión de fenómenos tan “contradictorios” como que un mismo significante populista pueda ser articulados en sentidos políticos antagónicos –como en el caso de las interpretaciones enfrentadas del peronismo; por último, sugiere la posibilidad de un acercamiento de grado a los fenómenos políticos caracterizados por la división antagónica del campo ideológico y la apelación a “los de abajo”, indagando cuánto de “populista” tiene su construcción. El populismo se convierte así, finalmente, en una categoría explicativa puramente política, y no en un apelativo despectivo o en una caracterización histórico-estructural de sociedades dependientes.

Existe, sin embargo, un último problema, derivado de la proximidad de los términos “populismo”, “hegemonía” y “política”. Diferentes estudiosos han acogido esta perspectiva de análisis de los procesos de construcción política marcados por la división antagónica del campo social “desde abajo” (Clohesy, 2000; Çelik, 2000; Aboy, 2002; Panizza, 2009).

¹¹⁸ Este epígrafe es, en gran medida, fruto de las interesantes discusiones mantenidas antes y durante la clase que el profesor Javier Franzé me invitó a pronunciar en su asignatura “Ideologías en América Latina” en el *Máster en Estudios Contemporáneos de América Latina*, el 28/4/2010 en la Universidad Complutense de Madrid. A él y a Manuel Canelas les agradezco además haberme descubierto los trabajos de Gerardo Aboy, sugiriéndome posibles incorporaciones de sus propuestas en mi marco teórico.

No obstante, la cercanía entre los conceptos de “política”, “hegemonía” y “populismo” puede resultar problemática. En un texto que resulta aquí de mucha utilidad, Benjamín Arditi se ha ocupado recientemente de esta confusión por la que, en la teoría que entiende como “posmarxista” de Laclau y Mouffe, la brecha entre política y hegemonía “comienza a cerrarse a medida en que nos movemos hacia una democracia radical. Esta reducción entre una y otra termina minando la posibilidad de un afuera de la hegemonía” (Arditi, 2010: 164). Esta ausencia de un “afuera” es problemática en la medida en que negaría la propia contingencia de la hegemonía, e impediría que los diferentes análisis basados en esta sean validados o falsificados, toda vez que para Laclau y Mouffe la hegemonía parece ser *la* forma de construcción política en democracia. El isomorfismo entre política y hegemonía sería además una dificultad añadida a la hora de emplear este modelo teórico para investigaciones empíricas concretas. Por su importancia para el marco teórico de esta investigación, conviene detenerse en esta reflexión crítica con la teoría de la hegemonía y el discurso de Laclau y Mouffe.

Arditi parte del reconocimiento de formas de hacer política distintas de la hegemonía, como es el caso de la política electoral. Pero, en un paso más allá, propone el término “post-hegemonía” para visibilizar las formas de articulación política que explícitamente eluden la práctica hegemónica, entendida como vinculación de diferentes demandas o grupos en una cadena que subordina parcialmente las particularidades a un “excedente metafórico” que las inscribe en un relato unitario y relativamente homogéneo (Arditi, 2010: 166-168).

Deleuze y Guattari (1988) han inspirado, con sus teorizaciones sobre el nomadismo y la política rizomática, toda una línea de desarrollo que estudia y postula prácticas de resistencia no reducidas a la centralización y uniformización consustancial a la contrahegemonía, sino orientadas por la multiplicación de puntos de fuga y de ruptura y recomposición del orden instituido. Se trata de figuras políticas que escapan del imaginario clásico de la conformación de bloques que luchan por tomar el Estado en un enfrentamiento frontal con la dominación. Así, para Deleuze y Guattari, el nomadismo describe “una máquina de guerra cuyo propósito no es la guerra sino crear líneas de fuga creativas” (1988: 422).

Para los *post-operaistas* italianos estas líneas de fuga se expresarían como el *éxodo* de la *multitud*, un sujeto productivo vinculado a la centralidad, en los países del capitalismo avanzado, de la producción inmaterial o *general intellect* en tanto que cooperación intelectual, afectiva y comunicativa (Negri y Hardt, 2004). Para Paolo Virno, esta multitud constituida por

su capacidad productiva intelectual socializada, se expresa políticamente más allá de los proyectos soberanistas de toma del Estado y democracia representativa (Virno, 2003: 43 y ss.). Se trata, en estos casos, de articulaciones que no bloquean las singularidades; la producción de un común a partir de la pluralidad, *sin tener que invocar la oposición entre identidad y diferencia* (Arditi, 2010: 179). No obstante, hacen falta más trabajos que, desde un enfoque teórico basado en la categoría de multitud, se centren en las modalidades políticas de unificación y movilización de diferentes sujetos colectivos en una forma posthegemónica y postestatal¹¹⁹.

La propuesta de Hakim Bey (1991) de las “Zonas Temporalmente Autónomas” (TAZ, por sus siglas en inglés) o la de Holloway de “cambiar el mundo sin tomar el poder” (2005) son manifestaciones neoanarquistas, quizás menos sofisticadas, de un paradigma similar, que piensa la política por fuera de la construcción de hegemonía y poder político.

Sin duda, tiene razón Arditi al identificar en todas estas formas *virales* de resistencia, que sobrepasan los relatos homogeneizadores, la territorialidad estatal y la forma organizativa de partido, prácticas políticas alternativas a la hegemonía. El prefijo *post* puede ser sin embargo problemático, en la medida en que parece indicar una superación de las formas de construcción política hegemónica, lo que está lejos de suceder. El propio Arditi reconoce las limitaciones prácticas que han presentado sus ejemplos de *post-hegemonía*. De un lado, es significativo que sólo puede citar revueltas fallidas en el pasado –como Argentina 2001 o Mayo de 1968 en París (Arditi, 2010: 172 y ss.). Por el otro lado, sus apreciaciones son, no por modestas menos razonables: es innegable que la hegemonía no agota las formas de construcción de lo político, y que se están desarrollando formas, en las nuevas tecnologías de la comunicación, en el activismo ciudadano o en las prácticas a los márgenes de los sistemas políticos, que se ubican voluntariamente fuera del paradigma de la hegemonía.

Quizás el principal acierto de Arditi reside afirmar la necesidad de comprender en términos dinámicos y flexibles la relación entre las formas hegemónicas y no hegemónicas- o *post-hegemónicas*, en sus términos- y la necesidad de una mirada que entienda la hibridación que, en las protestas sociales y procesos de cambio político, se produce entre la defeción-

¹¹⁹ El estudio de Iglesias sobre los “Desobedientes” como una forma de acción colectiva postnacional en el seno del Movimiento Global (2009) es hasta la fecha de las investigaciones que han emprendido el arriesgado camino de realizar estudios empíricos que validen las sugerentes, pero a menudo un tanto abstractas, tesis de los postoperaístas italianos y sus análisis sobre la multitud, la producción inmaterial y la política postsoberana.

autonomía-éxodo y la hegemonía-construcción del poder político-Estado, por otro lado (Arditi, 2010: 186). América Latina en general, y Bolivia en particular con sus tensiones partido-Estado/ movimientos sociales, son excelentes ejemplos históricos en curso de esta hibridación de formas políticas.

La aclaración de Arditi sirve entonces para clarificar los términos con los que se trabaja en esta investigación. La hegemonía es una forma de construcción de la política que no agota ni excluye otras formas. Se caracteriza, de acuerdo con lo desarrollado hasta aquí, por una pugna en la que diferentes grupos particulares tratan siempre de presentar sus objetivos sectoriales como nombres de una universalidad que les supera (Laclau, 2000: 57). Esta operación conlleva siempre una relación conflictiva con algunos grupos y de dominación/subalternidad con otros.

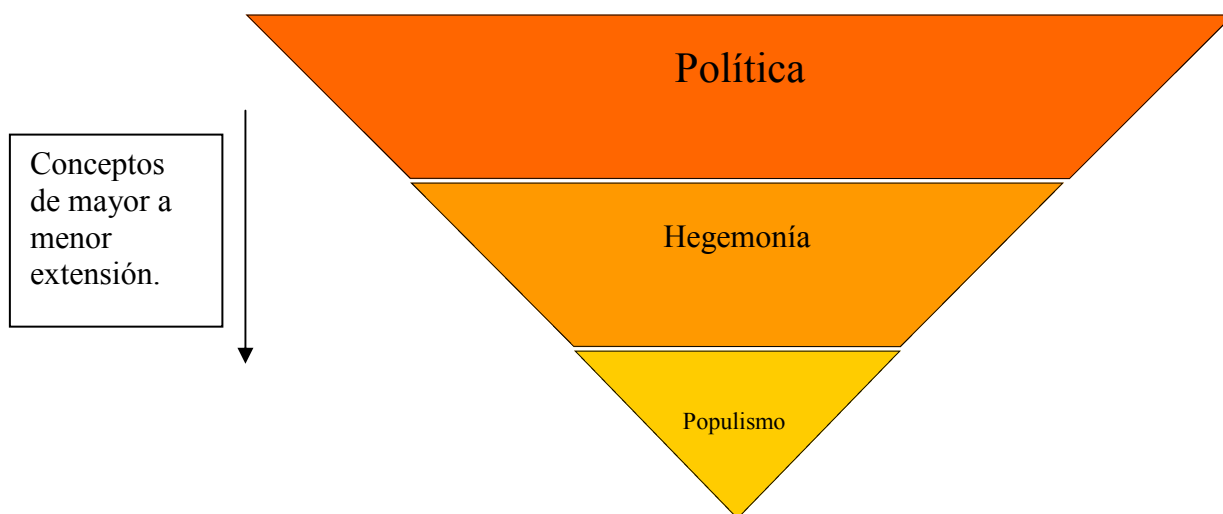
El populismo, a su vez, debe entenderse como una de las articulaciones hegemónicas posibles: la que se define por la “inclusión radical” de los sectores en cuya exclusión estaba asentado el sistema institucional-discursivo vigente (Barros, 2006) o, en términos de Laclau (2005b) por la división conflictiva de la sociedad en dos campos antagónicos apelando a los sectores más desfavorecidos frente a la “élite”, como quiera que estos términos sean definidos.

Por decirlo en forma simple, en una cadena de menor a mayor extensión de los conceptos: *el populismo es un modo particular –conflictivo- de hegemonía, mientras que la hegemonía es una forma entre otras posibles de construcción de la política.*

En el caso que nos ocupa, sin embargo, los tres conceptos coinciden. Reconociendo que existe política al margen de las prácticas de articulación hegemónica, y que incluso dentro de éstas hay formas de construcción no basadas en la dicotomización del campo político-social, el proceso político boliviano está marcado, como se verá, por la concurrencia de las dos operaciones. En primer lugar, en Bolivia la capacidad autoorganizativa de los movimientos sociales fue capaz de hacer quebrar el Estado neoliberal, pero no de sustituirlo con ningún otro dispositivo de regulación social. Este relevo llegó con la victoria electoral del Movimiento Al Socialismo en diciembre de 2005. En segundo lugar, la práctica emancipadora de los sectores subalternos en Bolivia es hegemónica porque ha aspirado, con éxito, a redefinir los contornos de la nación para identificarla con los intereses de los más desfavorecidos, frente a una estructura política excluyente que sólo beneficiaba a las élites blancas y ricas. Se trata, por

tanto, de un fenómeno histórico de construcción de poder político a través de una hegemonía expansiva producida por mecanismos populistas, en términos de Laclau.

Figura n° 6. Delimitación y aclaración conceptual: Política, hegemonía y populismo.



Fuente: Elaboración propia.

Una vez aclarados no sólo los conceptos sino su pertinencia para el análisis del proceso político boliviano, es importante desarrollar las especificidades del mecanismo populista de construcción de hegemonía, por la relevancia de la que goza en el caso estudiado, en tanto que forma conflictiva de empoderamiento de los sectores excluidos.

Para Ranciere, la lógica de la policía es aquella que distribuye y cierra los lugares y las funciones de los sujetos individuales y colectivos en una sociedad. La de la política, por el contrario, irrumpe cuando “la parte de los que no tienen parte”, los excluidos del *demos* hacen aparición en escena (Ranciere, 2007: 46). Un discurso populista será el que articule demandas –y con ellas identidades- inexistentes hasta el momento.

Sin embargo, esto remite a la comprensión de populismo como “irrupción”, como ruptura y dicotomización del campo social. Como ningún régimen se estabiliza en la ruptura, el populismo ya no puede ser entendido en tanto que “forma”, sino más bien como “momento”.

En sus estudios sobre las identidades políticas Argentinas tras la dictadura, Aboy (2001; 2005) realiza una reflexión extremadamente fértil en este punto: Siendo que la vida del populismo está inseparablemente ligada a la producción de la frontera que divide el campo social en dos polos políticos enfrentados –“los de abajo” representando a la comunidad política plena aún no realizada, y las élites tradicionales como la negación de esa misma comunidad- los movimientos populistas se caracterizan, después de llegar al poder, por un movimiento pendular entre el “fundacionalismo” y el “hegemonismo”. Por el primero, se establecen “abruptas fronteras políticas en el tiempo”, entre el pasado ominoso y el futuro aún lejano de recomposición de la comunidad política. Esta frontera se gestiona en el presente, y la amenaza de la involución es un recurso fundamental para la cohesión invocada. Por el segundo, se persigue la imposible¹²⁰ disolución absoluta de las diferencias al interior de la comunidad (Aboy, 2005: 136).

Se trata por tanto de una violenta oscilación entre encarnar la ruptura con el orden pasado –y sus remanentes en el presente- (“fundacionalismo”), y encarnar la disolución del antagonismo en la representación ideal del todo (“hegemonismo”), integrando todos los sectores en una cadena pura de diferencia, en términos de Laclau.

El movimiento es pendular porque el “hegemonismo” presenta el riesgo de la disolución de la propia identidad, que para fortalecerse necesita de la ordenación primigenia y conflictiva del campo político: la reafirmación de la frontera entre el pueblo y sus enemigos.

Para Aboy, lo específico del populismo es esta gestión contradictoria de “la tensión entre la afirmación de la propia identidad diferencial y la pretensión de una representación hegemónica de la sociedad” (Aboy, 2005: 145).

Esto parece cierto para los regímenes caracterizados como “populistas”. Este esquema explicaría la naturaleza extremadamente contradictoria de las oposiciones que enfrentan estos regímenes: por su izquierda por su ruptura nunca definitiva, por su movimiento de recomposición de la comunidad política –a menudo la nación- por encima de las diferencias –

¹²⁰ Imposible porque, como se ha visto, las identidades se construyen en relaciones de equivalencia y diferencia, y en oposición entre ellas. Una identidad única equivale por tanto a ninguna identidad. Esta es la especificidad del “hegemonismo” y su voluntad de clausura de las diferencias, con respecto a la hegemonía, que asume el contenido particular de un proyecto político y lo opone a otros, a los que no necesariamente aspira a ganar para el propio campo político.

a menudo de clase-; mientras que por su derecha por el movimiento de fijación de la frontera, de antagonismo, por su dimensión reformista. Este enfoque contesta algunas de las últimas objeciones de Vilas (2003) a la concepción del populismo en términos de la teoría del discurso y la hegemonía.

No obstante, lo importante para una teoría de la hegemonía es aprehender la distinción entre los dos “movimientos” que identifica Aboy en su brillante metáfora del péndulo, y de la cual el concepto de *frontera* es el elemento fundamental.

Toda fuerza política hegemónica, y no sólo las “populistas”, experimenta de hecho estas tensiones en torno a la frontera política, entre los movimientos de “ruptura” y de “integración”. El populismo aparece cuando la frontera se traza en términos antagónicos entre “los de abajo” y los poderosos, con los primeros encarnando al “pueblo”¹²¹. Esta operación es una entre las posibles, pero toda construcción de hegemonía por parte de grupos subalternos tiene necesariamente un momento de ruptura y fijación de frontera en términos populistas.

La aportación de Aboy (2001) permite finalmente comprender el componente populista existente en todo proceso de construcción de hegemonía, y conectar así la formación de identidades populares con la de constitución de poder político. Aboy cierra así una brecha que aparece en Laclau, aclarando la no siempre bien explicada relación entre producción de identidades populares y hegemonía. Realiza de esta forma una importante contribución a la Discourse Theory, que es además un inesperado reencuentro con Gramsci, por el que la hegemonía es la construcción de Pueblo.

Howarth interpreta que “existen dos áreas de investigación relacionadas que demandan atención especial dentro de la teoría del discurso: la formación y disolución de identidades políticas, y el análisis de las prácticas hegemónicas que intentan producir mitos e imaginarios colectivos” (Howarth 2000a: 136).

¹²¹ Esta tesis ha sido recientemente secundada y desarrollada por el filósofo Etienne Balibar en sus tesis tras la crisis griega, en las que aboga por un “populismo europeo” que se levante sobre la construcción de un antagonismo entre el capital financiero y “los de abajo”. Ver la entrevista que en el Diario *Público* le hizo Amador Fernández Savater el 3 de julio de 2010) <http://blogs.publico.es/fueradelugar/147/%E2%80%9Cfrente-a-los-nacionalismos-reactivos-nos-hace-falta-un-populismo-europeo%E2%80%9D>) y las “Tesis” elaboradas en abril del 2010 por el propio Balibar (<http://www.mediapart.fr/club/blog/etienne-balibar/240510/europe-crise-et-fin>) Ver un resumen de estos postulados en: www.rebellion.org/noticia.php?id=106700

De la mano de esta contribución de Aboy, este trabajo desarrolla una perspectiva ligeramente diferente a la defendida por Howarth. Si bien es verdad que esas dos áreas son teóricamente identificadas como ámbitos de atención diferenciado, a la hora de concretar la producción discursiva de la hegemonía en el caso boliviano, se verá que la manera de hacerlo ha sido a través de la construcción de una identidad “nacional-popular indígena”. Es decir, para el objeto de estudio de esta investigación, producción de identidades políticas y articulación hegemónica forman parte del mismo proceso: la reconstrucción del “pueblo” de Bolivia.

Capítulo 4

Un modelo para el estudio de la hegemonía

4.1 La *Discourse Theory* y la Escuela de Essex

Se han examinado hasta aquí los conceptos fundamentales de la *Discourse Theory*, que tiene como texto fundacional *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) y que se ha desarrollado fundamentalmente en los trabajos de los investigadores vinculados al programa de postgrado “Ideología y Análisis del Discurso”¹²² de la Universidad de Essex, en lo que se ha denominado la “escuela de Essex” (Townshend, 2003).

La propuesta central de este grupo de investigadores es la de estudiar la realidad política en términos de discurso, ya que “todos los objetos son objetos del discurso, puesto que su significado depende de un sistema de reglas y diferencias significativas construido socialmente” (Howarth y Stavrakakis 2000: 3)¹²³. La articulación discursiva con pretensión universal es la hegemonía, forma fundamental de gobierno en las sociedades democráticas.

No obstante, las propuestas de la Escuela de Essex han encontrado profundas críticas en su aplicación como herramienta de análisis político. En ese proceso de discusión, algunos investigadores han revisado determinados planteamientos y han reformulado sus tesis, admitiendo incluso diferentes “usos” posibles de la Teoría del Discurso, que han fortalecido particularmente esta perspectiva teórica. Por ello es necesario dar cuenta de algunos de los aspectos fundamentales de ese debate.

¹²² El libro *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change* (Howarth, Norval y Stavrakakis (eds.) 2000) representa un modelo fundamental a seguir para todos los investigadores interesados en la *Discourse Theory*, pues representa tanto una síntesis de los consensos fundamentales al interior de la Escuela de Essex, como un compendio de ejemplos prácticos de su aplicación a objetos de estudio específicos.

¹²³ Traducción propia.

4.2 Principales críticas

El libro “Discursos en el extremo: ética radical y extravagancias post-marxistas” de Norman Geras, (1990) constituye, como su ilustrativo título indica, una dura crítica de los postulados de Laclau y Mouffe. Una parte sustancial de esa crítica merece ser reproducida aquí, por cuanto refuerza la concepción gramsciana de la hegemonía allí donde ésta me parece que se separa más de su posterior desarrollo en la Teoría del Discurso: en las condiciones de posibilidad existentes fuera de la articulación discursiva.

Proveniente de la escuela del marxismo analítico, Geras centra sus críticas en la negación por parte de Laclau y Mouffe del peso de las realidades extradiscursivas (1987). Para ellos, según su propia lógica, un terremoto podía ser discursivamente construido a la vez como un designio de Dios o como un fenómeno natural, sin que ninguna de las dos interpretaciones fuese *a priori* “cierta”, o sin que ello tuviese repercusión alguna (Geras, 1990: 156-159). La consecuencia obvia, entonces, había de ser, pese a lo que dijese Laclau y Mouffe, el relativismo, puesto que en ausencia de “intereses objetivos” –en sus propias palabras, los intereses eran siempre “productos históricos precarios, siempre sujetos a procesos de disolución y redefinición” (Laclau y Mouffe, 1985: 118) ningún compromiso político concreto tenía base ética más allá de la decisión arbitraria (Geras, 1990: 110-111). En un artículo más reciente, Henry Veltmeyer (2006) va aún más lejos y acusa al post-estructuralismo de Laclau y Mouffe de: “constituir un abandono del marxismo y el rechazo de los principios del materialismo histórico en los que éste se basa. En este contexto, afirmamos que el post-marxismo no es sino el último de una serie de ataques a la posibilidad de la Ciencia Social” (Veltmeyer, 2006: 1-2)¹²⁴. En la misma línea y con la misma contundencia se expresa Borón (2000). Estas críticas contienen sin duda un componente de indignación “escolástica” con la heterodoxia postmarxista de la interpretación de Gramsci que realizan Laclau y Mouffe¹²⁵. Sin embargo apuntan a un peligro evidente en la teoría del discurso y la hegemonía: la débil línea que separa contingencia y relativismo. Esta línea de crítica revela

¹²⁴ Mayúsculas en el original.

¹²⁵ El capítulo de Borón (2000), de manera significativa, mezcla en su crítica al “posmarxismo” de la *Discourse Theory* la discusión teórica con la atribución a Laclau de oscuros intereses: “el proyecto refundacional del *posmarxismo* revela, en su concreción, su verdadera naturaleza: una nueva y sofisticada estratagema al servicio del capital, concebido para desarmar ideológicamente el campo popular” (Borón, 2000: 102). De esta forma, el debate adquiere términos morales y la teoría defendida por Laclau es, antes que incorrecta u horadada de carencias o contradicciones, una maniobra de traición. Esta conclusión desmerece el desarrollo del artículo, pero no debería oscurecer, sin embargo, la pertinencia de algunas críticas planteadas a la *Discourse Theory* desde el marxismo, como se ha visto en su formulación más elaborada en Geras (1987; 1990).

una debilidad del enfoque desarrollado hasta aquí, que hace necesaria una discusión particular y la adopción de ciertos matices en la construcción del andamiaje teórico de esta investigación.

Zizek coincide con Geras. Pese a su gran cercanía inicial con Laclau en torno a su común reconocimiento de la importancia de Lacan para comprender la ideología¹²⁶ pronto emergieron diferencias entre lo que Townshend llama el “radicalismo” teórico de Laclau y su “conservadurismo” político por una parte, y el “conservadurismo” teórico y “radicalismo” político de Zizek (Townshend, 2004: 275).

Zizek critica que, en el relativismo de Laclau, se esconde una naturalización del orden democrático-liberal, por la conducción inevitable a un régimen abierto contingente en el que la crítica de las relaciones de explotación se vea sustituida por una pugna por el reconocimiento de identidades (Zizek, 2000: 229).

Mientras que para Laclau el orden capitalista es así, implícitamente, el límite de la lucha antagónica, en Zizek es su “condición de posibilidad” (Zizek, 1999: 319).

Zizek reintegra a Marx en su análisis del discurso (1999: 98) para comprender la dislocación como un efecto del funcionamiento del sistema capitalista, y por tanto el espacio para la emergencia de subjetividades políticas dispersas y contingentes (1999: 108). Reconociendo la importancia de estas identidades políticas, Zizek no obstante afirma la sobredeterminación de todas ellas por la lucha de clases, en tanto que es sólo a ausencia de ésta la que crea el “lugar vacío” por cuya hegemonización se dan las luchas de inclusión/exclusión (Zizek, 1999: 320). De esta manera, la lucha de clases es la lucha principal, y su ausencia significa simplemente el triunfo de uno de los bandos contendientes.

Laclau sostiene que su preferencia por los regímenes democráticos se deriva de sus posiciones teóricas puesto que sólo la democracia “muestra la contingencia de sus propios fundamentos [manteniendo así abierto] “el espacio entre el momento ético y el orden normativo” (Laclau, 1990: 86). Critica además la concepción de Zizek por “economicista”, en cuanto que concibe la economía capitalista como un espacio cerrado en sí mismo, sin aprehender hasta qué punto

¹²⁶ Basta comparar, para captar la proximidad en la aplicación de Lacan al estudio de la ideología y el discurso, véase: Laclau (1990: 249-260) y Zizek (1989: 5-6).

depende de construcciones ideológicas contingentes, como en lo relativo a las clases sociales, que para Laclau se construyen por intervenciones ideológicas exteriores a las relaciones de producción, por lo que es descartable cualquier relación de necesidad entre trabajadores y conciencia política anticapitalista (Laclau, 1990: 202-203). Llevándolo más allá, señala que las luchas importantes, las que se “politizan” al máximo, son las que trascienden las identidades de clase y construyen un “pueblo”, hablando el lenguaje del significante vacío: construyendo *voluntad nacional-popular* (Laclau, 1990: 210) –en una reivindicación de los términos gramscianos.

Laclau tiene razón al afirmar que el sentido político de las identidades es siempre construido y nunca se deriva automáticamente de la economía. También al señalar que la consecución de la hegemonía siempre implica el ir más allá de los intereses corporativos de clase o grupo, y conlleva siempre invocar a un pueblo al que se constituye en ese mismo acto. Estas dos aportaciones son fundamentales para una teoría de la hegemonía, pero ya están en Gramsci. Lo que Laclau no es capaz de responder es la aseveración de Žižek sobre que la dislocación es un producto del capitalismo. De hecho, no sólo no la contesta sino que secunda esta afirmación, lo cual representa una clara vía de escape en su elaboración discursiva.

Estamos ante la otra línea principal de crítica certera dirigida contra la Teoría del Discurso: que la “dislocación”, que es el terreno en el que pueden tener las prácticas de articulación discursiva que llevan a la hegemonía, es un producto “material”, del capitalismo avanzado. En efecto, Laclau y Mouffe no dudan en basarse en elementos extradiscursivos al hablar de “sociedades industriales avanzadas” o “relaciones capitalistas” como causas que agudizan la heterogeneidad y la contingencia (Laclau y Mouffe, 1985: 161). Diez años después, en la introducción de *La construcción de las identidades políticas*, Laclau afirma algo muy similar (Laclau, 1994: 1-5) cuando vincula la mayor necesidad histórica de las prácticas hegemónicas para suturar políticamente un campo de lo social crecientemente fragmentado por factores que, en síntesis, son atribuibles a la evolución geopolítica y sociológica del capitalismo. La cuestión parece ya definitiva cuando en una elaboración posterior, otros diez años después y ya son veinte desde *Hegemonía y estrategia socialista* (2005), Laclau sostiene:

“[...] lo que sí requiere cierta consideración, son las condiciones que conducen a que la balanza se incline crecientemente hacia el lado de la heterogeneidad. Existen varias de esas

condiciones, en su mayoría interrelacionadas, pero si tuviera que subsumirlas bajo un rótulo, el que elegiría sería *el capitalismo globalizado*” (Laclau, 2005: 285).

Parece evidente, en este punto, que Laclau y Mouffe, en su construcción teórica, hacen descansar ciertos supuestos sobre realidades materiales que debieran estrechar el que, de manera contradictoria, afirman como plenamente abierto juego de la contingencia en las luchas por la hegemonía. Si es cierto que el capitalismo globalizado ha multiplicado la fragmentación y por tanto hecho más necesarias que nunca antes las prácticas discursivas de articulación y construcción de identidad popular, esto no es achacable exclusivamente a una cuestión nominativa, sino de transformaciones en las condiciones sociales sobre las que tiene lugar la política. La apelación a que éstas condiciones previas son “sedimentaciones de sentido institucionalizadas” parece más una forma de adaptar el marco teórico más allá de lo que puede abarcar. Estas “sedimentaciones institucionalizadas” son, en cualquier caso, condiciones de partida que la Teoría del Discurso de Laclau y Mouffe no refleja, precisamente porque no tienen más que un lugar externo en su desarrollo de la hegemonía. En lugar de ver en esta ausencia una falla de su teoría, entiendo que una defensa certera de la misma debía haber especificado que su objeto de estudio era el significado de varios significantes de la vida política –en particular el de “pueblo”- y los discursos políticos, en lugar de pretender haber erigido una “macroteoría” para la explicación de todos los fenómenos sociales.

Dentro de su tendencia a disolver las estructuras en discursos, Laclau no teoriza la relación – dialéctica- entre instituciones y discursos, no teniendo en cuenta, según Townshend, las “condiciones de posibilidad” (Townshend, 2008: 279). Esta falla le lleva a una suerte de razonamiento tautológico según el cual, por ejemplo, los discursos igualitaristas suelen calar más entre las capas trabajadoras de la población sólo porque efectivamente lo hacen¹²⁷. Al no tener en cuenta sus condiciones materiales de vida –susceptibles sólo hasta cierto punto de ser interpretadas o resignificadas discursivamente- Laclau no está en condiciones de explicar esta correlación tendencial entre identidad política y posición social más que como un hecho arbitrario que, sin embargo y pese a la confianza de Laclau en la contingencia, es una constante histórica cuya interrupción, en todo caso, parece tener más que ver con los

¹²⁷ Esta es, en todo caso, no una relación fija y cerrada sino más bien una tendencia, que en los últimos años, por otra parte, se ha visto seriamente erosionada en Europa y Estados Unidos por la emergencia de discursos populistas xenófobos (Mouffe, 2009; Hermet, 2008: 27-29). Estos cambios reflejan, es cierto, transformaciones sociales estructurales tales como la inmigración o la cesión de soberanía de los Estados nacionales hacia entes supranacionales, pero también muestran con tozudez la plasticidad de las identidades políticas y la diversidad de resultados posibles de las prácticas de articulación y atribución de sentido político a los hechos sociales.

mecanismos descritos por Zizek por los que la cancelación ideológica de la lucha de clases es de hecho la victoria de los grupos dominantes: “Este continuo desplazamiento, esta continua *falsificación* de la línea de división (entre las clases) sin embargo, ES la *lucha de clases*” (Zizek, 2007: 23)¹²⁸. Que las posiciones sociales se conviertan en identidades políticas sólo mediante el discurso no equivale a afirmar que no existan en absoluto.

Jules Townshend es de nuevo muy certera al señalar que, aunque la relación entre identidades y condiciones materiales es problemática e incierta, esto no significa que no exista ninguna relación en absoluto (2008: 279) Estas condiciones materiales de posibilidad, si son manejadas con cuidado, son un *Framework* que hace el lenguaje de la política más inteligible. Por el contrario, en ausencia de ésta contextualización la política puede parecer un juego misterioso regido sólo por sus propias reglas internas, en el que todo es posible. La Teoría del Discurso caería así en un cierto utopismo por el cual, sin límites estructurales, cualquier actor pudiera conseguir cualquier objetivo político con sólo realizar correctamente sus operaciones discursivas en pos de la hegemonía¹²⁹.

4.3 Hacia un uso “débil” de la Teoría del Discurso

Laclau y Mouffe han sido exitosos construyendo un grupo en torno a su teoría, que a la vez ha desarrollado ésta en diferentes líneas y campos de aplicación. Se puede afirmar por tanto la existencia de una “Escuela de Essex” entre cuyos exponentes más destacados figuran: Torfing (1999), Smith (1994; 1998) o la profundización especialmente sugerente de Howarth (2000b) y Howarth y Stavrakakis (2000).

Todas estas elaboraciones se han entregado a un desarrollo de la *Discourse Theory* a través de su sistematización y aplicación a estudios concretos de fenómenos políticos. Es en esta aplicación donde se han producido las variaciones más interesantes de éste “arsenal teórico”.

¹²⁸ Énfasis y cursivas en el original.

¹²⁹ En su último libro *Debates y combates*, Laclau (2008) refuerza sus argumentos en discusión con otros teóricos políticos como Michael Hardt y Antonio Negri, Slavoj Zizek o Jacques Rancière. Esta obra será sin duda de interés para los estudiosos de la filosofía política. No obstante, no se encuentran en ella aportaciones que modifiquen o innoven lo afirmado en *La Razón populista* (2005), que en este sentido puede ser considerada la obra fundamental de su propuesta de análisis político.

Mc Lennan propuso, en un artículo dedicado hace tiempo a examinar esta escuela teórica (1996) que existen “dos usos” de la *Discourse Theory*: uno *thick* –fuerte- y otro *thin* –débil.

Las versiones *thick* se caracterizarían por una negación implícita o explícita de la importancia de los factores socioeconómicos sobre el campo discursivo, enfatizando en consecuencia el peso determinante de los discurso sobre lo político. Los usos *thin*, por su parte, estarían más preparadas para reconocer, parcial o totalmente, la posibilidad de un mayor rol constitutivo de los factores socioeconómicos e “intereses”, inclinándose así a un mayor “pluralismo metodológico” (Mc Lenan, 1996: 54-56). Ambos usos se examinarán a través de una obra de referencia clave en la Escuela de Essex (Howarth, Norval y Stavrakakis, 2000), que reúne a algunos de los investigadores más representativos de esta perspectiva para ofrecer diferentes ejemplos de la aplicación de la *Discourse Theory* a los más variados estudios de caso.

Un ejemplo de un uso *thick* o “fuerte” de la Discourse Theory lo encontramos en Barros y Castagnola (2000: 34) que explican el peso del peronismo en la política argentina sólo en términos de su capacidad discursiva: de las reglas por las cuales fue capaz de articular una gran variedad de demandas y grupos en torno al significante tendencialmente vacío del liderazgo de Perón. Al no introducir en su modelo explicativo ninguna variable socioeconómica con independencia de su articulación discursiva, como “condiciones de posibilidad” del despliegue de un proyecto hegemónico concreto el hecho de que el discurso peronista fuese particularmente fuerte entre los trabajadores urbanos sindicalizados no parece ser susceptible de explicación y es así tomado como un dato más.

En la misma obra recopilatoria (Howarth, Norval, y Stavrakakis, 2000) se encuentra un ejemplo del otro uso de la Discourse Theory: Griggs y Howarth (2000) abordan la derrota de la alianza “Vegans and Volvos” –“veganos y volvos” como metáfora de la unión del ecologismo radical y los residentes locales de clase alta- contra la ampliación del aeropuerto de Manchester en 1990. Gracias a una mayor apertura, los autores son proclives a integrar aportes de otras perspectivas teóricas, como la “Teoría de las identidades de grupo” (Dunleavy, 1991: cap. 5) cercana a una visión de los individuos y grupos como maximizadores de sus intereses. El resultado final es que el fracaso del movimiento es explicado tanto por “la asimetría estructural de recursos” entre las fuerzas contendientes (Griggs y Howarth, 2000: 67), como por la ausencia de un significante vacío que reforzase a los opositores a la ampliación en contraste con sus partidarios, que fueron capaces de vincular

las obras con el progreso general de la sociedad en su lema: “*Greater Britain, Greater Manchester*” (Griggs y Howarth, 2000: 65). Otros trabajos, en esa misma compilación, apuntan también a un uso *thin* de la Discourse Theory (Clohesy, 2000; Çelik, 2000).

El trabajo de Howarth representa el ejemplo de un uso de la “Teoría del Discurso” que es compatible con otros enfoques teóricos más atentos a las condiciones socioeconómicas. Mediante la combinación de los dos consigue el autor una explicación bastante plausible del fenómeno político que estudia. Aunque no se comparta aquí el método con el que complementa el análisis de discurso, el ejemplo representa una apertura a posibles usos más flexibles aplicados a la construcción discursiva de la hegemonía.

Es apreciable entonces que las debilidades de la *Discourse Theory* se reducen en gran medida cuando ésta se fija objetivos más modestos: describir discursos –su emergencia, su permanencia, sus modificaciones- y analizar sus operaciones para hacer inteligible los cambios políticos, más que ser la única medida de explicación de los fenómenos sociales. Townshend apuesta porque el análisis de los discursos sirva entonces como conjunto de técnicas para comprender las operaciones hegemónicas, sin ignorar que éstas suceden “sobre condiciones *externas* de posibilidad, institucionales y materiales” (Townshend, 2004: 284). Torfing, en ese mismo sentido, advierte contra cualquier “metodología máster totalizadora”, defendiendo mejor un compromiso por el que los analistas que usen la *Discourse Theory* practiquen, desde el “antiesencialismo”, el “bricolage metodológico” (Torfing, 1999: 292). El propio Laclau, por fin, no parece en absoluto distante de esta posición al afirmar: “Por eso es que nuestra investigación debe apelar a una pluralidad de tradiciones intelectuales” (Laclau, 2005: 88).

Hasta aquí he defendido, con el desarrollo de la teoría de la hegemonía de Gramsci que hacen Laclau y Mouffe, que la ideología es siempre una construcción contingente que “naturaliza” determinados órdenes sociales, y que las identidades políticas son el producto de luchas hegemónicas. No creo que haya nada de contradictorio en sumar, a esta afirmación, las de Howarth y Geras cuando afirma que “algunos discursos son más ciertos que otros” (2000: 113-115) y que ésta “veracidad” se la da su verosimilitud a la hora de interpretar el mundo que nos rodea, de hacerlo “legible”, en términos de Žižek:

“el término que señala lo ausente –la plenitud de la sociedad- será hegemonizado por aquel significado específico que proporcione mayor y más certera “legibilidad” a la hora de entender la experiencia cotidiana, es decir, el significado que permita a los individuos plasmar en un discurso coherente sus propias experiencias de vida” (Zizek, 2007: 17).

Esta aseveración no limita la autonomía de lo político sino que la hace inteligible en relación con el escenario en el que sucede el conflicto. En la discusión sobre las identidades étnicas y nacionales de los capítulos metodológicos se verá que el carácter construido de éstas –y por tanto la contingencia última de las identidades políticas- no impide reconocer que la labor de articulación trabaja con elementos “preexistentes” o “materias primas” que más que realidades “objetivas” o “extradiscursivas” son el resultado sedimentado de prácticas anteriores de atribución de sentido a hechos sociales.

Una vez hecha esta operación de heterodoxia metodológica, es más fácil reconocer la riqueza del método de Laclau y Mouffe para el estudio de los discursos políticos. En este caso, no es difícil convenir que estamos más cerca de una metodología teóricamente informada que de una teoría de alcance explicativo universal.

Siguiendo ese hilo deductivo, este trabajo adopta entonces una perspectiva *thin* en la que la efectividad política no se atribuye en exclusiva a la capacidad preformativa de un discurso concreto, sino que se pregunta también por sus condiciones de emergencia y transformación. Finlayson y Valentine (2002) afirman que quizás deba ser más porosa la frontera entre las teorías de la contingencia y las estructuralistas, en una articulación que explique el “qué” y el “cómo” pero también el “porqué”. La aleatoriedad no puede ser una excusa para no explicar porqué los mismos discursos cosechan resultados tan dispares en lugares diferentes, conformados por estructuras económicas, institucionales y sociales diversas.

Laclau y Mouffe, en el fondo, han “historicizado” la ciencia política, al reconocer la variabilidad de las construcciones hegemónicas, y la necesidad de todo estudioso de la política de preguntarse por la producción de identidades políticas que ocurre siempre en y a través del conflicto. Ahora se trata de “espacializar” el enfoque: pasar de una teoría de la hegemonía en abstracto a comprender su despliegue en un caso particular marcado por condiciones determinadas. No es otro el sentido gramsciano, que ya hemos visto, del concepto gramsciano de “bloque histórico”.

La Teoría del Discurso puede ser usada entonces como una valiosa caja de herramientas para comprender la hegemonía, con sólo introducir una modificación que sería un “pecado” para sus autores pero que está en el corazón mismo del pensamiento de Gramsci del que ellos parten: el juego de las lógicas de diferencia y equivalencia, las investiduras del universal por particulares construidas por actos de nominación, no se desenvuelven en el vacío. Las propias dislocación y heterogeneidad, necesarias para que las identidades no estén preconstituidas y la ideología no las “revele” sino que se construyan en la lucha política, son condiciones que dependen de factores como la cohesión, fortaleza y capacidad de regulación y control territorial de un Estado. La posibilidad de encarnar el universal por parte de un particular, a su vez, depende también de factores como la posición relativa de esa identidad particular en la estructura económica de una sociedad, su capacidad de movilización –simbólica y material- y su relación con otras fuerzas. El reconocimiento de que todas las identidades políticas son construidas debe ser acompañado por la constatación de que no todas tienen la misma posibilidad de éxito en sus esfuerzos por ser hegemónicas. Esto conduce de forma necesaria a estudiar las “condiciones de posibilidad” de la hegemonía. En el caso que estudio: las condiciones de posibilidad para el surgimiento de la hegemonía indígena y nacional-popular en Bolivia. Espero que, llegados a este punto, quede claro que la hegemonía no es una operación lingüística que se produce sobre un escenario plano, sino un despliegue político que parte de condiciones de posibilidad que influyen en su potencial éxito o fracaso. Gramsci lo reconoce así al afirmar el carácter “de clase” de toda hegemonía. Laclau, como hemos visto, incurre en peligrosas contradicciones al intentar afirmar la contingencia absoluta de la hegemonía, y acaba reconociendo, cuando hace análisis político de situaciones concretas, la existencia de “límites extradiscursivos” a la construcción de identidades políticas. Entre ambos, esta investigación apuesta por un uso *thin* de la *Discourse Theory* para el estudio de la hegemonía en Bolivia.

4.4 Un esquema de la producción discursiva de la hegemonía

Con lo discutido hasta ahora acerca ya tenemos materiales suficientes para completar nuestra definición de hegemonía.

Del examen del pensamiento gramsciano habíamos extraído la definición de hegemonía en base a cuatro componentes fundamentales: *Dislocación, Articulación, Integración Parcial de otros grupos y Condiciones de posibilidad.*

La Teoría del Discurso permite comprender las identidades políticas como una producción relacional y contingente, que no expresa sujetos preconstituidos fuera del discurso, sino que los constituye de manera radical e inestable. Por consiguiente, el nacionalismo no expresa la nación, sino que la construye, en la misma medida que el indianismo no es el descubrimiento, quinientos años después, de la dimensión étnica olvidada, sino su producción actual con mitos que apelan al pasado.

De entre todas las identidades políticas, la Teoría del Discurso presta especial atención a una forma particular de articulación: la formación de las identidades populares, la construcción del sujeto “pueblo”. El trabajo de Ernesto Laclau preside el armazón teórico al respecto, en el que se incluyen trabajos de otros académicos que forman parte de esta perspectiva.

La teoría gramsciana de la hegemonía giraba en torno a la superación, por parte de la clase obrera, de sus intereses corporativos para convertirse en el grupo dirigente de un nuevo compuesto social, de una nueva totalidad. A esta nueva totalidad Gramsci la llamaba una “voluntad colectiva nacional-popular”, por cuanto el objetivo del proletariado era reordenar el campo de lo político en un sentido nuevo que le posicionase como representante, conductor y valedor de una nueva mayoría nacional conformada por los sectores subalternos. Este combate político cultural no es reducible al de trazar alianzas entre diferentes grupos sociales contra un enemigo común, sino que es estrictamente “fundacionalista”: se trata de imaginar una nueva comunidad política y generalizar esta nueva imaginación. Estamos por tanto ante la institución de un “pueblo”, que siempre se define por oposición a la minoría culpable de la armonía y la totalidad ausentes. Como hemos visto, para Gramsci es la clase obrera la que está –por su

posición “objetiva” en el proceso productivo- en condiciones de interpelar a las mayorías sociales contra la sociedad de clases y la dominación de los propietarios del capital.

La Teoría del Discurso parte de esta concepción, pero, como ya se ha explicado, “desnaturaliza” toda identidad política y rechaza que alguna pueda ser el reflejo de una condición instituida fuera de la pugna de significados, en un terreno puro e incontaminado de la economía que no se vería afectado por la competencia entre discursos por darle uno u otro significado al hecho, por ejemplo, de ser “asalariado”.

De esta forma, la Teoría del Discurso puede generalizar sus propuestas, y ampliar la teoría de la hegemonía no sólo a los procesos políticos presididos por el conflicto entre clases sociales, sino a cualquier confrontación política. Si los intereses no están prefijados, la política misma, en su momento de fundación o “popular” es entonces una lucha por el sentido, una pelea por construir articulación y representar los intereses propios como universales, y los del adversario como la amenaza a esa universalidad. Esto significa que una actividad central de la política es la actividad de constitución de identidades, que no obstante su duración en el tiempo, nunca pueden darse por plenamente instituidas, y siempre están sometidas a contestación o reinterpretación. Este continuo movimiento es, en rigor, la política.

Es necesario, sin embargo, repetir la advertencia efectuada con anterioridad. Este movimiento continuo es contingente en el sentido de que sus resultados no tienen nada de necesario, no estaban escritos en ningún sitio ni tienen más lógica inherente que la de la relación entre elementos y la lucha política. No obstante, eso no significa que sea un movimiento arbitrario, en el que todo sea posible. La articulación vincula y resignifica elementos en cadenas discursivas más amplias que les otorgan uno u otro significado político. Pero esos elementos o “condiciones de posibilidad” tienen existencia empírica, sea en forma de instituciones sedimentadas de sentido, sea en forma de “materias primas” disponibles para una construcción discursiva y no para otra.

Por tanto, no todas las articulaciones discursivas son susceptibles de ser exitosas, sencillamente porque no todas cuentan con las mismas “materias primas” para su construcción de identidad política. Por supuesto todas son practicables, pero hacen falta parámetros que, más allá de la contingencia, ayuden a identificar cuales podrán generalizarse y aspirar a la hegemonía y cuales cuentan con mayores posibilidades de fracaso.

Un discurso obrerista que pretenda extender la identidad obrera vinculada a un imaginario fabril-industrial no tiene muchas posibilidades de resultar exitosa en el contexto de la Europa occidental, por la creciente terciarización y precarización de la mayoría de los trabajadores. Las dificultades de la izquierda europea no son en absoluto ajenas a una multiplicación de las formas de explotación de la fuerza de trabajo, que hacen más complicada la producción discursiva de un sujeto “explotados” unitario. Esta multiplicación de las condiciones reales de contratación, venta de la fuerza de trabajo, inserción en los procesos productivos y remuneración es sin duda una condición de posibilidad relevante para el éxito de unos discursos y el fracaso de otros. Una teoría del discurso que no atienda a esta cuestión corre el riesgo de cerrarse sobre sí misma, de convertirse en un metarrelato incapaz de dar cuenta de los éxitos y fracasos históricos de diferentes proyectos políticos, cayendo en el puro idealismo.

La emergencia de la identidad política indígena en Bolivia ofrece otro ejemplo. Ciertamente, ésta es una opción estratégica y el resultado de una construcción de narrativa indianista por parte de intelectuales y líderes comunitarios y de movimientos sociales. Pero su éxito tiene también que ver con limitaciones históricas del proceso colonial y, después, de homogenización estatal-nacional: la persistencia de una mayoría de la población que conserva idiomas distintos del castellano y culturas diferentes de la moderna-occidental, o el mantenimiento mayoritario de rasgos físicos marcadamente diferentes de los de la minoría “blanca” suponen, de forma difícil de negar, condiciones favorables para un discurso que dibuje una frontera entre las mayorías indígenas y las minorías coloniales explotadoras. Estas mismas condiciones históricas hacen que, en la vecina Argentina, un discurso así nunca haya sido políticamente relevante.

Llegamos así a los elementos centrales de una teoría de la construcción de identidades populares. Si un régimen es capaz de tramitar de forma individual cada demanda, satisfaciendo algunas y aislando al resto, entonces prevalece una lógica institucionalista o liberal-democrática¹³⁰. Es la atemperación de la política, el mecanismo de defensa y funcionamiento normal de una comunidad política ya instituida. Disgregación, institucionalización y reintegración a la dinámica liberal de gestión de las contradicciones

¹³⁰ Los regímenes dictatoriales, por su uso de la coacción desnuda, pueden responder a más demandas con la represión directa, pero aún así siguen necesitando ejercer la fragmentación, responder positivamente a algunas y aislar a aquellas que vayan a enfrentar la violencia sistémica. En esta medida son reflejo de una crisis de hegemonía que hace necesario el recurso al uso masivo de la fuerza. No escapan, por tanto, a esta lógica institucionalista, sino que la debilidad de la dominación es compensada por una práctica terrorista de la disgregación y separación de demandas.

sociales dentro de unas reglas del juego que favorecen la primacía de un grupo social determinado.

En el extremo, en momentos especialmente turbulentos y de crisis sistémica, los grupos dominantes deben realizar transformaciones profundas para robar la iniciativa a los grupos subalternos, integrar parte de sus demandas y derrotar al resto, desactivando el frente común contra su dirección política de toda la sociedad. Esto es, en Gramsci, una “revolución pasiva”.

Por oposición, la identidad popular nace de la vinculación entre sí de demandas insatisfechas por el sistema al que se dirigen. Cuando el Estado no es capaz de satisfacer o neutralizar un número sustantivo de éstas, cabe la posibilidad de que la frustración mutua produzca lo que Laclau llama una “cadena de equivalencias”, en la que una de las demandas se eleva por encima de las otras. Esta demanda, que señala una contradicción principal, nunca pierde su sentido particular, pero éste estará siempre en tensión con el significado universal recién adquirido: la expresión de todas las demandas unidas en la cadena y opuestas al sistema en el que no encuentran respuesta satisfactoria.

Por medio de esta cadena, las reivindicaciones más dispares pueden aliarse en una relación de solidaridad frente al *status quo* y los grupos dominantes. Se establece así una frontera que divide el campo político en dos bloques antagónicos, interpelando al campo mayoritario –el “pueblo”- a fundar un nuevo orden político. Esta frontera es crucial, pues delimita al “nosotros” del “afuera constitutivo”, que es a un tiempo la condición de posibilidad y la negación de la nueva identidad –del “nosotros”-. La relación con esta frontera es por tanto siempre inestable.

Este vínculo equivalencial, sin embargo, es frágil e inestable. Para consolidarse como identidad popular, una cadena de equivalencias necesita cristalizar en ciertos símbolos que expresen algo más que la suma de demandas insatisfechas. Ese “algo más” es ya la oposición al orden existente y la voluntad de transformarlo en un sentido más justo por cuanto más favorable a la mayoría de diferentes grupos sociales agraviados y que ya no confían plenamente en la institucionalidad existente para la satisfacción de sus necesidades. Esta cristalización se produce en torno a significantes tendencialmente vacíos, términos que anteriormente eran susceptibles de ser significados por diferentes discursos, y que por su propia amplitud pueden pasar de ser conceptos a ser “nombres: perdiendo su significado

anterior, pasan a ser representantes directos –nombres- de la cadena que ha cristalizado en ellos.

El significante tendencialmente vacío que expresa esa nueva identidad popular que ya es algo más que la suma de demandas insatisfechas –pero que nunca perderá ese significado de suma de particulares- resignifica una serie de significantes flotantes, los ancla fijando su significado de acuerdo con la identidad popular en formación

De esta forma, se ha conformado un discurso político que funciona como superficie de inscripción y resignificación para diferentes demandas, a las que vincula y expresa en una síntesis mayor, orientándolas hacia un cuestionamiento del orden existente mediante una polarización del campo de lo social en dos bloques: de un lado el “pueblo” olvidado, explotado, sometido; del otro el sistema, las élites, los propietarios. El significado particular que esta frontera tenga, y en consecuencia la conformación de estos dos bloques, depende de cual de entre las demandas insatisfechas asociadas en una cadena de equivalencias haya pasado a ser la demanda fundamental, la “dimensión ganadora”. Este particular, convertido en universal por medio de su articulación en la cadena y la posterior construcción de identidad popular, es el contenido específico de la hegemonía en formación y expansión.

El significante tendencialmente vacío ha adquirido así un sentido preciso, pero deberá seguir actuando como superficie de inscripción para diferentes demandas, en un movimiento pendular que ya hemos visto en los trabajos de Gerardo Aboy: si se amplía demasiado y llega a representar la comunidad política entera, se deshace y no imprime ningún contenido particular de reforma a las condiciones existentes; si se cierra demasiado y deja demasiadas demandas fuera de su construcción, perderá poco a poco la hegemonía, la posibilidad de universalidad, y quedará encerrado en una particularidad más fácil de ser cercada y derrotada. Es la tensión, característica del populismo, entre hegemonismo y refundacionalismo: entre disolver la frontera constitutiva y afirmarla.

En este sentido identidad popular y hegemonía están íntimamente ligados, y son dos componentes de un mismo proceso de ruptura del orden existente y construcción de uno nuevo: el de la movilización y el cambio político profundo.

Hay que especificar solamente dos cuestiones. En primer lugar, que este esquema sirve para comprender las transformaciones políticas caracterizadas por la intervención de los sectores populares –en cuanto sectores carentes de poder económico, mediático o político- en un proceso de cambio antagónico y, por ello, sustancial. No debe ser por tanto confundido con la alternancia de adversarios en la contienda electoral dentro de la institucionalidad democrática liberal, ni por la mera sustitución militar o clientelar de élites en países no democráticos, donde la apelación al “pueblo” es ya un recurso retórico plenamente vacío.

En segundo lugar, como es propio a la política, este esquema no tiene nada de necesario ni de automático. Designa sólo la forma que toma toda construcción hegemónica que, como se defiende, entraña siempre la producción de una identidad popular nueva, encarnada en un particular que es el que le otorga su sentido político. Es, por tanto, siempre el resultado de una movilización política que incluye la acción de los intelectuales, la propaganda cultural, la agitación política, la discusión ideológica, la presión popular y las más diferentes formas de intervención en la agenda pública, desde las peticiones y las manifestaciones hasta la acción disruptiva de masas y la insurgencia armada. Todas estas prácticas son objeto de diferentes estudios y enfoques teóricos por parte de diferentes disciplinas dentro de las ciencias sociales. Lo relevante para este estudio es exclusivamente su carácter performativo, la medida en la que contribuyen a dotar de un sentido político u otro determinadas condiciones sociales preexistentes, ordenando así un campo múltiple y heterogéneo en una conformación hegemónica, esto es, produciendo una “voluntad colectiva nacional-popular”.

Expuestos los elementos centrales de la Teoría del Discurso en lo referente a la construcción de identidades populares, procedo ahora a sintetizarlas en el siguiente esquema. En la construcción de una identidad popular, en la producción del “pueblo” intervienen siempre los siguientes factores:

- 1. Acumulación de demandas sociales que no han sido satisfechas o neutralizadas.**

Esta vinculación de solidaridad por la frustración mutua es aún precaria, amplia, difusa y altamente inestable, pero ya señala la debilidad de la hegemonía existente, la incapacidad de los dirigentes para representar el bienestar colectivo y la desafección de los gobernados. Se trata de un terreno conflictivo y disgregado propicio para la articulación discursiva.

2. **Formación de una cadena de equivalencias** entre todas las demandas insatisfechas en torno a una de ellas, que funciona como **condensación** de la cadena y expresa al resto, definiendo la **frontera** que constituye el enfrentamiento y los contendientes, dicotomizando el espacio político. Este es el momento de gestación de la nueva hegemonía, en tanto que paso de la suma de reivindicaciones a la expresión de una nueva oposición unitaria y proyecto de transformación. Esta demanda particular define el contenido político de la hegemonía, en función del grupo que haya conseguido ver sus intereses particulares encarnando el universal.
3. **Cristalización de esta cadena en un significativo tendencialmente vacío** que termina por ser desprovisto de sus significados anteriores para pasar de ser un concepto a un **nombre** que refiere directamente a la cadena formada y la frontera que dibuja el enfrentamiento. Este significativo vacío puede ser un líder, una consigna o una condición común, pero desde el momento de su conversión en nombre es ya la expresión de la **nueva identidad popular**.
4. **Fijación de significantes flotantes por parte del significativo vacío**, dentro del discurso hegemónico. Diferentes significantes flotantes, tales como “nación”, “pueblo” “libertad” o “dignidad” son articulados dentro del nuevo campo discursivo, adquiriendo un significado nuevo. Esta es la operación que sostiene la pretensión de universalidad del proyecto político en cuestión, que ya es capaz de presentarse como el avance de la comunidad política en general. La conquista del poder político y económico, ahora, depende de los avatares del conflicto electoral, insurreccional o militar, pero la prolongada batalla cultural o “guerra de posiciones” ya es favorable al sector o sectores que han conseguido llegar hasta aquí. En este punto ya existe un sujeto “pueblo” que ha conseguido desmontar la dominación ideológica de los grupos dominantes, descabezar sus pretensiones de legitimidad, y presentar como intolerable su dirección. La dominación, por tanto, está ya cercada a la espera de su derrota formal.
5. **Momento de péndulo entre el “fundacionalismo” y el “hegemonismo”**. La hegemonía construida sobre el nuevo “pueblo” está basada siempre en la tensión entre el particular y lo universal. En términos de Laclau (2005: 108) –y de Dussel (2007: 5-6) una *plebs* que se reclama único *pópus* legítimo. El nuevo orden político ha nacido

como una refundación de la comunidad política que termine con la marginación, explotación o subordinación de las mayorías sociales y reconcilie a toda la comunidad. Pero a la vez se sustenta sobre la construcción de una frontera que excluye siempre a una minoría, una élite, frente a la cual se constituye el “pueblo”. La nueva institucionalidad que consolide la dominación de nuevo grupo social hegemónico estará siempre sometida a un movimiento pendular entre el “fundacionalismo” y el “hegemonismo”; entre la afirmación de la frontera sobre la que se sostiene el nuevo sistema y su mayoría política o *plebs*, y la tentación de disolverla y hacerse la comunidad entera, o *populus*. En la polisemia del término “pueblo” se juega el difícil equilibrio de la hegemonía entre los abismos paralelos del aislamiento o el vaciamiento. Esta fase puede ser entendida como la de consolidación de la hegemonía que en el futuro será desafiada por alguna otra ruptura popular o contrehegemonía, y, por tanto, como el cierre del círculo.

De la teoría de la hegemonía de Gramsci se habían extraído los siguientes cuatro elementos centrales: *Dislocación, Articulación, Integración Parcial de otros grupos y Condiciones de posibilidad.*

De la Teoría del Discurso he extraído ahora los siguientes cinco: *Acumulación de demandas insatisfechas, Formación de una cadena de equivalencias, Cristalización en torno a un significante tendencialmente vacío, Fijación de significantes flotantes por parte del significante vacío, y Momento de péndulo entre “refundacionalismo” y “hegemonismo”.*

Una apreciación rápida constata la extrema cercanía entre algunos de los elementos o momentos individualizados en cada una de las dos perspectivas teóricas.

Los elementos de la teoría gramsciana de la hegemonía hacen referencia a las relaciones entre grupos sociales –entre clases sociales y fracciones de clase, originalmente en Gramsci- y su articulación en una conformación hegemónica. Es por tanto un esquema para comprender la evolución en la correlación de fuerzas en la lucha política entre grupos sociales. Así, a estos elementos los agruparé en una “Matriz de la hegemonía sociopolítica”

Figura 7.1 Matriz 1¹³¹

Matriz de la Hegemonía sociopolítica:	Dislocación	Articulación	Integración parcial de otros grupos	Condiciones de posibilidad
--	-------------	--------------	-------------------------------------	----------------------------

Los elementos de la construcción discursiva de identidades políticas refieren a las operaciones por las que, frente a un orden existente, se conforma, extiende, constituye y “estabiliza” un sujeto popular. Es por lo tanto un esquema para comprender la producción discursiva de la hegemonía en tanto encarnación particular del universal. Así, estos elementos componen la “Matriz de la hegemonía discursiva”

Figura 7.2 Matriz 2¹³²

Matriz de la hegemonía discursiva:	Acumulación de demandas insatisfechas.	Formación de una cadena de equivalencias Fijación de una <i>Frontera</i> en torno a una <i>Dimensión Ganadora</i> .	Cristalización en torno a un significativo tendencialmente vacío.	Fijación de significantes flotantes por parte del significativo vacío.	Momento de péndulo entre “refundacionalismo” y “hegemonismo”
---	--	--	---	--	--

Estas dos matrices no constituyen dos formas diferentes de abordar la cuestión de la hegemonía desde el enfoque teórico desarrollado hasta aquí. Significan más bien dos ópticas sobre un mismo proceso. No obstante, constatar que la primera privilegia su atención sobre la relación entre los grupos sociales, mientras la segunda lo hace sobre la producción discursiva no es suficiente. Es cierto que ambas matrices se mueven en niveles diferentes, pero no porque aludan a fenómenos diferentes o aún a ópticas diferentes de interpretación de un mismo fenómeno.

¹³¹ Fuente: Elaboración propia.

¹³² Fuente: Elaboración propia.

En realidad, una segunda lectura comparativa de estas dos matrices permite apreciar que la segunda es una concreción de la primera. Si la matriz sociopolítica se ocupa de la hegemonía como relación entre los grupos sociales, la matriz discursiva se centra sólo en el corazón de la hegemonía: la articulación.

En la matriz 1, la actividad fundamental es la *articulación*, de la que el resto de elementos suponen condiciones previas o derivadas: la *dislocación* es el punto de partida en ausencia del cual no puede haber práctica hegemónica, y las *condiciones de posibilidad* son en realidad el elemento corrector que permite entender que la lucha política no es mera confrontación literaria, sino que envuelve condiciones que no se eligen, heredadas, que marcan las posibilidades con las que parten los contendientes. El elemento *Integración parcial de otros grupos* es el resultado primero de la articulación de diferentes intereses corporativos o particulares en una nueva voluntad colectiva unitaria, y después del ejercicio mismo de la dirección política, que satisface y atrae a algunos grupos subordinados mientras aísla, dispersa y neutraliza a los oponentes identificados como antagonistas.

La matriz 2 puede y debe ser utilizada, en consecuencia, como una concreción del elemento central que define la actividad hegemónica, la articulación, siempre que en ella se incorporen los elementos de la primera matriz, sin los cuales el análisis puede sufrir serias distorsiones: *Partida de una situación de dislocación, Integración parcial de grupos subordinados y Condiciones de posibilidad*.

Incorporando estos elementos como premisas o condiciones de partida, podemos completar la matriz número 2 y usarla entonces como modelo explicativo de la construcción de identidades populares hegemónicas.

Segunda parte

Un aparato metodológico
para el análisis de la
hegemonía

Capítulo 5

Una epistemología constructivista para el análisis de discurso

El enfoque sobre la hegemonía adoptado en esta investigación asume, como ya ha sido expuesto, que los discursos no “expresan” intereses de sujetos existentes en una esfera social anterior a la política. Por el contrario, los discursos son las prácticas de significación que articulan diferentes elementos sociales en un relato unitario que permite su ordenación, interpretación y movilización. En ese sentido se puede afirmar que los discursos *constituyen* a los sujetos políticos y al propio campo de lo político, como espacio marcado por la dislocación, la contingencia y el conflicto.

La propia condición de posibilidad de la hegemonía es que las posiciones de los sujetos –e incluso las subjetividades mismas- no estén preconstituidas ni “ancladas” antes de la actividad política de articulación. Sólo si éstas son susceptibles de ser reinterpretadas y transformadas puede existir la hegemonía como práctica que aúna intereses y grupos sociales en una nueva unidad que es sustancialmente distinta de la mera suma de todos los elementos articulados, que modifica cada uno de los contenidos particulares del conglomerado.

El análisis del discurso y la hegemonía, por tanto, no es un análisis “ideológico”: de las formas de manifestación y presentación política de unidades compuestas en lo social. Es el análisis de la construcción, transformación y generalización de los marcos interpretativos y las narrativas que construyen significados políticos compartidos a partir de elementos que podrían ser inscritos en muchos otros procesos de significación.

Estos “significados políticos compartidos” son las identidades políticas, en tanto que solidaridades compartidas que orientan, agregan y cohesionan las posiciones y aspiraciones políticas. Las identidades políticas, a diferencia de identidades grupales o reducidas a lo “social”, aspiran a extenderse e imponerse ordenando el campo político mediante relaciones de agregación u oposición.

La perspectiva que defiende que las identidades políticas son el resultado abierto de procesos de construcción, dinámicas de disputa por la institución de diferentes marcadores de diferenciación que produjeran diferentes alineaciones del “nosotros”, se denomina “constructivismo”.

El objetivo de los epígrafes que siguen no es la exposición de una teoría ni de un aparato metodológico. La primera ya ha sido discutida, a partir del concepto gramsciano de “hegemonía” y su desarrollo por parte de la *Discourse Theory*, concretamente en su versión *thin*. La metodología de su aplicación, por otra parte, se derivará, en el siguiente capítulo, de la revisión de los orígenes, características centrales y propuestas más relevantes dentro del *Frame Analysis*, como técnica de aplicación del análisis de discurso a los estudios de la movilización política.

El objetivo de este capítulo es la exposición de los motivos de la adopción de una epistemología constructivista, y las implicaciones teóricas y metodológicas de esta decisión. Para ello, no obstante, es preciso detenerse en el origen y las características principales de esta perspectiva, en los dos campos en los que el constructivismo se desarrolló principalmente: los estudios del nacionalismo y los de la identidad. A estas dos evoluciones, a menudo entrecruzadas y en alimentación mutua, se dedica el siguiente epígrafe.

5.1 La perspectiva constructivista

El enfoque constructivista nace como una propuesta epistemológica surgida de las afirmaciones de diferentes filósofos de la ciencia -Kuhn, Ludan, Putnam, etc.-, en el sentido de que el conocimiento no es una recepción pasiva de realidad, sino un proceso en el cual los marcos conceptuales son constitutivos de los objetos de conocimiento.

Para el estudio de la política esto significa que los esquemas desde los que los actores políticos entienden y representan la realidad que les rodea no sólo condicionan su comprensión de ésta, sino que tienen además una importancia de primer orden, derivada de su poder performativo. La agrupación estable y relativamente coherente de varios esquemas de percepción e interpretación, orientada a favorecer un tipo de interpretación colectiva de la realidad, es un *discurso político*. Los discursos no pueden ser tomados por descripciones más

o menos verdaderas de los objetos sociales, puesto que proceden, por su selección de los temas, la articulación que hace de éstos, sus cargas emocionales y su representación del orden social, a intervenir y *constituir* la realidad política. Esto no equivale a disolver toda la realidad en el discurso, pero sí a postular que los objetos y las situaciones se politizan cuando son articuladas en discursos que los asocian a otras situaciones y les atribuyen un sentido. Las identidades son también, según este enfoque, el resultado de una interpretación y significación de determinadas situaciones en base a las cuales se postula una pertenencia común para un grupo de personas:

“La identidad colectiva es el proceso de construcción de un sistema de acción, una definición interactiva y compartida producida por un conjunto de individuos y grupos relativa a las orientaciones de su acción y el campo de oportunidades y limitaciones en el que dicha acción tiene lugar” (Melucci, 1996: 70)¹³³.

Las identidades políticas son aquellas que se generan en la movilización política y que pretenden extenderse y orientar las percepciones de los individuos y grupos de su entorno de actuación. Esto las distingue de otros tipos de identidad que pueden ser concebidos en términos de psicología social. Se trata por tanto de procesos de generación de esquemas interpretativos y lealtades compartidas que aspiran extenderse (Berger y Luckmann, 1996; Moscovici, 1981; Calhoun, 1994; Billing, 1995). Estas identidades se producen, reproducen, negocian y modifican en la “acción colectiva” (Della porta y Diani, 2006: 91-93), o, en términos más cercanos y tal como demuestran diferentes estudios, en la pugna política por la institución de sentido (Roniger y Azajder, 1998; Crespo, 2003).

El constructivismo entiende que las identidades políticas, más que como hechos objetivos y cerrados, son más aprehensibles en términos de *procesos de identificación*, fenómenos sociales interactivos, autoreflexivos, conflictivos y contingentes (Hardin, 1995; Lustick, 2000; Castillo, 2005). En este sentido el constructivismo recoge algunas de las aportaciones centrales del interaccionismo simbólico (Goffman, Turner y Killian, 1957)¹³⁴.

¹³³ Citado en Tejerina (2002: 172).

¹³⁴ Citado en Johnston, Laraña y Gusfield (1994: 38).

Estos procesos operan principalmente en términos de captación, selección y filtrado de atributos compartidos, que son postulados como categorías de adscripción e identificación (Barth, 1976: 16). Para la demarcación de un “Nosotros” (Tejerina, 2002: 173).

No obstante, que las identidades sean construcciones dinámicas no significa ni que sean aleatorias ni que sean enteramente maleables o volátiles: Por una parte estas construcciones presentan un alto componente de elección estratégica, evolucionando con los incentivos y la estructura de oportunidades que les afectan (Laitin, 1994; Chai, 2001); mientras que por otra parte las identidades tienden a sedimentar y permanecer en el tiempo, experimentando cambios y deslizamientos generalmente lentos, y en respuesta a incentivos y cambios exógenos (Gurr, 2000; Horowitz, 1985; Selverston-Scher, 2001). Además, las identidades son múltiples, y suelen combinarse y solaparse, en una relación determinada por la lucha hegemónica, por la que puede imponerse una como exclusiva o principal, un proceso nunca definitivo (Laclau, 1994, Fearon, 1999; Fearon y Laitin, 2000).

Una aplicación particularmente fértil de la perspectiva constructivista, inicialmente desarrollada en la teoría de la identidad, ha sido en los estudios sobre las naciones y el nacionalismo.

A efectos analíticos, para el enfoque desarrollado hasta aquí, el nacionalismo es una de las muchas identidades políticas posibles. No obstante, la “nación” ha sido uno de los significantes vacíos más poderosos, que sin duda ha caracterizado la modernidad y sigue gozando, con tozudez frente a quienes han tratado de desestimarla, una capacidad de interpelación y movilización de masas difícilmente igualable.

Los estudios sobre naciones y nacionalismos se han ido constituyendo, tanto por la importancia específica de su área de estudio como por determinadas problemáticas particulares, en toda una subdisciplina de las ciencias sociales.

Entre las décadas 1980 y 1990 del pasado siglo fue aumentando el número de estudiosos que, perplejos ante la persistencia del fenómeno nacionalista más allá del contexto político, económico y cultural de la modernidad, comenzaron a estudiar el nacionalismo y la política étnica empleando categorías provenientes de los enfoques culturalistas e “identitarios” de los llamados “nuevos movimientos sociales” (Nagel y Olzak, 1982; See, 1986; Johnston, 1991;

Donati, 1992). Estos trabajos entroncaban con la beta “modernista” (Anderson, 1983; Gellner, 1994; Hobsbawn, 1995) que comenzaba a ser dominante en los estudios sobre el nacionalismo. Ambos coincidían en que las naciones eran el resultado de procesos de construcción nacional o *nationbuilding*. Pero discrepaban sobre la contingencia histórica de los mismos y sobre el peso específico del discurso nacionalista en la generación de la nación, entendida más como “idea nacional” en unos casos y como “ingeniería social”.

En todo caso, la revisión de ambas perspectivas, que se realiza en el siguiente capítulo, sirve para deducir los elementos centrales y constitutivos de la perspectiva constructivista en sus diferentes acepciones. Para este recorrido se sigue principalmente a Smith (2003), que pese a defender una postura contraria del “nacionalista como arqueólogo”, realiza una distinción entre “modernistas” y “posmodernistas” que resulta ilustrativa de los debates –intra e interesueta- en los que se ha desarrollado la perspectiva que aquí nos interesa. No obstante, este esquema es complementado con las aportaciones de Máiz (2004, y fundamentalmente 2007) que matiza alguna de las clasificaciones de Smith, y, en la discusión frente a la orientación epistemológica de éste, expone de manera extremadamente clara y vigorosa los rasgos definitorios del “constructivismo”.

5.2 Rastreado en los estudios sobre el nacionalismo: principales enfoques

Los estudios sobre el nacionalismo y la etnicidad han sido el campo en el que más nítida y profundamente se ha desarrollado el “constructivismo” como enfoque teórico alternativo para el estudio de las identidades políticas. Como se verá más adelante, esta perspectiva teórica ha producido una metodología propia para el estudio de casos específicos. El desarrollo del “constructivismo” se ha producido al calor de las discusiones con otros enfoques, en las cuales los investigadores han ido reformulando sus propuestas. Es preciso por tanto dar cuenta, si quiera en forma sucinta, de estas polémicas.

En 1995, Anthony Smith, uno de los más influyentes estudiosos del nacionalismo, publicó su conocido artículo “Gastronomy or Geology? The Role of Nationalism in the Reconstruction of

Nations” (Smith, 2003).

En él revisaba algunas de sus posiciones teóricas y las relacionaba con la evolución de los estudios de área sobre nacionalismos y naciones, proponiendo finalmente un enfoque que fuese capaz de aprehender tanto la dimensión de creación como la de “recepción” o descubrimiento, ambas presentes, según Smith, en todo nacionalismo.

La división que Smith hace de las diferentes escuelas puede ser útil para una breve revisión de las mismas.

El enfoque “**primordialista**” o “esencialista” es aquel que entiende la nación como un depósito histórico, una estructura estratificada y acumulativa en la que diferentes generaciones de una comunidad identificable a través del tiempo han ido sedimentando sus experiencias, prácticas y cultura (Koht, 1947; Armstrong, 1982).

Para esta perspectiva, el pasado étnico explica el presente nacional, en la medida en que los nacionalistas (re)descubren aspectos olvidados del pasado nacional y las incorporan al presente, condicionando así las posibilidades políticas nacionales. Según esta visión, la comprensión de los nacionalismos y aún de las naciones reclama la investigación de las etnicidades precipitadas en el tiempo, que están en la base de los procesos políticos contemporáneos.

La antropología hace tiempo, sin embargo, que ha criticado estas posiciones señalando que es el presente quien conforma y filtra –“produce” el pasado étnico¹³⁵. No obstante, y como se verá más adelante, algunas de las más profundas premisas teóricas del enfoque “primordialista” han sobrevivido mediante su incorporación en otras perspectivas.

Una versión extrema del “primordialismo” es el “perennialismo”, que sostiene que la nación moderna es una síntesis de las experiencias anteriores, en tanto que forma actual de una esencia nacional que existe con independencia de sus concreciones coyunturales. Esta perspectiva fue la dominante hasta la Segunda Guerra Mundial, y aún hoy, aunque reclamada

¹³⁵ Ver Tonkin y Chapman, (1989), citado en Smith (2003: 19).

explícitamente por pocos estudiosos, sigue informando gran parte de las percepciones populares y no pocas investigaciones.

Las **teorías de la modernidad** nacen cuestionando los enfoques primordialistas. Frente a la pretensión de éstas de que los nacionalismos “descubren” la nación, aquellas defenderán que las naciones son el resultado de gigantescos procesos de construcción emprendidos por el nacionalismo. Estos procesos, y el propio nacionalismo, son una fuerza generada por los procesos de modernización capitalista y, posteriormente, por la Revolución industrial y sus transformaciones asociadas –urbanización, alfabetización masiva, dislocación de las comunidades “orgánicas” preexistentes, secularización relativa, etc.-

Para estos autores (Deutsch, 1966; Kedourie, 1960; Gellner, 1994; Nairn, 1977; Tilly, 1975; Hobsbawn, 1995) o incluso (Wallerstein, 2004) el nacionalismo es un constructor de naciones –entroncando con la vieja concepción de Renan sobre el carácter “inventado” de las naciones- pero es a su vez la expresión de dinámicas estructurales que lo impulsan, y que explican en última instancia los procesos, a menudo realizados por maquinarias estatales, de producción de comunidades nacionales.

Las naciones, una vez “erigidas”, se convierten en cierta manera en objetos de estudio estables, homogéneos y consolidados. Esta explicación ve en la nación un marco universal para el crecimiento capitalista, y en el Estado su estructura institucional necesaria, y por ello sus preguntas no se centran en la naturaleza de las naciones o las formulaciones ideológicas de los nacionalismos, sino en los orígenes históricos y las bases sociológicas de los procesos de *nationbuilding* y *statebuilding*.

Estas teorías, de fuerte carga estructuralista, encuentran una aguda crítica en la **corriente “constructivista”**, que critica la “reificación” de la nación operada por los enfoques anteriores: por el primordialismo de forma explícita y por las teorías de la modernidad de forma a menudo inadvertida. Según esta corriente, incluso tras haber asumido que la nación es el resultado de un proceso de construcción nacionalista, una vez en pie ésta suele ser vista como una “cosa” externa, definitiva y con una lógica interna propia ajena al conflicto político que la constituye y modifica.

Por esta razón, los “modernistas” no lograrían aprehender el carácter dinámico y cambiante de todas las naciones, su plasticidad y sus muy diferentes articulaciones y sentidos políticos. que implica comprenderla como una narrativa construida sobre determinadas precondiciones sociales y políticas, que está así sometida a procesos de escritura y reescritura permanente, en una tensión conflictiva entre los diferentes grupos en pugna por “anclar” una identidad y relato nacional más favorable a sus intereses particulares. También tendrían dificultades en explicar, más allá de sus valiosas tendencias históricas que correlacionan el nacionalismo con el rol central del sistema interestatal en el capitalismo moderno, la obcecada permanencia del poder movilizador de las identidades nacionales en un momento como el actual de relativa crisis de los Estados-nacionales y del sistema interestatal como esfera de regulación política de la economía-mundo capitalista (Wallerstein, 2004).

Como alternativa, la mayor y más radical novedad que introduce el “constructivismo” es su énfasis en la dimensión cultural y política por encima de cualquier determinación social, y en consecuencia del carácter contingente y no necesario de las naciones.

La nación, para estos autores, aparece así como un discurso que, con diferentes elementos, construye una evidencia social compartida entre muchas otras posibles: la comunidad nacional. Recalde, 1982; Anderson, 1983; Samuel, 1989; Pérez-Agote, 1989; Cabrera, 1992; Máiz, 2003, 2008).

Estos desarrollos, muy heterogéneos en sus formulaciones y quizás por su relativa novedad, han recibido duras críticas, acusados de ser más una factoría de metáforas descriptivas que de explicaciones científicas. Smith (2003: 18) no ahorra contundencia cuando califica estos estudios de “superficiales desde el punto de vista histórico e inadmisibles desde el punto de vista sociológico”.

Sin embargo, como se verá de inmediato, la dureza de los ataques contra esta perspectiva está basada en una representación parcial de sus pilares fundamentales. Pese a que efectivamente ciertas ramas de la perspectiva “construccionista” adolezcan de superficialidad por su falta de consideración de los elementos que limitan el juego de la producción discursiva, éste no es un rasgo central ni definitorio de la perspectiva. El elemento nuclear de los enfoques constructivistas se sitúa, por el contrario, en la afirmación de que cualquier precondición nacionalitaria –económica, de oportunidad política, de

etnicidad heredada, etc.- sólo se convierte en un principio de construcción después de un proceso de filtrado, selección y reinterpretación operado por el nacionalismo. En consecuencia, centra su atención en el modo en que los diferentes movimientos nacionalistas interpretan, articulan y representan la realidad en clave nacional.

La propia postura de Anthony Smith se resume en su fórmula del nacionalista como un “arqueólogo” que buceando en el pasado sitúa a la comunidad presente en el espacio y el tiempo, y modifica la idea que ésta tiene de sí misma. Opone esta metáfora a la del cocinero que combina a su antojo elementos variados para conseguir el resultado que desea, y a la del ingeniero que compone trabajosamente artefactos nacionales. Las imágenes y tradiciones que contribuyen a formar una nación no son “inventos”, ni pueden ser combinadas libremente, por cuanto son “el producto de una compleja interacción de estos creadores, sus condiciones sociales y las herencias étnicas de las poblaciones elegidas” (Smith, 2003: 18).

De esta manera, y aunque las teorías “primordialistas” no consiguen transmitir el dinamismo del nacionalismo ni dejan apenas espacio para la agencia, de ellas hay que rescatar, según Smith, el peso de los elementos étnicos heredados. Las naciones no “crecen” simplemente de comunidades étnicas anteriores, sino que el pasado limita los elementos disponibles, y sus posibles articulaciones, para la construcción nacional presente. Es en ese sentido que todas las naciones necesitan un pasado legitimador, fuente de autoestima y facilitador de cambios presentes, que la sitúe en el espacio y el tiempo sobre cimientos fuertes y estables.

Para Smith, el nacionalista trabaja con el pasado étnico -la “etnohistoria”- para realizar con él una triple labor de redescubrimiento, reinterpretación y regeneración, a través del cual se formula la nación contemporánea. El pasado no es así ni una caja de herramientas ni un relato enunciado desde el presente, sino que juega una dimensión clave en la construcción nacional: “El papel de los intelectuales y profesionales nacionalistas es el de redescubrir y reinterpretar el pasado étnico indígena como la clave de una comprensión de la época actual y de la comunidad moderna” (Smith, 2003: 27).

Aunque admite que la etnohistoria “verdadera”¹³⁶ debe ser reinterpretada (Smith, 2003: 30). en clave nacional, alineándola con las condiciones y objetivos políticos presentes, esto no

¹³⁶ El criterio de veracidad sobre la historia de una comunidad depende, en Smith, de la ideología a la luz de la cual se lea, pero sobretodo de los resultados de las investigaciones históricas, así como de la acogida popular que

comporta una “construcción” en términos estrictos, sino una lectura de materiales realmente existentes, ruto de las interacciones sociales cristalizadas en la historia de una población determinada en un territorio determinado.

Al final, esta etnohistoria impone límites al modo en que las siguientes generaciones reciben, interpretan y emplean las experiencias de sus antepasados. Estos límites predeterminan los sentidos políticos e ideológicos que la comunidad nacional pueda recibir. La historia marca los límites dentro de los cuales se mueve la actividad nacionalista de reinterpretar el pasado para movilizar el presente.

La visión de Smith, como se ve, somete a la construcción nacional a los estrechos límites de un cierto determinismo histórico. Sin embargo, esta concepción no es necesariamente contradictoria con el “constructivismo” en la medida en que reconoce que la labor del nacionalista es una de, entre otras cosas, interpretación. Pero esta tarea nunca se reduce a una mera “lectura”, si quiera sea porque los elementos del pasado, para ser empleados en el presente, necesitan de una inscripción que no puede ser neutra: que selecciona unos y descarta otros, que actualiza de acuerdo con objetivos, valoraciones y esquemas de la actualidad, que los articula en un discurso particular y no en otro.

Además, los elementos supuestamente “legados” a la comunidad política por sus antecesores – dejando de lado la problemática continuidad histórica entre los habitantes de un mismo territorio- tampoco escapan a la construcción, pues son a su vez, como señala Ramón Máiz, el resultado de un trabajo pasado de filtro, selección e interpretación por parte de generaciones pasadas de intelectuales y líderes políticos nacionalistas (Máiz, 2007: 10).

Introducidas estas aclaraciones, el pasado en efecto juega un papel en los procesos de construcción de identidades colectivas nacionales. Definitivamente fuera de todo organicismo, esto significa que el pasado provee el “repertorio de la etnicidad”, pero este es siempre interpretado y politizado por los actores en el presente: En una construcción discursiva de la nación.

estos estudios arrojen. La actividad nacionalista, si quiere ser exitosa, tiene que ajustarse a estos criterios. (Smith, 2003: 33).

5.3 La formación de las identidades políticas

John Agnew ha incorporado con vigor el estudio de los discursos y códigos culturales a las disciplinas de la geografía política y la geopolítica, en tanto prácticas productoras de sentido y de representaciones espaciales. Como enfoque alternativo a las visiones que toman el espacio como un escenario “plano” sobre el que ocurren los fenómenos sociales, Agnew propone una atención privilegiada a la cultura y la política como constitutivas de los *lugares*, en tanto espacios dotados de significado por la acción humana (Agnew, 1987, 2005b).

Así, en el enfoque desarrollado por Agnew, los discursos y las representaciones culturales del espacio –que van desde el cine a los mapas, pasando por la literatura, los textos académicos o educativos primarios- contribuyen a la constitución de determinadas identidades políticas y *sentidos de lugar*, que son construcciones relativamente contingentes que atribuyen significado político a elementos físicos, económicos o políticos que podrían haber sido articulados en otro discurso que los interpretase en un sentido diferente. Esta dirección, afirmada en su estudio de la construcción geográfico política de la nación italiana (Agnew, 2002) ha sido enfatizada con su creciente atención al discurso y las prácticas culturales como productoras de identidades hegemónicas (Agnew, 2005). Esta línea se ha visto fortalecida por aportaciones como las de Michael Shapiro, que analiza el papel de las formas artísticas, especialmente cinematográficas, como *gobernanza cultural* destinada a la producción y normalización de identidades nacionales (Shapiro, 2004: X-XI). La Ciencia Política española ha incrementado en los últimos años su atención a las “prácticas de sentido” (Cairo y Franzé, 2010: 14) que están detrás de las diferentes construcción de poder político.

Esta investigación toma como referencia los trabajos de Agnew y parte de su enfoque teórico-metodológico constructivista. El desarrollo de esta perspectiva, y en particular su aplicación a investigaciones concretas sobre identidades políticas y hegemonía, se examina fundamentalmente de la mano de los trabajos de Ramón Máiz, que aborda cuestiones como la etnificación de la política en América Latina (Máiz, 2004, 2007, 2008) o los nacionalismos y la construcción de naciones (Smith, 2003; Máiz, 2003), desde una atención privilegiada al análisis del discurso a través de la metodología del análisis de marcos.

Una de las críticas más recurrentes a los enfoques constructivistas del discurso es la que les acusa de ser formulaciones teóricas audaces carentes, sin embargo, de capacidad explicativa

de fenómenos concretos. En sus investigaciones, Maíz emplea de forma principal el *frame analysis* –que se examinará más adelante- como metodología para desentrañar los mecanismos discursivos de constitución de las identidades políticas.

Esta metodología está inspirada teóricamente por el enfoque constructivista y resulta colindante a los postulados de la *Discourse Theory* ya expuestos. Pero además, lo que es más importante aún, de sus trabajos se desprende un conjunto de técnicas y categorías claras, delimitadas y sistematizadas, con las que investigar fenómenos específicos de movilización política: un “modelo de estudio”, si se prefiere, en el que se basa esta investigación.

Para Máiz, la producción de identidades políticas –étnicas y nacionales- es siempre un fenómeno de competición por el sentido, para hacer primar en la comunidad interpelada una percepción que se pretende autoevidente, y que aspira a primar sobre cualquier otra dimensión. Los movimientos políticos realizan, con elementos históricamente sedimentados y en contextos políticos y sociales propicios, una construcción discursiva que instituye una diferencia – habitualmente “nacional/extranjero”, en cualquiera de sus múltiples conjugaciones políticas posibles- como la diferencia fundamental que ordena el campo político.

Estas construcciones discursivas pueden y deben ser estudiadas, y Máiz lo hace, tanto en sus investigaciones sobre la identidad étnica como en las de los procesos de construcción nacional, aplicando un esquema que, en lo fundamental, presenta los mismos rasgos. Por esta razón su trabajo puede ser examinado de forma unitaria, aunque las referencias específicas refieran a diferentes objetos de estudio. Como la mayor parte de la obra de Máiz está dedicada al estudio del nacionalismo, éste será el hilo conductor del examen que sigue.

5. 3.1 El enfoque constructivista en el estudio de las identidades políticas. La trampa del “expresivismo”

Máiz advierte de que, detrás de un supuesto consenso generalizado en torno al carácter “construido” de las naciones, en la práctica, gran parte de los estudios siguen presididos por una “epistemología realista extrema” (Máiz, 2007: 9) que toma a las naciones como entidades

cosificadas y sustanciales, homogéneas hacia dentro y diferenciadas hacia fuera.

Esta visión es deudora de una premisa que no siempre se explicita: que el nacionalismo es la expresión de una específica “etnicidad” cristalizada en el tiempo por la conjunción de determinados rasgos diferenciales “objetivos” (lengua, historia, tradición, territorio, etc.) Incluso cuando se reconoce que no hay ninguna necesidad para la “politización” de estos rasgos diferenciales, se sigue afirmando que existe un basamento objetivo de “nacionalidad” preconstituido, anterior a las decisiones políticas.

Se trata del modelo explicativo del *nacionalismo expresivo* y la *etnicidad exógena* (Máiz, 2003: 45; 2008: 144-145), llamado así porque entiende que el nacionalismo “expresa” o acaba reflejando tarde o temprano una *etnicidad exógena*, que se ha definido fuera del ámbito de la política, que existe antes y autónomamente de ésta.

Como alternativa, Máiz propone un esquema “constructivista” según el cual el nacionalismo ya no es una manifestación de una nación objetiva previa, sino que es la propia nación –y sus pilares culturales y/o étnicos centrales- el resultado siempre en disputa e inacabado de un proceso de construcción política, que se da en un contexto determinado que condiciona las posibilidades de éxito de la construcción nacional e, incluso, su carácter político final.

Idealmente, es la movilización política la que incide, en un contexto social y de oportunidad política favorable, sobre un cierto *repertorio de etnicidad* disponible, sobresignificándolo. De esta manera, la nación como “evidencia social compartida” se generaliza en torno a determinados intereses y objetivos, que dan orientación ideológica a la construcción nacional. Si ésta movilización es exitosa, con la “materia prima” étnica, reinterpretada, filtrada y resignificada, se construye una nación (Máiz, 2008: 147).

El nacionalismo, en consecuencia, debe ser tomado por un fenómeno:

- *Endógeno*: Constitutivo y no expresivo de una génesis de la nación sobrevenida en otro lugar o momento. Por tanto decisivo tanto para el éxito o fracaso de la construcción nacional como para su orientación política.

- *Contingente*: Resultado eventual de un proceso puramente político y por tanto no necesario, en el que las precondiciones limitan pero en modo alguno sustituyen la decisiva intervención de la agencia. La nación, a su vez, es el resultado, también contingente, de la construcción nacionalista.

El valor de este enfoque está, según el propio Máiz, en que reintroduce [...] la política como momento fundamental, propiamente “constitutivo” y no meramente expresivo de la nación (Máiz, 2003: 47).

Para el estudio del nacionalismo esto se concreta en defender que es el discurso nacionalista el que construye las naciones, mediante un proceso de selección –y descarte-, filtro, articulación y resignificación de los elementos “objetivos” disponibles, que no obstante podrían haber dado lugar a otras construcciones de identidad (Hechter, 2000).

Este reconocimiento de la función constitutiva del discurso no debe tomarse, como muchas de las críticas a este enfoque presuponen, por una disolución de los procesos políticos en “narrativas”. Para el “constructivismo realista” (Máiz, 2003) las construcciones discursivas del mundo están limitadas por la existencia de elementos “materiales” u “objetivos”. No obstante, éstos elementos “sólo constituyen hechos significantes en la medida en que se leen e interpretan desde algún marco de sentido” (Máiz, 2007: 10). Esto es, qué construcciones nacionales sean posibles depende en gran medida de esta suma de elementos disponibles, que son entonces “condiciones de posibilidad”.

En su estudio de la influencia de la novela indigenista en la producción de identidad política “indígena” en América Latina, el propio Máiz (2007b) ofrece un ejemplo sobre los límites que las condiciones estructurales de posibilidad imponen sobre los procesos de construcción de identidades: señala las dificultades de esta literatura para representar una identidad homogénea hacia dentro y, hacia fuera, plena y nítidamente diferenciada del Estado-nación denunciado como criollo (Máiz, 2007b: 114-115), que sin embargo había penetrado –bien es cierto que de forma parcial y fragmentada- en todo el territorio, imposibilitando toda “diferenciación absoluta” entre el mundo indio y el mundo mestizo/criollo. Como consecuencia, las construcciones identitarias indígenas flexibilizarán las cadenas dicotómicas indio/ mestizo-criollo y las reconstruirán en la reformulación que supone el “nacionalismo indígena” que postula a los pueblos originarios como el núcleo inmaculado de la comunidad nacional y no ya

como un país diferente a la “república de blancos”¹³⁷. Este es un ejemplo nítido sobre los efectos de los límites estructurales, las “condiciones de posibilidad” en la reactivación política –y reactivación ideológica, del indigenismo.

El ejemplo da en cierta medida la razón a Smith (1986, 2003) y su advertencia de que la construcción de identidades políticas no se realiza ni con materiales infinitos ni plenamente intercambiables en el discurso. El término “condiciones de posibilidad”, entonces, debe ser tomado como una doble advertencia: contra las concepciones voluntaristas que sólo leen “textos” en el vacío, sin conexión con las relaciones sociales en las que las narrativas se ubican y sobre las que impactan; pero también contra las visiones estructuralistas que acaban construyendo tautologías inmovilizadoras en las que la política está ausente como dimensión autónoma, por las cuales los fenómenos suceden porque se dan las condiciones para ello, y la manifestación de que esas condiciones se dan es que, efectivamente, dichos fenómenos suceden. Por eso ningún conjunto de “precondiciones” puede ser considerado la expresión externa de una nación preexistente, reflejo de un ser nacional subyacente, sino la base de una movilización político-discursiva eventualmente constituyente de la nación.

5.3.2 La articulación contingente de elementos diacríticos en el discurso: etnias y naciones

El estudio del nacionalismo y las naciones, en consecuencia, debe entender las precondiciones diferenciales de la narrativa nacional (lengua, historia, tradiciones, símbolos, etc.) como “materia prima” sobre la que operan procesos de selección, significación y resignificación.

¹³⁷ Esta operación no incumbe al “indianismo”, que precisamente en este punto se distancia y postula la autodeterminación no como práctica de gobierno territorial dentro del estado nacional, sino como autoorganización y base de un proyecto político de ruptura con las estructuras políticas republicanas, continuadoras en las que la colonialidad del poder ha sobrevivido. El indianismo en Bolivia se remite a la figura de Fausto Reynaga, autor del “Manifiesto del Partido Indio” (1969). Más adelante, en el estudio de caso del proceso político boliviano se verá con más detenimiento el surgimiento y las características del discurso indianista. Baste ahora sin embargo remitir, para un estudio histórico del movimiento indígena campesino boliviano hasta la actualidad, a Rivera (2003); y para una reflexión teórica general y una revisión de la literatura sobre la problemática de la colonialidad y el movimiento indígena en Bolivia, ver: Patzi (2006) y Espasandín (2007).

Mientras se escribían estas líneas se ha producido una recopilación escrita (VVAA, 2010) de las conferencias pronunciadas en La Paz en el encuentro “Historia, coyuntura y descolonización. Katarismo e indianismo en el proceso político del MAS en Bolivia” (10-12 /3/2010) por diferentes intelectuales y políticos que, desde una órbita cercana al indianismo –y a su variante *katarista* en relación con el sindicalismo y la izquierda- y a las perspectivas descolonizadoras, evalúan críticamente los alcances del nuevo Estado Plurinacional de Bolivia. Por su relevancia, no se puede dejar sin referenciar:

<http://periodicopukara.com/archivos/historia-coyuntura-y-descolonizacion.pdf>

Estos procesos son los discursos nacionalistas, que construyen naciones que no “estaban ahí” previamente, sino que son el resultado contingente de procesos políticos indeterminados. De la misma manera, para las identidades indígenas Máiz afirma que “no existe, pues, una indianidad *en sí*, depositada en la etnicidad, que garantice que más tarde o más temprano se traduzca en una indianidad *para sí*” (2004: 361).

Diferentes autores (Stavenhagen, 1996; Gurr, 1993) coinciden en que una etnicidad diferenciada es un elemento necesario pero no suficiente para la génesis de una nación, y que ningún elemento es imprescindible para la construcción nacionalitaria, que de hecho puede apoyarse en combinaciones muy diferentes (Kohn, 1949). La diferencia étnica tiene que ser activada por situaciones políticas concretas y postulada discursivamente como hecho diferencial.

Esta postura debe ser llevada hasta sus últimas consecuencias: no es sólo un constructivismo “utilitarista” para el que las pertenencias étnicas estén esperando en la caja de herramientas a ser incorporadas al discurso, sino que, en rigor, la etnicidad, como cuerpo unitario y de límites definidos que determina los confines de la comunidad política, no “existe” hasta la movilización. Lo que sí existen son elementos más o menos dispersos, “elementos diacríticos”, susceptibles de ser reunidos en diferentes combinaciones y “politizados”, esto es, postulados como marcadores de identidad y frontera de comunidades política. Estos elementos, a su vez, son el resultado de articulaciones pasadas, sedimentadas en la historia colectiva (Smith, 2003).

Es clave, en cualquier caso, que el investigador sepa moverse entre el reconocimiento del carácter construido de la etnicidad y, ulteriormente, de la nación, por un lado, y la constatación de su evidente carácter de “hecho social”, de realidad instituida, por otro lado. La nación no es una comunidad “ilusoria” opuesta a otras “reales”, sino una identidad colectiva resultado contingente de procesos políticos de *nationbuilding* y *statebuilding*. Argumentar la naturaleza contingente, no sustancialista de las naciones, no equivale a negar su realidad política” (Máiz, 2008: 152). Más bien al contrario: a comprenderlas como productos políticos.

La enorme capacidad movilizadora y vigencia política del nacionalismo debería bastar para advertir que “construido” no es en ningún caso sinónimo de “frágil” o de “precario”. Es evidente que el cristianismo es una construcción discursiva contingente, y al tiempo nadie

puede negar su gigantesca importancia histórica.

Los diferentes “elementos diacríticos” sólo se convierten en marcadores de identidad tras un proceso de selección –de algunos, y descarte de otros- reinterpretación y articulación que ocurre en el nivel del discurso, y que es netamente político. Lo mismo ocurre con las condiciones socioeconómicas y las “Estructuras de Oportunidades Políticas” en cada caso, que deben ser percibidas, interpretadas y generalizadas por una práctica discursiva de carácter eminentemente subjetivo (Máiz, 2004: 334-336).

Por ello es relevante el análisis del discurso, considerado éste como práctica de significación y no de expresión o epifenoménica. Refiriéndose al papel del discurso nacional en los procesos de *nationbuilding*, Máiz afirma que

no puede ser considerado como un medio pasivo que refleja meramente experiencias prediscursivas o pretendidos *intereses objetivos*. Por el contrario, ha de considerarse como un elemento directamente constitutivo del [...] *Nosotros* [...] cuya gramática resulta preciso desentrañar para dar cuenta de su eficacia específica en la generalización de la nación y su otro, como evidencia social compartida y naturalizada, así como los mecanismos y orientación que pone en juego. Y atender asimismo, pese a todas sus pretensiones de indiscutibilidad, a su naturaleza contestable y contestada (Máiz, 2007: 14).

La conversión de este discurso en ideología sucede con su sistematización y su reificación, por la cual la identidad de la que se trate niega su génesis contingente y “política” para afirmarse como una evidencia indiscutible y, tarde o temprano, necesaria:

“La nación, constructo político, se presenta como un ente deificado y existente desde tiempo inmemorial, o lo que es lo mismo, como una realidad no política, ajena a la voluntad y consciencia de los individuos, como *la naturaleza misma que se impone*, en su evidencia, a los nacionales” (Máiz, 2003: 54).

La tensión omnipresente y constitutiva entre nación y narración (Máiz, 2007: 15), el equilibrio inestable entre construcción discursiva y reificación ideológica, se manifiesta en las paradojas que Anderson o Žižek apuntan: la antigüedad subjetiva de las naciones en contraste con su modernidad objetiva como constructos políticos; el universalismo de la identidad nacional

omnipresente en contraste con el particularismo de cada identidad nacional; la enorme capacidad movilizadora del nacionalismo frente a su pobreza y tosquedad argumental (Anderson, 1983: 14; Zizek, 1991: 20).

Esta impronta primordialista de todos los nacionalismos explica el desequilibrio entre su enorme capacidad movilizadora y las complejidades de una gestión democrática de ese potencial, precisamente por la expulsión performativa de la política del momento fundacional –netamente político- de la nación.

Se trata de un rasgo común y necesariamente presente en todas las identidades políticas con vocación hegemónica, que realizan una convocatoria a la movilización de sectores amplios de la población. Por lo demás, quizás sea innecesario afirmar que es más fácil generar solidaridad, lealtad y movilización en torno a una comunidad “natural” que ha pasado años dormida y oprimida, que en torno a una identidad colectiva tímidamente sustentada sobre la noción de autoconciencia compartida de forma contingente y temporal: poca gente arriesgaría su bienestar, su integridad o su vida por lo segundo.

5.3.3 Producción de demarcaciones, producción de identidades

Los procesos de construcción de identidades implican siempre la atribución al interior del grupo de *elementos diacríticos* que lo distinguen del exterior. Factores tales como la lengua, la cultura, la historia común, la tradición, los símbolos, la situación económica compartida, etc. son reelaborados políticamente para servir en la tarea de fijación de una “frontera” nosotros/ellos (Barth, 1976; Van der Berghe, 1981; Smith, 1986; Connor, 1994; Hedetoft, 1995).

En el caso de los procesos de construcción étnica y nacional, estas fronteras son a la vez la base y el producto de la movilización nacionalista (Chai, 1996), en cuanto que todos los proyectos nacionalistas enfatiza, selecciona e inventa los elementos que refuerzan la cohesión interna, al tiempo que descartan los que pueden profundizar diferencias internas en la comunidad (Anderson, 1983; Hobsbawn, 1992; Agnew, 2002; Castillo, 2005: 35-56).

Esta actividad de “fijación de frontera” es clave para delimitar la comunidad política nombrada como nación, hasta el punto de que las dos operaciones no pueden entenderse por separado. Se trata de una labor realizada mediante la articulación de determinados *elementos diacríticos* provenientes del “repertorio de etnicidad” disponible, y su postulación como criterios de pertenencia común o diferenciación, de inclusión/exclusión (Máiz, 2003: 86).

De este proceso –que a su vez representará a los contendientes- dependerán tanto el éxito en la construcción nacional como la orientación política de ésta, pues no es lo mismo definir la nación en términos “raciales” o fenotípicos, que en términos anticoloniales, o según la voluntad política de pertenencia a ésta, por ejemplo (Máiz, 2003b).

Se trata de hecho, de la operación central en la construcción de identidades y de la lucha hegemónica: la delimitación de una frontera que divida el campo de lo social en torno a una diferencia o contradicción elevada a la contradicción fundamental a la que todas las demás se pliegan o subordinan. Una vez que esta operación ha sido realizada, el “nosotros” adquiere sus rasgos fundamentales de su contraposición a la “otredad” en términos de Máiz. No obstante la expresión “afuera constitutivo”, de Ernesto Laclau (2005; 1994) es preferible por cuanto explica en un solo proceso lo que en Máiz son dos: el nacionalismo en su “dimensión positiva” constituye a un grupo de individuos como un sujeto colectivo, mientras que, en su “dimensión negativa”, elabora la figura del “Otro” mediante una serie de códigos de oposiciones binarias, que no es sino el reflejo especular de la identidad afirmada (Máiz, 2008: 155). Por el contrario, en la concepción de Laclau, la producción de identidades colectivas –o “populares”- tiene lugar en procesos de demarcación de fronteras en base a una o varias características diferenciales, que construyen el “nosotros” por la misma operación y en el mismo momento que conforman un “ellos” que es su “afuera constitutivo”. Esta parece, incluso dentro de las propuestas de Máiz discutidas hasta ahora, una conceptualización más satisfactoria.

Esto remite a la siguiente y más relevante similitud con el modelo de construcción de identidades populares y hegemonía en el Análisis de Discurso de Laclau: Máiz entiende que el proceso de delimitación de las identidades se desarrolla a través de “la construcción antagónica de un *nosotros* como parte de una cadena de significación de oposiciones binarias” (Máiz, 2004: 355). Estas “oposiciones binarias” *-nación/Estado, pureza/mestizaje, nacional/extranjero, propio/ajeno-* se articulan con las dimensiones políticas que le dan una u

otra orientación ideológica a la construcción nacional: la institucionalidad propuesta, su relación con las desigualdades sociales, su propuesta de exclusión/inclusión de los sujetos externos a la comunidad nacional. Se puede apreciar con facilidad su cercanía con las “cadenas equivalenciales” de Laclau y Mouffe (1985: 128), encarnadas en una demanda particular que es la que aporta el contenido político a la articulación.

La operación descrita por Máiz es común a todo discurso político, no sólo al nacionalista. Todas las ideologías con alta capacidad movilizadora descansan siempre en una simplificación del espacio político basado en la polarización, que no siempre en el antagonismo.

Las diferencias del discurso nacionalista estriban en que no sólo constituye a individuos dispersos en una colectividad opuesta a una “otredad” por la elevación de una diferencia con la sustancial, sino que además le atribuye y (re)construye, a esta colectividad un origen remoto, un pasado homogéneo y la certidumbre de un futuro armónico en común, sobre un territorio determinado (Máiz, 2003b, 2004: 327). Esta dimensión territorial como símbolo y recipiente del pasado comunitario y el futuro nacional es, seguramente, una de las diferencias fundamentales entre las identidades nacionales y el resto de identidades colectivas (Máiz, 2008: 151).

5.3.4 Nominación y constitución política

Dado que la construcción de la identidad nacional es en gran medida una nominación, se puede afirmar que “la dimensión cognoscitiva [...] desempeña una función política capital” (Máiz, 2007: 11). Una dimensión cognoscitiva que es, inmediatamente, de nominación, por la cual el discurso nacionalista afirma primero, y eventualmente generaliza después, “la indiscutida existencia de una nación diferenciada hacia el exterior y homogénea en su interior” (Máiz, 2008: 152). Esta nominación, como se ha visto, no es expresión ni resultado, sino, en rigor, la constitución ontológica de la nación. Desde este punto de vista, el discurso es la mediación clave en la dualidad estructura/acción.

Esto tiene una importancia central, que permite vincular el estudio del nacionalismo con el campo más amplio de las identidades políticas y, posteriormente, con la Teoría de la

hegemonía. Mientras que para autores como Smith (1983) o Hechter (2000), el nacionalismo es principalmente la reivindicación de la soberanía, o al menos este es su aspecto central, el enfoque constructivista lleva a afirmar que el más importante cometido del discurso nacionalista, más allá de sus reivindicaciones, o precisamente a través de ellas:

“Consiste, de hecho, en constituir la nación misma, esto es, elaborar un *nosotros* a partir de una población separada por multitud de divisiones de clase, religión, intereses locales, etc. mediante la selección de una serie de elementos comunes de pertenencia (raza o lengua, religión o historia, etc.) y establecer, paralelamente, un *ellos* como el arquetipo del otro o el ajeno, como imagen especular en negativo de la propia identidad” (Máiz, 2008: 154).

El estudio del nacionalismo desde un enfoque constructivista se concretaría, de manera fundamental, en el análisis del discurso nacionalista, y las operaciones por las que éste, en un contexto limitado por determinadas condiciones de posibilidad y por la disponibilidad de unos elementos y no otros, constituye una identidad colectiva y consigue generalizarla y convertirla en dominante, ordenando así el campo político en torno al eje “nacional” y generando los correspondientes campos políticos.

El nacionalismo, entonces, con sus particularidades mítico-simbólicas y, sobretodo, con su específica territorialidad, constituiría “sólo” un modo específico, entre otros, de identificar sujetos colectivos, vinculando identidad e intereses, en una elaboración que sucede en el proceso político constitutivo (Máiz, 2008: 156; Brubaker, 1996).

Es en este pasaje de la construcción de identidad colectiva a su vinculación con intereses particulares donde se fragua la hegemonía. Pero no en una articulación posterior o exterior, sino en la misma génesis nacional, entendiendo que esta génesis se renueva con cada reformulación y adaptación para introducirla en la agenda política contemporánea.

La orientación política de la construcción de identidades colectivas –la nacional en este caso– no se determina en un segundo momento por su asociación a intereses o proyectos de grupos “externos” a esta construcción, sino por la articulación *interna*, discursiva, de los elementos diacríticos con los que se delimita la comunidad nacional y se convoca a unos grupos sociales, y no a otros, a formar parte de la nación (Máiz, 2008: 157-158). Como este “llamamiento” a integrar la nación sucede con diferentes intensidades, los grupos interpelados como “núcleo”

de la nación, en función de un tipo y no otro de construcción nacional, son los que definen la orientación política de ésta, con sus intereses y valores. Esta es la explicación del abanico tan amplio de contenidos ideológicos –liberalismo, fascismo, antiimperialismo, socialismo y antiimperialismo e incluso indigenismo- que han cabido históricamente dentro del continente -*significante vacío*- “nacionalismo”. Ésta es la conexión fundamental, como ya se ha visto, entre la producción discursiva de identidades políticas y la hegemonía. Por ello, para la explicación de fenómenos específicos de hegemonía, es preciso comprender las operaciones discursivas de articulación y nominación constitutivas de sujetos colectivos.

La hegemonía refiere a relaciones de fuerza en la disputa por el poder económico y político, en situaciones marcadas por la dominación de un grupo sobre el resto de la comunidad política, a través de una combinación de coerción y consenso. Las instituciones que vehiculan y organizan esta dominación, la asimetría de los recursos derivada de la misma, o las consecuencias que ésta acarrea sobre los grupos subalternos tienen materialidad, no son exclusivamente “ideas” o “textos”.

Sin embargo, estas precondiciones objetivas, como se ha visto, no constituyen “hechos políticos” sino a través de una mediación subjetiva: la de su percepción, interpretación, selección y articulación que ocurre en el nivel del discurso, y que es necesariamente previa a cualquier movilización. Esta labor de construcción discursiva merece, pues, estudios específicos que presten atención a la *narrativa* de los actores políticos, en tanto que *marco interpretativo* de la acción (Máiz, 2003: 57), que sobresignifica las precondiciones objetivas para producir identidad política, movilización y, finalmente, hegemonía. La atención al discurso en cuanto compuesto por diferentes “marcos interpretativos” se desarrolla a través de la metodología del *frame analysis*, que es el objeto del siguiente capítulo.

Capítulo 6

Los estudios sobre la movilización política y el *Frame analysis*

6.1 Introducción

De una manera paralela al énfasis creciente en los estudios del nacionalismo por comprender las “condiciones discursivas de posibilidad” de las construcciones nacionales (Máiz, 1986; Cabrera, 1992) o de la *idea de nación* (Greenfeld, 1992), se ha desarrollado, quizás con mayor profundidad, una metodología para el estudio de la acción colectiva, informada por el mismo enfoque constructivista, que considera a los movimientos sociales como productores de significado político e identidades colectivas a través de su actividad permanente de reinterpretación de la realidad en una elaboración político-simbólica (Melucci y Diani, 1983).

El *frame analysis* o análisis de marcos se adapta especialmente bien al enfoque teórico constructivista desarrollado hasta aquí, por su atención prioritaria a los procesos político-culturales de producción y generalización de esquemas que articulen simbólicamente los diferentes componentes de la realidad, en una narrativa que les dote de significado político. Por la misma razón se puede establecer una relación de contigüidad y complementariedad entre la Teoría del Discurso y el Análisis de Marcos: la primera explica la construcción de identidades políticas en la lucha por la hegemonía, mientras que la segunda analiza los mecanismos concretos por los que ésta producción opera, se generaliza y, eventualmente, tiene éxito: las estrategias enmarcadoras o de *framing*, que veremos a continuación.

La metodología del *frame analysis*, o análisis de los “marcos para la acción colectiva”, busca desentrañar los medios por los cuales un determinado movimiento genera, extiende y eventualmente impone determinados esquemas de atribución de sentido político a la realidad, orientados a promover la movilización política.

A través del estudio de su discurso se busca explicar el éxito o fracaso de un actor político. Como se verá más adelante, esta investigación se puede centrar exclusivamente en el discurso

o bien combinarse con el análisis de otras esferas, como los “recursos” al alcance de ese actor, sus dispositivos organizativos o la Estructura de Oportunidades Políticas a la que se enfrenta, y que dificulta o facilita sus metas.

El *frame analysis* actúa aislando dentro del discurso sus componentes internos o subunidades, los “marcos” -también llamados “marcos de interpretación” o “marcos para la acción colectiva”. Una vez identificados y diferenciados, se procede al examen de la manera en la cual estos conjuntos de creencias colectivas sintetizan los elementos centrales de un discurso: sentido de injusticia¹³⁸, pertenencia a una identidad colectiva y motivación para la acción (Gamson, 1992; Eder, 1996).

El “enmarcado” es la actividad consistente en inscribir los elementos dispersos de la vida cotidiana en una narrativa unitaria que señala los males de una comunidad política, los ordena jerárquicamente, apunta a los antagonistas responsables de estos males y propone una solución y los sujetos privilegiados para llevarla a cabo.

De esta manera, los procesos de “enmarcado” producen significado político a partir de la articulación y orientación de percepciones, agravios y anhelos hasta entonces aislados o vinculados a algún otro esquema interpretativo y explicativo de la realidad. A su vez, estos marcos son articulados (*symbolic packaging*) en una narrativa o discurso relativamente unitario (Eder, 1996). En este proceso de articulación se fragua el éxito o fracaso de un movimiento, así como su orientación política (Máiz, 2008: 160-161).

Como el terreno político está marcado por la inestabilidad y el cambio, especialmente en los momentos de conflicto, los marcos no son estructuras cognitivas eternas. Los actores políticos se esfuerzan por reformular o adaptar su discurso para hacerlo coincidente (*resonante*) con las creencias dominantes sedimentadas en la sociedad, que a su vez sufren continuas modificaciones. Estos esfuerzos constituyen los procesos de “alineamiento de arcos” (*frame alignment*) (Snow y Benford, 1988; Eder, 1996), y están dirigidos a conseguir que un discurso se extienda y se haga dominante.

¹³⁸ La “injusticia” debe ser matizado con el concepto de Gurr (1993) de *privación relativa*, que remite más a la percepción de una situación como opresiva en relación a lo que se considera el estándar esperable. Esta corrección permite conservar la centralidad de los procesos de representación que hacen inteligible la realidad social, y por tanto mantener la contingencia de la acción política.

Todas estas categorías son desarrolladas a continuación. Lo importante, en este punto, es la comprensión del rol fundamental de los marcos, que, como estrategias retóricas, seleccionan unos elementos y descartan otros, y en torno a ellos construyen agrupaciones y predisponen para la acción colectiva. Constituyen así un paso previo necesario y central para cualquier movilización política. Si esto es así, el “análisis de marcos” es un método válido para explicar hechos que son consustanciales a todo proceso de conflicto político. En consecuencia, sus posibles usos abarcan cualquier fenómeno de movilización y lucha por la hegemonía, como una metodología de interés, por tanto, para las ciencias sociales en general y la ciencia política en particular.

No hay ninguna razón para reducir el *frame analysis* a los campos donde hasta ahora se ha aplicado principalmente: el estudio de los movimientos sociales y, en menor medida, el nacionalismo y las identidades étnicas. No obstante, para una correcta comprensión de esta metodología, es preciso explorar su desarrollo en el campo de las investigaciones sobre acción colectiva, donde más fértiles resultados ha producido y mejor ha probado sus herramientas técnicas y conceptuales.

Por otra parte, es necesaria una explicación adicional. Se ha visto ya que en los procesos de conflicto político la lucha por la atribución de sentido juega un rol central. Son por tanto momentos de mayor agitación y choque entre interpretaciones de la realidad diferentes. Los períodos de estabilidad, sin embargo, se caracterizan porque existe una cierta representación de la realidad instituida, que ordena el espacio político a favor del grupo social dominante, y que no sufre desafíos significativos por parte de ningún otro. Se sigue que los momentos de ruptura y desafío –siquiera sea parcial- al orden constituido son los más fértiles para estudiar la emergencia de esquemas alternativos de producción de significado político. Esta puede ser una explicación para el desarrollo del *frame analysis* asociado fundamentalmente a los estudios sobre la acción colectiva.

Se defiende aquí, en todo caso, que el *frame analysis* ofrece herramientas conceptuales y técnicas para la identificación y explicación de las operaciones discursivas productoras de significados políticos. De esta forma, el “análisis de marcos” permitiría de esta forma superar el nivel descriptivo pero también las explicaciones utilitaristas o psicologistas de los movimientos sociales, para ofrecer respuestas a por qué y cómo determinadas movilizaciones políticas resultan exitosas.

6.2 Orígenes y evolución del *Frame analysis*

La metodología del “análisis de marcos” presenta diferentes modalidades y, en todo caso, sigue sometida a revisiones, reformulaciones y evolución. Lo que se presenta a continuación pretende ser una aproximación al cuerpo central de esta propuesta. Para ello, se parte de una revisión de los enfoques más destacados para el estudio de la movilización política y la acción colectiva, en el que se destacarán sus límites y las aportaciones específicas del *frame analysis*. A continuación, se da cuenta del nacimiento y la evolución de esta propuesta metodológica. Por último, y antes de pasar al examen de algunos de sus desarrollos, se discute la relación entre el análisis de marcos y la problemática general de los estudios sobre la ideología y la cultura, postulando la importancia, también metodológica, del concepto de “discurso”.

6.2.1 Los enfoques más destacados en el estudio de la acción colectiva

Los primeros estudios sobre la acción colectiva que superaron su consideración patológica como irracionalidad de masas¹³⁹, fueron los que descartaron esta perspectiva basándose en el individualismo metodológico. Así, los investigadores de la teoría de la “elección racional” estudiaron las causas que llevaban a los individuos, maximizadores de beneficios y minimizadores de costes por naturaleza, a implicarse en la acción colectiva (Olson, 1965 [1992]).

Las críticas a esta perspectiva han sido amplias y variadas, fundamentalmente centradas en los límites que representa una visión ahistórica y descontextualizada del individuo como un “egoísta ilustrado”, incapaz de dar cuenta de las acciones irracionales, altruistas o del rol de la identidad política en la movilización colectiva¹⁴⁰.

La Teoría de la Movilización de Recursos –en adelante TMR- nació a partir de los años 60

¹³⁹ Para una revisión de estas interpretaciones, dominantes en la academia hasta entrado el siglo XX, ver: Oberschall (1973)

¹⁴⁰ Marx Ferree (1994) realiza una clarificadora recolección de las principales críticas a las teorías de la elección racional. No obstante, su modelo alternativo resulta insatisfactorio en la medida en que constituye sólo una corrección de las limitaciones más evidentes del modelo de la elección racional, heredando sin embargo sus vicios estructurales. Ver: “El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de recursos” (Marx Ferree, 1994)

del pasado siglo, recogió algunas de las contribuciones de las teorías de la *Rational Choice* para proponer un modelo explicativo del éxito de los movimientos sociales en función de sus dispositivos organizativos y herramientas al alcance para emplear en su favor. Se trata de un modelo inspirado en una cierta lógica empresarial que se centra más en explicar los “cómos” que los “porqués” de la acción colectiva.

La TMR fue dominante en el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva fundamentalmente en las universidades anglosajonas. Postula el estudio de la movilización política desde la atención a los elementos simbólicos y materiales de los que los activistas podían valerse para hacer avanzar sus objetivos. El problema es que entiende esos objetivos como ya constituidos y no problematiza la conformación de la identidad política de quienes los persiguen, limitándose a analizar la mayor o menor disponibilidad de recursos para la acción colectiva (Jenkins, 1994).

Los estudios de este enfoque más centrados en las cuestiones específicas de la organización interna de los movimientos, por su parte, se fijaban como objeto de análisis las formas de estructuración, coordinación y gestión de la movilización en las diferentes asociaciones de un movimiento social, buscando identificar las razones de sus éxitos y de sus ineficiencias. Estos enfoques, de extraordinaria utilidad para radiografiar la composición interna de los movimientos, dejan en cambio sin explicar la cuestión de la formación de identidades políticas y de la conformación y movilización de consensos alternativos a los dominantes, que interpreten el mundo en otro sentido y movilicen así la acción colectiva. Comparten así los límites de su matriz teórica.

Como alternativa a las carencias de la TMR, en el ámbito académico europeo se desarrolló un enfoque de carácter estructuralista: el modelo de la “Estructura de Oportunidades Políticas” – en adelante EOP¹⁴¹. Esta perspectiva supone un intento de suplir las carencias de la TMR, poniendo en relación la movilización política con el contexto social, económico e institucional en el que se desenvuelve, y buscando en éste las condiciones que expliquen sus posibilidades de éxito (Eisinger, 1973; Kitschelt, 1986; Della Porta, y Rucht, 1991; Kriesi, 1993; Diani y Van der Heijden, 1993; McAdam, 1982, 1998).

¹⁴¹ Una definición clarificadora del tan a menudo concepto de “Estructura de Oportunidades Políticas” puede encontrarse en McAdam (1998: 91-98).

Aunque complementa y, en cierto sentido, reelabora la TMR incluyendo elementos importantes, se basa en los mismos principios básicos y por tanto comparte sus limitaciones. Fundamentalmente, lo que Melucci llamó la “miopía de lo visible”, achacable a los modelos que, atendiendo sólo a los aspectos medibles de la acción colectiva, dejando de lado la producción de códigos culturales (Melucci, 1994:125). Estos códigos culturales, sin embargo, son cruciales para que las “oportunidades políticas” sean en efecto percibidas como tales, y por tanto aprovechadas.

Como coinciden diferentes autores críticos con este enfoque, tanto la TMR como la EOP marginaban variables significativas para la comprensión de los movimientos sociales, por su escasa atención a los actores de estos movimientos (Melucci, 1980; Klandermans, 1994; Tejerina, Fernández-Sobrado, y Aierdi, 1995). Este enfoque presenta crecientes problemas conforme la fragmentación de las identidades evidencia, en la actualidad, su carácter político, contingente y construido (Laclau, 1994). Melucci (1998: 371) alude a este fenómeno en términos muy similares, cuando señala que el terreno de las identidades está presidido por la “ambivalencia, [que] afecta tanto a la identidad individual como a la colectiva, y también es importante para comprender los conflictos y los movimientos sociales en la sociedad actual”. También Smith (1998) afirma la creciente centralidad de la cultura y la identidad en la política contemporánea, toda vez que la autonomía del Estado-nación y las identificaciones de clase se han erosionado en un proceso que Touraine llama “el fin de los grandes relatos” que proporcionaron un carácter universal a los movimientos de la modernidad (Touraine, 1995: 186).

El resultado es, de nuevo para Smith, que *la cuestión de la identidad –su negociación, negación y afirmación- se convierte así en un campo fundamental de lucha* (Smith, 1998: 324). Pese a que su rechazo del constructivismo y su defensa de un cierto esencialismo (Smith, 1998: 325, 328) le alejan profundamente de los autores del *frame analysis*, Smith reconoce que “la acción colectiva se basa en un núcleo de convicciones y realidades compartidas entre los miembros de una comunidad. Estos recursos culturales actúan como matriz para la acción social y como un foco para la movilización” (Smith, 1998: 332). Lo que equivale a decir que los estudiosos de las movilizaciones políticas tienen que prestar atención a la producción cultural e ideológica como factor no meramente expresivo sino determinante de la acción colectiva.

En ninguna de estas dos teorías mencionadas se encuentran explicaciones de por qué motivos se producen agregaciones sociales en torno a determinadas demandas políticas, por qué unos agravios y no otros son postulados como problemas a enfrentar con la acción colectiva, y por qué determinados actores son capaces en determinadas circunstancias de movilizar a sectores de la población en contra de las posiciones asentadas como tradicionalmente dominantes. Éste es un terreno inexplorado en estas teorías: el de la cultura y la ideología, el del discurso.

6.2.2 La comprensión ecléctica: el sitio de lo discursivo como “factor”

No obstante, y en parte como respuesta a las evidencias a cerca de las insuficiencias de los dos modelos visitados, desde los años 80 del siglo XX se ha producido una suerte de confluencia ecléctica que trata de integrar diferentes enfoques, incluyendo el análisis discursivo o de marcos, sin discutir el peso relativo de cada uno de los factores explicativos. Una evolución de la EOP, la “Teoría del Proceso Político” partiendo de la importancia de una comprensión amplia y dinámica del contexto socio-político en el que se mueven los movimientos sociales¹⁴², ha supuesto una suerte de confluencia entre los diferentes investigadores que privilegiaban bien las oportunidades políticas, bien las estructuras de movilización, o bien la producción discursiva de significado (Tejerina, 1998: 11).

Así, se ha construido, y generalizado entre la mayor parte de los investigadores, una matriz que destaca tres dimensiones fundamentales en el estudio de los movimientos sociales, descritos en el conocido manual de McAdam McCarthy y Zald (1995: 2):

“Estos tres factores son: 1) la estructura de las oportunidades y limitaciones políticas con las que se encuentra el movimiento; 2) las formas de organización (informal y formal) que los activistas tienen a su disposición; 3) los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción”.

Se trata de un modelo sintético que, mediante sus tres perspectivas de observación, pretende facilitar los estudios comparados (McAdam, McCarthy y Zald 1999: 22) y explicar el surgimiento, desarrollo y eficacia de los movimientos sociales (Íbid. 1999: 29-37).

¹⁴² Sidney Tarrow (2004) es uno de los más destacados exponentes de este esfuerzo de confluencia metodológica.

Más adelante discutiré el término “factores”, que creo ilustra perfectamente una concepción fragmentada del peso de los discursos. El tercero de los factores que este enfoque considera es el de la producción, generalización y alineamiento de esquemas interpretativos, que son siempre construcciones colectivas políticamente orientadas.

Estas “interpretaciones colectivas” son los *marcos* para la acción colectiva: el conjunto de estrategias discursivas que conforman la ideología de un grupo o movimiento. No obstante, frente a la ideología como sistema estable y cerrado de creencias, los marcos son el resultado negociado y cambiante de la lucha discursiva por imponer, en un contexto de competencia, interpretaciones compartidas del mundo y de los sujetos, que legitiman y motivan la acción colectiva. En otros términos: los marcos son las “armas” de la batalla política por la apropiación/construcción del sentido.

Por ello se puede afirmar que la relevancia del enfoque del *frame analysis* reside en que destaca la importancia central de los elementos culturales e ideológicos en la acción política, puesto que es a través de ellos que una “injusticia” se convierte en objeto de una interpretación que la describe como problema y llama a movilizarse para solucionarla. Esta interpretación es, por tanto, “construcción”, pues otorga significado político a elementos de la vida cotidiana, introduciéndolos en el conflicto. Es en este sentido que los investigadores del *frame analysis* destacan que “las cuestiones del significado están en el núcleo de la acción colectiva” (Rivas, 1998: 205).

Sin embargo, y pese a que la interpretación de la realidad y atribución de sentido político a determinados elementos sea un punto de partida central para cualquier movilización, es frecuente encontrarse con investigaciones que dedican a estos procesos poco más que declaraciones superficiales sobre la importancia de la cultura y la ideología. En gran medida, la inclusión de los procesos de enmarcamiento en una matriz junto con las “estructuras de oportunidad política” y los “dispositivos de organización” ha circunscrito su peso al de una expresión ideológica de procesos más profundos y “materiales”. Un buen ejemplo es la contraposición que McAdam *et al.* (1995) realizan entre los aspectos materiales y los simbólicos o ideales, representados como “factores”.

Frente a esta separación entre “factores” la perspectiva constructivista ya explorada afirma que los procesos de “enmarcamiento” son constitutivos también del sentido de las

oportunidades y restricciones políticas, y de las formas de organización y movilización. En lugar de ser reducidos a un elemento desconectado de los otros, por tanto, deben ser estudiados como un enfoque específico para entender los procesos de movilización política.

La centralidad de la actividad simbólica es el presupuesto básico de la escuela constructivista e interaccionista que ve a los movimientos como agentes productores de significado a través de “marcos de acción colectiva”. La construcción de marcos que den sentido al mundo social y creen identidades “es necesaria para la aparición de los movimientos, ya que los problemas por sí solos no producen movimientos sociales; requieren una interpretación, la cual es más fácil que tenga lugar donde ya hay sentido [...]” (Rivas, 1998: 207).

Es por ello que los movimientos compiten por extender o imponer determinados relatos o esquemas de interpretación de la realidad. Estos relatos se ocupan fundamentalmente de definir el problema, atribuir la responsabilidad del mismo, especificar las soluciones y movilizar al sujeto colectivo legitimado e interpelado para ello. Como veremos más adelante, estas son las funciones principales del discurso político, y por tanto los marcos a identificar en él por el *frame analysis*.

Se trata de una lucha discursiva por construir una realidad política determinada y contingente a partir de los muchos elementos existentes en las relaciones sociales, que podrían servir para construir interpretaciones políticas muy diferentes e incluso antagónicas. Este esfuerzo por la construcción de “marcos” debe ser entendido como un proceso, y por tanto analizado en investigaciones atentas a la dimensión dinámica y conflictiva del discurso (Klandermans, 1992).

Como indican Sabucedo, Grossi y Fernández (1998), es obvio que tanto los recursos como la organización constituyen factores claves para el éxito de la movilización política, pero reducir el análisis a estas dimensiones es empobrecedor, porque

“oscurece una de las funciones sociales de este tipo de movimientos: el desafiar los discursos dominantes. [...] No debe olvidarse que los movimientos sociales suponen, esencialmente, una alternativa a una forma determinada de definir e interpretar la realidad. Lo que justifica y da sentido a esas organizaciones es su cuestionamiento de los discursos mantenidos desde el

poder” (Sabucedo, Grossi, y Fernández, 1998: 170).

Es por esto que diferentes autores desafían la escisión entre los “recursos” y la “organización”, por un lado, y los discursos, por otro, y pasan a considerar a los movimientos como creadores de significado (Snow, y Benford, 1988; Eyerman, y Jamison, 1991).

La matriz que combina Estructura de Oportunidades Políticas, dispositivos de organización y estrategias enmarcadoras como las tres vertientes de las que comprender los fenómenos de acción colectiva ha hecho fortuna por cuando evita las explicaciones monocausales, y se acerca a los fenómenos socio-políticos con diferentes herramientas metodológicas que aseguren una visión amplia y diversificada de los mismos. Además, permite a los investigadores pasar por encima de las discusiones teóricas que tratan de ponderar el peso de unos factores sobre otros, ofreciéndoles un esquema de estudio asentado sobre diferentes patas y por tanto, cabe esperar, más seguro.

No es éste el lugar para participar de una discusión sobre la que autores especializados han realizado aportaciones sin duda más significativas que las que aquí podrían hacerse¹⁴³.

Pero cabe hacer una precisión relevante para la comprensión de los presupuestos que permiten el uso del *frame analysis* para una investigación centrada en la construcción discursiva de la hegemonía: De la misma forma que en el estudio del nacionalismo la perspectiva constructivista alerta de los riesgos del “expresivismo”, esto es, de entender que el discurso “politiza” y moviliza identidades étnicas preexistentes, en los estudios sobre la acción colectiva hay que evitar caer en una concepción similar. El discurso de los actores políticos no es sólo un recurso más, puesto que determina la interpretación compartida de las oportunidades, límites y necesidades para la acción colectiva. Esto parece un elemento de consenso entre todos los investigadores que se ubican en la perspectiva del *frame analysis*.

Sin embargo, es necesario llevar esta lógica hasta el final de su recorrido, para afirmar la construcción político-discursiva del conflicto. De acuerdo con ésta, la labor primera de un movimiento es problematizar una cuestión que, por más opresiva o injusta que fuese, no era objeto de disputa política. Al politizar una cuestión, se ordena el campo político –con tanta

¹⁴³ Tarrow (2004) ofrece una buena discusión de los diferentes enfoques en los estudios de acción colectiva. Ver también la revisión que de esas cuestiones realizan Rivas (1998) e Iglesias (2008, 2009).

exclusividad como la fuerza del discurso sea capaz- y se definen las posiciones de actores que, en torno a otra cuestión, mostraría alineamientos distintos. Esto es, el discurso político y su operacionalización a través del enmarcamiento no pueden ser considerados “un factor más” por cuanto son corresponsables, en contextos propicios, de la génesis de los actores mismos que, se supone, hacían un uso instrumental del factor discurso.

Al contrario, según este enfoque, los recursos y la organización sirven para difundir exitosamente una manera alternativa de ver el mundo o, al menos, un problema particular, y esta manera alternativa es precisamente lo producido en el nivel del discurso, que ahora se trata de analizar. La atención al nivel del discurso “permite superar algunas de las limitaciones de las teorías previas que señalaban las condiciones estructurales desfavorables como causa necesaria y suficiente de la protesta política” (Sabucedo, Grossi y Fernández, 1998: 171).

Por supuesto, existen realidades externas a la percepción que los individuos o grupos tengan de ellas. Pero los agravios o injusticias no son suficientes para producir acción política, por muy objetivos que éstos sean. Tampoco unas precondiciones sociales, institucionales o económicas favorables –o desfavorables- producen de manera necesaria e inmediata la movilización. Las condiciones “estructurales” no se politizan salvo por la mediación, contingente y subjetiva, del discurso político, en el que son problematizadas, interpretadas y (re)significadas (Pérez Ledesma, 1997). Es a través de su inscripción en determinados discursos que determinadas cuestiones o situaciones son percibidas como intolerables, se proponen soluciones para enmendarlas y estrategias para alcanzar esas soluciones. Los discursos, por tanto, crean conciencia de cambio en torno a una situación negativa, identifican a los culpables, promueven soluciones y legitiman a determinados grupos para movilizarse por ellas.

Esto demuestra los límites de una visión puramente utilitarista de los marcos de referencia como recursos simbólico-discursivos a la disposición de los dirigentes de los movimientos sociales o aún de un análisis de las oportunidades político-institucionales desde una perspectiva desconectada de la producción de marcos de acción colectiva que interpreten atribuyan sentido a la realidad exterior al movimiento.

Por lo tanto, una dimensión fundamental en el estudio de los movimientos sociales es el análisis de cómo éstos construyen, difunden y eventualmente generalizan esquemas de

interpretación de la realidad que movilizan la acción política. Ésta producción de creencias movilizadoras aparece como una tarea fundamental de los movimientos sociales (Walsh, y Warland, 1983; McAdam, 1994).

El concepto de “marcos” es esencialmente una propuesta metodológica para el análisis de estos procesos de construcción de sentido (Snow, y Benford, 1992). Por medio de los “marcos de acción colectiva” los movimientos buscan extender determinadas creencias que modifiquen o reemplacen las que hasta ese momento eran dominantes. Para ello, sus marcos tienen que “resonar” con la cultura generalizada entre esa población como “sentido común”. En consonancia con las ideas de Gramsci sobre el “buen sentido común”, los marcos tienen que arraigarse en algunos elementos del sentido común generalizado, siempre fragmentado y desordenado, para, partiendo de ellos, modificar los esquemas de interpretación de la realidad, en un sentido favorable a la movilización que promueven.

6.2.3 Nacimiento de la *Frame perspective*

El *frame analysis* o “análisis de marcos” a menudo se presenta como una teoría, cuando en realidad se parece más a un conjunto de técnicas e instrumentos teóricamente informados por el enfoque constructivista, cuyos postulados centrales ya han sido expuestos. De esta forma, el desarrollo de la metodología ha transcurrido paralelo, en los estudios sobre la acción colectiva, a la asunción de las líneas fundamentales de las perspectivas que defendían el peso específico del discurso y de la práctica semántico-cultural como productora de significado político. (Kertzer, 1988; Eyerman, y Jamison, 1991; Anderson, 1991; Gamson, 1992; Melucci, 1996).

En lo que sigue, se realiza una síntesis de la evolución, los diálogos y las diferencias entre los autores más relevantes del *frame analysis*. Espero que en ese recorrido quede claro también por qué es preferible hablar de una “metodología teóricamente informada”.

Doug McAdam (1994) atribuye a Erving Goffman, en su conocida obra “Frame analysis” (1974) el primer uso de la noción de “marco” para estudiar fenómenos de cambio social y movilización política. Goffman lo toma a su vez del interaccionismo simbólico de Herbert Blumer (1969) quien afirma, en los años treinta del siglo XX, que los significados de los objetos sociales no pueden ser considerados como dados, puesto que “la persona se apropia de

esos significados [...] y los modifica en el curso del proceso interpretativo que desarrolla para poder entender las cosas con las que se encuentra” (Blumer, 1969: 2)¹⁴⁴.

Retomando esta concepción, Goffman propone los “marcos” para comprender cómo los actores “dan sentido” a su experiencia:

“Mi punto de partida es que la definición de una situación se construye de acuerdo con unos principios organizativos que rigen esos hechos [...] y nuestra implicación subjetiva en ellos; marco es la palabra que utilizo para referirme a esos elementos básicos que soy capaz de identificar” (Goffman, 1974: 10-11).

Los “marcos” o esquemas mentales de interpretación y ordenación de la realidad, son necesariamente productos sociales, colectivos, generados en la interacción entre sujetos y la competición entre diferentes opciones. Así, la categoría “marcos” refiere a los conjuntos de creencias comunes que los sujetos necesitan para actuar en colectivo

Estos marcos, en consecuencia, son un elemento central en la conformación de la identidad de los movimientos y en su práctica política. Incluso estudiosos del conflicto político como Charles Tilly, mucho más cercanos a posiciones “estructuralistas” que enfatizan la importancia del contexto y las oportunidades políticas y su impacto sobre las prácticas de los protagonistas de los movimientos, reconocen a través del “análisis relacional” que son los actores quienes moldean el conflicto y, en el transcurso de su relación política con otros actores, construyen sus identidades como “experiencias compartidas”. Así: “los trabajadores se convierten en trabajadores en relación con los patronos y con otros trabajadores, las mujeres se convierten en mujeres en relación con los hombres y con otras mujeres [...]” (Tilly, 1998: 33).

En ésta línea desarrollaron Gamson, Fireman y Rytina (Gamson, Fireman y Rytina, 1982), pocos años después, la metodología para el estudio de los fenómenos de cambio social y político. Partiendo del trabajo de Goffman y de sus propias elaboraciones en las teorías cognitivas, acuñaron el término “marco de injusticia” para aplicarlo al estudio de las construcciones discursivas de los movimientos, como aquel que problematiza una situación y la definía como “intolerable”. De esta manera, los marcos, además de ser orientar y organizar la interpretación, también animaban a la movilización, por lo que eran

¹⁴⁴ Citado en Tejerina (1998: 140).

fundamentales en el trabajo político de todo actor que aspirase a un cambio –total o parcial- de la sociedad. Así, el objetivo de los movimientos sociales es sustituir: “un sistema de creencias dominante que legitima el status quo por otro alternativo que apoye el cambio provocado por la acción colectiva” (Gamson, Fireman, y Rytina, 1982: 15).

Aunque Gamson acabó abandonando este enfoque, numerosos estudiosos de los movimientos sociales consideraron la nueva metodología y la integraron en sus análisis (Gerhards y Rucht, 1992; Donati, 1992; Eder, 1992; Gerhards, 1995; Johnston 1995).

Gamson es conocido como un defensor del “modelo del proceso político” para el estudio de los movimientos sociales. No obstante, en su libro *Talking Politics*¹⁴⁵ (Gamson, 1992) también reconoció el efecto fundamental de las nuevas ideas como catalizadores de la acción colectiva. En esta investigación sobre los medios de comunicación y la conformación de la opinión pública en torno a cuatro temas de actualidad política, sintetiza importantes aportaciones a la metodología del *frame analysis* que ya habían sido elaboradas en otros trabajos (Gamson, 1988, 1992b).

Para Gamson, los marcos son formas de entender que implican la necesidad y el deseo de actuar, y se producen en la negociación de significados en competencia en el interior de los movimientos. Los procesos de enmarcamiento por los que los movimientos tratan de inscribir cuestiones particulares en esquemas interpretativos, tienen la finalidad de definir una situación como problemática, postular los medios para su solución, y movilizar a un sujeto colectivo.

Así, los marcos tienen tres componentes que se pueden encontrar en cualquier texto –hablado o escrito- del movimiento (Gamson, 1992):

- El de injusticia: que problematiza una cuestión y la carga emocionalmente.
- El de agencia o eficacia: que postula que la situación de injusticia puede ser cambiada e interpela a determinados individuos como los protagonistas legítimos de ese cambio.

¹⁴⁵ La traducción al castellano debe tener en cuenta el doble sentido posible del título: “hablando política” o “políticas del habla”.

-El de identidad: que define el “nosotros” frente al “ellos” concretando así los fines del movimiento.

Además, las operaciones de enmarcamiento son generadoras de identidades colectivas o de *campos de identidad* (Chihu, 2006: 26). Klandersman (1994) desarrolla esta idea y sugiere el término de *campos pluriorganizativos*, que introduce los elementos de interactividad y dinamismo en este concepto. Estas son, en cualquier caso, cuestiones que quedan fuera del propósito de este recorrido por el desarrollo de los “análisis de marcos”.

En realidad, en la propuesta metodológica de Gamson el peso fundamental corresponde al marco de injusticia, que es el encargado de politizar la situación en torno a un objeto de agravio representado como intolerable. Se trata, en la afortunada expresión de Tarrow, de producir y generalizar la idea “de que las indignidades de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidas a algún agente y de que pueden cambiar la situación por medio de la acción colectiva” (Tarrow, 2004: 161).

El escaso desarrollo posterior de esta propuesta y de la complejización interna de cada uno de los tres componentes de un marco, constituyen límites claros en este esquema metodológico. En cualquier caso, esta identificación de los diferentes componentes de un marco es un componente que recogen todos los autores destacados del *frame analysis*, y que en consecuencia es un componente central de la metodología.

De la misma forma debe valorarse el concepto de *frame resonance* o “resonancia de marcos”, con el que Gamson alude a la relación de un discurso político con la cultura política más amplia con la cual tiene que interactuar. Un marco será tanto más exitoso cuanto más aluda a los temas de la cultura política dominante del contexto social de los sujetos interpelados: “Algunos marcos tienen una ventaja natural porque sus ideas y su lenguaje resuenan con una cultura política más amplia. Las resonancias aumentan el atractivo de un marco porque lo hacen más natural y familiar” (Gamson, 1992: 135).

Esta idea de “resonancia” será desarrollada en los trabajos del grupo de Snow como se verá en seguida. Es la categoría que conecta los marcos para la acción colectiva con la cultura dominante en una sociedad, en una interrelación siempre en movimiento.

El *frame analysis* de Gamson es entonces una forma de análisis de discurso que intenta sistematizar los mecanismos de construcción de los relatos que orientan y organizan las interpretaciones. La metodología que emplea para ello, sin embargo, se reduce en gran medida a un análisis textual que resume las ideas claves y las agrupe en torno a los tres componentes de “injusticia” y “agencia” e “identidad”. El problema radica en que los límites que separan estas tres categorías son bastante difusos, y casi todo el peso explicativo recae sobre la primera. Por esta razón esta técnica para desentrañar los discursos no aporta demasiado al investigador. Sus elaboraciones posteriores, como la de la codificación de los marcos en series de tres dígitos o la de los “paquetes” de estructuras entrelazadas en torno a un tema central, no añaden ningún instrumento de análisis relevante, y sí complejizan innecesariamente una metodología que, sin embargo, sigue moviéndose fundamentalmente en el nivel descriptivo.

Sea como fuere, el trabajo de Gamson tiene el mérito de ser el primero en destacar, desde una perspectiva constructivista, los procesos de conformación de marcos como factores fundamentales en el análisis de movimientos sociales. Este método permite la comparación entre discursos y será en adelante el punto de partida de la mayor parte de los autores dedicados al “análisis de marcos”¹⁴⁶

Todos los trabajos posteriores incorporarán, de una manera o de otra, que la actividad clave de los movimientos es inscribir agravios concretos en marcos globales que señalen una injusticia y a los culpables de ésta, y afirmen que esa situación puede ser cambiada por la movilización de un sujeto colectivo concreto.

6.2.4 Marcos, discurso y consenso

Las investigaciones ubicadas en el *frame analysis* han ayudado a destacar la importancia de la construcción interactiva y negociada de los esquemas interpretativos y movilizados o “marcos” en la recepción, significación y activación política de las precondiciones sociales, así como su peso en los procesos de formación de identidades. De esta forma han reintroducido la centralidad de las ideas y la cultura en el estudio de los fenómenos de acción colectiva y conflicto político.

¹⁴⁶ Para un estudio detallado de las aportaciones de Gamson al *frame analysis*, ver: Chihu, y López Gallegos (2004).

Los sistemas creencias estructurados, coherentes y con pretensiones de exclusividad se conocen como “ideologías”. En cierta medida, los estudios del “análisis de marcos” han renovado la importancia de la ideología en los procesos de movilización y conflicto político. No obstante la mayor parte de los investigadores han preferido el término “marcos” para evitar caer en la trampa de la reificación y mantener una visión dinámica y constructivista de las ideas y representaciones sociales que informan la acción colectiva.

En este trabajo se defiende el uso del término “discurso” como conjunto articulado de “marcos” de interpretación de la realidad, orientados en un sentido unitario y constitutivos de identidad política. El concepto discurso permite comprender mejor la práctica productora de significado político a través de la articulación. El término “ideología”, efectivamente, refiere a una “petrificación” y sistematización de los discursos, una construcción que exige lealtad y que puede reproducirse en diferentes tiempos y lugares. No todos los discursos acaban deviniendo “ideologías”, pero todos tienen una dimensión de reificación al tratar de “naturalizar” su origen, que es siempre contingente y político. Marcos e Ideología pueden por tanto ser tomados como los dos extremos de un *continuum* discursivo, de mayor concreción y particularidad a mayor universalidad y estructuración.

Por eso se considera aquí que “Discurso” es más adecuado para adentrarse en la problemática de la hegemonía. Una revisión del trabajo de Donati (1992) actuará como puente para comprender la cercanía y complementariedad del *frame analysis* y la *Discourse Theory*.

En cualquier caso, esta discusión terminológica refiere a una cuestión que debe ser tratada: la de la generación y movilización del consenso como componente fundamental de la lucha política. No basta con constatar que los movimientos u otros actores políticos producen esquemas con los que tratan de “enmarcar” diferentes fenómenos de la realidad para dotarles de sentido y animar a la movilización. Es necesario, además, dar cuenta de cómo en esa labor desafían los consensos dominantes o generan consensos alternativos. Es decir, de la relación entre marcos e ideología.

Paolo Donati (1992) aplica la teoría de marcos al estudio del discurso político, partiendo del reconocimiento de la importancia y autonomía de la dimensión cultural o ideológica en la acción colectiva.

Donati toma el concepto de Gamson de “discurso político” (1988) y lo hace converger con el de “marcos” basándose fundamentalmente en los trabajos del grupo de Snow (Snow *et al.* 1986, 1988, 1992).

Aunque parte de los análisis lingüísticos del discurso, pronto da un paso más allá y reclama una teoría que vea el discurso no sólo como un “evento lingüístico” que expresa ideas, sino como un constructor de ideología. Para él un discurso político son:

“las interacciones de los individuos, grupos de interés, movimientos sociales e instituciones a través de los cuales las situaciones problemáticas se convierten en problemas de la política, se deciden las agendas, se toman las decisiones y se llevan a cabo las acciones” (Donati, 1992: 139).

Así mismo, entiende la ideología como una estructura contradictoria y abierta, sometida a luchas, en lugar de cómo un sistema monolítico y cerrado (Donati, 1991). El análisis del discurso, en consecuencia, deberá orientarse a identificar los nexos, las contradicciones y los límites en los discursos estructurados en ideologías.

Análisis de discurso y *frame analysis* se entroncan así en Donati: “El análisis del discurso político es un instrumento para estudiar las formas en que la realidad política se enmarca a través del discurso y, en consecuencia, el modo en que las personas llegan a entenderla” (Donati, 1992: 143).

La función del discurso político es la de proveer a los individuos de “marcos” a través de los cuales interpretar la realidad, clasificar las experiencias e inscribirlas en un relato más o menos coherente y unitario. Un marco, entonces, es “una estructura general, estandarizada y predefinida (en el sentido que ya pertenece al conocimiento del mundo del perceptor) que permite el reconocimiento y guía la percepción” (Donati, 1992: 141). Es decir, una estructura que selecciona, filtra y articula diferentes elementos con la finalidad de “dar sentido a la realidad”. La cultura, en este sentido, es el depósito de los marcos.

Lo fundamental es que los marcos se modifican en el tiempo y en el espacio. El discurso es el lugar donde se da la lucha por definir la realidad pública de forma legítima y reconocida, el

terreno de encuentro, confrontación y competencia entre los diferentes procesos políticos de enmarcamiento de lo social:

“La transformación del tejido social en marcos de acción colectiva no ocurre por sí sola. Se trata de un proceso en el cual los actores sociales, los medios de comunicación y los miembros de una sociedad interpretan conjuntamente, definen y redefinen el estado de las cosas” (Klandermans, 1997: 44).

La lucha discursiva es tanto para fijar la definición de los objetos como para promover unos marcos interpretativos a costa de otros, una competición político-semántica para fraguar, en definitiva, una *gramática común* (Viejo, 2005). Cuando un sistema de creencias se establece, jerarquiza y consolida con pretensiones plausibles de universalidad, se constituye una ideología.

En este proceso implica la identificación de las injusticias y su traducción en demandas políticas, pero también su carga emotiva, que es la que aporta el “calor” que facilita la movilización, y que distingue los marcos de los movimientos de aquellos de las instituciones dominantes. Los estudios feministas han demostrado ya hace tiempo la importancia de la implicación de los afectos y emociones en la construcción colectiva de la realidad. El nacionalismo, por su parte, debe su poder movilizador a la facilidad de sus metáforas para generar construcciones “ellos/nosotros” cargadas de emotividad (Anderson, 1983 [1991]). Los marcos se ubican siempre en contextos culturales más amplios con los que se relacionan de manera contradictoria: Necesitan a la vez ser relativamente coherentes con los consensos dominantes en una población, y modificar estos consensos para instituir un orden nuevo. En la práctica, este es un equilibrio difícil, en el que se decide en gran medida la suerte política de una movilización.

Tarrow (2004: 163) propone que los procesos de enmarcado de un movimiento realizan, a largo plazo, una labor capilar de penetración y modificación de los consensos dominantes, en una conceptualización que recuerda al concepto de “Guerra de posiciones” de Antonio Gramsci, ya explicado. Esta labor se complementa con una irrupción mucho más rápida en las conciencias de la gente por medio de las transformaciones producidas en los ciclos de acción colectiva. Según esta visión, la acción colectiva funciona como acelerador de transformaciones en la cultura dominante, y posibilita una combinación de elementos

culturales heredados con estrategias nuevas.

Se trata de un proceso de transformación de las representaciones dominantes en una sociedad, partiendo de los consensos instituidos. A menudo esta evolución necesita de “puentes” que conecten la cultura dominante con el proyecto transformador. Tarrow ofrece el ejemplo del movimiento por derechos civiles en EEUU, en el que el “puente” lo constituyó la dialéctica de los “derechos”, pieza angular del status quo norteamericano que, a su vez, permitía su uso estratégico por parte de la acción colectiva del movimiento (Tarrow, 2004: 169-171).

Con todo, la visión de Tarrow resulta claramente distante del enfoque constructivista, por lo que no concibe ninguna dimensión constitutiva del discurso, y reduce el papel de los elementos culturales al de “ropajes” que los movimientos, en el transcurso de la lucha, heredan y reconstruyen, y con los que se visten para aumentar su eficacia política (Tarrow, 2004: 171). No hay aquí ninguna referencia a la producción de significado político, pues los movimientos, sus objetivos e identidades, parecen preconstituidos antes de la intervención del discurso, que se convierte así en una herramienta de ingeniería para aumentar la eficacia política de los actores. Para Tarrow, es en la acción colectiva cuando se aceleran estos procesos. Pero no por el uso instrumental que hacen los movimientos de los elementos culturales, sino porque es en los momentos de quiebra del sentido instituido, incapaz de dar cuenta de nuevas realidades y, sobretudo, de seguir presentando el orden existente como el bien común, en presencia de una concatenación cada vez mayor de colectivos insatisfechos, cuando se abre con la mayor amplitud la posibilidad de la emergencia de nuevos consensos, de, en resumen, contrahegemonía.

Klandermans ofrece otra visión de la compleja relación entre los materiales culturales heredados y la producción de esquemas alternativos de interpretación de la realidad. Afirma que cabe hacer una distinción entre la “formación del consenso” y la “movilización del consenso” (Klandermans, 1988).

La formación del consenso solo ocurre a largo plazo y no es plenamente previsible por ningún actor político. Se trata de un proceso largo de convergencia en torno a “definiciones colectivas” sobre una situación. Si esta es definida como injusta, se entra en un segundo momento, de postulación de alternativas posibles frente a la situación de injusticia y el camino a seguir por un determinado sujeto colectivo definido como protagonista. Esta es una

intervención deliberada y planificada de *movilización del consenso* (Klandermans, 1988: 183-191).

Este enfoque, sin embargo, expulsa la producción de consenso a un remoto proceso de convergencia de definiciones de la realidad que sucede en un tiempo pasado no estudiado por los investigadores de la acción colectiva. Una vez generado este consenso, eso sí, diferentes actores políticos pueden movilizarlo de manera deliberada y estratégica, hacia uno u otro objetivo político. El problema es que no todos los consensos pueden ser movilizados en el mismo sentido, y que, en realidad, la construcción de consensos es una parte sustancial de la movilización política.

El modelo de “construcción social de la protesta” de Klandermans (1994) aunque igualmente inscrito en la corriente de la irrupción de la cultura en el estudio de la acción colectiva, se aleja del *frame analysis* por sus orientaciones más cercanas a la psicología social. Su división de “campos multiorganizativos”, entre los sectores que apoyan un movimiento, los que se oponen y los que permanecen indiferentes (1994: 215) es una aportación interesante, pero que después conduce a una evolución hacia el estudio de la recepción mental de los procesos colectivos de enmarcado.

Hay una aportación de McAdam que resulta muy útil en este punto. Este autor, aunque no específicamente dedicado al enfoque del *frame analysis*, al que integra en la matriz ecléctica ya visitada, introduce el concepto de “oportunidad cultural” como un momento de fragilidad de los consensos dominantes. En tales situaciones el relativo vacío discursivo por parte de los grupos dirigentes de una sociedad abre una oportunidad cultural para la formulación y extensión de marcos alternativos. Se trata, por tanto, de períodos de resquebrajamiento de los horizontes y códigos interpretativos dominantes, de desorganización de las estructuras simbólicas y cognitivas de dominación, y por tanto de un terreno relativamente fértil para la emergencia de relatos alternativos que movilicen la transformación del orden existente, incentivando a individuos y sectores antes ajenos a la protesta, en vista del sentido ampliado y las mayores posibilidades de éxito de ésta (McAdam, 1994: 46-51).

No obstante, y como se ha afirmado antes, estas oportunidades no son ajenas a la producción discursiva del movimiento. Es decir, por un lado es la emergencia de nuevas demandas y/o interpretaciones —o la politización de contradicciones entre valores culturales difundidos y

prácticas sociales o institucionales que lo niegan- de la realidad la que genera o, cuando menos, acelera, la crisis de una visión del mundo hasta entonces dominante. Pero, además, estas “oportunidades culturales” tienen relevancia política sólo cuando son percibidas como tales por los actores (McAdam, 1994: 46).

El concepto de “oportunidad cultural” realiza una advertencia valiosa: los procesos de construcción de significado político alternativo tienen más posibilidades de éxito en contextos propicios de crisis del sentido instituido y las representaciones dominantes. En la terminología gramsciana del marco teórico que inspira esta investigación, esos momentos son conocidos como de “crisis de legitimidad” o incluso “crisis orgánica”. En cualquier caso, esos momentos son a su vez producidos, en una relación dialéctica, por los discursos subversivos emergentes, y sólo “entran en juego” mediante su percepción subjetiva por los actores políticos.

Por lo tanto la cuestión de la relación entre la creación de marcos y los procesos de enmarcamiento para la movilización política y los consensos socialmente dominantes, sigue, en cierta medida, abierta. Las explicaciones vistas hasta ahora sobre ello presentan, por las razones ya apuntadas, serios límites. Estos pueden ser superados, en lo relativo a la relación entre marcos y sentido común sedimentado, por el concepto de “resonancia”, que se analizará en la revisión del trabajo del grupo de investigadores encabezado por Snow en el próximo epígrafe. También por la reintroducción del concepto de “discurso” en la disciplina del *frame analysis*, lo que sucede, de nuevo, de la mano de Donati, al que es preciso regresar brevemente.

Ya se ha visto que el concepto de “marco” le sirve a Donati para introducir una nueva perspectiva en los análisis de la ideología, no como un hermano menor de la filosofía, sino como un elemento central en la lucha política. Se trata de un doble movimiento, puesto que al mismo tiempo, los estudios de la acción colectiva se benefician de una atención prioritaria a la construcción discursiva. Rivas, en su acercamiento a Donati, reconoce la función performativa de los discursos:

“El discurso es la forma básica de interacción a través de la cual se produce la misma realidad. Desde esta perspectiva, el analizar cómo se enmarca una cuestión puede ayudar a entender quién tiene más probabilidad de ganar una lucha [...]” (Rivas, 1998: 199).

No es casualidad que esa intersección entre ideas y prácticas –en rigor, de la nominación y producción de identidad *como* práctica- se de en torno al concepto de “discurso”. Gracias a su aportación en clave constructivista, el *frame analysis* se aleja del riesgo de entender a los movimientos sociales como preconstituidos antes del conflicto por actores sociales objetivados, y entra de lleno en la explicación de los actores y sus agrupaciones como “expresando” una posición que les constituye.

Ésta es la aportación central de Donati, ya en una línea estrechamente vinculada a la de la *Discourse Theory*: “el objeto del conflicto debe considerarse como el *terreno* en el que el discurso se realiza, terreno que es él mismo una construcción interactiva” (Donati, 1992: 161). Sus contribuciones ayudan a superar algunas de las carencias de las versiones más extendidas del *frame analysis*.

El término discurso, tal y como ha sido desarrollado hasta aquí, enfatiza la contingencia de las construcciones políticas, que no su arbitrariedad. Reconociendo que existen condiciones y materiales específicos, limitados y particulares, previos a la práctica de la articulación -que tienen existencia “extradiscursiva” por así decirlo- afirma al mismo tiempo que todos ellos juegan un papel político sólo después de haber sido interpretados y posicionados en el conflicto por uno u otro discurso. No todas las combinaciones son posibles, pero entre las muchas opciones disponibles ninguna es necesaria ni objetiva. El concepto de “discurso” frente al de ideología, ofrece la ventaja de ser cambiante, negociado, conflictivo y abierto; frente al de “marcos” ofrece la ventaja de explicar cómo todos y cada uno de los “recursos” del movimiento son materiales significados por una narrativa específica, y que por tanto podrían jugar un papel político totalmente diferente.

Entonces ¿tiene sentido utilizar la metodología del *frame analysis* para un estudio sobre la hegemonía? Lo tiene siempre y cuando se haga la aclaración previa, en el sentido de estar trabajando con discursos que funcionan con una lógica óptica y no ontológica, que producen significados en base a una práctica de articulación que vincula determinados elementos a una u otra narrativa, siempre en clave de “construcción” y no de “expresión”, “reflejo” o “uso instrumental”. Preciado esto, el análisis de marcos puede ser introducido como una metodología complementaria a la Teoría del Discurso y la hegemonía. Una metodología que resulta especialmente pertinente por su atención a los mecanismos específicos de identificación, interpretación y movilización con respecto a determinados aspectos.

De alguna manera, el *frame analysis*, por las técnicas que produce y las cuestiones que son objeto de su atención, dirige la mirada a un nivel más “micro” que la *Discourse Theory*: Mientras ésta estudia la construcción discursiva de identidades y la ordenación conflictiva del campo político, aquél desentraña los mecanismos específicos por los cuales tiene lugar, las operaciones concretas que convierten una nominación por parte de un actor en un consenso generalizado y movilizado. En este sentido se emplea el *frame analysis* en esta investigación.

6.3 Principales propuestas metodológicas para el análisis de marcos

Una vez realizado el recorrido por la *frame perspective*, conviene detenerse con más detalle en el trabajo de algunos investigadores, a modo de ejemplos de aplicaciones prácticas de esta metodología a estudios de caso concretos.

Los autores elegidos en modo alguno resumen las aportaciones fundamentales del análisis de marcos, ni siquiera pueden ser considerados los más representativos de este enfoque. Salvo en el primer caso, el de los investigadores David Snow, Robert Benford y otros, que constituyen un grupo prolífico que es hoy referencia obligada de cualquier acercamiento al análisis de marcos para la acción colectiva, en tanto que sus formulaciones han sido generalmente incorporadas ya como cuerpo central de la perspectiva. Sólo por ello ya merece un examen más en profundidad. Además, por esa centralidad, gran parte de las últimas contribuciones relevantes se han realizado en diálogo o discusión con el trabajo de este grupo de investigadores, por lo que a través de su examen se incorporan también algunas cuestiones relevantes aportadas por otros autores.

Después se analizan dos propuestas metodológicas en estrecha relación con la anterior: las de Gerhards y Rivas, en su intento de complejizar el modelo del grupo de Snow; y la de Máiz, por su versión profundamente constructivista aplicada a la producción de identidades colectivas, que será de gran utilidad. La primera servirá para evaluar la utilidad de las construcciones que, partiendo de una crítica a la supuesta simplicidad del modelo del grupo de Snow, pretenden mejorarlo mediante su complejización. La segunda, por su parte, examina las aplicaciones prácticas a estudios sobre la emergencia de identidades políticas –y por tanto en estrecha relación con la hegemonía- del análisis de marcos tal y como lo concibe el grupo de

Snow. Ésta última, como se verá, resulta uno de los enfoques más satisfactorios y, por tanto, constituye una referencia principal en la que se basará esta investigación.

Por último, se examinan brevemente otras propuestas cercanas a la perspectiva del *frame perspective*, fundamentalmente las dedicadas al “análisis micro del discurso”. En la medida en que constituyen una alternativa metodológica al análisis de marcos, es preciso realizar un examen de algunos ejemplos representativos. A través de él, con especial atención a la obra de Cabrera *La nación como discurso* (1992) por su proximidad con la presente trabajo en las premisas teóricas y en el objeto de estudio, se exponen las razones por las que se considera preferible, para una investigación sobre la hegemonía, la propuesta metodológica del *frame analysis*.

6.3.1 El Grupo de Snow

Sin duda han sido Snow y sus colaboradores¹⁴⁷ (Snow, Rochford, Worden, y Benford, 1986; Snow, y Benford, 1988; Snow, 1992; Benford, y Hunt, 1992; Benford, 1993; Hunt, Benford, y Snow, 1994; Benford, y Snow, 2000) los investigadores más influyentes del “análisis de marcos” cuya matriz metodológica ha servido de orientación para un gran abanico de estudios.

La producción teórica de Snow y sus colaboradores tiene como vigas maestras dos artículos publicados en torno a la aplicación el análisis de marcos al estudio de los movimientos sociales: “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation” en 1986 e “Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization” en 1988.

Parten del concepto de marco de Goffman (1974: 21) en tanto que esquemas de interpretación que “capacitan a los individuos para localizar, percibir identificar y nombrar” los hechos de su vida cotidiana y del mundo en general, para proponer su definición de marco como

“Esquema interpretativo que simplifica y condensa *el mundo de ahí fuera* puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno” (Goffman, 1992: 137).

¹⁴⁷ Se alude aquí a “Snow y colaboradores” pues son un grupo prolífico que ha desarrollado numerosas investigaciones en una perspectiva de trabajo conjunta, como se demuestra en el análisis que sigue sobre sus elaboraciones. Benford y Hunt destacan en este grupo.

Los marcos cumplen de esta forma la función de organizar la experiencia y guiar la acción, lo que convierte a los procesos de construcción de marcos o “alineamientos” en un trabajo político central para la movilización social. A través de los marcos, los movimientos sociales “problematizan” una situación que antes no era percibida como tal, o tal vez como desafortunado pero no intolerable. Posteriormente, vinculan este agravio con otros, y los inscriben en narrativas que puedan encontrar significado más amplios) que puedan encontrar “resonancia” en la cultura dominante de la población interpelada.

En su artículo de 1986 coinciden con Charles Tilly (1978) en señalar que el surgimiento, duración y éxito de los movimientos sociales es imprevisible. Pero sí afirman que la explicación de estos fenómenos no tiene que ver sólo con los recursos disponibles y la organización puesta en marcha, sino que el discurso juega un papel central:

“[su explicación tiene que ver] no sólo con los cambios en las oportunidades y la expansión y apropiación de los recursos sociales, sino también con el hecho de que se haya efectuado con éxito un alineamiento de marco y que éste se mantenga por un tiempo” (Snow, Rochford, Worden, y Benford, 1986: 478).

En sus investigaciones se produce un distanciamiento de las teorías de los “Nuevos Movimientos Sociales” y la Teoría de Movilización de Recursos, por la comprensión estática que éstas tienen de las ideas. Snow y sus colaboradores, por el contrario, defienden que los significados no pueden ser asumidos como “dados”, como un recurso más a disposición de los movimientos, sino que deben ser estudiados como el resultado de luchas políticas discursivas. Los movimientos, entonces, al mismo tiempo que son portadores y transmisores, funcionan también como productores de nuevos significados.

Antonio Rivas, en su revisión de los diferentes trabajos de la perspectiva del *frame analysis* refuerza esta idea del grupo de Snow: “los movimientos son agentes productores de significado y como tales están comprometidos en la *política de significación*, es decir, en la construcción de sentido en competencia con otros actores sociales” (Hunt, Benford y Snow, 1994: 194).

Quizás el logro más destacado del grupo de Snow, Benford y otros, es el de haber producido un modelo metodológico claro y articulado para el análisis del discurso político de los movimientos sociales.

Hay tres conceptos centrales en el trabajo del grupo de Snow, que suponen significativos desarrollos del “análisis de marcos”: *Enmarcamiento*, *Alineamiento de marcos* y *Resonancia*. Cada uno de ellos merece atención específica.

6.3.1.1 Enmarcamiento

La actividad de significación es a la que se refiere el concepto de “enmarcamiento” o *framing*: literalmente, inscribir cuestiones particulares en marcos de interpretación y movilización para la acción colectiva. Por medio del “enmarcamiento” los movimientos adecuan las fronteras y alcance de sus marcos a sus objetivos y a los sectores sociales interpelados, en un proceso constante e interactivo.

El grupo de Snow propone una matriz para analizar la potencia movilizadora de los procesos de enmarcado, compuesta por cuatro conjuntos de factores: El grado de desarrollo y la interconexión de las tareas básicas del enmarcamiento; el alineamiento con un sistema de creencias más amplio, para que los objetivos del movimiento tengan mejor acogida en el seno de la cultura dominante; la inteligibilidad de los marcos en relación con las experiencias cotidianas de los sujetos interpelados, su credibilidad empírica y coherencia narrativa; y el momento del ciclo de protesta en el que nace el movimiento y desarrolla su actividad de enmarcado (Snow y Benford, 1988).

De esta matriz merece la pena especialmente rescatar el primer conjunto de factores, que hace referencia al grado de integración y desarrollo de las tres tareas del enmarcamiento. El resto son elementos que considero más genéricos, y que en todo caso están ya contenidos en el concepto de “resonancia” que luego se analiza. Que los objetivos o propuestas de un movimiento tengan más posibilidades de éxito cuando se inscriben en los consensos dominantes en una sociedad, así como cuando permiten a su audiencia potencial “leer” e interpretar fácilmente hechos de su vida cotidiana son dos cuestiones elementales de la teoría de la hegemonía ya visitada. Por otra parte, estos elementos centrales no necesitan ser

glosados en una matriz de condiciones: la relación de cualquier narración con el “sentido común de época” y con las condiciones materiales de vida de los interpelados son cuestiones a resolver por una teoría del discurso y la hegemonía.

Las “tareas” del enmarcamiento constituyen las operaciones fundamentales que todo discurso tiene que realizar si pretende movilizar políticamente a su audiencia, y que Wilson (1973) ya había establecido como los tres componentes de la ideología: Diagnóstico, pronóstico y motivación.

1. **Diagnóstico:** Se trata del trabajo de identificar un aspecto de la vida social como problemático y su persistencia como intolerable, argumentar que necesita ser cambiado y atribuir la responsabilidad o culpabilidad por la situación presente.
2. **Pronóstico:** Es la propuesta de solución de la cuestión problematizada, que incluye lo que debe hacerse, las tácticas y estrategias y los objetivos. También identifica a los protagonistas legítimos de la acción.
3. **Motivación:** La tercera operación aporta el ímpetu y el estímulo para la acción, a través de un vocabulario, unos símbolos y una identidad de los protagonistas. Si la complicidad intelectual y la indignación moral sirven para los dos cometidos anteriores, en este caso se trata de levantar un sentimiento colectivo de empoderamiento, capacidad y deber, sin el cual no existe el “combustible” que mueve a la gente a implicarse en la acción colectiva, pese a los costes personales y riesgos que ésta implica.

En este esquema, las primeras dos tareas construyen y movilizan el consenso (“qué está mal y quién es culpable” y “cómo se cambia y quién lo cambia”), mientras que la tercera proporciona el ímpetu subjetivo y emotivo para la participación (“¡nosotros podemos!”). Cuanto más se desarrollen y se integren estas tres tareas, más éxito alcanzará la movilización.

Enmarcamiento, por tanto, es la actividad general de producción de marcos para dar un sentido u otro a diferentes elementos o acontecimientos de la “realidad”. Estos marcos, una vez producidos, deben ser articulados entre sí y ajustados a la cultura dominante, a las

expectativas de los individuos o al cambio en el contexto político-institucional, es decir, “alineados”.

6.3.1.2 Alineamiento de marcos

Por “alineamiento de marco” o *frame alignment process*, es la actividad que articula diferentes marcos y los pone a trabajar en la misma dirección, haciéndolos así alcanzar su máxima potencia movilizadora. Por medio de este proceso los movimientos buscan incrementar sus apoyos y, cuanto menos, neutralizar o aislar a sus antagonistas.

Además, en estas operaciones se dirime la capacidad de un marco para ser capaz de hacerse congruente e inscribir los valores, creencias y demandas de los individuos, de forma compatible con los objetivos e identidad del movimiento.

Como la cultura sedimentada en la población es la que naturaliza y refuerza el orden existente, los movimientos tienen que moverse en la intersección entre esta cultura y símbolos mayoritarios, y los suyos propios que movilizan a la acción pero son aún minoritarios. Los dos riesgos paralelos son una asunción excesiva de la cultura mayoritaria pero paralizante, o una total exterioridad a los consensos dominantes, que condena a los movimientos a la marginalidad.

Los procesos de “alineamiento de marcos”, por tanto, son las operaciones de “ajuste” y readaptación de los marcos propios a un entorno dinámico y cambiante. El grupo de Snow identifica cuatro tipos fundamentales (Snow *et al.* 1986: 467-474).

1. **Conexión de marco** o *frame bridging*: es la operación por la cual se enlazan dos marcos ideológicamente complementarios o congruentes pero que hasta ese momento han estado desconectados, o también cuando un problema particular de reciente (re) aparición se vincula con un marco existente buscando una mayor eficacia en la movilización.
2. **Amplificación de marco**: La clarificación y fortalecimiento de un marco sobre una cuestión particular. Por medio de la amplificación del “valor” o de la “creencia” se

refuerzan las posiciones y la cohesión del grupo. Se trata de una operación de “refresco” o actualización de un marco.

3. **Extensión de marco:** La ampliación de las fronteras del marco inicial o primario de una organización para incluir los agravios o las demandas de otros grupos que, aunque secundarias para la organización, amplían su campo político; se busca así seducir y aliar a estos grupos. En Gramsci, como hemos visto anteriormente, es la “inclusión de grupos en tanto que subordinados al grupo dirigente”, que caracteriza la hegemonía.
4. **Transformación de marco:** La reinención o reformulación de un marco viejo que ya no “resuena” en la cultura política imperante en su contexto, con vistas a producir uno nuevo que sea capaz de generar más apoyo. Es sin duda la operación más importante, especialmente para los movimientos que desafían el orden instituido buscando cambios profundos para los que es necesario construir un sentido común contrahegemónico.

La articulación de diferentes marcos se produce en torno a un *master frame* o “marco maestro”, que es capaz de agrupar y dar un sentido unitario a los diferentes marcos de un movimiento. Se trata de un código con gran poder de resonancia en la cultura dominante en la sociedad y capacidad, y por tanto con capacidad de construcción de mayorías.

A diferencia de los marcos interpretativos, no corresponde a una visión particular, sino que funciona como un campo gramatical que conecta, integra y coordina diferentes marcos (Snow y Benford, 1992). Normalmente emergen en momentos de ruptura de los significados instituidos y los códigos culturales tradicionales.

Como se ve, en el concepto de “marco maestro” hay un solapamiento entre el “análisis de marcos” y el pensamiento gramsciano, puesto que se trata de una categoría muy cercana a la de hegemonía, y aún a la de “sentido común de época”, en la medida en que funciona como campo capaz de contener diferentes representaciones parciales del mundo en una construcción tendencialmente universal. Por ello, su uso puede dar lugar a más confusiones que clarificaciones. Por otra parte, y como se verá más adelante, el “marco de injusticia” ya teorizado por Gamson, puede funcionar, en no pocas situaciones, como el “marco maestro”,

en la medida en que identifica un síndrome general a la luz del cual todas las “dolencias” adquieren un sentido que las articula políticamente.

6.3.1.3 Resonancia

El concepto de resonancia, apuntado por primera vez por Gamson (1992), es desarrollado por Snow y sus colaboradores, dentro de su preocupación por la “fidelidad narrativa”, el fenómeno por el cual *algunos marcos resuenan con las narraciones culturales, es decir, con las narraciones, mitos y cuentos populares que son parte de la herencia cultural de la persona* (Snow y Benford, 1988: 210). Este concepto también lo desarrolla McAdam (1994) aunque desde un enfoque centrado en la capacidad de los movimientos de conectar con las “orientaciones cognitivas” de los individuos a los que interpela. Aquí, por el contrario, se privilegia la visión colectiva y más política de Snow y sus colaboradores.

La “resonancia” de los marcos es su conexión con las creencias, símbolos e interpretaciones sedimentados como “sentido común”, en términos de Gramsci. Los líderes de los movimientos sociales, como indica Tarrow (2004: 156), se mueven en un complicado equilibrio entre inscribir sus demandas en el consenso dominante y “vestirlas” con los ropajes culturales generalizados, y producir símbolos y esquemas interpretativos nuevos. Los primeros generan amplios consensos, pero naturalizan el orden existente. Los segundos pueden ser “electrizantes” y generar conciencia de cambio, pero son aún poco conocidos y por tanto marginales.

La resonancia de los procesos de enmarcado que emprenda un movimiento dependerá de diferentes factores, entre los que cabe destacar: que esos marcos hagan referencias efectivas y específicas a experiencias de la vida cotidiana de aquellos a los que se dirige o que consiga hacer vivir a éstos en carne propia la injusticia referida, que resulten empíricamente creíbles, que sean inteligibles y expliquen con plausibilidad la realidad, o que sean coherentes entre sí y con los esquemas de percepción e interpretación ya existentes. (Snow y Benford, 1988). Como resume Chihu, en su revisión del concepto de resonancia: “si un *marco* es empíricamente creíble, conmensurable en la experiencia y narrativamente resonante, más poderosa será la movilización del consenso y más fértil será el terreno para la movilización de la acción” (Chihu, 2006: 23).

En 1988 Bárcena, Ibarra y Zubiaga (1998) realizaron un estudio que constituye un valioso ejemplo sobre la importancia de la “resonancia” para el éxito de los movimientos sociales. En él, procedían a un análisis comparado de los movimientos sociales ecologista –especialmente vinculado al rechazo a la construcción de centrales nucleares- y de insumisión al servicio militar obligatorio y a la Prestación Social Sustitutoria, en el País Vasco y Navarra. La escala elegida encuentra su justificación en las particularidades culturales y políticas de esas dos comunidades autónomas, además de en el hecho de que ambos movimiento tuvieron un desarrollo e impacto allí sin parangón en el resto del Estado español.

Con su investigación, pretendían comprender los éxitos relativos de ambos movimientos y su compleja relación con la izquierda independentista vasca. Para ello emplearon el “análisis de marcos” o *frame analysis* para comprender la producción discursiva del movimiento:

“en sus tres niveles de diagnóstico, identidad y pronóstico [...] para observar cómo el discurso ha sido capaz tanto de reforzar la identidad colectiva del movimiento como de conectar, y activar a su favor, las culturas disponibles en la sociedad vasca” (Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 49).

En su uso de la metodología del “análisis de marcos”, se basan de forma central en los trabajos del grupo de Snow. El estudio supone un riguroso ejemplo práctico de aplicación de la metodología del *frame analysis* de acuerdo con algunos de sus exponentes más destacados.

En este caso, sin embargo, lo que resulta interesante de esta investigación son los resultados obtenidos a partir de la atención al fenómeno de la “resonancia”. Los autores analizan cómo en cada una de las tres estrategias de enmarcamiento, que identifican como “de diagnóstico”, “de identidad” y “de motivación”, tanto el movimiento ecologista como el de insumisión son exitosos porque son capaces de vincular sus propuestas o reclamaciones con percepciones y temas culturales dominantes o muy extendidos en la sociedad vasca (Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 51-59), específicamente en los sectores juveniles o más movilizados políticamente, entre los que la izquierda *abertzale* ejercía una gran influencia.

Así, la investigación muestra como el éxito de ambos movimientos se debe, en cada uno de los tres “momentos” de enmarcado, a haber sabido vincularse a percepciones y sensibilidades mayoritarias en la política vasca: El movimiento de insumisión haciendo énfasis en la

“represión” que padecían quienes se negaban a cumplir con el servicio militar, vinculándose de esta forma a una cultura antirrepresiva, y de desconfianza hacia las Fuerzas de Seguridad del Estado y el Ejército español muy extendida y arraigada en Euskadi (Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 51-52). El movimiento ecologista, por su parte, se asoció por un lado a una sensibilidad democrática, que, sobretudo al calor del *cleavage* nacional, acusaba al Estado español de prácticas de imposición contra la voluntad popular vasca, lo que quedaba demostrado con las macroinfraestructuras decididas a espaldas de la ciudadanía vasca (Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 57-58). Además, el ecologismo vasco fue exitoso en encardinar sus propuestas en un relato de amor por la “tierra”, que implicaba la defensa del territorio frente a las agresiones externas, de “Madrid”. Mediante estas estrategias, ambos movimientos fueron capaces de movilizar amplios sectores de la sociedad vasca y de sumar los apoyos de muchos otros, consiguiendo impulsar de manera protagónica el movimiento por la insumisión en todo el Estado español, y paralizar algunas obras de gran impacto ambiental en la Comunidad Autónoma Vasca y Navarra.

Figura nº 8. Modelo de Snow *et al.* para el análisis de marcos.

<p>Marco 1: Un determinado esquema de percepción e interpretación de acontecimientos o de un área de la vida cotidiana, que debe cumplir las siguientes tareas:</p>	<p>Diagnóstico: Identificar un agravio como injusticia pública, y adjudicarlo responsables.</p>	<p>Resonancia: La acogida que los marcos consiguen en el seno de la población interpelada, que depende de:</p> <ul style="list-style-type: none"> -Su vinculación con la(s) cultura(s) sedimentada dominante en esos sectores. -Su verificabilidad empírica y la inteligibilidad de sus interpretaciones de los hechos cotidianos. -Su coherencia narrativa interna.
	<p>Pronóstico: Postular una solución para el problema y legitimar un sujeto colectivo para alcanzarla.</p>	
	<p>Motivación: Proveer los símbolos, los estímulos y las expectativas de éxito para animar a la movilización.</p>	

Marco 2	Diagnóstico		
	Pronóstico		
	Motivación		
<p>Marco-maestro: El campo de significado general en el que se inscriben los marcos interpretativos particulares</p>		<p>Se encarga de alinear los diferentes marcos en una perspectiva unitaria que, además, resuene con la cultura dominante.</p>	<p>1. Conexión de marcos, o <i>bridging</i>, que enlaza dos marcos no antagónicos, que antes estaban fragmentados, o vincula un problema particular a un marco mayor.</p>
		<p>Existen cuatro dispositivos fundamentales de alineamiento de marcos:</p>	<p>2. Amplificación de marco: Clarifica y fortalece un marco, reforzando la identidad del grupo.</p>
			<p>3. Extensión de marco: Se asocian los agravios de otros grupos, para incluirlos en el campo político propio.</p>
			<p>4. Transformación de marco: Se reinventa o reformula un marco que ya no resuena, para desafiar el consenso dominante.</p>

La metodología de Snow y sus colaboradores es de gran utilidad, y de solvencia comprobada en sus diferentes aplicaciones empíricas. Además su defensa teórica del peso de las ideas en los procesos de movilización resulta una contribución fundamental para el enfoque constructivista. Sin embargo, es necesario señalar la ligazón que los trabajos de éste grupo mantiene todavía con la Teoría de Movilización de recursos. Gamson afirma, en una crítica a las posiciones de Snow *et al.* que su metodología es más positivista de lo que estarían dispuestos a reconocer, por cuanto las ideas son incorporadas al abanico de herramientas que el movimiento emplea para movilizar y perseguir sus fines (Famson, 1992: 69). Como si estuviesen guiados por una racionalidad superior y previa a su construcción política, el movimiento “usa” las ideas para generar y movilizar el consenso. Esta concepción parece olvidar que el propio movimiento es el resultado de una actividad de significación que produce grupos asociados en torno a posturas, demandas o valores determinados. Su metáfora podría ser la de un comprador que pasea por el supermercado de la movilización política eligiendo los recursos que le serán más útiles, mirando en el pasillo de “ideas” y a continuación en el de “medios de financiación” o “líderes”.

Este límite puede ser superado introduciendo algunas de las apreciaciones de Máiz y su atención a las identidades políticas. Pero antes, conviene revisar uno de los más intentos más elaborados de desarrollo y complejización del modelo de análisis de marcos del grupo de Snow, el realizado por Gerhards.

6.3.2 Gerhards y la Estructura Ideal de Marco

Jürgen Gerhards intenta perfeccionar el modelo del grupo de Snow, en el que ve más capacidad descriptiva que de formulación de hipótesis y explicativa. Por ello, utiliza su estudio de caso sobre las movilizaciones en Alemania Occidental en 1987 contra el Fondo Monetario Internacional para diseñar y probar un nuevo aparato metodológico (Gerhards, y Rucht, 1992).

Comparte la división de los marcos en tres componentes fundamentales -Definición del problema para los participantes; Atribución de responsabilidades y Propuesta de soluciones- de cuya capacidad dependerá el éxito del movimiento. No obstante, complejiza el aparato proponiendo una diferencia entre las “Dimensiones” y las “Estrategias de enmarcamiento”,

que juntas forman la “Estructura de un marco”, una idea que desarrollará posteriormente (Gerhards, 1995).

- Las “dimensiones de enmarcamiento” hacen referencia a las áreas temáticas que cubre el enmarcamiento. Gerhards distingue cinco: Encontrar una cuestión del debate público e interpretarla como un problema; identificar las causas y los responsables del problema; Proponer objetivos y postular las posibilidades de éxito de la movilización; Encontrar y caracterizar al destinatario de la protesta; y justificar el destinatario colectivo –el “nosotros”- protagonista legítimo de la protesta.
- Las “estrategias de enmarcamiento”, por su parte, son las técnicas empleadas por los movimientos *para interpretar estas áreas temáticas* (Gerhard, 1995: 226), y de las cuales depende la capacidad de los movimientos para ser exitosos en las diferentes dimensiones del enmarcado.

A partir de este modelo, Gerhards construye una “Estructura Ideal de Marco” en el que todas las dimensiones y estrategias están integradas y funcionan, aumentando al máximo la capacidad movilizadora del marco. Siguiendo el concepto Weberiano de “Tipo Ideal”, postula contrastar esta Estructura Ideal con los “marcos empíricos” para formular así hipótesis sobre el peso relativo de cada factor en el éxito o fracaso de un movimiento (Gerhards, 1995).

Además propone emplear el método de los “mapas cognitivos” de Axelrod (1976)¹⁴⁸ para representar gráficamente la estructura interna de los marcos.

Pertrechado con este aparato metodológico, Gerhards analiza un número reducido de textos específicos del movimiento analizado –en su caso, el de las protestas contra el FMI en Berlín en 1987- postulando que éste método permite que el lector contraste las conclusiones alcanzadas.

Del análisis de su estudio de caso, Gerhards acaba deriva una hipótesis: Cuantos más problemas cubra el marco, más grupos afectados se verán interpelados y más capacidad

¹⁴⁸ Citado en Gerhards (1995:236). Traducción propia.

movilizadora tendrá el marco, siempre y cuando la conexión de los problemas sea plausible y no una simple “superextensión” del marco.

Tras su ardua construcción de un aparato metodológico complejo para formular hipótesis, Gerhards termina por afirmar que la capacidad de vincular más demandas, y por tanto más individuos y/o grupos, en un movimiento, es determinante para el éxito de éste. Es difícil exagerar al afirmar que cualquier historiador del conflicto político, armado con menos arsenal metodológico, puede constatar que “la unión hace la fuerza”. Tampoco le sería difícil constatar que la forma más habitual de derrota política de un movimiento es su aislamiento y marginalización mientras que ninguno resulta de un modo u otro exitoso desafiando una dimensión parcial o estructural del sistema de poder, sin ligarse a un bloque social tendencialmente mayoritario.

De cualquier forma, espero que mi discusión de la teoría neogramsciana del discurso en epígrafes anteriores haya hecho evidente, a estas alturas, que la hegemonía es el resultado de la encarnación del universal por parte de un particular, lo que implica, más allá de la unión de diferentes demandas y sectores sociales, su articulación en un constructo nuevo.

Por esta razón, si bien algunas de las aportaciones de Gerhards son rescatables, particularmente la de la necesidad de diferenciar las dimensiones internas de cada tarea de enmarcado y las formas concretas por la que éstas encuentran resonancia, su aparato metodológico no parece compensar su complejidad con contribuciones sustanciales que no se encuentren en otros autores del *Frame analysis*.

Rivas (1998) construye una metodología basándose en los trabajos de Gerhards, construyendo como él un “marco ideal” compuesto por cinco áreas temáticas (algunas desagregadas en dos subáreas) y sus consiguientes técnicas¹⁴⁹.

Con este “marco ideal” pretende Rivas acercarse a las estructuras de marcos de los movimientos analizados a través de sus textos, para extraer, por medio de la comparación, las razones de sus éxitos o fracasos.

¹⁴⁹ Ver: Rivas (1998: 208-209).

Apoyado en su aparato metodológico, Rivas (1998: 210) propone cinco hipótesis que de hecho son un intento de desarrollar las formuladas por Gerhards. La mayor parte de ellas, como que los marcos que cubren más problemas y grupos afectados tienen más capacidad de movilización, o que los movimientos que se fijan pocos objetivos parciales tienen más posibilidades de éxito que aquellos que aspiran a una transformación revolucionaria –“total”- de la realidad, son inobjetables, pero no queda demasiado claro cuál es la ventaja comparativa por la que este enrevesado aparato metodológico alcanza conclusiones, por otra parte, que rayan el sentido común o que son alcanzables desde el estudio empírico de la historia del conflicto político.

Figura nº 9. El aparato metodológico de Gerhards: la Estructura Ideal de Marco

Dimensiones de enmarcamiento:	1. Problematizar una cuestión pública.	2. Identificar causas y responsables.	3. Proponer objetivos y postular las posibilidades de éxito de la acción.	4. Encontrar al destinatario de la protesta.	5. Justificar al protagonista legítimo de la movilización
Estrategias de enmarcamiento:	Las técnicas para interpretar cada una de las cinco áreas temáticas.				
ESTRUCTURA IDEAL DE MARCO	<ul style="list-style-type: none"> • Es aquella en la que las dimensiones y las estrategias de enmarcamiento están perfectamente ensambladas, asegurando el máximo de eficacia de un marco, en sus labores de inscripción, interpretación, extensión y movilización. • Una Estructura Ideal de Marco cubre el mayor número de problemas hasta el límite de la “superextensión”, para así interpelar al mayor número de grupos posibles sin perder la coherencia y plausibilidad. 				

6.3.2 Máiz: marcos discursivos e identidades políticas

Como ya se ha visto, las investigaciones de Ramón Máiz se valen del *frame analysis* para explicar la intervención del discurso político en la construcción de identidades étnicas o nacionales.

Tal vez la formulación más clara del uso que hace de esta metodología se encuentra en su trabajo “*Yawar Mayu: La construcción política de identidades indígenas en América Latina*” (2004) en el que investiga las causas de la emergencia de identidades indígenas en Latinoamérica. Se examina, pues, a través de este texto, un modelo de “análisis de marcos” que el autor ha expuesto en otras ocasiones (Máiz, 2007, 2008) y que está en sintonía con investigaciones similares (Martí, 2004).

En su estudio, Máiz parte de que la constatación de una paradoja: en un subcontinente como América Latina, con un elevado peso de poblaciones indígenas que, además, se encuentran en su mayor parte en situaciones de exclusión y/o subordinación, no ha habido apenas conflicto étnico. Lejos de adoptar una visión “primordialista” que entienda esta situación como un “retorno del indio”, defiende un enfoque constructivista por el que entre las injusticias “estructurales” y los conflictos políticos se da siempre una relación mediada por el discurso político. Por ello, afirma que la identidad indígena contemporánea es:

“el resultado contingente, interna y externamente contestable (y de hecho contestado), uno entre los varios posibles, de la movilización política y sus estrategias organizativas y discursivas, producto de un trabajo de filtrado, selección e innovación a partir de la heterogénea materia prima étnica disponible en cada caso (cultura, lengua, tradiciones, mitos, símbolos, memorias...) por parte de los intelectuales, líderes y organizaciones indigenistas” (Máiz, 2004: 327).

Para comprender esta mediación, y por tanto la construcción contemporánea de las identidades indígenas en América Latina, Máiz emprende un análisis del discurso indigenista, que se ha afirmado en competencia con las narrativas homogeneizantes de los procesos de *nationbuilding* y *statebuilding*, se han fundamentado sobre “el mito de la nación mestiza” (Mallon, 1989; Gould, 1998; Hale, 2002), pero también en competencia con las identidades de clase.

Aunque este proceso ha revestido formas, profundidades e intensidades muy diferentes en los diferentes países de América latina, en todos los casos en los que se ha producido, la emergencia de identidades indígenas ha tenido más que ver con un proceso de resignificación que con uno de “descubrimiento” de una esencia dormida en la historia (Purnell, 2002).

La resignificación ha operado por medio del discurso indigenista, que se mueve en un contexto de condiciones de posibilidad –institucionales, económicas, internacionales, etc.- que limitan la práctica discursiva. Para dar cuenta de este contexto, Máiz acude al modelo de la “Estructura de Oportunidades Políticas”. Además, examina la “Organización y repertorios de acción colectiva” del movimiento indígena (Máiz, 2004: 334-336). Ya se ha realizado una crítica de este modelo ecléctico, por lo que no es necesario repetirla. Por lo demás el propio Máiz, con su atención prioritaria en la construcción discursiva de identidades, parece realizar ya una elección sobre el peso relativo de los factores en su matriz triple.

Se pueden identificar dos técnicas fundamentales por las cuales Máiz investiga el discurso indigenista y su influencia en la emergencia contemporánea de identidades indígenas en América Latina: Por una parte, la identificación y caracterización de los diferentes “campos de identidad”, y por otra el “análisis de marcos” propiamente dicho.

6.3.3.1 Campos de identidad

Máiz identifica tres “campos de identidad” o áreas de identificación compuestas por diferentes elementos articulados en su interior, que son susceptibles de ser inscritos y rearticulados en otro discurso: La identidad Mestizo/Criolla, la identidad Campesina y la identidad Indígena.(Máiz, 2004: 322). Estos espacios, en lugar de ser objetivados, deben ser comprendidos como terrenos de lucha política por la definición y extensión de cada una de las identidades. La caracterización de cada uno de estos “campos de identidad” depende de cual sea el discurso que los represente. Así, para el discurso indigenista/indianista la Identidad Mestiza/Criolla estaría asociada a: *Ciudadano, Élite nacional, Élite local, Rico, Lengua española, Patrón (cacique, gamonal), Nacionalismo, Militarismo, Racismo, Neoliberalismo, Violencia, Comercio*. La identidad Campesina lo estaría a: *Mestizo, Clase, Lengua Española, Derecho, Tierra, Historia, Explotación natural, Estado nacional, Centralismo, Clientelismo, Derechos Individuales*. La Indígena, por último, se asociaría a: *Indio, Etnia, Lengua nativa,*

Costumbre, Mito, Armonía natural, Estado plurinacional, Autogobierno, Movilización, Derechos colectivos.

La identidad campesina y la indígena se entrecruzan y solapan en una zona de confluencia popular y antielitista -*Pobre, Marginado, Explotación, Violencia, Opresión, Trabajo, Comunidad*- cuya movilización se produce contra lo mestizo/criollo.

Entre estos “campos de identidad” se producen continuamente desplazamientos y tensiones, también marcadas por el contexto “estructural” en el que se desarrollan. No obstante, el objetivo de cada discurso es fijar la identidad afirmada como “natural”, en lugar de elección y construcción política. Se trata del recurso conocido como “esencialismo estratégico” (Máiz, 2004: 334).

La producción discursiva de las identidades debe cumplir, al menos, las siguientes funciones (Máiz, 2008: 161-162):

1. Proporcionar objetividad empírica a la identidad colectiva así construida en torno a la identificación de una o varias “injusticias”.
2. Atribuir responsabilidad moral a los culpables de estas injusticias.
3. Generar sentido, legitimar y motivar para la movilización colectiva.

Una de las aportaciones fundamentales de esta técnica es que permite comprender y representar gráficamente de forma clara las zonas en disputa entre unos relatos identitarios y otros. Como no se trata de una representación estática y definida de una vez por todas, es en estas zonas de intersección en las que previsiblemente se darán mayores tensiones o posibilitarán negociaciones y convergencias que pueden alterar de forma sustancial la correlación de fuerzas en un proceso político dado.

6.3.3.2 Estrategias enmarcadoras

Máiz se pregunta por los “marcos interpretativos” en los cuales el movimiento indígena ha inscrito demandas y elementos dispersos, articulándolos en esquemas que les dotan de sentido unitario y animan a la movilización que constituye, en puridad, la identidad “india” en su forma contemporánea.

Basándose en los trabajos de Snow y Benford, compara, estudia y postula líneas generales comunes en los diferentes discursos indigenistas latinoamericanos.

De esta manera, elabora una matriz en la que conceptualiza las tres tareas enmarcadoras fundamentales – Diagnóstico, Pronóstico y Motivación- como los tres marcos en los que se puede descomponer el discurso indigenista (Máiz, 2004: 355-361):

1. Marco de Diagnóstico.

Es el que selecciona y postula un aspecto de la realidad o una situación como un “problema” de la esfera pública, con causas enumerables y responsables identificables.

De esta manera, interpretan acontecimientos cotidianos “como síntomas de un más amplio síndrome que requiere solución perentoria para la supervivencia del grupo que se presenta como amenazada” (Máiz, 2004: 356).

Los diferentes agravios que hasta entonces estaban aislados, fragmentados o asociados a otro discurso, serán ahora rearticulados dentro de este marco, que construye y orienta así el conflicto a través de un problema o “síndrome” representado como indigno e insoportable, con un culpable fácilmente comprensible y representable.

Se trata de una tarea fundamental para la acción política, en tanto que concentra el rechazo en una forma personalizada e identificable, simplificando así el espacio político y facilitando así tanto la comprensión de complejos problemas multicausales como la movilización.

En el discurso indigenista, el problema identificado es, en términos generales, la subalternidad del indio, causada por la destrucción de un pasado comunitario idealizado a manos de responsables externos –El “Estado”, las élites blancas, el neoliberalismo, el imperialismo norteamericano, etc.- que son así culpables de la situación de indignidad presente.

2. Marco de Pronóstico

Este marco señala la posible solución o soluciones al problema, e identifica y legitima a los protagonistas del cambio que hace falta realizar.

Se encarga así de proporcionar las claves del redescubrimiento/reinvención de la identidad colectiva a través de dos elementos clave: nombrar las alternativas al problema y postular los protagonistas del cambio.

En una fase inicial se formula el “redescubrimiento” de una identidad filtrada y negociada, que sin embargo es presentada como pura y permanente. Con esta operación se pasa del “grupo particular” al “pueblo” o la “nación” asentada en la historia, con un pasador redescubierto a sus espaldas y un futuro prometedor en frente. Los elementos centrales del marco de pronóstico en el discurso indigenista suelen ser la lengua y el territorio, pues ambos ayudan a sostener un “esencialismo estratégico” que compensa y contrasta con el uso exitoso de la adaptación y negociación-hibridación flexible de la identidad indígena. Estos dos elementos acostumbran a ser las primeras reivindicaciones de la movilización, pero su contribución fundamental es la de delimitar y constituir al sujeto colectivo “indígena” interpelado.

En una segunda fase, las soluciones propuestas en abstracto se concretan y adaptan al sistema político y las condiciones sociales en las que se desenvuelve el movimiento, formulando metas más o menos asequibles.

En el discurso indigenista, la definición del problema en el marco de diagnóstico se entrelaza con el pronóstico cuando representa la realidad comunitaria como homogénea y fraguada en un pasado común ancestral, una objetividad empírica histórica incontestable que fundamenta la acción colectiva del presente.

En otro estudio sobre el nacionalismo (2008) Máiz destaca que ésta operación realiza la investidura hegemónica, puesto que el colectivo designado como “protagonista”: “representa los intereses de la nación, representación retórica mediante sinécdoque (al tomar la parte por el todo) [para que éstos se conviertan en] portavoces autolegitimados del entero sujeto colectivo que es la nación” (Máiz, 2008: 163). Esta es sin duda una aportación a la metodología del *frame analysis* que conviene rescatar.

3. Marcos de Motivación

Una vez está asentada la conciencia del problema, sus causas, responsables, posibles soluciones y protagonistas de las mismas, es necesario para el movimiento proveer de los recursos emocionales y morales necesarios para animar a la acción colectiva, sostenerla y orientarla. En este punto entran en juego los “marcos de motivación” para moralizar el conflicto en una lógica binaria que haga evidente la necesidad de la movilización, su justicia y sus posibilidades de éxito.

Máiz (2004: 361) señala algunos mecanismos habituales, entre los que destacan la extensión de cadenas de oposición binarias que generen la delimitación clara de los contendientes por medio de una partición del campo político entre antagonistas y protagonistas; la sobredimensión de la homogeneidad interna y de la diferencia con el exterior –potenciando unos marcadores de diferencia y descartando o minimizando otros, etc.; la dramatización de las amenazas que se ciernen sobre esta comunidad; la mitificación de figuras pasadas, conectadas ahora con el movimiento; y la exposición de las posibilidades de éxito de la movilización, que compensen los riesgos y costes de implicarse en la misma. Las consignas, en tanto que formulaciones breves de la construcción discursiva del conflicto, suelen ser formas extremadamente eficaces en estas tareas.

Los marcos de motivación en e discurso indigenista suelen ser una provisión de sentido a las privaciones y opresiones presentes, a través de su inscripción en las raíces míticas de la comunidad, lo que alienta la autoestima colectiva y facilita la movilización a través de la llamada a “despertar”.

Finalmente, el análisis de los marcos del discurso indigenista le permite a Máiz hablar de un discurso cuya eficacia radica en su sencillez e interpelación directa:

“un relato muy trabado, eficaz en su sencillez, de las causas, responsables, soluciones y protagonistas del problema indígena latinoamericano, vinculando un mítico e idealizado pasado precolombino [...] con las oportunidades presentes de acción colectiva [...]” (Máiz, 2004: 361).

Un aparato metodológico como el “análisis de marcos” le permite a Máiz desentrañar ese relato y comprender, de este modo, su eficacia en la producción de identidades indígenas contemporáneas y en la movilización política indigenista.

Figura n° 10 Conjunto de métodos para el análisis del discurso en Ramón Máiz.

“Campos de identificación”	Identifica las principales identidades en disputa y los elementos articulados al interior de cada una de ellas. Las zonas de intersección permiten comprender posibles cambios en la correlación de fuerzas entre los distintos actores.	
“Marcos interpretativos”	De Diagnóstico	1. Problematiza una cuestión como síntoma de un síndrome general. 2. Identifica culpables fácilmente representables.
	De Pronóstico	1. Señala una posibilidad de solución de la injusticia.

		2. Legítima a un sujeto colectivo como protagonista. Hegemonía.
	De Motivación	Moralización del conflicto, recursos de dramatización y mitificación del conflicto.

6.3.3 Otras propuestas para el análisis del discurso

Hasta aquí se han examinado algunas propuestas metodológicas, señaladas como paradigmáticas, ubicadas dentro de la *frame perspective*. Ésta provee de categorías y técnicas que, como se ha defendido hasta aquí, resultan perfectamente complementarias con la *Discourse Theory* y el estudio de la hegemonía. El elemento de entronque central es la dimensión constructiva del discurso, que lo convierte en el terreno de lucha por la atribución de sentido, de competencia por la producción de identidades políticas y de generación de hegemonía.

En todo caso, existen muchos otros modos de acercarse al discurso como objeto de estudio, con diferentes trayectorias de evolución teórica y metodológica, que han generado una amplísima literatura especializada con contribuciones provenientes de disciplinas como la lingüística, la sociología del lenguaje, la pedagogía, la retórica, la epistemología y la filosofía del lenguaje, etc. Incluso centrando la atención exclusivamente en los estudios dedicados a la dimensión específicamente “política” del discurso, una revisión mínimamente rigurosa e inclusiva de este campo de estudios excedería con mucho el objetivo de este trabajo: sus alcances tendrían que abarcar, por citar referencias sobradamente conocidas, desde el estudio de las regularidades y jerarquías enunciativas de Foucault (1969 [1996]) para determinar las normas y condiciones desde las que los discursos pueden postular su “veracidad”; hasta los

trabajos de Bourdieu (1985 [2001])¹⁵⁰, o hasta la evaluación de las “acciones comunicativas” con Habermas (1985)¹⁵¹, a la luz de los procedimientos argumentativos que éstas siguen para hacer exitosas sus reivindicaciones en un proceso de persuasión: de verdad, de rigor normativo o de armonía estética.

Como se puede apreciar, la magnitud de la tarea sobrepasa los límites de este trabajo. Sin embargo, es pertinente especificar cuáles son las diferencias fundamentales del enfoque aquí escogido con algunas de las propuestas de análisis del discurso más relevantes.

La *Discourse Theory*, y su posibilidad de operacionalización a través del *frame analysis*, aquí apuntada, difieren de la mayor parte de los análisis del discurso porque estos últimos:

1. No problematizan las identidades políticas, que parecen así preexistir al discurso, que es entonces el medio por el que se alían, engañan, seducen o enfrentan identidades ya constituidas. No será necesario, en este punto, señalar las profundas incompatibilidades de esta posición con las premisas teóricas constructivistas y postestructuralistas necesarias para un análisis discursivo de la hegemonía.
2. Introdicen un sesgo “moralizante” a sus análisis por el cual existen usos “verdaderos” y usos “manipuladores” del discurso. Esta premisa introduce un parámetro extraño a la concepción de hegemonía en la que el rol constituyente del conflicto hace innecesaria –en términos del análisis- toda consideración sobre la catadura moral de los discursos: lo interesante es, por el contrario, sus efectos políticos performativos.

De esta forma, para la mayor parte de analistas del discurso éste constituye una dimensión de la política que merece una subdisciplina específica. Se trata de una concepción del *discurso como un momento de la política*. La perspectiva aquí adoptada, por el contrario, concibe y analiza *la política en términos de discurso*. Por eso, a efectos de una mayor claridad, sería tal vez más pertinente ubicarla en el campo de estudios de la hegemonía.

Una perspectiva de análisis particularmente fértil y desarrollada es la que cabe denominar “análisis micro del discurso”, de la que se revisan a continuación algunos trabajos, más para

¹⁵⁰ Para una ver explicación de la contribución de Bourdieu al análisis del discurso ver: Flaschland (2003).

¹⁵¹ Citado en Torfing (1999: 96).

especificar las distancias con la presente investigación que pretendiendo ninguna exhaustividad. De nuevo, se trata de un abanico de estudios muy amplio, en el que conviven investigaciones que se valen de técnicas muy diferentes, pero que coinciden en su: “estudio de las formas lingüísticas y las regularidades en su distribución (...) y los principios generales de interpretación por los cuales la gente habitualmente otorga significado a lo que oyen y leen” (Brown y Yule, 1983: x)¹⁵². En cualquier caso, su agrupación en este punto tiene un propósito exclusivamente explicativo, y no de síntesis.

6.3.4.1 Los “esquemas cognitivos” de Johnston

Hank Johnston es el autor que facilita esta revisión, por cuanto se vincula específicamente con la metodología del análisis de marcos, aunque buscando complementarla con los “esquemas cognitivos” (Johnston, 1995), a través de los cuales realiza un análisis micro del discurso, cercano a los trabajos de Labov y Fanshel (1977), Stubbs (1987) o, en la actualidad, Van Dijk (2000), que se examinará más adelante.

Las investigaciones de Johnston, mayoritariamente centradas en el estudio del nacionalismo catalán (Johnston, 1991) están orientadas a reconstruir los marcos mentales de los participantes en los movimientos sociales, para comprender su implicación individual en la acción colectiva. Para él los marcos son “haces de creencias y significados relacionados de manera sistemática” (Johnston, 1995: 234).

Las aportaciones de Johnston resultan interesantes en lo relativo a las condiciones internas y externas de producción del discurso, a la opacidad del mismo –que obliga a los investigadores a realizar análisis detallados y meticulosos- y a las condiciones de recepción del discurso político por parte de los individuos.

Sin embargo, estamos ante una metodología más cercana a la psicología y la lingüística que a la ciencia política o la sociología: Johnston, inspirado por las ciencias cognitivas, concibe los marcos por analogía a programas mentales que alimentan el cerebro como una computadora, y los asume así como estables, ordenados y organizados. Es por esta razón que no problematiza

¹⁵² Traducción propia.

su producción en el conflicto político, y se ocupa más de su funcionamiento interno y su recepción individual. Si bien este es un aspecto que no debe ser descuidado, queda fuera del interés de un estudio de la construcción discursiva de la hegemonía, que es siempre el producto contingente y dinámico del conflicto político. Rivas resume las diferencias entre ambas perspectivas: “Contrariamente a este enfoque, defendemos que los marcos son realidades siempre cambiantes que se producen como resultado de la interacción de todos los participantes en los movimientos sociales” (Rivas, 1998: 204).

6.3.4.2 Van Dijk y el “Análisis Crítico del Discurso”

Teun Van Dijk es uno de los más conocidos analistas del discurso, y uno de los creadores del Análisis Crítico del Discurso¹⁵³ –ACD, en adelante-, un enfoque interdisciplinar que combina la lingüística con la psicología social, la sociología y la teoría de la comunicación, y que tiene su antecedente inmediato en la lingüística crítica y la gramática del texto (Fowler, *et al.*, 1979), con influencias provenientes, también, de los estudios culturales críticos de Stuart Hall. Para el ACD, el discurso es una práctica social, en la que se produce y reproduce la dominación, basada en el acceso desigual a los recursos lingüísticos y sociales. Por eso para el investigador es importante estudiar tanto las estructuras gramaticales de los actos del habla como sus contextos sociales (Van Dijk, 2000).

El ACD es, según el propio Van Dijk, una perspectiva de investigación esencialmente interdisciplinaria, desde el momento en que parte de la voluntad de estudio de un “problema” específico y no desde un marco teórico o “escuela específica”. Los problemas refieren siempre a situaciones de desigualdad y dominación, provocadas por “usos ilegítimos” e inaceptables del poder. Estos “abusos” suceden prioritariamente en el terreno discursivo y de la persuasión, que es la forma principal de ejercicio y reproducción del poder en las sociedades modernas (Van Dijk, 1999). De esta forma, los Análisis Críticos del Discurso se proponen comprender y evidenciar los mecanismos por los cuales el discurso contribuye a la reproducción de las injusticias. Este compromiso político consustancial al ACD lleva a los investigadores que lo

¹⁵³ La prolífica producción de Van Dijk le ha llevado a compilar y sistematizar la práctica totalidad de su trabajo en el Análisis Crítico del Discurso en la web www.discurso.org, de referencia obligada para cualquier interesado en su trabajo en particular y en el estudio del discurso en general. Cualquier referencia a alguna de sus obras es una indicación mínimamente ilustrativa, pues se trata de una producción extremadamente prolífica y en crecimiento.

practican a un “análisis desde arriba”, centrado en las élites políticas y económicas, y los mecanismos por los cuales éstas controlan el discurso público convirtiéndolo en una de sus principales herramientas de supremacía.

Para ello, este enfoque propone una amplia medición de aspectos tanto textuales como contextuales. Los primeros refieren a cuestiones como el control de la entonación, de los temas y registros, del léxico empleado, de las estructuras semánticas o las figuras retóricas. Los segundos, al lugar en el que se produce la interacción comunicativa, el reparto de la participación y de los papeles, etc. En conjunto, se trata de estudiar los procesos discursivos para comprender de qué se habla, cómo se habla y quién habla, y qué grupos son los que tienen la potestad social y cultural para determinar estos aspectos (Van Dijk, 2003).

Si el poder es fundamentalmente una capacidad de control mental y de influencia en una relación discursiva, la asimetría fundamental que explica la dominación de unos grupos minoritarios sobre el resto de la sociedad se explica por el *acceso* privilegiado de aquellos grupos al discurso público, la capacidad de controlar los procesos comunicativos, su desarrollo y sus condiciones. Se trata de una noción clave en el ACD, que relaciona de manera directa el poder de las élites con su posición en los procesos comunicativos: los grupos dominantes acumulan más poder cuanto mayor y más variado *acceso* tienen al discurso público¹⁵⁴.

No obstante, para Van Dijk, la relación entre el discurso y la estructura social está decisivamente mediada por la *cognición social*, que juega un papel de interfaz a la vez mental y social. Un discurso consigue reproducir relaciones sociales de desigualdad porque es inscrito dentro de estructuras de percepción que ya poseen los individuos. En este punto el ACD, tal y como lo practica y teoriza Van Dijk, converge con la psicología social, para preguntarse por las “estructuras mentales” –socialmente fraguadas pero de actuación individual- por las cuales la gente conoce la realidad. La comprensión de los procesos de recepción del discurso público por parte de los individuos, a través de esquemas de percepción o “modelos”, es fundamental

¹⁵⁴ Basta pensar, en este sentido, la escasez de situaciones en las que un hombre –o, peor aún, una mujer- perteneciente a los grupos subalternos, es escuchada, habla en público controlando el contexto y el texto de la comunicación, y compararla con la abundancia de situaciones en las que es consumidor pasivo de significaciones en procesos comunicativos cerrados –cuando ve televisión o lee la prensa, en el trabajo frente a su jefe, en su interacción con la policía o las autoridades, en la consulta del médico, etc. Los grupos dirigentes, por el contrario, tienen muchas más facilidades para expresar y formular significados nuevos, ideas, prejuicios y representaciones de la realidad, y se ven inmersos en procesos comunicativos en los que habitualmente su rol es más predominante que subordinado. Las variables de género, étnica y clases social se combinan así para generar una matriz de mayor (hombre-blanco-rico) a menor (mujer-no blanca-pobre) acceso al discurso público, que se traduce finalmente en poder.

para la comprensión de la capacidad del discurso y la persuasión como medios fundamentales de ejercicio de poder (Van Dijk y Kintsch, 1983).

Van Dijk ha centrado gran parte de su trabajo, desde la década de 1980, en el estudio de las prácticas discursivas generadoras de racismo (Van Dijk, 2003) por parte de las élites políticas y económicas con un acceso privilegiado a los medios de, lo que les confiere un poder- y una responsabilidad- mucho mayor al de cualquier ciudadano privado. Los prejuicios racistas se forman y reproducen a través de prácticas sutiles, a menudo inadvertidas o naturalizadas, como la selección de determinados problemas como los centrales de la agenda, la atribución de presunción de veracidad mayor a los blancos, o la “racialización” de las noticias, asociando sistemáticamente connotaciones negativas a las apariciones públicas de determinados grupos sociales de origen no europeo (Van Dijk, 1997).

El trabajo de Van Dijk y el ACD constituyen una valiosísima contribución, en primer lugar para realzar los trabajos de análisis de discurso y para resaltar la importancia del lenguaje, la comunicación y la cultura en los fenómenos políticos. Además, el esfuerzo –poco común y de agradecer por los investigadores- por sistematizar sus trabajos y técnicas, ha ido conformando una escuela –quizás en paradójica contradicción con las declaraciones antiescolásticas del propio Van Dijk- que favorece la generación de sucesivas investigaciones que la desarrollen y realicen aportaciones a los estudios del discurso, desde una fértil perspectiva interdisciplinar (Wodak y Meyer, 2001).

En cualquier caso, aquí se defiende la pertinencia de un análisis específicamente “político” del discurso y la hegemonía. No por razones de pureza disciplinar, sino por la necesidad de una atención privilegiada a dimensiones que son escasamente problematizadas en los “Análisis Críticos del Discurso” de Van Dijk: fundamentalmente la que atañen a la construcción discursiva de las identidades políticas y del conflicto.

Aunque sus aportaciones en el camino de la psicología social y la “recepción” mental de las ideas se alejan de los intereses de esta investigación, Van Dijk sí resulta convincente en sus estudios sobre la producción y generalización, particularmente por los medios de comunicación empresariales de masas, de prejuicios o representaciones sobre grupos sociales subalternos. También en lo que respecta a las asimetrías en el acceso a los medios de generalización de determinadas ideas. Por ello, sus avances en estos dos sentidos son de hecho complementarios a los trabajos sobre el discurso y la hegemonía: no porque la hegemonía

pueda ser reducible, como entiende Van Dijk, al “convencimiento de muchos”; sino porque ayuda a superar una brecha existente entre la *nominación* de determinados alineamientos políticos y su *constitución*, entre la construcción de determinadas identidades políticas y su “generalización”.

Sin embargo, siguen siendo necesarios análisis que se centren en quién, y por qué medios, consigue articular bloques sociales amplios en torno a propuestas políticas concretas, cómo determinados grupos son capaces de construir, con elementos dispersos o significados previamente en otro sentido, “voluntades colectivas nacional-populares” de las cuales ellos sean la encarnación. Si Van Dijk es una referencia central para el estudio de la generalización de determinadas construcciones políticas a través del discurso público de las élites y los medios de comunicación, hacen falta investigaciones que se centren en el momento puramente político de la formulación y movilización de un “nosotros” enfrentado a un “ellos” en torno a una determinada dimensión prioritaria que ordena el campo político. La teoría que se ocupa de ello es el estudio de la producción discursiva de la hegemonía, y la *frame perspective* o “análisis de marcos” es el conjunto de técnicas para identificar y explicar esas operaciones.

Por otra parte, las investigaciones de Van Dijk parten de dos premisas incompatibles con la perspectiva constructivista aquí adoptada, que ya han sido señaladas pero que en Van Dijk cobran especial fuerza. En primer lugar, considera el discurso como una práctica de actores determinados para perseguir fines particulares, en escenarios políticos ya constituidos. Esta asunción le aleja del concepto de hegemonía, nuclear en este trabajo, por cuanto la hegemonía sólo es posible en contextos susceptibles de ser rearticulados, es decir, no de suma cero. Para Van Dijk el discurso es uno de los recursos de los actores políticos, con lo cual lo reduce a la expresión hablada o escrita de mensajes políticos, y no a la práctica performativa y nominativa, constitutiva –en contextos sociales, políticos y económicos determinados- del orden político y, eventualmente, de la hegemonía.

En segundo lugar, y en cierta coherencia con la premisa anterior, para Van Dijk existen usos “fraudulentos” del discurso, esto es “manipulaciones” que el investigador comprometido con la sociedad debe desvelar. Esto implica por una parte una atención a las reglas formales de construcción del discurso –tanto gramaticales y semánticas a su interior, como de correlación objetiva con los hechos empíricamente contrastables- que es absolutamente necesario hacer para clarificar las posiciones políticas y los intereses de cada actor político. No obstante,

implica también, necesariamente, la creencia de que hay usos “verídicos”, no manipuladores, del discurso, esto es, usos que revelen la realidad de lo que las cosas son, determinada antes de su articulación discursiva, antes de su atribución de significado político en un proceso necesariamente conflictivo. Esta es la tesis “expresivista” que ya ha sido revisada y descartada. Baste recordar, en cualquier caso, que su asunción es incompatible con un elemento central para la hegemonía: la de que la práctica discursiva puede modificar las identidades políticas –o sujetos colectivos- en competencia, articulando en una nueva conformación elementos que antes estaban dispersos o integrados en otras formaciones. En una situación así cabe la agregación de voluntades, las alianzas, el sometimiento o el engaño, pero no la hegemonía.

6.3.4.3 Cabrera: discurso, lingüística y nacionalismo

El estudio de Cabrera *La nación como discurso* (1992) merece ser aquí analizado con mayor detalle por tres razones. En primer lugar porque parte de presupuestos teóricos muy similares a los de esta investigación: al contrario que los trabajos anteriores, el de Cabrera no entiende el discurso como una herramienta que puede ser empleada por actores preexistentes para movilizar realidades ya constituidas, sino que presupone y postula la dimensión constructora de significado del discurso.

Además, Cabrera analiza el “sistema ideológico” nacionalista gallego en un contexto de conflicto discursivo en el que los actores luchan por construir identidades que sean asumidas por una mayoría de la sociedad gallega, y por atribuir un contenido particular a estas identidades. Se trata, por tanto, y esta es la segunda razón por la que es necesario detenerse en esta investigación, de un análisis para comprender los mecanismos discursivos destinados a construir hegemonía (Cabrera, 1992: 12). Si bien, como se verá, estos mecanismos no reciben en la investigación el peso central que debieran.

Por último, la cercanía teórica y de objeto de estudio en la investigación de Cabrera, hace de extraordinario interés el cotejar su metodología con los resultados obtenidos, para calibrar sus posibles aportaciones diferenciales de las del “análisis de marcos”.

Que la nación sea un fenómeno social, una representación de la realidad entre otras posibles, no hace de ésta una ficción, sino una realidad social construida, una “evidencia social compartida” (Cabrera, 1992: 178; Recalde, 1982: 4). Esta evidencia es postulada y generalizada por el nacionalismo que realiza, sobre prácticas sedimentadas comunitarias –un “modo nacional de organización”-, una *nominación*, que constituye la nación sobre un grupo humano: “El nacionalismo consiste, pues, en una práctica ideológico-política que predica la nación sobre un conjunto de personas en función de algo que les es común” (Cabrera, 1992: 2).

Los elementos seleccionados como “lo común” sufren un proceso de *sobresignificación* por su articulación en el discurso nacionalista, para convertirse en indicadores de la nación. Todo esto sucede en el nivel del discurso, que es así una dimensión axial del éxito de la empresa nacionalista.

En ese proceso de construcción, la delimitación de una *frontera interior* juega un rol central constitutivo de la identidad nacional (Cabrera, 1992: 3, 12), que los intelectuales y líderes nacionalistas, claves en el proceso, movilizarán en un segundo momento.

Para su investigación sobre el nacionalismo gallego, Cabrera se vale del modelo de Eliseo Verón (1971). Este modelo trata de diseccionar y medir las diferentes operaciones por las cuales el discurso construye significado, o sus “niveles de significación ideológica”. Las diferentes reglas que rigen lo que puede ser dicho, y que inscriben los mensajes dentro o fuera de un campo delimitado de significación, se llaman “sistema ideológico”, que se define por sus relaciones de competencia con otros sistemas, en clara proximidad a la lingüística de Saussure.

Así, Cabrera, siguiendo a Verón, construye un complejo sistema que divide el discurso en tres niveles de análisis, yendo desde las “Estructuras de Superficie” a las “Estructuras Profundas”, proponiéndose acceder a los niveles centrales de significación partiendo de las manifestaciones superficiales más fácilmente observables. De entre estas, el autor elige centrarse en las “manifestaciones textuales” del discurso y su lógica interna. En su caso, a través de las entrevistas realizadas a líderes nacionalistas.

A su vez, dentro de las manifestaciones textuales distingue entre los momentos “léxico”, en el que estudia mediante técnicas estadísticas “lexicométricas” la frecuencia de uso de palabras aisladas (Cabrera, 1992: Cap. 2) –este método, aclara, es descriptivo y no inferencial, por lo que su función principal es nutrir los análisis de los siguientes niveles; “semántico-conceptual”, en el que trata de establecer el sentido de los discursos poniendo las *palabras llave* aisladas en el nivel anterior en su “contexto frásico” (Cabrera, 1992: cap. 3); y el “momento semiológico”, en el que, gracias al análisis de los niveles anteriores, puede acceder a los campos de significado (Cabrera, 1992: cap. 4).

Con este esquema metodológico, desentraña el corazón del sistema ideológico del nacionalismo gallego: el “núcleo fundacional” fuera del cual ningún discurso puede reclamarse nacionalista. Éste, afirma, se constituye en torno a dos pilares: la *Etnia* y la *Historia* (Cabrera, 1992: 179).

Una vez fundada, “nominada”, la comunidad nacional, este mito debe extenderse, generalizarse y reproducirse, a través de un proceso que cumple las siguientes características (Cabrera, 1992: 179):

1. Integración: cohesión e identidad.
2. Movilización: acción y estrategia política.
3. Esclarecimiento: codificación social

Esta división de tareas se parece mucho a las funciones de los marcos en los trabajos ya visitados del grupo de Snow o en Máiz:

- A) Diagnóstico: Definición del problema y sus culpables. Muy similar al punto 3 “Esclarecimiento”, puesto que codificación social significa la delimitación de las pautas de inclusión/exclusión a través de la selección de los ejes del conflicto a problematizar.
- B) Pronóstico: Señalar posibles soluciones y los protagonistas legítimos para llevarlas a cabo. Que se corresponde con el punto 1 de Cabrera, “Integración”, pues no otra

cosa sino definir la identidad del “nosotros” es lo que se realiza en este nivel.

- C) Motivación: Aportar motivaciones emocionales para la acción. Coincidente con el punto 2 “Movilización” una vez atribuido a este momento también la función de determinar el repertorio de acción.

De tal manera que se puede afirmar que se establece una relación de correspondencia:

1→B

2→C

3→A.

El estudio de estas dimensiones “parentéticas” o de generalización de la nominación nacional le lleva a Cabrera a concluir que la afirmación nacional se construye mediante una lógica binaria de producción de identidad colectiva, en una lucha por la objetivación de cada identidad política como “autoevidente” frente a la de “los otros”, inventada o impuesta. Con esto, y tras la aplicación de su complejo aparato metodológico, llega al corazón del sistema ideológico nacionalista gallego: “establecer el primero y más fundamental estereotipo del discurso nacionalista: *nacional/no nacional, gallego/no gallego, galleguista/españolista*” (Cabrera, 1992: 183).

La investigación realiza contribuciones relevantes al análisis del discurso político, específicamente para la identificación y medición de los elementos con los que se teje la narrativa que inscribe elementos dispersos en un significado político unitario.

No obstante, las dos conclusiones fundamentales a las que llega no constituyen novedad alguna: las estrategias a cumplir para generalizar una “evidencia social” producida por la nominación son, en lo fundamental, coincidentes con las identificadas en los diferentes modelos de “análisis de marcos” examinados, particularmente en el del grupo de Snow (Snow y Benford, 1988; Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998) ; por su parte, que la nominación constitutiva se produce siempre por una simplificación binaria del campo político es un elemento central de la *Discourse Theory*, y en cualquier caso destacada por en las investigaciones de Máiz (2004).

En cualquier caso, la investigación de Cabrera se mueve en un nivel diferente, y complementario, a ésta. Los elementos más relevantes para el análisis del conflicto político y la hegemonía desde una perspectiva discursiva y constructivista se encuentran en lo que Cabrera llama “momento semiológico”, en el que se forman los campos de significado que “hacen posible la objetivación de una particular *evidencia social* que connota y en esta medida constituye, la *realidad social*, explicitando su universo profundo de significación” (Cabrera, 1992: 23). El término “significante vacío” señala claramente que, para una teoría de la hegemonía, el material que componga esos campos es relevante en términos cualitativos, de las relaciones establecidas entre los diferentes elementos, pero no en términos estadísticos. Los análisis factoriales, lexicográficos y semánticos, sin duda interesantes para los análisis lingüísticos del discurso y el estudio de sus reglas internas, no contribuyen de forma significativa, sin embargo, al estudio de la hegemonía en términos de discurso.

Capítulo 7

Diseño metodológico para el análisis de la hegemonía en Bolivia

7.1 La aplicación del análisis de marcos al estudio de la construcción de hegemonía

Una de las dificultades principales del *frame analysis* como metodología para el estudio del discurso es, precisamente, saber identificar empíricamente los marcos de un movimiento social o actor político. Este trabajo no ha sido ajeno a ésta dificultad, puesto que se han abierto múltiples posibilidades de enfoque de los principales discursos políticos en Bolivia.

Snow y Benford (1988) explican que la elaboración del aparato con el que se analice el discurso de los movimientos depende, en última instancia, de la intención del investigador, de cuales sean las preguntas a las que busque responder. La identificación de los marcos de referencia no es un fin en sí mismo, sino un medio para el análisis político.

Desde una óptica geográfico-política bastante diferente, Agnew¹⁵⁵ (2002) defiende un *lugar* determinado es el resultado de su conformación por parte de diferentes condicionantes, prácticas y discursos. Por ello propone abordar su estudio, con especial atención a las narrativas y representaciones compartidas del contexto político general y sus actores, desde una perspectiva amplia y dinámica, que permita la combinación de diferentes enfoques teórico-metodológicos y técnicas de investigación (Agnew, 2002: 27).

El análisis del discurso político, entonces puede estar orientado a comprender y explicar las razones individuales que motivan a los adherentes a una movilización, las tácticas puestas en

¹⁵⁵ El curso 2007-2008 de estancia investigadora en la Universidad de California Los Angeles se desarrolló bajo la supervisión de John Agnew con quien se mantuvieron lecturas y discusiones que han dejado una impronta clara en esta investigación. La mayor parte de aquellas lecturas estuvieron centradas en la problemática de la hegemonía, partiendo desde su concepción en los análisis de sistemas-mundo, para acabar nutriendo una mirada amplia que, desde la perspectiva de lugar, enriquecía el término incluyendo la producción y reproducción de códigos geográficos y representaciones culturales compartidas, como factor explicativo de primer orden e indisoluble en los análisis más estructurales. El resultado de este enfoque puede apreciarse en Agnew (2005, 2005b)

marcha en la propaganda de un movimiento, o la relación con las autoridades y los oponentes. En este caso, como ya se ha especificado, el objetivo es diferente.

El marco teórico desarrollado constituye un modelo para la comprensión de la construcción discursiva de la hegemonía, que se centra en: *los mecanismos de atribución de sentido político a determinados hechos sociales a través de su inscripción en una narrativa que divide el campo político en torno a “fronteras” concretas, que generan determinadas identidades políticas.*

Estos son, por tanto los elementos que, un análisis de marcos aplicado al estudio del discurso y la hegemonía, debe identificar. En base a ellos se ha reelaborado, partiendo de las elaboraciones ya examinadas, el siguiente aparato metodológico.

En el proceso político boliviano se identifican dos discursos principales:

- El oficialista o *indígena-popular*.
- El opositor o *conservador-regionalista*.

Estos discursos no son los únicos en el debate político boliviano, ni tampoco los únicos que generan identidades y alineamientos políticos en el escenario actual. Cabría mencionar el discurso “indianista-katarista”, el discurso opositor urbano occidental –con marcadas diferencias con la oposición regionalista del oriente, o el discurso obrerista de los partidos de izquierda opuestos al Gobierno del MAS. Sin embargo, ninguno de ellos tuvo, en el período analizado en esta investigación –ni tiene al momento de escribir esto- fuerza como para alterar sustancialmente una correlación de fuerzas marcada por el enfrentamiento entre el Gobierno y los movimientos sociales afines contra los poderes regionales y la derecha política de los departamentos del oriente y sur del país.

Tampoco puede interpretarse el proceso político boliviano como exclusivamente marcado por esta tensión bipolar. Hay sin duda muchos otros factores y actores políticos que considerar para una comprensión lo suficientemente amplia. Esta investigación, sin embargo, se centra en el análisis de estos dos discursos principales, y en intentar explicar la construcción de

hegemonía nacional en la pugna que ambos sostuvieron. Los discursos fueron identificados, y trazados sus contornos, durante el proceso de inmersión en la realidad política local, y de recogida de información, de acuerdo con la técnica del *ongoing process*. Es decir, no habían sido aislados previamente, sino que su individuación constituye también un resultado del trabajo de campo combinado con la discusión de los conceptos fundamentales de la investigación.

Los dos discursos identificados se estudian a través del material recogido en las entrevistas semiestructuradas a intelectuales y líderes políticos, así como a través del análisis documental de prensa y materiales políticos escritos, y de la información recogida en la observación participante. Más adelante se exponen en detalle las técnicas empleadas.

Con la información recogida, se intenta identificar, en cada uno de estos dos discursos, los siguientes marcos y funciones que componen cada marco.

1) Marco de Diagnóstico

a) Identificación del Problema y su insatisfacción

Un discurso señala una situación o agravio particular, que así sale de una cierta “invisibilidad” y es posicionado como una cuestión pública, evidenciándola como injusticia. Esta cuestión, en la que antes sólo reparaban grupos pequeños de gente, o que era vista como soportable o inevitable, es hoy “problematizada”, representada con éxito como objeto necesario de arreglo.

b) Inscripción de esa frustración como “síntoma de un síndrome mayor” encarnado simbólicamente en el Problema inicial y su grupo afectado

Esa injusticia recibe una atribución de sentido más amplia cuando es representada como un ejemplo, particularmente ilustrativo e indignante, de una situación general de injusticia, de la que llega a ser el hecho simbólico definidor. Esta Injusticia mayor permite la vinculación del problema inicial con otras cuestiones y grupos, que de esta forma quedan vinculados, aún si por el momento sólo en cuanto demandas vinculadas por su frustración común.

2) Marco de Pronóstico

- a) Atribución de sentido político específico a ese síndrome, a través de la postulación de su característica central: *Dimensión Ganadora*

El “síndrome” general es definido políticamente en torno a su elemento nuclear: su “Dimensión Ganadora”, que explica y caracteriza la injusticia general en un sentido y no en otro. Por medio de esta operación, por tanto, se señala la causa de la injusticia general y por tanto el objetivo político genérico.

- b) Trazado de la *Frontera* que ordena el campo político y constituye, sobre la DG, los actores políticos

Identificada esta “Dimensión Ganadora”, el discurso político traza una *Frontera* que ordena el campo político en torno a una oposición fundamental a las que las demás oposiciones deben subordinarse o referirse. Esta oposición consta de dos polos: Un “ellos” culpables de la Injusticia y la dislocación de la comunidad política, y un “Nosotros” símbolo del agravio y responsable de su solución. Cual sea la línea de fractura, es una cuestión determinante, pues ésta constituye el conflicto y atribuye sentido a los actores.

- c) Nominación: El problema particular se vuelve *Significante vacío* y pasa a nombrar una *Identidad* mucho mayor que lo trasciende

El momento de la nominación es el que cristaliza la hegemonía, puesto que el problema particular que expresaba el síndrome general se eleva y pasa a nombrar una “identidad” más amplia, que lo trasciende. Se convierte en un “significante tendencialmente vacío”. En última instancia, esta particularidad que pasa a encarnar la universalidad, es representada por un símbolo y/o un líder.

En este punto, no obstante, emergen los riesgos alternativos derivados de la relación de tensión entre el particular y el universal. La excesiva afirmación de la particularidad puede hacer que deje de nombrar la construcción mayor que encarna, reafirmando en exceso la *frontera* y provocando la inestabilidad y la reducción al sectarismo, a una

política identitaria incapaz de trascender las fronteras del grupo. Por otra parte, la excesiva afirmación de la universalidad, en una voluntad de disolver la frontera, supone el riesgo del desdibujamiento del contenido particular de la hegemonía, y la conversión del signifiante en mero continente vacío, que sólo reproduce un nuevo escenario para el conflicto político.

3) **Marco de Motivación**

a) **Moralización de la Frontera y de sus dos polos**

Con objeto de movilizar en pos de la solución de la Injusticia general, de la que ya han sido identificados los culpables y los protagonistas, unos y otros son cargados de cualidades morales. Sus actuaciones y declaraciones reciben una interpretación valorativa que les atribuye intenciones en un sentido emancipador u opresivo, de progreso o de reacción y retroceso. En este momento se fabrican caricaturas, consignas, mitos y otras representaciones que ayudan a simplificar el espacio político y alentar a la toma de partido.

b) **Reconstrucción mítica del pasado sufriente y glorioso del “Nosotros”. Naturalización del conflicto**

La movilización, cuando entraña riesgos altos o costes personales significativos, no puede basarse en la conciencia de la contingencia de los agrupamientos. La frontera que ahora ordena el campo político es postulada entonces como un despertar o descubrimiento de una oposición mucho más antigua, que ha estado dormida para perjuicio de las mayorías oprimidas.

Por esta suerte de “esencialismo estratégico”, que presenta diferentes intensidades según los casos, el “Nosotros” actual, con sus rasgos y definiciones contemporáneas, ha existido siempre, y adquiere una historia de continuidad en los agravios y dignidad de la resistencia de la cual la lucha actual es relevo y expresión que debe “saldar cuentas”.

- c) Propuesta de una solución que realice los intereses de la Identidad recién construida, y demostración de la factibilidad de esa medida y de las posibilidades de alcanzarla

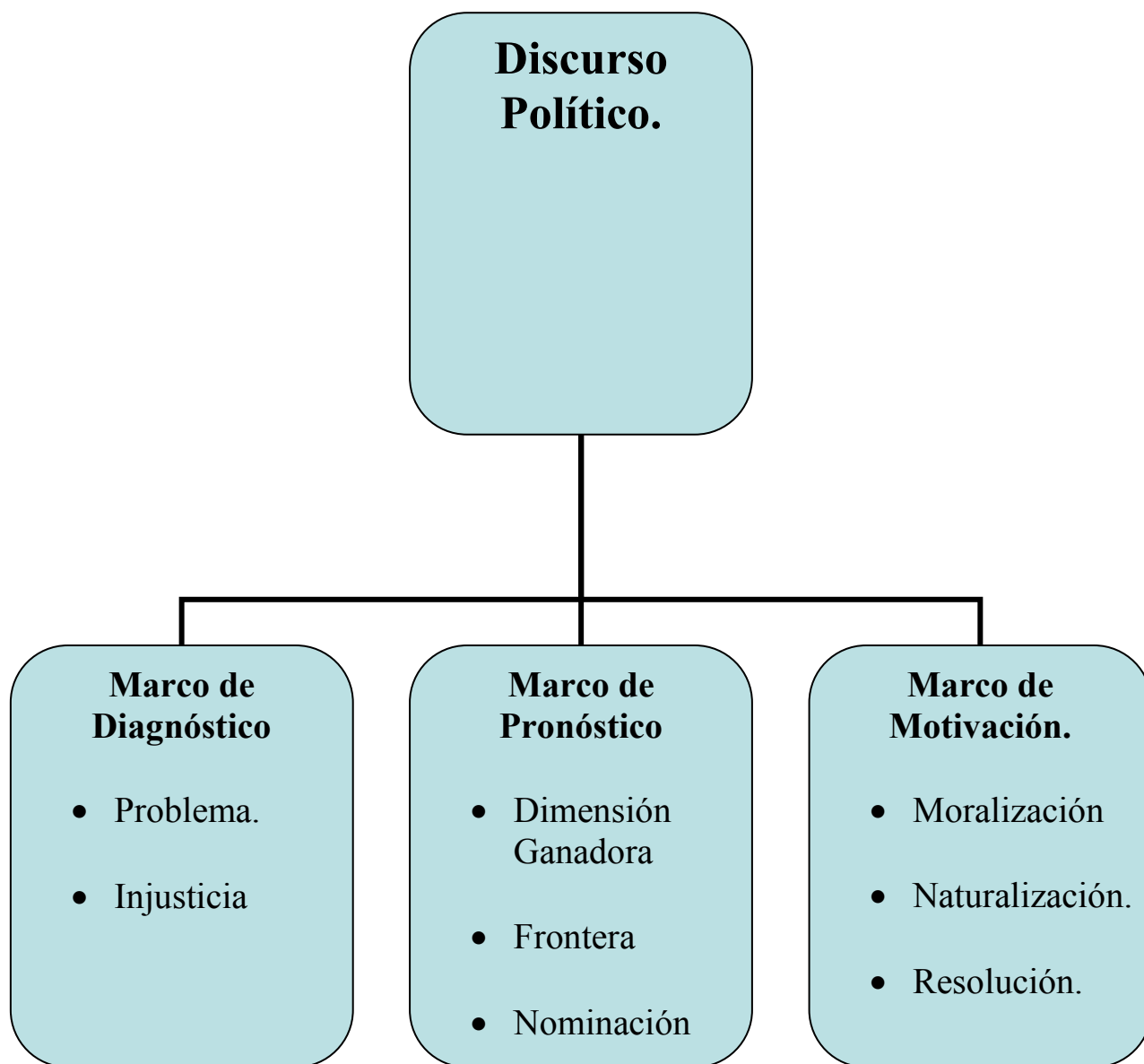
La movilización, en este punto, adquiere sentido no sólo por sus valores éticos, sino por los beneficios evidentes que es capaz de producir para los sujetos colectivos interpelados. La solución, por tanto, debe de ser postulada en forma comprensible, creíble y relativamente cercana.

Las movilizaciones cobran así una importancia fundamental, en cuanto prefiguran el poder colectivo de los sujetos llamados al combate, y provee ejemplos que, pese a su fugacidad o limitado alcance territorial, representan lo que puede conseguirse con el esfuerzo común y sostenido.

La mayor parte de los esquemas de *frame analysis* sitúan la propuesta de solución en el “Marco de Pronóstico”. En este modelo se han modificado ya gran parte de las proposiciones *mainstream* para aplicar la técnica de los marcos a la construcción discursiva de la hegemonía. En este punto se incluye la propuesta de soluciones en el “Marco de Motivación” por considerar que constituye uno de los factores determinantes en los estímulos para la movilización. Como argumento para esta decisión, basta recordar que en muchos casos la ausencia de “propuestas creíbles” provoca que discursos exitosos en el enmarcamiento de la realidad política resulten, sin embargo, poco capaces de movilizar.

Este modelo se expresa en el siguiente cuadro, que recoge las operaciones fundamentales de cada marco a partir de los conceptos que las definen.

Figura 11. Modelo de análisis de marcos para el estudio de la construcción discursiva de la hegemonía. Representación conceptual.¹⁵⁶



¹⁵⁶ Fuente: Elaboración propia.

7.2 Aclaraciones necesarias sobre el modelo

Antes de cerrar este punto, es necesario hacer algunas sobre este esquema, con el fin de que sea adecuadamente comprendido en tanto que modelo para el estudio de la construcción discursiva de la hegemonía.

1. En primer lugar, este modelo ha sido diseñado pensando en discursos idealmente exitosos. En la realidad, ningún discurso político realiza de manera pulcra y total las operaciones descritas. Sin embargo, éstas son las centrales y comunes a todo proceso exitoso de construcción de hegemonía, por lo que su identificación tiene una destacada utilidad en su aplicación al análisis.
2. En segundo lugar, este esquema no representa un recorrido cronológicamente ordenado. No son “fases” por las que atraviesa un discurso. Ciertamente, las operaciones de identificación de un “problema” y de su inscripción en una cadena mayor deben estar presentes al comienzo del conflicto, pero no tienen por qué preceder necesariamente a todas las que se indican después. En los discursos políticos realmente existentes, la construcción de la frontera sucede también a través de su “moralización” y su reconstrucción hacia el pasado, o la definición del carácter político de la problemática general es inseparable de las exclusiones que produce. Tampoco la ausencia de uno de ellos provoca necesariamente la exclusión o fallo de los siguientes.

Por tanto, los momentos del modelo son conceptuales y tienen una finalidad analítica. La hegemonía, entonces, no debe ser entendida como un trofeo que espera en lo alto de una escalera cuyos escalones son los momentos identificados en el esquema, sino como el resultado siempre dinámico y conflictivo de un proceso de construcción en el que intervienen entrelazados, en formas y combinaciones variadas, las operaciones señaladas.

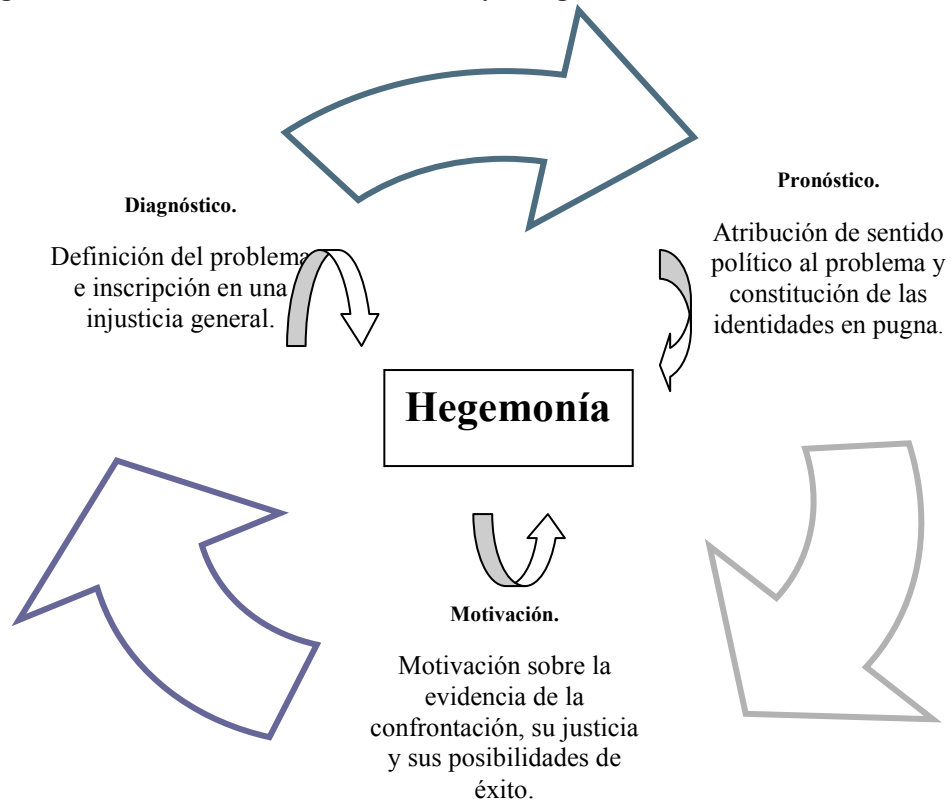
3. En tercer lugar, este modelo debe ser tomado con flexibilidad en su aplicación a los casos específicos. Como parte de las premisas de que las identidades políticas se fraguan por oposición, y que la hegemonía es un proceso que puede suceder sólo en situaciones de conflictos, parece describir exclusivamente situaciones de abierto enfrentamiento bipolar.

En realidad, puede aplicarse a cualquier situación de confrontación regulada y sometida a procedimientos democráticos, así como a escenarios multipolares. Todo lo que sugiere este modelo es que en esos escenarios la hegemonía es siempre un proceso conflictivo en el que un actor trata de constituir su proyecto político como la encarnación de una comunidad de intereses que se esfuerza por construir, y que adquiere sus perfiles por su oposición con lo existente o con una amenaza contra lo existente.

4. En cuarto y último lugar, este es un modelo que se refiere exclusivamente a la competencia político-intelectual en la que se genera la hegemonía, que no necesariamente encarna la consecución del poder político entendido. Realizadas todas estas operaciones, un grupo social puede perfectamente encarnar efectivamente el avance de la comunidad política y encontrarse por tanto en situación de integrar en forma subordinada a otros y de neutralizar al resto, y sin embargo verse privado del poder político —en las instituciones estatales pero no sólo— por enfrentarse a un enemigo económica y militarmente más fuerte, que pierde la lucha discursiva pero se impone por medio de la coerción. A menudo el grupo que acude a la violencia abierta lo hace impulsado por la conciencia de su superioridad militar, pero también de su incapacidad de presentarse como representante del bienestar colectivo.

En una situación así se cierra el espacio para la hegemonía en tanto que práctica de articulación del consenso, y la política se escora hacia su *última ratio*: la confrontación directa violenta. Estas situaciones ya fueron previstas por Gramsci, que la sufrió en carne propia con la supresión de libertades por parte de la dictadura fascista en Italia. Por lo demás, no faltan ejemplos en la historia ni en la política contemporánea que sirvan de ilustración.

Figura nº 12. La interrelación de los marcos y la hegemonía¹⁵⁷



¹⁵⁷ Fuente: elaboración propia.

7.3 Pregunta de investigación e hipótesis

7.3.1 Preguntas de investigación

¿Es el MAS hegemónico en Bolivia? Si es así, ¿cual ha sido la construcción discursiva de esa hegemonía?, ¿qué alineamiento político y qué identidad popular están en la base de esa construcción hegemónica?

7.3.2 Hipótesis

■ *El MAS y Evo Morales han funcionado como condensadores –significantes vacíos– de una reconstrucción del “Pueblo” boliviano, generada en las protestas contra el régimen neoliberal, y que ha situado en su núcleo a los grupos subalternos: indígenas y sectores empobrecidos. Los discursos de los movimientos sociales y, en diferente medida, del Movimiento Al Socialismo, han construido una identidad “nacional-popular indígena” que expulsa a los márgenes de la nación a los opositores.*

Un elemento decisivo para la constitución de esa identidad y su significado político fue la fijación de una “frontera” que dividió el campo político entre “las élites tradicionales neoliberales” por un lado, y “el pueblo boliviano” por otro. De esta manera, el Gobierno de Morales puede postularse como representando, por encima de los intereses particulares de cualquier sector social, una voluntad colectiva tendencialmente universal, que no obstante necesita para su afirmación de un constante “afuera constitutivo” minoritario, que en el caso boliviano es una “oligarquía antinacional” y potencialmente separatista, frente a la cual el Gobierno realiza la unidad y los intereses de las mayorías sociales bolivianas: el “Pueblo”. Esta tendencia se ha visto facilitada, en el largo plazo, por el repliegue discursivo de las élites empresariales a identidades políticas regionales, que le han cedido al oficialismo la redefinición de lo nacional y sus parámetros de pertenencia. El hecho definitivo para la consolidación hegemónica ha sido la rearticulación al interior del discurso oficialista de la demanda autonómica, su inscripción en el imaginario del “proceso de cambio”. Con ello, la capacidad de interpelación del Gobierno del MAS y los movimientos sociales aliados ha aumentado en la misma medida en que la

oposición regionalista ha sido sustancialmente desarticulada, en ausencia de su consigna constitutiva.

7.3.3 Subhipótesis

•En Bolivia se ha generado una nueva construcción de “Pueblo”, protagonizada por los sectores tradicionalmente excluidos y empobrecidos.

•El Gobierno del Movimiento Al Socialismo se postula a sí mismo como la encarnación y representante de esa nueva identidad, en tanto que voluntad colectiva unitaria, y a ello debe su éxito.

•La espacialización del principal conflicto político con las fuerzas vivas de la oposición, compuesta por las Prefecturas y los Comités Cívicos de los Departamento de la llamada “Media Luna” oriental del país, si bien en el corto plazo estuvo a punto de hacer colapsar al Gobierno y/o de provocar un enfrentamiento armado civil, en el largo plazo cedió al oficialismo el terreno de “la defensa de los intereses de la Patria”, asegurándole así al Gobierno el apoyo –o al menos la pasividad- de sectores, como la clase media urbana del occidente del país, o el ejército, que no formaban parte de la coalición de fuerzas en el poder.

•La rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso oficialista, y su inscripción en el imaginario del “proceso de cambio”, ha supuesto la desarticulación de la construcción contrahegemónica opositora-regionalista y la consolidación de la hegemonía nacional-popular indígena.

7.3.4 Variables dependientes

■ Construcción de una identidad nacional-popular indígena

- Asociación discursiva entre “Patria” y redistribución de recursos materiales, culturales y simbólicos para los sectores tradicionalmente más desfavorecidos.
- Postulación de los pueblos indígenas y las clases subalternas como núcleo de la refundación nacional.
- Adaptación de los marcos discursivos del oficialismo en su posición sobre la demanda de autonomía departamental.

7.4 Técnicas de investigación y fuentes

Para el análisis empírico del discurso, se adopta el “Modelo de co-investigación triangular” (Blee y Taylor, 2002), que consiste en la combinación de las siguientes fuentes de información: Las entrevistas a miembros de la élite política e intelectuales bolivianos, el análisis bibliográfico y documental, y la observación participante.

Se trata de un modelo de investigación cualitativa que descansa, en este caso, fundamentalmente en la primera de las técnicas, las entrevistas focalizadas, en profundidad y semiestructuradas. Esta ha sido la forma privilegiada de obtención de material empírico para el análisis del discurso. El objetivo era la identificación y explicación de las formas de producción de significado político en el discurso. No interesaba aquí establecer frecuencias o mediciones cuantitativas, por lo que las técnicas correspondientes han sido descartadas.

El análisis documental y la observación participante han constituido fuentes complementarias de gran valor no sólo por el material que han proporcionado, sino por su ayuda para la contextualización, ponderación, contraste e interpretación de los elementos discursivos identificados en las entrevistas. En cualquier caso, a través de estas dos técnicas se han aislado componentes del discurso y “marcos interpretativos” que han orientado las entrevistas según se iban sucediendo. Representan por tanto herramientas fundamentales del análisis de

discurso.

La combinación de las tres técnicas, en cualquier caso, compone un modelo de investigación especialmente adecuado a las necesidades empíricas del análisis de discurso.

Las pautas técnicas de este diseño se han extraído, además de la revisión de los trabajos citados, de la comparación de diferentes tesis doctorales, entre las que destacan la de Luis Carlos Castillo (2005), María Lois (2009) y Pablo Iglesias (2009).

7.4.1 Entrevistas semi-estructuradas

A) Método.

El método principal empleado es el de *Key Informant Interviewing*, de acuerdo con la formulación de este modelo por Lofland y Lofland (1995), destinada a privilegiar las representaciones del mundo que los propios actores dan.

Se realizaron entrevistas focalizadas en profundidad a “creadores de discurso”: miembros de las élites políticas bolivianas o intelectuales vinculados a actores políticos relevantes (Della Porta, 1998).

Las entrevistas partieron del modelo de *focused interview* de Merton y Kendall (1956), pero estaban semi-estructuradas para revestir más la forma de una conversación pautada que de un conjunto de preguntas y respuestas regidas por un cuestionario.

Vallés (1999: 184) resume las características particulares de este tipo de entrevista, según lo desarrollan los propios Merton y Kendall (1956: 541). De entre ellas, destaca especialmente la “posición ventajosa” que tiene el entrevistador con respecto al entrevistado, como resultado de su estudio previo de la situación específica y la derivación de hipótesis de ese análisis (Vallés, 1999: 184). Gracias a esta ventaja, las respuestas de los entrevistados pueden ser consideradas como material de estudio y no meramente como información para la aproximación al estudio. Este es un punto de partida necesario para una investigación orientada por una óptica teórico-metodológica basada en la performatividad del discurso.

En la entrevista semi-estructurada en profundidad, las preguntas orientaban la discusión, pero no la determinaban. Así se consiguió facilitar, dentro de unos parámetros preestablecidos, una cierta flexibilidad que permita que el entrevistado construya su discurso con relativa libertad (Blee y Taylor, 2002). De esta manera, se puede apreciar tanto lo que los actores dicen de sí mismos y del contexto político, como la forma en que lo dicen y, de importancia crucial, lo que no dicen.

Esta es una técnica que Dexter (1970) recomienda especialmente para el trabajo con élites. En su obra “Elite and Specialized Interviewing” (Dexter, 1970) propone un modelo más flexible de entrevista para aquellos sujetos especialmente informados o “expertos” sobre la cuestión central de la entrevista. Con ellos, afirma, no tendría sentido imponer un esquema rígido de preguntas y respuestas, por el contrario: “en las entrevistas a elites [...] el investigador está gustoso y a menudo deseoso de permitir que el entrevistado le enseñe cuál es el problema, la pregunta, la situación [...]” (Dexter, 1970: 5)¹⁵⁸.

Se trata de un método especialmente pertinente para el análisis de discurso a través de su formulación en destacados dirigentes políticos o intelectuales, pues supone un marco en el que los entrevistados, seleccionados precisamente por su conocimiento e implicación directa en el proceso político examinado, pueden expresarse con comodidad y modificar, a medida que van hablando, los puntos de partida del entrevistador (Vallés, 1999: 196-197). Lo más importante en esta investigación ha sido asegurar que los entrevistados tenían la mayor libertad para revelar los marcos discursivos que orientan, definen y marcan su papel político: la definición del problema, la atribución de causas y responsables, la postulación de un sujeto colectivo que lo pueda solucionar y las medidas para realizarlo, etc.

El guión que orienta todas las entrevistas está conformado por tres grupos principales de cuestiones:

- 1) En primer lugar se le pide al informante que se identifique, especificando su profesión y /o cargo político. Esta es una pregunta que deja libertad para que algunos entrevistados respondan con su formación académica, otros con su cargo institucional y otros con su responsabilidad sindical.

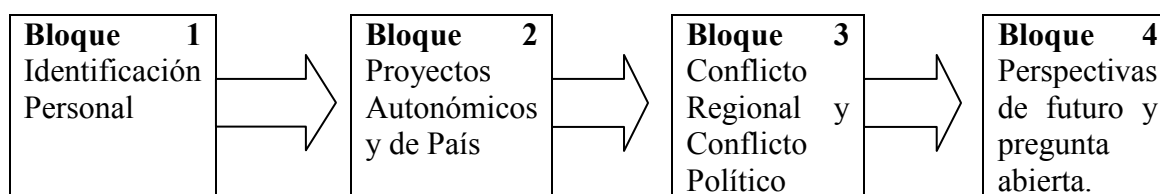
¹⁵⁸ Traducción propia.

2) En segundo lugar se pregunta por el proyecto de autonomía, sin nombrar específicamente la autonomía departamental. En algunos entrevistados se hace una asociación inmediata entre “autonomía” y “departamento” mientras que otros, particularmente los ligados al Ejecutivo, especifican que “hay diferentes tipos de autonomía”. La discusión sigue en torno a la autonomía departamental, preguntando al entrevistado por su sentido, su origen y si representa o no un proyecto de país. Tras las respuestas, se pide al informante que compare el proyecto político descrito con el del Movimiento Al Socialismo, principal fuerza política boliviana que estructura, sea a favor o en contra, todos los discursos en torno a sí.

3) Después, se pregunta al entrevistado por la relación entre la cuestión del modelo territorial de Estado y las reclamaciones regionalistas, y el conflicto político general boliviano, pidiéndole también una caracterización y explicación de éste.

4) Por último, se solicita una valoración de la posible evolución del conflicto político boliviano en el futuro inmediato. Este apartado funciona en la mayoría de los casos como una pregunta abierta que permite que el entrevistado añada libremente a la entrevista aquello que desea.

Figura n° 13: Desarrollo de las entrevistas semi-estructuradas¹⁵⁹



En las entrevistas no se preguntaba por la existencia de un conflicto político en Bolivia porque esto es algo que todos los actores, medios de comunicación y fuerzas políticas dan por sentado. Tan sólo un año antes del comienzo de las entrevistas, en agosto y septiembre de 2008, se produjeron masivos enfrentamientos civiles que causaron cientos de heridos y decenas de muertos, especialmente en Santa Cruz y Pando. Durante el proceso de recolección de información se produjo la detención de un supuesto comando terrorista vinculado a grupos empresariales cruceños, que habría intentado matar a miembros del Gobierno. Las

¹⁵⁹ Fuente: Elaboración propia.

declaraciones políticas de la oposición llamaban a desobedecer a un “Gobierno dictatorial”, mientras que las del Ejecutivo y los movimientos sociales lo hacían a “aplantar la reacción”. Los comentarios de los entrevistados en las primeras tomas de contacto o al apagar la grabadora, en fin, no dejaban lugar a dudas sobre la percepción unánime del conflicto político. Partir de esa premisa parecía en efecto razonable, y todas las entrevistas lo verificaron. Se trataba entonces de recoger la posición, las palabras y la definición del entrevistado sobre ese “conflicto”.

Esta técnica permite comprender la lógica política interna de los actores, sus representaciones del contexto político y de los demás actores situados en él. Se evita así posicionar al investigador por encima de los sujetos políticos estudiados, a los que se atribuirían percepciones, intenciones y estrategias no explicitadas por ellos. Esta es una perspectiva epistemológica que puede comportar un sesgo neocolonial distorsionador de los resultados, especialmente en su aplicación por parte de investigadores pertenecientes a universidades europeas o norteamericanas sobre “objetos de estudio” en los países del llamado Sur Global¹⁶⁰. Evitando cualquier atribución externa de sentido a los actores, se escapa también del peligro de estigmatizarlos no como sujetos políticos a explicar sino como agregados de conductas psicológicas a analizar. Por el contrario, es necesario un acercamiento que privilegie la expresión de los actores en un contexto lo más amplio y libre posible para la revelación de sus definiciones –“procesos de enmarcado”- de la realidad. Las entrevistas semi-estructuradas constituyen entonces una técnica especialmente adecuada para un análisis discursivo que se centre en comprender el impacto de las formas de representar la realidad y de atribuirle significado político a diferentes objetos, con voluntad hegemónica (Borio, Pozzi y Roggero, 2004).

Lo relevante, para una investigación centrada en la performatividad del discurso en contextos de conflicto político, no es la veracidad o la eticidad de los enunciados, sino su eficacia política. La siguiente cita, aunque aplicada a la sociología política constructivista, es perfectamente aplicable a esta investigación:

“Al sociólogo no le interesa si el enunciado del actor es verdadero o falso; lo que le interesa es si tal enunciado tiene éxito social y a través de qué mecanismos y en qué condiciones se

¹⁶⁰ Para un acercamiento a las implicaciones epistemológicas del enfoque descolonial, ver Cairo y Mignolo (2008).

produce y reproduce ese enunciado y cómo ese enunciado influencia el comportamiento de los actores” (Pérez-Agote, 1989: 187)¹⁶¹. Citado en Cabrera, 1992: xvii)

La perspectiva desarrollada hasta ahora ha destacado que los diferentes elementos de la realidad constituyen condiciones de posibilidad que se movilizan y adquieren significado político a través de su articulación en discursos determinados.

B) Los entrevistados: élites políticas e intelectuales generadores de discurso

Se ha desarrollado ya el concepto de “intelectual orgánico” y su relevancia en la teoría gramsciana de la hegemonía. Numerosos estudiosos, con diferentes intensidades y técnicas, del análisis del discurso (Snow y Benford, 1986, 1988; Cabrera, 1992; Donati, 1992; Della Porta, 1998; Martí, 2004; Tarrow, 2004; Máiz, 2004, 2007, 2008) coinciden en señalar el rol central de los intelectuales y líderes políticas como generadores de discurso, que a su vez produce alineamientos políticos, seleccionando, filtrando, resignificando y movilizándolo diferentes elementos de lo social (Mercadé, 1982: 85).

Por lo tanto, un estudio sobre la hegemonía tiene necesariamente a las élites políticas e intelectuales orgánicas como informantes clave o *key informants*.

Se entrevistó a veinte líderes políticos o intelectuales, seleccionados por su peso específico en organizaciones relevantes del proceso político boliviano, o en el debate político nacional, así como por su representatividad de los diferentes discursos en pugna en el campo semántico-simbólico-político boliviano. Se cumplen así los dos criterios de selección más extendidos en investigaciones similares (Cabrera, 1992: 17).

Todos ellos son, en sus respectivos ámbitos, figuras destacadas en el proceso de generación, formulación y puesta en marcha de definiciones compartidas de la realidad política, participando del proceso constante de competencia, negociación y choque discursivo.

La siguiente tabla sintetiza la información relevante sobre los líderes políticos e intelectuales entrevistados¹⁶², especificando su nombre, cargo y/o participación en la política boliviana en

¹⁶¹ Citado en Cabrera (1992: xvii).

el período estudiado, departamento de procedencia –en algunas ocasiones, cuando esta diferencia es relevante, se indica también el de nacimiento- y el lugar y la fecha de la entrevista.

Figura nº 14. Elites políticas entrevistadas¹⁶³

Nombre	Cargo- Participación política.	Departamento de procedencia. [Entre paréntesis el de nacimiento, cuando difiere del de trabajo y residencia]	Fecha y lugar de la entrevista.
Alejandro Vargas (AV)	Responsable del equipo de investigación de “Desarrollo Normativo” en el Ministerio de Autonomías.	(Cochabamba) La Paz	Ministerio de Autonomías, La Paz 9/12/2009
Carlos Bhört (CB)	Senador de PODEMOS (disidente) por Oruro. Protagonista de un acercamiento al Gobierno que rompió el bloqueo opositor en el senado.	Oruro	Despacho del senador, Congreso de Bolivia. La Paz, 11/12/2009
Carlos Dabdoub (CD)	Secretario de Autonomía, Descentralización y Desarrollo Democrático en la Prefectura de Santa Cruz. Ideólogo principal del autonomismo cruceño, cercano al grupo independentista “Nación Camba”	Santa Cruz	Despacho del Secretario Departamental, Prefectura de Santa Cruz, 17/8/2009
Carlos Mesa (CM)	ExPresidente de Bolivia (2003-2005) Historiador y periodista. Figura intelectual de primer	La Paz	Despacho personal, barrio de Calacoto, La Paz, 14/12/2009

¹⁶² No obstante, la ficha completa de los entrevistados está disponible como anexo, y las entrevistas en audio así como sus transcripciones se encuentran a disposición del tribunal.

¹⁶³ Fuente: elaboración propia.

	orden en el debate político nacional.		
Carlos Romero (CR)	Ministro de Autonomías. Artífice del modelo territorial del Estado Plurinacional, así como del pacto con la oposición	(Cochabamba) Santa Cruz.	Despacho del Ministro de Autonomías, La Paz 12/12/2009
Diego Ávila (DA)	Secretario de Autonomías de la Prefectura de Tarija. Referencia técnica e intelectual del autonomismo tarijeño.	Tarija	Despacho del Secretario Departamental, Prefectura de Tarija, 22/8/2009
John Cava (JC)	Presidente del Comité Cívico de Chuquisaca-Sucre. Prófujo de la justicia en el momento de la entrevista. Líder nacional opositor y principal cabeza del regionalismo conservador en el departamento.	Chuquisaca	Salón de visitas de la sede del Comité Cívico de Chuquisaca, Sucre, 14/7/2009
Marcelo Ugalde (MU)	Conocido empresario, ex miembro del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Cercano a los círculos opositores no regionalistas en La Paz.	La Paz	Cafetería del barrio de Calacoto, La Paz
Miguel Urioste (MUR)	Presidente de la Fundación Tierra, prestigioso centro de estudios cuyos informes sobre Tierra y Territorio tienen relevancia inmediata en el debate político nacional.	La Paz	Oficinas de la Fundación Tierra, barrio de Sopocachi, La Paz, 13/12/2009
Nicolás Rivera (NR)	Vicepresidente del Comité Cívico de Santa Cruz. Segundo dirigente de la más	Santa Cruz	Despacho del Vicepresidente, Sede del Comité Cívico de Santa

	importante institución de la sociedad civil cruceña, principal organización de la oposición y con capacidad de movilización de masas.		Cruz, Santa Cruz de la Sierra, 19/8/2009
Óscar Ortiz (OO)	Presidente del Senado. Senador de PODEMOS elegido por Santa Cruz. Expresidente de la Cámara de Comercio de Santa Cruz. La mayoría opositora en el Senado durante la legislatura 2006-2009 lo convirtió en el principal baluarte de la oposición, y a Ortiz en su líder de facto.	Santa Cruz	Despacho del Presidente del Senado, La Paz 4/12/2009
Pamela Fernández (PF)	Hija del exprefecto de Pando Leopoldo Fernández, actualmente encarcelado. Militante de la candidatura “Plan Progreso Bolivia”. Tuvo una importante participación en la campaña electoral y en las denuncias de autoritarismo contra el Gobierno.	Pando	Cafetería del centro de La Paz 12/12/2009
Pável López (PL)	Destacado militante del MAS –Tarija. Responsable de Autonomías en el Ministerio de Desarrollo. Intelectual y organizador del MAS	Tarija	Cafetería del barrio de Sopocachi, La Paz, 18/11/2009
Portugal (PO)	Dirigente del MAS en el Plan 3000, el emblemático barrio de Santa Cruz abrumadoramente	(Potosí) Santa Cruz	Cafetería en el barrio “Plan 3000”, Santa Cruz de la Sierra, 17/8/2009

	favorable al MAS y organizado por los movimientos sociales. En las jornadas de agosto de 2008 fue el bastión de la resistencia a las movilizaciones de los “cívicos”		
Remigio Mendoza (RM)	Vicepresidente de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. Segundo dirigente de la estructura sindical más importante de Bolivia, con fuerte implantación en las zonas rurales del occidente del país, y principal organización de movilización campesina.	Oruro	Sede central de la CSUTCB, La Paz, 6/12/2009
Roberto Fernández Lema (RF)	Vicepresidente de la Prefectura de Tarija. Histórico militante de grupos conservadores en el departamento, y actualmente segundo mandatario departamental.	Tarija	Sede del Comité Pro Intereses de Tarija, Ciudad de Tarija, 23/8/2009
Roberto Ruíz Bass-Werner (RR)	Senador de PODEMOS (disidente) por Tarija. Uno de los primeros promotores de discurso autonomista en Tarija, actualmente sensiblemente separado del regionalismo conservador, y favorecedor de pactos con el Ejecutivo nacional.	Tarija	Domicilio personal del senador, barrio de Sopocachi, La Paz, 2/12/2009
Rubén Egües	Presidente de las	(Beni)- Chuquisaca	Sede del MAS-

(RE)	Juventudes del MAS en el departamento de Chuquisaca. Principal responsable de la estructura del Movimiento Al Socialismo en el departamento. Líder juvenil durante el ataque de los cívicos a la Asamblea Constituyente (2007)		Sector 2 de la ciudad de Sucre, 12/7/2009
Sabino Mendoza (SM)	Responsable de Coordinación con los Movimientos Sociales del Ministerio de Autonomías. Militante del MAS – Yungas. Histórico militante del MAS, ex diputado en la Asamblea Constituyente.	La Paz	Cafetería del centro de La Paz, 22/11/2009
Waldemar Peralta (WP)	Vicepresidente del Comité Pro Intereses de Tarija. Miembro del Comité Juvenil. Cara pública de las movilizaciones autonomistas en el departamento y líder juvenil y universitario.	Tarija	Sede del Comité Pro Intereses de Tarija, Ciudad de Tarija, 22/8/2009

C) Forma de contacto con los informantes.

Los informantes fueron seleccionados buscando cubrir el espectro ideológico y geográfico del conflicto político boliviano: Se entrevistaron a informantes tanto de La Paz y Oruro, en el occidente altiplánico del país, como de Tarija y Santa Cruz, en el sur y el oriente del país. Pertenecen, además, tanto a movimientos sociales afines al Gobierno del Movimiento

al Socialismo como al propio Ejecutivo, a los Comités Cívicos departamentales de Chuquisaca, Santa Cruz y Tarija, - estas dos últimas regiones mayoritariamente enfrentadas al oficialismo¹⁶⁴-, a organizaciones juveniles opositoras regionalistas, o son intelectuales de reconocido prestigio e influencia. Los entrevistados tenían diferentes autoadscripciones étnicas, pero al no ser este un dato preguntado en la entrevista, sino comunicado por voluntad propia, no entra aquí en los criterios de distribución de los entrevistados, aunque constituye sin duda un elemento relevante en el análisis de sus discursos.

Así, los entrevistados se ubican en un doble eje ideológico “Izquierda-derecha” y “Departamentalismo” - “Centralismo”. Su posición se deduce del material proporcionado durante las entrevistas y de sus declaraciones públicas en los medios de comunicación analizados.

La segunda clasificación, la del eje “Departamentalismo”- “Centralismo”, o, como se ha preferido, “Confianza en las instituciones departamentales” - “Confianza en las instituciones del Estado central” hay que aclarar que no se trata de un indicador para medir el grado de satisfacción con el desempeño de las instituciones realmente existentes. Como marcador discursivo, se trata de ubicar a los entrevistados en una dimensión fundamental de la política boliviana durante los últimos años: la confrontación de proyectos con diferentes grados de autonomismo- en algunos casos hasta los límites del secesionismo- con el poder central del Estado.

De este modo, se pretende dar cuenta, y representar gráficamente, las intersecciones entre las ubicaciones ideológicas y aquellas en torno al conflicto regional. La identificación de los dos discursos se realiza así en un campo complejo de múltiples matices y gradaciones. No le costará al lector identificarlos como dos tipos ideales que, como fuerzas motoras, estructuran con un patrón claro las posiciones de los informantes en la representación gráfica: vinculando defensa del Estado central con izquierda y, sobretudo, derecha con autonomismo departamental.

¹⁶⁴ Esto sigue siendo cierto para Santa Cruz, mientras que en Chuquisaca el MAS volvió a ganar la prefectura en las elecciones de abril de 2009, y en Tarija se vive un virtual empate electoral que se traduce, territorialmente, en el control de la capital por los cívicos y la mayoría en el campo para el MAS.

Se dejan sin embargo fuera, de manera consciente, importantes dimensiones del conflicto discursivo boliviano, siendo la “Indígena” la fundamental, que atraviesa a su vez este cuadro con el eje “Mestizaje- Plurinacionalidad y autonomía indígena”. Este es un campo de estudios sin duda central para la comprensión de la vida política boliviana, pero excede el marco de este trabajo. No obstante, su continua aparición en las entrevistas como elemento articulado en los dos discursos identificados, asegura su presencia en el análisis, si bien de una manera subordinada a la de la pugna por la hegemonía nacional. En cualquier caso, se trata de una problemática que acapara la mayor parte de la atención de los investigadores que estudian Bolivia, lo que se espera compense su peso menor en este trabajo.

Figura 15. Ubicación ideológica de los entrevistados en los dos ejes principales del campo político boliviano¹⁶⁵.

		Confianza en las instituciones departamentales					
Izquierda		MUR	RR	PF	NR CD OO	WP	Derecha
			DA	JC		RF	
		CB					
	SM	CR	AV	MU			
	PL RE	PO RM	CM				
		Confianza en las instituciones del Estado central.					

La mayor parte de los entrevistados, tenían, al momento de ser entrevistados, una implicación pública, conocida y destacada en la vida política boliviana, sea a escala nacional, regional o local. Entre los entrevistados figuran personalidades con responsabilidades políticas de primer orden en la vida política boliviana. Este hecho dificultó a veces la consecución de las entrevistas, e incluso a veces el desarrollo de las mismas, bajo la presión de los tiempos asociados a sus cargos. Sin embargo, el acceso a estas personas era una prioridad por su rol en el conflicto político boliviano, y la información proporcionada durante sus entrevistas justifica sobradamente el esfuerzo. Por otra parte, esto se compensa con la elección de una mayoría de

¹⁶⁵Fuente: Elaboración propia. La elaboración de este cuadro está basado en uno similar, aunque de una sola entrada, en Cabrera (1992: 20). Los códigos asignados a cada entrevistado están indicados en la tabla anterior.

los entrevistados que ocupaban posiciones de protagonismo pero en “segunda línea política”. Al no estar tan expuestos a los medios de comunicación, pero jugar papeles importantes en tanto que organizadores y operadores políticos, en sus entrevistas reflejaron discursos “tipo” con más naturalidad y espontaneidad que las figuras más públicas, proporcionando, con sus metáforas, recursos y ejemplos, un material de enorme valor para el análisis.

Se elaboró en primer lugar un listado de “entrevistables” que después se fue modificando por disponibilidad de los informantes, su accesibilidad, y por las posibilidades materiales de desplazamiento por el país, marcado por una endémica precariedad en sus sistemas de transporte.

Sin embargo, dentro de los sectores identificados previamente como relevantes, la mayor parte de los entrevistados fueron contactados por medio de la técnica del *snow ball* (Taylor, y Bogdan, 1986: 41; Mercadé, 1982; Castillo, 2005). Éste es un procedimiento, ya ampliamente consolidado entre los investigadores, por el cual un informante clave conduce al siguiente, o sugiere nuevos nombres a la lista inicial. En este sentido, que el investigador se mostrase abierto a la sugerencia de nuevos nombres o la ponderación de la importancia de otros es valorado como un factor de enriquecimiento de la compilación de material empírico, que se dejó así contaminar por actores mejor ubicados en el territorio político, e incluyó así sus influencias, en una suerte de coinvestigación (Della Porta, 1992; Borio, Pozzi y Roggero, 2004).

D) Relación con los informantes y desarrollo de las entrevistas

Por el propio medio de contacto con ellos, la mayor parte de los entrevistados no conocían al investigador, aunque en una minoría de casos, fundamentalmente los entrevistados radicados en la ciudad de La Paz, donde se residía, ya existía un cierto conocimiento previo. Las reducidas dimensiones de las élites políticas bolivianas, por otra parte, provocaban que el conocimiento mutuo fuese inevitable tras un mínimo de tiempo de estancia en una ciudad.

Las entrevistas, de una media de treinta minutos de duración, se realizaron en los lugares de trabajo de los entrevistados o, cuando eso no fue posible, en cafeterías o sedes políticas propuestas por ellos. La elección de los lugares es también un elemento significativo.

Los entrevistados conocieron con antelación la voluntad del entrevistador y la finalidad del material recogido. Para evitar predisponerles a favor o en contra de éste trabajo de investigación, sin embargo, no conocieron en detalle el objeto de estudio de la investigación. Tampoco conocieron previamente las preguntas que se les iban a formular. Éstas estaban organizadas según un guión igual para todos los entrevistados, pero eran formuladas en cada caso de forma flexible al hilo de la conversación. Todos los entrevistados expresaron su autorización a que las entrevistas fuesen grabadas en audio, así como a ser citados por sus nombres. Durante las mismas, además, el investigador tomó numerosas anotaciones en un cuaderno, que sin embargo no eran legibles por los entrevistados, generalmente sentados en frente.

Se han respetado íntegramente los nombres facilitados tal y como fueron indicados, por respeto a los entrevistados pero también porque es relevante como dato la diferencia en las identificaciones: mientras que algunos informantes exhibían con orgullo sus dos apellidos o sus apellidos compuestos, otros preferían no darlos por discreción, miedo o irrelevancia.

E) Procesamiento e interpretación de la información.

Las entrevistas se hicieron durante una estancia de investigación entre abril y diciembre de 2009 en Bolivia. Su transcripción e interpretación se fue realizando durante ese mismo período, según el modelo del *Ongoing process* (Blee y Taylor, 2002). Esto permitió mantener la contextualización permanente de la información obtenida, que se relacionaba en una dinámica continua con la actualidad política nacional circundante. También se aseguró, de esta forma, que “el marco general de las condiciones sociales de producción del discurso” (Cabrera, 1992: 18) fuese semejante para todos los entrevistados.

Finalmente, se acumuló mucho más material del empleado para la interpretación. Se trataba más de extraer conclusiones relevantes para identificar, caracterizar y explicar el discurso político y su eficacia, que de ofrecer un estudio de sociología política sobre el grado de extensión de diferentes opiniones. De la misma forma que los entrevistados eran cualitativamente representativos de los diferentes actores políticos, pero la muestra no buscaba representatividad estadística algunas, así las opiniones expresadas por éstos servían en tanto que material empírico en el que aislar los componentes centrales del discurso y sus

operaciones. Fueron transcritas, pero no se les realizó ningún tratamiento estadístico ni codificación adicional a la operada por las categorías del *frame analysis*.

Se descartaron las técnicas de la “Historia de vida” y de los “Grupos de discusión”. La primera porque las experiencias político-vitales de los dirigentes o intelectuales entrevistados, cuando representaba un elemento relevante en el discurso político, apareció en las entrevistas en profundidad. Para un análisis de la producción discursiva de hegemonía, aspectos como la socialización política o las peripecias personales de los informantes, de crucial importancia en los estudios de la sociología de los movimientos sociales, no eran en este caso tan relevantes como los marcos de interpretación de la realidad y las definiciones colectivas que expresaban.

Por una razón similar, los grupos de discusión no habrían aportado información político-ideológica no recogida en las entrevistas individuales, y sí habrían complicado y encareciendo significativamente la investigación. No hay suficientes elementos significativos del discurso que no puedan emerger en una entrevista individual y sí lo hagan en una discusión en grupo. Por otra parte, en la línea de las premisas teóricas asumidas, los elementos del discurso que el entrevistado no menciona en la entrevista, son tan significativos como los que sí menciona. No hay necesidad, por tanto, de acudir a otras técnicas para obtener más información.

7.4.2 Análisis de fuentes documentales

El análisis bibliográfico y documental ha incluido documentos políticos “teóricos” y propaganda, facilitada por los propios actores entrevistados o sus alledaños, así como recolectada en actos políticos y manifestaciones. De especial importancia resulta la propaganda y los programas electorales recogidos durante la campaña previa a las Elecciones Presidenciales del 6 de diciembre de 2009.

Para el análisis de discurso se utilizan también, y de forma complementaria, fuentes secundarias: trabajos que recogen íntegras, y previas a su interpretación, declaraciones o entrevistas de líderes políticos o intelectuales del campo político del MAS (Harnecker y Fuentes, 2008; Sivak, 2008; Stefanoni, Ramírez y Svampa, 2009; Svampa, Stefanoni y Fornillo, 2010) y de la oposición regionalista (Peñas y Jordán, 2006; Sivak, 2007).

Además, se realiza una revisión y análisis hemerográfico que comprende materiales publicados entre abril y diciembre de 2009. Los dos periódicos analizados con regularidad diaria han sido *La Razón*, y *Cambio*, representativos y relevantes del conflicto político boliviano.

- El primero, *La Razón*, aunque es hoy en día menos beligerante con el Gobierno tras haber cambiado de propietarios, pertenecía al grupo empresarial español PRISA, y se destacaba por su contundente y tajante oposición al Gobierno de Evo Morales, así como por el carácter marcadamente conservador de sus columnistas. Es el diario más vendido en la capital y el que tiene una tirada nacional con implantación efectiva en la mayor parte del territorio boliviano. Hasta su cambio de línea editorial, representaba nítidamente las posiciones de las élites políticas urbanas tradicionales, y de los grupos empresariales inicialmente más enfrentados al Gobierno.
- *Cambio*, por su parte, es un periódico muy joven, lanzado poco antes del comienzo de la revisión hemerográfica. De alcance geográfico fundamentalmente centrado en el occidente altiplánico y los valles subandinos del país, las zonas de mayor apoyo gubernamental, es de tendencia indisimuladamente oficialista. Fue creado e impulsado directamente por el entorno gubernamental para contrarrestar la unanimidad opositora entre los medios de comunicación privados. Se convirtió rápidamente, ante el vacío existente en esa área, en uno de los más importantes generadores y difusores de discurso político del campo “indígena y popular” de apoyo al gobierno.
- Además, con menor regularidad pero especial atención en fechas señaladas o jornadas de especial politización, se siguió el diario *El Deber*, publicación más leída y emblemática del Departamento de Santa Cruz y particularmente de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. *El Deber* es un periódico de línea editorial conservadora y regionalista de Santa Cruz, cuyas posiciones suelen resultar paradigmáticas de las de los sectores propietarios de tierras o comerciantes del departamento, funcionando a menudo como uno de sus principales productores de significado político.

7.4.3 Observación participante

Para la observación participante, se siguen las pautas del *experiential knowledge* (Maxwell, 1996) que apunta a la conveniencia de incluir todas las experiencias vividas con relación al objeto de estudio, en tanto que datos relevantes y significativos. Esta técnica se encuadra dentro de la metodología de la *Grounded Theory* desarrollada fundamentalmente por Glasser y Strauss (1967) y continuada en la actualidad por Glasser con su advertencia *all is data* (Glasser, 2002). De esta manera, los elementos cotidianos o las percepciones fragmentadas son incorporadas como material relevante en sí mismo, y como contexto desde el que leer el material recogido por otras técnicas, en un proceso constante de interpretación y reinterpretación. En su manual de metodología cualitativa para la investigación social Vallés dedica una atención detallada a la *Grounded theory*, entendiéndola como un “método de comparación constante”, que no se ocupa en exclusiva de testar las hipótesis sino también de generarlas, en un movimiento constante de doble dirección entre la teoría y la empiria (Vallés, 1999: 347). En ese sentido se ha obrado en esta investigación, en la que cada propuesta teórica ha sido antes una suerte de intuición inspirada en el trabajo de campo.

La *Grounded Theory* provee además al investigador de legitimidad teórico-metodológica para acercarse a un objeto de estudio complejo con una mirada que por una parte combine variadas fuentes de información, y por otra facilite la articulación de categorías conceptuales y técnicas provenientes de enfoques distintos, tal y como en esta investigación se hace con la teoría del discurso y la hegemonía y los métodos del *frame analysis*. Para Glasser:

“la *Grounded Theory* aporta el método (comparaciones constantes) que desarrolla la capacidad del investigador para generar sus propios conceptos, y al mismo tiempo le da legitimidad para evitar “saltar” a usar conceptos heredados que forzarían los datos” (Glasser, 2002: 12)¹⁶⁶.

En otro orden, la observación participante compensa el difícil acceso a determinados materiales, conduce a aprehender otros en su contexto de producción y proporciona, en contextos políticos conflictivos, información que el investigador difícilmente podría haber conseguido de otra forma. La investigación de Iglesias (2009) sobre la izquierda radical y el

¹⁶⁶ Traducción propia, comillas añadidas.

movimiento global es un buen ejemplo de ello: el autor obtiene información privilegiada por su inserción en las redes de activistas que estudia.

Esto es especialmente importante para el caso estudiado: La abundancia de investigadores, cooperantes y otros tipos de “turismo ilustrado” provoca una desconfianza transversal en los actores políticos bolivianos, que suelen responder con el hermetismo. Por otra parte, el mero acto de preguntar no asegura siempre una respuesta fiable y veraz, y casi nunca una comprensión completa de los discursos analizados. Es preciso, además, entenderlos en su contexto, en su interacción real en el campo político. De esta forma, además, se garantiza la empatía y veracidad de los informantes, con los que se mantienen relaciones menos rígidas y más cercanas, y que en cualquier caso tienen más difícil la invención o exageración de determinados puntos si el investigador conoce los hechos y la realidad por la que se pregunta (Della Porta, 1998).

En Bolivia, la marcada racialización de las relaciones sociales y lo que Aníbal Quijano denomina la *colonialidad del poder* (Quijano, 2000; 2000b) provocan que el acceso, por parte de un investigador de rasgos europeos, sea a menudo inmediato a los informantes opositores mestizo-criollos, y más difíciles con los informantes indígenas, generalmente oficialistas. Esto sin duda ha introducido un sesgo en las experiencias de observación, pero un sesgo que es significativo y que, una vez explicitado, puede ayudar a comprender elementos centrales de la vida política boliviana.

Lois (2009) señala en su investigación sobre la geografía política del Bloque Nacionalista Galego que la observación participante es un ejercicio de “acopio de cualquier dato disponible” (Lois, 2009: 38), un proceso constante de atención, preguntas y reprocesamiento de la información obtenida, que se acerca significativamente a la etnografía, en la medida en que “en cierto sentido todos los investigadores sociales son observadores participantes” (Hammersley y Atkinson, 1994: 15)¹⁶⁷. Sin duda ese es un enfoque que marca profundamente esta investigación, no sólo por las técnicas empleadas sino también porque el objeto de estudio se vivió antes de elegirse como motivo de investigación, y para cuando se escogió ya parecía evidente que no podía ser otro.

¹⁶⁷ Citado en Lois (2009: 38).

No pocas investigaciones actuales sobre Bolivia presentan debilidades derivadas de una práctica muy extendida: la recolección de entrevistas y documentos en un tiempo récord de estancia en el país, que transcurre por lo demás entre los hoteles para extranjeros de las dos grandes ciudades y los despachos de las instituciones oficiales.

La primera estancia en Bolivia tuvo lugar entre noviembre de 2006 y enero de 2007, fundamentalmente en la ciudad de Sucre, por entonces sede de la Asamblea Constituyente, cuyo agitado desarrollo, sesiones y comisiones, se siguieron en primera persona. Durante aquel tiempo se vivió entre y con los y las constituyentes. El aterrizaje en la realidad política boliviana fue así brusco, inmediato y apasionante.

El tiempo que transcurrió hasta el regreso a Bolivia fue de incremento exponencial del interés por su proceso político y sus gentes. En marzo de 2009, se regresó para establecerse allí, en una estancia de investigación que acabo prolongándose por espacio de casi un año.

En ese tiempo, el momento central de la observación participante lo constituyó la campaña electoral previa a las elecciones presidenciales de Diciembre de 2009, en la que se recorrió parte del país acompañando los actos oficialistas y opositores en los departamentos de La Paz, con el masivo cierre de campaña el 4 de diciembre en la ciudad de El Alto; Cochabamba, con los actos del Movimiento Al Socialismo en su bastión cocalero del Chapare; y en el departamento amazónico del Beni, elegido por ser la plaza más fuerte de la oposición conservadora, y fuertemente regionalista-autonomista. No obstante, durante los viajes de investigación en Oruro, Potosí, Tarija y Santa Cruz se vivieron diferentes momentos de conferencias, debates, marchas y concentraciones, tanto de los movimientos sociales afines al Gobierno como de la oposición autonomista y conservadora.

En la ciudad altamente politizada de La Paz, por último, donde se residió de forma intermitente durante nueve meses, las vivencias cotidianas consistieron el mayor ejercicio de observación participante.

A través de estas experiencias se adquirieron informaciones relevantes de los códigos populares de comprensión y representación de la realidad política, bromas, símbolos y ritos, no revelados por los informadores en sus entrevistas. Estas vivencias constituyeron a la vez, conjuntadas con la revisión en profundidad de las obras sobre la historia política de Bolivia, la

mejor inmersión cultural en el país. Esto ha resultado absolutamente imprescindible, como se ha ido revelando en fases posteriores de la investigación, para la comprensión de las complejas dinámicas políticas del país.

Tercera parte

Discursos y hegemonía en Bolivia

El proceso político boliviano abierto con la crisis del Estado neoliberal y la emergencia de una identidad política *plebeya* y rupturista se inserta en la historia de una debilidad endémica y congénita del Estado boliviano. Esta debilidad es interpretada en el primer capítulo de esta tercera parte de la investigación como una dificultad extrema de los grupos dirigentes para generar consensos entre los sectores subalternos. Éste es el signo de un “vacío hegemónico” que marca la historia política de Bolivia, y cuya comprensión es fundamental para situar el actual proceso político.

El capítulo 8, así, recorre la historia boliviana tomando como hilo conductor la cuestión de la hegemonía, entendida como la capacidad de grupos particulares de encarnar con éxito “el universal” de su comunidad política, ejerciendo así la dirección del conjunto social. En Bolivia dicha capacidad está lastrada por diversos elementos que remiten en primer lugar a la pervivencia de la racialización de la estructura social, heredada de la colonia, así como a la dislocación geográfica, económica y social. Estas condiciones suponen al mismo tiempo las bases para una vida política siempre caracterizada por la agitación y el conflicto, derivado precisamente de las enormes dificultades de los grupos dirigentes para obtener consenso. El recorrido histórico no aspira a sustituir los magníficos, aunque escasos, trabajos historiográficos dedicados a Bolivia¹⁶⁸, sino a ubicar las transformaciones políticas estudiadas, concretamente la construcción hegemónica del MAS. Por eso van ganando en profundidad y extensión a medida que se acercan a la ruptura del sistema político en la crisis del Estado neoliberal, el ciclo de movilización política disruptiva y contenciosa o “Ciclo Rebelde” (2000-2005) y la llegada al gobierno del Evo Morales. En ese punto, el capítulo presta especial atención a la convulsa primera legislatura de Evo Morales (2006-2009), particularmente al proceso constituyente, y el conflicto regional que enfrentó al Gobierno nacional con la oposición territorializada en el oriente del país, en un proceso que estuvo a punto de provocar el colapso institucional y/o el enfrentamiento civil.

¹⁶⁸ Por citar sólo los más relevantes, ver: Mesa, Gisbert y Mesa (2002), Klein (2003) y, ya sobre la agitada y fértil segunda mitad del siglo XX boliviano: Dunkerley (1984).

Este recorrido histórico sirve como introducción al estudio de caso: la aplicación del análisis de discurso, tal y como ha sido derivado de los enfoques de la *Discourse Theory* y del *Frame Analysis*. El capítulo siguiente se ocupa de identificar los dos discursos principales o “maestros” que ordenan el conflicto político boliviano, el *oficialista o nacional-popular indígena* y el opositor o *conservador-regionalista*. Se explican las razones que justifican el aislamiento de esos dos como *corpus* relativamente cohesionados y cerrados de diagnósticos, pronósticos y atribuciones morales, para a continuación ubicarlos a ambos en la lucha por la hegemonía durante el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009). Por último, se expone el modelo por el cual la teoría del discurso y la hegemonía va a ser operacionalizada para la comprensión de los mecanismos de articulación constitutivos de los dos discursos “maestros”.

El capítulo 10 se dedica al discurso oficialista y comienza explicando su genealogía en la “ruptura populista” que se produjo en las protestas contra las reformas neoliberales, para después analizar el rol del MAS y, sobretodo, de Evo Morales, como nodos en torno a los cuales cristalizó la identidad popular en formación, con un contenido positivo y no sólo reactivo. A continuación, el núcleo del capítulo se dedica al análisis de los marcos discursivos del oficialismo, que explica sus representaciones del campo político y del antagonismo, las interpelaciones que dirige a los sectores indígenas y empobrecidos en tanto mayoría nacional, y las articulaciones que están detrás de su hegemonía en expansión.

El capítulo 11 se ocupa del discurso opositor, y lo hace, de forma paralela al anterior, comenzando con la formación histórica de la identidad regional del Oriente boliviano, y su posterior recuperación y repolitización como identidad popular enfrentada a la oficialista. La *Media Luna* se constituía así en la nominación de un conjunto de contenidos, reivindicaciones y percepciones articuladas paulatinamente frente a los sindicatos campesino- indígenas andinos y más tarde frente al MAS. El análisis de marcos permite identificar los procesos de construcción que han articulado la identidad regional con la oposición al gobierno regional, en un discurso con una gran capacidad de interpelación que produjo un bloque contrahegemónico de enorme impacto político en su enfrentamiento con el Gobierno.

El último capítulo, por fin, examina el choque de los dos discursos maestros, el *oficialista o nacional-popular indígena* y el *opositor o conservador-regionalista*, sobre el terreno que efectivamente se produjo: la demanda de “autonomía” y el conflicto por la definición del modelo territorial de Estado. En ese sentido, se aborda la confrontación inicial y la posterior “rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso oficialista”, la reacción opositora y la relativa estabilización de la hegemonía del partido de gobierno. Se explican seguidamente los significantes flotantes del discurso oficialista y el significado que reciben, y los momentos centrales de la desarticulación de la contrahegemonía en formación en las regiones orientales, para beneficio de la identidad oficialista en expansión. Por último, se reflexiona sobre una tensión constitutiva de la hegemonía: la ampliación del campo discursivo oficialista también redundó en un cierto “vaciamiento” de su contenido, y ésta puede ser una vía de futuras contradicciones de compleja gestión, y de resolución clave para el Gobierno del MAS y el sentido del desarrollo del proceso político abierto.

Capítulo 8

El Estado boliviano y la hegemonía

Para poder emprender un análisis de la construcción de hegemonía durante el primer Gobierno del Movimiento Al Socialismo en Bolivia (2006-2009) es necesario enmarcar previamente este período en el desarrollo del Estado boliviano y su composición política. Para ello, en este capítulo se realiza un recorrido por la historia del Estado boliviano, que se centra específicamente en las formas de construcción de poder político, entendido como los mecanismos por los cuales los grupos sociales dirigentes conseguían imponer determinadas decisiones.

Este recorrido está lejos de pretenderse exhaustivo, y se dedica sólo a rastrear el componente hegemónico presente en los diferentes momentos de evolución del Estado boliviano, con especial atención en la capacidad de los diferentes grupos dominantes de generar consensos entre los dominados e incluir en forma subordinada a éstos en una articulación distinta de la mera imposición.

Se comienza por el régimen colonial como primera estructura política relativamente unitaria en el territorio hoy conocido como Bolivia, hasta llegar a la fundación del Estado boliviano, caracterizado como una “República oligárquica” por su escasa capacidad de inclusión y su vinculación a una estrecha minoría económica y étnica.

A continuación, se exploran los antecedentes, desarrollo, rasgos centrales y evolución posterior del que se entiende como el primer régimen hegemónico en Bolivia: la Revolución Nacional de 1952 y su proyecto de democratización, mestizaje y desarrollismo estatalista. La mejor prueba de que la conformación política del nacionalismo revolucionario de 1952 fue hegemónica se puede encontrar no sólo en la supervivencia del partido que la encabezara, el MNR, en un sistema político cambiante y de actores volátiles; sino en que el imaginario del 52 presidió y condicionó la vida política boliviana, aún a menudo en condiciones dictatoriales, hasta el despliegue de una nueva hegemonía, la segunda en la historia del país: el

neoliberalismo, que precisamente se afirmó criticando y respondiendo a los ejes discursivos centrales en los que descansaba el Estado salido de 1952.

Un examen más detenido del neoliberalismo permite comprender el terremoto político que supuso en Bolivia, su capacidad transversal de interpelación a diferentes grupos sociales y de generación de consensos que garantizaron una considerable estabilidad incluso en medio del aumento de los costes sociales de las reformas para los sectores más desfavorecidos. Por ello, se caracteriza brevemente el neoliberalismo como doctrina, discurso y proyecto político general, y se especifica las formas de su concreción en Bolivia: los componentes centrales de su programa, las principales reformas aplicadas y la articulación política sobre la que descansaba. Por la capacidad de construcción de un nuevo sistema político, nuevos canales de relación entre el Estado, el capital y la sociedad civil, y un nuevo horizonte de sentido, se afirma que se puede hablar de un “Estado neoliberal” con vigencia estable en el período 1985-2000, y en crisis entre 2000 y 2005.

Precisamente esta crisis se analiza a través del hilo de las movilizaciones populares que caracterizaron el llamado “Ciclo Rebelde” de los años 2000-2005. El recorrido se detiene en las protestas con carácter insurreccional que quebraron la capacidad coercitiva estatal, pero sobretodo en el surgimiento progresivo, en las movilizaciones, de un discurso antineoliberal que permitió articular las diferentes protestas sectoriales en un bloque político contrahegemónico, que tentativamente puede ser calificado como nacionalista-indígena. El éxito de este bloque en construir un antagonismo entre las mayorías empobrecidas – masivamente indígenas- y las élites beneficiarias de las reformas –blancas y, en menor medida, mestizas- fue determinante en el crecimiento de la protesta hasta bloquear los diferentes intentos de recuperación de la gobernabilidad por parte de las élites políticas del Estado neoliberal.

En el último apartado, se analiza la llegada del Movimiento Al Socialismo y Evo Morales a la presidencia del país. Se caracteriza la formación política gobernante, deteniéndose en los elementos discursivos que le permitieron pasar de un partido de representación sindical al catalizador del bloque contrahegemónico. Después, se examina el proceso constituyente (2006-2008) como espacio de refundación estatal y momento central del primer Gobierno Morales. Por último, pero de importancia fundamental, se analiza el conflicto regional en Bolivia, señalando que en este escenario se libró la pugna entre el nuevo bloque en el poder

político frente a las élites tradicionales que retenían el poder económico. Se defiende que es en el transcurso de este conflicto cuando el AS consiguió extender su horizonte discursivo articulando una amplia mayoría nacional-popular que aisló –aunque no derrotó en el sentido más literal de la palabra- a la oposición regionalizada.

8.1 La colonia y la República oligárquica: el “Estado aparente” y la imposibilidad de la hegemonía

El territorio que hoy constituye el Estado de Bolivia recibió las primeras oleadas de conquistadores españoles en la década de 1530, pero se trató de expediciones militares y de pillaje, ninguna de las cuales estableció una organización colonial firme en la región del sur del Lago Titicaca (Klein, 2003: 31).

La Corona había ido integrando las formas incas de organización del trabajo, estableciendo un sistema de apropiación de la riqueza que se puede calificar de “extraeconómico”, por cuanto la colonia no organizaba la producción pero, por medio de la dominación política y militar, imponía tributos sobre la producción agrícola (Hylton y Thomson, 2007: 36).

Dado que la conquista de América había sido realizada por agentes privados que actuaban en nombre de la Corona y bajo el paraguas ideológico del catolicismo, el sistema económico y social impuesto en las zonas que habían tenido un menor control por parte de la administración peninsular, se caracterizó por ser un reflejo de las estructuras existentes en España. El régimen de la encomienda mantuvo la estructura político-económica del Imperio Inca, sustituyendo la tributación al Inca por la tributación a la Corona española y a sus intermediarios. Los indios conservaron la tierra, pero quedaron ligados al *encomendero*, que era en realidad un delegado de la corona en la extracción de bienes agrícolas y fuerza de trabajo. La nobleza india, los “caciques”, fueron integrados en el sistema de dominación colonial (Klein, 2003: 34).

No fue hasta 1545 que, con el descubrimiento de la mayor veta de plata del continente en el cerro que los españoles bautizaron como Potosí, la Corona estableció una organización política estable. En 1568, Francisco de Toledo, Virrey del Perú, llega a la provincia de

“Charcas Alto Perú” para racionalizar el sistema colonial, y convertirlo en una eficaz máquina de extracción de recursos (Kohl y Farthing, 2006: 38).

La llegada de De Toledo, sin embargo, significó una profunda alteración de esta estructura de “dominación indirecta”. Los indígenas fueron recluidos en “reducciones” que concentraban la población y la producción, haciéndola más fácil su tasación y la extracción del tributo agrícola, que fue estandarizado. Esto, a su vez, trató de reducir el poder relativamente autónomo de los encomenderos con respecto a la Corona.

Pero es en la necesidad de abundante mano de obra para las minas donde se encuentra la principal racionalidad de las reformas de Francisco de Toledo. La *mita* era una institución precolombina que De Toledo adaptó a las necesidades de la acumulación originaria de capital efectuada gracias a los minerales preciosos del “Nuevo Mundo”: La *mita* serviría para proveer de trabajo no pagado a la ardua y vasta tarea de la extracción de plata en Potosí. Para ello las “reducciones” o haciendas, que concentraban a la población y permitían una organización rotativa relativamente compleja, eran esenciales. Herbert Klein ofrece una buena explicación del fenómeno, vinculándolo a la necesidad de la Corona de revitalizar la productividad de las minas, que había caído al estar basada en una explotación superficial y un uso intensivo pero ineficaz de la fuerza de trabajo (Klein, 2003: 37-40). Desde las reformas de De Toledo, prosigue Klein, la región del Alto Perú se convirtió en un centro de desarrollo regional, merced a un sistema de explotación del trabajo inédito en las colonias y a la abundancia relativa de población y de riquezas minerales. La Audiencia de Charcas fue el nombre que recibió el Gobierno autónomo de la región, como respuesta al incremento de su peso económico en la economía colonial (Klein, 2003: 37-40).

La consolidación de la estructura política de la colonia sucedió sobre las estructuras económicas y sociales de control de la fuerza de trabajo, que no obstante siempre dejaron amplios márgenes para la pervivencia de las culturas y las formas de organización social de los pueblos colonizados.

El más serio intento de institucionalizar un sistema político en la actual Bolivia, por consiguiente, respondió fundamentalmente a las necesidades de la economía colonial, una vez que esta se fue desarrollando hasta integrar la región como suministradora de minerales, materias primas y abundante mano de obra para la metrópoli española.

La estructura social, los códigos culturales y la propia configuración estatal boliviana, llevan por tanto en su más profundo código genético la condición colonial, de periferia del sistema-mundo capitalista y de dependencia con respecto a la metrópoli –una dependencia que se mantendría aún con el cambio en el país que jugase este último papel.

Por las razones expuestas, el aparato estatal de la colonia y su control efectivo se limitaban a las áreas urbanas y a la extracción del excedente económico –o la movilización del trabajo para las minas- pero en raras ocasiones llegó a permear o modular las formas sociales que le antecedieron.

A mediados del siglo XVI la dominación colonial comenzó a experimentar crecientes dificultades. En medio de una crisis de productividad en las minas, la Corona intensifica la explotación de la mano de obra indígena para mantener los niveles de extracción, al tiempo que reordena la estructura administrativa para reforzar su poder y disminuir el de la élite criolla dominante, que tendía a reducir la recaudación económica y el control político de la monarquía española. Pero había también un motivo de orden geopolítico en la reestructuración colonial de Carlos III: “Ansioso por mantener alejados a sus rivales del Atlántico norte, Inglaterra y Francia, la monarquía borbónica introdujo durante décadas una serie de reformas destinadas a reafirmar su administración imperial” (Hylton y Thomson, 2007: 37)¹⁶⁹.

Entre esas medidas estuvieron un nuevo y más eficaz sistema de recaudación de impuestos que aumentó la carga impositiva sobre las comunidades indígenas, así como nuevos aranceles sobre el comercio, que afectaron a los intereses de la incipiente burguesía criolla. Además, la Audiencia de Charcas fue desligada del Virreinato del Perú y unida al de La Plata (Klein, 2003). Esta reordenación administrativa y fiscal del vínculo colonial despertó la oposición de dos grupos sociales antagónicos: los pueblos indios y la clase criolla.

Los primeros protagonizaron crecientes levantamientos, pero también apelaciones a la colonia contra los *caciques* indios o *corregidores* de origen español considerados corruptos. En cualquier caso, la conciencia anticolonial se alimentaba del empeoramiento de las condiciones de vida, y de un progresivo agrietamiento del orden de la Corona, cada vez menos capaz de

¹⁶⁹ Traducción propia.

imponer el orden en una región plagada de levantamientos y experiencias de autoorganización comunitaria indígena (Klein, 2003).

En 1781 se produjo el mayor levantamiento anticolonial de la historia de América. Un formidable ejército indio llegó a asediar La Paz y a poner en jaque a la colonia, hasta que fue derrotado por fuerzas españolas enviadas desde Argentina. Este episodio, de alto contenido simbólico y cuya influencia política se extiende tanto como hasta el Ciclo Rebelde de finales del siglo XX y la propia presidencia de Evo Morales, ha sido suficientemente estudiado¹⁷⁰. Es importante destacar, no obstante, que esa revuelta envió un poderoso pero ambivalente mensaje a la clase dominante blanca no peninsular: demostró por una parte la relativa fragilidad de la dominación política española, lo que estimuló la organización de las reclamaciones e incluso del independentismo entre los criollos; pero, al mismo tiempo, enseñó a éstos hasta qué punto eran una minoría privilegiada en un país compuesto por amplias masas de origen y cultura precolombinas, y con capacidad política como para destruir todo el orden colonial, del que los criollos, una vez libres de la carga fiscal española, también eran beneficiarios (Hylton y Thomson 2007:43).

De esta forma, y una vez derrotada la revuelta india –en gran parte debido a su ausencia de alianzas con la nobleza india y con los sectores urbanos- la clase dominante criolla se convirtió en el actor dirigente de las luchas contra el control de la metrópolis.

Cuando la invasión napoleónica de España extendió a sus colonias las ideas liberales al mismo tiempo que disolvió la autoridad de la metrópoli, los liberales criollos ya evolucionaban hacia el secesionismo, empujados por la rigidez del dominio peninsular. Con la eliminación reciente de los indígenas como sujeto político autónomo, y derrotadas sus revueltas, las luchas por la independencia, que se nutrirán de los indios como combatientes, están ya presididas por un horizonte liberal y occidental (Klein, 2003).

¹⁷⁰ Una narración de la historia del levantamiento indio contra la colonia puede encontrarse en Stern (1987), Thomson (2000) o Klein (2003: 75-79). Silvia Rivera (2003) proporciona una documentada historiografía del sindicalismo indígena y campesino. Para un estudio de los ecos de la insurrección de 1781 en los movimientos sociales *kataristas* en Bolivia, y en especial en el “cercos” a La Paz durante la “Guerra del Gas” en octubre de 2003, ver Prada (2004), Patzi (2004) o Dunkerley (2007: 28-9).

La República de Bolivia nació en 1825, gracias a la entrada de Simón Bolívar en los territorios de la antigua Audiencia de Charcas. La tierra del primer y más amplio levantamiento contra la colonia fue la última en alcanzar la independencia. De hecho, en los cuarenta y cuatro años que transcurren desde el primer al segundo hito, se produjo un desplazamiento político crucial: fueron los criollos quienes dirigieron la independencia, incorporando a los indígenas de forma subordinada en la nueva República. Ésta nació excluyendo a dos tercios de los habitantes del país de la ciudadanía –para la que se requería alfabetización y propiedad- y reproduciendo las jerarquías culturales y raciales impuestas por la colonia (Dunkerley, 2007: 255-270). La débil integración territorial y la escasa hegemonía de ninguna de las fracciones de la clase criolla, determinaron un Estado débil, sometido a las pugnas y la rapiña de grupos particulares, e inserto en el sistema-mundo capitalista en condiciones de absoluta periferia (Hylton y Thomson 2007: 44-46).

La independencia nacional expulsó a los españoles pero no acabó en absoluto con lo que Aníbal Quijano llama “la colonialidad del poder” (2000b), pues se mantuvieron los dos elementos que la perpetuaban: la jerarquía racial de poder, y una estructura política y económica lastrada por la dependencia. La “república oligárquica” (Kohl y Farthing, 2006) dependía de su débil sector minero orientado a la exportación a bajos precios y sin ningún control sobre el mercado, así como de los tributos extraídos a las comunidades indígenas. Al mismo tiempo, políticamente, el Estado mantuvo el carácter de las administraciones coloniales: escasa penetración territorial más allá de cómo mero extractor de recursos, intermediario en la transferencia de riqueza de las periferias nacionales a las ciudades, y de éstas a los países centrales de la economía-mundo (Frank, 1967: 10). Quizás más importante aún fue la institucionalización de un orden político liberal y blanco, que enajenaba de la nación a la gran mayoría de sus habitantes, en un patrón que José Carlos Mariátegui describe para el Perú postindependencia, y que entiende directamente vinculado al sometimiento de su país a la dependencia económica y a lo que aquí se denomina “vacío hegemónico” (Mariátegui, 1928[1955]).

Las formas de producción y organización social y política construyeron así una rígida infraestructura colonial –incluso después de la independencia formal de la Corona española- por la cual, según Marc Saint- Upéry: “la clase es percibida como una metáfora de la raza y viceversa” (Saint- Upéry, 2008: 76). Además, el Estado, como resultado de la suma de su “parcialidad” y su debilidad estructural en la división internacional del trabajo, no pasaba de

ser lo que René Zavaleta (1985 [2008]) describió con acierto como “Estado aparente”: que formalmente gobernaba todo el territorio, contentándose en la realidad con una geografía política heredada de la colonia, que gravitaba en torno a los centros mineros y exportadores, relegando al resto del país a una condición de semi-integración (Mitre, 2008: 76).

De esta forma, las posiciones en la estructura social son asignadas desde el nacimiento, o cuando menos presentan una rigidez que imposibilita la práctica de la hegemonía, que requiere que las identidades no estén ancladas de forma definitiva, y los alineamientos sociales sean susceptibles de ser políticamente redefinidos. Por otra parte, la evidente parcialidad del Estado lo excluía como el campo de la lucha política más que para las familias “patricias” urbanas.

El “vacío hegemónico” marcó el desarrollo del Estado boliviano bajo la conducción de las élites criollas, de tal manera que ningún gobierno pudo aspirar a una legitimidad derivada de representar “los intereses generales de la sociedad”, y en la que las instituciones públicas mismas eran en consecuencia percibidas como botines o herramientas de intereses particulares por encima del conjunto de grupos étnico-sociales –separados, desarticulados, conviviendo en paralelo aunque bajo el dominio económico-racial de la élite criolla- que habitaban el país.

8.2 La Revolución Nacional: orígenes, características y límites de la primera hegemonía en Bolivia

8.2.1 Antecedentes de la Revolución: El Estado de La Rosca y la articulación estrecha de las élites

El antropólogo Pablo Regalsky describe, en su libro “Etnicidad y clase” (Regalsky, 2003), la historia del Estado boliviano como una guerra permanente, de diferentes intensidades y modalidades según los momentos históricos, frente a las comunidades indígenas andinas y subandinas por el manejo del espacio.

Inicialmente la Corona española administró el espacio colonial a través de un complejo sistema que, respetando la organización comunitaria y las autoridades indígenas, las subordinaba a un orden político dedicado a la expansión del catolicismo y, sobretudo, a la

extracción de materias primas para la metrópoli. Así, la actual Bolivia, constituida entonces como Audiencia de Charcas bajo el Virreinato del Perú en razón de su importancia minera, quedaba dividida en “dos Repúblicas”, la de los indios y la de los colonizadores. La república de indios mantenía cierta autonomía en su organización y manejo de la tierra siempre que cumplierse con el tributo agrícola y la “mita”, o sistema de extracción de trabajo forzoso de las comunidades indígenas hacia las minas, realizada deformando una tradición colectivista originaria y a través de las propias autoridades, los caciques, implicados en la cadena de dominación y explotación colonial (Regalsky, 2003: 45 y 46).

No es hasta el “Primer Ciclo de la Plata” (1844-1875) cuando el Estado boliviano deja de depender casi en exclusiva del tributo a las comunidades indígenas campesinas, gracias a los impuestos sobre la minería y el comercio. Con este cambio, el Estado boliviano se ve libre de su pacto de forzado respeto a la autonomía relativa de las comunidades indígenas, y puede entregarse al proyecto liberal de construcción de un Estado moderno de propietarios individuales y gestión mercantil-capitalista de la tierra.

Este es, según Regalsky, uno de los objetivos del Estado desde la independencia, ya que: “Por detrás de esta idea de *independencia nacional* se hallaba la de borrar el espacio autónomo de la comunidad indígena, que era considerada un estorbo anticuado y un obstáculo al progreso liberal y a la civilización” (Regalsky, 2003: 54).

En cualquier caso, el auge minero y las inversiones extranjeras, sobretudo chilenas y británicas, permiten la construcción de un sistema desigual que combina latifundios y comunidades indígenas con la actividad principal de extracción de minerales a la que el Estado boliviano subordina todo el resto de su economía nacional y su infraestructura política. El resultado es una geografía política marcada por la fragmentación¹⁷¹, y una construcción del espacio político ciudadano igualmente precaria y excluyente. El Estado criollo y liberal, por decirlo en forma breve, se consolidó sobre la misma geografía política y económica fragmentada de la colonia, afirmando así su carácter oligárquico y su intrínseca debilidad “nacional”, traducida en falta de hegemonía de las clases dominantes y un permanente recurso

¹⁷¹ Las selvas amazónicas del norte del país y los fértiles llanos del este y el sur, mientras tanto, permanecieron casi inexplorados hasta que la expansión de la goma a comienzos del siglo XX asociada a la incipiente industria automovilística produjo las primeras colonizaciones y migraciones masivas. La estructura terrateniente y colonial del poder y la tenencia de tierras, no obstante, permaneció inalterada. Allí la confrontación con los pueblos indígenas, mayoritariamente nómadas, no estuvo matizada por ninguna necesidad de mediación, y puede ser caracterizada de manera más contundente como una “guerra de expropiación” (Maclean, 1987: 35-60).

al ejército para sustentar su poder político. En esto coinciden diferentes autores estudiosos de la estatalidad boliviana (Regalsky, 2003; Romero, 2003; Linera 2007).

La burguesía minera, hacendada y comercial consolidada desde finales del siglo XIX, asentada principalmente en el norte del país e identificada como “liberal”, chocó con los “conservadores” sureños –afincados principalmente en la ciudad colonial de Sucre. Este es el conflicto principal subyacente a los enfrentamientos y las pugnas internas entre una élite dirigente enormemente dividida, que eventualmente llevaron a la Guerra Federal y a la reordenación territorial del Estado y política de las élites, a favor de la burguesía de La Paz (Hylton y Thomson 2007: 47-58).

Durante la contienda, el desgraciado final de los caudillos indígenas, que, como Zárate Willca,¹⁷² habían participado a favor de los “liberales” creyendo en que así obtendrían un reconocimiento del derecho a la tierra y a la autonomía indígena, mostró, en las certeras palabras de Kohl y Farthing, que “la brecha entre liberales y conservadores era más fácil de negociar que aquella entre criollos e indios” (2006: 44)¹⁷³.

La verdadera fractura o “frontera” que presidía la vida política boliviana era, de forma nítida, aquella que dividía a las élites criollas de las masas indígenas campesinas. En este contexto, la debilidad estatal y las luchas intestinas de las élites no pueden catalogarse de competencia hegemónica, sino simplemente de golpes de mano y disputas –a veces de carácter poco más que familiar- por las riendas del Estado y sus beneficios económicos asociados (Klein, 1970), en ese momento una maquinaria de dominación descarnada sin capacidad de seducción y construcción de consenso.

Al bloque histórico fraguado entonces, comercial y latifundista bajo la dirección de la burguesía minera, que impuso una política estatal de bajos impuestos a la extracción de minerales, escasos aranceles importadores y subsidios a los agroexportadores, se le conoció como “La Rosca”, por las tres familias que controlaban la producción del estaño (Dunkerley, 1984).

¹⁷² Para una investigación más profunda sobre la rebelión indígena producida en el marco de la guerra entre liberales y conservadores, véase: Condarco Morales (1983)-

¹⁷³ Traducción propia.

8.2.2 1952 y el Nacionalismo Revolucionario

La Guerra del Chaco (1932-1935) supuso la crisis de este régimen político, y el inicio de tendencias que aún marcan la vida política del país. La desastrosa y humillante derrota en una guerra financiada e instigada por las petroleras -Standard oil para Bolivia, Dutch Shell para Paraguay-, la crisis económica iniciada con el Crack del 29 y el desplome del precio del estaño, del que Bolivia era totalmente dependiente, y la crisis del sistema bipartidista de la República oligárquica, son los factores de la quiebra del orden político de la oligarquía exportadora¹⁷⁴.

Si la Guerra del Pacífico con Chile (1879-1884) tuvo desastrosas consecuencias geopolíticas –pérdida de la salida al mar- y económicas –pérdida de los valiosos yacimientos de guano y de salitre- para Bolivia, la Guerra del Chaco fue además el cazo donde se fraguó la alianza que finalmente derrotaría a la oligarquía minera. En los campos de batalla de una guerra impopular y que afectó a la gran mayoría de las familias bolivianas, se fraguó una nueva identidad nacional al entrar en contacto indígenas de etnias diversas, jóvenes oficiales nacionalistas, estudiantes y trabajadores urbanos (Klein, 1992: 42-43).

La movilización militar alimentó la “comunidad imaginada” de la nación boliviana entre combatientes de territorios y culturas extremadamente diferentes y antes ajenos entre sí, que eran así conscientes por primera vez de su común enajenación del Estado oligárquico minero-feudal. Se producía así, por vez primera en Bolivia, una articulación de intereses antes dispersos, entre grupos sociales que se veían vinculados, en una “cadena de equivalencias” (Laclau, 2005), por la frustración común de sus demandas, y su exclusión compartida del Estado boliviano.

La Revolución comenzó así fraguando una voluntad nacional-popular que nombraba a la comunidad nacional por el mismo acto que la diferenciaba de la oligarquía que “saqueaba la patria” y se la entregaba a los capitales extranjeros (Montenegro, 1946 [1991]; Almaraz

¹⁷⁴ La quiebra del orden oligárquico, los antecedentes de la Revolución de 1952 y la construcción de hegemonía nacionalista en Bolivia merecen un libro entero para ser descritos en su apasionante complejidad. Afortunadamente, ese libro está escrito, y a él se remite el texto: Se trata de la obra de James Dunkerley *Rebellion in the veins, Political Struggle in Bolivia 1952-1982*. (1984). La traducción de esta obra al castellano recientemente por la Editorial Plural acerca más este material, que puede ser reseñado como la mejor lectura histórica del siglo XX boliviano, de lectura inexcusable para los investigadores interesados en la materia.

1967). Esta será, como se verá después, una de las herencias principales de la “Revolución Nacional” en el imaginario político y el sentido sedimentado en la vida política boliviana.

De hecho, esta construcción hegemónica produjo la crisis acelerada de la República “oligárquica”, y una sucesión de regímenes militares que alternó los “nacionalistas” o de nacional-desarrollismo militar –que llegaron a nacionalizar la compañía norteamericana Standard Oil- con los “anticomunistas”, la Revolución de 1952 acabó con el llamado “sexenio conservador”¹⁷⁵.

En la insurrección de abril de 1952, que había estado precedida por una larga e irregular acumulación de fuerzas por parte del Movimiento Nacionalista Revolucionario, el campesinado y los mineros¹⁷⁶ fueron la punta de lanza de un choque militar extremadamente breve, símbolo del aislamiento de las viejas élites gracias a la construcción hegemónica nacionalista, encabezada por la clase media urbana y mestiza y su proyecto desarrollista y estatista.

La Revolución nacionalista produjo transformaciones tan importantes como la reforma educativa, el voto universal, la nacionalización de las minas o la reforma agraria en el occidente andino –que fragmentó la tierra en miles de minifundios de escasa productividad, a la vez que permitió el retorno a formas comunitarias de explotación y gestión de la tierra y el territorio. Sin duda el mayor esfuerzo de modernización e integración territorial del país, la Revolución buscó reforzar la estatalidad a través de un discurso homogeneizante y nacionalista que sustituyó el calificativo de “indígenas” por el de “campesinos” para las mayorías sociales rurales andinas, a la vez que desarrollar en el oriente un polo de producción agropecuaria articulado a un naciente mercado nacional (Romero, 2003). En suma, se trataba de un proyecto de modernización estatista y de pacto interclasista en torno a la promesa de democratización del sistema político, concesiones relevantes a los sindicatos –como ciertas modalidades de “cogestión obrera” en las minas estatalizadas- y reparto del excedente

¹⁷⁵ De nuevo Dunkerley tiene una interesantísima obra monográfica sobre el Ejército boliviano, en la que expone su tesis de que en él han convivido históricamente estas “dos almas”: la nacionalista y la anticomunista, compartiendo muchos elementos culturales pero pudiendo llegar a intervenciones políticas de signo casi antagónico. Ver: Dunkerley (2006).

¹⁷⁶ Organizados en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, poderoso núcleo fundador de la Coordinadora Obrera Boliviana, nacida precisamente en 1952, y la principal institución de las clases subalternas durante la segunda mitad del siglo XX, y aún de enorme peso simbólico en su apoyo al gobierno de Evo Morales, a través por ejemplo de la invitación al Presidente a la manifestación del 1 de Mayo o de la inclusión de dirigentes sindicales como Ministros de Trabajo en el Gabinete de Morales.

económico creciente como resultado de la mayor intervención estatal en la economía (Kohl y Farthing, 2006: 48-49). Un modelo que después se dio en llamar de “Industrialización por Sustitución de Importaciones” siguiendo un patrón ya ensayado en otros países latinoamericanos, y que imperó en la región hasta la década de 1980¹⁷⁷.

Sin embargo, la Revolución Nacional, en ese movimiento tan característico de péndulo del que habla Gerardo Aboy para los regímenes “populistas” (Aboy, 2005), tuvo una evolución de progresivo relajamiento de su dialéctica antiimperialista, y de disolución de las fronteras internas –de clase- en la comunidad nacional, ahora supuestamente armónica de nuevo bajo la conducción de un Estado nacionalista.

En esa clave hay que leer el desarrollo posterior, que escorando la colaboración con la Central Obrera Boliviana –COB- a los márgenes de la acción de Gobierno. En una elección geopolítica significativa, el Estado boliviano se acercó gustoso a la enorme influencia económica y política de Estados Unidos, que exigió como primera condición para sus sustanciosos préstamos financieros el restablecimiento, en 1956, del ejército nacional, que había sido desarmado y disuelto por las milicias obreras durante la insurrección de abril.

Se inauguraba ya un patrón de relaciones que caracterizaría la precaria hegemonía –pero primera hegemonía en Bolivia, al fin y al cabo- del Movimiento Nacionalista Revolucionario: el alejamiento de la COB y el movimiento obrero se profundizaba conforme el Gobierno aplicaba las restricciones en materia macroeconómica y los ajustes salariales recetados por el Fondo Monetario Internacional; mientras tanto, el campesinado seguía inmerso en redes de clientelismo y caudillismo manejadas por el MNR y alimentadas por la entrega de tierras. Esta sería la base de la articulación política en la que descansarían los sucesivos gobiernos, incluyendo las dictaduras militares: el aislamiento y la represión de los núcleos obreros posibilitado por la inclusión de la identidad política campesina en el discurso nacionalista, que

¹⁷⁷ Estos proyectos de ruptura de la subordinación económica de los países del sur a través de la intervención estatal están inspirados y orientados por las teorías de la “Escuela de la Dependencia”. De forma sintética, se puede decir que un régimen de acumulación dependiente es el que subordina el aparato productivo nacional a los intereses de las grandes potencias, de las que se convierte en una economía subsidiaria, especializada en la producción de bienes que incorporan poco valor añadido, por lo que se produce, en el “intercambio” desigual, una extracción del excedente económico de las economías dependientes a las dominantes. Una formulación clásica de esta teoría puede encontrarse en: Frank (1972, 1979) y Mandel (1978); para una actualización de la misma, véase: Hoogvelt (2001) y Chang (2002).

En otro lugar nos hemos ocupado de la relación entre la condición dependiente, o periférica, de Bolivia en la economía mundial y su dinámica política, particularmente en relación con la incapacidad hegemónica de las élites. Ver: Errejón, Espasandín e Iglesias (2007).

de esta forma además ocultaba las diferencias étnicas y culturales en un relato mestizo que sacó “lo indígena” de la vida política boliviana por varias décadas (Hylton y Thomson 2007: 80).

8.2.3 Límites y descomposición política de la hegemonía de 1952: el período de las dictaduras y el auge de la élite cruceña

En 1964 el General René Barrientos dio un golpe de Estado invocando “la amenaza comunista”. Su dictadura duró cinco años y se caracterizó por una furiosa represión contra las organizaciones del movimiento obrero, un estilo populista y paternalista de mando, y por la obediencia a los planes de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional que, a su vez, exigían de la represión estatal contra la resistencia sindical para ser impuestos. La dictadura de Barrientos acabó cayendo bajo la crisis económica y la resistencia sindical y, en menor medida, guerrillera. Los breves períodos democráticos posteriores mostraron que el mismo problema seguía abierto: la incapacidad de las clases dirigentes para emprender un programa de desarrollo que incluyese a grupos subordinados y que no descansase exclusivamente sobre el dominio directo de las clases populares (Dunkerley, 2007: 187-213).

En esas condiciones, la irrupción dictatorial de Hugo Bánzer, un militar ligado a las familias latifundistas de la región oriental de Santa Cruz, era previsible. Durante su régimen (1971-1978) Bánzer emprendió una feroz represión contra la izquierda y el movimiento obrero, al mismo tiempo que, mirando a Washington, dismanteló las protecciones para la industria nacional que todavía quedaban en pie, y la cesión de los derechos estatales de explotación de los recursos naturales a compañías multinacionales, que así recibieron compensaciones millonarias por las nacionalizaciones de los anteriores gobiernos de nacional-desarrollismo militar. El lugar de nacimiento de Bánzer, Santa Cruz, fue abrumadoramente favorecido por el Gobierno como polo de desarrollo agroindustrial, transfiriendo a las plantaciones e “ingenios” de soja, café, azúcar y algodón gran parte de los excedentes producidos a escala nacional, en forma de ayudas, subsidios, préstamos y protecciones (Soruco, 2008).

Las dos prioridades económicas del *banzerato* fueron incrementar las exportaciones de materias primas –recursos minerales y producción agrícola- y favorecer la inversión de capital extranjero en el país. Se puso en marcha una política de masiva redistribución fiscal orientada

a subvencionar las grandes propiedades agrícolas en el oriente Boliviano, concretamente en Santa Cruz, de donde el dictador provenía¹⁷⁸ y en dónde se encontraba el verdadero sustento de su régimen: el Comité Cívico de Santa Cruz, que operó efectivamente como la cámara empresarial del departamento. Igualmente importante, se cedieron los derechos estatales de explotación de los recursos naturales a compañías multinacionales, que así recibieron compensaciones millonarias por las nacionalizaciones de los anteriores gobiernos de nacional-desarrollismo militar (Dunkerley, 1984: 201-248).

Este apoyo político promovió una política de subvenciones estatales a los sectores agroexportadores –de café, soja, arroz, algodón, etc.- y a las explotaciones gasíferas y petrolíferas de Santa Cruz consolidaron la región como polo exportador, al tiempo que operaron como masivas transferencias de capitales públicos que se convertían en beneficios privados sin apenas impacto sobre la economía nacional, ya que se trataba de rubros de poco valor añadido y escasa articulación con la economía nacional¹⁷⁹.

Esta ha sido desde entonces la composición social de una élite empresarial interesada en un modelo de desarrollo como el referido, que produce enormes dificultades políticas al Estado boliviano para construir un sistema político estable y duradero, mediante el consenso y la satisfacción de un número relevante de las demandas sociales que se le presentan.

La élite cruceña, liderada por un reducido número de familias de ascendencia centroeuropea y balcánica, inmigradas tras la II Guerra Mundial, ha establecido una relación ambivalente con el Estado boliviano, del que depende su éxito comercial pero al que ven como alejado, arcaico, rémora para su inserción en la economía global. Se trata de una imaginación espacial no exenta de componentes racistas, como muestra el término “Media Luna” con el que se denomina la unión de los departamentos orientales, supuestamente mestizos y prósperos frente al occidente indígena y atrasado, por analogía a las últimas regiones “cristianas, blancas y civilizadas” en Europa del este frente al Imperio Otomano (Peña, 2003: 14).

¹⁷⁸ En todo caso esa política de subvenciones distó mucho de ser homogénea, y a menudo siguió criterios de favoritismo o clientelismo. Aún hoy, yendo de Santa Cruz de la Sierra a la Chiquitania, el viajero se encontrará con que la carretera finaliza en Concepción, el pueblo natal de Hugo Bánzer.

¹⁷⁹ Este patrón de desarrollo ha sido estudiado por diferentes autores, que coinciden en definirlo como característico y a la vez reproductor de la inserción subordinada de un país en la economía-mundo. (Mandel, 1978; Gunder Frank, 1979; Zeitlin, 1984; Evans, 1995; Hoogvelt, 2001; Chang, 2002).

De estas condiciones parte el proyecto regionalista conservador que ha constituido la principal oposición al primer Gobierno de Evo Morales (2006-2009); una identidad política que descansa sobre el mito de la “desconexión” del oriente “camba”, rico y emprendedor, con respecto al occidente arcaico (Maclean, 1987; Waldmann, 2008). Aunque una parte importante es la defensa de la “tierra” entendida como los latifundios que atraviesan la región, el proyecto político de la derecha regionalizada también descansa sobre una importante identificación cultural con el territorio.

Nunca como en la dictadura de Hugo Bánzer la élite empresarial de Santa Cruz ha jugado un papel tan central en la política nacional boliviana, pero desde entonces se asentó como un polo conservador cuya adhesión al Estado boliviano dependía fundamentalmente de la orientación política del Gobierno, un polo con capacidad creciente de negociación y, llegado el caso, veto y desestabilización.

Sin embargo, al Gobierno de Bánzer no le bastó ni con el apoyo del bloque empresarial cruceño ni con sus relativamente buenas cifras macroeconómicas. Pronto aumentaron las contradicciones de un modelo de desarrollo que reducía el margen político de maniobra para construir mayorías estables, ya que hacía descansar precisamente sobre esas mayorías la acumulación privada de las élites orientales.

Al eliminar el subsidio a los productos básicos y a los bienes agrícolas en 1974, Bánzer atendía los intereses de los grandes propietarios de las tierras bajas orientales, pero se ponía enfrente a los pequeños propietarios y comunidades indígenas del altiplano y el valle. El sindicalismo campesino, que ya comenzaba a articularse también en clave “indianista”, emergió entonces como quebradero de cabeza de la dictadura. Con la “Masacre del Valle”, en 1974, Bánzer enterró el Pacto Militar-campesino junto con el más de un centenar de campesinos asesinados en Tolata, Cochabamba (Hylton y Thomson, 2007: 86). Este sería, en adelante, uno de los movimientos de desestabilización de todos los gobiernos que en lo sucesivo basaron sus planes de desarrollo en medidas que repercutiesen sobre los sectores más empobrecidos, y se acabó convirtiendo en el principal movimiento social del país, a través de la Central Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB)¹⁸⁰.

¹⁸⁰ Esta organización ha sido el principal apoyo del gobierno de Evo Morales, y con certeza se puede afirmar que tiene parte de la responsabilidad de las altísimas votaciones –de hasta el 80 y 90%– que el MAS obtiene en las localidades rurales de todo el occidente andino del país. Por su peso político y su importancia como referente y

El final de la dictadura de Banzer fue también el comienzo de la agudización de la agonía de la herencia nacionalista de 1952. Ningún régimen dictatorial pudo desmontar completamente los derechos sociales adquiridos en la Revolución Nacional ni, lo que es más importante, la conciencia colectiva de que el Estado debía ser en última instancia el garante del bienestar material del conjunto de los ciudadanos del país. Pero, al mismo tiempo, las políticas que apuntaban hacia un régimen de acumulación dependiente dificultaban enormemente la satisfacción de la gran mayoría de las demandas de los sectores más pobres, y por tanto facilitaba la polarización del campo político contra el régimen imperante, que solía acudir a la violencia estatal para mantenerse.

En el largo período dictatorial que vivió Bolivia, tan sólo trufado de fugaces experiencias democráticas, entre 1964 y 1982, puede ser interpretado como una manifestación de crisis de hegemonía en la medida en que las élites económicas, incapaces de conseguir no ya el consenso de proporciones significativas de la población, sino incluso el asentimiento pasivo de los sectores populares, tuvieron que acudir a la más desnuda y descarnada coerción. No es en absoluto casualidad que el período de historia presidido por la Revolución de 1952 esté presidido por la imagen de que sólo el ejército y la Central Obrera Boliviana constituyeron estructuras políticas verdaderamente estables. El primero sustituyó la incapacidad política de la burguesía nacional para realizar una conducción estatal que incluyese, aún en forma subordinada, a sectores de la mayoría social empobrecida; y la segunda siendo la causa –y la víctima- de la permanente violencia de un Estado incapaz de producir hegemonía. Este bloqueo es la evidencia de la ausencia de espacio para una práctica hegemónica, que es sustituida por el enfrentamiento y la lucha por la dominación.

Como ya ha estudiado con éxito Sara Motta para el caso Chileno (Motta, 2008), las élites bolivianas, atrapadas en una política de desarrollo que les obligaba a enfrentarse con las mayorías sociales empobrecidas sin poder desarticular su unidad en la exclusión, debían contradecir el mismo imaginario nacionalista en el que basaban su escasa legitimidad. La aparente fortaleza de su dominación era la mejor expresión, entonces, de la debilidad de sus consensos.

Si Gramsci afirma que una clase es hegemónica cuando puede presentarse como desarrollando

emisor del discurso oficialista, dos dirigentes de la CSUTCB, entre ellos su Secretario general, fueron entrevistados para esta investigación.

el conjunto de los intereses de una sociedad, los intereses de las élites económicas bolivianas, obligadas además a legitimarse acudiendo al imaginario nacionalista cuyas políticas violaban, se revelaban como exclusivamente particulares, “egoístas”, ajenos al avance de la mayor parte de la sociedad.

Desde este punto, el vigor intelectual y cultural que acompañó al despliegue de las reformas neoliberales, y que sedujo al conjunto de las élites sociales y políticas y a la gran mayoría de bolivianos durante más de dos décadas, adquiere otra tonalidad. La de una hegemonía expansiva que respondió al agotamiento del nacionalismo estatista del 52, construyendo una nueva mayoría política en torno a un discurso de desarrollo, libertad individual y eficiencia.

8.3 La hegemonía neoliberal en Bolivia

8.3.1 De qué hablamos cuando decimos “neoliberalismo”. Una teoría hecha proyecto político

El neoliberalismo es un proyecto político internacional, aunque sus concreciones sean siempre necesariamente nacionales o regionales, sustentado en las elaboraciones de académicos como Frederick Hayek (1944), Milton Friedman (1962), y más recientemente, Francis Fukuyama (1992). Las premisas de las que parte son una serie de asunciones ideológicas de acuerdo con las cuales la sociedad ideal es aquella compuesta por individuos egoístas maximizadores de utilidad que se encuentran en mercados de libre intercambio, más eficientes que ninguna otra forma de distribuir los recursos, y que necesitan de una regulación mínima del Estado para asegurar la competencia y el orden.

Chile fue el primer país en América Latina donde estas políticas se aplicaron, tras el golpe de Estado de Pinochet en 1973, apuntando hacia la apertura de mercados, la transferencia de recursos al sector empresarial privado, y la drástica reducción de los costes laborales y las políticas sociales estatales. Esta política produjo crecimiento macroeconómico, pero disparó la desigualdad en la distribución de la renta y aumentó la pobreza (Kurtz, 2004: 9). Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en Estados Unidos desarrollaron en los años 1980 políticas innovadoras para los países centrales de la economía-mundo, consistentes en

agresivos planes monetaristas de reducción del gasto público y desregulación de los mercados¹⁸¹.

En los países periféricos en la economía-mundo, los préstamos de las instituciones financieras internacionales –Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial- jugaron un papel político de primer orden: El uso condicionado de la deuda externa como medida de presión, a favor de la adopción de políticas librecambistas, de reducción del gasto público y desregulación de los mercados. Peter Gowan analiza de forma brillante este régimen de gobernanza global al que denomina “Régimen Dollar-Wall Street (Gowan, 2000).

No obstante, una reordenación tan profunda de las estructuras y las políticas económicas no podría haberse realizado sin un amplio consenso entre los “expertos”, fraguado en las universidades norteamericanas y europeas, y después asumido en otros centros emisores de discurso. Peet (2002) ofrece una explicación convincente sobre el giro en la política del Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela una vez que llegó al Gobierno en los años 1990, bajo la influencia de los “complejos académicos-intelectuales-mediáticos” que anclaron los significantes vacíos “progreso”, “desarrollo” o “modernización” a significados políticos concretos: subordinación de la economía al capital privado extranjero, reducción de costes laborales y sociales, intervención estatal sólo a favor de la propiedad. Motta realiza una investigación que demuestra, para el caso del giro en la política del Partido Socialista Chileno tras el final de la dictadura, cómo la hegemonía neoliberal se despliega mediante un liderazgo intelectual que hace aparecer las opciones alternativas de desarrollo como “utópicas”, “arcaicas” o “extremistas” (Motta, 2008). En general, la vinculación entre el liderazgo intelectual y la implantación de políticas neoliberales es respaldado en la mayor parte de los trabajos sobre la cuestión (Goldfrank, 1999; Peet, 2003).

¹⁸¹ Estas políticas han sido vistas por varios autores como “contrarrevolución preventiva” frente a la conflictividad obrera y estudiantil del ciclo de movilización abierto en 1968 (Wallerstein, 2004; Harvey, 2007). En un contexto de crisis económica global tras el *crack* de 1973 y de una aguda caída de la tasa de ganancia, las reformas neoliberales supusieron un intento a la ofensiva de las élites económicas para librarse de los costes que el pacto social keynesiano-fordista les exigía en los países del norte (Santos, 2005; Harvey, 2007). Un proyecto, por tanto, eminentemente político, orientado a resolver problemas en el régimen de acumulación y a restituir su poder de clase, reordenando todo el sistema financiero internacional salido de Bretton Woods (Arrighi, 1999) para convertirlo, en palabras de Harvey “en uno de los centros principales de redistribución mediante la especulación, la depredación, el fraude y el robo” (Harvey, 2007: 11). Se trata, evidentemente, de una redistribución regresiva, en beneficio de las clases dirigentes a escala global y estatal-nacional. En general, las revisiones más interesantes sobre el neoliberalismo que han inspirado esta investigación se encuentran en David Harvey (2004, 2007) y en Sousa Santos (2005).

Benjamin Kohl y Kohlin Farthing realizan, en su libro “Impasse in Bolivia” (2006) quizás el mejor análisis de la hegemonía neoliberal en Bolivia. En él destacan que en el país andino ésta revistió un carácter marcadamente político, al asociarse a una retórica de democracia y descentralización, vinculada, desde la potente difusión de universidades norteamericanas, a las políticas de ajuste estructural¹⁸² como única vía de desarrollo y modernización (Kohl y Farthing, 2006: 26), allanada esta certidumbre por el fracaso de las experiencias de “Industrialización por Sustitución de Importaciones” en América Latina¹⁸³. Se fraguó así un cierto “sentido común” entre las élites, que impregnó a amplias capas de la población con una promesa de movilidad social individual ascendente asociada a valores de libertad individual frente a la mediación gremial-sindical y del poder estatal, representado como corrupto e ineficiente (Kohl y Farthing, 2006: 48).

8.3.2 El despliegue de la hegemonía neoliberal y la “Nueva Política Económica”

La Unión Democrática y Popular fue una amplia coalición de la izquierda boliviana que gobernó el país de 1982 a 1985, tras ser restituido el parlamento que no llegó a tomar posesión por el golpe y la breve narco-dictadura del general García Meza (1980-1981)¹⁸⁴.

Al formarse el Gobierno, la coalición UDP, que agrupaba al MNR-I –una escisión de izquierdas del MNR “histórico”, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido

¹⁸² Las medidas contenidas en los Programas de Ajuste Estructural comenzaron a conocerse como “el Consenso de Washington”, convertido en “sentido común” entre las clases dominantes a nivel internacional. Sus puntos fundamentales los identifica el propio economista del Banco Mundial, John Williamson, que acuñó el término: disciplina fiscal, con déficits en ningún caso superiores al dos por ciento; reformas fiscales que alivien parte de la carga impositiva que cae sobre las empresas; liberalización de los sectores financiero –con tasas de cambio unificadas- y comercial; desregulación laboral e industrial y eliminación de las barreras y aranceles que obstaculizan la inversión extranjera; privatización de empresas públicas; y garantías a la propiedad privada (Williamson, 1993: 1332-33). Este recuento es acertado, si bien más bien benévolo: se echan en falta referencias a las prácticas antisindicales y por la flexibilización y precarización de las condiciones de empleo, a la desregulación en materia medioambiental o al carácter regresivo de las reformas fiscales y de la reducción del gasto social.

¹⁸³ Además de las dificultades de dichas experiencias para gestionar la alianza de clases en la que se sustentaban en cada país –fundamentalmente entre la burguesía industrial y la clase obrera urbana- (Vilas, 1981), los modelos “ISI” fracasaron en sus objetivos más específicamente económicos, causando grandes desequilibrios en la balanza de pagos, desmesurados crecimientos de la inflación y dependencia de bienes de capital en los países que adoptaron tal estrategia contra la dependencia económica (Evans, 1995; Chibber, 2004).

¹⁸⁴ Dunkerley (1984: 326-343) realiza un análisis incisivo sobre el significado político y el desarrollo de la dictadura de Meza, orientada fundamentalmente al exterminio físico de la izquierda y el enriquecimiento de las familias afines al régimen, fundamentalmente a través del negocio de la cocaína, lo que le granjeó la enemistad de Estados Unidos, que unida a la resistencia popular, terminó por hacer colapsar el efímero régimen.

Comunista Boliviano, heredaba la difícil tarea de gestionar la democratización del país en un contexto de profunda crisis económica que golpeaba a Bolivia con especial saña por la caída de los precios del estaño, principal exportación del país. El Gobierno de Siles Zuazoayó finalmente, tres años después, víctima de una política económica titubeante, que oscilaba entre la dependencia de la ayuda económica norteamericana y la imposibilidad de cumplir con sus requisitos sin enajenarse el apoyo social del movimiento obrero y la izquierda en que se sustentaba (Dunkerley, 2007).

El descrédito de la izquierda en el Gobierno para dar respuesta a la crisis fue el de todo el imaginario nacional-desarrollista, alfombra sobre la que se desplegó la hegemonía neoliberal en Bolivia.

El mejor símbolo del terremoto que ésta supuso se encuentra en el hecho de que el primer Gobierno y Presidente que la instauran fueron, ambos, símbolos de la Revolución nacionalista y antiimperialista de 1952. Las elecciones de 1985 entregaron el poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario, con Víctor Paz Estenssoro a la cabeza, que llegó al poder apoyado por Acción Democrática Nacionalista –ADN, el partido político derechista fundado por el ex dictador Hugo Bánzer-. Su programa se centraba en duras medidas deflacionarias, un plan de choque contra la crisis, y un nuevo acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.

El primer paquete de reformas neoliberales estaba orientado por un propósito deflacionario y estabilizador, que buscaba anular los restos de intervencionismo estatal en la regulación industrial, y reducir drásticamente el gasto público. El Decreto Supremo –aprobado por el Ejecutivo- 21060 se convirtió en un símbolo político al introducir el lenguaje y los valores neoliberales en la discusión política (Kohl y Farthing, 2006: 65), y abrió la puerta a más profundas transformaciones liberales, liberalizando la tasa de cambio, el mercado financiero y los precios. El Decreto Supremo 21369, por su parte, eliminó las protecciones a la industria nacional, abriendo plenamente la economía al capital internacional (Dunkerley, 2007: 149-50). Las medidas se extendieron en lo que se conoció como la “Nueva Política Económica”.

El apoyo de la patronal, la Confederación de Empresarios Privados de Bolivia, le aseguraba al Gobierno el respaldo unánime de los diferentes sectores empresariales; el clima académico-mediático-intelectual y político internacional favorecía las medidas adoptadas, y la práctica totalidad de los partidos del arco parlamentario suscribían, con matices, el mismo programa

político-económico (Dunkerley, 2007: 145-7). Las cifras macroeconómicas avalaban también la gestión de Paz Estensoro como un “milagro económico”: La inflación fue espectacularmente reducida, se estabilizó la economía incrementando la productividad, se equilibró la balanza comercial y se terminó con el déficit fiscal. La política de estabilización deflacionaria era un éxito siempre que no se tuviesen en cuenta sus enormes costes sociales: un 20% de paro más un 60% e subempleo, despidos masivos y congelaciones de salario en el sector público, incremento regresivo de los impuestos al consumo, especialmente de la energía, para apoyar la reducción del déficit público (Dunkerley, 2007: 150-154).

La crisis definitiva de la minería del estaño dejó a casi 30.000 mineros en el paro, descabezando en el plano político al núcleo del movimiento obrero boliviano¹⁸⁵. La débil industria nacional, principalmente textil, había sufrido por su parte los efectos de la retirada de aranceles, lo que terminó de pulverizar los núcleos obreros con los masivos cierres de empresas (Kohl y Farthing, 2006: 71-72). En conjunto, esto supuso la derrota de la Central Obrera Boliviana, que había sido, desde la Revolución de 1952, el polo de construcción de narrativa e integración nacional más importante para las clases populares del país (Tapia, 2006: 247). La ofensiva neoliberal socavaba las bases materiales de la composición obrera sobre la que descansaba la COB –empleo estable, sistema de ascensos basados en la antigüedad y los saberes transmitidos en gran medida por los trabajadores mismos, mediación sindical, convenios colectivos, etc.- al tiempo que, políticamente, denunciaba la acción sindical como “egoísta” y parcial, representante tan sólo de determinados sectores que se oponían al progreso general del país (García Linera, Chávez León y Costas Monje, 2004).

El vacío producido por el ataque a la mediación sindical entre el Estado y la sociedad civil será ocupado por el reconocimiento multicultural¹⁸⁶, las ONGs (Dunkerley, 2007: 175-8) y una inserción en el mercado de porcentajes de la población menores de lo esperado. Pero el proyecto “democrático” descansaba, sobretudo, en palabras de Luis Tapia, en la sustitución de la “mediación ascendente” de las organizaciones sindicales por la “mediación descendente” de los partidos como redes clientelares y prebendales (Tapia, 2006: 248-252).

¹⁸⁵ Aunque también privando al estado de enormes beneficios fiscales, algo que se dejaría sentir en el medio plazo. Para un análisis de la crisis de la minería y sus efectos políticos y fiscales en el Estado boliviano, ver: Crabtree, Duff y Pearce (1987).

¹⁸⁶ Nancy Postero (2007) desarrolla un interesante argumento sobre el multiculturalismo como componente central de la gobernabilidad neoliberal

La izquierda política, por su parte, se dividía entre la parcial seducción de sus dirigentes políticos por el nuevo liderazgo intelectual, y la incapacidad de postular un horizonte alternativo de salida de la crisis en el que articular las diferentes resistencias corporativas sindicales.

El MNR, haciendo uso de su experiencia histórica, prefirió dejar al campo, en primera instancia, fuera de su paquete de medidas de ajuste, como forma de asegurarse relativa paz social y el aislamiento de las protestas obreras (Kohl y Farthing, 2006: 163). No obstante, el efecto a medio plazo de la liberalización de precios agrícolas provocada por el Decreto 21060 arruinó a miles de productores minifundistas del occidente, empujándolos a migrar a Santa Cruz, Cochabamba o El Alto –donde se encontraron con los exmineros también migrados hacia la informalidad urbana (Lazar, 2008). También nutrió las filas de la CSUTCB, cuyo discurso campesinista e indianista iba permeando en capas cada vez mayores de la población rural (Hylton y Thomson, 2007).

Gran parte de los trabajadores expulsados del mercado de trabajo subsistieron gracias a las remesas de los enormes contingentes de emigrantes, del contrabando y la economía informal, y de la producción de coca y cocaína¹⁸⁷ La economía informal en 1994, apenas una década después de la implantación de la NEP, englobaba ya a dos tercios de los bolivianos, suponiendo el 50% de la economía nacional (Baer, 1994: 98)¹⁸⁸. En 1986 la producción de coca era nada menos que el 20% de las exportaciones del país, y, por otra parte, las ventas de cocaína igualaban a las exportaciones legales del país (Dunkerley, 2007: 163).

Gran parte de las migraciones se dirigieron a los Yungas de La Paz o al Chapare cochabambino, zonas de cultivo tradicional de la hoja de coca. El lógico incremento en la producción de coca enfrentaba al Gobierno boliviano con el estadounidense, cuya política antidrogas “externalizaba” el problema a los países productores de materia prima (Subercaseaux y Sierra, 2007: 152-3). La capacidad de influencia económica de EEUU¹⁸⁹ arrastró a los sucesivos gobiernos a emprender las campañas de “coca cero”. (Hylton, y

¹⁸⁷ Más adelante se ofrece una explicación más detallada de la problemática política de la hoja de coca, y su lugar central en el discurso del Movimiento Al Socialismo, pero de momento es suficiente con hacer notar la radical diferencia de los dos productos y de sus respectivos mercados, y de remitir a literatura más específica: Subercaseaux y Sierra (2007, Capítulo 16) y Berniola González (2008).

¹⁸⁸ Citado en Kohl y Farthing (2006: 73). Traducción propia.

¹⁸⁹ Dunkerley calcula que el 30% de las exportaciones bolivianas estaban destinadas a Estados Unidos, que además era el principal donante de ayuda al desarrollo (Dunkerley, 2007: 81).

Thomson, 2007: 98), que en la práctica se convirtieron en una larga, costosa, cruenta e impopular “guerra” contra los poderosos sindicatos cocaleros, organizaciones de productores que organizaban toda la vida social de sus municipios¹⁹⁰, lo que complicaba enormemente las políticas de erradicación de los arbustos de coca.

La defensa del cultivo de coca, sustento económico de miles de familias y elemento de gran importancia cultural y nutritiva para los pueblos indígenas aymaras y quechuas (Subercaseaux y Sierra, 2007: 148) , convirtió al movimiento cocalero en uno de los más importantes del país, y a la coca en un poderoso símbolo de articulación de luchas de los sectores subalternos (Dunkerley, 2007: 81).

Estos factores tendrían un peso decisivo en el auge de la acción colectiva contra los gobiernos neoliberales, pero eso sería años después. En el final de la década de 1980, el consenso interparlamentario, de la mayor parte de los actores sociales y de las instituciones financieras internacionales, sumado a los buenos datos macroeconómicos, apuntalaban una hegemonía neoliberal expansiva. Los sectores sociales que se quedaban fuera de su articulación de voluntad general, se encontraban aún desarticulados y encerrados en sus particularidades. El último horizonte en el que inscribieron sus demandas específicas con capacidad de interpelación a una mayoría social fue el nacionalista y estatista de 1952, que se encontraba en esos momentos ampliamente desacreditado (Prada, 2006).

Un ejemplo del consenso neoliberal es el conocido como “pactismo”, por el que la práctica totalidad de los partidos políticos formaron gobiernos de coalición con todas las combinaciones de siglas posibles, incluyendo a enemigos irreconciliables que se unían por “responsabilidad democrática”, como ADN, partido del exdictador Hugo Bánzer y el MIR, del exrepresaliado por la dictadura Jaime Paz Zamora.

Si por una parte esta práctica mostraba la carencia de mayorías suficientes en un solo partido y la debilidad de las maquinarias partidarias; por la otra revelaba hasta qué punto toda la élite política estaba impregnada de la inevitabilidad de las reformas, y del sentido común neoliberal como el límite de todas las actuaciones políticas. En palabras de Mayorga:

¹⁹⁰ Como ejemplo, basta citar que este investigador tuvo acceso, en diciembre de 2007 en Coroico, en los Yungas de La Paz, a un documento en el que el secretario general del sindicato –en singular- acreditaba oficialmente, junto con el cura, un matrimonio, que así adquiría condición de oficialidad.

“El funcionamiento continuo de la democracia pactada durante casi dos décadas no se explica por el simple predominio de cálculos instrumentales e intereses clientelares por parte de los socios de las coaliciones sino, también, por la vigencia de un principio hegemónico con capacidad para ordenar las prácticas y los discursos de los partidos relevantes” (Mayorga, 2007b: 192).

Ese “principio hegemónico” sería para Mayorga la suma de liberalismo económico y democracia representativa, y la crisis del sistema de partidos posterior no sería sino la manifestación del fin de su vigencia.

Por tanto, se puede hablar de hegemonía neoliberal en Bolivia en la medida en que un mismo discurso nutría las propuestas de los diferentes actores políticos y sociales, funcionando como imaginario transversal en el que se inscribían casi todos los proyectos particulares, en consecuencia relativamente por encima de la competición política: el baile de siglas que entre 1985 y 2003 aplicaron casi sin variaciones las mismas políticas, reuniendo por ejemplo a antiguos enemigos formalmente ideológicamente opuestos, da cuenta, más que de una “traición”, del grado de extensión del consenso neoliberal y de la seducción y cooptación de su liderazgo intelectual y moral. También es un indicador de la hegemonía el hecho de que aquellas demandas y grupos sociales que quedaban excluidos, eran desarticulados y sometidos al aislamiento político.

En ese sentido, el neoliberalismo es claramente un proyecto político con voluntad hegemónica, como lo reconocía Gonzalo Sánchez de Lozada, Ministro de Economía del Gobierno de Paz Estensoro, artífice de las reformas, y futuro presidente del país (1993-1997 y 2002-2003): “Más que un programa estrictamente económico, la Nueva Política Económica es un plan político. El primer objetivo político consiste en restaurar la autoridad del Estado sobre el conjunto de la sociedad” (Sánchez de Lozada, 1985: 5)¹⁹¹.

¹⁹¹ Citado en Kohl y Farthing (2006: 75). Traducción propia.

8.3.3 La profundización del modelo: el “Plan de Todos”

En 1993, la vuelta al Gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario supone algo más que una continuación del patrón establecido. El presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, imprime un impulso definitivo e innovador a las reformas neoliberales: el “Plan de Todos”, que Kohl y Farthing (2006: 84) califican de un intento de reordenación política general del Estado boliviano en su relación con el capital privado y con los ciudadanos, un ambicioso proyecto de “democracia de mercado” en la que el papel del Estado se veía limitado a la mínima regulación de los mercados, el orden público y la privatización de empresas públicas.

El “Plan de Todos” aspiraba a reemplazar al Estado desarrollista y corporativo salido de la Revolución Nacional y nunca plenamente desmontado, al que acusaba de ineficiente, despilfarrador, corrupto, inhibidor del desarrollo y autoritario. En su lugar, el Estado se debía convertir en un facilitador de la inversión extranjera en el país, y en un intermediario para la satisfacción de las necesidades sociales en el mercado. En palabras de sus promotores:

“El Estado, en su nuevo rol, será excluido de labores productivas y de la inversión financiera directa, concentrándose en crear las condiciones para permitir el --- funcionamiento de los mercados en el desarrollo de una infraestructura que pueda estimular el crecimiento de la inversión privada y social en educación primaria, sanidad y la mejora de las condiciones de vida” (Gobierno de Bolivia, 1994: 10-11)¹⁹². *Plan general de desarrollo económico y social de la República: el cambio para todos* 1994: 10-11).

Las leyes contempladas en el plan apuntaron a dos objetivos fundamentales: la privatización de empresas de propiedad estatal y la apertura de nuevos mercados mínimamente regulados, por una parte, y la descentralización política y la inauguración de un nuevo régimen de ciudadanía, por la otra. Merece la pena detenerse brevemente en estos dos ejes fundamentales del neoliberalismo en Bolivia.

¹⁹² Documento “Plan general de desarrollo económico y social de la República: el cambio para todos” (Gobierno de Bolivia, 1994).

8.3.3.1 La redefinición del rol del Estado en la economía

Lo primero se realizó fundamentalmente a través de la eufemísticamente llamada “Ley de Capitalización” de 1994, que abrió el proceso de privatización de 5 de las 6 grandes empresas públicas –la mayor parte de ellas rentables-, que aportaban al Estado el 60% de sus ingresos: ferrocarriles, hidrocarburos, telecomunicaciones, la línea aérea estatal y la electricidad (Roca, 2000). Tan sólo quedó la minería estatal, la COMIBOL, que estaba protegida constitucionalmente y no podía ser vendida a las multinacionales, pero se hicieron modificaciones legales para dejar las nuevas explotaciones fuera de su competencia. Las privatizaciones eran representadas como la mejor manera para terminar con la corrupción generalizada, el patronazgo y la ineficiencia, supuestas tendencias inherentes al sector público. Además, debían atraer capitales extranjeros que tendrían un efecto multiplicador sobre la economía nacional.

En la realidad, la corrupción se traspasó a vínculos informales ni siquiera extraestatales, puesto que la conexión entre empresas privadas y élites políticas devino central, como Schamis (2002) ha demostrado que ha sucedido en otros procesos de privatización de empresas públicas dentro y fuera del continente. Además, el capital extranjero que fluyó al país lo hizo esperando rentabilidades altas y rápidas, sin invertir en procesos de formación de técnicos o tecnología en suelo boliviano, y por tanto expatriando los beneficios sin demasiado efecto multiplicador (Villegas, 2002). Por otra parte, la reducción de costes laborales que las empresas privadas emprendieron, tan sólo trasladó estos costes hacia el Estado, en forma de desempleo, pobreza y, a la postre, protestas sociales (Kohl y Farthing, 2006: 105).

El Gobierno boliviano se proponía retener el 51% de las acciones de las empresas privatizadas, financiando con el resultado de la venta del resto el “Bonosol”, una renta de jubilación gestionada por bancos privados europeos, que se debía nutrir del aumento de capital de las empresas privatizadas. De esta forma, se debía crear una base social amplia favorable a las privatizaciones, a la vez que sacando los ahorros familiares al mercado para estimular la economía. Sin embargo, las pérdidas en las arcas públicas obligaron al Gobierno a emprender recortes severos en el gasto social para mantener su política antideficitaria. Además, tuvo que vender más del 49% de las acciones de las empresas públicas, para subsanar la pérdida de ingresos fiscales del gas y el petróleo, perdiendo en consecuencia el control de las empresas privatizadas. Además, el Estado perdía el control sobre los precios de servicios y energía, a la

vez que las herramientas para evitar una escalada alcista de los precios que golpeó con virulencia a las economías familiares más pobres (Kohl y Farthing, 2006: 97 y ss.).

El resultado de estas reformas fue, a corto plazo, el del aumento de los indicadores económicos que parecían sancionar positivamente la gestión de Sánchez de Lozada. En el medio plazo, sin embargo, se agudizó el patrón “primario-exportador” (Gunder Frank, 1967) de la economía boliviana, propio de su condición dependiente y que establecía una división del trabajo y una dinámica de comercio internacional que empobrecía al país en la misma medida que enriquecía a sus contrapartes del centro de la economía-mundo (Mandel, 1978: 58-60).

La consecuencia política fue que el Estado boliviano, a la vez que perdía instrumentos de intervención económico y social, se cargaba con los costes sociales “externalizados” de la inversión privada. Además, para subsanar la disminución de ingresos públicos, se aumentaron los impuestos indirectos más regresivos: al consumo de productos básicos y a la energía, cuando no a los salarios directos.

El sistema político perdía capacidad y recursos económicos para responder a unas demandas sociales que iban en aumento, y que comenzaban a canalizarse fuera de los marcos institucionales, en forma de protestas callejeras (Hylton y Thomson, 2007). Lo que es más importante: ante la nula respuesta o la respuesta represiva de los diferentes gobiernos, lo que en un principio eran protestas particulares o “democráticas”¹⁹³ se fueron convirtiendo en una articulación popular que impugnaba a las élites políticas y económicas que habían malvendido las riquezas nacionales y ni siquiera eran capaces de satisfacer las necesidades sociales más básicas.

¹⁹³ Se utiliza aquí el término “democráticas” en el sentido de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que califican así a las demandas que se procesan de forma individualizada y en las que preside la lógica de la diferencia, por oposición a las “populares” que simplifican el espacio político dicotomizándolo entre “los de abajo” y “los de arriba” (Laclau y Mouffe, 1985: 131-134). La construcción discursiva de las identidades políticas y la articulación hegemónica es el enfoque teórico principal de esta investigación, por lo que ha recibido ya atención específica en el capítulo correspondiente.

8.3.3.2 El “neoliberalismo multicultural”: descentralización, gobernanza y *partnership*

No obstante, sería un error concebir el régimen neoliberal en Bolivia como una mera operación de despojo a través de las privatizaciones y desregulaciones. El “Plan de Todos” incluía una profunda transformación de las relaciones entre el Estado y la sociedad, y de redefinición de la ciudadanía que no tenían un objetivo propagandístico sino que perseguían metas políticas claras.

Nancy Postero define como “neoliberalismo multicultural” el régimen de gobernanza diseñado en Bolivia, que pretendía incorporar el reconocimiento de la pluralidad étnica y la participación local en el nuevo pacto social con capacidad de inclusión de la mayor parte de la sociedad boliviana (Postero, 2007). Para ello, la Ley de Participación Popular –en adelante LPP¹⁹⁴- emprendía una audaz descentralización que inauguraba la política municipal en Bolivia, pretendía canalizar institucionalmente, de manera dispersa, la creciente protesta social, y descargar al Estado central de gran parte de la prestación de servicios, transferidos a los ayuntamientos, que recibían un 20% del presupuesto estatal que se terminó mostrando claramente insuficiente.

Con la LPP se buscaba aumentar la *accountability*, reducir la corrupción y aumentar el control social a través de las “Organizaciones Territoriales de Base”, a menudo una forma de reconocimiento institucional de las organizaciones campesinas y/o comunitarias indígenas. Estas medidas empoderaron y visibilizaron todo un tejido organizativo indígena y campesino, cuya entrada en política se revelaría irreversible y dañosa para el Estado neoliberal (Postero, 2007). No obstante, el acceso de estas organizaciones al presupuesto municipal se hacía frecuentemente a través de Organizaciones No Gubernamentales y bajo parámetros culturales occidentales. La LPP abrió el escenario de la política local –las primeras elecciones municipales se celebraron apenas un año después de su introducción-, pero marginó sistemáticamente a determinados actores políticos –fundamentalmente los sindicatos, y en especial los vinculados a la COB- y canalizó las protestas a un nivel local y de mera discusión técnica (Medeiros, 2001).

De esta forma, el Estado boliviano, en un régimen de *partnership* con la sociedad civil,

¹⁹⁴ Gobierno de Bolivia (1994b).

pretendía crear una ciudadanía responsable, comprometida con la gobernabilidad y participativa, que pagase impuestos y vigilase su uso. En los hechos, al mismo tiempo que prestaba cada vez menos servicios y garantizaba cada vez menos servicios, el Estado boliviano delegaba importantes porciones de gobernanza a grupos privados e individuos (Postero, 2007: 16), con la esperanza de desplazar gran parte de los conflictos de la escala nacional y la mediación sindical a la escala municipal y la mediación institucional o de las ONGs.

La LPP produjo así resultados contradictorios. Por una parte buscaba reducir el Estado mientras que por otra aumentó su extensión. La inclusión subordinada de las identidades indígenas desbordó los límites de la reforma cuando comenzó a reflejarse en un crecimiento del sindicalismo campesinista e indianista que protestaba contras las medidas impopulares del Gobierno con enorme capacidad de movilización en los municipios rurales andinos. Aunque desplazó la conflictividad y redujo la centralidad sindical obrera en la vida nacional, abrió la oportunidad de que herramientas electorales de los sindicatos campesinos accediesen al sistema político a través de los municipios, como en el caso del MAS (Stefanoni y Do Alto, 2006).

Esta dinámica contradictoria se repetiría en la Leyes INRA y del Código de la Educación: la Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria –INRA–, que pretendía solucionar los vacíos de la reforma agraria nacionalista de 1953¹⁹⁵, y que reconocía un alto grado de protección al pequeño campesinado, tuvo como principal efecto proteger al gran latifundio, cuyas tierras, aún ociosas, eran inalienables siempre que pagase un reducido impuesto por ellas (Kohl y Farthing 2006: 92-3); el Código de la Educación en 1995, que reconocía la diversidad de culturas y lenguas e impulsaba una renovación pedagógica, encontró la oposición de maestros y padres al no ir acompañada de una partida presupuestaria suficiente (Kohl y Farthing, 2006: 95-6).

Las ambiciosas y audaces reformas tropezaban por una parte con la política antideficitaria de los gobiernos bolivianos, y por otra abrían un terreno conflictivo de resultados ambivalentes, dependientes de las negociaciones de los diferentes actores locales en un terreno

¹⁹⁵ La reforma agraria aprobada por el Estado revolucionario de 1953 distribuyó la tierra en el occidente creando una estructura hiperminifundista pero dejó intacto el latifundio del oriente, que con el tiempo no hizo sino expandirse y afirmar su poder y la polarización social en esa zona del país (Dunkerley, 1984; Rivera, 2003).

crecientemente conflictivo. En cualquier caso, modificaron el terreno institucional y los marcos discursivos de la vida política boliviana, lo cual se reflejaría en el ciclo de acción colectiva antineoliberal de comienzos del siglo XXI.

8.4 Crisis de Estado, “Ciclo Rebelde” y la formación de la contrahegemonía

8.4.1 La acumulación de protestas y el papel “nacional” del movimiento campesino-indígena

Se ha visto hasta aquí cómo las reformas neoliberales, aunque apoyadas en un amplio consenso transversal que no puede ser reducido a las élites económicas, fueron progresivamente dificultando la gestión hegemónica: por un lado, privaban al Estado de los instrumentos para responder a las demandas de los grupos más desfavorecidos, cada vez más numerosas por los costes sociales de las reformas y la externalización de gastos de las empresas privadas hacia un sector público cada vez más débil; por otro lado, las nuevas formas de relación entre el Estado y la sociedad civil eliminaron la centralidad de los sindicatos, pero abrieron nuevos espacios políticos, discursivos y de reconocimiento cultural, que pronto se “politizarían” en el sentido de convertirse en canales de expresión de las reivindicaciones y el malestar al que el sistema político, de momento, parecía impermeable.

En 1997 la derechista Acción Democrática Nacionalista del exdictador Bánzer llegó al Gobierno en coalición con sus antiguos enemigos del Movimiento De Izquierda Revolucionaria. Habían transcurrido doce años desde la implantación del “Modelo” con la “Nueva Política Económica”. El malestar entre los grupos sociales más empobrecidos había aumentado a medida que su situación económica empeoraba: se sucedían los despidos en las empresas “capitalizadas”, crecían las expulsiones a la economía informal y los impuestos regresivos para tratar de compensar las pérdidas fiscales públicas, y la crisis argentina comenzaba a reducir las tan necesarias remesas de los emigrados (Kohl y Farthing, 2006: 150-1). Sin embargo, el consenso neoliberal estaba prácticamente intacto, como lo muestra el hecho de que el desgaste del MNR lo capitalizase un partido con un programa igual en lo económico y más represivo en lo social (Hylton y Thomson, 2007: 99-100).

No obstante, pese a su dispersión, las resistencias se incrementaron, obligando al Gobierno a una política crecientemente represiva, especialmente para aplicar su “Plan Dignidad” de erradicación de los cultivos de coca frente a los sindicatos cocaleros, abriendo una batalla que caracterizaría la legislatura. A estas protestas hay que sumarle las que protagonizaron los maestros, algunas juntas barriales de las periferias urbanas y las de los pueblos indígenas del oriente del país por su reivindicación de tierra y autonomía.

La recomposición y fortalecimiento del sindicalismo campesino, fundamentalmente en torno a la construcción *katarista* de una identidad política indígena¹⁹⁶ fue la primera articulación de las resistencias que ofreció un discurso, de valorización de la condición indígena, de defensa de la soberanía nacional y de la organización social comunitaria, frente al consenso en el que descansaban las reformas neoliberales.

La fuerza del sindicalismo campesino se derivaba de los recursos provenientes de su inserción en densas redes comunitarias indígenas, hasta el punto que

“La estructura sindical – comunal está basada en núcleos familiares y núcleos comunales que de forma escalonada están, finalmente, afiliadas al ente nacional, la CSUTCB (...) En realidad, a pesar del denominativo de “sindicato”, que es una herencia de la Revolución de 1952, en el fondo, se trata de una organización económica y territorial de comunidades y ayllus, que, desgarradas por siglos de arremetidas en contra de la propiedad comunal ya sea en el período colonial o en el republicano, perviven no sólo en sus formas de uso y propiedad de la tierra sino, sobretodo, en su organización política particular”(Chávez, 2006: 30).

Gracias a ello, las movilizaciones campesinas exhibían una enorme capacidad disruptiva y de organización, ejemplificada según Raúl Zibechi en la persistencia en los bloqueos de carreteras –la principal forma de acción colectiva disruptiva del sindicalismo campesino

¹⁹⁶ El Katarismo es la politización del mito de Tupac Katari, caudillo indígena que capitaneó una amplia revuelta contra los colonizadores españoles en 1781, que pagó con su vida. El Katarismo es una de las articulaciones radicales indias que propugnan la abolición de los constructos políticos, los estados criollos en primer lugar, impuestos a los indios por la modernidad eurocentrada. Lucha de clases y conflicto étnico-civilizatorio se entrecruzan así en un potente relato de combate: “Esta casta [la criolla mestiza blancoide], que nació contra la indiada, sistemáticamente ha dependido- en su vida, éxito y fracaso- y se ha servido –y se sirve- de ella” (Patzí, 2006:53). El *katarismo* tuvo una fuerza destacada en las comunidades aymaras del departamento de La Paz, que serían a la postre uno de los focos de rebelión contra el Estado boliviano. Para una explicación más teórica sobre la construcción de identidades indígenas, ver: Máiz (2004, 2007v) y Martí (2004). Por último, para un análisis sobre la importancia política de lo indígena en el ciclo de movilizaciones antineoliberales en Bolivia, ver: Espasandín (2007).

boliviano- conseguida mediante la implicación de toda comunidad gracias a una trasposición de los turnos agrícolas a turnos para la vigilancia de los bloqueos, el descanso o el aprovisionamiento (Zibechi, 2006: 349).

La mayor parte de los estudiosos del movimiento campesino-indígena y de la acción colectiva en Bolivia coinciden en señalar que el hecho más relevante de esta recuperación es la vinculación de una “memoria larga” anticolonial con una “memoria mediana” nacionalista antioligárquica y antiimperialista, y con una “memoria corta” antineoliberal (Tapia, 2006; Cabezas, 2007; Rivera, 2007; Hylton y Thomson, 2007; García Linera, 2007).

Es evidente que en esta representación de “las tres memorias” hay un componente importante de reconstrucción a posteriori de una convergencia de luchas y discursos que tuvo más de accidental y contingente que de plan predefinido. Pero esto no obsta para que el análisis capte lo fundamental para una explicación de la erosión de la hegemonía neoliberal: la postulación de un relato nacional diferente desde lo indígena como núcleo, que señala Vega: “La cuestión indígena ha permitido redimensionar las demandas de legitimidad, soberanía y dignidad como ejes nacionales (...) Es lo indígena como lo más profundo para proponer lo más novedoso de hacer y decir las cosas comunes de nuestra sociedad” (Vega, 2006: 191).

8.4.2 La “Guerra del Agua” y el comienzo de la crisis de Estado

En abril del año 2000 Estallaba en la ciudad de Cochabamba, la tercera del país, situada en el valle subandino, una revuelta a gran escala que el Gobierno de Jorge “Tuto” Quiroga –que había sucedido al enfermo Coronel Bánzer- no pudo contener: la conocida como “Guerra del Agua”¹⁹⁷.

El Gobierno boliviano había tratado de inaugurar un mercado nuevo mercantilizando un recurso común como el agua, en una dinámica que David Harvey define como de

¹⁹⁷ En 1999, el gobierno de Hugo Bánzer Suárez –dictador militar y luego presidente electo- promovió la entrada de la compañía transnacional *Bechtel* al hasta entonces inexistente mercado del agua en Cochabamba. Cuando la Ley de Aguas 2029 decretó la privatización de los recursos hídricos y su servicio, el denso tejido social de Cochabamba comenzó a parir una organización que sería luego el paradigma de las nuevas narrativas de resistencia en Bolivia. La Coordinadora en Defensa del Agua y de la Vida reunió a Regantes, campesinos cocaleros y sus sindicatos, estudiantes y un sector fabril que conseguía aglutinar a trabajadores flexibles, domésticos o en precario. Para una narración de la “Guerra del Agua” por uno de sus principales protagonistas, ver: Olivera (2006) y Ceceña, (2005).

“acumulación por desposesión” (Harvey, 2004: 88-92). Sin embargo, la virulencia insurreccional de la revuelta le obligó a dar marcha atrás y romper los acuerdos que le cedían a la multinacional Bechtel el suministro del agua en Cochabamba (Kohl y Farthing, 2006: 162-3; Hylton y Thomson, 2007: 103).

Frente a la Ley de Aguas 2039, que privatizaba los recursos hídricos y gestión, provocando aumentos de hasta un 200% en las tarifas de los consumidores, se conformó en Cochabamba la Coordinadora en Defensa del Agua y de la Vida, que agrupaba gremios de regantes, sindicatos cocaleros, estudiantes universitarios y obreros fabriles y trabajadores urbanos en precario (Olivera, 2006). De diciembre de 1999 a abril de 2000 se sucedieron las protestas y los *cabildos* populares¹⁹⁸, que adquirieron un carácter de masas hasta llegar a la revuelta de abril de 2000. Pese a una represión militar que pretendió tomar la ciudad de Cochabamba, el Gobierno tuvo eventualmente que ceder, aunque para entonces las consignas se habían radicalizado, y cuestionaban ya las privatizaciones, el sistema de partidos y la represión en aumento. Se exigía ya la convocatoria de una Asamblea Constituyente (Hylton y Thomson, 2007: 104-105). Estos componentes se repetirán en las sucesivas movilizaciones de los años siguientes.

La “Guerra del Agua” puede considerarse el hito de apertura del “Ciclo Rebelde” 2000-2005 (Cabezas, 2007) no sólo porque constituyese la primera derrota de los movimientos de los grupos subalternos frente a las reformas neoliberales, sino también porque comenzó a articular un discurso nacional antineoliberal, que postulaba –y de esta forma sentaba las bases para la construcción- de una mayoría indígena y pobre, opuesta a las élites beneficiarias de las reformas. En Cochabamba se abrió la Crisis de Estado como un punto de no retorno, porque verificaba la inestabilidad hegemónica neoliberal y, lo que hasta entonces era inédito, la pérdida estatal del monopolio de la fuerza, que había sido insuficiente frente a la resistencia popular en la Guerra del Agua.

Tras la revuelta de Cochabamba las movilizaciones fueron en aumento, adquiriendo una escala nacional, aunque en general carentes de coordinación más allá de la dinámica acumulativa y de imitación. En septiembre de 2000, la CSUTCB convocó una

¹⁹⁸ Se trata, como pude observar durante mi estancia de investigación en Bolivia Noviembre 2006-Enero 2007, de una forma de democracia asamblearia muy popular entre los movimientos sociales, que celebran reuniones decisorias y abiertas en grandes plazas, aunando así decisión política y agitación en un mismo acto.

segunda oleada de bloqueos que paralizaron el altiplano aymara, trayendo explícitamente a la memoria colectiva el cerco indio de Túpac Katari sobre la ciudad blanca de La Paz en 1781 (Hylton y Thomson, 2007: 105; Dunkerley, 2007: 28-9). La descoordinación de las protestas se debía en parte a las enemistades personales de los dirigentes campesinos: De un lado, el dirigente de la CSUTCB, Felipe Quispe, de otro el de las seis federaciones sindicales del trópico cochabambino, Evo Morales. El primero, ex guerrillero del EGTK¹⁹⁹ indianista, recelaba de la colaboración con las organizaciones mestizas “de clase”; el segundo, sindicalista cocallero, se adentraba ya en la experiencia electoral y apostaba por la confluencia de las reivindicaciones de los pueblos originarios con las de muchos otros sectores empobrecidos, en una suerte de bloque nacional-popular dirigido desde lo indígena (Kohl y Farthing, 2006: 171). A la vista de la evolución política posterior, no resulta difícil identificar la tesis que finalmente se impuso.

El Gobierno llegó a las elecciones de 2002 enormemente debilitado. Aunque las protestas sociales no le impidieron terminar el mandato, habían llegado a alcanzar tal magnitud y extensión que, según Viaña, “habían colocado al Estado en posiciones exclusivamente defensivas” (Viaña, 2006: 210). Esto significa que la crisis ya no era coyuntural ni de un partido, sino que afectaba al Estado neoliberal en su conjunto. En adelante, ningún gobierno recuperaría la capacidad de generar ni siquiera consenso pasivo en torno a sus políticas, y tendrían que hacer descansar la gobernabilidad en cada vez mayores dosis de represión.

En las elecciones de 2002, el MNR de Sánchez de Lozada se impuso por un escaso margen al MAS de Evo Morales, que pese a beneficiarse de la división de voto entre la derecha con el tercer candidato de Nueva Fuerza Republicana Manfred Reyes Villa, no consiguió trascender su condición de partido campesino, aún débil en las ciudades y el oriente del país (Mayorga,

¹⁹⁹ El “Ejército Guerrillero Túpac Katari” (EGTK) fue un grupo armado indianista y marxista que actuó fundamentalmente en el altiplano aymara durante la última década del siglo XX, tomando el nombre del histórico caudillo de la mayor revuelta india contra la colonia, a finales del siglo XVIII. Sus objetivos eran la consolidación de células armadas insertas en la estructura comunitaria indígena, que protagonizaran un alzamiento armado contra el Estado, al que definían como colonial y capitalista, y a favor de los pueblos originarios y las clases trabajadoras. Disuelto a finales de los años 90, sus líderes se reintegraron a la legalidad tras cumplir breves penas de prisión. Entre sus figuras más destacadas figuran Álvaro García Linera, su principal ideólogo y hoy Vicepresidente de Bolivia, y Felipe Quispe, emblemático personaje que hoy lidera la oposición indianista al MAS. Para un estudio detallado de esta guerrilla, ver: *EGTK, la guerrilla aymara en Bolivia* (Iturri, 1992).

2007). Lozada había ganado unas elecciones complicadas²⁰⁰, pero más complicado iba a ser el ejercicio de gobierno.

En un contexto de debilidad estatal evidente, el Gobierno de Lozada se vió acosado por las reivindicaciones particulares de la élite agroempresarial cruceña a favor del subsidio a los carburantes industriales y de una política de créditos favorables, por los movimientos sociales a la ofensiva y por las Instituciones Financieras Internacionales (Kohl y Farthing, 2006: 172).

El Movimiento Al Socialismo de Evo Morales no había ganado las elecciones²⁰¹, pero su 20,9 por ciento de los votos era una señal evidente e inédita desde hacía quince años, de una recomposición nacional de la izquierda en torno a los movimientos sociales e indígenas, que el MAS había canalizado electoralmente (Hylton y Thomson, 2007: 106). Al contrario que la mayor parte de las organizaciones de los movimientos sociales, el MAS sí apostaba, conjuntamente con las movilizaciones, por la competición electoral. Esta será, con el paso del tiempo, la ventaja que le permita encarnar la cristalización del bloque social antineoliberal fraguado en las movilizaciones.

Cuando, para responder a las exigencias del FMI de reducir el déficit público, el Gobierno impuso en Febrero de 2003 un impuesto directo a los salarios de hasta el 12,5 por ciento, estalló una sublevación en La Paz que contó con la adhesión de la policía, que se tiroteó con el ejército frente al Palacio presidencial en la Plaza Murillo (Cabezas, 2007: 204). La importancia de aquella sublevación estriba en que por una parte evidenció que Sánchez de Lozada había perdido la iniciativa política de su primera legislatura como Presidente (1993-1997) y pilotaba un Gobierno a la deriva, y por otra mostró que el conflicto político era susceptible de agravarse con cualquier medida regresiva, y alcanzar extensión nacional. Además, el enfrentamiento entre la policía y el ejército señalaba un alto grado de descomposición en el aparato estatal.

²⁰⁰ Ver al respecto el magnífico documental “Our Brand is Crisis” (2006) que muestra el diseño de campaña de Sánchez de Lozada por asesores norteamericanos que hicieron un esfuerzo destacado por renovar el discurso neoliberal para mostrarlo responsable frente a la pobreza y el único capaz de generar crecimiento económico, en un contexto mucho más complicado que aquel en el que en los noventa se movían los partidos del consenso neoliberal.

²⁰¹ El propio Evo Morales reconocería después que “fue un alivio” no ganar las elecciones de 2002, lo que habría colocado al MAS en la posición incómoda de gobernar sin apenas cuadros para hacerlo ni apoyos en las ciudades (Subercaseaux y Sierra, 2007). Por el contrario, el breve Gobierno de Sánchez de Lozada y su abrupto final, deslegitimaron definitivamente el sistema de partidos y polarizaron la situación a favor del MAS, como se verá.

Se abría así, nítidamente, un “horizonte de oportunidad” en el que actores sociales hasta entonces no movilizados se veían interpelados a plantear reivindicaciones a un régimen cuya capacidad de consenso y de coerción se encontraban en franca decadencia, si bien no con la misma rapidez.

8.4.3 La “Guerra del Gas” y la dicotomización del campo político

El 27 de Julio de 2003 la policía detuvo a Edwin Huampu en Cota-Cota, un pueblo del altiplano paceño, acusándole de asesinato por haber cumplido la sentencia de la justicia comunitaria²⁰² contra dos ladrones de ganado (Hylton y Thomson, 2007: 110). El incidente, que en otro momento no habría pasado de una cuestión local, generó una oleada de enfrentamientos entre las comunidades aymaras y la policía. A las protestas se sumaron los estudiantes universitarios, la Coordinadora Obrera Regional –COR- y la Federación de Juntas Vecinales –FEJUVE- todos ellos de la ciudad mayoritariamente indígena de El Alto²⁰³. En un clima preinsurreccional como el que existía, el caso de Huampu dio paso a toda una cadena de demandas populares insatisfechas: en las protestas se exigía la derogación de un impuesto municipal de El Alto, el rechazo al Tratado de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y, como consigna central y aglutinadora, la retirada del plan de exportación de gas boliviano a California vía Chile. (Gómez, 2004) En un momento en el que la polarización política estaba sedimentada por anteriores protestas en el imaginario colectivo, la revuelta inicialmente espontánea se convirtió pronto en un programa de movilizaciones dirigidas contra los ejes centrales del “Modelo neoliberal”.

Una huelga de hambre en “Radio San Gabriel” de El Alto congregó a campesinos, transportistas y universitarios, bajo el liderazgo del indianista Felipe Quispe. Tras el fracaso de las negociaciones iniciales, los bloqueos comenzaron en el altiplano el 15 de septiembre de

²⁰² Raúl Zibechi (2006: 157-170) le dedica un capítulo entero de su libro sobre los movimientos sociales del altiplano aymara a la cuestión de la “justicia comunitaria”, describiéndola como aquella que las comunidades aplican en ausencia –o voluntariamente de espaldas- del Estado, y presidida por la toma colectiva de las decisiones sobre los castigos y la búsqueda de la restitución del daño causado y de la reintegración del individuo a la comunidad.

²⁰³ Sian Lazar ha realizado un interesante trabajo de antropología centrado en la combinación, inédita hasta ahora en América Latina, de identidad y organización social indígena en un medio urbano de casi un millón de personas, como es la ciudad de El Alto, situada literalmente sobre La Paz. El Alto funcionó siempre como la interfaz entre el sindicalismo campesino-indígena y las movilizaciones nacionales que incluían los centros urbanos. Ver: *El Alto, Rebel City* (Lazar, 2008). Aún hoy El Alto es uno de los principales bastiones del gobierno del MAS. Evo Morales, en las elecciones presidenciales de 2009 superó el 80% de votación.

2003, y pocos días después eran respaldados por movilizaciones en todo el país.

La defensa del gas y de su industrialización se convirtió en un referente aglutinador, que permitió la inscripción de numerosas demandas particulares en un discurso que aunaba la recuperación de los recursos naturales- principales riquezas del país- con la de la soberanía nacional:

“La Ley de Hidrocarburos establecía unas condiciones muy poco favorables para el Estado boliviano, que sólo obtenía el 18% del valor de la producción de las nuevas explotaciones en concepto de regalías. Además, el proyecto gubernamental no preveía ninguna medida para la industrialización del Gas en Bolivia que promoviese la generación de empleo y la obtención de valor agregado” (Cabezas, 2007: 205).

Entre septiembre y octubre de 2003 el Alto fue el epicentro de una insurrección²⁰⁴ generalizada contra el Gobierno, con la venta del gas en el centro de la disputa. Tras jornadas de durísimos enfrentamientos, el presidente Sánchez de Lozada tuvo que renunciar y huir del país.

La alianza formada contra el Gobierno del “Goni” era más que una mera convergencia táctica: se trataba de una articulación nueva, que aunque descansaba en los habitantes aymaras del Alto como punta de lanza del conflicto, interpelaba a una mayoría nacional con un discurso relativamente transversal a la clase, la región y la etnia, que dibujaba una frontera en torno a la defensa de los recursos naturales, como eje que constituía de un lado a las élites neoliberales, la “oligarquía”, y de otra al “pueblo”: comunarios, habitantes de barrios populares, campesinos, mineros, transportistas, clase media mestiza, etc.

Sin duda los pueblos indígenas, por su protagonismo en las movilizaciones, por sus dispositivos organizativos (Chávez, 2006:15) y por la vitalidad de la construcción política de su identidad, jugaban un papel de *núcleo*: compusieron un discurso de soberanía y dignidad nacional que aunaba la defensa de los recursos naturales con el rechazo al modelo neoliberal y

²⁰⁴ El periodista Luis Gómez vivió las jornadas de la “Guerra del gas” como testigo de excepción en la ciudad de El Alto, verdadero epicentro de la revuelta, y su libro *El Alto de Pie* (2004) ofrece una vibrante y detallada narración de esas jornadas que se cobraron 71 muertos cuando el gobierno decidió afrontar como un escenario de guerra los bloqueos en torno a La Paz que pedían su renuncia y la nacionalización e industrialización del gas.

la denuncia de los mecanismos coloniales de segregación y dominación (Patzí, 2006: 54). De esta manera, se producía una reinención misma de la nación boliviana²⁰⁵ desde los grupos subalternos, especialmente aquellos grupos sometidos por el empobrecimiento y la colonialidad del poder (Quijano, 2000b).

Algunos autores han postulado que el protagonismo indígena, especialmente aymara, en las movilizaciones, tiene un carácter de “recuperación” de una identidad que se habría mantenido quinientos años “dormitando” y que ahora se levantaba (Hylton y Thomson, 2007: 113-114; Prada, 2006; Patzí, 2006). Compartiendo la centralidad de lo indígena en el Ciclo rebelde boliviano, no se comparte aquí sin embargo esta visión esencialista, por razones teóricas explicitadas en el capítulo correspondiente, pero también porque, en su rigidez, este enfoque no permite comprender hasta qué punto la identidad indígena fue el *lugar* desde el que los grupos subalternos emprendieron la reinención de la nación (Tapia, 2006). Un proceso, por tanto, más de articulación que de “redescubrimiento”: de construcción hegemónica de una identidad nacional-popular en sentido más estrictamente gramsciano.

La “Guerra del Gas” supuso la quiebra del Estado neoliberal, aislado y fallido. El Estado, privado de su pretensión de universalidad, estaba discursiva y materialmente cercado, incapaz incluso de evitar situaciones que en terminología clásica se dirían de “poder dual”: “Durante diez o doce días de octubre de 2003, los pobladores de El Alto –a través de las juntas vecinales o de otras instancias- actuaron como gobiernos barriales suplantando a un Estado deslegitimado y ausente” (Zibechi, 2006: 42).

Lo determinante, en todo caso, es que quienes resistían en los bloqueos de El Alto encarnaban ya una “voluntad colectiva nacional-popular” en formación, frente a una policía percibida como defendiendo los intereses egoístas de una minoría opuesta al interés general de la comunidad política boliviana.

La mejor evidencia de que la “Guerra del Gas” fue el abrupto final del Estado neoliberal y el punto de arranque de una nueva hegemonía es el hecho de que la *Agenda de Octubre* (García Linera, Prada y Tapia, 2004), fraguada por los movimientos sociales al calor de la

²⁰⁵ Una nación impregnada de los códigos de lo que John Agnew llama “la imaginación geopolítica moderna”, que, entre otras cosas, instituyó la idea “de que existía una jerarquía en las sociedades humanas, de lo primitivo a lo moderno” (Agnew, 2005: 49) en la que obviamente lo indígena sólo puede estar presente como pasado o como folklore.

insurrección, fue la guía de las transformaciones políticas subsiguientes: nacionalización del gas, rechazo a los tratados de libre comercio, reforma agraria en el oriente del país, descolonización de las instituciones y autonomías indígenas y, en fin, Asamblea Constituyente para refundar el Estado y adaptarlo a la “nación real” (re)construida en la construcción de identidad popular antineoliberal.

Este fue el mandato popular que condicionó la rápida sucesión de gobiernos de 2003 a 2005, un intervalo en el que, con todos los recambios posibles, las élites bolivianas demostraron su desarticulación y su incapacidad de proponer un imaginario diferente que salvase el Estado neoliberal de una dicotomización discursiva del espacio político que lo oponía a “los de abajo”, construyendo así la nueva hegemonía que llevaría al Gobierno al Movimiento Al Socialismo, y que éste consolidaría en un largo proceso durante su primera legislatura (2006-2009)

8.5 La llegada de Evo Morales al Palacio, la naturaleza del MAS y la primera legislatura (2006-2009)

8.5.1 La imposible sucesión y el triunfo electoral de Evo Morales

Luís Tapia emplea la expresión “Crisis del Estado aparente” para dar cuenta del derrumbe de una estructura institucional asentada sobre una ficción jurídica que excluía a amplios sectores sociales de la sociedad nacional boliviana (Tapia, 2006: 249). En ese sentido, el período transcurrido entre la huída el Sánchez de Lozada del país y la llegada de Evo Morales a la presidencia pueden ser leídos en clave de la imposibilidad de relevo de las élites tradicionales, y un cierto *impasse* derivado temporal entre el desmoronamiento del sistema de partidos existente y la emergencia de un nuevo poder político.

Carlos Mesa, un reputado periodista e historiador que había sido vicepresidente de Sánchez de Lozada pero supo apartarse de él a tiempo, dirigió el Gobierno de transición destinado a gestionar la crisis política y facilitar la formación de un nuevo gobierno. Su medida más destacada fue convocar un referéndum sobre los hidrocarburos que no satisfizo las reivindicaciones de nacionalización de los principales movimientos sociales –

COB; FEJUVE; CSUTCB-, pero que viabilizó al pactarlo con el MAS, que elegía así presentarse como partido “responsable” de gobierno. La votación, pese a ser obligatoria, se saldó con un 40% de abstención, en respuesta a la llamada de los movimientos sociales al boicot (Hylton y Thomson, 2007: 119). La cuestión de los hidrocarburos siguió presente en el debate nacional hasta que el MAS, en una de sus primeras medidas como Gobierno el uno de mayo de 2006, anunció su nacionalización sin expropiación a las multinacionales²⁰⁶.

El de Mesa fue un Gobierno sin apoyo parlamentario, sin base social ni maquinaria de partido. El MAS, que en las elecciones municipales de 2004 perdió cuatro puntos (18,5%) tomó nota de la penalización popular a su tibieza con Mesa, y viró hacia una oposición sin concesiones. Por el otro lado del arco político, los Comités Cívicos y círculos empresariales de los departamentos del oriente del país – Santa Cruz, Tarija, Beni y Pando- presionó al Gobierno para que aumentara las ya difíciles de sostener subvenciones al combustible industrial, para que protegiese el latifundio e impusiera el orden frente a los movimientos sociales, asegurando así la inversión extranjera (Kohl y Farthing, 2006: 185-6). Se trataba de la “Agenda de Enero”²⁰⁷, opuesta a la de octubre de 2003, y que consiguió arrancarle al Gobierno la promesa de un referéndum sobre la autonomía departamental, de importancia central en el futuro inmediato. Los movimientos sociales, en una confluencia inédita que incluía a las organizaciones indígenas, campesinas, barriales y al MAS, firmaron el “Pacto de Unidad”, que se convertiría en la ratificación de un bloque político y en una guía para la transformación del Estado que orientaría la actuación de los diputados del MAS en la Asamblea Constituyente (2006-2008) (Hylton y Thomson, 2007: 123).

Atrapado y solo, incapaz de conciliar ni de generar alineamientos políticos nuevos, Carlos Mesa tuvo que renunciar en 2005. Sólo una nueva jornada de protestas masivas impidió, en Junio de 2005 que Hormando Vaca Díez encabezase una solución de continuidad autoritaria con vocación de autogolpe. Vaca Díez, que era el presidente del senado y sucesor constitucional tras la renuncia de Mesa, trasladó al palacio de Justicia de Sucre la sesión del Congreso para ser investido Presidente de la República, pero la sesión tuvo que ser suspendida

²⁰⁶ Para un análisis crítico de la política hidrocarburífera de los diferentes gobiernos desde la “Guerra del gas”, con especial atención a la aplicada por el Movimiento Al Socialismo, en una amplia y documentada perspectiva histórico-económica, ver: *Gas, petróleo e imperialismo en Bolivia* (Fernandez Terán, 2009).

²⁰⁷ La actuación de las élites orientales tras la Guerra del Gas está narrada con claridad por Forrest Hylton y Sinclair Thompson, que fueron espectadores de primera línea de los sucesos, en el Capítulo 11 “Interregnum 2003-2005” de su libro *Revolutionary Horizons. Past and present in Bolivian Politics* (Hylton y Thomson, 2007). Para un brillante análisis de los sucesos en Santa Cruz en octubre de 2003, ver *Ser cruceño en Octubre* (Peña y Jordán, 2006).

ante la amenaza de que la marcha minera que había entrado en la ciudad tomase el edificio (Hylton y Thomson, 2007: 125). Rodríguez Veltzé asumió la presidencia de un Gobierno interino cuya única misión fue convocar las elecciones de diciembre de 2005.

El 18 de diciembre de 2005 el Movimiento Al Socialismo y Evo Morales Ayma alcanzaron casi el 54% del voto, una victoria sin precedentes en la historia de Bolivia, y más llamativa aún al ser comparada con los porcentajes por los que los partidos tradicionales habían llegado a los gobiernos anteriores (Viaña, 2006: 250).

La campaña electoral reforzó la imagen de que los comicios eran en realidad un plebiscito entre el viejo orden y un partido que se presentaba como encarnando las reivindicaciones de las movilizaciones sociales de los últimos años. Frente a la candidatura improvisada de la derecha “Poder Democrático y Social-PODEMOS” con su candidato “Tuto” Quiroga, que gobernó sustituyendo a Hugo Bánzer durante la Guerra de Agua, al Movimiento Al Socialismo no le costó capitalizar el descontento generalizado. De esta forma, mediante su victoria electoral, el MAS, que no había protagonizado las insurrecciones sociales y había nacido como instrumento electoral de los sindicatos cocaleros, se puso al frente del bloque social y político construido durante las protestas antineoliberales, y asumió la tarea de darle forma a la hegemonía popular en expansión –que en el momento era sólo una polarización del campo político entre “los de abajo” y “los de arriba”, sin que estos términos recibiesen una definición unívoca- y concretar las demandas en transformaciones estatales profundas.

Aunque este recambio democrático del poder político no tuvo nada de revolucionario, sí se vivió como una ruptura, por cuanto representaba la llegada al Gobierno de los grupos subalternos como encarnación de la “verdadera Patria” frente al régimen anterior denunciado como antinacional y excluyente.

8.5.2 El MAS: De instrumento político de los sindicatos cocaleros a partido de gobierno

Para comprender el contenido político específico de la hegemonía en construcción es preciso detenerse en la formación política que la capitaneó y comenzó a consolidarla en un sentido determinado.

El Movimiento Al Socialismo –Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP) había nacido como herramienta electoral de los sindicatos cocaleros, y acabó jugando el papel de catalizador de una acumulación de fuerzas populares que transformó por completo el sistema político nacional.

Nacido “como una federación de movimientos sociales, el instrumento político tendría que posibilitar y garantizar un control permanente de su funcionamiento por las organizaciones sindicales” (Stefanoni y Do Alto, 2006: 59) el MAS pasó a jugar un papel central en la articulación de un discurso nacional que resquebrajase los consensos neoliberales.

Esto se debe a dos motivos estrechamente entrelazados.

- En primer lugar, Tapia señala con acierto que en torno a la defensa de la hoja de coca se trabaron las defensas de la soberanía nacional frente al intervencionismo norteamericano, de la cultura y costumbres de los pueblos indígenas y de la soberanía popular por el control de la producción como salida al empobrecimiento provocado por las políticas neoliberales. Gracias a ello, el MAS superó rápidamente la defensa de los intereses sindicales en clave corporativa y local, y pasó a convertirse en un polo de acumulación de fuerzas populares a escala nacional (Tapia, 2006: 254).
- En segundo lugar, el MAS combina en su discurso los elementos necesarios para convertirlo en una “superficie de inscripción” para la pluralidad de demandas populares que no encontraban acomodo en el sistema político neoliberal. Lo hace sobre un discurso nacionalista que “resignifica la noción de pueblo” para añadirle, como núcleo central, a los pueblos indígenas (Mayorga, 2007: 125). De esta manera, el MAS, cuya ideología puede ser calificada como de “nacionalismo indígena de izquierdas” (Stefanoni, 2003) construye un relato por el cual no impugna la nación boliviana –como sí ocurría con Felipe Quispe, líder indianista aymara- sino que denuncia a las élites como “antinacionales” y postula al “pueblo” como el sujeto político del cambio que debe conducir el Estado.

Gracias a estos componentes discursivos, el MAS, que desde 1995 ostentaba alcaldías en el Chapare pero nunca había conseguido penetrar en las ciudades ni ser un referente nacional (Subercaseaux y Sierra, 2007: 67), consiguió, especialmente durante la “Guerra del agua” de

Cochabamba, establecer alianzas campo-ciudad y adquirir resonancia más allá de las regiones cocaleras, para posteriormente erigirse, no sin la ayuda de la Embajada norteamericana en La Paz²⁰⁸, en la candidatura de todos los excluidos por un sistema empobrecedor, racista y represivo, que malvendía la patria a “los gringos”.

En lo sucesivo, el aumento de la estructura política del MAS provocaría tensiones con el control sindical sobre los representantes elegidos. En primer lugar por la dificultad técnica de realizarlo al ampliarse las funciones del MAS en diferentes instituciones y en el gobierno nacional; en segundo lugar, porque el MAS, con su crecimiento, pasó a recabar votos de sectores de clase media urbana no organizados barrial ni sindicalmente, y cuya pertenencia y participación en el partido no podía hacerse por intermediación corporativa. No obstante, esta es una línea de investigación que queda fuera del objetivo de este trabajo, pero que afortunadamente recibe atención específica de otros investigadores cuyos trabajos están arrojando mucha luz sobre esta interesante cuestión²⁰⁹.

8.5.3 El Gobierno del Movimiento Al Socialismo y el proceso constituyente²¹⁰

El MAS llegaba entonces al poder político de un contexto que se ha definido como “Crisis de Estado”, tanto por la carencia de legitimidad y capacidad de regulación social de las estructuras políticas nacionales, como por la irresolución de un conflicto por el poder político entre el bloque político emergente y las élites tradicionales, cuya pérdida del gobierno nacional no significaba ni mucho menos su relevo histórico.

²⁰⁸ Que primero promovió en 2002 la expulsión del parlamento del “narcoterrorista” Morales y posteriormente, en las elecciones de 2005, soliviantó el orgullo nacional boliviano en una flagrante injerencia llamando a no votar a Evo si se querían conservar las ayudas al desarrollo (Subercaseaux y Sierra, 2007: 69).

²⁰⁹ Ver: (Hervé, 2007; Do Alto y Stefanoni, 2010)

²¹⁰ Este punto y los siguientes están basados principalmente en el seguimiento de la primera legislatura de Evo Morales en el gobierno de Bolivia, a través de la observación participante en las dos estancias de investigación realizadas, en la revisión regular de la prensa del país, y en los documentos políticos de los más importantes actores a los que se ha tenido acceso continuo. Es preciso señalar que no existen aún, por razones obvias, narraciones histórico-políticas rigurosas que abarquen el primer gobierno de Evo Morales como objeto central de estudio. Van saliendo, no obstante, análisis centrados en cuestiones específicas –como el proceso constituyente o las autonomías- que se citan en este trabajo en la medida en que ayudan a construir una imagen de conjunto de la dinámica política 2006-2009. Especialmente para la redacción de los dos últimos puntos de este capítulo, la información obtenida a través de las vivencias, participación en reuniones y actos políticos y conversaciones informales con actores políticos centrales, ha resultado la fuente principal. En la mayor parte de los casos, no obstante, los informadores no se citan porque serían difíciles de referenciar o porque no mostraron su consentimiento para que sus palabras fuesen empleadas en este trabajo.

El programa fundamental de gobierno del MAS estuvo marcado por la “Agenda de Octubre” fraguada durante la “Guerra del gas” : De forma significativa, su primera acción relevante, de amplia repercusión internacional, fue la toma de campos de gas el primero de mayo de 2006 y la apertura de un proceso de renegociación con las multinacionales de sus contratos de explotación, aumentando sus obligaciones de inversión e invirtiendo los porcentajes de beneficio para el Estado boliviano -de un 18% a más de un 80%- que ahora era propietario exclusivo de los hidrocarburos desde los yacimientos hasta la boca del pozo, y comenzaba un proceso dificultoso de industrialización bajo rubro público (Mokrani y Gutiérrez, 2006; Fernández Terán, 2006).

Sin embargo, fue la Asamblea Constituyente el proyecto central de la primera legislatura de Evo Morales, y el espacio llamado a realizar la transformación estructural del Estado boliviano demandada por los movimientos sociales y, en sentido diferente, también por los Comités Cívicos del Oriente del país. El Proceso constituyente estaba llamado a ser el momento de ensamblaje y solidificación de la nueva correlación de fuerzas políticas salida de las movilizaciones populares de los años 2000-2005, pero a la vez debía lograr de formación de consensos incluyentes desde los que refundar el país (García Yapur, 2006: 35). No obstante, existían interpretaciones muy diversas sobre las características y los objetivos que este proceso debía tener: el movimiento indígena entendía en su mayoría que la Asamblea Constituyente debía ser una expresión del poder de las organizaciones sociales, acabando con la representación partidaria, en una suerte de cámara revolucionaria (Prada, 2006); la oposición apostaba a cerrar en falso el proceso constituyente, como mera reforma del sistema político que incluyese, eso sí, la más amplia autonomía política para las regiones orientales; el MAS, por último, se postuló como la candidatura de los movimientos sociales, ofreciéndole constituyentes a éstos integrados dentro de sus listas.

La polémica “Ley de Convocatoria de la Asamblea Constituyente” complicó más el escenario. Las elecciones a diputados a la Asamblea arrojaron una amplia victoria del MAS, que sin embargo no alcanzó los 2/3 de representantes que se había fijado como meta para evitar el poder de veto de la oposición. Lo paradójico es que fue la propia ley habilitante, redactada en la Vicepresidencia, la que abrió la puerta a la conversión de los 2/3 en la cifra mágica que determinaba los consensos, y en la que la oposición se parapetó frente a la mayoría “masista”. Seguramente el objeto de la ley fue la inclusión de los partidos del viejo sistema político y sus bases sociales, ofreciéndoles garantías de que el proceso constituyente, que no deseaban, iba a

ser suficientemente incluyente. El efecto, en cualquier caso, fue determinante para la crisis de la Asamblea.

Las elecciones a constituyentes habían planteado un mapa político que presidiría el conflicto del país en los años sucesivos: el MAS era un partido de mayoría nacional incontestada, pero con grandes diferencias dependiendo del doble eje occidente/oriente y campo/ciudad.

Además, como parte del pacto para la apertura del proceso constituyente, el Gobierno había pactado con los poderes regionales del oriente del país, con Santa Cruz a la cabeza, la convocatoria simultánea de elecciones a la Asamblea y de referéndum nacionales sobre la autonomía departamental, cuyo resultado sería un mandato para la Asamblea. En estos últimos, el oficialismo había llamado a votar por el “no”, con la consigna de que entrañaban el peligro de abrirle la puerta a las “oligarquías separatistas” de Santa Cruz y los departamentos alineados en la “Media Luna”. Aunque el resultado a escala nacional fue negativo, en los departamentos de Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija –es decir, precisamente en esa “Media Luna”- fue ampliamente favorable a la autonomía departamental. Se abrió así la pugna determinante de la cuestión de la hegemonía en el primer gobierno de Morales: la oposición regionalizada, reforzada en sus departamentos en torno a la demanda de autonomía, interpretó los resultados como una ratificación de la tesis que afirmaba la existencia de “dos países”, y exigió respeto al Gobierno por la mayoría social conservadora y regionalista en la mitad oriental. A la vez, a través fundamentalmente de los constituyentes de “PODEMOS” –que entendían su mandato cada vez más en clave regional- planteó una férrea estrategia de bloqueo de las sesiones de la Asamblea, la cual se había inaugurado el 6 de agosto de 2006 y en noviembre discutía aún el reglamento interno de funcionamiento²¹¹.

La convocatoria a la “refundación de Bolivia” abordaba la cuestión de los recursos naturales al mismo tiempo que la de la propiedad de la tierra, la autonomía indígena, la plurinacionalidad de la estructura estatal, la reglamentación del cultivo y uso de la hoja de coca, el nuevo sistema judicial o la descentralización del Estado. La Asamblea Constituyente se convirtió entonces en un foro de discusión de los diferentes conflictos que, se entendía, fracturaban Bolivia, pero también de un conflicto político que amenazaba con llevar el

²¹¹ En sesiones encendidas que combinaban discursos en quechua o aymara, encendidas proclamas revolucionarias, llamamientos a la resistencia frente a la tiranía venezolana en ciernes y no pocos enfrentamientos, como el que llevó al jefe del grupo de constituyentes del MAS a terminar en un hospital tras ser empujado, durante una trifulca, al foso del Teatro Mariscal Sucre donde sesionaba la Asamblea.

proceso al colapso, enfrentada la mayoría oficialista con el poder de veto, usado en forma discrecional, de la oposición²¹² (Martínez Dalmau, 2008: 107-108).

En paralelo, la tensión regional aumentaba. Los comités cívicos de los departamentos de la “Media Luna”, secundados por sus respectivos prefectos, emprendieron una campaña de proclamación “de facto” de la *autonomía*, convertida en un objeto mítico que evocaba la retención de las riquezas nacionales en lugar de su entrega al Estado centralista y parásito de La Paz, la libertad de los pueblos amazónicos y la desconexión de un proceso constituyente en vías de deslegitimación. En otros departamentos, como Cochabamba, la intención de su prefecto conservador de convocar en Enero de 2007 un referéndum a favor de la autonomía ya rechazada en 2006, provocó tres días de violentos enfrentamientos entre grupos de jóvenes conservadores que se denominaban “cochabambinistas” y sindicalistas cocaleros²¹³, que se saldó con una muerte en cada bando. La repolitización de las identidades regionales constituyó uno de los hechos políticos más relevantes del período y sin duda determinante en el conflicto por el poder político.

Una buena prueba de ello es que la Asamblea Constituyente tuvo que abandonar su sede inicial y terminar de sesionar en Oruro. En la ciudad de Sucre, que se pasaba así al bloque de la “Media Luna” amplios sectores de la clase media, los estudiantes de la universidad y grupos provenientes de la marginalidad urbana, inflamados por la consigna de “capitalía plena” que pretendía revertir lo perdido en la Guerra Federal de 1899, asediaron²¹⁴ la sede de la Constituyente haciendo finalmente inviable su continuación en la ciudad (Martínez Dalmau, 2008: 109). Reflejando de nuevo la geografía del conflicto, la Asamblea terminó su trabajo en el departamento andino de Oruro, protegida por cordones sindicales de mineros y campesinos, con la oposición amagando su abandono, pero cumpliendo todos los requisitos legales de su establecimiento, quórum y funcionamiento.

²¹² En general, para un análisis constitucional del proceso constituyente boliviano, su desarrollo, límites y alcances, ver: Martínez Dalmau (2008: 107-108).

²¹³ En aquella ocasión, la principal fractura se manifestó como aquella campo/ciudad, con los habitantes conservadores de la urbe acusando a los campesinos de “invadir” la ciudad por mandato del presidente Morales, dejando a su paso violencia y “suciedad”.

²¹⁴ Sobre la naturaleza del movimiento “por la capitalía plena” surgido en Sucre y la pervivencia del regionalismo racista revitalizado aquellos días, es recomendable ver el vídeo *Humillados y Ofendidos* (2008), realizado por el dramaturgo argentino Cesar Brie. En él se denuncian los actos de violencia racista perpetrados a campesinos indígenas en contra de la visita de Morales a la ciudad casi un año después. El director del documental no puede residir en Sucre desde entonces, y, al encontrármolo en una céntrica cafetería de la ciudad en julio de 2009 y llamarle por su nombre, reaccionó inicialmente acelerando el paso.

El borrador salido de Oruro era sensiblemente más moderado que el de Sucre, y fue aún más rebajado, posteriormente, en la insólita intervención del poder constituido sobre un poder constituyente que se decía “Originario y plenipotenciario”, pero que vio su texto modificado en el Congreso para facilitar un acuerdo con la oposición (Martínez Dalmau, 2008: 112). La reforma agraria en el oriente del país no modificaba sustancialmente la estructura latifundista de propiedad de la tierra²¹⁵, la autonomía indígena quedaba en la práctica en un estatus subordinado al de la departamental (Noguera, 2008) y la “economía plural” ofrecía si cabe más garantías a las inversiones extranjeras. Sin embargo, el borrador de constitución presentaba avances sustanciales en los derechos sociales, las posibilidades de intervención estatal en la economía, la plurinacionalidad estatal y la descentralización político-administrativa. No es este el lugar para una reflexión sobre la nueva constitución, que ya se ha esbozado en otros trabajos ya visitados en el capítulo correspondiente (Martínez Dalmau, 2008, 2010; Prada, 2008; Veltzé, 2009; Tapia, 2009b). Basta con haber señalado que ésta refleja el estado del conflicto político en Bolivia y de la correlación subyacente de fuerzas.

8.5.4 El conflicto autonómico y la oposición regionalizada: los referendos revocatorios y el intento de “golpe cívico-prefectural” de agosto-septiembre de 2008

El proceso constituyente había tenido que lidiar con lo que García Linera denominaba una “triple fractura” en el Estado boliviano: la crisis de la política neoliberal para satisfacer las demandas materiales de una mayoría social empobrecida, la fisura en la colonialidad del poder y las prácticas para la reproducción de la jerarquía racial, y la fractura espacial manifestada en el conflicto regional entre las élites de los departamentos orientales que se sabían líderes del desarrollo económico del país y un gobierno de signo contrario apoyado en una mayoría

²¹⁵ Junto con la nueva Constitución Política del Estado, se votó en Enero de 2009 si el límite máximo permitido del latifundio serían cinco mil o diez mil hectáreas. No obstante, al haberse pactado con la oposición la “irretroactividad” de la medida, la prohibición afectaba sólo a las propiedades adquiridas después de la promulgación de la constitución, pero dejaba fuera a la gran mayoría de haciendas agrícolas formadas históricamente por una mezcla de concesiones políticas, apropiación indebida o “extralegal” y compra (Romero, 2003). La otra medida era la de introducir una obligatoria “función económica y social” de la propiedad de la tierra, que la derecha denunció como una medida socialista, y que en la práctica sólo revierte a manos estatales las haciendas en las que el régimen de trabajo es de servidumbre o que no reciben ningún uso productivo, dos elementos de difícil demostración en los latifundios más alejados de las ciudades y a los que se tarda varios días en llegar. Un sindicalista campesino de Santa Cruz nos explicó cómo los patrones de las haciendas, cuando saben de la llegada de funcionarios del Instituto Nacional de Reforma Agraria –INRA- siembran de abono las tierras inutilizadas y declaran tenerlas “en barbecho”, o aleccionan a los peones para que nieguen cobrar por su trabajo en bonos para el economato de la finca.

nacional asentada sobretodo en el occidente andino y subandino (García Linera, 2005: 28).

Esta última tensión fue la fundamental en la pugna que caracterizó el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009), y en torno a ella se resolvería la cuestión de la hegemonía.

Ante la dispersión y desarticulación de la práctica totalidad de las antiguas élites políticas a escala nacional, y la dificultad para contrarrestar el discurso indígena y plebeyo antineoliberal, el regionalismo conservador del oriente se convirtió en la principal –y en ocasiones casi única– oposición política al gobierno de Evo Morales. La inicial oposición del MAS a la autonomía departamental, después corregida e incorporada en el texto de la Nueva Constitución Política del Estado boliviano, permitió presentar el choque contra el Gobierno como un choque entre autonomía y centralismo.

Las identidades políticas regionales funcionaron entonces como un dique de contención frente a la mayoría nacional del MAS. Las élites empresariales gozaban, en los departamentos de Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija, de una hegemonía derivada de su interpelación a un “interés común regional” interétnico e interclasista que sin embargo encabezaban ellos, ricos y blancos. Así, la “Media Luna” era representada como carente de conflictos internos, y aquellos que defendían lo contrario –organizaciones sindicales o indígenas amazónicas– estigmatizados como aliados de La Paz y enemigos de la región.

Los comités cívicos, estructuras gremiales y políticas expresión de los intereses empresariales locales, se formaron a partir del ejemplo del Comité Pro Santa Cruz a mediados de siglo XX, en la reivindicación de infraestructura de transportes y la retención de las regalías petroleras en el departamento cruceño²¹⁶. Durante el conflicto regional con el gobierno de Morales, y antes con las movilizaciones de Enero de 2005 frente a Carlos Mesa y por las subvenciones agrícolas, se convirtieron en los principales dispositivos formuladores y movilizadores de la identidad política regional, en un discurso que relacionaba “libre empresa”, “descentralización” y “democracia”²¹⁷.

Willem Assies señala, en su investigación sobre la política autonomista en la “Media Luna”,

²¹⁶ Para una reflexión sobre el papel político del Comité Pro Santa Cruz, ver: Argirakis (2010).

²¹⁷ Este discurso será analizado en detalle en el capítulo correspondiente gracias a las entrevistas realizadas a intelectuales y dirigentes autonomistas, entre los que figura el Vicepresidente del Comité Pro Santa Cruz en 2009.

cómo el apelativo *camba*, que hoy contiene la identificación regional autonomista, ha sido resignificado por la élite, que lo usaba durante los siglos XIX y XX para designar despectivamente a los peones agrícolas indígenas como “*cambas flojos*” (Assies, 2006: 98). Hoy el término nombra una construcción discursiva de una convergencia mestiza en una región internamente homogénea –en términos de clase y etnia- y constituida sin embargo en torno a su enfrentamiento con el “colonialismo interno” del centralismo de La Paz, que se aprovecha de su pujanza económica sin concederles las contrapartidas políticas (Assies 2006: 99 y ss.).

De esta forma, una élite con la composición histórica y las características ya analizadas²¹⁸ se aferraba a la territorialidad departamental para afirmar una jurisdicción diferente donde no se aplicasen las políticas decididas a escala nacional por el Movimiento Al Socialismo, principalmente las referentes a la fiscalidad, los hidrocarburos y la propiedad de la tierra. Esta movilización de la identidad política, como también se ha visto, ya había emergido en 2003 y 2005 con una dimensión de masas, como reacción al auge de los movimientos sociales. En esta ocasión, con voluntad nítidamente opositora, recogía las demandas históricas de descentralización político-administrativa hacia los departamentos más alejados de La Paz, y las unía a un sentimiento de superioridad racial manifestada en una conversión del espacio en tiempo²¹⁹, según la cual El Alto es un vestigio del pasado y Santa Cruz el más brillante representante del desarrollo futuro, un discurso que garantiza a las élites un amplio apoyo de masas en pos de un proyecto de continuismo neoliberal regional frente a la hostilidad y atraso que representaría la hegemonía indígena y popular en despliegue.

De esta forma, aún con el nuevo borrador de texto constitucional aprobado, a comienzos del año 2008 el gobierno del MAS se encontraba en una situación de bloqueo político, en la que la fractura regional era relativamente capaz de dividir el campo político y paralizar la reforma del Estado, queriéndola sustituir por una negociación bilateral entre dos legitimidades: el Gobierno mayoritario en occidente con las instituciones civiles, empresariales y políticas del oriente²²⁰. De forma más importante, la debilidad estructural del Estado boliviano implicaba

²¹⁸ Ver el epígrafe 2.3 de este mismo capítulo.

²¹⁹ Este es, como ya se ha indicado, un concepto tomado de John Agnew (2005), y que se revela extremadamente útil para comprender la articulación discursiva de las resistencias coloniales y empresariales a la hegemonía indígena y popular.

²²⁰ Esta tesis de las “dos legitimidades” fue expuesta por Carlos Dabdoub, Secretario de Autonomías en la Prefectura de Santa Cruz e ideólogo del grupo “Nación Camba” en la entrevista que se le realizó en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra en agosto de 2009.

que el Gobierno nacional no tenía los instrumentos de destrabar un “empate catastrófico” que apuntaba hacia el colapso institucional.

En ese contexto, la oposición regional, por medio de las Prefecturas y Comités Cívicos, avanzó en el camino de realizar sus autonomías de facto. Considerando que la Asamblea Constituyente no había cumplido con el mandato recibido por el “Sí” a la autonomía expresado por la población de los departamentos orientales, abrió un proceso de en el que las Prefecturas encargaron a grupos de expertos la redacción de sus propios “Estatutos de Autonomía” departamentales.

El punto álgido de la confrontación regional llegó cuando las élites departamentales sometieron los borradores de Estatutos a votación popular, en mayo de 2008, en un referéndum que el Gobierno nacional denunció como ilegal, pues las prefecturas no tenían potestad para convocarlo²²¹. Los estatutos fueron aprobados en votaciones con un promedio del 40% de abstención, pero que aún así mostraron una clara mayoría departamental en apoyo de la autonomía de facto²²².

La oposición regionalista conservadora entraba de forma explícita en una senda de desobediencia institucional, y radicalizaba así su táctica de bloqueo del proceso constituyente: con el borrador de Constitución del Estado aún sin aprobar, los departamentos orientales, que sumaban más de la mitad del territorio nacional y del PIB, se dotaban ya de “constituciones regionales” en un acto evidente de construcción de una suerte de “poder dual” regionalizado, una fractura vertical en el Estado boliviano que amenazaba su continuidad.

El Estatuto de Autonomía aprobado en Santa Cruz, que no era el que iba más lejos en un federalismo casi secesionista pero sí el de mayor importancia simbólica y mayor peso económico y político, contemplaba la asunción un unilateral por parte de la Prefectura - “Gobierno Autónomo”- de las competencias exclusivas en materia fiscal, de regulación de la propiedad de la tierra y los recursos naturales y su explotación, telecomunicaciones o transporte. El conflicto regional se revelaba no como una pugna local, sino como el eje principal sobre el que se decidiría la lucha por el poder político y la viabilidad del proceso de

²²¹ Se trató de una situación jurídicamente similar al famoso “Plan Ibarretxe” que el exlehendakari pretendía someter a referéndum en la Comunidad Autónoma Vasca, a pesar de que la prensa española tratase ambos procesos con sorprendente diferencia de baremos.

²²² Según datos de la página web de la Corte Departamental Electoral de Santa Cruz: <http://www.corteelectoralsc.com/Computo2008/fComputoDepartamentalA.aspx> (Consultado por última vez el 18/8/2010)

reforma del Estado capitaneado por el MAS o su colapso y la retoma de la conducción estatal por las élites políticas y económicas del país.

8.5.5 Consolidación de la hegemonía. Las elecciones presidenciales del 9 de diciembre de 2009

Contra todos los pronósticos y consejos de los ministros de su gabinete, su Vicepresidente y los pocos asesores políticos que tuvieron acceso a él, Evo Morales decidió plantear un “envite” solventase el bloque político e institucional que ya amenazaba de forma evidente a la aprobación de la constitución y por tanto a la consolidación del nuevo Estado. Morales retó a los nueve Prefectos departamentales del país a someter, junto a él mismo y el Vicepresidente García Linera, sus cargos a un referéndum revocatorio. Para ser revocadas, eso sí, las autoridades necesitaban un porcentaje de voto negativo superior al que les otorgó originalmente el poder, lo que en el caso del Presidente requería un difícilísimo 53,8%.

Morales lanzaba así un pulso electoral que pretendía destrabar un mapa político en el que el MAS, a pesar e seguir en el Gobierno nacional, tan sólo tenía el poder regional en dos de los nueve departamentos –los altiplánicos Oruro y Potosí-, una imagen que los medios de comunicación privados, todos opositores, reprodujeron ampliamente para representar un gobierno aislado, enclaustrado en el altiplano aymara pero rechazado en la mayor parte del país.

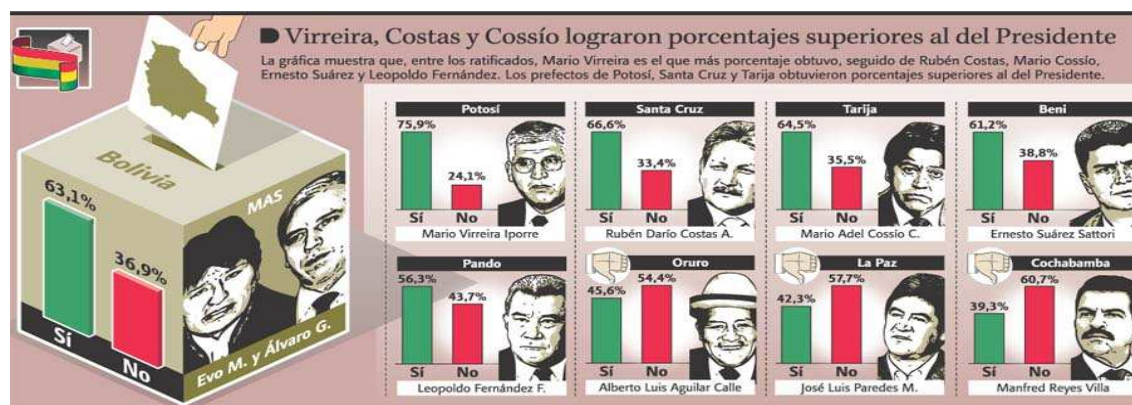
El 10 de agosto de 2008 se celebraron todos los referendos, representando en la práctica un enfrentamiento en las urnas entre dos discursos asociados a dos proyectos de país: el nacional-popular indígena del MAS frente al autonomista-empresarial de los Comités Cívicos orientales.

Los resultados confirmaron a grandes rasgos la geografía política anterior. Morales y Linera salieron reforzados con un apoyo del 67%, el más alto nunca recibido y techo electoral nacional a día de hoy. Subían en casi todas las regiones, incluyendo en las del oriente y sur del país. Los prefectos de la “Media Luna”, por su parte, fueron ratificados en sus puestos, incluso subiendo considerablemente en el caso de Santa Cruz, estabilizándose en un Beni y Tarija, y en un empate virtual en el amazónico Pando, donde Morales y el Prefecto Opositor Leopoldo

Fernández ganado ambos. Oruro arrojó una sorpresa con la revocación del prefecto “masista”, seguramente debida a los conflictos entre el Gobierno y los mineros, de mucho peso en esa región, que sin embargo no impidió que allí el apoyo al Presidente Evo Morales en el revocatorio nacional supere el 73% en el área urbana y el 93% en el área rural²²³.

Sin embargo, los prefectos de La Paz y Cochabamba, opositores aunque asentados en departamentos que en las votaciones nacionales eran marcadamente “masistas”, fueron revocados, lo que supuso una reordenación del mapa político-regional a favor del Gobierno: La derecha controlaba las zonas más ricas, pero el Gobierno la primera y la tercera ciudad más pobladas, que son además la segunda y la tercera en aportación al PIB nacional. El bloque de la media luna se consolidaba y aumentaba con el resultado ambiguo de Chuquisaca meses antes, pero de la imagen de un gobierno nacional sólo apoyado en dos prefecturas de nueve, se pasaba a una correlación de 5 opositoras por cuatro oficialistas –o previsiblemente, como en el caso de La Paz y Cochabamba tras deponer a sus prefectos y votar masivamente a favor de Morales.

Figura nº 16. Resultados de los referendos revocatorios del 10 de agosto de 2008, por Presidente y Vicepresidente y Prefectos²²⁴.



Los referendos revocatorios confirmaron en sustancialmente a ambos bloques políticos en sus posiciones de poder institucional, pero otorgaron una segunda demostración de confianza al

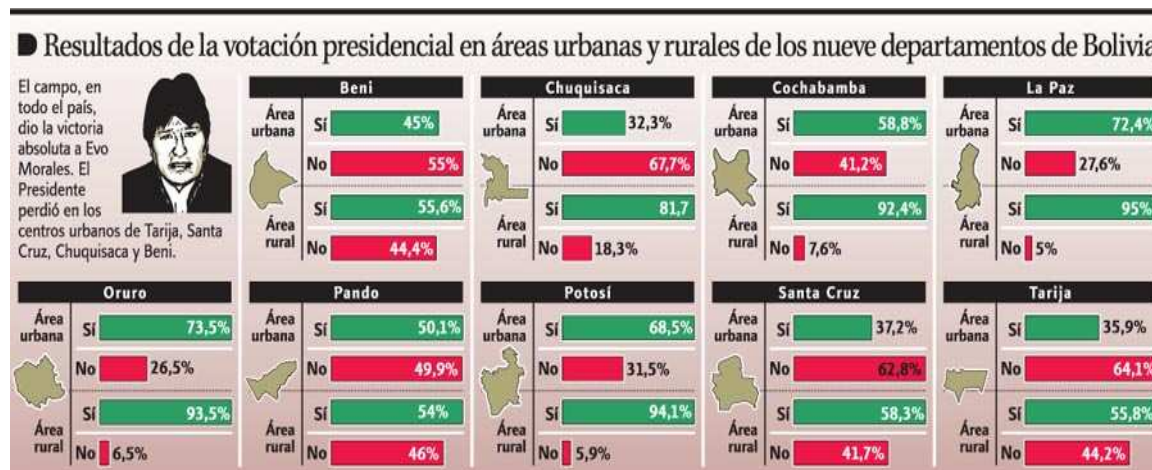
²²³ Periódico boliviano *La Razón* www.la-razon.com, resultados provisionales consultados el 11 de Agosto de 2008

²²⁴ Fuente: Diario *La Razón* (Consultado el 11 de agosto de 2008). El cuadro puede ser de interés pese a que otorgue a Evo Morales y García Linera unos resultados sensiblemente inferiores a los que confirmó el recuento de los días posteriores, que le dieron el 67% de respaldo al Presidente y el Vicepresidente. La relación entre votos nacionales y regionales, y la revocación o confirmación de prefectos se mantuvo prácticamente igual. Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia. www.cne.bo (Consultado por última vez el 17 de agosto de 2008)

Gobierno, que era quien se encontraba bajo un cierto asedio político y mostraron, por la horquilla que en algunas regiones existía entre el voto “nacional” al Presidente y el voto “departamental” al Prefecto, que el resultado del conflicto podía depender en gran medida de su alineamiento discursivo sobre un eje u otro. Por decirlo en forma breve: en lugar de los rígidos “bloques sociales” de comportamiento homogéneo, los revocatorios mostraban una geometría variable de las identidades políticas según cual fuera la dimensión sobre la que se definieran. Esto se confirmó en los resultados de las siguientes citas electorales, y es crucial para un análisis de la hegemonía.

Además, los referendos mostraron la persistencia y centralidad del *cleavage* campo/ ciudad: en las áreas rurales de todo el país –incluido la mayor parte del oriente- el Presidente y el Vicepresidente fueron ratificados, de forma abrumadora en el altiplano aymara y el trópico cochabambino quechua. En las áreas urbanas, en cambio, registró unos resultados modestos, con una victoria destacable tan sólo en la ciudad aymara de El Alto, protagonista de la “Guerra del gas” y estructurada por las organizaciones barriales y sindicales.

Figura n° 17. Resultados del referendo revocatorio presidencial del 10 de agosto de 2008, por Departamentos y desagregados en áreas rurales y urbanas²²⁵.



El Gobierno había tratado de arrastrar a la derecha regionalizada a una confrontación electoral, y dirimir así en clave nacional el relativo empate producido por la capacidad efectiva de la oposición de bloquear las decisiones gubernamentales, y de presentarse encarnando una mayoría nítidamente territorializada en el oriente del país.

²²⁵ Fuente: Diario *La Razón* (Consultado 11/8/2008).

Se trataba de definir si había una o dos legitimidades en juego. Los resultados fueron favorecedores sin duda para el Gobierno nacional, pero no resolvieron enteramente la cuestión, aunque forzaron una aceleración.

El poder regional oriental interpretó que la fractura geográfica persistía, y ratificaba sus posturas, decidiendo ignorar la ratificación de Morales, que supuestamente llegaba debilitado al referendo.

Apenas unas semanas después de los referendos, en Santa Cruz estallaron protestas protagonizadas por los sectores autonomistas, con participación destacada de los miembros de la “Unión Juvenil Cruceñista”, un grupo paramilitar regionalista, racista y de ultraderecha. En las protestas se exigía la entrega del Estado central a la Prefectura de Santa Cruz de los ingresos fiscales extraídos de las explotaciones petrolíferas situadas en ese departamento, pero pronto se extendieron a una reclamación en toda la “Media Luna” por una suerte de federalismo fiscal que apuntaba a uno de los ejes centrales del discurso autonomista: las regiones experimentarían una mejora significativa del nivel de vida –que llegaría también a los sectores más desfavorecidos, y esto explicaba su interpelación interclasista- si no viesen sus riquezas expropiadas por “La Paz”.

Las protestas se convirtieron en una oleada de agitación insurreccional que abarcó todo el oriente, y que incluyó la toma de edificios estatales, la quema de sedes sindicales y de ONGs indigenistas y el ataque a seguidores oficialistas. No faltaron, tampoco, las apelaciones a una intervención del ejército para “restablecer el orden”. En realidad, el ejército se mantuvo a la expectativa, sin apenas intervenir frente a las protestas, y no intervino de forma decidida a favor del Gobierno hasta que estaba claro el sentido de la resolución de la crisis²²⁶.

En el departamento de Pando, cuando una marcha oficialista se dirigía a la ciudad para hacer frente a las movilizaciones autonomistas, fue emboscada por grupos presuntamente vinculados a la Prefectura, que provocaron una matanza que se cobró la vida de en torno a 30 personas, casi todos campesinos afines al MAS.

²²⁶ La propaganda oficialista hablaría después del “compromiso de los militares patriotas con la democracia”, pero esto quizás deba ser interpretado como un *desiderátum* más que como una descripción aséptica de los hechos.

La enérgica resolución de UNASUR, en la que Brasil enfatizó el mensaje de que ninguna solución que subvirtiese al gobierno salido de las urnas sería reconocida, la distancia del ejército y la movilización de las organizaciones sindicales e indígenas en contra de lo que ya se conocía como el intento de “golpe cívico-prefectural”²²⁷, desactivaron los últimos núcleos de resistencia.

El Gobierno nacional frenó la marcha campesina a las puertas de Santa Cruz, en un intento de evitar la confrontación civil generalizada, y negoció con la oposición regional la deposición de las ocupaciones de edificios, el cese de la violencia y la desactivación de las movilizaciones. En el acuerdo, la oposición recibió sustanciales cesiones: el borrador de Constitución no podía ser sometido a referéndum, y por tanto aprobado, salvo por convocatoria del Congreso de la República, pero la mayoría conservadora en el senado lo había impedido hasta entonces; al levantar el veto, obtuvo a cambio la “irretroactividad” de la prohibición del latifundio, el límite constitucional de dos mandatos presidenciales consecutivos pensados para evitar la reelección de Morales, o el reconocimiento implícito de la escala departamental como aquella que más competencias recibe en el Estado autonómico, entre otras “rebajas” sustanciales que el borrador de la Constitución sufrió en el pacto de “actualización” en el Congreso (Martínez Dalmau, 2010).

La oposición conseguía así sacar la discusión política del “espacio salvaje”, en la brillante metáfora de Luis Tapia (2008), del poder constituyente donde todo podía ser discutido, para situarlo en el “espacio domesticado” de la negociación bilateral donde su peso excedía con mucho el de su representatividad. Si estas cesiones fueron un ejercicio de responsabilidad histórica del MAS, que evitó así un derramamiento de sangre a escala nacional, o un peaje pagado al chantaje opositor por un gobierno excesivamente tímido, sólo puede ser juzgado desde un profundo conocimiento de la correlación de fuerzas en el momento y las posibilidades realmente existentes de avance o, alternativamente, de enfrentamiento civil. En cualquier caso no es el objetivo de este texto²²⁸.

²²⁷ Esta información fue proporcionada por Portugal, un dirigente del MAS en el barrio “Plan 3000” mítico feudo oficialista en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, cuando fue entrevistado en agosto de 2009, apenas un año después de los sucesos, en los que había participado en primera persona.

²²⁸ En otro lugar se ha analizado el desarrollo de la correlación de fuerzas durante el período constituyente boliviano, deteniéndose especialmente en los referendos revocatorios de agosto de 2008, y facilitando la explicación posterior de los resultados finales contemplados en la actual Constitución Política del Estado. Ver: Errejón (2008).

Finalmente, el borrador de texto constitucional pudo ser sometido a referéndum en enero de 2009, obteniendo una aprobación nacional del 61%, aunque muy inferior en los departamentos del oriente del país. En lo sustancial, el voto en el referéndum constitucional reflejó la misma geografía política que en anteriores comicios, y apuntó el dato no periférico de que el apoyo a la figura personal de Morales era 6 puntos más alto que aquel a la constitución por la que el mismo presidente había hecho una extensiva campaña. Además, se votó en referéndum si el límite legal permitido para el latifundio era de cinco mil o diez mil hectáreas, siendo elegida la primera opción.

Sin embargo, las consecuencias que supuso la aprobación de la Nueva Constitución Política del Estado Boliviano en el conflicto por la hegemonía no pueden medirse en términos exclusivamente electorales.

Incluso sin haber retrocedido en votos, en el seno de la oposición se abrió una aguda crisis, en primer lugar entre quienes habían realizado el acuerdo con el Gobierno consiguiendo cesiones sustanciales por un lado, y los líderes cívicos regionales por otro, que les acusaban de haberse “vendido” y abierto el camino a “la constitución del MAS”.

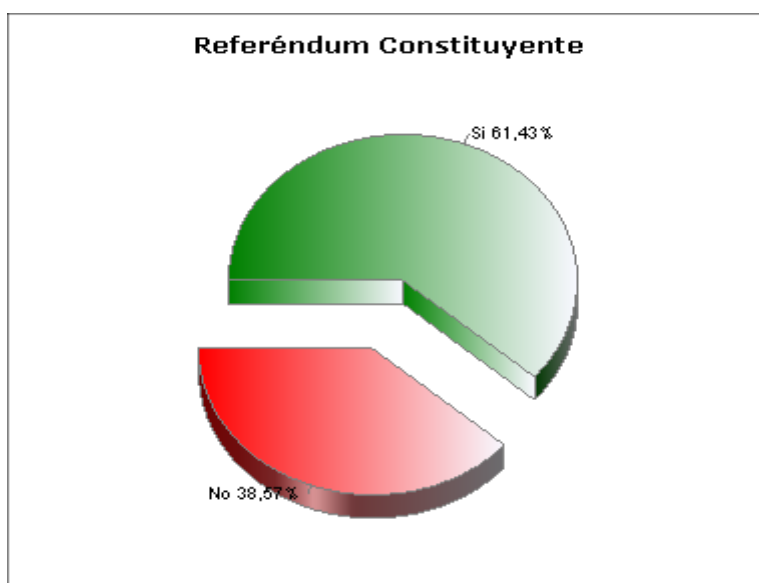


Figura nº 18. Resultados del referéndum constituyente el 25/1/2009²²⁹

Los resultados finales del referéndum constituyente fueron de 61,43% de votos a favor y 38,57% en contra. En La Paz, el porcentaje de votos a favor aumentó hasta un 78,12%, mientras que en Santa Cruz ganó

Cabe añadir que, como resultado de la observación participante en el año 2009, se mantuvieron numerosas conversaciones con dirigentes sindicales oficialistas y cargos políticos en el Ejecutivo, especialmente en la Vicepresidencia, con respecto a la resolución de la crisis de septiembre de 2008. Las opiniones divergían sobre si el gobierno obtuvo la mejor salida posible habida cuenta de la correlación “militar” de fuerzas, si podría haber conseguido más pero al precio de un escenario de confrontación que hubiese implicado decenas de muertes, o si aquello fue una cesión a la oposición sólo justificada por la urgencia por destrabar la situación.

²²⁹ Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia. Los resultados nacionales y desglosados por departamentos pueden consultarse aquí: <http://www.cne.org.bo/ResultadosRNC2009/> (Consultado por última vez el 17/8/2010)

ampliamente el “No” con un 65,25% de los votos.

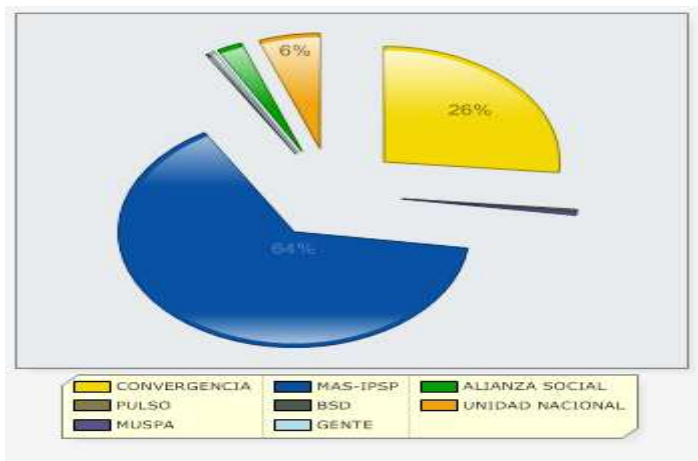
Por otra parte, con la CPE aprobada, el Gobierno se podía dedicar a gobernar antes que a pugnar con la oposición regional, por primera vez en tres años desde que llegó al poder. La inercia estatal, por lenta que ésta sea en Bolivia, empezó a producir un cierto imaginario de estabilización, de consolidación de los símbolos del Estado Plurinacional; incluso de incorporación y apropiación de los del enemigo por parte del oficialismo, como sucedió especialmente en el caso de la “autonomía”.

En esta relativa estabilidad, el Gobierno procedió judicialmente contra el entonces prefecto de Pando por la matanza de septiembre de 2008, y poco después contra líderes cívicos destacados de Santa Cruz, tras el descubrimiento de una célula de mercenarios centroeuropeos supuestamente preparada para una campaña terrorista “por la independencia de Santa Cruz”.

Al llegar a las elecciones presidenciales del 6 de diciembre de 2009, la oposición había sido incapaz de presentar un candidato con alcance nacional, y mucho menos un discurso que no tuviese que recurrir a elementos sensiblemente desgastados: la defensa de la familia, la propiedad y la fe cristiana, y la invocación vacía de las autonomías, que ya estaban incluidas en la CPE aprobada y comenzaban a ser desarrolladas por el Ministerio correspondiente. A la vez que las elecciones presidenciales, se sometió de nuevo a consideración de los electores, en los departamentos que se habían manifestado contrarios, la autonomía departamental. Esta vez el MAS, ya paladín de la descentralización, llamó intensamente a votar por el “Sí”, resultado que venció ampliamente.

La noche del 6 de diciembre Evo Morales comentaba, antes de salir al balcón del Palacio presidencial en la Plaza Murillo a proclamar su victoria por un 64% -inferior al 70% que el oficialismo había pregonado, pero síntoma de un arrollador apoyo-, “ahora ha llegado la hora de la gestión”. Más importante que la masiva votación por la reelección, o incluso que los más de dos tercios de escaños en el legislativo que permitían al MAS gobernar sin ataduras, se revelaba el mapa geográfico: el MAS arrollaba a la oposición en los departamentos occidentales, pero también ganaba en el tradicionalmente opositor Tarija, empataba en Pando y superaba el 30% de los votos en Santa Cruz.

Figura n° 19. Elecciones generales diciembre 2009 (por candidaturas)²³⁰



Desde el balcón, Evo parecía interpretar que el conflicto por la hegemonía había llegado a un fin relativo: el MAS era el único partido de alcance nacional, y había demostrado capacidad de interpelación trans-regional, interclasista y multiétnica, frente a una oposición apenas atrincherada en núcleos desarticulados, sin capacidad de construir alineamientos políticos nuevos, que hicieran frente a la mayoría nacional-popular de Morales.

No obstante, y ya fuera de los límites de esta investigación, las elecciones municipales y departamentales del 4 de abril de 2010 enviaban un aviso al partido gobernante, que sufría descensos significativos en feudos tradicionales como el área rural del departamento de La Paz o la ciudad de El Alto. La postulación de candidatos ajenos a las organizaciones sociales del bloque oficialista, y las peleas con antiguos aliados como el centroizquierdista “Movimiento Sin Miedo” en el occidente del país influyeron sin duda en el retroceso del MAS, que no resultó peligroso ni alteró la contienda en términos generales, pero que puede ser leído como una señal. La capacidad hegemónica del Movimiento Al Socialismo va a depender, en el futuro, de conseguir mantener la amplia articulación de grupos e intereses en el seno de un mismo proyecto nacional, sin perder por ello el contenido particular de la articulación: el sentido político del proyecto.

²³⁰ Fuente: Corte Nacional Electoral de Bolivia
<http://padron.cne.org.bo/Resultados09/ResultadosEGR2009.htm> (Consultado por última vez el 18/8/2010)

El reto para el MAS sería entonces evitar una hiperextensión de la cadena de articulación que termine por dejar sin contenido sustancial el apoyo al MAS y al “Proceso de cambio”, convertidos entonces en significantes vacíos cuyas fronteras coincidiesen con las de la comunidad política. En este escenario las luchas políticas relevantes se librarían al interior del oficialismo, en el que, desdibujadas las fronteras políticas, cabrían prácticamente todas las demandas, y se habría convertido en un mecanismo de acceso a los cargos y beneficios estatales. Una situación tal, no sería ya de hegemonía sino de desarticulación de los consensos nacional-populares por la vía de su ampliación extrema y vaciamiento. No obstante, estas cuestiones deberán abordarse en otra investigación, que se espera pueda nutrirse de algunas contribuciones de la presente.

Capítulo 9

Discursos en pugna

9.1 Premisa de partida: identificando los dos *discursos maestros*

La revisión de la historia reciente boliviana ha permitido enmarcar el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009) en una dinámica histórica más amplia que se ha denominado *proceso político boliviano*. Dentro de este, el Ejecutivo de Morales se sitúa en una fase marcada por una correlación de fuerzas conflictiva parcialmente a favor del bloque social encabezado por el Movimiento Al Socialismo, pero con capacidad de bloqueo y desestabilización de las élites regionales del oriente del país.

En esta fase se ha pasado del liderazgo a la hegemonía del MAS. Este paso está caracterizado por la institucionalización de la nueva correlación de fuerzas, y la consolidación de una articulación política que posiciona al partido de gobierno como dirigente del conjunto nacional.

En esta investigación se defiende que la consolidación de esta hegemonía se produjo durante la primera legislatura de gobierno de Evo Morales (2006-2009), fundamentalmente en el conflicto regional en torno a la demanda de *autonomía* expresada primero por las élites de los departamentos orientales del país.

La demanda autonomista se interpreta así como la *dimensión ganadora* de un discurso regionalista que jugó un papel contrahegemónico a escala nacional, frente a la hegemonía expansiva del Gobierno del Movimiento Al Socialismo y los movimientos sociales afines.

La lucha hegemónica que se produjo era un conflicto en torno al poder político nacional. Si el bloque contrahegemónico sabía que su apoyo de masas y electoral no le permitía sustituir al MAS en el Gobierno central, sí aspiraba, desde los departamentos orientales, a bloquear las reformas de Estado conducidas por el MAS y, en el punto álgido del enfrentamiento, a un colapso institucional que obligase al Gobierno a entrar en un proceso de negociación que

reconociere la existencia de dos legitimidades territorializadas y en última instancia dos ordenamientos jurídicos en el país.

En esta pugna por la construcción de poder político, se identifican por tanto dos discursos:

a) El oficialista o *nacional-popular indígena*.

b) El opositor o *conservador-regionalista*.

Estos discursos obviamente no agotan, como se ha señalado en el capítulo dedicado a la metodología de esta investigación, el campo discursivo boliviano, en el que se pueden identificar muchos otros. Pero sí son los que han presidido el marco temporal estudiado, ordenando en torno a su confrontación el resto de discursos, o expulsándolos a los márgenes de la agenda política. En este sentido responden a lo que Snow y Benford (1992) denominaban *master frame* o “marco maestro” por su capacidad de articular al resto de marcos. En el conflicto político boliviano, la pugna hegemónica se define por el choque entre los dos *discursos maestros* que compiten por determinar los alineamientos políticos y construir así el conflicto político en un sentido que favorezca una solución de la crisis estatal en su favor.

La identificación de los dos discursos políticos principales constituía una premisa de esta investigación, postulada gracias a la técnica de la observación participante, que después la revisión de fuentes documentales y las entrevistas semi-estructuradas a líderes políticos e intelectuales han confirmado. En cualquier caso, no se trata de dos compartimentos cerrados y homogéneos que ocupe todo el campo discursivo en Bolivia. En varias de las entrevistas y fuentes documentales analizadas se realizan representaciones de la realidad política que no se alinean completamente con los dos discursos aislados. No obstante, sí que se ven obligadas a referirse a ellos como ejes centrales de la política boliviana, y así, de manera más o menos explícita, se posicionan políticamente en torno a las cuestiones planteadas por estos dos *discursos maestros*.

Existe un claro consenso entre los investigadores que se han ocupado de la cuestión de la hegemonía en Bolivia, en señalar el conflicto político como presidido por la confrontación

entre estos dos discursos o “campos” (García Linera, 2008, 2009 y 2010; Stefanoni, 2007; Svampa, Stefanoni y Fornillo, 2010; Kohl, 2010; Zegada, 2010; Postero, 2010; Peña, 2010)

Para sustentar esta tesis, premisa central que orienta el análisis de discurso emprendido para explicar la hegemonía en el proceso político boliviano, se citan dos ejemplos sustantivos. En primer lugar, el análisis de los principales titulares sobre actualidad política de los periódicos “El Deber”, “La Razón” y “Cambio” arroja una clara predominancia de las noticias sobre el choque entre el Gobierno nacional y los comités cívicos y prefectos de los departamentos orientales. Como confirmación de esto, y de la primacía en el debate electoral previo a diciembre de 2009 del conflicto regional, los cuadernos “Elecciones 2009: ¡Construyamos confianzas, construyamos democracia!” financiadas por la Corte Nacional Electoral, la Unión Europea y su organismo dependiente la Fundación para la Democracia Multipartidaria tenían como la edición más publicitada el “Cuestionario sobre conflictos político/ regionales”. El cuestionario recogía las respuestas de los principales candidatos a la Presidencia del Gobierno, a preguntas que asumían, como una verdad transversal compartida por todos los actores políticos, que el escenario político boliviano estaba presidido por la polarización entre dos bloques que chocaban, fundamentalmente, sobre el eje de disputa regional. La pregunta número 4 es paradigmática cuando pregunta a cada candidato:

“¿Qué medidas tomaría desde el Gobierno para superar las brechas socioeconómicas entre departamentos, las diferencias étnico-culturales y la exacerbación de los regionalismos como factores generadores de conflictos? “

El segundo ejemplo lo proveen las posiciones de actores opositores no alineados con el bloque regionalista conservador. Su propia posición secundaria en el debate político nacional es una de las mejores evidencias de que es en torno a la demanda autonómica y en el plano de la relación entre el Estado central y las regiones donde se ha dirimido la pugna hegemónica. Carlos Mesa, ex presidente de Bolivia y uno de los más reputados analistas políticos del país, fue entrevistado en el trabajo de campo de esta investigación. Mesa se encuentra en posiciones inequívocamente enfrentadas a las del oficialismo, sin embargo, tampoco comulga con el bloque cívico-prefectural de la *Media Luna*, con el que tuvo difíciles relaciones durante su mandato. Esa situación le excluye prácticamente del debate político nacional, polarizado en torno a los dos discursos aquí señalados, a los que acusa por igual de carecer de proyecto político nacional:

Santa Cruz no planteó una demanda autonómica para Bolivia, [...], pero la historia se encuentra con los procesos más allá de los deseos de sus protagonistas y lo mismo que Evo Morales tenía un proyecto particular, la historia convirtió su proyecto demasiado cargado al indigenismo en un proyecto nacional. Y en el caso de Santa Cruz, Santa Cruz se encontró históricamente con que las condiciones estaban dadas para que estallara en el buen sentido un proceso de reivindicación autonómica y eso es lo que se está dando (Carlos Mesa, entrevista).²³¹

Él mismo reconoció, el 17 de abril de 2009, que no participaría en las elecciones presidenciales de diciembre de ese mismo año, pese a haber acariciado la idea inicialmente, por la necesidad previa de “construir una idea de unidad” (*La Razón*, 17 de abril de 2009), lo cual es una evidente manifestación de su difícil inserción en un escenario polarizado en torno a los dos discursos descritos. En la entrevista que se le hizo para este trabajo en diciembre de 2009, se lamentaba de la ausencia de alternativas nacionales y la consecuente regionalización de la oposición a Evo: “va a haber una confrontación nuevamente regionalizada porque yo veo que la opinión, perdón: la oposición partidaria no existe” (Carlos Mesa, entrevista).

Samuel Doria Medina, acaudalado empresario cementero, ha ejercido durante toda la primera legislatura del MAS como “tercero en discordia”: representante, con su partido Unidad Nacional, de una oposición liberal no regionalista, y que prioriza las cuestiones económicas por encima del debate sobre la geografía estatal y las identidades de lugar. En su permanente tercer puesto se puede ver una confirmación de su incapacidad para sobreponerse a la predominancia de los dos bloques principales y sus discursos. Pero quizás más ilustrativa es su necesidad de, pese a su voluntad de mostrarse trascendiendo los marcos discursivos de la confrontación política entre el Gobierno y las élites orientales, para obtener un buen resultado en Santa Cruz acabó por incorporar como segunda figura de su candidatura a Óscar Ortiz, expresidente del Senado y uno de los más importantes operadores del autonomismo conservador, ligado al Comité Cívico de Santa Cruz²³². Samuel Doria Medina, en cualquier caso, se presenta como una tercera opción, de oposición progresista al Gobierno, que en las elecciones de diciembre de 2009 podía emerger gracias a la distensión de la polarización:

²³¹ La apelación hegeliana a “la historia” es un recurso con el que Mesa explica su escasa relevancia en un escenario político presidido por la polarización entre el oficialismo y la oposición regionalizada, que sin embargo, reconoce implícitamente, son los dos únicos proyectos con capacidad de articulación hegemónica en el proceso político boliviano.

²³² La entrevista realizada en este trabajo a Óscar Ortiz, por lo demás, demostraría los límites del intento de Doria Medina de presentarse como una oposición no ligada al bloque cívico-prefectural: las respuestas de Ortiz fueron paradigmáticas del discurso regionalista-conservador.

“Primera idea, a octubre de 2009 ya no hay la polarización que existió en los años 2007 y 2008. [...] Segunda idea, las posiciones políticas se presentan divididas en 3: indigenismo estatalista (MAS), izquierda democrática (UN) y derecha conservadora (Plan progreso)” (Cuestionario sobre conflictos político/regionales, 2009: 2).

Sin embargo, la capacidad del MAS para establecer la agenda política, y el hecho de que su oposición real solo se haya encontrado en el oriente del país, obligan al candidato de UN a situarse, en sus ataques al Gobierno, en posiciones sólo ligeramente diferentes a las de la oposición con su discurso regionalista-conservador, al acusar al MAS de promover el enfrentamiento civil y de ser autoritario:

“El oficialismo del MAS ha hecho profesión de fe al separar a los “buenos” –que son ellos- de los “malos” que son los demás. En esa lógica, ha separado occidente del oriente del país, la población urbana de la población rural, los poquísimos que practican la espiritualidad sólo indígena frente a la masividad cristiano católica y evangélica de nuestra sociedad, entre otros (Cuestionario, 2009: 3); y se estaría proponiendo [en alusión al MAS] que haya un gobierno dictatorial que bajo el pretexto de justicia social imponga el criterio caprichoso de algún caudillo, a quien le importa muy poco el Estado de derecho y la democracia” (Cuestionario, 2009: 11).

En estas citas, como se puede apreciar, el discurso de UN se acerca tanto a aquel que él mismo denomina “derecha conservadora” que resulta complicado distinguirlos. Antes que como una maniobra de Doria Medina, o como una manifestación oculta de su “verdadera ideología”, hay que tomar esta convergencia como una manifestación de que, en el proceso político boliviano, la lucha por la hegemonía se ha librado en un conflicto polarizado entre el discurso oficialista *nacional-popular indígena* y el opositor *regionalista-conservador*. La pugna entre ambos tiene un poder centrípeto que ordena y resignifica las posiciones discursivas secundarias, o las expulsa a la marginalidad. Por eso se puede hablar de la predominancia de los dos discursos, y es pertinente dedicar el análisis de la hegemonía a examinarlos por separado y su confrontación. La mayor parte de los líderes de movimientos sociales o dirigentes políticos del MAS entrevistados asumían que el país había vivido desde la llegada de Morales al gobierno en una polarización entre dos bloques: el Gobierno nacional y la oposición de la derecha regionalizada. Pamela Fernández, hija del exprefecto opositor de Pando Leopoldo Fernández y

operadora electoral de la oposición en diciembre de 2009, ratificaba, desde posiciones antagónicas, la misma idea, aunque culpando al MAS de esta polarización:

“Porque hoy en día solo hay dos caminos, de verdad no hay una tercera ola, por ejemplo, hubieron muchos partidos políticos, eran ocho los candidatos a la Presidencia, pero es mentira, **no hay ocho visiones de país diferentes, solo hay dos**; hay la visión que plantea Evo Morales, la visión totalitaria, porque por más que estemos en democracia, creo que este es un gobierno abusivo y arbitrario, la visión de enfrentamiento, confrontarnos entre bolivianos, de intolerancia, de ilegalidad, de todo ello; y la visión que plantea la oposición, que es ese 40 por ciento, que es la visión de volvernos a reencontrarnos todos los bolivianos, seamos collas, seamos cambas, ciudadanos o campesinos”²³³ (Pamela Fernández, entrevista).

En el período 2006-2009 se pueden encontrar en la prensa boliviana artículos que claman por la superación de la oposición binaria entre el Gobierno y las élites orientales, y a menudo, desde su óptica opositora, culpan de ella precisamente al oficialismo. La cantidad y repetición de estas afirmaciones debe servir precisamente para ilustrar cuán asentada esta la polarización, y hasta qué punto condena a la protesta simbólica a políticos e intelectuales. En un artículo en el periódico *La Razón* del 22 de abril de 2009, la periodista Carmen Beatriz Ruiz se quejaba de la primacía de un esquema que obligaba a definirse:

“¿Sos india o sos *k'ara* [término aymara despectivo para designar a los blancos]? ¿Defendemos los derechos individuales o los colectivos? ¿Seguimos por la vía de la tradición o de la modernidad? ¿Lo que nos dará justicia y prosperidad es un sistema salvajemente liberal o intransigentemente estatista? La verdadera Bolivia está en el occidente, lo demás es la Media Luna. [...] Los analistas llaman a eso polarización. Se trata de un triste empobrecimiento de la política porque nos está metiendo en la ruta de pensar sólo en blanco o en negro [...] hacer política desde los falsos dilemas es seguir discutiendo sobre etiquetas de ideología y seguir en la polarización, que es fruto de la intolerancia”. (*La Razón*, 22 de abril de 2009).

Los “falsos dilemas ideológicos” de los que se lamenta la columnista son, precisamente, los discursos aislados, capaces de estructurar todo el campo político boliviano en torno a su lucha hegemónica. La simplificación de las discusiones entre dos polos antagónicos es, naturalmente, una característica propia de los momentos de conflicto por el poder político.

²³³ Énfasis añadido.

9.2 Los dos discursos en la lucha hegemónica

Se podría argumentar que la existencia de dos discursos que estructuran de forma central la dinámica política de un país no implica una lucha hegemónica. Sin embargo, como se ha explicado ya, el primer Gobierno de Evo Morales, sin embargo, llega al poder como resultado de una acumulación de demandas insatisfechas que polarizan el campo político boliviano y exigen una profunda transformación de las estructuras políticas, sociales y económicas. Frente a él se levantan identidades regionales en proceso de articulación, que conforman un bloque opositor capaz de impugnar con relativo éxito el proceso de reformas en marcha, y sobretodo de construir un sentido común alternativo, territorializado en el oriente del país. Se trata, nítidamente, de un conflicto hegemónico por el poder político.

El resultado final es el establecimiento de un régimen hegemónico que explica la estabilización del conflicto político y la consolidación del Gobierno de Evo Morales, evidenciada por el significativo descenso de los enfrentamientos políticos y las abrumadoras mayorías conseguidas por el oficialismo en las respectivas elecciones presidenciales de diciembre de 2009 y departamentales y municipales de abril de 2010. Comparadas con la primera legislatura del gobierno del MAS, estos resultados, en términos absolutos y considerados regionalmente, apuntan de forma clara a una desarticulación de la oposición y a una consolidación del MAS como el único partido verdaderamente nacional, en condiciones de presentarse como el conductor del Estado en beneficio de las mayorías de la comunidad política, y tendencialmente de toda ella.

El conflicto político boliviano, en su fase de hegemonía emergente capitaneada por el MAS, vivió diferentes episodios de confrontación abierta, de ejercicio de la coerción a escala más o menos local y con una duración relativamente fugaz. La legislatura 2006-2009 se cerró sin que el conflicto entrase en un escenario primordialmente “militar”, y las elecciones primaron en todo momento como el principal mecanismo de atribución de poder político. Pero la confrontación entre el Gobierno y los movimientos sociales aliados, por un lado, y la oposición regionalizada y las instituciones “cívicas”, por otro, revistió en muchos momentos el carácter de un choque en el que los episodios violentos, más que excepciones viscerales, fueron *la continuación de la política por otros medios*, como decía Foucault de la Guerra, subvirtiendo el apotegma de Clausewitz.

El punto álgido de choque “militar” entre el oficialismo y la oposición, en las jornadas de agosto y septiembre de 2008 que en total se cobraron cerca de 40 muertos en el país (*La Razón; Cambio; El Deber*; ediciones del 15/8/2008 al 1/10/2008) se saldó con un polémico proceso de negociación que sentó las bases para el desbloqueo del proceso constituyente y el desarrollo de la nueva institucionalidad, pasando por la renovación previa de todos los representantes electos en las escalas nacional y subnacionales.

Se puede defender, por tanto, que pese a la virulencia de los choques en numerosas ocasiones, el conflicto político se resolvió principalmente por la vía de lucha política entendida como confrontación discursiva y de articulación más que por la de la coerción desnuda. La teoría de la hegemonía desarrollada hasta aquí no incurre en las cándidas exclusiones de la violencia del campo de los fenómenos políticos; pero sí afirma que para que la práctica hegemónica se desarrolle, la confrontación política tiene que darse en un escenario que regule el conflicto político. En otras palabras: cuando el enfrentamiento político se libra exclusivamente como “choque”, como guerra, no puede haber articulación hegemónica.

En Bolivia el conflicto político durante el primer gobierno del MAS (2006-2009) se libró fundamentalmente en el terreno discursivo, entendido como aquel en el que los objetos políticos, las diferentes demandas y pertenencias, reciben significado político y construyen alineamientos que sitúan a determinados grupos en posición de poder político, de dirección de otros grupos subordinados. La principal razón de la supremacía política del MAS es su capacidad de interpelar a una pluralidad de sectores sociales en un relato nacional movilizador de mayorías políticas. Obviamente son importantes las diferentes operaciones de marketing político en cada campaña electoral, o la correlación entre las políticas públicas adoptadas por el Gobierno y el apoyo ciudadano recibido. Sin embargo, estas dimensiones no dan cuenta de la característica fundamental que hoy preside el sistema político boliviano: es el MAS el que determina la agenda y los términos de la discusión política nacional, y es en referencia al MAS que el resto de actores políticos adquieren su sentido político.

Por ello, los resultados electorales o la concreción jurídica de determinadas reformas estatales deben ser consideradas como resultados derivados de una determinada correlación de fuerzas, en una lucha hegemónica marcada, al cierre de la legislatura 2006-2009, por la centralidad tendencialmente absoluta del discurso oficialista.

Se impone, en consecuencia, la comprensión de los mecanismos por los que el Movimiento Al Socialismo ha alcanzado esa posición, en el conflicto con la oposición regionalizada. El análisis de los dos discursos *maestros* identificados permitirá explicar las dos operaciones de construcción de “voluntad colectiva nacional-popular” o hegemónica en pugna, y las razones e implicaciones de la victoria de una de ellas.

9.3 Diseño del análisis discursivo

Este trabajo partía de la siguiente hipótesis:

■ *El MAS y Evo Morales han funcionado como condensadores –significantes vacíos- de una reconstrucción del “Pueblo” boliviano, generada en las protestas contra el régimen neoliberal, y que ha situado en su núcleo a los grupos subalternos: indígenas y sectores empobrecidos. Los discursos de los movimientos sociales y, en diferente medida, del Movimiento Al Socialismo, han construido una identidad “nacional-popular indígena” que expulsa a los márgenes de la nación a los opositores*

Un elemento decisivo para la constitución de esa identidad y su significado político fue la fijación de una “frontera” que dividió el campo político entre “las élites tradicionales neoliberales” por un lado, y “el pueblo boliviano” por otro.

De esta manera, el Gobierno de Morales puede postularse como representando, por encima de los intereses particulares de cualquier sector social, una voluntad colectiva tendencialmente universal, que no obstante necesita para su afirmación de un constante “afuera constitutivo” minoritario, que en el caso boliviano es una “oligarquía antinacional” y potencialmente separatista, frente a la cual el Gobierno realiza la unidad y los intereses de las mayorías sociales bolivianas: el “Pueblo”. Esta tendencia se ha visto facilitada, en el largo plazo, por el repliegue discursivo de las élites empresariales a identidades políticas regionales, que le han cedido al oficialismo la redefinición de lo nacional y sus parámetros de pertenencia. El hecho definitivo para la consolidación hegemónica ha sido la rearticulación al interior del discurso oficialista de la demanda autonómica, su inscripción en el imaginario del “proceso de cambio”. Con ello, la capacidad de interpelación del Gobierno del MAS

y los movimientos sociales aliados ha aumentado en la misma medida en que la oposición regionalista ha sido sustancialmente desarticulada, en ausencia de su consigna constitutiva.

En las líneas que siguen, se caracterizan primero los mecanismos de articulación que constituyen los dos discursos aislados, por los cuales inscriben y vinculan demandas diferentes en un relato unitario que construye un sentido político y una lealtad ideológica compartida. Este procedimiento se realizará mediante la aplicación del modelo de *frame analysis* adaptado al análisis del discurso y la hegemonía, que busca identificar y explicar:

los mecanismos de atribución de sentido político a determinados hechos sociales a través de su inscripción en una narrativa que divide el campo político en torno a “fronteras” concretas, que generan determinadas identidades políticas.

Con los datos recabados a través del análisis de editoriales de la prensa boliviana, de declaraciones de líderes políticos, de las entrevistas realizadas a intelectuales y dirigentes de movimientos sociales, comités cívicos, prefecturas o partidos políticos, se procede a una deconstrucción de los marcos que componen los dos discursos identificados.

Mediante esta técnica se pretenden explicar en primer lugar los mecanismos de articulación que han constituido las dos identidades políticas que han ordenado los alineamientos políticos en la pugna hegemónica nacional. Para ello se realiza un análisis individual en profundidad de cada uno de los discursos, según las categorías del modelo teórico-metodológico desarrollado para el estudio de la hegemonía²³⁴. A continuación, se revisa el enfrentamiento de los dos bloques políticos en torno a la demanda de “autonomía departamental”, deteniéndose en los hitos más destacados del choque y las *prácticas de sentido* que desde uno y otro discurso se pusieron en marcha en competencia por la construcción de hegemonía. Por último, se explica la rearticulación de la demanda “autonómica” al interior del discurso oficialista, y su integración en el imaginario del “proceso de cambio” como la operación decisiva que signa la desarticulación de la contrahegemonía y la consolidación de la hegemonía del MAS, en una victoria relativa –en tanto que sometida a futuros desarrollos políticos y “no completa”- que

²³⁴ La operacionalización de las categorías de la *Discourse Theory* se realiza en el discurso oficialista, analizado en primer lugar en tanto que modelo más acabado de construcción hegemónica. Para el discurso opositor, analizado a continuación, se siguen las pautas ya explicadas.

segura la conducción estatal por el oficialismo, y la preeminencia de sus marcos discursivos en la discusión política boliviana.

Capítulo 10

El discurso oficialista *nacional-popular indígena*

El discurso oficialista es una elaboración basada fundamentalmente en los contenidos de las protestas contra las políticas neoliberales, que en el Ciclo Rebelde (2000-2005) provocaron una crisis de Estado que hizo quebrar el viejo sistema político boliviano, sus actores tradicionales y el sentido común que enmarcó la interacción política por más de quince años. La propia elección como Presidente del Estado de un dirigente sindical indígena-campesino da cuenta de una revolución en el imaginario nacional, impensable tan sólo cinco años atrás (García Linera, 2009). Tras apenas cinco años de transformación, no quedan en el sistema de partidos bolivianos ni una de las formaciones que canalizaron la representación política durante la segunda mitad del siglo XX, comenzando por el histórico Movimiento Nacionalista Revolucionario, hoy reducido a un conglomerado de núcleos locales divididos, disputándose la herencia simbólica de unas siglas que nadie imaginó acabarían, tras cinco décadas presidiendo la política boliviana, en una fuerza residual (Dunkerley, 2007).

Así pues, el discurso del Movimiento Al Socialismo está basado en esta profunda dislocación de los discursos que habían ordenado la vida política boliviana por medio siglo, en particular por el hundimiento del “sentido común neoliberal” (Prada, 2006).

Las movilizaciones contra las medidas de ajuste neoliberal, entonces, fueron el acontecimiento de “ruptura” en el sentido que Rancière le da al término (2007) que alteraron los lugares y significados que recibían los objetos políticos. En ellas se encuentran las bases del nuevo horizonte de sentido hoy consolidado en Bolivia, que hace posible lo impensable pocos años atrás, e inimaginable, incluso para los sectores más reaccionarios de la oposición, la reversión de ciertas transformaciones, tales como la presencia pública de los indígenas –la oposición ha comenzado a integrar a indígenas en puestos destacados de sus listas electorales- o la nacionalización de los hidrocarburos, hoy a penas discutida en el país, pero que costó una insurrección de más de 70 muertos en octubre de 2003 (Orgaz, 2003).

10.1 El momento de ruptura populista y fundación de la contrahegemonía: las protestas antineoliberales

Como se ha visto en el capítulo correspondiente, el fracaso de las reformas económicas neoliberales supuso un empobrecimiento de los sectores subalternos de la sociedad boliviana a la vez que un debilitamiento estructural del Estado, que quedaba desprovisto de las herramientas con las que intervenir en la economía nacional para favorecer las demandas que recibía de diferentes grupos sociales. Rota la mediación sindical, y con prácticamente todos los partidos del arco parlamentario reunidos en el consenso neoliberal -expresado en que la rotación de siglas en el gobierno no modificó sustancialmente un mismo programa neoliberal-, las demandas sociales de los grupos más desfavorecidos por las reformas comenzaron a expresarse por fuera de los canales institucionales de representación liberal-individual. Esta es, en todo caso, la agudización de una preferencia histórica de los sectores populares por la acción colectiva extrainstitucional en Bolivia, ante la debilidad e ineficiencia institucional (Dunkerley, 1985; Klein, 2003; Gray Molina, 2009).

Así, con la “Guerra del Agua” en la ciudad de Cochabamba en el año 2000 se abrió simbólicamente un período en el que se sucedieron las protestas de numerosos sectores sociales, ninguna de las cuales encontraba canalización a través del sistema de partidos y de la administración estatal en forma individual. En este sentido, se iba fraguando entre todas ellas una cierta “solidaridad” horizontal, en tanto vinculadas por su exclusión de la política institucional, percibida como un bloque cerrado e incomunicado con los sectores más desfavorecidos. García Linera indica que en ese momento lo local se articula en torno a una demanda general movilizadora: la defensa de los recursos públicos, de los recursos comunes (García, 2010). Esta será la dinámica fundamental de construcción del pueblo en adelante.

La “Guerra del Gas” en octubre de 2003, funcionó como condensación de todas estas demandas parciales o “corporativas” en torno a la oposición al proyecto del Gobierno central de entregarle la comercialización del Gas boliviano a empresas multinacionales que pretendían exportarlo hacia Chile y California. De esta oposición, emergió una revuelta que se convirtió en una insurrección que tuvo como epicentro la a ciudad plebeya y aymara de El Alto (Gómez, 2003).

Zizek dice que conviene dar con el caso particular que otorgue eficacia a la noción ideológica “[...] Algo que sucede cuando un hecho puntual acaba revestido con los ropajes de lo *típico*” y acaba sirviendo para traducir la abstracta y vacía noción universal en una noción que queda reflejada en, y puede aplicarse a, nuestra “experiencia concreta” (Zizek, 2007: 14) y fue exactamente eso lo que sucedió en torno a la consigna “El Gas no se vende”, que acabó siendo el ejemplo concreto que expresaba un resentimiento generalizado y difuso contra las élites blancas y sus reformas neoliberales.

La defensa de los hidrocarburos fue capaz de funcionar como aquella demanda que se eleva por encima del resto como representante de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas –los salarios impagados a empleados públicos, el recorte de ayudas a la producción familiar campesina frente al sector agroexportador, la carencia de tierra de las comunidades indígenas en el oriente amazónico del país, la falta de respeto por la administración indígena de justicia y el desprecio por los pueblos originarios, los efectos regresivos de la privatización de los recursos naturales y empresas estatales, la carestía de la vida, los despidos en la minería, la reducción de sueldo de los maestros rurales, etc.- y la consolida como identidad colectiva en una división antagónica del campo político. Esa identidad ya es algo más que la suma de las reclamaciones al sistema político insatisfechas. La lucha por el gas boliviano pasó así a ser el punto central que anclaba diferentes significantes, tales como “patria”, “democracia”, “justicia”, “dignidad”, en un discurso que enfrentaba al pueblo boliviano con “los neoliberales”. Con aquellos que le querían vender la patria al capital transnacional, encarnado en “los gringos” y en el siempre odiado Chile. La punta de lanza fue la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, que llegó a ser el “afuera constitutivo” contra el que se unificaban las demandas antes dispersas.

De un conjunto de reivindicaciones parciales dispersas, se acaba de construir una voluntad colectiva unitaria, aún si por el momento exclusivamente destituyente, de “la parte de los que no tienen parte”, en palabras de Rancière (2007: 46). Lo que posteriormente se llamó la “Agenda de octubre” fue un conjunto de consignas –“Reforma agraria, nacionalización del gas y Asamblea Constituyente” que funcionaron como “condensadores” de una diversidad de quejas en un proyecto de ruptura con el orden institucional que se iba haciendo hegemónico, de manera equivalente a como Althusser (1967: 49-86) entiende que funcionó la consigna bolchevique “paz, pan y tierra” en la Revolución Rusa.

Esta construcción no era una mera descripción de sujetos preconstituidos, sino que, en un acto nominativo, constituía al “pueblo” que debía, desde ese mismo momento, gobernar el país. Las reformas económicas y la crisis de la minería de estaño habían terminado con la centralidad obrera, y habían hecho implosionar el campo popular en una diversidad de figuras productivas y pertenencias étnicas, territoriales y de clase. La heterogeneidad de los sujetos subalternos se rearticuló así en la operación discursiva que construyó lo nacional-popular, esta vez con un papel fundamental de lo indígena. No había nada de necesario en dicha operación: estamos ante la contingencia de la hegemonía.

En las protestas, por tanto, se construyó en primer lugar la división dicotómica del campo político, situando de un lado a todos los grupos cuyas demandas no habían sido satisfechas por el Estado boliviano, y del otro a las élites tradicionales. Unos y otros recibían significado político en su oposición, inicialmente en torno a la cuestión de los recursos naturales –el agua, el gas. Los sectores subalternos empobrecidos se situaban entonces defendiendo “el común” boliviano, los recursos naturales pertenecientes a toda la nación, y las élites como comerciantes de las fuentes de riqueza públicas en su propio beneficio. No es difícil comprender el paso de esta división a la postulación de una patria “verdadera”, formada por los más humildes y siempre despreciados, que defiende los recursos de todos, frente a los privilegiados por su venta y privatización. En este sentido, la contestación antineoliberal recibe un sentido en primer lugar nacionalista, en la misma medida en que construye un pueblo nacional encarnado por los sectores empobrecidos y hasta ahora excluidos. Así debe entenderse la caracterización de *nacionalista-indígena-plebeya* de la hegemonía en formación: como la fundación de un imaginario nacional que postula a los pueblos indígenas y sectores subalternos como su expresión más pura expresión y mejor valedor.

Sin embargo, estamos todavía ante una construcción discursiva contrahegemónica, que es capaz de producir alineamientos conflictivos en el campo político boliviano, polarizándolo, y de poner en aprietos al Estado. La consolidación se produce, ya con el Movimiento Al Socialismo en el Gobierno, cuando los bloques construidos reciben una *nominación*, en torno a un eje definidor, son cargados de atributos morales e históricos, y se expresan en proyectos de Estado concretos.

10.2 Evo Morales y el MAS como catalizadores de la nueva identidad popular

La revuelta de 2003 tumbó al Gobierno de Sánchez de Lozada e impidió por dos años cualquier intento de restauración del modelo neoliberal y del viejo sistema de partidos, que ya estaba herido de muerte frente a un movimiento popular mayoritario y con demostrado poder destituyente.

En Diciembre de 2005, las elecciones presidenciales y legislativas habían adquirido un carácter plebiscitario: de un lado, la coalición PODEMOS, formada con los retazos del “viejo orden”, por otro lado, Evo Morales y el Movimiento Al Socialismo, jugando el papel de catalizadores del movimiento popular, del *Pueblo* como el nombre de lo irrepresentable en el viejo orden.

El MAS había sido hasta el año 2002 un instrumento electoral de los sindicatos cocaleros de los valles de Cochabamba, un instrumento de defensa de los intereses sectoriales de los campesinos dedicados al cultivo de hoja de coca. Lo que sucedió es que este sector, en su lucha contra las políticas de erradicación de los cultivos, adquirió una significación nacional: en su lucha, los cocaleros enfrentaban al imperialismo norteamericano que era quien ordenaba y en algunos casos ejecutaba la erradicación de los cocaes. También enfrentaban el desprecio por las costumbres y las culturas de los pueblos indígenas, y contestaban las políticas neoliberales y sus efectos de depauperización de las mayorías sociales.

Es significativa a ese respecto la consigna del movimiento cocalero: *¡kawsachun coca, wañuchun yanquis!* -¡Viva la coca, mueran los yanquis! que pronto se extenderá a todo el movimiento indígena-campesino. La demanda “particular” de los cocaleros podía aparecer entonces como encarnando el “universal”: defensa de la soberanía nacional, defensa de los pueblos indígenas y rechazo al neoliberalismo (Stefanoni y Do Alto, 2006; Dunkerley, 2007: 81).

El liderazgo del MAS era plausible porque expresaba un desplazamiento discursivo que ya estaba en marcha: la *plebs* del país –los pobres y los indios- pasaba a encarnar el *populus* boliviano (Laclau, 2005: 108). Las clases populares indias y mestizas se hacían nación, por oposición a las élites blancas conductoras de las reformas económicas, acusadas de “vender la

patria”. La presencia en los bloqueos de carreteras y en las marchas de protesta de las banderas bolivianas y de las banderas indígenas o *wiphalas* revelaban claramente esta división del campo político y la construcción del “pueblo antineoliberal” boliviano²³⁵.

De nuevo Zizek sirve para comprender la operación discursiva: La lucha por la hegemonía ideológico-política es, por tanto, siempre una lucha por la apropiación de aquellos conceptos que son vividos “espontáneamente” como “apolíticos”, porque trascienden los confines de la política (Zizek, 2007: 15).

El MAS pasó así de ser partido local-sindical a partido nacional-popular, pudiendo postularse en las elecciones de 2005 como el representante del pueblo olvidado de Bolivia. Su éxito electoral por un histórico 54% debe entenderse en consecuencia como una manifestación de su capacidad de representar y articular ese bloque indígena y popular antineoliberal. El término “indígena” aquí es clave, pues revela una diferencia central con la Revolución Nacional de 1952: la centralidad de la identidad indígena en los discursos, símbolos y movilizaciones de las protestas, y después en el programa de reforma estatal y en las élites destinadas a aplicarlo (Rivera, 2007; Linera, 2007b).

10.3 Gobierno del MAS y la lucha por la consolidación hegemónica

La llegada de Evo Morales al Gobierno supuso la apertura de un nuevo ciclo político, en el que las demandas insatisfechas del período neoliberal –reforma agraria en el oriente del país, nacionalización de los hidrocarburos, descolonización de la estructura estatal perpetuada de la supremacía criollo-mestiza- se convirtieron en los ejes centrales de la reforma del Estado. Algunas, como la nacionalización de los hidrocarburos, se realizaron por decreto gubernamental –el primero de mayo de 2006 en un acto simbólico tras la llegada del MAS al poder-, pero la mayoría tuvieron en la Asamblea Constituyente el espacio de discusión y

²³⁵ La presencia conjunta sistemática de la wiphala y la bandera tricolor boliviana en las movilizaciones contra los gobiernos neoliberales, y el elevamiento de la primera a bandera co-oficial del Estado Plurinacional de Bolivia no pueden ser pasadas por alto. Significan, por un lado, la reinención del nacionalismo boliviano desde lo indígena, y por otro lado su constitucionalización como símbolos de la nueva comunidad política y sus estructuras de gobierno. En ambos casos se aprecia nítidamente que la identidad étnica indígena no es opuesta ni alternativa a la boliviana, sino el núcleo de su reformulación plebeya para incluir a los sectores tradicionalmente excluidos.

concreción, en un intento ambicioso de refundación estatal.

Desde entonces, y con el proceso constituyente como marco principal, el Gobierno de Evo Morales ha desarrollado un conflicto prolongado con lo que en otro lugar he denominado una “derecha regionalizada” (Errejón, 2008), atrincherada en las identidades territoriales del oriente del país. Por medio de esta operación, la oposición articulaba, desde los intereses empresariales exportadores, una identidad popular regional diferenciada de la identidad popular nacional. La primera estaba asociada a la belleza, la modernidad y la prosperidad, mientras que la segunda se vinculaba con lo indio, lo atrasado, lo pobre y antidemocrático (Soruco, 2004; Assies, 2006; Waldman, 2008).

La reivindicación autonómica fue entonces la bandera de esta confrontación, destinada a limitar la capacidad del Estado de modificar el patrón de acumulación dependiente y exportador, al menos mientras éste estuviese en manos del bloque indígena y popular. En realidad, por esta misma razón, se trata más de un proyecto federal destinado a “liberar” a los polos de inversión extranjera y agroexportación (como Santa Cruz) de la “carga” del Estado central gobernado desde el altiplano “improductivo”.

Este choque histórico, que el vicepresidente García Linera (2009) definió como un “empate catastrófico”, terminó con el agotamiento militar, político y electoral de la derecha regionalizada entre agosto y octubre de 2008. Desde entonces todas las citas electorales han mostrado un panorama caracterizado por la existencia de un solo partido nacional, el MAS, y una oposición fragmentada y localizada en sus feudos del oriente, en los que incluso retrocede.

Por añadidura, especialmente desde su abrumadora victoria en las elecciones presidenciales y legislativas de diciembre de 2009, que le otorgan mayoría absoluta en ambas cámaras, el Movimiento Al Socialismo ha comenzado a desarrollar el Estado Autonómico, desplazando a la oposición regionalizada de su lugar de enunciación más poderoso, relegándola nítidamente a un papel subordinado del Gobierno nacional, y despojándole de sus banderas de construcción y movilización de una identidad popular con la que pudo, por tres años, hacer frente a la hegemonía nacional del MAS. Algunos analistas señalan que el MAS ha dejado sin propuestas políticas a la oposición a base de incorporar sus propuestas y desarrollarlas como propias, y entienden esto como una cierta “traición” del Gobierno a los movimientos sociales,

a la vez que una cesión innecesaria a las élites orientales (Noguera, 2008). No es el objetivo de esta investigación valorar los procesos de negociación y las cesiones que implicaron, sin duda polémicas como se ha visto en el capítulo anterior. Sin embargo, sí es necesario recordar que la hegemonía es siempre un régimen de absorción, que se caracteriza, a diferencia de la simple imposición, por la articulación de algunas de las demandas de los adversarios en un régimen de poder en el que éstos son subordinados²³⁶. Por este proceso, un régimen hegemónico se refuerza, pero también se hibrida. La hegemonía debe ser tomada en consecuencia como un proceso en cierta medida contradictorio y dinámico, siempre sometido a renegociación, desafíos y modificaciones, y no un liderazgo unilateral homogéneo de suma cero.

En cualquier caso, la cuestión fundamental es que no existe hasta ahora ningún discurso capaz de pugnar con el nacional-popular para rearticular diferentes sectores sociales en un bloque opositor, lo que se traduce en la extrema debilidad y desarticulación de los actores políticos y sociales adversarios o enemigos del Gobierno de Morales, obligados a moverse en los parámetros que éste establece.

El Movimiento Al Socialismo asienta su liderazgo en ser el representante de un consenso transversal: el Estado boliviano es una estructura históricamente excluyente, por su falta de correspondencia con la sociedad sobre la que rige, en los ámbitos económico, político y cultural. Por tanto, este *Estado aparente* (Zavaleta, 1983) necesita ser reformado en profundidad, atendiendo a las necesidades de los grupos subalternos, encabezados por los pueblos indígenas. Esta tesis no es discutida por ningún sector de la oposición. No es casualidad que el contrapeso más relevante al Gobierno de Morales en el período de consolidación hegemónica de la primera legislatura (2006-2009) no fuese ninguna fuerza política que se reclamase del sistema político anterior, ni postulase revertir las reformas, sino de un actor político que puede presentarse como “nuevo” e igualmente emanado de la crisis de Estado; un actor que no enfrenta la hegemonía nacional del discurso del MAS, sino que aspira a “desgajar” los departamentos orientales del país del horizonte de refundación nacional-popular-indígena, presentándolos, esencialmente, como una comunidad política diferente que debe poder determinar sus reglas de convivencia.

²³⁶ Se trata, en el símil futbolístico del fino analista político y amigo Manolo Monereo, de la “jugada” por la cual “pasa el balón pero no el hombre”; es decir, las propuestas de los grupos subordinados son parcialmente integradas en un régimen que así descabeza a los adversarios.

En otras palabras: nadie hace frente al “Pueblo” boliviano construido por el discurso oficialista –en un sentido antineoliberal, indígena y plebeyo que se expone a continuación. Algunos actores minoritarios tratan de construirse en base a matices sobre esa identidad popular oficialista, y la derecha del oriente del país, de mayor éxito relativo, le opone a esa “voluntad colectiva nacional-popular” boliviana un pueblo regional –la “Media Luna”, en su versión más acabada. El terreno discursivo de lo nacional es monopolio del MAS, lo que le sitúa como conductor “natural” del Estado que realiza reformas a favor del *Pueblo*.

10.4 Los mecanismos de construcción de la hegemonía del MAS: el análisis de los marcos discursivos

A esta situación se le puede calificar como paradigmática del concepto de hegemonía aquí teorizado. Sin embargo, no tiene nada de natural, ni se deriva en modo alguno de la ostentación del gobierno, de la sucesión de victorias electorales o de una mayoría social preconstituida y definitiva: se trata de la construcción discursiva de una identidad popular encarnada por el Movimiento Al Socialismo, que preside y lidera la política boliviana, permitiendo a un particular –el MAS- conducir a la comunidad política nacional –el universal- en nombre del interés general. La identificación de los mecanismos que han construido esta situación ayudará a explicarla.

En el esfuerzo por operacionalizar los conceptos de la *Discourse Theory* para el análisis de fenómenos empíricos, se ha derivado un modelo que los combina con la propuesta metodológica del *frame analysis*, en una matriz que identifica en cada discurso tres marcos: de diagnóstico, de pronóstico y de motivación; a través de los cuales se señala una situación como intolerable e inscrita en una injusticia mayor, se construye el alineamiento político del “nosotros” y el “ellos” y se movilizan determinados recursos a su alcance tras un proyecto político plausible.

Estas operaciones son las que conforman el discurso del Movimiento Al Socialismo, y del oficialismo en general, que es hoy hegemónica. Se puede acceder a ellas a través de las diferentes formulaciones por las que los dirigentes e intelectuales orgánicos del oficialismo construyen significado político y articulan elementos diferentes en la narrativa dominante.

Como ésta es una operación dinámica y permanente de creación y recreación de hegemonía, y no realizada de una vez por todas, las operaciones discursivas pueden examinarse a través de las fuentes documentales recogidas y entrevistas realizadas durante el período estudiado.

○ Marco de Diagnóstico

Las operaciones del marco de diagnóstico son aquellas que identifican un “problema” en una cuestión que antes recibía poca atención o era objeto de resignación, y lo significa como un hecho que no se acaba en sí mismo, sino que es un síntoma especialmente significativo de una injusticia mayor, general.

▪ **Problema:** *Miseria y exclusión.*

Inicialmente el problema particular visibilizado fueron los proyectos de mercantilización del agua y el gas, que encarecían los servicios para los sectores más necesitados y simbolizaban el expolio de la patria. Pero la importancia de los recursos naturales, como aquella de la hoja de coca, era la de ser los únicos medios visibles para salir de la miseria. Las reformas neoliberales habían significado la pérdida de miles de empleos en los sectores formales de la economía, y en especial la crisis de la economía, tradicional buque insignia de los esfuerzos desarrollistas, había dejado a los sectores empobrecidos sin demasiadas perspectivas de mejora económica en los canales existentes en el mercado laboral.

La defensa del agua, pero sobretodo del gas y la coca, significaban la defensa de las pocas vías inmediatas –la coca- o imaginables –la explotación bajo control estatal de los hidrocarburos- de aliviar las condiciones sociales de empobrecimiento.

Así pues, el “problema” identificado como político, y por tanto susceptible de ser solucionado, es una combinación –desordenada al principio- de demandas insatisfechas por parte de amplios sectores sociales empobrecidos y marginados, cuya situación material y percibida empeoró durante los años del neoliberalismo (1985-2003).

- **Injusticia:** *El Estado boliviano colonial excluyente, y el modelo neoliberal como máxima expresión de injusticia y despojo.*

La privatización y venta de los recursos naturales impactaba de manera contundente con el sentido históricamente sedimentado en un país acostumbrado a depender de sus recursos minerales en una actividad primario exportadora, en el que el bienestar colectivo estaba estrechamente conectado con la explotación de un solo recursos. El gas, así, heredó lógicamente el papel que el estaño había jugado durante todo el siglo XX, como referente del desarrollo y la redistribución. Su mercantilización por empresas transnacionales extranjeras significaba así, en el discurso antineoliberal, la enésima enajenación de la riqueza boliviana, cuyo episodio fundacional fue el saqueo del cerro rico de Potosí por los colonizadores españoles.

“Proceso de Cambio no queremos mentira, no queremos que roben, no queremos que nos saqueen a nuestros recursos naturales, no queremos que venda nuestros recursos naturales, nosotros queremos administrar, el pueblo boliviano queremos la libertad soberano, dignidad para todos los pueblos indígenas originarios campesinos. [...] nosotros como los pueblos indígenas originarias no queremos ser manejado ni oprimido ni manejado por aquellos sectores ni manejado por cuantas personas ni gobernado por los extranjeros ni gobernado por unos grupos. Pueblo soberano, libre, representante el presidente para el pueblo, representante del pueblo, vicepresidente trabaja para el pueblo, cero analfabetismo, cero el racismo, cero el sectarismo” (Remigio Mendoza, entrevista).

De esta forma, las condiciones materiales de vida de los sectores subalternos del país, se ligaban discursivamente a la defensa de la soberanía nacional, amenazada por las transnacionales en el caso del agua y el gas y por la injerencia norteamericana en el caso de la coca. Redistribución de la riqueza y soberanía nacional se vinculaban así en primera instancia en el discurso antineoliberal. De manera similar sucedió con la tierra en el oriente, recurso supuestamente en manos de “extranjeros” que privaban de ella al campesinado boliviano, también aquí con la aquiescencia estatal.

Esta es una de las señas de identidad del MAS una vez en el gobierno, como se puede apreciar en la siguiente ilustración, el encabezamiento de un anuncio institucional sobre los recursos naturales:

Foto 1: “La Patria no se vende, se defiende”²³⁷



La dimensión de exclusión se relaciona en este discurso principalmente a través de la existencia de un Estado que institucionalizaba el poder de la minoría blancoide, discriminando a los pueblos indígenas. Al ser entrevistado, Sabino Mendoza, ex dirigente cocalero y exconstituyente del MAS, actualmente responsable político de la relación con los movimientos sociales del Ministerio de Autonomía, interpretaba el proceso de cambio como una pugna por la superación del Estado colonial y la construcción de un Estado por primera vez incluyente de los pueblos indígenas, frente a la resistencia de la derecha opositora y blanca-criolla. La condición aymara de Sabino Mendoza influye sin duda en su discurso, pero se trata, en todo caso, de un destacado y antiguo miembro del MAS y de los sindicatos campesino-indígenas, que expresa el núcleo central y original de la narrativa oficialista:

“la visión del desde el Movimiento Al Socialismo y de los movimientos sociales era reivindicar, en este caso, todo lo que en el pasado lo que se había negado básicamente, la inclusión, esa discriminación a los pueblos indígenas, por eso sale en esa Comisión básicamente como propuesta de que el Estado boliviano no solo es una República sino es el Estado plurinacional, que al interior existe varias naciones, varias culturas, varios idiomas,

²³⁷ Fuente: Diario *Cambio* 7/5/2009

varias lenguas, en este caso que, al interior de ese Estado que es como una cosa, casa grande en este caso, coexiste. Pero esos pueblos indígenas en el pasado; jamás habían sido reconocidos como tal, siempre habían sido discriminados, siempre han sido excluidos incluso hasta en la, en la como un proyecto incluso de desaparición, desaparecerlos básicamente del de del de la sociedad en este caso ¿No? mientras en la oposición tenía una visión de mantener este Estado colonial, un Estado ya vieja, un Estado donde no podía soportar, donde ya no tenía fuerzas porque había un detrás de este, esta visión que los pueblos demandaban un país más, más... más incluyente ¿No? y la derecha siempre ha mantenido eso, por eso hasta ahora ellos aun todavía critican de que de la Constitución se ha desaparecido el... la palabra República, que para ellos significa mucho pero para nosotros no ¿No? Entonces hay aun todavía esa discusión en el escenario político, en la prensa, en los escritores; yo pienso eso va a tomar un proceso aun todavía para comprender, yo creo que como ahora ya entramos al siglo veintiuno con una estra... con una propuesta del Estado plurinacional, debe traducirse también de que este Estado debe dar resultados y debe dar también respuestas a esas demandas de movimientos sociales, de los pueblos indígenas, de aquellos intelectuales, en este caso, que han sido consecuentes con la lectura de que este país no es un país de unos cuantos sino es un país de varias nacionalidades” (Sabino Mendoza, entrevista).

En sus diferentes formulaciones, este discurso articulaba ya las demandas indígenas y de los sectores empobrecidos sobre un horizonte nacional, vinculándolas a la recuperación de la soberanía para construir un “país para todos”, lo que se traduce, como se verá a continuación en la necesidad de una ampliación democrática hacia los sectores indígenas y/o empobrecidos, lo *plebeyo*.

○ Marco de Pronóstico

Una vez identificados los problemas particulares, y representados como síntomas de una injusticia mayor, las operaciones comprendidas en el marco de pronóstico postulan cual es la cualidad principal definitoria de la identidad de las víctimas de la injusticia, *en cuanto qué sufren*. Tras esa postulación, se traza una frontera antagónica que divide la comunidad política en dos polos. Por último, el polo constituido por esta identidad política, recibe una nominación que le permite encarnar –o al menos reclamar con legitimidad- el interés general.

▪ **Dimensión Ganadora:** *Exclusión etno-económica: lo plebeyo.*

El eje central que define la identidad en formación en las protestas contra el neoliberalismo es la de aquellos que sufren en carne propia las medidas económicas. No obstante, la condición “colonial” permanente en la historia del Estado boliviano, que racializa la estructura jerárquica social, hace de la clase “una metáfora de la etnia y viceversa” (Saint- Upéry, 2008: 76). Además, la destrucción de las organizaciones sindicales tradicionales de la clase obrera en el neoliberalismo, posiciona a las organizaciones indígenas-campesinas como las entidades principales en la lucha contra las reformas neoliberales. El innegable protagonismo indígena en las protestas se suma así al hecho de que la identidad étnica es el único lugar de reconstrucción de agencia de los grupos subalternos durante los primeros años de hegemonía neoliberal más robusta.

En consecuencia, en un escenario estructural marcado por la fragmentación de las formas de supervivencia de las clases subalternas y la crisis de los relatos y las organizaciones obreras tradicionales, el reagrupamiento en las protestas contra el neoliberalismo encuentra su cauce en una cierta dimensión “plebeya”: que expresa la naturaleza amorfa de una interpelación a los “humildes” general, pero no exclusiva ni unívocamente, indígenas²³⁸.

²³⁸ En ninguna de las entrevistas con dirigentes sindicales o políticos del bloque oficialista la identidad indígena se entendía como una pertenencia opuesta a la nacional boliviana. Aunque esto es así en algunos discursos indianistas hoy minoritarios, el oficialismo reivindica lo indígena, más bien, como la forma más profunda de ser boliviano, en tanto que sectores humildes, trabajadores y olvidados, como la mayoría nacional. Esta reivindicación de lo indígena fue así incluso en las entrevistas con actores políticos autoidentificados como aymaras (Sabino Mendoza, entrevista; Remigio Mendoza, entrevista).

Pese al importantísimo peso particular de las demandas de descolonización, de la identidad indígena o incluso, en el altiplano, del indianismo aymara, la consolidación hegemónica no se ha hecho en absoluto en base al eje central de la étnica como dimensión diferencial. Lo indígena ha sido resignificado como el núcleo profundo de lo boliviano, y por tanto llamado a reconstruir el Estado para que, por una vez, esté en consonancia con la “verdadera” nación, siempre sufrida y excluida. La denominación “plurinacional” que adopta el Estado no refiere más que simbólicamente a un pacto constituyente entre diferentes naciones, sino más bien a la integración de las diferentes formas de ser boliviano de los pueblos indígenas, convocados ahora a reconstruir la comunidad política y sus normas (Sabino Mendoza, entrevista).

Tampoco la retórica socialista del Gobierno del MAS debe confundir, en tanto que la expresión “lucha de clases”, axial en el pensamiento socialista, es prácticamente imposible de encontrar en el discurso oficial, que representa su gobierno como realizando una reconciliación de los diferentes sectores sociales con un Estado conducido no por una clase en particular, sino por los “sectores populares”, los pobres de Bolivia, que encarnan, por sufrimiento y peso demográfico, el interés nacional.

Esta dimensión plebeya es la *ganadora* en la medida en que define el conflicto político, cuyo escenario es la nación y no los centros de trabajo. Se trata de la irrupción de los que nunca tuvieron parte en el Estado boliviano, un empoderamiento de los sectores marginados como “Pueblo plebeyo de Bolivia”.

Si la hegemonía expansiva del oficialismo se denomina *nacional-popular indígena* es precisamente porque articula una voluntad general sobre la dimensión privilegiada de “los de abajo”, interpelados en cuanto pobres y en cuanto indígenas, dos condiciones generalmente entrelazadas en la historia del Estado boliviano²³⁹.

²³⁹ En otro lugar me he ocupado de la relación entre la subalternidad étnica y la económica en el Estado boliviano, y especialmente en su combinación e una identidad política *plebeya* que protagonizó las resistencias contra el neoliberalismo. Ver: Iglesias, Espasandín y Errejón (2007). Para un desarrollo mayor de la condición “plebeya” en la Bolivia de Evo Morales, ver: Stefanoni (2010).

Foto 2. Cartel electoral “Bolivia unida, grande y para todos”²⁴⁰



Como se verá más adelante, la consigna que mejor expresa la primacía de esta *dimensión ganadora* es la de “Patria para todos” o en su formulación gubernamental: “Bolivia unida, grande y para todos”, empleada en el referéndum revocatorio de agosto de 2008 y después en la campaña electoral de diciembre de 2009²⁴¹.

- **Trazado de Frontera:** *Las élites blancas históricas (q’aras, gringos, etc.) / la mayoría humilde, trabajadora, pobre y no representada.*

Esta *dimensión ganadora* dibuja una frontera a un lado de la cual se sitúan las élites tradicionales –representadas por los viejos partidos políticos del sistema neoliberal, las familias ricas blancas pudientes del occidente, los agroempresarios del oriente, las transnacionales y las embajadas de sus países, particularmente la norteamericana- y del otro una mayoría social empobrecida y marginada, racializada como subalterna –india, pero

²⁴⁰La Paz, julio de 2008. Fuente: http://lifeinperu.com/2008/09/06/im-half-peruvian-now/img_0724/ (Consultado por última vez el 16/08/2010)

²⁴¹ Ver el spot electoral en: <http://www.alminuto.com.bo/content/propaganda-evo-si> (Consultado por última vez el 16/08/2010)

también mestiza, “chola” o india urbana, “negra”; lo de menos son los fenotipos reales, sino su construcción como inferioridad. El proceso político boliviano puede ser considerado así “populista” en el sentido de Laclau, por cuanto la forma de construcción de la hegemonía descansa en un trazado de frontera que dicotomiza la sociedad boliviana en “los de abajo” contra “los de arriba” (Laclau, 2005, 2006).

Preguntado por la existencia de conflicto regional, Alejandro Vargas, responsable de Desarrollo Normativo en el Ministerio de Autonomías y militante del MAS, lo lee en términos de clase, subordinando la fractura regional al clivaje privilegiado o *dimensión ganadora*: la que separa a ricos de pobres. Vargas lo explica en términos “clasistas” por su formación marxista, que en todo caso no es ni mucho menos condición general en el discurso oficialista:

“yo no lo veo como conflicto regional... creo que es un poco mas complejo que eso ¿No?, tienes por un lado la población boliviana que no esta confrontada regionalmente ¿No?, más bien si hay una confrontación de clases, si tu quieres y es esa confrontación de clases la que hace entrever como si hubiera un conflicto regional ya que, la clase dominante boliviana ha sido desplazada del poder central, ha sido desplazada, digámosle del poder estatal formal del Gobierno central y se ha refugiado en las administraciones departamentales, sobre todo del oriente y eso es lo que hace ver de alguna manera una confrontación regional ¿No? Porque los representantes políticos departamentales de la región del oriente esta en confrontación con el Gobierno central actual” (Alejandro Vargas, entrevista)

La oposición fundamental en torno a la cual se produce la ruptura del sistema político boliviano vigente desde 1985 hasta 2005 es aquella de los pobres y los indios frente a los ricos blancos. La mejor expresión de esta ruptura es el carácter plebiscitario que, desde 2005, han adquirido todas las elecciones en el país. Si Morales y el MAS han ganado todas es precisamente porque han conseguido librarlas todas como referéndums binarios entre “el Pueblo” que refunda el Estado y “la oligarquía” que quiere mantener sus privilegios del antiguo orden.

Foto 3: Sede del MAS en el pueblo de Pocitos, departamento de Tarija.
“Mientras los pobres no tengan pan los traicioneros no tendrán paz”²⁴²



La decoración de una sede del Movimiento Al Socialismo en el pueblo de Pocitos, departamento de Tarija, en la frontera con Argentina, es muy reveladora al respecto, pues la condición fundamental a la que apela su lema político es a “los pobres”, a la que opone “los traicioneros”, que sólo pueden considerarse traidores a los intereses nacionales comunes. De esta forma, más que una frontera de clase, el discurso oficialista traza una división nacional-popular, que interpela a los sectores subalternos y excluidos como el corazón de la nación.

Como se verá más adelante, el hecho de que la composición política de las élites tradicionales, tras la llegada al Gobierno de Evo Morales, se realizase sobre la base territorial de los departamentos orientales y sobre la politización de las identidades regionales, agudizó la representación de la “oligarquía regionalizada” terrateniente en los departamentos del oriente, como el más nítido símbolo de la casta privilegiada por el Estado excluyente. Una publicación

²⁴² Fuente: Propia. Agosto 2009.

del Instituto Nacional de Reforma Agraria y el Viceministerio de Tierras, en noviembre de 2007, rezaba:

“Y es que en este tema, como en otros, el Estado fue lento como una tortuga mientras, expeditivos y veloces como los zorros, los amigos de los poderosos y los parientes de los gobernantes recibieron cada uno centenares de miles de hectáreas [...] baste para ejemplo: 35 familias se distribuyeron 1,1 millones de hectáreas en los departamentos de Beni, Pando y Santa Cruz. En cambio, la mayoría silenciosa de siempre, indígenas y campesinos, recibieron tras 40 años de postergación, apenas 17 millones de hectáreas” (INRA y Viceministerio de Tierras, 2007: 2).

- **Nominación:** *El “Pueblo” boliviano, representado por la mayoría indígena y empobrecida.*

Toda esa construcción, sustentada en la mera oposición, resultaba endeble, y desde luego incapacitaba para gobernar. Una vez en el poder político estatal, el MAS no habría podido seguir basando su liderazgo en una mayoría construida sólo en oposición a las élites tradicionales. Este es quizás un presupuesto válido para el ejercicio de la contrahegemonía, para formular alineamientos que subviertan los consensos en los que descansa un régimen, pero es difícil basar en él ninguna construcción estatal alternativa.

La cadena de demandas insatisfechas y grupos sociales subalternos, expresada fundamentalmente en la reivindicación de los recursos naturales y en su oposición a su “afuera constitutivo”, las élites tradicionales blancas y ricas, corría el riesgo de disolverse con el relajamiento del antagonismo.

Esa debilidad se soluciona parcialmente con la *nominación*, por la que la cadena antagonista recibe el nombre de un significante tendencialmente vacío, que tiene poco peso conceptual y mucha capacidad de interpelación: poca intensión y mucha extensión. En el caso boliviano, ese significante tendencialmente vacío es el de *Pueblo*.

El *pueblo* boliviano no es exactamente toda la nación, aunque interpela a todos los ciudadanos del país. Se trata de una identidad nacional-popular indígena que eleva la *dimensión ganadora* plebeya a la condición del particular que encarna el universal. La hegemonía nace precisamente en la tensión ambigua entre el pueblo como la comunidad política formada por

todos los ciudadanos de Bolivia, y el pueblo como los sectores humildes y racializados del país: la *plebs* se reclama el *populus* legítimo, y oscila entre integrar a las élites de forma subordinada, o denunciarlas como antinacionales, opuestas al bienestar y la armonización de la comunidad nacional. Nótese en la siguiente cita, la ambigüedad entre el *Pueblo* como los sectores populares, que conduce un gobierno que beneficia, sin embargo, al *país*, entero: “El pueblo boliviano es ahora el protagonista del proceso de cambio que vive Bolivia, porque no solamente ha elegido a sus autoridades, sino que participa en el perfeccionamiento de un gobierno que está al servicio del país” (*Evo. Del pueblo para el pueblo*, 2009).

Esta tensión entre “pueblo” como los sectores más desfavorecidos de la sociedad y “pueblo” como la totalidad de la comunidad política está muy presente en el discurso oficialista, y es el terreno de la hegemonía nacional-popular indígena. Esa tensión se exprimía ya en el lema del MAS para las elecciones a la Asamblea Constituyente de 2006: “Somos pueblo, somos MAS”, que refería a un tiempo la mayoría social –políticamente constituida en el discurso- del *pueblo* indígena y pobre, y su representación por parte del partido que más tarde sería de gobierno²⁴³.

²⁴³ Se trata de un cartel para la elección de Sabino Mendoza, candidato por la circunscripción 20 del norte de los Yungas de La Paz, una zona cocalera, lo que explica los lemas de la esquina inferior izquierda, referidos al cultivo de la hoja de coca: “Por una despenalización, por la industrialización”.

Foto 4: Cartel electoral del MAS para la Asamblea Constituyente²⁴⁴



Así se manifestaba, al ser entrevistado, Portugal, dirigente oficialista en Santa Cruz de la Sierra, reflejando de forma nítida esta tensión entre *plebs plebs* y *pópulus*:

“hay una nueva constitución política del Estado para gobernar, el Presidente Evo Morales esa nueva constitución juntamente con todas las clases sociales populares, campesinos, indígenas están llevando adelante este proceso de cambio, este proceso constituyente; y este diciembre de este presente año se va a llevar adelante la elección y estamos seguros que el pueblo... **el pueblo boliviano, el pueblo pobre**, el pueblo humilde con algunos grandes empresarios, van a solidarizarse con **todo el pueblo boliviano** y este proyecto... proceso de cambio del Presidente Evo Morales va ir adelante con la nueva constitución, porque no mas logias en Bolivia, no mas transnacionales en Bolivia, no mas la privatización de los recursos naturales en Bolivia”²⁴⁵ (Portugal, entrevista).

El enorme carisma de Morales como líder, catalizador y símbolo de la nueva hegemonía se

²⁴⁴ Fuente: Propia. Julio 2006.

²⁴⁵ Énfasis añadido.

debe, sin ningún lugar a dudas, a una suerte de representación entendida como reflejo sociológica de los grupos en ascenso político, de la nueva mayoría boliviana; Evo representa a “su” pueblo porque, de facto, lo encarna: campesino, indígena –pero no comunario ni con el perfil del indianismo esencialista, sino originalmente aymara migrado al trópico quechua, y hoy principalmente castellano hablante- sindicalista, agredido en el pasado por Estados Unidos y despreciado por las élites blancas, trabajador que ha pasado por numerosos trabajos en los circuitos de la informalidad.

Para las elecciones de diciembre de 2009 el oficialismo sacó un cartel que mostraba a Evo abrazando a una anciana indígena, con el lema “Evo Pueblo”. También un cómic con el título *Evo. Del pueblo para el pueblo* que se abre con un dibujo que representa al presidente diciendo: “Cuando fui posesionado me dije, **ahora sí habrá un Gobierno para el pueblo, y entonces recordé mi niñez [...]**” (Dirección Nacional de Comunicación Social, 2009: 1)²⁴⁶. Las siguientes páginas, que muestran los extremadamente humildes orígenes de Morales, su pertenencia indígena y condición plebeya o empobrecida, se adornan después con referencias a la vida estándar de todo ciudadano boliviano común (la escuela pobre, el servicio militar del que sólo se libra la élite, las penurias, la informalidad en el trabajo, las constantes migraciones) a las que se suma la militancia sindical del ahora presidente. Esa narración biográfica sirve para sustentar, hacia el final el cómic, las numerosas sentencias de Morales en las que se representa, a él mismo y a su gobierno, fundamentalmente como *del pueblo*: “Por el pueblo boliviano, sin intereses personales ni mezquinos. Es importante pensar en la Patria y no solamente en regiones ni en sectores; o La gestión de mi gobierno siempre estuvo marcada en buscar políticas para el pueblo boliviano”.

²⁴⁶ Énfasis añadido.

Foto 5. Portada del *cómic* oficialista:

“Evo, del pueblo para el pueblo”²⁴⁷



Sería difícil encontrar mejores ejemplos del crucial rol del líder como catalizador de la nueva identidad popular construida: la biografía de Evo como mejor prueba de que él encarna a “su” *Pueblo* plebeyo e indígena. Remigio Mendoza, secretario general de la CSUTCB, expresaba así la conexión entre “Evo” y el “proceso de cambio” en la entrevista que se le realizó:

“Gobernar para el pueblo y eso es la mentalidad de todas las organizaciones sociales del país para que gobiernen, para que trabajen para el pueblo. No vamos a permitir algún dictador que haiga, algún racista, sectarista que gobierne a este país [sic.]. Todos comamos, todos tranquilos andemos en nuestro país, el futuro es siempre tener un presidente del pueblo para que gobierne al pueblo” (Remigio Mendoza, entrevista).

En gran medida gracias al papel del liderazgo catalizador de Evo Morales, el oficialismo ha construido una identidad política en expansión, que domina el escenario político nacional. Ésta es resultado de la nominación discursiva por la que el vocablo *pueblo* refiere a la cadena de demandas insatisfechas y sectores históricamente excluidos, que comenzó a emerger en las protestas contra el neoliberalismo. Gracias a ella, el oficialismo puede reclamar para sí la representación de una voluntad colectiva nacional superior a la suma de los intereses corporativos.

²⁴⁷ Fuente: Propia. Campaña electoral octubre-diciembre 2009.

Foto 6: Pintada en el centro de La Paz²⁴⁸



La hegemonía del MAS en Bolivia consiste en que ningún otro actor puede desafiar, de momento, esta construcción del *Pueblo*, significante tendencialmente vacío y universal cuyo sentido político le es otorgado en este caso por la centralidad de los sectores subalternos, empobrecidos y racializados, como núcleo nacional. La tensión entre la interpelación a la mayoría política así construida en tanto que totalidad de la comunidad política nacional, es el rasgo distintivo de la naturaleza ambivalente y dinámica de la hegemonía.

²⁴⁸ Fuente: Propia. Fotografía tomada el 4/7/2009.

○ Marco de Motivación

La identidad popular construida, el *Pueblo* indígena y plebeyo de Bolivia, necesita ser movilizado para ser un sujeto político y no sólo una postulación. Esta movilización tiene lugar por medio de la atribución de características morales a la división dicotómica de la sociedad, de su naturalización por medio de una reinterpretación del pasado a la luz de la frontera erigida en el presente, y, sobretodo, por medio de una propuesta que convierta la identidad construida en programa político de éxito imaginable. Sólo realizadas estas operaciones de enmarcado correspondientes a la motivación para la movilización, se puede hablar de un discurso político.

- **Articulación de contenidos ideológicos en torno a la frontera:**
500 años de despojo; 150 años de colonialismo interno; 25 años de privatizaciones y enajenación de los recursos naturales.

La frontera que divide a la sociedad, y en esa oposición binaria construye el *Pueblo* frente a su afuera constitutivo - en este caso la oligarquía blanca y rica y sus aliados Estados Unidos y las compañías transnacionales- si necesita ser mantenida por un plazo mayor que el de la protesta insurrección contra el régimen. En el caso Boliviano, la nueva conducción del Estado por parte del MAS se sostiene en una construcción de la frontera apuntalada por su caracterización moral autoevidente.

Además, el significante vacío *Pueblo*, encarnado por la nominación de las demandas de los grupos subalternos, se fortalece y expande en la medida en que el discurso oficialista es capaz de anclar los significantes flotantes con más peso en la vida política boliviana –“justicia”, “democracia”, “libertad”, “progreso”, “unidad”- dentro del imaginario *nacional-popular indígena*, consiguiendo así monopolizar su sentido, derivado en este caso de su asociación con la emergencia de las mayorías sociales tradicionalmente excluidas de la vida nacional.

El actual *Pueblo* boliviano, es, por fin, la reversión de 500 años de conquista y sometimiento, 150 años de historia de una República colonial y oligárquica, y 25 años de neoliberalismo. La

conquista española, el colonialismo interno republicano, y la desposesión neoliberal aparecen así trenzados en una oposición “natural”: las víctimas de siempre hoy hechas nación.

La *moralización de la frontera* es así el momento de conversión en *ideología* de la construcción discursiva, de negación de su carácter presente y contingente, para afirmar su necesidad y justicia desde todo punto de vista.

La oposición binaria entre “el pueblo” y “las élites” recibe su contenido ideológico fundamentalmente en torno a la oposición al neoliberalismo, perjudicial para los trabajadores, campesinos y pobres tanto como para “la patria”²⁴⁹. El principal insulto lanzado desde el discurso oficialista contra la oposición es tacharla de “neoliberal”, que equivale a vincularla con el viejo orden injusto y oprobioso. “Neoliberalismo” se ha convertido así en una palabra comodín, un *significante vacío* despojado de gran parte de su contenido conceptual para pasar a nombrar –y denigrar- el pasado y sus protagonistas; un pasado a la luz del cual se legitima el presente de transformaciones.

Pero el neoliberalismo, precisamente por su nominación en tanto que pasado oprobioso, ha pasado a ser el término abreviado para toda una historia de miseria y exclusión. El neoliberalismo deviene así la profundización y confirmación de los peores vicios del Estado oligárquico y colonial boliviano, y engloba de esta forma muchas otras demandas históricamente frustradas: la inclusión ciudadana, la redistribución de la riqueza, la atención a los barrios o pueblos más periféricos en la ordenación urbana, la reforma agraria, el desmontaje de una institucionalidad que sistemáticamente recompensa la cultura blanca, urbana y castellano parlante en desmedro de la población indígena, etc.

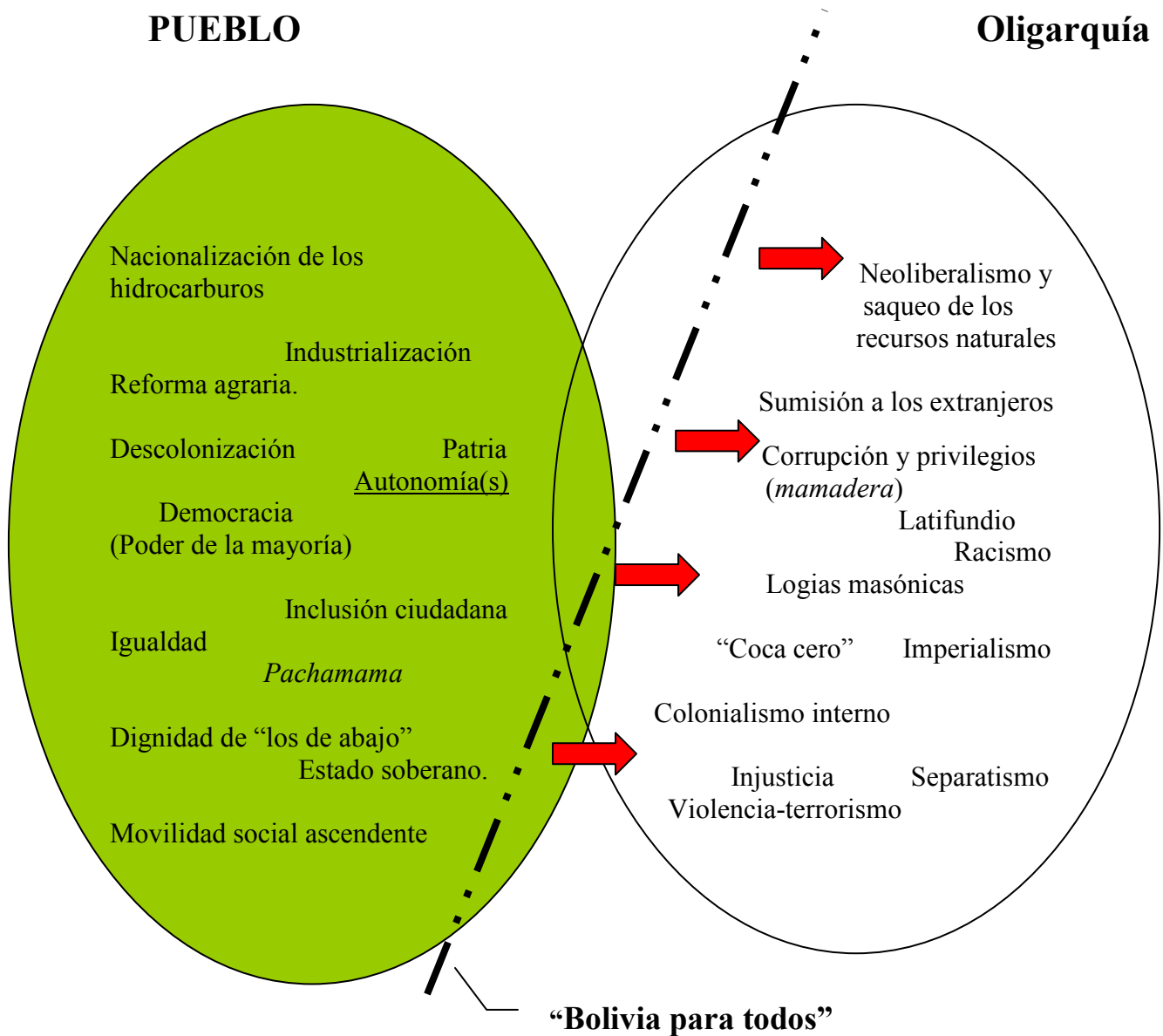
Por esta razón, y más allá del contenido realmente existente de las medidas de ajuste estructural librecambistas y privatizadoras emprendidas por los diferentes gobiernos desde 1985, el antineoliberalismo es la seña de identidad de la nueva hegemonía en Bolivia. Así nació la contrahegemonía que empoderó a los grupos subalternos, y los contenidos discursivos

²⁴⁹ Como se pudo observar durante el trabajo de campo en Bolivia. La proclamación oficialista de la Ley Electoral, el 17 de abril de 2009 y el cierre de la campaña electoral en El Alto el 4 de diciembre de 2009 constituyeron ejemplos particularmente intensos de este “nacionalismo antineoliberal”. Los discursos pronunciados en estas ocasiones, principalmente el de Evo Morales en la primera y Álvaro García Linera en la segunda, el contenido ideológico fundamental de la dicotomización del campo político fue el de la superación del neoliberalismo como la expresión más aguda de la desposesión de las mayorías sociales y la “venta de la patria”.

del oficialismo actualmente derivan de aquella construcción binaria que hizo del “neoliberalismo” la encarnación de las élites, y lo enfrentó a un “pueblo” articulado con las demandas insatisfechas de amplios y diversos sectores sociales tradicionalmente excluidos.

De esa construcción inicial partió la identidad popular hoy hegemónica en Bolivia, con su geometría de oposiciones binarias que se describe en la siguiente figura. La frontera que dicotomiza el campo político se refuerza con las cualidades asociadas a cada uno de los términos separados por la misma, como muestra el cuadro. La figura representa la “moralización” de la frontera a través de la articulación de contenidos ideológicos- tanto demandas como principios y valores- asociados a cada uno de sus dos polos. En este caso, la representación gráfica muestra la hegemonía en expansión del oficialismo, capaz de extender su identidad popular hasta interpelar exitosamente con ella a una clara mayoría de la ciudadanía (“patria para todos”), frente a un “afuera constitutivo” –la oligarquía- en retroceso y aislamiento. El subrayado de la demanda “Autonomía(s)” indica su papel central, una vez rearticulada al interior del discurso oficialista, en la consolidación hegemónica. No obstante, esto se verá más adelante en detalle.

Figura n° 20. Articulación binaria de significantes flotantes en la identidad política nacional-popular indígena²⁵⁰



²⁵⁰ Fuente: Elaboración propia.

- **Reconstrucción mítica del “nosotros”:** *Túpac Katari, Zárate Willca, los mineros; el Ché; la lucha por la democracia.*

La moralización de la frontera o ideologización de la construcción discursiva descansa como segundo pilar en la reconstrucción de una historia del “nosotros”. “Reconstrucción” porque se trata de una construcción realizada con materiales disponibles, pero que son interpretados a la luz de la conformación discursiva actual, de la que deriva su atribución de significado político en el presente.

En el caso de Bolivia, la hegemonía del MAS se sostiene también en un proceso de “historicización” mitificadora, que hilvana experiencias diferentes procedentes de distintos episodios históricos en el territorio que hoy ocupa el Estado boliviano. Con todas ellas, construye una narración que naturaliza la construcción de *Pueblo* que él mismo realiza, presentándola como refrendada por un pasado hecho de jirones recuperados, reinterpretados o inventados. Esta es una operación común a todas las construcciones de identidad política, a la que ni las más sofisticadas pueden pretenderse ajenas.

Remigio Mendoza, secretario general de la CSUTCB, expresaba al ser entrevistado este complejo trenzado histórico que reúne, en torno al ultraje a la patria y a sus sectores más desfavorecidos, la conquista española, la colonia, el Estado oligárquico y, finalmente, como condensación, el neoliberalismo. El rigor historiográfico es menos importante que la eficacia discursiva de la construcción:

“Recordamos los quinientos años de resistencia desde la llegada del colonial desde mil... ochocientos noventa y dos ha llegado el colonialismo, racismo; desde ese momento hemos hecho una resistencia nosotros los quinientos años recordatoria, no queremos ser sometidos a los oligarcas, no queremos ser sometidos a los *k'aras*, a los *yanquis*” (Remigio Mendoza, entrevista).

Y, poco después:

“Desde mil novecientos setenta y no sé qué épocas más difícil es la ochenta, las dictaduras se ha podido enfrentar, ochenta y cinco, la Ley 21060 ha sacado Víctor Paz Estensoro para que pueden pugnar todos los trabajadores obreros del país y así también enfrenta el trabajador campesino derramamiento de sangre y noventa ya pidiendo sigue nuestros recursos naturales y el dos mil dos, dos mil tres, desde el noventa y cinco estaban vendiendo, estaban privatizando a nuestros recursos naturales, a nuestros bienes patrimoniales del Estado. Entonces viendo a esas en detener, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia ha hecho frente sindicalmente pidiendo no nacionalización de nuestros recursos naturales, no la venta del gas hacia Estados Unidos ni hacia Chile defendiendo nuestros recursos naturales que no sean ni privatizados ni administrado por los extranjeros (Remigio Mendoza, entrevista).

Las tres proclamaciones de Evo Morales en enero de 2006, tras ser elegido Presidente de Bolivia, fueron una perfecta demostración de esta articulación de diferentes elementos y episodios históricos en una reconstrucción mítica del pasado del sujeto colectivo postulado por el discurso. Así, el discurso oficialista naturaliza reconstruye e inventa un pasado para la identidad nacional-popular indígena materiales históricos hasta ahora articulados en diferentes narrativas: las luchas anticoloniales, la Revolución nacional de 1952, la insurgencia guerrillera, la lucha minera o las movilizaciones por la democracia. Con todas ellas se opera una reconstrucción mítica del “nosotros”.

Un día antes de su proclamación institucional como Presidente Electo de la República de Bolivia, Evo Morales fue coronado “Presidente de los indígenas de América” en el *Tiwanaku*, el centro mitológico del Imperio tiwanakota, y con asistencia de *yatiris*, *amautas*, *mallkus*²⁵¹ y representantes de muchos de los pueblos indios del continente:

“Desde Tiwanaku empieza una nueva era para los pueblos del mundo, sólo con la fuerza del pueblo vamos a acabar con el Estado colonial y con el neoliberalismo, y podremos doblarle la mano al Imperio. Les pido a los indígenas que me controlen y, si no puedo avanzar lo suficiente, empújenme; estamos ante el triunfo de una Revolución democrática y cultural... Pasamos de la resistencia a la toma del poder. Demostramos que se puede derrotar

²⁵¹ Se hacen referencia aquí a diferentes autoridades religiosas y comunitarias de las culturas indígenas originarias. Para una explicación mejor de la importancia de estas figuras, véase Klein (2003). Para una aproximación a su papel en los movimientos indígenas y campesinos, pueden consultarse Patzi (2003) y Rivera (2003)

democráticamente los intereses externos, queremos seguir avanzando para liberar a Bolivia y a América Latina. Vamos a seguir las luchas de Túpaj Katari y las tareas que dejó el Che las vamos a llevar adelante nosotros” (Discurso de proclamación de Evo Morales en el Tiwanaku)²⁵².

Al día siguiente, el Domingo 22 de Enero, era proclamado Presidente de Bolivia en el Congreso mientras cantaba el himno nacional con el puño izquierdo en alto y después pedía un minuto de silencio para Marco Inka, Tupaj Katari, Tupaj Amaru, Bartolina Sisa, Zárata Willca, Atihuaiqui Tumpa, Andrés Ibáñez, Che Guevara, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Luis Espinal y “*muchos de mis hermanos caídos*”. A continuación, en su discurso de proclamación evocaba el imaginario nacional-desarrollista heredero de 1952 al preguntarse:

“¿Cómo es posible que desde el 6 de Agosto de 1825 [la fecha de la independencia nacional boliviana] ningún recurso natural haya sido industrializado en nuestro país? ¿Por qué sólo exportamos materias primas? ¿Cuánto más continuará Bolivia como exportadora de materias primas?” (Discurso de proclamación en el Congreso)²⁵³.

Tras su proclamación oficial, salió al balcón del Palacio Presidencial a saludar a las masas allí concentradas, entre las que se mezclaban cascos de mineros, vestimentas indígenas, hoja de coca, banderas nacionales, *whipalas*²⁵⁴ y puños en alto.

Evo tomaba elementos simbólicos antes anclados a narrativas diferenciadas como la indianista, la nacionalista y la marxista, y los aunaba en una historia común de una identidad popular que apelaba a los de abajo en tanto que *pueblo* boliviano.

²⁵² Citado en Subercaseaux y Sierra (2007: 76). Para una transcripción completa de aquel significativo discurso en la ceremonia indígena del Tiwanako, ver: <http://www.aporrea.org/internacionales/n72540.html> (Consultado por última vez el 17/8/2010)

²⁵³ Citado en Dunkerley (2007: 35). El histórico discurso de proclamación de Evo Morales el 22 de enero de 2006 frente al Congreso de la República puede encontrarse aquí: <http://democraciamicultural.blogspot.com/2006/01/discurso-de-toma-de-posesin-de-evo.html> (Consultado por última vez el 17/8/2010)

²⁵⁴ La *Whipala* es la bandera adoptada por los pueblos indígenas y originarios de todo el continente americano. Pese a que la disposición de colores pueda cambiar, se trata en todos los casos de una bandera multicolor dividida en pequeños cuadrados, simbolizando la armonía entre los elementos de la naturaleza y los pueblos que la habitan. De símbolo político del sindicalismo katarista y el indianismo, ha pasado a símbolo oficialista y de la identidad nacional-popular indígena. Actualmente es cooficial en Bolivia junto a la bandera nacional,

El Pueblo indígena y plebeyo de Bolivia, construido a partir de las demandas insatisfechas por el neoliberalismo y su cristalización en el Movimiento Al Socialismo, entronca así discursivamente con las luchas contra la conquista y la colonia española, con los levantamientos indios frente a la República Criolla, con las luchas obreras y mineras del siglo XX, con las –efímeras- experiencias guerrilleras, y con la resistencias a las dictaduras militares y las luchas populares por la democracia. Que esta narración incurra en simplificaciones históricas, o que haga converger a actores políticos de discursos difícilmente conciliables –como los caudillos aymaras de los levantamientos contra la colonia con la lucha de los mineros marxistas del siglo XX- no es una prueba de la “falsedad” de la narración, puesto que todas en última instancia descansan en reconstrucciones míticas del pasado. Es, por el contrario, una prueba de su flexibilidad y capacidad de interpelación. La lectura de los diferentes episodios y sujetos inscritos en el relato, por otra parte, ayuda a comprender la orientación ideológica del discurso, puesto que la selección, filtrado e interpretación expresa la voluntad política del movimiento.

Así, no es casual que el MAS haga entroncar “su” pueblo, con las luchas indígenas y anticoloniales, obreras y democráticas, pues estos son los elementos de otros discursos –el indianismo, el nacionalismo revolucionario o el marxismo- que son rearticulados en el discurso oficialista, que se nutre de los anteriores pero constituye una nueva construcción que trasciende las identidades corporativas, y basa su capacidad hegemónica en su potencia de interpelación pluriétnica e interclasista, dentro del marco nacional boliviano.

- **Propuesta de solución alcanzable:** *1. Estado plurinacional para descolonizar; 2. Estado autonómico para democratizar; 3. Estado soberano para retener y redistribuir el excedente de los recursos naturales.*

El programa propuesto está lógicamente en consonancia con la naturaleza de los males descritos. Si el problema fundamental es la subordinación de las mayorías nacionales a los intereses privados de las élites y de poderes internacionales y la existencia de un Estado consagrado a tal fin particular y excluyente, la solución pasa necesariamente por una refundación estatal que corresponda a la refundación nacional: a la nueva Bolivia, indígena y popular, le corresponde un nuevo Estado, descolonizado, incluyente y soberano.

La nueva composición política nacional, marcada por la emergencia de los pueblos indígenas y otros sectores subalternos, se presenta como un “despertar” de sujetos oprimidos durante siglos, que ahora exigen por fin un Estado para todos; esto es, en primer lugar, para ellos como mayoría social que se ha hecho mayoría política.

El carácter de ruptura y refundación deriva de las luchas del pasado pero también de la abrupta quiebra de los imaginarios tradicionales y la inauguración de un nuevo horizonte de sentido, cuya mejor expresión es el indio aymara que ocupa la Presidencia del país que en otro tiempo se pensó absolutamente mestizo, y en ningún caso gobernable por los indios.

No obstante, esta dimensión “refundacionalista” del discurso oficialista puede dar la impresión de una cierta ambivalencia en su orientación político-ideológica, que se mueve entre declaraciones socialistas, indianistas-comunitaristas y nacionalistas-antiimperialistas. Aunque todas éstas referencias componen de alguna manera el mosaico ideológico oficialista, el programa de gobierno, el horizonte de transformaciones expresado, no deja sin embargo lugar a dudas, si se atiende a lo especificado por los miembros clave del Gobierno y de la intelectualidad cercana.

Se trata de un programa de fortalecimiento estatal e inclusión ciudadana, cuyo rasgo específico diferencial frente a otros procesos similares en Latinoamérica proviene del protagonismo indígena.

Así, el proyecto puede calificarse como basado en tres ejes principales:

- Recuperación de la soberanía estatal: Con la nacionalización de recursos naturales y una participación económica mayor del Estado en los llamados “sectores estratégicos”. De esta recuperación de soberanía política y económica se espera una conquista de independencia siempre aplazada por el papel internacional subalterno de Bolivia, y una mayor capacidad estatal para satisfacer las necesidades de los sectores más empobrecidos a través de la retención del excedente económico y su redistribución y reinversión productiva. Los “bonos” de nombres patrióticos -“Juancito Pinto” para los escolares, “Juana Azurduy” para las madres gestantes y “Renta Dignidad” como prestación pública universal de jubilación- son la mejor expresión de este imaginario: recuperar los hidrocarburos ha permitido que el Estado entregue bonos para mejorar la vida de los sectores empobrecidos. La soberanía nacional y la justicia social se conectan en el papel central del Estado.
- Estado Plurinacional: Para alcanzar la descolonización de las estructuras institucionales y culturales, que han reproducido tras la expulsión de la Corona española los patrones racializados de poder que ésta impusiera, marginando significativamente lo indígena y valorizando lo castellano hablante, occidental, blanco y masculino como capital simbólico para el ascenso social. La descolonización se traduce fundamentalmente como ruptura de la ciudadanía monocultural y ampliación de las formas de pertenencia a la comunidad política boliviana, reconociendo como oficiales otras lenguas, otras formas organizativas y de decisión política y jurídica (García Linera, 2007).
- Estado Autnómico: Un tercer pilar se ha incorporado al proyecto del MAS como resultado de los conflictos en el proceso constituyente. El discurso oficialista se ha ido modificando para incluir como fractura histórica de la relación entre el Estado y la sociedad boliviana, también la regional.

Si inicialmente sólo se hablaba de la de clase y la étnica, productoras de empobrecimiento y exclusión, respectivamente, durante las discusiones en la

Asamblea Constituyente y fruto también de la intensa movilización política e intelectual de los grupos autonomistas y “cívicos”. Estas movilizaciones consiguieron situar la descentralización administrativa y política como un punto central insoslayable de la agenda de reforma estatal, que finalmente el oficialismo aceptó e integró junto con su propuesta –recogida de los sindicatos y organizaciones indígena-campesinas- de autonomías indígenas. Si lo hizo para desactivar la agitación regionalista opositora o por convencimiento, es relativamente poco importante. El caso es que, como resultado de su fuerza, la derecha regionalizada consiguió imponer en la agenda la cuestión de la autonomía departamental.

El mejor ejemplo de esto es que, en el referéndum nacional de 2006 autonomías, el MAS llamó a votar contra las autonomías departamentales, resultado que se impuso en sus feudos, mientras que tres años después pidió el voto afirmativo, que volvió a imponerse en éstos²⁵⁵.

La hegemonía masista se “tiznaba” de autonomismo, alterándose su significado original, pero al mismo tiempo integraba parcialmente la demanda central que constituía a sus adversarios, desarticulándolos así políticamente²⁵⁶.

El discurso del Vicepresidente García Linera en el cierre de la campaña electoral del MAS en El Alto el 4 de diciembre de 2009 en la ciudad de El Alto fue a ese respecto paradigmático. El momento de su pronunciación y la entidad del emisor permiten tomar dicho discurso como un fidedigno recuento de los propósitos centrales del programa de gobierno del Movimiento Al Socialismo. García Linera habló fundamentalmente de la retención del excedente derivado de la exportación de materias primas y su empleo para la redistribución de riqueza y la industrialización, de la recuperación de la soberanía nacional frente a las intromisiones norteamericanas en la política interna, de las reformas institucionales para incluir en la esfera

²⁵⁵ Para observar esta espectacular variación, comparar en los datos de la Corte Nacional Electoral los resultados de referéndum autonómico en los departamentos mayoritariamente oficialistas de La paz, Oruro, Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, en julio de 2006: <http://www.cne.org.bo/sirenacomp06/wfrmdepnalref.aspx>, y en diciembre de 2009: <http://padron.cne.org.bo/Resultados09/ResultadosEGR2009.htm> (Consultados ambos por última vez el 16/8/2010)

²⁵⁶ Esta cuestión será discutida en profundidad al explicar la predominancia del discurso oficialista y su desarticulación del opositor en el conflicto de la primera legislatura.

pública, en clave de igualdad y sin renunciar a sus herencias culturales, a las mayorías indígenas, y de la construcción de una nueva estructura estatal descentralizada para llegar a todo el territorio nacional. Con los añadidos imprescindibles en un discurso electoral en un ambiente de exaltación de la identidad política articulada en el MAS, ante cientos de miles de personas, su intervención resume efectivamente la propuesta de solución alcanzable del discurso oficialista²⁵⁷.

Carlos Romero, Ministro de Autonomía en la segunda mitad de la primera legislatura de Morales, y en el gabinete de la segunda, también resumía de forma sintética, al ser entrevistado, los ejes centrales del proceso de transformación política: “es así que el proceso de cambio se ha restringido básicamente a tres cosas; la conformación de un Estado plurinacional, la implementación de las autonomías y un nuevo modelo de desarrollo con conducción estatal” (Carlos Romero, entrevista).

²⁵⁷ De forma aún más explícita, el programa electoral distribuido por el MAS prometía “el gran salto industrial” como la meta central del Gobierno para la legislatura 2010-2014. Este debe ser, en consecuencia, asumido claramente como el horizonte de “solución” del discurso oficialista.

Capítulo 11

El discurso opositor conservador-regionalista

Se analiza a continuación el único discurso que, durante la primera legislatura, fue capaz de hacer frente a la masiva articulación de demandas y grupos sociales dentro de los marcos del discurso oficialista: aquel que le oponía otra comunidad política territorializada en el marco regional de la Media Luna.

11.1 El nacimiento de la identidad política regional del oriente

La identidad regional de los departamentos orientales de Bolivia, con Santa Cruz como epicentro indiscutible, había fluctuado históricamente en función de la atención recibida por el Gobierno central, y de la consonancia entre las políticas de éste y los intereses de las élites cruceñas (Soruco, 2008).

Con la emergencia de la contrahegemonía plebeya formada en las protestas contra el neoliberalismo, y la descomposición del Estado boliviano, las élites cruceñas comienzan a postular una suerte de alteridad que pretende presentar el departamento de Santa Cruz como desconectado de los sucesos nacionales, una comunidad armónica ausente de enfrentamientos clasistas o étnicos, y cohesionada frente a la desatención gubernamental. Este discurso se despliega no sólo mediante artículos de prensa o conferencias, sino a través de intentos violentos de invisibilización de los sindicatos y organizaciones indígenas que protestan en el departamento contra el régimen latifundista o en solidaridad con las movilizaciones en el resto del país²⁵⁸.

²⁵⁸ Ver el libro de Claudia Peña y Nelson Jordán *Ser cruceño en octubre* (2006) que narra los sucesos en octubre de 2003, cuando los sectores autonomistas ya enfrentan las protestas sociales antineoliberales con éxito, vedándoles el centro histórico de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Esa dinámica fortalece relativamente el liderazgo del Comité Cívico de Santa Cruz como “Gobierno moral de los cruceños”²⁵⁹, en representación de una identidad regional crecientemente politizada frente al occidente agitado, improductivo y centralista.

Los Comités Cívicos, en la oposición al Gobierno del MAS, son la expresión de la supremacía de las élites tradicionales regionales, en los departamentos de Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija, especialmente. En tanto que “escuela de cuadros” para los partidos políticos y gremios empresariales, conducen las demandas autonomistas vinculando los intereses departamentales con el liderazgo de las élites político-económicas. Así se expresaba sobre el comité cívico de su departamento, durante su entrevista, Pável López, responsable de “Autonomías y descentralización” en el Ministerio de Planificación y Desarrollo, y dirigente juvenil del Movimiento Al Socialismo en Tarija:

“[...] también las autoridades a nivel departamental; alcaldes, prefectos, posteriormente provienen también de una dirigencia cívica ¿No? ósea de ser ex-presidentes o ex-vicepresidentes cívicos en su gran mayoría, es muy curioso, por ejemplo que, el alcalde actual, el prefecto actual, el rector actual provienen de la escuela precisamente de la institucionalidad de los Comités Cívicos, del Comité Cívico Pro Intereses de Tarija, entonces ahí podemos ver cómo se constituye el Comité Cívico como una institucionalidad o una agregación de institucionalidades a partir de dirigentes pertenecientes además a un determinado estrato social ¿No? porque son estos dirigentes actuales alcaldes, actuales autoridades departamentales, de la Universidad, pertenecientes a familias tradicionales ¿No? denominadas tradicionales en la ciudad y en el departamento de Tarija, particularmente en la ciudad de Tarija ¿No?” (Pável López, entrevista).

Es en este sentido que se puede afirmar que el discurso regionalista-conservador está movilizado por las élites de los departamentos orientales a través de los comités cívicos, y refleja su liderazgo.

²⁵⁹ Ver la investigación de Sivak (2007) con numerosas entrevistas a miembros del Comité Cívico de Santa Cruz. Aunque no enfoca el conflicto regional como una pugna por la hegemonía nacional, ni por la fecha en el que se realizó, puede dar cuenta de su resolución relativa, el trabajo de Sivak contiene entrevistas de gran valor en las que la oposición regionalista se muestra bastante más optimista –y por tanto atrevida– que en las de la presente investigación, cuando el resultado del conflicto hegemónico era evidente para la mayor parte de los actores políticos.

Cuando Evo Morales llega al poder, lo hace sobre una votación territorialmente muy desigual, que le otorga mayorías abrumadoras en los departamentos occidentales del país –el altiplano: Potosí, Oruro, La Paz, y en menor medida el valle subandino: Chuquisaca y Cochabamba- y resultados inferiores al 30% en los departamentos del sur y oriente del país –Tarija, Santa Cruz, Beni y Pando. Este resultado es reflejo de la diferente implantación de los sindicatos campesinos y las organizaciones populares urbanas en el país, pero también de la capacidad de interpelación discursiva del Movimiento Al Socialismo, y del alcance de la identificación con Evo, un indígena de occidente receloso del oriente, donde despertaba un agresivo racismo²⁶⁰.

Así, con la convocatoria al mismo tiempo del referéndum autonómico y de las elecciones a representantes en la Asamblea Constituyente, se plasmaba la pugna entre dos proyectos de reforma del Estado, no necesariamente contrarios, aunque planteados como agendas opuestas²⁶¹.

11.2 La postulación de la *Media Luna* como identidad popular y su enfrentamiento con el Gobierno nacional

La Asamblea Constituyente, y finalmente el texto constitucional, fueron sistemáticamente presentados por los autonomistas orientales como “del Gobierno”, algo extraño a los departamentos orientales, que habían acudido al proceso para evitar los previsibles avasallamientos y pugnar por los intereses de sus regiones.

El imaginario de la alteridad era absoluto. Un destacado constituyente cruceño del derechista PODEMOS comentaba en una charla informal a finales de noviembre de 2006 a la salida del Teatro Mariscal Sucre, donde sesionaba la Asamblea Constituyente, que el MAS quería hacer una constitución antidemocrática porque otorgaba más derechos a quienes “tienen etnia”. Es

²⁶⁰ Alfredo Serrano, economista y experto en Ecuador y Bolivia, me contaba discutiendo sobre la cuestión del regionalismo, que el hecho de que Rafael Correa fuese originario del Estado de Zulia dificultaba enormemente para la élite local la construcción de un movimiento regionalista de oposición al Gobierno central de Quito, por la imposibilidad de presentar al Presidente como “afuera constitutivo” de la identidad regional postulada. Esta tesis merece ser desarrollada en profundidad por otras investigaciones, tal vez estudiando ambos movimientos regionalistas en un estudio comparado. En cualquier caso, parece una hipótesis plausible, que se adopta como referente en esta reflexión.

²⁶¹ En este epígrafe lo que interesa es desarrollar la construcción discursiva que está detrás de la pugna hegemónica, pero en otro lugar he realizado un análisis de la relación entre estas dos agendas en el proceso constituyente, y la plasmación de ésta en el proceso de reforma territorial del Estado en marcha (Errejón, 2010).

evidente que aquel constituyente consideraba que ser “blanco”, más que una pertenencia étnica, es el parámetro de la normalidad. Pero lo relevante en este caso es el constante trabajo de enmarcado que representaba el proceso constituyente como algo emprendido desde occidente y ciertamente extraño a unas regiones orientales en las que no existía el conflicto. El mismo marco discursivo servirá para enfrentar al Gobierno nacional y todo su programa de reformas, como se verá en seguida.

La conflictividad política en aumento, se libraba en torno a la politización de cuestiones regionales también en Sucre, donde los sectores conservadores minoritarios consiguieron ser hegemónicos gracias a un realineamiento político producido en torno a la demanda de “capitalía plena” para la ciudad, que dividió al oficialismo y construyó una mayoría regionalista enfrentada al Gobierno²⁶². Cuando la Asamblea tuvo que huir de la ciudad que era su sede y terminar de sesionar en la altiplánica y minera de Oruro, la imaginación espacial autonomista había conseguido su propósito: aquel era el proceso constituyente de occidente, cuyas sesiones sólo podían darse en los departamentos de occidente, y cuyos resultados, finalmente, representaban sólo al occidente. El ejemplo de Sucre es así un magnífico exponente del protagonismo de las identidades regionales en el proceso político boliviano, y como eje central de articulación de contrahegemonía frente al Gobierno del MAS.

Mientras tanto, el *Pueblo* autonomista de los departamentos orientales era llamado a ratificar los estatutos autonómicos elaborados por las élites políticas locales, que obtuvieron un respaldo masivo. Estos estatutos, por la atribución de competencias que reciben, son generalmente calificados de cuanto menos, federales²⁶³ (Miguel Urioste, entrevista).

²⁶² Sobre este incidente, Rubén Egüez, dirigente departamental de las juventudes del Movimiento Al Socialismo en Chuquisaca –cuya capital es Sucre– afirmaba al ser entrevistado que “hábilmente empieza a buscar la derecha otro tema, ya utilizando esa simbiosis de una ciudad que no tiene identidad, podemos decir, identidad ni cultural, no tiene una identidad propia ni regional, es donde empiezan a poder decir, a levantar un sentimiento regional y se plantea el tema de la capitalía”. Esta consigna, habría sido capaz de atribuir sentido político y movilizar un “sentimiento chauvinista” que, articulando también a sectores de los grupos subalternos y a militantes oficialistas en una identidad regional en expansión, plantea el “desacato a la Constituyente, a la Constitución que emerja, y plantean el tema de Autonomía, ya como bandera de lucha, dicen que si el Gobierno y la Asamblea constituyente no quieren reconocer a Sucre como capital plena, entonces ellos se nombran autónomos y que se suman a la lucha autonómica de la Media Luna” (Rubén Egüez, entrevista).

²⁶³ El Estatuto de autonomía de Santa Cruz es el de mayor importancia por el peso demográfico, económico y político del departamento en comparación con el resto de los que componen la *Media Luna*. También es el que atribuye más competencias al Gobierno departamental y elabora una propuesta política de relación con el Estado central más acabada. Por ello puede ser tomado como ejemplo y símbolo del resto de estatutos. Se puede consultar aquí: <http://www.eldeberservices.com/2007/Estatuto%202008.pdf>

Por otra parte, para una propuesta anterior de descentralización departamental promovida por el Comité Pro Intereses de Tarija, que ya apunta en la dirección en la que se desarrollarían las demandas autonómicas años más tarde, ver: “Las autonomías departamentales. Una propuesta política tarijeña” (Gaité Úzqueda, 2005).

La identidad regional oriental de la *Media Luna* construía así un conflicto entre la legitimidad occidental del Gobierno nacional y “su” constitución, y la legitimidad oriental de los Prefectos de los departamentos autonomistas, los Comités Cívicos y los estatutos autonómicos en pie de igualdad con el texto constitucional.

De una oposición enclaustrada en sus feudos locales, se pasaba, mediante esta construcción discursiva, a un imaginario de “dos países enfrentados”. Las soluciones ofrecidas al “Gobierno de La Paz” eran el reconocimiento de una autonomía de carácter federal que dejase las grandes cuestiones político-económicas en manos de las élites departamentales –propiedad de la tierra, derecho laboral, orden público, hidrocarburos, telecomunicaciones, etc.- o la negociación como poderes duales –dos gobiernos- que debían conciliar para evitar la guerra civil.

Este escenario político, que ciertamente se dio aunque no en la forma deseada por la oposición regionalizada, no fue solamente fruto del poder económico o de la ayuda internacional a las élites regionales. El oficialismo, al creerse su propia representación del conflicto con los autonomistas, incurrió en el grave error de subestimar la potente construcción discursiva que vinculaba pertenencia regional con reivindicación de autonomía, democracia y desarrollo frente a un Estado ineficiente, despótico y rémora para el desarrollo.

Para comprender el vigor de esta construcción, que se convirtió en la única contrahegemonía que ha enfrentado el oficialismo desde su llegada al poder, hay que analizar sus operaciones de enmarcado discursivo.

11.3 Análisis de los marcos del discurso opositor conservador-regionalista

○ Marco de Diagnóstico

Las operaciones de enmarcado del discurso opositor regionalista identifican como problema la desatención y arbitrariedad con la que los asuntos de los departamentos orientales son manejados por el Gobierno central boliviano, y lo inscriben como el síntoma de una injusticia

histórica derivada de una estructura centralista del Estado boliviano que inhibe la libertad y el desarrollo de las regiones amazónicas.

▪ **Problema:** *Avasallamiento, maltrato y robo al Oriente*

El problema identificado como “político”, esto es, causado por una acción humana y susceptible de ser cambiado, es el abandono de las regiones orientales por parte del Gobierno central, que sólo se ha revertido recientemente cuando éstas, gracias a sus propios esfuerzos, han prosperado económicamente.

Miguel Urioste, exministro de la Presidencia en el Gobierno de la Unión Democrática y Popular, y actual intelectual independiente pero cercano al Gobierno del MAS, señala que “Santa Cruz es víctima de su propio éxito económico”, que le ha hecho atraer masivas migraciones del occidente andino del país, que por su cantidad y formas culturales, de asentamiento, agricultura y comercio, son percibidas como un “avasallamiento” de los departamentos orientales, reforzado por el Gobierno central y su apropiación de los recursos regionales (Miguel Urioste, entrevista).

Carlos Dabdoub, Secretario de Autonomía de la Prefectura de Santa Cruz, se quejaba al ser entrevistado: “en el caso de este Gobierno departamental en los dos últimos años nos han quitado, nos han cercenado 680 millones de bolivianos” (Carlos Dabdoub, entrevista). Pamela Fernández, hija del exprefecto opositor de Pando encarcelado a la espera de juicio y operadora política en su nombre, afirmaba en el mismo sentido que:

es la necesidad urgente ¿no? de que cada departamento pueda administrarse solo, Santa Cruz, te doy un ejemplo, es el motor económico del país y sin embargo no le llega lo que le corresponden, porque el centralismo desde acá, desde de La Paz, se manejan los recursos y no le llegan a las.. a los diferentes departamentos lo realmente debería llegarles. Además, yo creo que esto se intensifico mas también, porque lo que venimos pidiendo autonomía viene de años, es un lucha de 15.. de 20 años así cuando se empezó a intensificar, pero ahora mucho mas, repito es por el Gobierno de Evo Morales, porque ha empezado a cortar los recursos a las regiones sobre todo del oriente, a Beni, Pando, Santa Cruz, le ha recortado los recursos (Pamela Fernández, entrevista).

Y, refiriéndose específicamente a su departamento:

“hace dos años atrás empezó una lucha porque le ha recortado lo que se llama el IDH, los impuestos a los hidrocarburos, le ha recortado a las regiones como Beni, Pando, Santa Cruz, por ejemplo, a Pando, que yo soy de Pando, los impuestos a hidrocarburos le significan el 95 por ciento del dinero que le llega, o sea imagínate como esta Pando hoy en día, si le han recortado este IDH” (Pamela Fernández, entrevista).

- **Injusticia:** *Hipercentralismo histórico de “La Paz” y extracción de los recursos de las regiones. Autoritarismo del Gobierno de Morales.*

Este problema identificado es la manifestación de una injusticia sempiterna: el olvido de las regiones periféricas por el Estado andinocéntrico, que sólo las ha visto como viveros de materias primas y votos, y actualmente de divisas internacionales gracias a los hidrocarburos y el comercio exterior del empresariado principalmente cruceño.

“[...] nosotros hemos vivido durante mucho tiempo un Estado híper-centralista que toma todas las decisiones, hasta las decisiones mas pequeñas como las de sustituir un vidrio en una escuela y obviamente hay un proceso permanente del reclamo de la población por tener instancias mas cercanas, instancias de gobierno mas cercanas que implique también una mirada desde el Estado de en su copamiento del territorio” (Diego Ávila, entrevista).

Se trataría de un modelo de Estado fracasado, manejado por una casta centralista –cuya ideología va cambiando, del liberalismo al nacionalismo revolucionario y en la actualidad a la izquierda indígena del MAS, pero lo esencial: el centralismo, permanece- que arremete contra cualquier desafío a su concentración del poder:

“una casta capturó el aparato público después del proceso de la independencia y se mantuvo, con más o menos, concentrando todas las decisiones políticas en esta casta, primero en Sucre y después en La Paz. Entonces los titulares del poder en el país en estos últimos 80 años obviamente que no admiten que alguien se atreva a cuestionar su manejo, no admiten que haya alguien que les compita en la dirección política de la sociedad boliviana. Entonces por eso la reacción visceral, porque todo lo que no parte desde el epicentro del poder, obviamente que

hay que ponerle todos los adjetivos y calificativos para precisamente penalizarlo, para estigmatizarlo socialmente” (Nicolás Rivera, entrevista).

Las regiones amazónicas y sureñas, pese a su labor económica y de asentamiento de la territorialidad boliviana, sólo han recibido a cambio escasas atenciones e infraestructuras. El aspecto positivo de esta marginación estatal ha sido el desarrollo de una mentalidad y actitud propia, que Carlos Dabdoub, Secretario de Autonomías de la Prefectura de Santa Cruz y uno de los más destacados intelectuales autonomistas, describía como *emprendedurismo*:

“Por qué viene la gente, aquí viene la gente no porque nosotros seamos simpáticos, o porque nos guste la música alegre, vienen a buscar nuevas formas de vida, que sean mejor que las que tuvieron en sus pueblos; y aquí hemos desarrollado lo que nosotros llamamos “el emprendedurismo” que es una cualidad que le agradecemos al centralismo que pudiéramos haber tomado posición en ello, me explico: mientras que muchos pueblos del occidente de Bolivia siempre han estado pendiente de las políticas del Estado, son más rentistas, aquí como nunca llegó el Estado nosotros tuvimos que buscar nuestra propia soluciones y fuimos por eso más emprendedores. Entonces la gente que viene de afuera, me refiero no solamente del resto del país, sino también de otras partes del mundo, inmediatamente agarran ese espíritu emprendedor y aquí todos se convierten en verdaderos empresarios que buscan sus mejores días” (Carlos Dabdoub, entrevista).

La reacción del Estado central, ante el auge económico de los departamentos orientales, con Santa Cruz a la cabeza, ha sido entonces la de extraer sus recursos, aprovecharse sin brindar a cambio mayores cotas de autonomía y reconocimiento a la capacidad de esas regiones de autogobernarse como hasta ahora. Este es un modelo representado como parasitario e inhibidor del desarrollo económico y la democracia:

“[...] el centralismo es, en buena parte, culpable de nuestro atraso y nuestra pobreza, un sentimiento de centralismo ha fracasado como modelo de desarrollo de nuestro país. A un sentimiento de que el centralismo se queda con la mayor parte de los recursos que producimos en la región y que estos recursos serían mejor administrados si fueran gestionados desde autoridades electas localmente” (Óscar Ortiz, entrevista).

Esta tendencia se ha profundizado con la llegada del MAS al poder, por su ideología autoritaria y su voluntad de concentrar todo el poder:

“Los últimos cuatro años, las bolivianas y bolivianos, hemos sido víctimas de atropellos de un gobierno autoritario que busca perpetuar un régimen de abuso y violación de los derechos fundamentales de los ciudadanos. A nombre del pueblo y sus reivindicaciones, se atenta contra los derechos de la gente. En nombre de la libertad, se castiga el disenso y se condena la crítica. En nombre de la unidad, se promueve la confrontación y la violencia entre bolivianos. En nombre de la soberanía, se entrega a Hugo Chávez la dignidad de la Patria” (Manfred Reyes Villa, Cuestionario sobre conflictos político/regionales, 15 de noviembre de 2009: 2).

Esta representación del MAS como autoritario y promotor de confrontación es un motivo central del discurso opositor regionalista, que le permitió conectar en los momentos álgidos del conflicto con la oposición proveniente del “occidente” del país, como muestran las denuncias comunes de los entrevistados de que el proyecto del MAS es “centralista” por su voluntad de concentrar el poder y acabar con la institucionalidad, el Estado de derecho y los derechos individuales (Carlos Mesa, entrevista; Marcelo Ugalde, entrevista). La siguiente imagen de un graffiti opositor muestra claramente esa representación del Gobierno: **Foto**

n° 7 “Evo es: hambre, confrontación, terrorismo, dictadura”²⁶⁴



²⁶⁴ Fuente: propia. Fotografía tomada en las calles de Tarija, agosto 2009.

○ Marco de Pronóstico

Mediante las operaciones de enmarcado agrupadas en el Pronóstico, los Comités Cívicos, Prefecturas y otras organizaciones del movimiento regionalista, elevaron una pertenencia o condición a la categoría de central, que supeditaba a todas las demás, trazaron una frontera que ordenó el campo político en una oposición binaria irreductible, y anclaron, mediante la nominación de la identidad popular construida y movilizada, su sentido político y capacidad de interpelación.

▪ **Dimensión Ganadora:** *La pertenencia regional.*

El discurso autonomista eleva la pertenencia regional a la condición central. Las diferencias “ideológicas”, étnicas o de clase pasan a un segundo plano, pues el eje que preside la discusión política boliviana es el del conflicto regional y la posición frente a la demanda autonomista. Como en todos los casos exitosos, se trata de un discurso preformativo, que en la medida en que es exitoso, generaliza y por tanto construye este escenario: la vida política boliviana ha estado presidida de 2005 a 2009 por el conflicto regional tanto como los grupos autonomistas han sido capaces de realizar este alineamiento.

“aquí resulta que los que dicen ser de izquierda, dicen que el proceso autonómico son de la derecha, los procesos de autonomía siempre han sido procesos de avanzada, porque desconcentra, descentraliza poder, entrega recursos; en cierta forma se trata de una democracia representativa que va ganando cuerpo, donde va ganando cuerpo la democracia participativa. **En todo caso no responde, o no debería responder la autonomía per sé, digamos a una línea de derecha, de izquierda o de centro;** ahora qué políticas públicas uno hace con autonomía, ahí ya usted verá la diferencia que puede existir si es de centro, de derecha o de izquierda”²⁶⁵ (Carlos Dabdoub, entrevista).

Esta es una afirmación común entre todos los entrevistados ubicados en el polo regionalista-conservador, y por tanto puede considerarse como un elemento central de su discurso. Nicolás Rivera también sitúa la demanda autonomista cruceña y el proyecto nacional que expresa por

²⁶⁵ Énfasis añadido.

encima de las diferencias ideológicas y étnicas o, incluso más allá de ellas, en virtud de un humanismo consustancial a la identidad regional oriental:

“por un lado el capitalismo nos mandó al carajo con la crisis de la burbuja norteamericana, pero anteriormente el socialismo burocrático y estalinista mandó al carajo las aspiraciones de reforma social y política. Entonces, nosotros planteamos de hecho el humanismo como epicentro de la construcción donde lo humano está por encima de cualquier consideración étnica, cultural, racial, ideológica” (Nicolás Rivera, entrevista).

Waldemar Peralta definía también como “transversal” el proyecto autonomista, que defendía el bien común de “los intereses del departamento” por encima de ideologías: “entonces hemos decidido conquistar eso y que los tarijeños seamos los que redefinamos nuestro futuro, al margen de cualquier orientación política, eso es una forma de gobierno que se ha convertido en un sentimiento de los tarijeños” (Waldemar peralta, entrevista).

De la misma forma se manifiesta John Cava, cuando asegura que él mismo y los comités cívicos no son actores políticos:

“[...] político partidario no me considero, porque no es esa la esencia de esta institución, me considero un actor estrictamente cívico, pero usted sabe que el hombre por naturaleza hace política, entonces si bien es cierto hacemos política, pero dentro del ámbito estrictamente cívico y además regional; regional me refiero al interés del departamento” (John Cava, entrevista).

Esta postulación tiene, obviamente, contradicciones. La principal es que las élites occidentales opositoras nunca han encontrado demasiadas dificultades para trabar alianzas o hacer negocios con las orientales. La condición “occidental” parece efectivamente encarnada en los indígenas quechuas y aymaras, máxima expresión de occidente, en una paradójica correspondencia con el discurso oficialista.

En cualquier caso, el discurso autonomista opositor realiza una articulación de diferentes elementos que antes se vivían en forma despolitizada o sólo parcialmente politizada, construyendo en torno a ellos una pertenencia regional común, que luego, para su movilización, será naturalizada y representada como “histórica”.

Elementos tales como la hospitalidad, el clima cálido, el carácter más festivo y el “compadreo”, y hasta la belleza de las mujeres del oriente²⁶⁶ son articulados en una pertenencia autoevidente: la de ser del oriente, *camba*, una condición –supuestamente apolítica- más importante que cualquier posición ideológica, económica o étnica. Pamela Fernández señala, como diferencias fundamentales entre “oriente” y “occidente”:

“diferencias muy marcadas, por ejemplo, el clima, la altura a nivel del mar, en Pando estamos a 400 metros aquí estamos a 3800.. 3600 ¿no?, entonces la altura, el clima... las costumbres, la comida, la topografía de esos lugares, somos totalmente opuestos, realmente totalmente opuestos, las características físicas de las personas también varían mucho, las costumbres que tenemos, las actividades que realizamos, por el mismo factor climático, yo creo ¿no?, no tenemos las mismas costumbres en el oriente de las que se tiene en un lugar que es mas frío” (Pamela Fernández, entrevista).

Rubén Egüez ve en esta construcción identitaria regional una reacción al creciente poder político de los grupos subalternos en torno al MAS:

“desde el momento en que el movimiento popular, indígena, campesino, originario, empieza a tomar, empieza a sumarse a tener el poder político, podemos decir, a manifestarse como mayoría, la oligarquía empieza a tomarlo ya, el tema cultural lo politiza para utilizarlo en contra del movimiento indígena campesino” (Rubén Egüez, entrevista).

De la misma forma que en el discurso opositor se acusa al MAS de haber provocado el enfrentamiento “politizando” la etnia o la clase con voluntad de polarizar, esa acusación se repite, en sentido inverso, con la identidad regional, que supuestamente, en el discurso oficialista, nunca habría sido motivo de enfrentamiento hasta su “politización” por parte de las élites orientales. No sólo ambas cuestiones son compatibles, sino que, juntas, subrayan el

²⁶⁶ La etnografía de Adrian Waldman *El hábitus camba* (2009) es un magnífico estudio que revela los materiales con los que la identidad regional oriental ha sido construida. En el transcurso del trabajo de campo de esta investigación, pude comprobar en primera persona la veracidad del peso de estos elementos en la configuración de un imaginario popular de lo *camba*, en incontables conversaciones, particularmente con los taxistas de las ciudades de Santa Cruz de la Sierra en el departamento de Santa Cruz, Riberalta en Beni y Tarija en el departamento de Tarija. De entre todos los ejemplos el más significativo es el que viví en la sede del Comité Cívico de Santa Cruz, en el acomodado barrio del Cristo. Allí, tras salir de una entrevista con su vicepresidente, estuve conversando con un militante del Comité y con el responsable de comunicación, mientras me facilitaban documentos, panfletos, fotos de los cabildos autonomistas y una bandera cruceña que aún conservo. Fueron extremadamente amistosos conmigo, y cuando les dije que vivía en La Paz me dijeron que, para convencerme de que Santa Cruz era otra tierra, completamente diferente, tenía que salir esa noche con ellos a *levantarnos unas peladas* –literalmente: ligarnos unas chicas, que no tendrían nada que ver con las “cholitas” –literalmente: indias urbanas- que habría conocido en La Paz.

carácter contingente de las identidades políticas, y el protagonismo de la *dimensión ganadora* en el conflicto por la hegemonía.

- **Trazado de Frontera:** *“Oriente VS Occidente y su Estado” – demócratas VS estatelistas*

La postulación de una u otra fractura como la central determina un trazado u otro de frontera, que determina diferentes alineamientos políticos y, en última instancia, posibilidades hegemónicas. El discurso regionalista-conservador, en el conflicto político boliviano, postula el eje centralismo/autonomismo como la versión política de la frontera regional occidente/oriente.

La inestabilidad y el “enfrentamiento entre bolivianos” es el resultado del ascenso al poder de Evo Morales. Si las diferencias regionales han existido siempre, es tras la llegada del MAS al poder que, ante su arbitrariedad y maltrato a los departamentos regionales, se han exaltado y tomado tintes de enfrentamiento político. Así lo manifestaba en una entrevista Pamela Fernández, hija del exprefecto opositor de Pando Leopoldo Fernández e implicada en la campaña electoral para los comicios de diciembre de 2009 dentro de la candidatura regionalista-conservadora:

“Creo que el conflicto hoy en día está más que todo centrado entre oriente y occidente, hoy en día no existe tolerancia entre personas que somos del oriente y las personas que son del occidente. Lo llamamos entre cambas y collas.. es solamente regional y de raza ¿no?, las dos cosas, el simplemente de.. hecho de ser camba y el ser colla, ya, no es necesario que uno ya choque en ideas o en ideologías, por ejemplo, es simplemente el tema regional y racial. **Yo creo que esto se ha empezado a intensificar en estos últimos cuatro años mucho más ¿no?, desde el Presidente Evo Morales.** Porque creo que siempre hubo un poco de.. de rivalidad, se puede llamar, así entre los cambas y los collas, pero hoy en día es algo que no.. de verdad no hay tolerancia ya, yo he vivido trece años de mi vida acá y yo nunca antes me había sentido como me siento ahora, por ejemplo, ahora apenas me sienten el acento de mi... del habla que es del oriente y ya empieza la discriminación, ya en una tienda si estás comprando, te empiezan a tratar mal, ya no te responden de la misma manera, ¿me entendés?, cosa que cuando yo vivía acá, trece años, nunca lo había sentido tan marcado, como lo siento ahora. Y

obviamente pasa exactamente en el oriente, cuando escuchan a un paceño, a un orureño, a un potosino²⁶⁷” (Pamela Fernández, entrevista).

Lo mismo sucede con las diferencias étnicas o de clase, que en el discurso autonomista se describen como exaltadas por el oficialismo para gobernar en el occidente y para dividir la cohesionada y armónica sociedad oriental o *camba* (Assies, 2006).

Una muestra del poder y la capacidad de interpelación de este discurso es su extensión al departamento de Chuquisaca, en principio ajeno a la identidad territorial *Camba*. Se trata también de una manifestación de que la reivindicación regionalista funcionó durante el primer gobierno de Morales no sólo como demanda particular, sino como discurso contrahegemónico a escala nacional. John Cava, presidente del Comité Cívico del departamento, afirmaba sin embargo, al ser entrevistado que antes de Evo no se conocían en su región los conflictos sociales, en una correspondencia absoluta con este marco central del discurso regionalista-conservador:

“estamos convencidos que los principales racistas y divisionistas es la gente del actual gobierno. Entonces de eso no nos queda la menor duda, y porque antes de que entre don Evo Morales jamás se hablaba de estas cosas, **jamás había una división entre una región y otra, jamás había una división entre el campo y la ciudad**²⁶⁸; **entró don Evo Morales y su Gobierno, y lo único que siembran es odio**, han entrado con mucho resentimiento, y eso no le hace bien ¿no es cierto?²⁶⁹” (John Cava, entrevista).

Nicolás Rivera, respondía con ironía a las acusaciones del oficialismo contra el autonomismo, orientadas según él a monopolizar el poder en la ciudad de La Paz:

“solamente aquí en el oriente hay racistas, solamente en el oriente hay terratenientes, solamente aquí en el oriente hay oligarcas; y qué son los paceños angelitos, son la madre

²⁶⁷ Énfasis añadido.

²⁶⁸ El “campo y la ciudad” es un eufemismo a menudo empleado para identificar a los indígenas con el mundo rural campesino, y a los blancos-mestizos con el mundo urbano. Aunque en departamentos como La Paz es difícil sostener esta equivalencia, por la existencia de El Alto como urbe mayoritariamente aymara, en el departamento de Chuquisaca el discurso de las élites locales identifica a todos los “ciudadinos” como mestizos, y a lo indígena con las comunidades rurales menos desarrolladas. Es una forma habitual en Bolivia de sostener la tesis de la mayoría social mestiza, y de asociar lo indígena a la pobreza y el atraso. En el caso de Sucre estas identidades han favorecido el liderazgo político urbano de la oposición, y han movilizado en diversas ocasiones la hostilidad para con los campesinos, generalmente oficialistas.

²⁶⁹ Énfasis añadido.

Teresa de Calcuta, por obra y gracia del espíritu santo tienen que manejar eternamente el poder en el país” (Nicolás Rivera, entrevista).

Si este discurso puede calificarse de “conservador” es precisamente porque se presenta como una reacción obligada por la politización impuesta por el Gobierno del MAS, que ha enfrentado a los bolivianos construyendo artificialmente diferencias donde no las había o eran gestionadas en clave de fraternidad. Así rezaba un panfleto de Convergencia Nacional- Plan Progreso para Bolivia (CN-PPB), la candidatura de la oposición regionalista conservadora en diciembre de 2009:

“¿Qué futuro puede tener un país con tantas diferencias? ¿Qué plan puede funcionar si no existe unidad y cada uno vela por sus propios intereses? [...] Los bolivianos debemos encontrar los motivos de la unidad, no las diferencias, encontrar una inclusión social que no signifique la exclusión de otros. [...] Si podemos eliminar las revanchas, el rencor y el odio en vez de eliminar a quienes piensan diferente, estaremos comenzando recién a construir un país para todos de verdad” (PPB, 2009).

Así, todos los líderes e intelectuales autonomistas entrevistados coinciden en presentarse como políticos sin vocación, deseosos de volver a su vida normal –habitualmente su dedicación empresarial– tan pronto como la situación excepcional que les ha llamado a participar en la vida política desaparezca: el enfrentamiento entre bolivianos provocado por el Gobierno del Movimiento Al Socialismo y su orientación ideológica comunista.

Así lo explicaba John Cava, Presidente del Comité Cívico de Chuquisaca:

“Pero han habido escenarios este último tiempo sobre todo que se ha politizado demasiado nuestro país; se ha politizado y en todo caso a partir de esa politización a todos nos ha tenido que tocar jugar un rol, y hemos jugado ese rol. Entonces hemos tenido que tener esa participación porque así nos ha obligado la coyuntura” (John Cava, entrevista).

Mientras que en el discurso oficialista las injusticias históricas –la explotación económica y el racismo– son los motivos que hacen necesaria la ruptura y refundación nacional y estatal, en una visión positiva del cambio, “progresista” valdría decir. En cambio, en el autonomismo conservador, aunque se reconocen contradicciones históricas entre el Estado y la sociedad bolivianas –la relativa a los pueblos indígenas de pasada y la desarticulación regional

enfaticada- la politización sucede ante un cambio representado como negativo, que en todo caso incrementa el despotismo centralista tradicional sobre las regiones. La propuesta autonómica representa, entonces, la descentralización y división del poder, frente a su concentración antidemocrática:

“la visión clara del Estado [del oficialismo] es: “Tenemos que manejar todo el Estado y todos los poderes” y eso hace dos días, en el discurso del vicepresidente, surgió con mucha fuerza, es decir: “Tenemos el gobierno pero ahora tenemos que manejar todo para lograr imponer un proyecto político que implique reponer condiciones de desarrollo y oportunidades para las mayorías del país”. Esa visión altamente concentradora del poder se opone a otra visión que más bien demanda la transferencia de poder a los niveles locales y que usa también el tema de la autonomía como una forma de mantener una visión de desarrollo y una visión de oportunidades de desarrollo distinta a la del nivel central" (Diego Ávila, entrevista).

La propuesta autonómica se trata entonces de un proyecto que:

“intenta imponer el gobierno desde el nivel central con una acotación de los liderazgos, una acotación de el poder muy fuerte concentrado cada vez mas en la figura del presidente y que intenta, sobre esa base, imponer una hegemonía y un control absoluto en el manejo de poder” (Diego Ávila, entrevista).

En realidad, esta actitud tiene mucho que ver con el desarrollo del autonomismo en los departamentos orientales, cuya efervescencia ha fluctuado junto con el aumento del excedente económico y la riqueza disponible en los departamentos, y con el color político del gobierno central de turno. Pável López, en su entrevista, especifica que, en el departamento de Tarija, la demanda autonomista pasa de reclamar mayor integración al Estado central, a promover una suerte de “desconexión” federal del departamento, a partir del descubrimiento de enormes yacimientos hidrocarburíferas bajo su suelo, y especialmente de la llegada al Gobierno nacional del MAS (Pável López, entrevista; Miguel Urioste, entrevista).

La explicación más elaborada, en cualquier caso, es aquella que interpreta la crisis del Estado neoliberal como una crisis general de la “forma Estado” boliviana, y denuncia que las regiones se vieron afectadas por una institucionalidad centralista e ineficiente, hoy agravada porque en el momento del derrumbamiento estatal un líder populista utiliza las bajas pasiones

de grupos históricamente excluidos para acumular poder, expoliar a las regiones y maltratar al Oriente. La crisis estatal boliviana habría sido así una muestra evidente de la inviabilidad de la Bolivia andinocéntrica, estatista y rentista, jacobina y arcaica. Frente a ella se alzan los departamentos orientales como ejemplos de desarrollo e inserción exitosa en los mercados globales merced al respeto escrupuloso y la defensa de la propiedad privada, de democracia y descentralización a través de los organismos participativos “cívicos”, y de armonía interclasista y multiétnica en torno al liderazgo regional de las élites empresariales.

Carlos Dabdoub, hábilmente, enfrenta las acusaciones gubernamentales recordando la capacidad de interpelación de masas del regionalismo: “El *Cabildo del Millón*” donde un millón de personas aproximadamente participaron de este evento popular, por lo tanto venir a decir que este es un proyecto de oligarcas, bueno, por los números y por los hechos caen de maduros (Carlos Dabdoub, entrevista). También Diego Ávila, homónimo de Dabdoub en el departamento de Tarija: “la demanda autonómica no es una demanda que está manejada exclusivamente por grupos oligárquicos sino que encuentra expresiones fuertemente democráticas y representa la visión mayoritaria de nuestros pueblos” (Diego Ávila, entrevista)

En ese sentido, y a pesar de la propaganda oficialista que lo representa como “separatista”, el discurso regionalista-conservador no es, en lo fundamental y más allá de grupos periféricos, independentista. En un análisis certero, Miguel Urioste señala que el regionalismo, centrado en primer lugar en Santa Cruz, han sido una constante histórica, pero “estas demandas autonómicas [...] han sido capitalizadas, liderizadas por grupos conservadores, por grupos de poder, por élites, desde siempre, fue el discurso de la elite en Santa Cruz, no fue el discurso de los sectores oprimidos, marginados, del pueblo en general” (Miguel Urioste, entrevista). No obstante, esta demanda sirvió para la construcción de una identidad popular opositora al Gobierno del MAS:

“Recién, en los famosos cabildos del 2007 y el 2008, logran masivas incorporaciones de sectores populares, demandando autonomía, como un hecho complejo de entender, como respuesta a lo que se percibe como una agresión desde el Gobierno central, encabezado por un indígena colla, Evo Morales” (Miguel Urioste, entrevista).

Por eso conviene más hablar de un movimiento defensivo, de articulación contrahegemónica, que de una voluntad secesionista:

“no creo que haya habido un sentimiento separatista, independentista, de las élites en Santa Cruz, tampoco, no comparto esa crítica política que se hace desde el MAS, pero las élites en Santa Cruz piensan que, en algún texto he escrito, que la indiada, que el occidente, que los collas, son una carga al desarrollo regional y una manera de deshacerse de ese lastre, de ese peso, de esa rémora es su autonomía, es decir, cerrar la frontera, frenar los asentamientos de indios *collas* y *cambas*, quechuas y aymaras, decidir nosotros nuestro destino en función del acceso a los recursos naturales, conquistar nosotros mercados internacionales para el gas, el petróleo y la soya, no depender de una visión que ellos han descalificado como retrograda, arcaica, empobrecedora del occidente andino al que descalifican con ese tipo de discurso, señalando que es un discurso antimodernizante, que es un discurso arcaico, retrogrado y trasnochado” (Miguel Urioste, entrevista).

Los representantes del occidente son tanto el Movimiento Al Socialismo y las instituciones estatales como los migrantes indígenas de los departamentos occidentales del país, así como quienes defienden posiciones políticas contrarias a la representación corporativa regional. La agitación autonomista desatada en Santa Cruz en agosto de 2008 ofreció un ejemplo representativo del enmarcado del enemigo occidental: en los disturbios, los jóvenes de la Unión Juvenil Cruceñista atacaron el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) y oficinas tributarias del Ministerio de Hacienda, así como sedes de ONGs que trabajaban con indígenas guaraníes y locales de sindicatos campesinos; por último, trataron de asaltar el Plan 3000, populoso barrio de Santa Cruz de la Sierra compuesto principalmente por migrantes de las regiones occidentales del país, y famoso por ser un feudo del oficialismo en la capital cruceña²⁷⁰.

²⁷⁰ La entrevista con Portugal, dirigente del MAS en el Plan 3000, discurrió en gran parte en torno a los enfrentamientos entre la Unión Juvenil Cruceñista y el “Frente de Resistencia del Plan 3000”, organización que agrupaba a las organizaciones sindicales y al MAS del barrio. Los choques, que se extendieron por varias noches, del 9 al 1 de septiembre de 2008, incluyeron disparos de armas de fuego y más de una decena de heridos de gravedad. Durante los mismos, los jóvenes autonomistas intentaron quemar, según Portugal, el mercado – símbolo de los inmigrantes del altiplano, famosos por su actividad comercial- y la radio comunitaria “Pachamama”. La centralidad política de estos enfrentamientos masivos, en los que la policía se cuidó de intervenir, radicaba tanto en que en ellos se dirimía el control de la totalidad del territorio urbano por parte de la oposición regionalista-conservadora, como en el papel simbólico del Plan 3000 como “cuña” del oficialismo y los movimientos sociales en el corazón de la “Media Luna”. Poco después de los enfrentamientos, que se saldaron con la victoria de las organizaciones barriales frente a los grupos *unionistas* que no pudieron entrar nunca en el Plan 3000, Evo Morales reconocía y recompensaba la “heroica resistencia” del barrio en diversas declaraciones públicas, así como a través de la organización de eventos estatales en esta humilde zona. Aunque el

En la agitación regionalista por la capitalía plena en la ciudad de Sucre en el 2007 y 2008, la identidad regional construía recibía un significado político opositor en tanto la frontera que construía la pertenencia local excluía al oficialismo y lo indígena. Según Rubén Egüez, esta construcción y movilización de identidad regional estaba destinada a:

“mostrar que el Movimiento al Socialismo es enemigo de Chuquisaca, el Gobierno es enemigo de Chuquisaca y todo lo que viene relacionado con el Gobierno y con el Movimiento al Socialismo hay que destruirlo, hay que desecharlo, hay que menospreciarlo, hay que discriminarlo y llego hasta tal extremo de que nadie podía estar... decía ser masista o apoyar al Gobierno, o ni siquiera pensar diferente a ellos, porque ya las hordas directamente fascistas arremetían a cualquier persona” (Rubén Egüez, entrevista).

La frontera trazada en el discurso autonomista-conservador es en consecuencia una imaginación espacial que proyecta y divide dos *lugares*²⁷¹: de un lado un occidente arcaico, centralista, indígena y socialista, que inhibe el desarrollo y las libertades individuales; del otro, el oriente hospitalario, mestizo y por tano no esencialista, respetuoso de los derechos individuales y, por encima de todo, próspero. El oficialismo es representado como ajeno a los intereses departamentales, que están encarnados en cambio en Comités Cívicos y Prefecturas. Waldemar Peralta definía así el enfrentamiento en torno al Estatuto de Autonomía del departamento de Tarija, que el Gobierno vetaba por anticonstitucional: “entonces sigue la gente o parlamentarios de occidente que nada tienen que hacer con Tarija, definiendo cómo va a ser el desarrollo de una región que está totalmente aislada de lo que es la toma de poder en La Paz” (Waldemar Peralta, entrevista). Pamela Fernández, por su parte, lamentaba que tras el encarcelamiento de su padre, exPrefecto del departamento de Pando, el Gobierno le hubiese sustituido por alguien “que ni siquiera es pandino” (Pamela Fernández, entrevista).

Pável López, desde posiciones obviamente opuestas al regionalismo conservador, coincide en

tema excede el objeto de este análisis, la entrevista está, naturalmente, a disposición del tribunal. La “batalla” del Plan 3000 ha sido ampliamente analizada por Raúl Zibechi (2008).

²⁷¹ Se utiliza aquí el término en el sentido desarrollado por John Agnew (1987) en tanto que formación social compuesta por la ubicación de un territorio en redes político económicas regionales estatales o globales mayores (*location*), por las relaciones sociales que construyen y atraviesan ese territorio (*locale*), y por el “sentido de lugar” o atribución de sentido político a la pertenencia territorial subjetivamente construida (*sense of place*). La aplicación de este esquema para la comprensión del regionalismo conservador oriental en Bolivia excede los límites de este trabajo, pero es sin duda una posible línea de análisis fértil.

describir este discurso como basado en la imagen de las “dos Bolivias”:

“comienza claramente a dibujarse un mapa político-social de manera territorializada, gráfica, geográfica que marcaba, marcada más bien o construida desde las élites y principalmente desde las élites cívicas y concretamente desde el Comité Cívico tarijeño presidido por Roberto Ruiz Bass-Werner y en Santa Cruz el Comité Cívico de Santa Cruz presidido por Rubén Costas de una suerte de dos Bolivias paralelas que además es un discurso retomado del discurso original planteado por Felipe Quispe²⁷² que hablaba de dos Bolivias el 2000; una Bolivia moderna, una Bolivia neoliberal, una Bolivia rica, si se quiere, y una Bolivia olvidada, humillada, excluida ¿No? Esto es retomado por las élites, el tema de las dos Bolivias durante el año 2003 a partir de una visión de lo que denominaba Roberto Ruiz Bass-Werner y Rubén Costas; la Media Luna, una Media Luna moderna, una Media Luna trabajadora, una Media Luna... este... no convulsa, una Media Luna con desarrollo, por lo menos demandante de desarrollo y que no estaba en consonancia con la otra Bolivia occidental que era predominantemente... permanentemente convulsionada, dominada por los conflictos sociales, donde definían ahí la política y la agenda nacional los movimientos sociales de carácter y corte indígena-campesino, si no esta otra Bolivia, la Media Luna que básicamente comprendía el departamento de Tarija y Santa Cruz y, por una razón de compadrazgo y lealtad me imagino, porque no había gas, también los sumaban a Beni y Pando [...] Entonces, un Comité Cívico demandaba autonomía que como departamento de Tarija era una bandera que significaba la sobrevivencia, si se quiere, del departamento, Tarija como departamento pero además una defensa de la identidad de los tarijeños frente a lo que estas élites cívicas denominaban un avasallamiento, un crecimiento de una ola colla invasora además, invasora porque bueno, en esas épocas ya se notaba una gran cantidad de migración que todavía tenemos en los departamentos de Tarija y Santa Cruz pero que comienzan a asumir una identidad defensora de lo tarijeño, de lo cruceño frente a lo occidental, a lo colla, a lo indígena, a lo campesino, a lo masista incluso ¿No?, en un momento esto se conecta y entonces, en ese momento la bandera autonómica toma un matiz político, político fundamentalmente pero además como movilizador, como catalizador y como articulador del imaginario y, por tanto, de la identidad colectiva de nuestras regiones inicialmente. [...] esta suerte de territorialización o de mapa imaginado por estas élites, con esta propuesta o esta idea de la Media Luna que

²⁷² Exdirigente de la CSUTCB y líder indianista que lideró las protestas contra el neoliberalismo en el altiplano aymara, con una visión de ruptura del Estado boliviano y de construcción de un Estado indio. Cuando, en los bloqueos de septiembre del año 2000, el entonces Presidente de Bolivia se avino a negociar, Quispe dijo que lo harían “de presidente a presidente”: él, presidente de los indios de Bolivia, y el Presidente de la Bolivia blanca. También fueron muy sonadas cuando prometió crear, en el Estado indio del *qollasuyo*, un Ministerio de Asuntos Blancos, a imitación del equivalente para los indios durante el Estado colonial. Hoy, con poca relevancia política, se sitúa en la oposición indianista al gobierno de su histórico rival Evo Morales, al que no considera descolonizador.

territorialmente dividía a Bolivia en dos, marca también una suerte de graficar como política, políticamente entendían estas élites la composición y el nivel de influencia que tenían todavía una suerte de mirada neoliberal, conservadora del Estado en Bolivia y hasta colonial ¿No? [...] Entonces es una suerte de apostarle a un modelo que ha mantenido sus privilegios y los ha fortalecido y los ha enriquecido mas pero en el fondo, mantener un modelo para seguir manteniendo los privilegios principalmente económicos y principalmente de control y de propiedad de tierras en el oriente y de control, en cierta manera, de recursos en el departamento de Tarija ¿No?” (Pável López, entrevista).

Se construye así una dicotomización territorializada que construye la identidad *camba*, de la “Media Luna”, en un conflicto regional con el Estado que expresa una pugna por la hegemonía en tanto que definición de los intereses generales y el proyecto de país que debe guiar la reforma estatal.

Pamela Fernández expresa con nitidez esta imagen de las “dos Bolivias”:

“estamos sumamente enfrentados, es que... no sé si has visitado una parte del oriente, es algo impresionante, o sea, yo aquí me siento rara, cosa que cuando viví doce años de verdad que no me pasaba, ahora [en La Paz, donde tuvo lugar la entrevista] es como que no estoy en Bolivia, así.. así de sencillo” (Pamela Fernández, entrevista).

▪ **Nominación:** *La “Media Luna” sin conflictos internos.*

La oposición binaria que dibuja la frontera del discurso regionalista-conservador representa dos polos en conflicto. El polo desde el que el discurso realiza la enunciación, y al que pretende movilizar, es el de las regiones orientales de Bolivia, representadas como cuerpos sociales en movimiento, en una metáfora organicista típica del pensamiento conservador. La representación de este cuerpo social homogéneo y armónico le corresponde a los comités cívicos departamentales. Así lo describe Helena Argirakis, intelectual cruceña, cuando dice que el Comité Pro Santa Cruz:

“se comienza a atribuir la vocería de todos los cruceños de manera indiferenciada, generando una polarización política con el Gobierno que, a mi juicio, ocultaba una serie de

contradicciones, de conflictos y problemáticas a nivel interno en Santa Cruz. Muy convenientemente, la ideología dominante cruceñista hacía un desplazamiento y una proyección de los conflictos a Evo Morales, cuando (en la conflictividad interna) no tenía nada que ver Evo Morales, porque era responsabilidad de la Prefectura resolverlos o de la Alcaldía. [...] Pero cuando se generaba disenso, se generaba crítica, se la tomaba como expresión de traición a Santa Cruz” (Argirakis, 2010: 77-78).

Se trata de un trabajo discursivo de enmarcado que construye una identidad política territorializada en torno al liderazgo de las élites departamentales, se arroga la representación de toda la región y expulsa discursivamente de su seno como ajeno o traidor al que, siendo local, apoya al oficialismo.

Gracias a esta nominación, la oposición regionalista conseguía cohesionar a sus sujetos interpelados, apelando a la unidad de los cruceños, tarijeños, benianos o pandinos. El periódico cruceño *El Deber*, titulaba su cobertura del llamado “Cabildo del Millón”, un acto de masas organizado por Prefectura y Comité Cívico en apoyo del Estatuto de Autonomía recién redactado que después someterían a votación: *Santa Cruz festeja el Estatuto Autonomico* (*El Deber*, 15 de diciembre de 2007). De esta forma, representaba nítidamente un *pueblo* cruceño cohesionado en torno a la demanda autonómica y bajo el liderazgo corporativo del Comité Cívico. La operación se repetía por las mismas fechas en el resto de departamentos de la *Media Luna*. Waldemar Peralta hablaba así del Comité Pro Intereses de Tarija:

“Mira, el Comité Cívico es una entidad que tiene medio siglo de vida en Tarija, es la principal institución civil del departamento, la que aglutina a todas las demás instituciones y tiene como objetivo fundamental el de salvaguardar a los intereses del departamento” (Waldemar Peralta, entrevista).

La consolidación de la identidad regional cargada con el sentido político que recibe en el autonomismo –oposición al Gobierno del MAS, defensa del mestizaje frente a las reivindicaciones indígenas, defensa de la propiedad privada, las inversiones extranjeras y el latifundio agroexportador, etc.- sólo se consolida mediante su cristalización en un nombre, que pasa a designar la construcción discursiva.

La *Media Luna* es la nominación territorial del “*pueblo*”²⁷³ *camba* cuyo interés general representan los líderes cívicos y prefecturales de la oposición regionalizada. La maniobra discursiva modifica la geografía del conflicto, y traza la línea divisoria al interior de la comunidad política boliviana justificando que existen, en realidad, dos comunidades: Occidente y Oriente, que tienen como alternativas separarse o entenderse como dos legitimidades en una suerte de pacto confederal:

“hasta ahorita hay un empate catastrófico aquí en el país, porque nuestro referéndum además de haber votado de manera positiva una vez, lo hemos ratificado de manera indirecta en otros tres eventos, es decir cuatro veces le hemos dicho “SI” a la autonomía, hemos seguido todos los pasos que nos exigía la ley, es decir una ingeniería jurídica fantástica. **Por lo tanto nuestros estatutos, esos que tiene usted en su mano, para nosotros son legales y son legítimos. Y del otro lado existe una Constitución que también tiene la legalidad** porque ha ganado en enero; de tal forma que la única solución para terminar con este proceso “estatuyente”²⁷⁴ y constituyente es que tiene que haber un acuerdo político, **si no hay el acuerdo político cada uno va a estar defendiendo lo suyo con todo el derecho, con su voto, con su referéndum, con la legalidad que tenga**”²⁷⁵ (Carlos Dabdoub, entrevista).

Waldemar Peralta, dirigente juvenil autonomista en Tarija, manifestaba en su entrevista que los estatutos de autonomía eran la expresión de las reivindicaciones regionales, mientras que la nueva constitución lo era –exclusivamente- de los pueblos indígenas andinos:

“Ahí nosotros empezamos a estructurar cuál debería ser el camino que debía seguir el departamento y podemos establecer a la confección de los Estatutos Autonómicos. Paralelamente a eso existen las reivindicaciones indígenas que se plasman en lo que es la Asamblea Constituyente”²⁷⁶ (Waldemar Peralta, entrevista).

²⁷³ Se entrecomilla aquí el término “pueblo” porque, a diferencia del oficialista, el discurso opositor regionalista no tiene en este significativo vacío su nodo central. No es un término que se repita a menudo en las entrevistas, artículos, consignas ni panfletos examinados, más que en el caso de los grupos minoritarios que abogan por la independencia de la “nación *camba*”. No obstante, aquí no se usa el término en sentido descriptivo sino analítico: Aunque la oposición regionalizada no interpele a través del “nombre *pueblo*”, su discurso va encaminado a constituir un sujeto político, un “nosotros”, con capacidad de reclamación legítima de derechos colectivos –como la autonomía, el control de sus recursos o la fiscalidad. Además, este sujeto se conforma por oposición al Estado central. Esa operación es, como ya se ha visto, la de construir de un *pueblo*.

²⁷⁴ Por “estatuyente” se refiere Dabdoub a la sobredeterminación del proceso constituyente por el estatismo centralista del Movimiento Al Socialismo. Ver: Prats y Dabdoub (2009: 11).

²⁷⁵ Énfasis añadido

²⁷⁶ En esta afirmación, además, existe la convicción de que el mestizaje es una condición universal que disuelve la etnia, mientras que las reivindicaciones indígenas necesitan de un reconocimiento especial por su condición

La tesis más elaborada es la que expresaba el senador opositor tarijeño Bass-Werner, antiguo presidente del Comité Cívico y en el momento de la entrevista en proceso de acercamiento al oficialismo o, al menos, de distanciamiento de la oposición regionalista frontal. Para Bass-Werner, el Estado boliviano habría estado aquejado, desde su independencia, de dos contradicciones fundamentales: su monoculturalidad que excluía a los indígenas y su centralismo que excluía a las regiones periféricas no andinas. Por eso, en el momento de la crisis hegemónica del Estado neoliberal, estas dos contradicciones habrían emergido como dos “agendas” de reforma del Estado. Esta tesis tiene mucho predicamento en ambientes intelectuales y políticos bolivianos, y refiere a una “Agenda de octubre” –de 2003- de los movimientos sociales, y una “agenda de enero” –de 2005- de los comités cívicos y prefecturas.

Lo crucial en este caso es que Bass-Werner, pese a sus intentos de desligarse de la oposición autonomista y su mayor moderación, se mueve en su mismo marco discursivo, cuya marca central es la delimitación espacial de las dos agendas de reforma estatal: el occidente del país emprendería transformaciones redistributivas de la riqueza y de inclusión indígena que no deberían afectar a la *Media Luna*, supuestamente homogénea o armónica en términos de clase y etnia, donde la *dimensión ganadora* es la demanda autonómica y el conflicto regional:

“en una medida en la que nosotros cuestionábamos, desde el oriente y el sur, la naturaleza centralista y que por eso pusimos la demanda por autonomía, autonomía sinónimo de igual dignidad, construcción de ciudadanía, moralidad, democratización en la toma de decisión, delegación del poder a los niveles sub-nacionales, etcétera. [...] Mientras la gente de occidente andino hablaba de una de las demandas que era la de, digamos la demanda indigenista y en el oriente exclusivamente hablaban de la autonomía, en Tarija hablábamos de nuestra vida en autonomía, de ambos temas” (Roberto Ruíz Bass-Werner, entrevista).

Este discurso, que en primera instancia llama a la “reconciliación nacional” y a la superación del enfrentamiento regional, lo hace siempre sin embargo postulando como central la dimensión regional, según la cual existen en Bolivia dos espacios “oriente y occidente” que reclaman diferentes políticas y administraciones. La unidad, en consecuencia, estaría en reconocer este hecho y no querer aplicar las mismas reformas en todo el territorio nacional.

particular. Sobre esta base se construirá una interpelación general regionalista supuestamente ciega a la etnia, pero paradójicamente marcada por los liderazgos sistemáticamente blancos de la oposición regionalista.

Se trata, nítidamente, de la institucionalización de la contrahegemonía como contrapoder nacional, a través de su territorialización en el “oriente”.

Foto n° 8: “Oriente y Occidente sí queremos a Manfred Presidente”²⁷⁷



Este es un elemento central en el discurso opositor regionalista, que evidencia que la nominación de pueblo se realiza en la especialidad imaginada de la *Media Luna* como comunidad política compuesta por ciudadanos que, al contrario que en el “Occidente” “no pertenece a ninguna etnia, a ningún grupo cultural” (Roberto Ruíz Bass-Werner, entrevista). La propia expresión de “oriente y occidente” naturaliza una división espacial estrictamente política, que no obedece a ninguna razón histórica ni geográfica, pues junta departamentos de muy diferentes características, y la eleva a la fractura fundamental que ordena el debate político boliviano. Esta construcción permite deslegitimar al Gobierno y hablar de “dos países” o, cuando menos, dos modelos de país, dos legitimidades enfrentadas:

²⁷⁷ Fuente: propia. Pegatina de la candidatura opositora “Plan Progreso Bolivia- Convergencia Nacional” para las elecciones presidenciales del 6 de diciembre de 2009. La candidatura de Convergencia Nacional estaba, como ya se ha señalado, conformada desde las Prefecturas y Comités cívicos de los departamentos orientales. Como muestra de ello, el candidato a Vicepresidente era el exprefecto de Pando, Leopoldo Fernández (a la derecha del candidato a presidente Manfred Reyes Villa) encarcelado en La Paz por los enfrentamientos en Pando en septiembre de 2008 que se saldaron con más de treinta muertos, la mayoría campesinos oficialistas.

“yo creo que este gobierno no es de todos los bolivianos, es de su 60 por ciento que ha votado ahora por el, que ha aprobado su Constitución Política del Estado, en enero. Gobierna para el occidente, porque otra vez en cuatro departamentos del país, se ganó y se le dijo que no, y esto es algo que no se refleja a nivel nacional y a mi me preocupa, porque lo tienen a Evo Morales como si él tuviera una aceptación de un 90 por ciento y no se... uno no se puede olvidar que hay un 40 por ciento de Bolivia que no está de acuerdo con la forma de gobernar de Evo Morales, y que hay además, cuatro de nueve departamentos donde él no tiene aceptación” (Pamela Fernández, entrevista).

Manfred Reyes Villa, candidato presidencial del bloque regionalista opositor en diciembre de 2009, declaraba en la campaña electoral:

“La actual constitución no es fruto de un pacto, sino de una imposición autoritaria. Seis capitales (Tarija, Sucre, Cochabamba, Santa Cruz, Trinidad y Cobija) y cinco Departamentos (Tarija, Beni, Pando, Santa Cruz y Chuquisaca) votaron NO [en el referéndum constitucional de enero de 2009]. De ahí que, a pesar de su vigencia legal, la Constitución está huérfana de legitimidad. [...] Por eso a la democracia le es indispensable el consenso” (Manfred Reyes Villa, Cuestionario sobre conflicto político/regional, 15 de noviembre de 2009: 4).

El significado de este “consenso” se revela un poco más adelante, cuando Reyes Villa especifica que

“tanto los cambios que se requieran en la Constitución Política del Estado como la elaboración y discusión de la ley marco de autonomías y su compatibilización con los Estatutos Autonómicos Departamentales [mayúsculas en el original] [...] serán fruto de dicho diálogo nacional” (Manfred Reyes Villa, Cuestionario sobre conflicto político/regional, 15 de noviembre de 2009: 8).

En definitiva, que el acuerdo se tiene que dar en la compatibilización, en régimen de igualdad, de la Constitución legalmente sancionada y los Estatutos aprobados alegalmente en los departamentos orientales. Se trata de una reedición del discurso de las “dos legitimidades”, que se corresponde con las “dos Bolivias”, que entiende que la democracia es que ambas negocien en una situación *de facto* de doble poder, sin que ninguna –el Gobierno nacional supuestamente representando a occidente y los gobiernos prefecturales de oriente- imponga nada a la otra. En consecuencia, la reforma autonómica ha de hacerse fraguando una “agenda

común” que parta “del marco legislativo ya construido en la Constitución Política del Estado y en los Estatutos Autonómicos aprobados” (Manfred Reyes Villa, Cuestionario sobre conflicto político/regional, 15 de noviembre de 2009: 9).

Fotos nº 9 y 10. El discurso regionalista-conservador tiene diferentes variantes. Pero su relativo énfasis en la autonomía oscila entre la voluntad secesionista minoritaria, expresada en el cartel de la izquierda, encontrado en Santa Cruz en enero de 2006, y la construcción de la “Media Luna” como territorialización de una legitimidad regional alternativa destinada a la disputa de la hegemonía nacional, como se ve en el cartel de la derecha, encontrado en Tarija en agosto de 2009, y que representa la territorialización del voto negativo en el referéndum constitucional de enero de 2009, expresión clara del discurso de las “dos legitimidades”²⁷⁸.



Así, el discurso regionalista se presenta como defensor de los intereses comunes de los ciudadanos de los departamentos orientales del país –y en última instancia de todos los demócratas de Bolivia- sin diferencias de etnia o ideología. El regionalismo conservador se presenta como ideológicamente transversal porque subordina el eje izquierda-derecha a la contraposición autonomía-centralismo. Su contenido ideológico, en todo caso, se deriva de su enfrentamiento a un Gobierno nacional caracterizado como “autoritario” y “comunista”²⁷⁹.

El proyecto autoritario se mantendría sólo mediante la división interesada de los bolivianos, promovida por el discurso “populista” del oficialismo, que interpelaría a los sectores menos

²⁷⁸ Fuente: Propia.

²⁷⁹ La supuesta transversalidad ideológica de los actores políticos regionalistas puede ser leída, en cualquier caso, como una estrategia de interpelación que enfrente la caracterización oficialista, que busca aislar a los Comité Cívicos y Prefecturas orientales calificándolos como “oligarcas” y “de extrema derecha”. En una entrevista mantenida el 19 de agosto de 2009 en la sede del Comité Pro Intereses del Departamento de Tarija, el dirigente juvenil Waldemar Peralta, tras declarar que las demandas autonómicas y el propio comité no eran ni de izquierdas ni de derechas, me pidió, una vez apagué la grabadora, contacto con el Partido Popular Español y Europeo. Me confesó que la ayuda internacional norteamericana perjudicaba la imagen pública de la oposición en Bolivia, y que estaban buscando contacto con la derecha europea, ya que en Zapatero, “que se dice socialista igual que Morales”, no se podía confiar. Poco después, en su visita oficial al Estado español, el presidente del Comité Cívico de Santa Cruz, Luís Núñez, tuvo su entrevista más importante –difundida por el servicio de comunicación del propio Comité- en la reunión con Mariano Rajoy, presidente del Partido Popular español.

educados de la sociedad a través de fomentar la envidia y el rencor a los sectores tradicionalmente dirigentes. Manfredo Kempff firmaba, el 18 de abril de 2009, un artículo en el periódico La Razón, que resulta paradigmático de este discurso que entronca con una desconfianza de las masas tradicional en los planteamientos conservadores. Bajo el significativo título “El despotismo iletrado”, Kempff nombraba a ministros y dirigentes sociales que, pese a su profunda ignorancia, estarían “llenando la cabeza del pueblo boliviano de odios y resentimientos” enseñándole “la confrontación, el choque y la pelea, como forma de llegar a un presunto “cambio” que los liberará de la pobreza y de una presunta esclavitud” (Kempff, 2009). Se trataría de una maniobra demagógica ya ensayada en el pasado por dirigentes –todos de izquierdas -, “que, con desmedidas ambiciones de poder como único anhelo, con un insano deseo de perpetuarse, corrompieron con ofrecimientos mentirosos a las multitudes y con dádivas a sus colaboradores”, a los que ahora se habría sumado Morales (Kempff, 2009).

El proceso político conducido por el MAS con el apoyo de los movimientos sociales mayoritariamente indígenas, interpretado desde los prismas del discurso opositor regionalista, sería un intento de imponer una particularidad propia del occidente, al conjunto nacional, y por tanto un proyecto totalitario. La Constitución sería así no un texto de alcance nacional, sino de legitimidad exclusivamente occidental, hecho por el MAS para sus bases, pobres e indígenas, y por tanto fácilmente manipulables. Pamela Fernández, se refiere así a la base social del oficialismo:

“Ese 60 por ciento no vota por convicción o porque crea que realmente Evo Morales es la solución a este país, vota porque tiene... se siente identificado con Evo Morales, porque es igual que ellos, pero gente que ni siquiera es pensante, que ni siquiera sabe porque vota, ¿me entendés?” (Pamela Fernández, entrevista);

y en la misma línea, el Vicepresidente del Comité Pro Intereses de Tarija: “este gobierno actual, aprovecha la pobreza del hombre tarijeño, del hombre libre, coplero, para simplemente tratar de distraer sus ideas con el medio que se llama el “grito estomacal”, el grito de hambre, o el grito de la miseria” (Roberto Fernández Lema, entrevista).

Foto n° 11. Representación de la Constitución Boliviana como papel higiénico, perteneciente exclusivamente al MAS y a los pueblos indígenas, cuya bandera, la wiphala, lleva. Se trata de un intento de “occidentalizar” la constitución, representándola como exclusivamente la de los pueblos indígenas y las regiones altiplánicas, y no la de todo el país.²⁸⁰



Los migrantes provenientes del occidente, por lo general más proclives a las organizaciones sindicales y al MAS son representados entonces, en el discurso regionalista-conservador, como la avanzadilla del Estado andinocéntrico de La Paz. Estos migrantes son tanto más “cuñas del occidente” en el oriente²⁸¹, cuanto menos renuncian a sus costumbres, idioma indígena y, sobretodo, afiliación política y sindical.

Esta operación, a la postre, conecta la demanda autonomista con el racismo frente a los inmigrantes indígenas de las regiones andinas occidentales -conocidos como “collas”- y con la oposición al Gobierno. El avasallamiento sería culpable de llevarse recursos de los departamentos orientales y emplearlos a favor de “Occidente”, al tiempo que introduciría en las pacíficas tierras del oriente conflictos de clase y étnicos foráneos, que no habían existido nunca antes allí, maltratando así estas regiones. Los migrantes del occidente serían responsables de haber llevado a los departamentos orientales “rencores” y enfrentamientos que no existían antes de su llegada. Las contradicciones étnicas o de clase se representan así

²⁸⁰ Fuente: propia. Esta imagen forma parte de un panfleto que miembros de la Unión Juvenil Cruceñista me dieron en su sede el 7/8/2009

²⁸¹ Así fueron descritas, en diferentes conversaciones informales con jóvenes autonomistas de Santa Cruz, poblaciones de la periferia de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra como San Julián o Montero – o incluso el barrio cruceño del Plan 3000-, formadas por migrantes del occidente andino, y bastiones del Movimiento Al Socialismo en el departamento.

como subordinadas a su verdadera causa: la alteridad radical que significa el occidente, y la necesidad de la *Media Luna* de liberarse y gobernarse según sus costumbres e idiosincrasia.

Además de estructurar la política nacional en torno a la frontera “oriente/occidente”, el discurso regionalista-conservador consiguió, al mismo tiempo, en la política intradepartamental, estigmatizar a los opositores –el MAS y los sindicatos, preferentemente, pero también el conjunto de los indígenas oriundos del occidente migrados a la *Media Luna* salvo que hayan abrazado la reivindicación autonómica- como opuestos a los intereses del departamento, enclaves occidentales en la región.

Esta representación allanó el camino para la marginación política de la izquierda en el Oriente y su posterior acoso, que en Santa Cruz incluyó la publicación de listas de “traidores” al departamento, pegadas en la Plaza central “24 de Septiembre”. Helena Argirakis, intelectual cruceña cercana al MAS aunque no militante, describe un proceso que sufrió en carne propia:

“todo aquel que dispute los criterios del Comité Cívico es declarado “traidor”. Se declara a alguien traidor y se lo publica en unas listas a la manera de lo que se hacía en la época de la Colonia. El simbolismo del “traidor” tiene un efecto social y político: consolida y homogeniza el tejido social por medio de la “aceptación” (premiación) a quien consiente la ideología dominante y a su vez, disuade y atemoriza (castiga) a aquel quien se atreva a disentir con el pensamiento dominante” (Argirakis, 2010: 77).

Fotos n° 12 y 13. Articulación de contenidos de racismo contra la migración occidental y de oposición al Gobierno con la demanda autonomista en el discurso regionalista-conservador ²⁸².



Portugal, dirigente barrial del MAS en Santa Cruz de la Sierra, describe este mecanismo político de inclusión/exclusión de la pertenencia a la identidad *camba* de la Media Luna y cruceña de Santa Cruz: tras señalar que el primer apelativo era tradicionalmente aplicado a los peones indígenas de hacienda, en forma despectiva, indica que

“actualmente se han apoderado de ese nombre de *camba* los grandes millonarios ¿no?, los grandes millonarios que los han utilizado a los cambitas como esclavos. Pero el cruceño ya es otro, el cruceño para mi es aquella persona que ha nacido en Santa Cruz, sea mestizo que ha venido del orien.. del occidente y esta en el oriente, y bueno, aquí yo por ejemplo, nacido en Santa Cruz yo me siento cruceño y no *camba*, **pero como por ser negrito, por ser moreno y por ser de repente del MAS como quien dice ser de una política de izquierda, estos señores grandes empresarios de las logias que les llamados ser cambas no comparten la misma identidad con nosotros**, porque...porque siempre nos han dicho que nosotros somos cochinos, indios, somos sucios y ese ha sido un gran problema”²⁸³ (Portugal, entrevista).

Esta operación de enmarcado también subordina las reivindicaciones de los indígenas amazónicos, oriundos del oriente, a la “unidad del departamento” en una representación armónica y homogénea de una *Media Luna* sin conflictos internos y en conflicto exclusivamente con el poder centralista (Assies, 2006; Paredes Mallea, 2008).

²⁸² Fuente: Propia. Pintadas encontradas en Santa Cruz de la Sierra en Enero de 2007 (Izquierda) y Agosto de 2009 (Derecha).

²⁸³ Énfasis añadido.

Para desactivar esta maniobra, el MAS ha apostado por rebajar los contenidos de su discurso que hacen referencia a la redistribución de la riqueza y la propiedad, y a las reivindicaciones indígenas; de alguna forma, el oficialismo ha asumido que en los departamentos orientales del país sólo se pueden construir mayorías asumiendo el liderazgo público de las élites empresariales blancas y aceptando la mediación de las corporaciones regionales. Las últimas elecciones locales y departamentales de abril de 2010 han mostrado claramente el “blanqueamiento” y “moderación ideológica” de los candidatos masistas en el Oriente²⁸⁴ (Do Alto y Stefanoni, 2010; Argirakis, 2010).

Aunque esta dinámica ha erosionado ciertamente el apoyo antes homogéneo a las élites opositoras, ganando para el campo oficialista a importantes representantes empresariales o de las clases medias, la contrapartida ha sido la incorporación de gran parte de las propuestas políticas de la oposición en el programa del oficialismo. Más importante, ha significado además la consolidación de un imaginario según el cual el Oriente es un terreno político distinto donde hay ciertas conformaciones históricas e institucionales que ni el MAS se atreve a alterar, como el latifundio o las cooperativas empresariales regionales. De nuevo la hegemonía se muestra como un proceso contradictorio que implica siempre la incorporación de algunas demandas de los subordinados al programa del grupo dirigente.

Esta es, además, una prueba del éxito relativo de la construcción discursiva del *Pueblo* de la “Media Luna”, como contrahegemonía que hace contrapeso y obliga a negociar a la hegemonía del MAS.

²⁸⁴ Durante el trabajo de campo durante la campaña electoral previa a los comicios presidenciales de diciembre de 2009, pude comprobar hasta qué punto el imaginario espacial proyectado por la oposición ha sido exitoso. En Riberalta, segunda ciudad del departamento del Beni, tuve la oportunidad de conversar durante largo rato con el candidato presentado por el MAS a una circunscripción uninominal local. Se trataba de un chico joven, blanco e hijo de uno de los mayores empresarios agrícolas de la zona. Me contó que en la zona la mayor parte de la gente eran peones agrícolas en las haciendas de explotación de la almendra. Cuando le pregunté si poseían tierra que cultivar cuando terminaba la temporada de la almendra, me respondió que no, pero que ésta zona era muy tranquila, y la mayor parte de los *barraqueros* (latifundistas dedicados a la almendra) proporcionaba a “sus” peones casa y sustento durante los seis meses de inacción, y les dejaba trabajar algunas tierras de la hacienda. Atendiendo al discurso de aquel candidato, que finalmente no fue elegido, el “proceso de cambio” era un movimiento de renovación de las élites e inclusión ciudadana de los indígenas, y, por encima de todo, de modernización estatal. Pocos días después, en un acto en el que se inauguraba una planta de procesamiento de leche en un municipio cocalero de Cochabamba, el oficialismo revestía contenidos muy diferentes: el MAS era fundamentalmente el partido de los sindicatos campesinos, y las razones esgrimidas para apoyar nuevamente al “compañero presidente Evo Morales”, expresadas fundamentalmente en quechua, referían –según me contaban amables traductores- a la justicia social, el reparto de la riqueza y su mano firme contra los “latifundistas” del oriente y “gringos”.

○ Marco de Motivación

El discurso opositor regionalista ha movilizado las identidades construidas en torno a su dicotomización de la cuestión regional, en un conflicto representado como la manifestación de una opresión histórica, el despertar de un “Pueblo” capaz de alcanzar unos objetivos políticos plausibles, que suturarían su dislocación interna y satisfacerían el interés general así definido. En esta operación, la dicotomización del campo político recibe un sentido ideológico a través de la articulación de contenidos en torno a la frontera, que es posteriormente naturalizada como “histórica”. Por último, se presenta un programa alcanzable que solucione el conflicto a favor de la mayoría interpelada.

- **Articulación de contenidos ideológicos en torno a la frontera:**
El oriente liberal, productivo y democrático contra el occidente arcaico, colectivista, pobre y autoritario.

Mediante la articulación en torno a la nominación *Media Luna* el discurso opositor intenta anclar diferentes significantes flotantes –que antes recibían múltiples definiciones según el discurso que los “leyese”- y asociarlos de forma relativamente estable a su imaginario regionalista- conservador. Así, términos como “democracia”, “desarrollo”, “libertad” o “progreso” reciben un sentido político muy determinado por su articulación en torno a la dimensión ganadora regional. La construcción de la identidad de *Media Luna* es tanto más exitosa cuanto más consiga atraer, definir y monopolizar esos significantes flotantes.

En el discurso opositor regionalista, la polarización del campo político no es una decisión arbitraria y contingente, sino el resultado necesario del choque entre dos modelos contradictorios de sociedad. La diferencia entre el altiplano “frío”, de mujeres feas y de indios hostiles²⁸⁵, y el oriente cálido, moderno y desarrollado recibe su confirmación en el hecho

²⁸⁵ Estas referencias fueron constantes durante mi trabajo de campo en los departamentos orientales de Beni, Santa Cruz y el sureño Tarija, donde mis interlocutores en el autonomismo se esforzaron a menudo por transmitirme calidad, preguntándome por el que asumían habría sido un trato rudo por parte de mis entrevistados oficialistas en occidente, donde además. El frío, la altura y la poca amigabilidad y predisposición al gasto y la fiesta de los aymaras de La Paz, se sumaban además para hacer altamente recomendable que me trasladara a vivir a la cálida y hospitalaria Santa Cruz, o Tarija.

migratorio: si los originarios del occidente del país estuviesen tan a gusto en sus tierras, no llevarían décadas migrando a Santa Cruz y, en menor medida, otros departamentos orientales:

“De manera que hay digamos, desde hace unos 80 años el proceso de migración que ha ocurrido interplanetario, en los que se han mezclado colores, texturas, idiomas, todo es parte de ese proceso de la búsqueda permanente por mejorar los estándares de vida de cada uno, pero nadie migra de un lugar a otro donde está bien, siempre migra buscando oportunidades” (Nicolás Rivera, entrevista);

Y también Dabdoub: “el mosaico de culturas que hay aquí en Santa Cruz demuestra perfectamente cuál es el sentimiento amplio que tiene el cruceño que es el de recibir a la gente que viene de otra parte” (Carlos Dabdoub, entrevista).

La condición de receptor de migrantes, de nueva locomotora económica del país y de referente del estrecho mundo del espectáculo y los concursos nacionales de belleza, confirma así en el discurso autonomista la superioridad de Santa Cruz, capital de la Media Luna. Esta prosperidad que mira a Estados Unidos y Europa, se presenta como sólo una parte de aquello alcanzable sin el peso muerto del Estado centralista boliviano y las masas indias del altiplano.

El periódico *La Razón* publicaba el 22 de marzo de 2009 un suplemento titulado “Santa Cruz gesta historias de éxito entre migrantes”, en el que se leían declaraciones de empresarios de procedencia occidental y humilde como la siguiente:

“Se podría decir que, siendo Santa Cruz una especie de “tierra prometida”, todo migrante ha sido exitoso **al haber desarrollado libremente su capacidad productiva**. La exitosa historia productiva de Santa Cruz es la sumatoria de los éxitos individuales de los migrantes [...]”²⁸⁶
(*La Razón*, 22 de marzo de 2009)

Tres páginas más adelante, sin conexión aparente, el periódico opositor reflejaba que “La falta de recursos afecta a las estatizaciones de Chávez”. No es difícil leer en estos ejemplos una contraposición del oriente próspero gracias a las inversiones extranjeras y la libertad de mercado, frente al modelo en el que supuestamente Evo Morales se inspiraría, el estatismo

²⁸⁶Énfasis añadido.

chavista, y su obstaculización del desarrollo.

Óscar Ortiz, expresidente del Senado e importante líder empresarial de Santa Cruz, muestra, al ser entrevistado, la existencia nítida de esa frontera regional y su sentido político:

“Existe conflicto regional en Bolivia porque hay visiones que son mayoritarias en una región contrapuesta a visiones mayoritarias en la otra región. [...] en el occidente del país hoy reside un apoyo popular muy importante la visión del presidente Evo Morales que es la visión de centralismo de Estado socialista que busca concentrar el poder, que sigue el modelo de Chávez pero en el fondo es una visión que rechaza la democracia representativa tal cual la conocemos y usa como pretexto una especie de reivindicación de los derechos indígenas, que están correctos los derechos indígenas, pero en el fondo lo usan como pretexto para imponer un sistema autoritario que concentra todo el poder en el ejecutivo. En el oriente tenemos una visión, por el contrario que busca la descentralización del poder, especialmente a través de los sistemas de autonomía que apuesta a una economía de mercado, que valora muchísimo la propiedad privada y que busca modernizar el país, en integrarse a las corrientes mundiales de economía internacional, de exportaciones, de inversiones” (Óscar Ortiz, entrevista).

Foto n° 14 “Evo trae el comunismo”²⁸⁷.



²⁸⁷ Caricatura de Evo Morales, proyectada durante una conferencia organizada por las Juventudes del Comité Pro Intereses de Tarija el 14/8/2009 en la ciudad de Tarija.

La representación del conflicto regional como un choque entre autonomía y democracia, de un lado, y centralismo y socialismo, de otro, es un continuo en todos los actores políticos opositores entrevistados:

“el tema que nos divide del Gobierno es que el Gobierno habla de una autonomía centralista, o sea la autonomía pues, simplemente es empírica y es un discurso político. No puede hablar de autonomía un gobierno que quiere centralizar todas las riquezas y el manejo de las riquezas en La Paz, no puede hablar de autonomía un gobierno que no permite el desarrollo creativo del hombre libre, simplemente todo aquel que quiere desarrollarse tiene que ser un empleado del Estado, o sea estamos entrando a un Comunismo o a un Chavismo de manera recalcitrante en Bolivia, y mi temor es que en este discurso del presidente tan mentiroso, tan falso nos trate de confundir, y de que en vez de autonomías, simplemente sea una esclavitud, esclavitud de pensamientos, porque el hombre que no es libre es esclavo. Esa es la diferencia” (Roberto Fernández Lema, entrevista).

La influencia de Hugo Chávez y el Gobierno venezolano, con la Cuba de los Castro como referencia final, sobre Evo Morales, que afloró por primera vez en las protestas de la oposición contra el reglamento de voto en la Asamblea Constituyente en noviembre de 2006, es una constante invocación para sustentar las acusaciones de autoritarismo, hasta el punto de que se repite en la práctica totalidad de las entrevistas a líderes opositores (Carlos Dabdoub, Waldemar Peralta, Nicolás Rivera, Óscar Ortiz, Pamela Fernández, Roberto Fernández Lema, John Cava; entrevistas).

Como muestra, valga esta pegatina en la que la oposición afirmaba implícitamente un proceso de “cubanización” que habría que resistir en las elecciones de diciembre de 2009:

Foto n° 15: “Bolivia no será Cuba Jamás!!”²⁸⁸



El diplomático Ramiro Prudencio Lizón, en un artículo llamado “El regionalismo cruceño”, explica, en primer lugar, que:

“basta nacer o haber vivido algunos años en Santa Cruz y adoptado el acento local, para que se esté plenamente integrado a la “nación camba”. [Por ello] el contraste entre Santa Cruz y la región andina no es cuestión racial sino sólo económica, porque la gran mayoría de su población es mestiza, como en el resto del país. [Y el contenido de este contraste radica en que] la gran mayoría de la población de la zona oriental está consciente de que una política izquierdista y estatista como la actual solo determinará la paralización de la economía nacional, sobretudo en Santa Cruz, porque perjudica la exportación de sus productos, la producción extensiva del agro y la paralización de las grandes industrias petroleras y gasíferas” (Lizón, 2009).

²⁸⁸ Fuente: Propia. Pegatina de propaganda electoral de la candidatura de Manfred Reyes Villa, cogida en Cochabamba en noviembre de 2009.

La demanda autonomista adquiere así significado ideológico al unirse al “modelo de desarrollo de Santa Cruz”, basado en la gran propiedad privada, las exportaciones de materia prima y la inversión extranjera. En consecuencia, el Gobierno, si desea resolver el enfrentamiento regional:

“debe modificar su política respecto a la zona oriental, atendiendo sus necesidades y su anhelo de desarrollo. Porque si continúa con esa malhadada política de estatizar la economía nacional y de mantener una agresiva política frente a las autoridades del oriente, sólo se logrará una mayor división del país, hasta convertir a Bolivia en una nación ingobernable” (Lizón, 2009).

Además, el conflicto por la autonomía es interpretado de manera fundamental como un choque entre aspiraciones democráticas de autogobierno y la negativa de un Gobierno central de tendencia autoritaria. Esta tendencia se explica tanto por una supuesta herencia cultural andina:

“porque aquí hay dos visiones que se cruzan, la visión oriental que parte de la cosmovisión plural de las cosas, de la vida y de todo el espectro que implica todo el conjunto, el correlato social de la pluralidad. Porque nuestra cultura no es monoteísta es politeísta, entonces este es un elemento sociológico básico. En el otro lado, hay una cosmovisión monoteísta de la vida, por eso es que el Inca era el dios Sol, no había nada después de él, entonces hay unidireccionalidad de la construcción. Entonces, por tanto, la acusación de racistas, de separatistas, todas las “-istas” posibles, obedecen a ese principio autoritario que conlleva esta visión, pero además está cruzado ahí con que hay unas lógicas con las que se ha articulado el poder en el país, el Estado desde su nacimiento en Bolivia si bien se declaró liberal en términos de la República, pero desde el punto de vista político se declaró liberal, pero en la práctica se organizó el Estado en contra de sus derechos básicos, contra las regiones y contra su gente” (Nicolás Rivera, entrevista);

Como por las consecuencias lógicas de los postulados socialistas que orientan al oficialismo:

“suena incongruente que un gobierno que lo ha dicho que manera pública, que quiere recuperar el “capitalismo de Estado” y que se han declarado también de manera pública en voz del presidente de la República, de constituir un Estado socialista, comunista pueda tener relación con un proceso que descentraliza o desconcentra el poder que es la autonomía” (Carlos Dabdoub, entrevista).

Autonomía es un reclamo así vinculado a “descentralización”, “respeto a las minorías”, “desarrollo”, “libertad” y “democracia”. En el *Cabildo del Millón*, el Prefecto Rubén Costas declaraba que “hoy la lucha por la libertad se llama “Autonomía” (*El Deber*, 15 de diciembre de 2007). Roberto Fernández Lema, Vicepresidente del Comité cívico de Tarija, inauguraba su entrevista con un “¡Bienvenido a Tarija capital de la autonomía y de la libertad, de la gente libre!” (Roberto Fernández Lema, entrevista).

Los Prefectos de la Media Luna, en su máximo nivel de proyección nacional, se agruparon en el Consejo Nacional democrático (CONALDE) en 2007. Desde entonces, todos sus llamados han sido por la defensa de la democracia y el Estado de derecho. John Cava hablaba así de esta estructura de coordinación de la oposición regionalista:

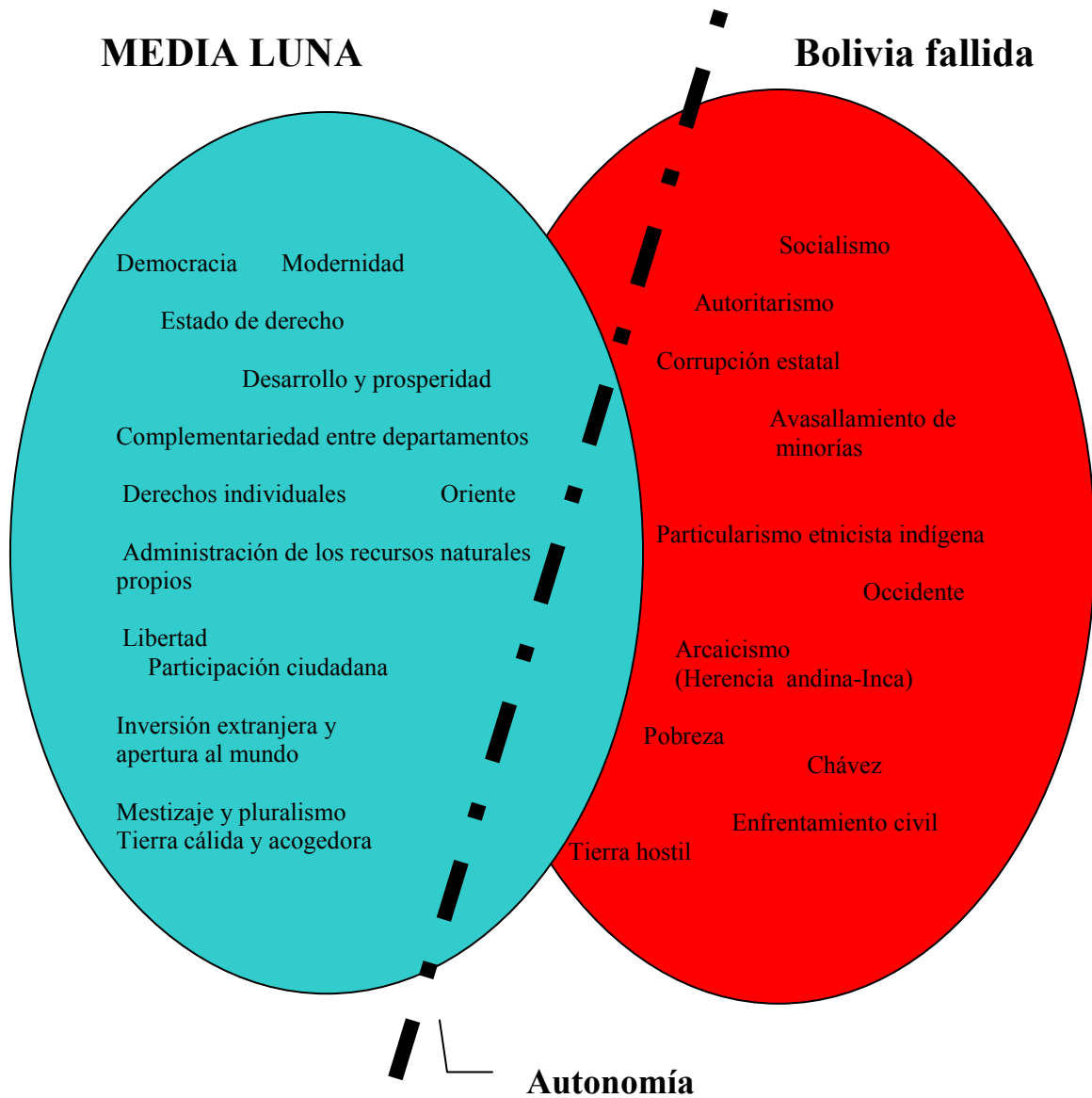
“hace un año y medio atrás, hemos logrado constituir el llamado: “CONALDE”, el Consejo Nacional Democrático, junto a prefectos y cívicos de seis departamentos, hablo de hace un año y medio atrás, donde éramos una estructura fuerte de defensa de la democracia, por tantas arbitrariedades del actual gobierno que venía ejerciendo al interior de la Asamblea Constituyente o fuera de ella en su forma de gobernar, como lo sigue teniendo ahora”²⁸⁹ (John Cava, entrevista).

Pamela Fernández declaraba que el Gobierno de Morales, se deslizaba hacia la dictadura por su escaso respeto por el Estado de derecho, en una crítica de nuevo central en el discurso opositor:

“[Es un] Gobierno abusivo, ilegal, el propio Presidente de la República en un discurso, y eso hay grabaciones, ha dicho que para él todo era legal porque lo que no era legal para eso estaban sus abogados, para convertirlo legal lo que no era legal, imagínate por quien estamos siendo conducidos, digamos, el tipo de Presidente que tenemos” (Pamela Fernández, entrevista).

²⁸⁹ Entre estos atropellos, John Cava hacía especial énfasis en la existencia *de una persecución política de hace más de dos años hacia nosotros, hacia varios líderes en el país del actual gobierno con los que no comulgamos con lo que ellos piensan* (John Cava, entrevista) En el momento de conceder la entrevista, en julio de 2009, John Cava estaba requerido por la justicia en La Paz por su presunta participación en los linchamientos a campesinos en la ciudad de sucre en el año 2007.

Figura N° 21. Articulación binaria de significantes flotantes en la identidad política regionalista-conservadora²⁹⁰.



²⁹⁰ Fuente: Elaboración propia.

- **Reconstrucción mítica del “nosotros”:** *Santa Cruz autónoma de facto, de herencia mestiza española-guaraní, tierra de acogida donde todos quieren quedarse.*

La historia de Bolivia es reinterpretada a la luz del conflicto regional presente, de tal manera que resulta la historia de una relación siempre conflictiva entre las regiones periféricas al macizo andino (Carlos Mesa, entrevista). Como si de una historia de amor se tratase, la historia de las regiones orientales resulta la de un amante desatendido, que no ha recibido apenas contrapartidas por su lealtad durante más siglo y medio de vida republicana. Las sublevaciones indígenas o populares en las regiones orientales son seleccionadas como manifestaciones de la secularidad de las ansias de libertad de las regiones orientales, al mismo tiempo que ignorados sus contenidos igualitaristas y antielitistas:

“Santa Cruz desde el año 1876 a través de don Andrés Ibáñez propuso la organización de Bolivia, desde el punto de vista político administrativo y territorial como una entidad federal. 50 años después de la fundación de la República desde Santa Cruz ya se le ha propuesto ¿no es cierto?, una visión distinta de cómo organizarnos [...] para nosotros este recorrido histórico ha ido digamos in crescendo. El año 1904 la sociedad de altos estudios geográficos de Bolivia, propuso un modelo de integración a través de la vertebración caminera, y se pedía entre otras cosas, como forma de expresión de esa vertebración caminera, la construcción de un ferrocarril desde el occidente hasta Santa Cruz, con la finalidad de integrar parte del territorio cruceño, que en ese tiempo era Vallegrande no es cierto, porque pasaba por Mataral una provincia cruceña y llegaría hasta el centro de Santa Cruz. Así han ido dándose una serie de elementos, **pero lo que quiero mostrar con esto, es que hay un continuum de reivindicaciones histórico-concretas en todos los tiempos**, que Santa Cruz le ha ido planteando al pueblo boliviano una manera de relacionamiento con el Estado que permita obviamente la construcción y la participación de todos los bolivianos, respetando su propia idiosincrasia, su cualidad geográfica y su identidad cultural”²⁹¹ (Nicolás Rivera, entrevista).

Así, por ejemplo, todos los dirigentes cívicos tarijeños entrevistados manifestaron que su departamento había sido maltratado por “líderes provenientes del occidente” pese a que era la única región de Bolivia que había decidido libremente su integración nacional:

²⁹¹ Énfasis añadido.

“Tarija es el único departamento de Bolivia que es parte de Bolivia por decisión propia, nosotros hemos escogido en cabildo, en cinco cabildos ser parte de Bolivia. Y no ha sido la Argentina, nosotros hemos figurado dentro de las actas de las provincias del río de la Plata con representantes, el libertador Simón Bolívar quería que nosotros seamos parte de la Argentina, y nosotros con un espíritu de compromiso con el Alto Perú luego Bolivia, hemos decidido ser de Bolivia” (Waldemar Peralta, entrevista).

También Diego Ávila, Secretario de Autonomía de la Prefectura: “Tarija es una de las regiones que, luego de muchísima discusión interna entre si se pertenecía, para nosotros originalmente pertenecíamos a la gobernación del Río de la Plata, se toma la decisión de ser parte de Bolivia” (Diego Ávila, entrevista).

Esta “antigüedad” del sentimiento regionalista y las demandas autonómicas es una constante en las entrevistas con los actores políticos vinculados a prefecturas, comités cívicos o partidos opositores regionalizados. Así lo expresaba Óscar Ortiz, al justificar la demanda de autonomía en su naturalización como reclamación histórica, vehiculada además a través del Comité Cívico:

“sectores institucionales de Santa Cruz aglutinados alrededor del Comité Pro Santa Cruz que, ya en los años ochenta [plantan la autonomía], esto es una demanda más que secular ¿No? ósea, Santa Cruz hace más de ciento veinte años viene peleando por federalismo, por descentralización, por autonomía” (Óscar Ortiz, entrevista).

En la sede del Comité Pro Santa Cruz conseguí una novela, que me aseguraron estaba escrita a mediados de la década de los años sesenta, que narraba como una gesta heroica la huida a la jungla de las milicias falangistas y del comité cívico ante la llegada de tropas enviadas por el Gobierno nacional la agitación regional por la renta petrolera (Mercado Chávez, 1960s). Constituye una valiosísima fuente de información sobre el discurso de “la cruceñidad” y su conformación histórica. Se trata de una obra de prosa barroca cargada de elogios para los “muchachos cruceños” y árida y despectiva para describir a las tropas gubernamentales como “elementos andinos”. En el comentario final de la edición realizada por el Comité Pro Santa Cruz, se podía leer:

“Han pasado cuarenta años de las épicas jornadas cívicas, que llevaron adelante la aplicación de la tan manoseada Ley de Regalías. Quieras que no, este episodio protagonizado por esa muchachada cambió el rumbo de la historia y fue el inicio del Santa Cruz de hoy. Creo que es hora de que a estos valientes se les brinde el homenaje que se merecen, porque gracias a su arrojo y determinación se logró un cambio en nuestro común destino, consiguiéndose formar la cruceñidad fuerte y sólida que hoy disfrutamos” (Mercado Chávez, 1960s: 113).

También Waldemar Peralta, Presidente de las Juventudes y Vicepresidente del Comité Pro Intereses de Tarija:

“para nosotros la autonomía es la siguiente, es la acumulación de diferentes sentimientos que nació en nosotros en base de lo que ha sido la postergación de un gobierno centralista, el cual por 180 años no ha sabido responder a los problemas de la gente” (Waldemar Peralta, entrevista);

Diego Ávila, cuando señala que la “cuestión regional”

“ha estado presente en toda la historia del país ¿No? [Siendo] un tema pendiente, fue un tema permanente de la discusión del país, hubieron varios momentos que estuvo a punto de lograrse esta... este anhelo popular y ahora se concretiza después de muchísimo tiempo muchas idas y venidas en lo que fue, bueno, la disputa política por el Estado central y las regiones” (Diego Ávila, entrevista);

o Roberto Ruíz Bass-Werner, senador opositor por el departamento de Tarija:

“los departamentos de la periferia de Bolivia, entre ellos Tarija, que es el que represento, vienen desarrollando una lucha muy larga por la atención, ¿digamos, no? y reconocimiento de parte del Estado boliviano al cual se lo siente lejano, la presencia más bien asfixiante en el sentido de impedir desarrollos locales con iniciativas propias, pero al mismo tiempo, no hacer nada por promover el desarrollo ni liderar, digamos, unas actividades en nuestras regiones, entonces digamos que es una lucha muy antigua, es una lucha por un derecho al reconocimiento ¿No? Esto, yo diría que está en el imaginario colectivo de los tarijeños” (Roberto Ruíz Bass-Werner, entrevista).

Como un amante celoso, el Estado centralista comienza a reclamar fidelidad a los departamentos orientales cuando éstos, en auge económico y político, empiezan a reclamar autonomía para solucionar sus propios problemas, demostrada la incapacidad o falta de voluntad de “La Paz”.

En el momento actual, la demanda autonomista expresa el planteamiento al Estado central de la disyuntiva entre reconocer sus particularidades, elevadas a elementos definitorios centrales, o dejarlos autogobernarse plenamente.

Frente a la “creación de odios y rencores” emanada por el oficialismo y los movimientos sociales, la *Media Luna*, aparece como un lugar esencialmente mestizo, en el que la etnia no era un motivo de enfrentamiento hasta la politización interesada que el MAS hizo de ella, inaugurando una nueva modalidad de racismo, esta vez indianista: A eso hace referencia Reyes Villa, candidato opositor en diciembre de 2009 cuando dice que: “El racismo no es exclusivamente blancoide. Toda ideología o práctica que exalte las virtudes de algún grupo humano y le considere superior con respecto de otros, asume una postura racista” (Reyes Villa, Cuestionario... : 6) Frente al racismo indígena, la *Media Luna* se ofrece acogedora y mestiza, adjetivo igualado a incluyente y no esencialista.

Nicolás Rivera, Vicepresidente y uno de los principales ideólogos del Comité Pro Santa Cruz, hablaba al ser entrevistado de un *habitus* regional tolerante y humanista, fruto del mestizaje que caracterizaría las tierras orientales de Bolivia:

“[Se trata de una] autoidentificación plural, no es el cuestionamiento entre comillas al *kolla* o al *camba*, porque el mestizaje global del mundo latinoamericano tiene que ver con esa construcción histórica. [...] nosotros hemos pasado de la autoidentificación de lo *camba*, hemos pasado a la autoidentificación de cruceños, porque lo cruceño es lo que nos universaliza ¿no?, porque lo cruceño es la aceptación de este mestizaje, que es absolutamente incontrastable. Nosotros somos producto de eso. Nosotros convivimos con todos, aquí en Santa Cruz como en todas partes del mundo hay españoles, hay alemanes, croatas, eslavos, judíos, palestinos; entonces somos parte de ese torrente universal, que se ha ido generando con las migraciones constantes” (Nicolás Rivera, entrevista).

Este “mestizaje” de la *Media Luna* está conectado con su mayor desarrollo y apertura al mundo. En esa medida es reivindicada con orgullo la herencia española frente al

“revanchismo” del indigenismo oficialista. Con clara voluntad de mostrarle su simpatía al entrevistador español, el Vicepresidente del Comité Pro Intereses de Tarija, afirmaba:

“rogar a Dios que estos intercambios entre nuestras dos culturas de habla hispana sean de la manera más consecuente posible, para que logremos de una vez por todas acabar ese mito de España que invadió o de que Bolivia está dolida, o de que Cristóbal Colon vino a robarnos los huevos de la gallina de oro. Simplemente comenzar a hablar de países que hablamos una misma lengua, y muy ligados a una misma cultura, porque nosotros hemos sido colonizados y educados por parte de la gente española culturizada, también decir de aquellos españoles que vinieron saliendo de las cárceles y que también dejaron su semilla, y lo que llamo el problema de la mentalidad alto-peruana, que no nos deja desarrollar, siempre tenemos que recordar 500 años de esclavitud, y no pensamos en 500 años al futuro cómo vamos a lograr vivir 500 años después de hermandad con los países europeos” (Roberto Fernández Lema, entrevista).

El mestizaje se convierte entonces en una minimización de las diferencias étnicas –y de la producción de subalternidad siguiendo líneas étnicas- y en una celebración de la herencia europea como aportación civilizatoria:

“pero yo creo en una sola raza, que se llama la raza latino-indoamericana, la raza que nos une tanto al pueblo español, como a los pueblos colonizados por España. Una raza donde ya no haya odio, donde no haya división, donde nos olvidemos de los famosos 500 años de opresión, porque podemos hablar de eso, pero nadie habla también del adelanto que trajo la colonia española a Bolivia” (Roberto Fernández Lema, entrevista).

En agosto de 2009 se produjo una polémica entre el Gobierno nacional y la Prefectura de Santa Cruz, cuando Evo Morales propuso modificar del Himno cruceño la estrofa que reza: “La España grandiosa con hado benigno” por considerarla una manifestación del colonialismo. Inmediatamente las instituciones del departamento y el Comité Cívico respondieron haciendo bandera del himno como fiel representación de la historia cruceña y del carácter abierto y no revanchista de los cruceños, orgullosos de su herencia colonial. Una pancarta hecha con la bandera del departamento, colgada de un edificio de la prefectura, lo reivindicaba en la emblemática y céntrica plaza 24 de septiembre:

Foto n° 16 “Siempre libres cruceños, seamos” y “Nuestro himno es sagrado”²⁹²



Los líderes autonómicos declaran haberse visto arrastrados a su pesar a la política, por el maltrato continuado a su tierra y sus gentes. En el fondo, y en contraste con el discurso oficialista, hay una concepción negativa de la política y no sólo de los políticos tradicionales, que en muchos casos militan hoy en las filas del autonomismo regionalista en oriente, mientras que en occidente, sin tablas de salvación, han desaparecido de la escena pública. Para los intelectuales y líderes autonomistas, la situación ideal es la del restablecimiento de las condiciones para poder abandonar la vida pública y dedicarse a sus profesiones y/o empresas. Para el bloque oficialista, por el contrario, la política es un medio de mejorar la vida de los grupos subalternos, representada como mala, de “servir al pueblo”.

La identidad popular regionalista, el “pueblo de la Media Luna” aparece así, en el discurso autonomista, como la actualización y entrada en política de un sujeto preexistente. Pese a que el nombre “Media Luna” no fuese conocido hasta comienzos del siglo XXI, los episodios fragmentados de manifestación regionalista son reconstruidos en una narrativa unitaria que los explica como las primeras expresiones de un sujeto colectivo hoy en marcha: la comunidad de los habitantes del oriente y sur del país en su lucha frente al avasallamiento y desprecio del gobierno central, y por el desarrollo y la democracia.

²⁹² Fuente: Propia. Fotografía tomada el 17/8/2009 en Santa Cruz de la Sierra.

- **Propuesta de solución alcanzable:** *Si los departamentos fuesen autónomos serían más ricos y repartirían más, y estarían a salvo de los enfrentamientos (de clases, de etnias) que promueve el MAS en Occidente. Al mismo tiempo, este es el camino de la democracia y el desarrollo para todo el país.*

La identidad popular *camba* movilizadora no encuentra una expresión política única²⁹³ y coherente hasta la confrontación hegemónica con el Gobierno del MAS.

La articulación de las diferentes instituciones cívicas, organizaciones corporativas empresariales, prefecturas departamentales y partidos políticos autonomistas se produjo, sólo parcialmente, en el enfrentamiento con el Gobierno central, bajo el significativo nombre de CONALDE –Consejo Nacional Democrático- en la ya explicada ligazón de autonomía y democracia frente a centralismo y autoritarismo.

De sus publicaciones, y en boca de quienes han sido sus intelectuales y operadores políticos, se pueden obtener los principios generales que formalmente orientaban el movimiento, pensado como “proyecto nacional” por la democracia y el desarrollo.

Carlos Dabdoub enfatizaba la dimensión nacional de la demanda autonómica, y su relación con el modelo de Estado alternativo al del MAS:

“hay algo que no lo aclaré, pero este es un proceso, perdón, este es un proyecto cruceño, pero hoy es un proyecto nacional, siempre lo planteamos nosotros para todo el país; y: la autonomía que nosotros planteamos es una autonomía que se debe desarrollar dentro de un Estado social democrático y de derecho, no dentro de un Estado comunitario socialista como plantea el MAS” (Carlos Dabdoub, entrevista).

Sin embargo, este proyecto, que en gran medida recibía sus contenidos políticos de la oposición a la hegemonía nacional-popular indígena del oficialismo, distaba mucho de ser “nacional” más que como resistencia regionalizada. Mientras las élites departamentales sí

²⁹³ Existen ejemplos de un intento de subversión de los contenidos asociados a esta identidad, y rearticulación en un sentido socialista pero son extremadamente minoritarios, casi anecdóticos. Un síntoma evidente y paradójico de ello es el libro: *Nación *camba* popular o crítica a la nación *camba* patronal* de Mario Ivan Paredes Mallea (2008), que en una paradoja muy reveladora está editado en La Paz.

tenían un programa de desarrollo político y económico para la *Media Luna*, o al menos para sus respectivos departamentos, la capacidad de interpelación para la población –mayoritaria– del Occidente se reducía a su papel de oposición capaz de hacer contrapeso o incluso colapso al Gobierno del MAS. Marcelo Ugalde, empresario paceño y militante opositor, expresaba su apoyo a las élites regionalistas sólo en clave de oposición común al MAS en tanto que defensa de la democracia y el Estado de derecho, y necesidad de institucionalidad que limitase su poder tendencialmente autoritario: “están los comités cívicos de Santa Cruz, que son quienes abanderan la lucha autonómica eh y son donde la gente decente y sensata de este país que les importa el Estado de derecho y la democracia ponemos nuestras esperanzas” (Marcelo Ugalde, entrevista).

Sin embargo, su falta de concreción política, y su práctica fragmentaria en el choque y las negociaciones con el Gobierno, debilitaron la proyección nacional del bloque opositor regionalista. Esta condición dividida y fragmentaria, hasta cierto punto localista, fue sin duda un factor determinante en la derrota del autonomismo conservador, cuyo frente nacional contra Evo apenas pasó en su mejor momento de una asociación de gobernadores territoriales en defensa de su poder local, y con poca capacidad de interpelación fuera de sus regiones²⁹⁴.

El proyecto político común identificable descansa en una afirmación que es la piedra angular del regionalismo conservador: El centralismo es una rémora para la democracia y el desarrollo económico, y las regiones orientales sólo pueden ganar con su autonomización del Gobierno de “La Paz”.

Si los departamentos no estuviesen sometidos a la tutela del Estado central, tendrían más dinero y esa riqueza repercutiría también en las capas más empobrecidas de los mismos: “el Gobierno pretende desde La Paz dirigir toda la economía hidrocarburífera, o sea de qué sirve que el departamento de Tarija sea rico en hidrocarburos, si es el Gobierno el que quiere centralizar” (Roberto Fernández Lema).

Además, desconectados de la Bolivia andina, los departamentos orientales volverían a ser comunidades pacíficas y armónicas. La autonomía no sólo significaría prosperidad y libertad,

²⁹⁴ En las entrevistas realizadas en Tarija y Santa Cruz, la mayor parte de los dirigentes cívicos se movían en una ambivalencia entre la defensa de la autonomía como proyecto nacional emanado de la *Media Luna*, y la reivindicación de las particularidades de su departamento, verdadero impulsor de la autonomía.

sino que, de manera fundamental, suturaría las divisiones al interior de las comunidades políticas nacional y departamentales.

En la escala nacional, como ya se ha visto, la autonomía permitiría un régimen de “un país dos sistemas” que favoreciese el libre desarrollo de las capacidades productivas del oriente, y no impusiese visiones mayoritarias en la parte andina a todo el país. En la escala departamental, el autogobierno y el fin de las intromisiones desde “La Paz” significarían el fin de las divisiones inducidas, artificiales al cuerpo social *camba*.

Esto es así porque el Gobierno nacional, como estrategia para acumular poder, ha fomentado odios fratricidas al interior de una comunidad nacional boliviana que nunca estuvo dividida. Así rezaba un panfleto de la candidatura del bloque opositor regionalista Plan Progreso para Bolivia (PPB) firmado por Leopoldo Fernández, exprefecto opositor de Pando –encarcelado durante los comicios presidenciales de diciembre de 2009 por su presunta implicación en la “Masacre del Porvenir”:

“[...] durante los últimos años hemos visto crecer las diferencias en Bolivia, alimentadas por la necesidad egoísta de conservar el poder [...] Hemos sido testigos de una **inútil polarización entre cambas y collas, entre pobres y ricos, entre “blancos” e “indios”, entre ciudadanos y campesinos. Hemos visto cómo este gobierno ha acentuado las diferencias** y nos ha colocado en el borde mismo de la confrontación entre hermanos” (PPB, 2009)²⁹⁵.

El afán revanchista del Gobierno habría provocado la confrontación civil en una suerte de “racismo a la inversa”:

“siendo él [el presidente del Gobierno Evo Morales] un indígena, está usando a su gente indígena para un proyecto totalitario de gobierno, donde está dividiendo el blanco, el mestizo y el indio. Y él no se da cuenta que en mis venas también corre sangre indígena, que quizás sea un poco más blanco que él, un poco más ojoso, o quizás sea un poco más bonito que él; pero eso no significa que sea diferente a él, soy un ser humano igual que él, y él es un ser humano igual que vos, igual que yo, que Dios de le dio la oportunidad de gobernar un país para unir, no para dividir. Y **nunca voy a estar de acuerdo con esas ideas divisionistas, de que los indígenas tienen que ser ahora ciudadanos de primera y nosotros de segunda**, o nosotros ser de primera y ellos de segunda, nunca. Gobernemos un país donde todos seamos ciudadanos

²⁹⁵ Énfasis propio.

por igual y que simplemente la capacidad intelectual y mental sea la que decida, quién es superior a quién. Y quién se preocupa por superarse pues tendrá que dirigir el país, y quienes quieren quedarse, que te puedo decir, en la ignorancia, o en la idolatría de líderes, tienen que ser gobernados”²⁹⁶ (Roberto Fernández Lema, entrevista).

Es altamente significativo que, mientras todos los entrevistados pertenecientes al MAS o a los movimientos sociales afines se referían al nuevo marco jurídico-constitucional como “Estado Plurinacional de Bolivia”, todos los opositores entrevistados se negaban a usar esa expresión y seguían vinculando el término “República” a la unidad nacional y el Estado de derecho, supuestamente amenazados por el etnicismo indígena del Gobierno. Como se ha visto, para los líderes autonomistas el “Estado Plurinacional” se corresponde además con una voluntad de polarización y dispersión del poder que impida, de facto, un contrapeso institucional –la autonomía departamental- que limite el del ejecutivo.

La demanda autonómica se vincula así a un horizonte de solución de los conflictos que dividen Bolivia, y de armonía en la comunidad política, polarizada por el Gobierno. Preguntada por el significado del proyecto político autonomista, Pamela Fernández remitía en primer lugar a la superación del enfrentamiento entre bolivianos:

“Bueno, primero que nada yo creo, el país que queremos ahorita, es de que primero deje de haber conflictos ¿no?, que volvamos a unirnos entre bolivianos, yo creo que es el primer punto que lo deberíamos entender todos los bolivianos, yo siempre utilizo una frase que no debería haber un solo boliviano responsable que hoy en día no se sacuda con todo lo que estamos viviendo, con toda esta desunión, con toda esta intolerancia, vivimos constantemente enfrentados, para mí es primordial que volvamos a aceptarnos entre bolivianos” (Pamela Fernández, entrevista).

Y prosigue conectando esta recuperación de la unidad al derecho a la autoadministración de los recursos por cada departamento:

“Y bueno, el país que pretendemos es que la regiones puedan ir desarrollándose, puedan ir creciendo eh.. separadamente, me entendés, o sea que no se siga dependiendo de un gobierno central, sino que cada departamento tenga sus propios recursos y pueda, además, administrar

²⁹⁶ Énfasis propio.

sus propios recursos, y yo creo que hay ejemplos grandes, de países que han llegado a desarrollarse mediante... mediante las autonomías departamentales, mediante las autonomías de cada Estado, como se llama en otros países” (Pamela Fernández, entrevista)

El programa de transformaciones propuesto, y plasmado en los estatutos de autonomía aprobado por las Prefecturas y Comités Cívicos departamentales tras su consulta a la población en referendos ilegales, se basa en una pugna por las competencias con el Estado central, reclamando las mayores posibles para el ámbito territorial.

El carácter de la comunidad política territorializada sobre el territorio de la *Media Luna* y la pertenencia étnica *camba*, recibe su contenido ideológico por la oposición al nacionalismo izquierdista e indígena del Movimiento Al Socialismo, por el carácter corporativo del liderazgo de las élites departamentales²⁹⁷, y por su confianza en la primacía de la propiedad privada y la inversión extranjera como motores de desarrollo.

Esta es, en lo fundamental, su propuesta nacional alternativa al Gobierno del MAS. Óscar Ortiz, uno de los principales políticos del bloque regionalista-conservador, la explicita con nitidez:

“la demanda autonómica quiere un país descentralizado basado en una sistema de democracia representativa, en un sistema de un Estado constitucional y democrático de derecho, en una economía mixta donde el Estado tiene una participación en la economía pero que permite el desarrollo productivo basado en la iniciativa de la propiedad privada y que se integra a las corrientes internacionales de comercio, inversiones, de comercio e inversiones frente a una visión aislacionista que cierra las relaciones internacionales del país en el club de Chávez, que vuelve a un estatismo generalizado, que concentra nuevamente los recursos y las competencias” (Óscar Ortiz, entrevista).

²⁹⁷ A este respecto es significativa la asunción inmediata que los intelectuales o dirigentes políticos identificados dentro del discurso “regionalizar-conservador” realizan entre sus departamentos y el liderazgo de las élites. Como ejemplo, baste citar, en la entrevista Carlos Dabdoub, que para negar que la demanda autonomista fuese “separatista”, afirmó que eso siempre estuvo fuera de la voluntad de los cruceños, identificada de forma a penas disimulada con la voluntad de sus “líderes”: “el planteamiento que siempre tuvo Santa Cruz, por lo menos los líderes de Santa Cruz” (Carlos Dabdoub, entrevista); una anécdota similar sucedía en la entrevista con Pamela Fernández, que terminaba por confirmar lo asentado de esta idea de liderazgo regional corporativo. Al hablar de que la identidad regional y la demanda autonomista en torno a la cual se politizaba eran un fenómeno amplio e interclasista, Fernández indicaba que “es un sentimiento que no solo es parte de los líderes, de las personas que liderizan [sic.] estos departamentos” (Pamela Fernández, entrevista), dando por evidente que había personas que lideran los departamentos como cuerpos políticos orgánicos.

También Nicolás Rivera, vicepresidente del Comité Pro Santa Cruz:

“la propuesta de las autonomías es una propuesta naturalmente para el conjunto del país, no es una propuesta para Santa Cruz, sino es un propuesta para el país, y por qué entendemos que es una propuesta para el país, porque lo que estamos planteando es una nueva forma de relacionamiento de las regiones con el Estado nacional. Y eso es a raíz de qué, a raíz de que entendemos que cada uno de los espacios geográficos, culturales y sociales bolivianos, tienen procesos absolutamente diferenciados de construcción, sociológicamente hablando, de manera que eso nos da la pauta para tener absolutamente claro que liberando las fuerzas productivas de cada una de las regiones [...] nosotros estamos planteando la profundización de la democracia boliviana, a partir del desarrollo plural del Estado Republicano, en que la ciudadanía es el punto de partida y de llegada de todo el proceso de construcción política en Bolivia” (Nicolás Rivera, entrevista).

Frente a su propuesta basada en la ciudadanía, prosigue Rivera, el MAS descansaría su proyecto nacional en un indigenismo etnicista autoritario. La inviabilidad del reconocimiento de treinta y seis naciones revela que se trata de un acto formal que busca encubrir una voluntad centralista, que limite la participación ciudadana a favor de la concentración de poder político:

“Entonces eso demuestra que lo que se busca no es obviamente la participación de la gente, lo que se busca es la concentración en un solo epicentro del poder que es obviamente en la figura presidencial, y aquí se auto impone el tema de la verdad de Estado, entonces, en la que es el presidente la medida de todos los tiempos, la medida de todas la cosas. [...] sólo en los Estados autoritarios, autocráticos, verticales es donde se establecen este tipo de modelos de desarrollo. Estamos hablando en la versión más drástica que son las estalinistas” (Nicolás Rivera, entrevista).

El “modelo Santa Cruz” –extendido a toda la *Media Luna* oriental- se convierte en la cristalización ideológica del sentido de la demanda autonómica, un verdadero proyecto nacional que le propone al conjunto de Bolivia seguir el patrón que ha convertido a Santa Cruz en la locomotora económica del país: respeto a la propiedad privada, fomento de la inversión extranjera, democracia mediada por el corporativismo empresarial e integración

subordinada de los grupos empobrecidos con la promesa del ascenso social individual gracias a las estructuras clientelares y el mérito y el esfuerzo personal: el “emprededurismo” como paradigma de la cruceñidad, al que Carlos Dabdoub hacía mención en su entrevista.

En esa medida debe entenderse el discurso opositor o *regionalista-conservador* no sólo como una demanda específica de descentralización, pero tampoco como un mero repliegue defensivo de las élites tradicionales del país hacia instituciones subnacionales: se trata de la construcción de una identidad regional como modelo contrahegemónico de país. Este ha sido el único discurso capaz de enfrentar el “sentido común” nacional-popular indígena en expansión.

Figura 22. Tabla comparativa de las operaciones de enmarcado en los dos discursos principales en el primer Gobierno del MAS (2006-2009)²⁹⁸

	Discurso Oficialista <i>Nacional-popular indígena</i>	Discurso Opositor <i>Regionalista-conservador</i>
Marco de diagnóstico	<p>Problema Pobreza y exclusión</p> <p>Injusticia Estado colonial y oligárquico</p>	<p>Problema Atraso y desatención de las regiones orientales</p> <p>Injusticia Estado centralista e inhibidor del desarrollo</p>
Marco de Pronóstico	<p>Dimensión Ganadora Etnoeconómica: los plebeyos</p> <p>Trazado de Frontera Pobres e indígenas/ élites tradicionales</p> <p>Nominación El <i>Pueblo</i> plebeyo e indígena de Bolivia</p>	<p>Dimensión Ganadora Pertenencia regional</p> <p>Trazado de Frontera Estado andinocéntrico/ desarrollo regional <i>Cambas/collas</i></p> <p>Nominación La <i>Media Luna</i></p>
Marco de Motivación	<p>Ideologización de la frontera Pueblo- Justicia-Dignidad Oligarquía-Racismo-Separatismo</p> <p>Reconstrucción histórica El Estado boliviano ha sido siempre un “Estado aparente” sin correspondencia con su sociedad, mayoritariamente indígena y explotada.</p> <p>Programa político Estado soberano y desarrollista- Estado plurinacional y descolonial- Estado autónomico</p>	<p>Ideologización de la frontera Autonomía-Desarrollo-Democracia Centralismo- Atraso- Comunismo</p> <p>Reconstrucción histórica La historia de Bolivia es la historia de la lucha de las regiones por su atención y autonomía</p> <p>Programa político Autonomía, respeto a la propiedad e incentivos a la inversión extranjera</p>

²⁹⁸ Fuente: Elaboración propia.

Capítulo 12

La lucha discursiva en el conflicto regional

12.1 La demanda autonómica y los discursos en pugna

Los dos discursos descritos habían crecido casi en paralelo durante la crisis del neoliberalismo y crisis general del Estado boliviano. El primero, aquí descrito como *nacional-popular indígena*, construyendo una dicotomización del campo social entre los sectores subalternos y las élites tradicionales, que acabó por hacerse hegemónico al conseguir que los excluidos encarnasen el interés nacional general. El segundo, *regionalista-conservador*, constituyendo una comunidad de pertenencia a los departamentos orientales frente al Estado central, y de desconexión de la dinámica política nacional, cada vez más marcada por el ascenso de los grupos empobrecidos y sectores indígenas.

El presidente Carlos Mesa (2003-2005) se vio en algunos momentos de su corto y agitado mandato atrapado entre las reivindicaciones de los dos bloques constituidos en torno a los discursos señalados. Atrapado porque la cesión a uno era difícilmente conciliable con la conciliación con el otro, y viceversa. En medio de la descomposición del sistema político que había regido el país desde 1985, y la práctica desaparición de los que fueron sus actores más relevantes, dos proyectos de país cobraban fuerza y polarizaban el conflicto político boliviano. El primero, ya señalado, era de alcance nacional y se basaba en una interpelación a los sectores subalternos; el segundo, estaba territorializado en el oriente del país y realizaba una interpelación interclasista, aunque bajo el liderazgo empresarial local a través de sus instituciones “cívicas”.

La llegada del Movimiento Al Socialismo al gobierno nacional, y sobretodo la apertura del Proceso Constituyente (2006-2009), inauguraron el choque político central entre estos dos bloques. Es importante señalar que ninguno de los dos existía antes de su conformación en los discursos que presidieron, con diferente intensidad, las respuestas a la crisis del Estado. La mejor prueba de esto es que no existe un solo análisis que predijese con antelación a los años

2000 que el campo político boliviano estaría presidido por la pugna entre un gobierno nacional-popular indígena y una élite regional conservadora.

El proceso de reforma constitucional planteado como una refundación estatal consensuada entre las diferentes fuerzas del país, fue el escenario principal de la confrontación entre los dos bloques políticos descritos. En cierta medida, el discurso regionalista fue exitoso al conseguir que el conflicto político se situara en sus términos: como una quiebra en la geografía política del país, la pugna entre dos modelos de país territorializados: Oriente y Occidente.

Como se ha visto en el capítulo 4, durante todo el proceso constituyente la polarización política fue en aumento siguiendo efectivamente la línea de fractura regional. El movimiento autonomista conservador abrió una suerte de “proceso constituyente regional paralelo”, en el que opuso una legitimidad alternativa y una soberanía particular, la de los *pueblos* del oriente que se dotaban de sus propias normas frente al Estado centralista, autoritario e incapaz de cerrar el proceso constituyente nacional. Así, los comités cívicos, organizaciones empresariales y prefecturas se embarcaron en un proceso de desconexión nacional. Santa Cruz, de nuevo, fue la vanguardia de este movimiento constituyente regional.

El 29 de enero de 2008, el Comité Pro Santa Cruz declaraba, en el documento en el que presentaba las más de cincuenta mil firmas recogidas para someter a referéndum ilegal su estatuto de autonomía de carácter federal:

“Como Uds. Saben, el Estado autonómico quiere hacer de Bolivia una gran familia con nueve hijos fuertes, solidarios y unidos entre ellos. Por eso, la autonomía y el Estatuto buscan que en Bolivia todos seamos iguales y todos tengamos las mismas oportunidades. Eso es el Estatuto Autonómico [...]” (Comité Pro Santa Cruz, 2008: 16).

No obstante, esos “nueve hijos” son considerados sujetos de soberanía, en tanto que era el *pueblo cruceño* el que:

“ante el incumplimiento del mandato por la Asamblea Constituyente y dado que el orden jurídico nacional ya reconoció, en virtud del artículo 4 de la Constitución Política del Estado vigente, el derecho del pueblo cruceño a la autonomía departamental, **y de acuerdo con la decisión soberana del Cabildo del Millón de 15 de diciembre de 2006**, Santa Cruz se dotó

de su Estatuto del Departamento Autónomo de Santa Cruz [...] aprobado el 15 de diciembre de 2007, por todos los representantes electos del pueblo cruceño, reunidos en la Asamblea Provisional Autónoma de Santa Cruz”²⁹⁹ (Gobierno Departamental Autónomo de Santa Cruz, 2008: 18).

Este discurso abrió una dinámica en la que las “Asambleas Provisionales” de los departamentos comandados por la oposición, que no habían sido elegidas en ninguna votación, redactaron Estatutos de Autonomía que recababan para las Prefecturas o “Gobiernos Autónomos” competencias económicas y de regímenes de propiedad de la tierra, de seguridad y militares, de telecomunicaciones o de fronteras prácticamente incompatibles con un Estado unitario (Noguera, 2008). La legitimidad para ello derivaba de las movilizaciones organizadas por los comités cívicos, convertidos así en pseudo-instituciones públicas que interpretaban un sentir departamental uniforme por la autonomía que exigía romper con el Gobierno nacional. Los referéndums se celebraron en medio de tensiones y el llamado oficialista a la abstención, y se saldaron con amplias victorias de los autonomistas. Sin embargo, quedaron como disposiciones formales, que las Prefecturas eran incapaces de aplicar sin desmontar la institucionalidad boliviana.

Los referendos revocatorios de agosto de 2008 ratificaron al Presidente Morales y a su Vicepresidente en el poder, ampliando además su base de apoyo en otras regiones. Para las élites departamentales orientales quedaba claro entonces que el camino electoral no aseguraría el colapso del Gobierno. La única salida posible, manteniendo la estrategia de bloqueo, era la subversión de la –ya débil- soberanía estatal en los territorios de la *Media Luna*.

Entre agosto y septiembre de 2008 se desarrolló la máxima expresión del bloqueo político y de un enfrentamiento que remitía a las “dos Bolivias”. Durante aquellas jornadas la soberanía estatal fue suspendida de facto en Santa Cruz y, en menor medida, el resto de regiones orientales del país, en claro desafío al Gobierno. No obstante, la reprobación internacional de la matanza de campesinos oficialistas en el departamento amazónico de Pando, la negativa de las cancillerías regionales a reconocer ninguna salida autoritaria y la pasividad del ejército, que no concurrió a los llamados a un golpe militar, dejaron el levantamiento “cívico-prefectural” aislado frente a la iniciativa de los movimientos sociales y la recuperación de la iniciativa, tras unos días, por el Ejecutivo. Cuando se instaló la mesa de negociaciones para

²⁹⁹ Énfasis añadido.

superar el enfrentamiento y destrabar la constitución, el oficialismo realizó cesiones sustanciosas- por ejemplo prácticamente anulando la reforma del latifundio en oriente- a cambio de inscribir toda la problemática futura en el marco constitucional. Se ha analizado este pasaje en otro lugar (Errejón, 2009).

Una vez destrabado el proceso en el Legislativo para someter el texto constitucional a referéndum, la hegemonía del MAS comenzó a consolidarse, no sin haber renunciado a importantes contenidos por el camino. En adelante, las diferentes demandas políticas, incluidas las nítidamente opositoras, se incluían en el marco institucional de la nueva constitución, nítidamente asociada al “proceso de cambio”. La consigna de “autonomías” fue el caso paradigmático, y la clave de la desarticulación nacional del discurso opositor: la única forma de realizar la descentralización político-administrativa, una vez demostrada la incapacidad de los comités cívicos y prefecturas orientales para imponerlo al margen del gobierno central, era mediante la Constitución. El oficialismo pasó a defender las autonomías, ahora “para todos” como parte del amplio programa de reforma estatal del “proceso de cambio”, unidas por tanto a medidas como la nacionalización de los recursos naturales, la autonomía indígena o la descolonización de las instituciones públicas.

La resolución de la crisis de agosto-septiembre de 2008, la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado en referéndum en enero de 2009 y las elecciones presidenciales y legislativas de diciembre de 2009, son hitos fundamentales que parecen apuntar todos en la misma dirección: hacia la consolidación institucional del nuevo modelo de Estado, autonómico y unitario, y la capacidad indiscutida del MAS para liderarlo, con un discurso de inserción desigual en el territorio boliviano, pero el único con amplia capacidad de interpelación nacional y, sobretodo, el que determina los parámetros de la disputa política.

12.2 La consolidación hegemónica

Las elecciones presidenciales y legislativas del 6 de diciembre de 2009 confirmaron la consolidación de la hegemonía del oficialismo. Evo Morales y Álvaro García Linera fueron reelegidos como Presidente y Vicepresidente respectivamente, el MAS obtuvo más de dos tercios de la representación en el legislativo y con ello la capacidad de gobernar sin ataduras. Pero, casi más importante, el MAS venció en la votación presidencial en algunos departamentos que el discurso opositor regionalista representaba como la *Media Luna* –tales como Tarija, Chuquisaca que en algún momento tuvo Prefecta opositora, y en un empate virtual en Pando. Además, el partido de Morales consiguió buenos resultados en las ciudades de oriente, como Santa Cruz de la Sierra o Trinidad. En el occidente, por su parte, alcanzaba resultados de hasta el 80%³⁰⁰.

Las elecciones de 2009 quebraban el imaginario de las “dos Bolivias” y arrojaban una imagen muy diferente: la de un único partido con inserción territorial y capacidad de interpelación en la escala nacional, que contaba con un amplio consenso contestado no obstante en algunas zonas localizadas. De la contrahegemonía territorializada en el oriente se pasaba a las resistencias fragmentadas en un escenario de hegemonía nacional. En ausencia de ninguna oposición con capacidad de oponer un horizonte de sentido alternativo al del oficialismo, el Gobierno consiguió de nuevo convertir las elecciones en un plebiscito entre “el proceso de cambio” y la vuelta al pasado. Los espectaculares resultados conseguidos en los comicios se explican en gran medida por este trabajo de alineamiento de marcos discursivos que se desarrolló durante todo el conflicto regional y especialmente en los meses previos a diciembre de 2009, cuando se asentaron los parámetros que sólo podían orientar el voto a favor del MAS.

Las siguientes elecciones, departamentales y locales, en abril de 2010 quedan fuera del marco temporal de esta investigación, pero pueden ser tomadas como referencia para medir la evolución trazada. Los resultados parecieron confirmar la lenta erosión del bloque regional opositor, que sin embargo es capaz de mantener sus plazas fuertes.

³⁰⁰ He analizado con más detalle los resultados electorales de diciembre de 2009 desde una perspectiva geográfico-política en otro lugar (Errejón, 2009b, 2010).

Los otros datos relevantes conciernen al MAS. Por un lado, el debilitamiento del oficialismo en sus feudos occidentales –la derrota en las ciudades de La Paz u Oruro, la pírrica victoria en El Alto–, resultado de una política que ha roto con aliados tradicionales como el Movimiento Sin Miedo en La Paz, y de un cierto castigo de las bases ante la designación de candidatos a dedo según mecanismos clientelares (Do Alto y Stefanoni, 2010).

Por el otro lado, el MAS ha ganado votos en el oriente a costa de operación de marcada moderación de su discurso en esos departamentos. El discurso regionalista, aunque derrotado en su cristalización contrahegemónica opositora, ha sido absorbido por el MAS, que ha incorporado así gran parte de sus demandas y de su horizonte de sentido, principalmente en el sentido de que el Oriente “es distinto” y allí las transformaciones sociales tienen que respetar el entramado de poder regional establecido.

Paula Peña, en una entrevista en el periódico *Cambio* señalaba que en Santa Cruz, la campaña oficialista conecta con la cultura local porque:

“Es probablemente la propaganda mejor lograda que yo he visto, donde el verde y el blanco [banderas cruceñas antes nunca exhibidas por el oficialismo] están presentes, donde hay una ausencia total de las wiphalas. Hay una voluntad de llegar al cruceño muy bien lograda por parte del MAS” (*Cambio*, 19 de noviembre de 2009).

Aunque parezcan contradictorias, estas evoluciones confirman la interpretación que en esta investigación se ofrece: la construcción de poder político del MAS es un proceso que hasta ahora se ha desarrollado fundamentalmente en el conflicto regional. La consolidación hegemónica del MAS se ha producido mediante la rearticulación de la demanda autonómica en un sentido que la incorpora a su programa de reforma estatal conocido como “programa de cambio” y a la identidad popular en expansión. Sin embargo, ese movimiento ha implicado la inclusión subordinada de demandas y posiciones del discurso opositor. La hegemonía se muestra así como una forma política contradictoria y dinámica, sustancialmente diferente de la negociación o la imposición, marcadas ambas por lógicas de suma cero.

Una vez que se han deconstruido los marcos que componen los dos discursos principales en la lucha hegemónica en Bolivia, se está en condiciones de comprender la naturaleza y características de la hegemonía expansiva oficialista y la contrahegemonía territorializada

opositora. Yendo un paso más allá, se han examinado dos hitos fundamentales que han llevado a la consolidación de un cierto “sentido común” *nacional-popular indígena* y a la relativa desarticulación del bloque opositor regionalista. Esta operación, crucial para la consolidación hegemónica, sucedió principalmente por la adaptación del marco del discurso oficialista a la cuestión autonómica, operado por el Gobierno y los movimientos sociales afines. Por medio de esta adaptación o “Transformación de marco” el MAS modificó su postura inicial sobre las autonomías departamentales. Este cambio se produjo en parte por la necesidad de llegar a acuerdos con la oposición regionalista, pero también como resultado de la influencia del discurso de esta última, que permeó la visión oficialista sobre la reforma del Estado. En esa medida se puede hablar de contrahegemonía y de proceso político hegemónico distinto de la mera competición electoral.

12.2.1 La rearticulación de la demanda autonómica en el discurso *nacional-popular indígena*

El Movimiento Al Socialismo y los movimientos sociales afines, inicialmente, vieron la demanda de autonomía departamental como una reivindicación de la “oligarquía del oriente”. Se trataba exclusivamente de un intento para mantener sus privilegios, “departamentalizando” sus riquezas y convirtiendo sus regiones en trincheras frente al “proceso de cambio” nacional. Así se expresaba de forma nítida Juan Carlos Pinto, director de la REPAC³⁰¹:

“Hoy vivimos a propuesta de inclusión y de país desde los oprimidos frente a los poderosos herederos de la colonialidad. Ellos, desde las regiones donde se atrincheraron, han optado por la estrategia de la guerra que nos dice el país que nos ofrecen: el de la defensa de privilegios exclusivos de tierras y recursos naturales, de la discriminación abierta a los pueblos originarios de este país; del desprecio a la vida de los más pobres [...] Este es el proyecto político de Comités Cívicos y Prefecturas de la media luna [...]” (Repac, 2008: 2).

Y Remigio Mendoza, secretario general de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), principal organización social en el campo oficialista:

“Conflicto original en Bolivia existe ¿Por qué existe? Por sectarismo, por racismo, por la... por la... regionalismo ¿Por qué? Porque hay un grupo de logias, hay un grupo de resentidos,

³⁰¹ Representación para la Asamblea Constituyente” (REPAC) un organismo dependiente de la Vicepresidencia del Gobierno boliviano para la dinamización del proceso constituyente.

hay también un grupo de resentidos políticos. Durante mas de veinticinco años han gobernado y no han podido dejar la mamadera, han robado de Bolivia a nuestros recursos naturales, han vendido nuestros bienes patrimoniales de nuestro país fuera de este, de nuestro territorio. Entonces esa mamadera no quieren soltar, no dejan gobernar a nuestro, a un presidente indígena originaria campesina [sic.], el presidente es nuestro afiliado de la Federación Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. [...]” (Remigio Mendoza, entrevista).

Y definía el proyecto autonómico del oriente boliviano de la siguiente forma:

“ese autonomía [sic] de las logias, de ese pequeños grupos del Comité Cívico como mal llamado CONALDE, eso, ese grupo era la gente resentida, esas personas resentidas han podido hacer todo bollo, tiempo han pedido autonomía pero ese autonomía ¿Cómo era? Era autonomía separatista, autonomía racismo, todos los recursos naturales que tienen ingresan al Estado, ellos querían administrar directamente” (Remigio Mendoza, entrevista).

Éste es aún el discurso más asentado entre las bases oficialistas y los dirigentes sindicales³⁰², que siguen viendo con desconfianza la descentralización, tanto por que ésta supone entregarle competencias a actores políticos opositores, como por un cierto recelo hacia Santa Cruz y “el oriente” en general, que no es ajeno al hecho de que el grueso del apoyo y la militancia oficialista provenga de las regiones occidentales.

Sin embargo, las entrevistas con destacados operadores del Ministerio de Autonomías, todos ellos militantes *masistas*, mostraban que el discurso oficial ya hace énfasis, desde su inclusión en la CPE, en la bondad de la descentralización departamental, y en el Estado autonómico como uno de los tres pilares del proceso de cambio que vive el país. Esto no es solo reflejo de un giro discursivo, sino fundamentalmente de la rearticulación de la demanda autonomista al interior del horizonte de sentido oficialista, del “proceso de cambio” una vez sancionada la Constitución que la incluye, y derrotado el intento de colapso institucional protagonizado por el regionalismo conservador oriental.

Así, el Ministro de Autonomía, Carlos Romero, en su entrevista hizo especial hincapié en diferenciar la demanda autonomista de las élites orientales de aquella que había sido

³⁰² La carretera que lleva de La Paz a Oruro, atravesando el altiplano aymara, por ejemplo, estuvo gran parte del 2009 flanqueada por murales que llamaban a luchar contra la “autonomía separatista de las oligarquías”. Estos murales fueron convenientemente sustituidos cuando, para las elecciones de diciembre de 2009, el Gobierno llamó a votar a favor de la autonomía departamental allí donde, en 2006, triunfó la consigna oficialista del “No”.

incorporada en la Constitución y marcaba el nuevo Estado. Sobre la primera señala que:

“en el caso de las regiones, yo diría que, básicamente, las regiones impulsoras de la autonomía; Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija, habían al mismo tiempo defendido una visión mono-cultural de organización del Estado y un intento de reproducción del modelo de desarrollo neoliberal en sus regiones por la vía de la autonomía” (Carlos Romero, entrevista).

Sin embargo, esto no deslegitima la demanda autonómica, puesto que:

“En el caso del oriente, igualmente las poblaciones locales, los ciudadanos de a pie, detrás de la bandera de autonomía demandaban la constitución de un Estado más fuerte en sus regiones que atienda sus necesidades colectivas. Desde ese punto de vista, en última instancia, las visiones estratégicas son convergentes” (Carlos Romero, entrevista).

Tanto es así que las movilizaciones autonomistas, aunque portaban un contenido antigubernamental,

“han permitido movilizar muy legítima y participativamente a las regiones del oriente del país, han posesionado la demanda de autonomía, han logrado finalmente imponerla como uno de los pilares fundamentales del proceso de cambio. [...] Se habían planteado, al principio, las autonomías como una consigna política de confrontación regional, racial inclusive pero luego, gracias a la legitimidad que tenían entre las poblaciones que la impulsaban, fue reconduciéndose y convergiendo hacia la implementación de un Estado plurinacional y un nuevo modelo de desarrollo de tal modo que ha recuperado su verdadera esencia con un proceso de democratización del poder político del territorio pero, vinculado también a las expectativas de desarrollo estratégico de las regiones y de los pueblos” (Carlos Romero, entrevista).

El Gobierno boliviano y el movimiento popular en el que se apoya, tras derrotar los intentos de convertir el regionalismo conservador en proyecto de disputa del poder nacional, no ha tenido demasiados problemas en integrar la mayor parte de sus demandas en la nueva arquitectura institucional, haciendo primar las autonomías departamentales, en la práctica, por encima de las indígenas o regionales (Noguera, 2009).

Así el discurso oficialista ha aumentado su capacidad de interpelación, rearticulando una demanda originalmente opositora al interior de sus marcos discursivos, y otorgándole así un nuevo significado político. La “autonomía” se ha debilitado como bandera opositora en la medida en que ha sido incorporada al léxico oficialista, aunque con un contenido concreto sustancialmente rebajado, y vinculada a otros elementos discursivos tales como “igualdad” – por eso se pedía en 2009 el voto afirmativo en los departamentos que en 2006 dijeron que “No”, para que todos los departamentos fuesen iguales en la autonomía”- “unidad” y “solidaridad”. Evo Morales, en el cierre de campaña presidencial el 7 de diciembre en la ciudad de El Alto, dijo que algunos habían querido “autonomía para unos pocos”, y ahora habría “autonomía para todos”.

De esta forma, la autonomía indígena sería presentada como una reclamación tan antigua como la departamental, inscribiendo ambas en la crisis de un Estado para unos pocos, que ahora debía responder a las regiones, etnias y clases olvidadas. La operación de asumir la demanda de “autonomía” (departamental) al interior del proyecto oficialista se realiza mediante su diferenciación de la “politización” que de ella hicieron unas élites representadas como separatistas. Es de nuevo la primacía del componente nacional-popular indígena el que la que resignifica la autonomía: de consigna separatista a consigna del “proceso de cambio”.

El supuesto “abandono” de las élites opositoras de la consigna autonomista, en realidad su recuperación por el Gobierno, se convierte así en prueba de que fue sólo una estratagema contra el “proceso de cambio” a la que las mayorías políticas orientales concurren engañadas. Es, de nuevo, la *antipatria*.

“una vez aprobada la Constitución, una vez que la Constitución la abre la posibilidad, ahora ellos abandonan esta propuesta autonómica, ahora ya no hablan de una autonomía, ahora hablan de un Estado Bi-nacional, un Estado Bi-nacional obviamente para separarse básicamente y eso es algo muy grave ¿No? porque ellos no tenían intenciones básicamente de una autonomía que el pueblo cruceño, beniano, pandino, tarijeño planteaban sino que ellos estaban buscando una separación del país ¿No?, una, un fraccionamiento del país y eso alentado obviamente por ehh... por los partidos tradicionales y obviamente por la... auspiciado por la propia, vamos a decir por la propia embajada americana ¿No?” (Sabino Mendoza, entrevista).

Isaac Ávalos, Ejecutivo de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, oriundo de Santa Cruz, declaraba en el mismo sentido: “Nosotros no buscamos autonomía para dividir, sino para mejorar nuestro sistema de vida. No queremos autonomía para un grupo de personas traficante de tierras, corruptos que tenemos”³⁰³.

La defensa de la autonomía quedaba así ligada a la de la nueva constitución y el proceso de reforma del Estado. La conducción de este proceso le correspondía obviamente, en esta construcción discursiva, al *Pueblo boliviano*, representado en el *MAS*.

12.2.2 Los intentos de respuesta de la oposición regionalista

La oposición, por su parte, no supo responder al cambio de escenario discursivo, a la maniobra de rearticulación realizada por el oficialismo. Las denuncias de que el Gobierno habla de “autonomía” sin quererla de verdad reflejan, más que subvierten, esta posición de debilidad.

Óscar Ortiz apuntaba a elementos indiscutibles cuando denunciaba que la demanda de autonomía “se ha reconocido aunque desvirtuado y delimitado por este gobierno” (Óscar Ortiz, entrevista) Pero se equivocaba a la hora de interpretar el alcance de este reconocimiento:

“Evo Morales habla de autonomía y se ha hecho un referéndum hace pocos días para que se establezca en todo el país, en los hechos, lo que están buscando es cada vez quitarles el poder a los municipios, departamentos, dividirlos, fragmentarlos y que el único ente poderoso que haya en la institucionalidad pública sea el gobierno central” (Óscar Ortiz, entrevista).

Este discurso se repite en la mayoría de líderes autonomistas:

los primeros gritos autonómicos, cuando este gobierno estaba ya en el poder fueron rechazados de manera tremenda por su presidente, por el presidente actual de Bolivia y toda su cúpula, no querían hablar de autonomías. Cuando se dieron cuenta que el pueblo quería la autonomía, porque era el manejo de los recursos para cada departamento, y no el centralismo ideológico comunista que maneja el Gobierno, pero las cosas cambian de una manera tan interesante en el

³⁰³ Declaraciones al periódico *Cambio*, 3 de agosto de 2009.

país, que ahora es el Gobierno que grita “autonomía”, es el Gobierno que ahora quiere levantar la bandera de la autonomía, y no quiere respetar la autonomía departamental que se ha ganado en las urnas, con voto popular (Roberto Fernández Lema).

Incluso el expresidente de Bolivia Carlos Mesa ahondaba en esta línea:

“si por Evo hubiese sido nunca hubiéramos tenido autonomías, Evo es por esencia centralista y Evo quiere recuperar la lógica del Estado del 52, en este sentido, en el sentido del control estatal. A Evo le cae muy mal el que él llega con prefectos elegidos, simultáneamente en la misma elección en que él, en la que él gana la presidencia, se eligen por primera vez en la historia prefectos en virtud de un decreto que yo dicté y que se convirtió en ley en el gobierno de Rodríguez Veltzé. Evo tiene primero una reacción eh natural, natural en su lógica, que es equivocada históricamente, decirle no a las autonomías, pero eso ya no puede vencer la respuesta del sí de los cuatro departamentos en los que las autonomías ganan, lo que le obliga a cambiar 180 grados su lógica y convocar ahora autonomías él, no le queda otra y es inteligente políticamente al tomar unas banderas que en ese momento estaban en las élites cruceñas que finalmente ganaron la batalla” (Carlos Mesa, entrevista).

Esta confluencia de opiniones en la oposición, e incluso entre sectores del oficialismo expresa un hecho real: el Gobierno de Morales tuvo que modificar su posición negativa a las autonomías departamentales ante la fuerza del movimiento regionalista, para viabilizar la constitución y romper la construcción discursiva de “las dos Bolivias”, que amenazaba con hacer colapsar al ejecutivo del MAS y su proyecto de reformas estatales.

Sin embargo, nada de eso es incompatible con el hecho de que, con las “limitaciones” y “desvirtuaciones” reales que el proyecto autonomista ha sufrido con respecto a su planteamiento por parte de los Comités Cívicos y Prefecturas, la demanda autonómica ha sido incluida en el texto constitucional y en el imaginario oficialista del “proceso de cambio”. Hasta tal punto ha sido así que la única concreción institucional y jurídica de la descentralización autonómica se está produciendo bajo la conducción del Ministerio de Autonomías y dentro del desarrollo constitucional, obligando así a la oposición a entrar en la concertación como fuerza subordinada o a permanecer en los márgenes de la dinámica reclamando autonomía “real” pero, en la práctica, ajena a la autonomía realmente existente.

Así, no sorprende que una parte minoritaria pero significativa de las élites orientales y, sobretudo, de las fuerzas opositoras con vocación nacional, hayan abandonado parcialmente la estrategia de la confrontación y se avengan a negociar con el Gobierno central, aún si desde posiciones críticas. En las últimas elecciones departamentales en Santa Cruz, Rubén Costas fue revalidado como Gobernador pese a haber sido denunciado por el Comité Pro Intereses como “demasiado blando con el Gobierno” y culpable de haberle abierto la puerta a una Constitución que hoy deja los Estatutos autonómicos aprobados por los autonomistas fuera de juego.

Aunque la oposición ha mantenido importantes plazas en las elecciones nacionales, departamentales y locales, es el autonomismo conservador lo que fracasó como proyecto político nacional. El paso de figuras altamente simbólicas del autonomismo al oficialismo – como la de miembros de la Unión Juvenil Cruceñista procedentes del *lumpen* urbano de Santa Cruz de la Sierra y hoy reconvertidos en defensores del Gobierno- revelan una percepción subjetiva al interior de la oposición regionalista de agotamiento de estrategia.

Escorados plenamente a posiciones defensivas, los opositores de las regiones orientales, que en otro tiempo levantaron una demanda que dividió todo el campo político boliviano, son hoy en gran medida dependientes de las posiciones del MAS, y en la campaña presidencial de 2009 su candidato, Manfred Reyes Villa, tuvo que retroceder hasta las temáticas de defensa de la religión y la familia –que nunca fueron si no tangenciales en el discurso autonomista- para tratar de hacer frente a la hegemonía oficialista, sin demasiado éxito³⁰⁴. El discurso de la opositora CN-PPB mostraba su pérdida de capacidad de interpelación interclasista y multiétnica conforme agudizaba los ejes discursivos más particulares e identitarios de la derecha, con los que era prácticamente imposible ganar unas elecciones en una Bolivia cuyo sentido común hoy está instituido principalmente por el nacionalismo indígena y de izquierdas del oficialismo. Como muestra, un panfleto de propaganda electoral del candidato a presidente Manfred Reyes Villa, por la candidatura de la oposición regionalista:

³⁰⁴ En el cierre de campaña de la candidatura “Plan Progreso para Bolivia” –nítidamente identificada con la oposición regionalizada y sus prefectos- en la ciudad amazónica de Riberalta, Reyes Villa denunció la “falsa” autonomía promovida por el Gobierno, pero sólo pudo levantar a su público recurriendo a la defensa de la familia contra un Presidente que “ni siquiera está casado”. A pesar de que éste sea un tema que encienda al público más conservador, no fue suficiente para enfrentar al oficialismo, que se presentaba como artífice de la redistribución de la riqueza, recuperación de la soberanía nacional, descolonización, descentralización autonómica y reconstrucción de la comunidad nacional.

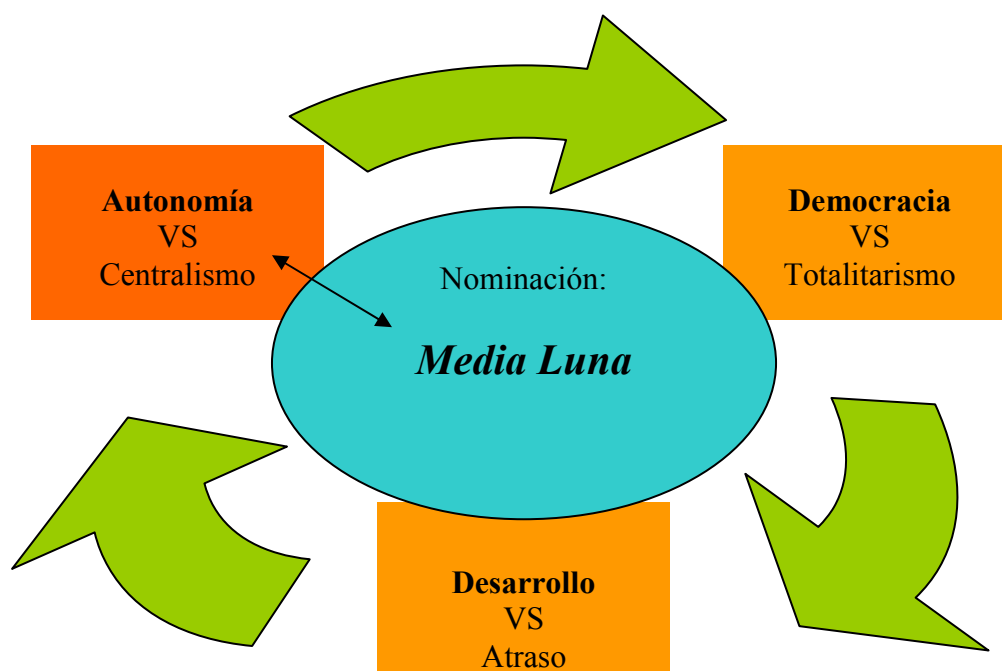
“Defenderé la propiedad privada sin combatir a los hombres que tengan diferente pensamiento al mío y tampoco cambiaré la profunda fe de mi pueblo. No pretendo suplantar las FF.AA. nacionales por milicias populares, relegando su importancia como institución tutelar de la patria” (Reyes Villa, 2009).

Aunque a costa de hacer cesiones sustanciales a la oposición, el Gobierno y el Movimiento Al Socialismo consiguieron destrabar el proceso constituyente y aprobar, en Enero de 2009, el proyecto de constitución tras someterlo a referéndum. Previamente Morales y García Linera se habían sometido a referendos revocatorios junto con todos los prefectos departamentales en agosto de 2008. Los referendos revocatorios significaron el punto más álgido de la estrategia de “dos países y dos legitimidades” planteada por la oposición, pero también el comienzo de la capacidad del MAS de resituar el conflicto de la perspectiva “binacional” a la de un gobierno nacional y las resistencias numantinas localizadas que enfrentaba.

Sin embargo, y pese a su voluntad de proyección nacional, el discurso opositor regionalista seguía constituyendo una *práctica de sentido* (Cairo y Franzé, 2010: 14), sobre todo sobre la base departamental, y sobre ella construía el grueso de su interpelación de masas. Este mensaje conectaba sólo con la población de las regiones cuyos problemas pudieran ser explicados como producto del centralismo, pero tenía dificultad para articular demandas de los sectores indígenas y empobrecidos de las regiones andinas o subandinas. Así, éstos últimos pasaron a ser parte del “afuera constitutivo”, representado ya no sólo por el Estado centralista sino también por sus amplias bases de apoyo populares. El discurso opositor regionalista quedaba así limitado como posible horizonte nacional alternativo al oficialismo, y sentaba las bases para la rearticulación de su demanda central, la autonomía, al interior de la hegemonía nacional-popular indígena en expansión, que terminó siendo exitosa –una vez integró su demanda principal en el programa de gobierno- en su aislamiento de la dirigencia opositora como élites egoístas, separatistas y antinacionales.

La siguiente figura es una representación gráfica de los contenidos inscritos en el discurso regionalista opositor, con la demanda autonómica como *dimensión ganadora* –resaltada en naranja más fuerte- que sobresale y representa la articulación, en una nominación constitutiva del sujeto político que moviliza: la “Media Luna”. En negrita aparecen los contenidos positivos vinculados, en una oposición binaria con su “afuera constitutivo”.

Figura 23.1 La articulación de “Autonomía” como *Dimensión Ganadora* en el discurso regionalista opositor³⁰⁵.



12.3 La ampliación y consolidación del imaginario del “Proceso de cambio”: Constitución y autonomías

Cuando en agosto de 2008 Morales y García Linera fueron reelegidos, los prefectos de la *Media Luna*, pese a haber sido ratificados también, vieron relativamente frustrada su estrategia de los “dos países”, por la caída de importantes plazas opositoras.

Cercada, sin apoyo internacional y no queriendo llegar a un enfrentamiento civil de consecuencias imprevistas –con las bases oficialistas escasamente armadas pero organizadas y movilizadas, y el ejército en una pasividad que no invitaba a confiar en su apoyo decidido- la oposición acordó permitir el trámite para someter la Constitución a referéndum, previa aprobación en el poder legislativo de la convocatoria. De esa forma, salvaba algunos intereses centrales de las élites orientales –como el latifundio o su seguridad jurídica por los hechos del mes anterior- pero destrababa el camino para el desarrollo institucional del nuevo Estado.

³⁰⁵ Fuente: Elaboración propia.

De manera más importante, la aprobación de la Constitución permitió al oficialismo salir del *impasse* en el que el país parecía al borde del colapso entre proyectos de reforma paralelos y enfrentados, y mostrar que sólo uno de ellos tenía alcance, legitimidad y legalidad a escala nacional. La Constitución, que ciertamente incluía gran parte de las demandas autonomistas, se ofrecía entonces como el horizonte en el que inscribir todos los proyectos. Con este movimiento, el MAS imponía importantes recortes a su proyecto de reforma estatal en beneficio de los grupos subalternos. Pero también rompía la imagen de los dos bloques, “socializaba” la Constitución y ofrecía la negociación para los actores opositores dispuestos a ello, y el aislamiento para la minoría que eligiese enrocarse en posiciones de fuerza.

La demostrada capacidad electoral y movilizadora del MAS fue sin duda un acicate para convencer a parte de la oposición de la imposibilidad de una Bolivia sin el bloque social y político indígena y popular del oficialismo, al tiempo que la generosidad en las cesiones convencieron a no pocos operadores políticos conservadores de la mayor conveniencia de actuar “desde dentro” de la nueva institucionalidad.

Esta operación de inclusión subordinada, de inscripción de las demandas del adversario en el marco discursivo e institucional propio, sucedió de forma especialmente clara, y de vital importancia, con la demanda de autonomía departamental.

El giro discursivo del Gobierno, que pasó de calificar a la “autonomía” una consigna de la “oligarquía separatista” a capitanear su implantación y situarla como uno de los pilares del “proceso de cambio”, no debe leerse sólo como una operación de maquillaje electoral, puesto que, de hecho, el Ejecutivo está desarrollando normativamente la descentralización político administrativa desde el Estado central hasta los departamentos. El giro se operó postulando las autonomías departamentales contempladas en la Constitución como las únicas reales en cuanto compatibles con la unidad territorial en el Estado boliviano, y las únicas “para todos”, puesto que se desarrollaban en paralelo a las autonomías municipales, regionales e indígenas. La generalización de las autonomías fue así un medio para despojarlas de su contenido particular opositor, y articularlas como un elemento más de un programa de reforma estatal destinado a las grandes mayorías bolivianas y no sólo a “unos pocos”.

Pável López explica así este giro discursivo:

“la autonomía [...] es apropiada, de alguna manera, casi [en] exclusiva por las élites regionales, particularmente insisto; Tarija y Santa Cruz [...] Creo que es a partir de eso que el presidente Morales, el Gobierno nacional, los primeros años de gobierno deciden oponerse a las autonomías y esto se ve reflejado claramente en el referéndum del 2006” (Pável López, entrevista).

Las élites regionales, continúa López, emplearon la demanda de “autonomía” como bandera frente al creciente poder político de los grupos tradicionalmente excluidos en la sociedad boliviana, como lo demuestra el hecho de que en el período neoliberal los comités cívicos reducen las demandas regionales a reclamaciones concretas de infraestructuras, pero nunca la plantean como el eje de un proyecto nacional contrahegemónico. Esto explicaría la inicial oposición oficialista a las autonomías, aunque, reconoce López:

“para muchos puede constituir una suerte de error³⁰⁶. Yo creo que también ha sido un poco apresurada y podía haberse tratado de disputar la bandera con las élites como un referente del presidente Morales con todo lo que sintetizaba en ese momento; se opta por convocar a una negación a las autonomías porque claro, las autonomías en ese momento identificaban o denotaban la demanda de las élites regionales, por tanto una visión fragmentada de Bolivia, una visión que negaba la Bolivia emergente y un visión que quería, a como dé lugar, seguir con el proyecto neoliberal ¿No? por lo menos en esas regiones y mantener y sostener y garantizar con la autonomía el privilegio de las élites locales históricamente constituidas ¿No?” (Pável López, entrevista).

Prosigue López con una interpretación voluntariosa que achaca el giro discursivo en el MAS a la influencia en la Asamblea Constituyente de los diputados provenientes de los movimientos sociales y las organizaciones indígenas, para acabar con la visión que opone “autonomías” a “proceso de cambio”. En realidad, como se deduce del análisis de prensa durante el proceso

³⁰⁶ Es relevante que, mientras en los entrevistados del oficialismo –o actores en tránsito hacia el oficialismo– se considera aquella posición inicialmente negativa a la consigna de “autonomía” como un “error” (Pável López, Carlos Böhr), o una obligación por el carácter “separatista” de aquella propuesta (Sabino Mendoza, Remigio Mendoza, Rubén Egüez), en la oposición regionalista se considera la verdadera manifestación del pensamiento del oficialismo, sólo modificado por la necesidad de pactar con el creciente movimiento autonomista (Carlos Dabdoub, Óscar Ortiz, Nicolás Rivera, Waldemar Peralta, Diego Ávila). En realidad la necesidad de construir argumentarios para la disputa política opaca el hecho fundamental: que el giro discursivo del Gobierno y los movimientos sociales responde a la naturaleza conflictiva de la hegemonía, y es mediante él que se produce la rearticulación clave de la demanda autonomista al interior del imaginario del “proceso de cambio”.

constituyente, los intelectuales y representantes políticos del oficialismo ven la autonomía departamental como enemiga del proceso de cambio, y a menudo la contraponen a la autonomía indígena. En este punto, es más certero el análisis de Carlos Dabdoub, que atribuye la inclusión de la autonomía departamental en la Constitución a las movilizaciones regionalistas del oriente: “siempre la iniciativa de llevar adelante un proceso autonómico que salió de Santa Cruz, siempre buscó que tenga una proyección nacional y no meramente cruceña” (Carlos Dabdoub, entrevista).

De esta manera, es cierto que su inclusión en la agenda constituyente comandada por el oficialismo es antes fruto de la voluntad de acuerdo que del entusiasmo descentralizador, pero eso no impide que Pável López esté en lo cierto al señalar que la combinación del giro discursivo –aún “forzado”- del Gobierno y la inclusión de la autonomía departamental como parte central de la reforma del Estado:

“replantea el tema de la autonomía como bandera, como parte inherente al proceso de transformación inexorable que comienza a vivir el Estado de Bolivia desde el 2000, entonces, en posición a esto, el Gobierno y el presidente Evo Morales tiene un cambio de timón discursivo inicialmente, pero después también político-ideológico con el tema de las autonomías, resume que las autonomías o asume que las autonomías son parte ineludible del proceso que llevaba adelante el mismo presidente Morales y creo que es precisamente lo que marca el viraje de la posición gubernamental y creo que es lo que marca precisamente la crisis a otro nivel, porque el debate de las autonomías se vuelve a un debate mucho más técnico, [...], precisamente en ese debate al que se llega más a nivel del detalle y sobre todo a nivel de competencias ¿No? Entonces es como que las élites departamentales asumen que la autonomía iba a marchar con la Constitución de una manera cierta pero la pelea la asumen como en el tema del detalle, entonces sobre lo que estaban disputando en el fondo, algo concreto que eran las competencias y principalmente las competencias sobre la tierra y el territorio, sobre los recursos naturales que es el eje que ha ido articulando desde principios del 2000 la bandera autonómica ¿No?” (Pável López, entrevista).

Esta asunción de la discusión “en detalle” supone en primer lugar el reconocimiento implícito del nuevo marco constitucional, y en segundo lugar la pérdida, o debilitamiento extremo, de la bandera autonómica como bandera en torno a la cual construir contrahegemonía.

En su propaganda electoral, el MAS afirmaba, como su segunda promesa para la legislatura entrante, en una lista de las diez más importantes, que:

El Estado Plurinacional incentiva **una autonomía democrática, solidaria y productiva**. Que acabará con el “dedazo” del prefecto para elegir a sus amigos. Se trata, prosigue, de una Autonomía solidaria porque busca el equilibrio económico entre las distintas regiones del país³⁰⁷ (MAS, 2009)³⁰⁸.

Fotos n° 17, 18 y 19. El cambio en el discurso oficialista con respecto a las autonomías departamentales. La imagen de la izquierda pertenece a las movilizaciones de diciembre de 2006 contra el entonces prefecto de Cochabamba y posterior candidato presidencial por el bloque regionalista-conservador, Manfred Reyes Villa, y sus intentos de sumarse a la alianza de prefectos contra el Gobierno nacional. Las imágenes de la derecha son diferentes pegatinas del Movimiento Al Socialismo en Santa Cruz, pidiendo el voto afirmativo a Evo Morales y a la Constitución en los referendos revocatorio de 2008 y constitucional de 2009, respectivamente; en ambas se vincula el oficialismo con el desarrollo de las autonomías, en la primera además con la identidad regional mediante la inclusión de la bandera del departamento de Santa Cruz³⁰⁹.



Ciertamente, no se trata de la autonomía casi federal que trató de plasmar y a día de hoy aún defiende el regionalismo conservador. Pero eso no es lo fundamental en la pugna por la hegemonía nacional: lo principal en este caso era la rearticulación de la demanda que permitía

³⁰⁷ Énfasis añadido.

³⁰⁸ Programa electoral del Movimiento Al Socialismo, Elecciones Presidenciales y Legislativas del 6 de diciembre de 2009.

³⁰⁹ Fuente: Elaboración propia.

a la oposición interpelar a amplios sectores sociales al interior del discurso nacional-popular indígena del Gobierno.

Para intentar evitar esta operación, los Comités Cívicos, Prefecturas y fuerzas políticas de la derecha del oriente acusaron al Gobierno de mentir y apropiarse del término para vaciarlo: El mismo día que Evo Morales declaraba en Santa Cruz de la Sierra, en la apertura de la oficina del Ministerio de Autonomías en esa ciudad, que “La autonomía avanza y desplaza a las élites cruceñas” (*Cambio*, 13 de mayo de 2009), Carlos Dabdoub, secretario de autonomía de la prefectura de Santa Cruz, le respondía que se trataba de una operación de imagen “para engañar a la gente, para decir que este Gobierno es autonomista cuando tiene un carácter comunista”. E intentaba enmarcar como victoria de la oposición el desarrollo normativo de la descentralización, frente al intento oficialista de apropiarse de la demanda: “**nosotros los autonomistas** debemos sentirnos orgullosos porque le hemos doblado la muñeca al Gobierno, que mantenía un modelo hegemónico centralista y ha tenido que aceptar la autonomía para todos los departamentos del país”³¹⁰ (*El Deber*, 13 de mayo de 2007).

El problema para la oposición era que, en el terreno institucional, la única “autonomía” que se concretaba en la agenda política boliviana es la desarrollada por el Ministerio del mismo nombre, defendida como un componente central más, junto a las nacionalizaciones o la descolonización de las instituciones públicas, del “proceso de cambio” beneficioso para las amplias mayorías del país, que pasa necesariamente por la nueva Constitución:

“Debe impulsarse la construcción y efectiva aplicación de este diseño constitucional plural, a partir de la decisión de la población involucrada en cada caso, y de esta manera avanzar en el ejercicio concreto de las autonomías superando la égida eminentemente discursiva de la anterior fase pre-constitucional”³¹¹.

Es decir: las autonomías departamentales, ya no como bandera de lucha sino como proyecto real de descentralización, se desarrollan sólo mediante la Constitución y la Ley marco de autonomías que prepara³¹² el Ministerio de Autonomías, sólo, en otros términos, al interior del “proceso de cambio” conducido por el MAS. El propio Diego Ávila, Secretario de Autonomía

³¹⁰ Énfasis añadido.

³¹¹ Respuesta del MAS, nominalmente a través de Evo Morales, al *Cuestionario sobre conflicto político/regional* (2009: 8).

³¹² Al momento de escribir esto la Ley Marco de autonomías ya ha sido aprobada gracias a la mayoría absoluta oficialista en la Asamblea Legislativa Plurinacional.

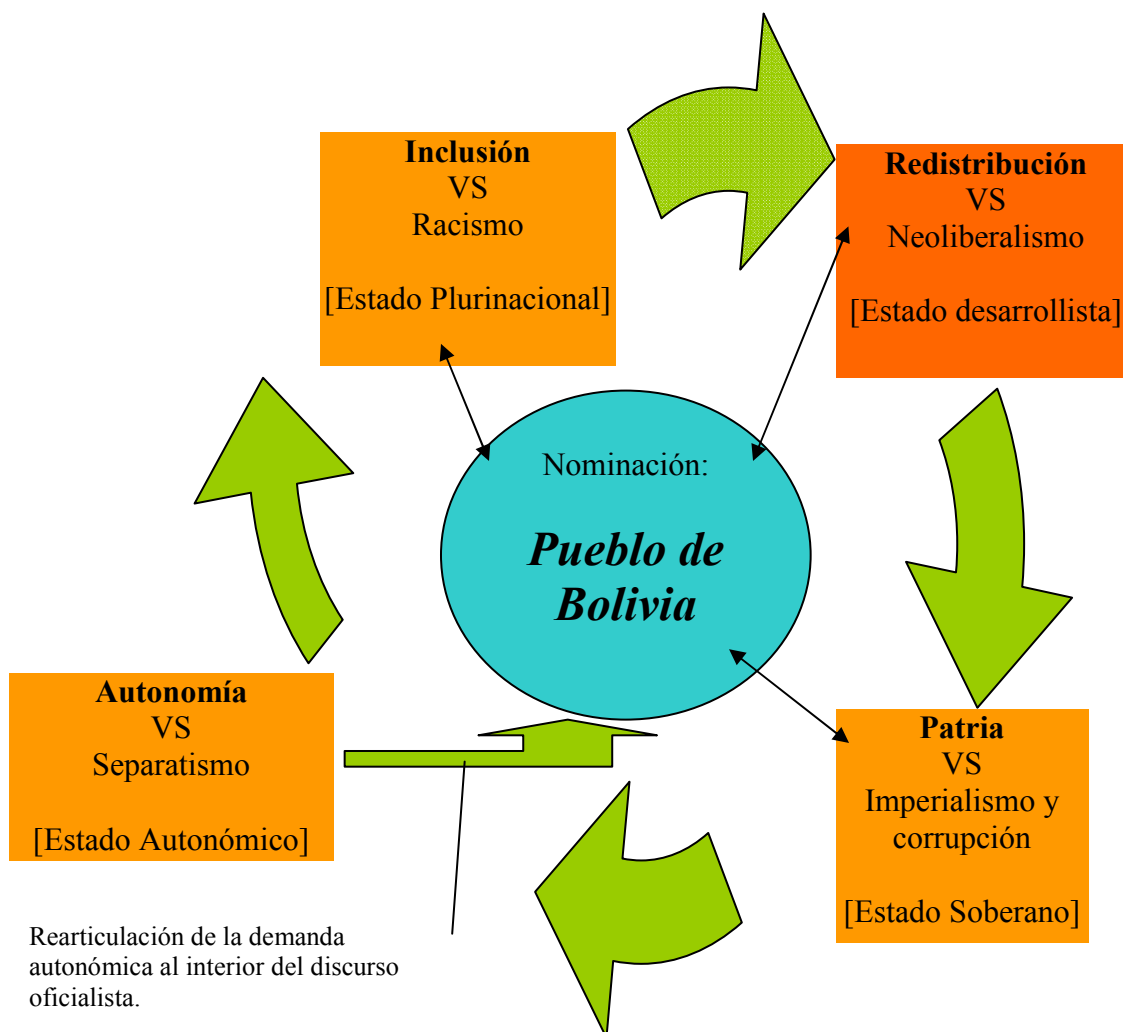
en la Prefectura tarijeña, reconocía que “en el fondo digamos, el discurso de la autonomía y la demanda de autonomía esta inscrita en la Constitución” (Diego Ávila, entrevista). Su conclusión era que eso iba a mantener la cuestión regional en el centro de la discusión por la reforma estatal. La otra cara de la moneda es que, efectivamente, la descentralización entraba en la agenda de desarrollo constitucional mientras perdía capacidad de articulación de las identidades regionales en una construcción contrahegemónica frente al Gobierno del MAS.

La figura 5.2 es una representación del discurso oficialista *una vez rearticulada* la demanda de autonomía a su interior, como resultado del conflicto político durante la legislatura 2006-2009. La demanda de redistribución de la riqueza, frente a los costes sociales de las reformas sociales y a favor de los sectores sociales más empobrecidos, juega el papel de *dimensión ganadora* que hilvana el resto de los contenidos en un discurso que constituye un *Pueblo* boliviano que es a un tiempo la comunidad nacional y los sectores empobrecidos y excluidos. El sentido político de la hegemonía oficialista en torno a la construcción del significante vacío *Pueblo* deriva de las demandas específicas que han articulado la cadena nombrada por dicho significante. En este caso: antineoliberalismo y desarrollo nacional, fundamentalmente a través del control estatal de los recursos naturales y el intervencionismo en materia económica; descolonización por medio de las reformas plurinacionales encaminadas a terminar con la racialización de la jerarquía social, por medio de la inclusión de las diferentes culturas indígenas en el Estado y a reducir el peso de lo blanco-occidental-urbano-castellano hablante como capital para el ascenso social; y recuperación de la soberanía nacional frente a la supeditación a intereses extranjeros, que es también una revalorización del voto popular como mecanismo de decisión política por encima de las presiones internacionales y la corrupción intra-élite nacional.

Cada una de las demandas centrales que conforman el discurso oficialista se opone a un “afuera constitutivo” que califica el orden anterior al “Proceso de Cambio”. Los contenidos específicos de este proceso han de derivarse de estos ejes centrales, por eso en el cuadro salen indicados en paréntesis bajo cada demanda. La demanda autonómica aparece ligeramente escorada en el cuadro para representar su inclusión tardía en el discurso oficialista, sólo como resultado del conflicto político con la derecha regionalizada. Su rearticulación ha permitido al MAS ampliar su capacidad de interpelación a diferentes sectores sobre un plano nacional. Sin embargo, esta demanda, incluida como subordinada, no es central en el discurso oficialista, y la prueba de ello es que, en las manifestaciones públicas de sus líderes e intelectuales

orgánicos, los contenidos que “lleen” el significante pueblo son fundamentalmente las demandas indígenas y de los sectores empobrecidos del país, formuladas como refundación nacional. Eso es lo que expresan las flechas negras que conectan los diferentes contenidos con la nominación que expresa la identidad popular construida.

Figura 23.2 Rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso oficialista³¹³.



Las demandas de los sectores sociales empobrecidos e indígenas siguen siendo el corazón del discurso del MAS y de las organizaciones sindicales del oficialismo. No obstante, éste ha consolidado su hegemonía rearticulando la demanda de “autonomía” dentro de su marco de producción de sentido, desarticulando así parcialmente la capacidad de interpelación

³¹³ Fuente: Elaboración propia.

interclasista que las élites orientales extraían de las reivindicaciones regionalistas. Leonilda Zurita, dirigente nacional de la Confederación de Mujeres Indígenas Bartolina Sisa, una de las principales dirigentes sociales del bloque oficialista, en el día de la proclamación del decreto de autonomía indígena, aprovechaba para ahondar en la rearticulación de la demanda de “autonomía” –referida a la departamental, la que centró el debate político- al interior del discurso oficialista y el nuevo campo institucional:

“Con autonomía nos han pegado, nos han matado, han saqueado bienes del Estado, supuestamente para los terratenientes ganaderos; pero hoy Santa Cruz tiene su autonomía legítima y reconocida por la nueva Constitución. Por eso, hoy más que nunca es importante la unidad, dignificar a nuestros pueblos y defender la Constitución Política del Estado” (*Cambio*, 2 de agosto de 2009).

Tanto es así que la marcha que en octubre de 2008 llegó a La Paz, organizada por los movimientos sociales afines al Gobierno, para destrabar la convocatoria del referéndum constitucional, iba encabezada por una pancarta que vinculaba “constitución” a “autonomías” como referentes centrales, como muestra la siguiente imagen:

Foto N° 20 “Por la nueva constitución con autonomías. COB-CONALCAM”.³¹⁴



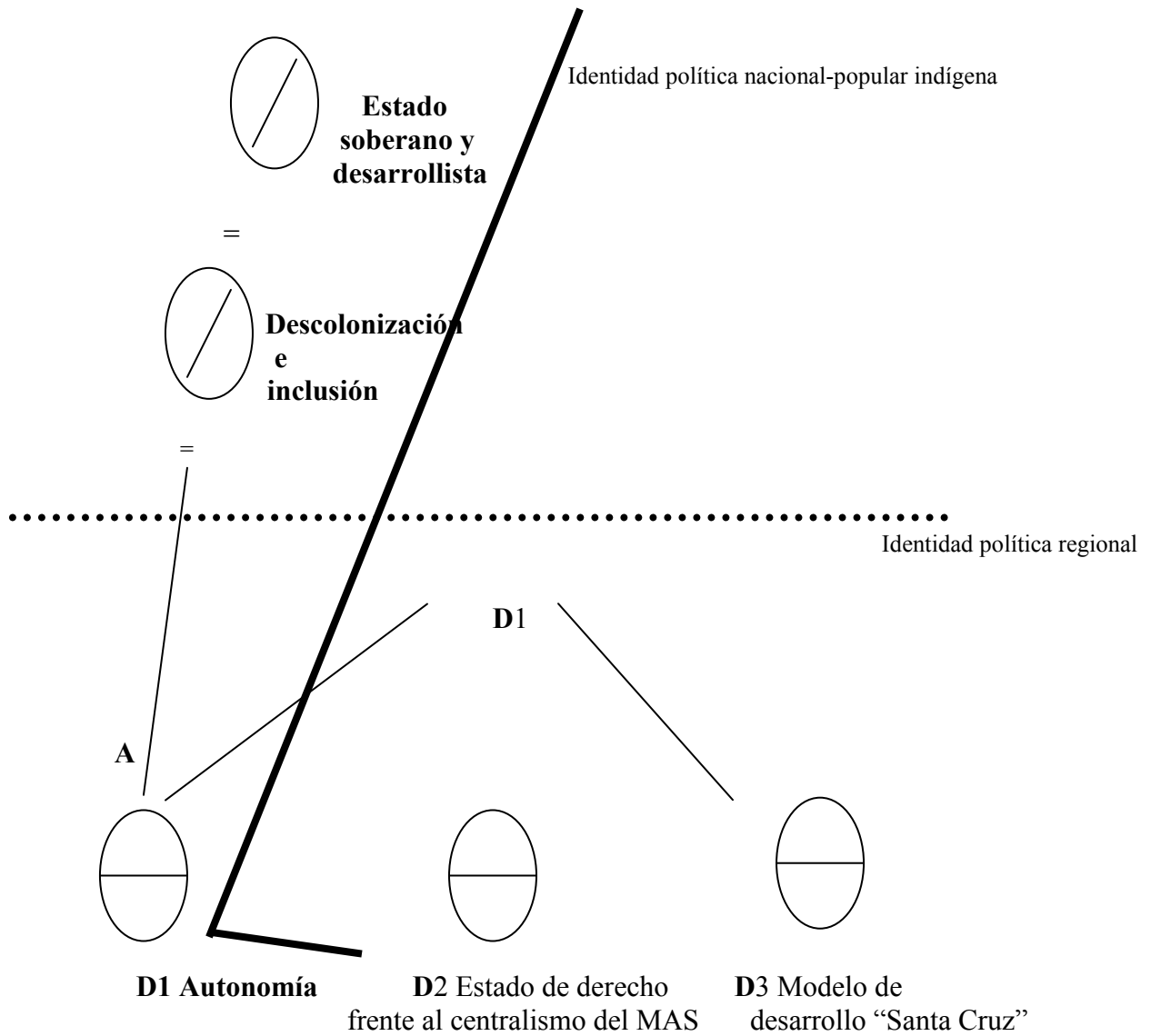
³¹⁴ Fuente: Nelson Vilca/ Indymedia Argentina Ver: <http://argentina.indymedia.org/news/2008/10/634575.php> (Consultado por última vez el 17/8/2010)

Felix Patzi, Ministro de Educación del primer gabinete de Morales (2006-2007), actualmente enfrentado al oficialismo pero pro-gubernamental al escribir el artículo, explicaba en *La Razón* que el “No” inicial del MAS a las autonomías se justificaba porque “la postulación de la autonomía era sólo para beneficiar al poder que históricamente el Estado colonial y neoliberal había construido en los cuatro departamentos conocidos como media luna”. Mientras que “ahora, como hay una constitución aprobada, o sea las reglas están demarcadas” el departamento de La Paz debía apostar por la autonomía y así construir una región “sin exclusiones” (*La Razón*, 6 de abril de 2009). Este es el argumento paradigmático del discurso oficialista.

La siguiente figura es una aplicación al proceso político boliviano del modelo ejemplificado en el capítulo de marco teórico, en la figura n° 3³¹⁵. En este caso, el oficialismo rearticula en su favor la demanda autonómica, desarticulando la cadena equivalencial contrahegemónica opositora-regionalista y asociando la autonomía al resto de contenidos del “proceso de cambio”. Sustituye así la frontera regional (línea de puntos) por la plebeya del discurso *nacional-popular indígena* (línea continua).

³¹⁵ Ver figura n° 3 en página 201. Para una discusión de otras posibilidades: figuras n° 4 y 5 en páginas 206 y 207 respectivamente.

Figura 24: Rearticulación de una demanda al interior de otra cadena equivalencial y fijación de una frontera diferente³¹⁶.



³¹⁶ Fuente: elaboración propia. Los contenidos referidos en ambas cadenas son ilustrativos, y pretenden resumir el contenido de los discursos sino mostrar la operación discursiva de rearticulación.

12.4 Dos momentos de fuerza y posterior cristalización de la hegemonía

La correlación de fuerzas en el proceso político boliviano vivió dos pugnas, menores si se comparan con el proceso constituyente o el supuesto intento de “golpe cívico-prefectural”, pero relevantes para esta investigación centrada en el discurso. Para cuando sucedieron, la capacidad del discurso oficialista de interpelar a una amplia mayoría social y aislar a la oposición como opuesta a los intereses nacionales había aumentado considerablemente, como se reflejó en su desenlace. Estos dos momentos suponen por tanto dos hitos en la consolidación de la hegemonía oficialista o *nacional-popular indígena*.

El primero lo constituyó el choque en marzo y abril de 2009 entre gobierno y oposición por la aprobación de la Ley Electoral transitoria, imprescindible para la convocatoria de elecciones presidenciales y legislativas en diciembre. El segundo fue la polémica por la desarticulación de una célula paramilitar en Santa Cruz, y la pugna por la atribución de significado político a tal hecho. Ambos episodios son relevantes porque en ellos se produjeron sendos saltos hacia la consolidación del discurso oficialista como horizonte de sentido único en la vida política boliviana.

12.4.1 La aprobación de la Ley electoral: “derecha *versus* democracia”

En abril de 2009, el Presidente Morales volvió a ocupar las portadas de los periódicos internacionales declarándose en huelga de hambre “por la democracia”. Intentaba así levantar el veto del Senado, en el que la oposición era entonces mayoritaria, a la convocatoria de una ley electoral transitoria para las elecciones generales de diciembre de 2009. La presión sobre la oposición fue en aumento conforme la huelga de hambre del presidente se masificaba, recibiendo el apoyo de las centrales sindicales campesinas y obreras, y se producían marchas hacia el Congreso.

Finalmente, en un acto con los dirigentes de los movimientos sociales, el Gobierno pudo aprobar, el 14 de abril, la Ley electoral. Eso fue posible porque, en un movimiento ya practicado con la demanda autonómica que se examinará más adelante, el oficialismo asumió como propias las reivindicaciones de la oposición. Ésta afirmaba que no se daban las

condiciones para la necesaria transparencia y confiabilidad de los comicios, y anunciaba la necesidad de un nuevo padrón electoral, este conformado con tecnología biométrica. No era ajeno a la discusión el hecho de que las encuestas vaticinaban ya una arrolladora victoria de Morales, en ausencia de proyecto opositor definido.

El MAS, además de aceptar la demanda del padrón biométrico, renunció en el proyecto consensuado de ley a la mayor parte de los escaños especiales para pueblos indígenas minoritarios en sus circunscripciones, pasando de 18 a 14, y después a 7. La oposición quedaba desarmada, y obligada a confrontar, aceptadas sus propuestas por el oficialismo, sobre la discusión de si quería o no las elecciones. La maniobra no le costó a Evo el alejamiento de los pueblos indígenas del oriente boliviano, los más perjudicados, por su capacidad personal y por la hábil representación del Gobierno y los movimientos sociales aliados, que presentaron las negociaciones, cesiones y tensiones como un pulso que el oficialismo ganó unilateralmente. La oposición, presionada por las movilizaciones, aislada y sin forma de explicar el mantenimiento de su veto, terminó por dividirse y la ley fue aprobada en el Senado y en el Congreso.

El ayuno del presidente y los dirigentes sindicales había sido presentado como de defensa de la democracia, frente a unas élites que se aferraban a una representatividad que ya no renovarían en las próximas elecciones que por esa razón pretendían evitar.

En el enmarcamiento oficialista, el conflicto en torno a la ley electoral había sido un escalón más en el choque entre una mayoría política que quería cambios profundos en el Estado boliviano, para hacerlo “de todos”, y una minoría política que no retrocedía un solo paso sin pelearlo hasta el final, en defensa de sus privilegios.

Así, el manifiesto conjunto de la Central Obrera Boliviana (COB), el presidente Morales y la Coordinadora Nacional de apoyo al proceso de cambio (CONALCAM), que agrupa a los principales movimientos sociales, se denominaba “En defensa de la democracia y la constitución”, y comenzaba justificando la huelga de hambre:

“Ante el permanente y **antipatriótico** bloqueo al proceso democrático por parte de una oposición radical que ignora la voz del pueblo expresada en el referéndum constitucional del pasado 25 de enero del año en curso³¹⁷ [...]” (*Cambio*, 10 de abril de 2009).

Foto n° 21 Comunicado conjunto “En defensa de la democracia y la Constitución
Presidente de Bolivia-COB-CONALCAM³¹⁸”



La oposición conservadora aparecía así como temerosa de una nueva confrontación electoral, y por tanto temerosa del *pueblo* boliviano, cuya voluntad era avanzar en el “proceso de cambio”. Este pueblo, como ya se ha indicado en el armazón teórico de esta investigación, no existe previamente a su articulación. Este conflicto, aunque breve, es extremadamente representativo de los mecanismos de construcción de dicha identidad. El Vicepresidente García Linera, refiriéndose a los insultos de aquellos días en el Congreso, afirmaba:

³¹⁷ Énfasis añadido.

³¹⁸ Fuente: Diario *Cambio* 10/4/2009. La foto corresponde al encabezamiento del comunicado, en la que aparecen, de manera significativa enarbolando la bandera nacional boliviana –ni siquiera la *wiphala*– los más destacados dirigentes de la Central Obrera Boliviana (COB), la Coordinadora Nacional de apoyo al proceso de Cambio (Conalcam) y el presidente Evo Morales.

“La respuesta nuestra fue que si la oligarquía me insulta, si los vendepatrias me agreden, significa que estoy cumpliendo mi trabajo, significa que estoy defendiendo al pueblo, significa que estoy cumpliendo mi deber constitucional de cumplir mi deber con la patria” (*Cambio*, 15 de abril de 2009).

El *pueblo* que exigía democracia se compone así por contraposición a las élites que temen el avance de las reformas impulsadas por la voluntad popular, como señala la siguiente viñeta.

Foto n° 22. Viñeta sobre la aprobación de la Nueva Ley Electoral.³¹⁹



La ceremonia de firma de la ley fue una manifestación nítida de la construcción del *pueblo* boliviano y su “ocupación” de los significantes *democracia* y *patria*³²⁰.

³¹⁹ Fuente: Diario *Cambio* 17/4/2010. La viñeta muestra a la Nueva Ley Electoral talando, con el hacha del Estado Plurinacional, el árbol del Estado colonial, ante la preocupación de las élites que viven de él. Las élites son representadas como uniformemente blancas, y rodeadas de fajos de billetes, y ubres y biberones, símbolos de “la mamadera”, como se conoce en Bolivia a los privilegios y la corrupción derivada del ejercicio del poder político. Se trata de una minoría parasitaria a la que una familia vestida con ropajes indígenas –que sugiere la gran familia boliviana- ve caer con alegría.

³²⁰ Ver el vídeo anexo n° 2

13.4.2 El antiterrorismo: “derecha *versus* Patria”

La desarticulación, en abril de 2009, de un supuesto comando terrorista que buscaba atentar contra miembros del Gobierno y sembrar el caos para lograr la independencia del departamento de Santa Cruz, es un capítulo que va más allá de la anécdota periodística, y que merece ser examinado como otro hito relevante en el proceso de consolidación de la hegemonía oficialista. Durante el operativo policial en un lujoso hotel de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, murieron la mitad de los sospechosos por disparos de la policía. La investigación judicial, conducida con lentitud y aún hoy inconclusa, no ha determinado claramente la motivación ni la financiación de los integrantes del supuesto comando terrorista, compuesto principalmente por extranjeros, y dirigido por un croata implicado en las milicias ultraderechistas durante la guerra de la exyugoslavia: Eduardo Rozsa Flores, reivindicado como “camarada” poco después de su muerte en foros de grupos de la extrema derecha española³²¹.

El Gobierno y sus medios de comunicación emprendieron una campaña “contra el terrorismo separatista”, vinculando el supuesto comando con las élites cívicas y empresariales de Santa Cruz, que habrían apostado a la carta de la desestabilización y los atentados viéndose políticamente derrotada. La oposición denunció supuestas irregularidades y ángulos muertos en el caso, que inducían a sospechar de un montaje del Gobierno.

Lo más relevante, sin embargo, no es ni la investigación judicial ni los pormenores del proyecto de agitación armada que el grupo de croatas, húngaros e irlandeses pretendían comenzar, sino las operaciones de enmarcamiento con las que los diferentes actores políticos atribuyeron significado político al episodio. La polémica tuvo lugar en un momento político marcado ya por la decadencia de la oposición regionalista como alternativa nacional al gobierno, precisamente en torno a la distinción que éste realizó entre las legítimas aspiraciones a la autonomía y el “separatismo” promovido por las oligarquías del oriente. En consecuencia, la interpretación que del mismo se impuso fue, con matices, la del oficialismo, que leía el intento como la manifestación más radical de los intentos de las élites regionales reaccionarias por obstaculizar el despliegue del “proceso e cambio” respaldado

³²¹ Se trata del Foro del partido neofascista “Democracia Nacional”, en el que, bajo el título “Eduardo Flores: Crimen de Estado”, se reivindicaba al croata como “camarada” asesinado por un gobierno “comunista”. Ver: <http://www.foro.democracianacional.org/viewtopic.php?f=1&t=24005&hilit=eduardo+rozza+flores>

democráticamente por una mayoría de bolivianos.

En su editorial “El paramilitarismo” del 23 de abril de 2009, el diario oficialista *Cambio*, afirmaba que Rozsa había reconocido en una entrevista televisiva con una cadena húngara, haber llegado a Bolivia para organizar grupos paramilitares destinados, en última instancia, a lograr la independencia de Santa Cruz.

“Los indicios apuntan, [prosigue el editorial] a que el plan para lograr la independencia de Santa Cruz cuenta con conexiones internacionales entre facciones de extrema derecha y cuyos representantes en Bolivia están vinculados a la tenencia de miles de hectáreas de tierra, a la oligarquía. Los conspirados buscan desesperadamente construir un nuevo discurso para mantener cautivo al pueblo cruceño, una vez que la autonomía ya no les alcanza porque esta inmersa en la Constitución Política del Estado” (*Cambio*, 23 de abril de 2009).

La perspectiva teórico-metodológica empleada en esta investigación se basa en la comprensión de los discursos como prácticas de significación política que hacen inteligible determinadas realidades sociales, y por lo tanto, más allá de la descripción, construyen los objetos y escenarios políticos a los que se refieren.

En este caso, el discurso oficialista emprendió una amplia y profunda pugna por generalizar una interpretación del proyecto terrorista fallido dentro de sus marcos discursivos: vinculándolo con la oposición oligárquica y antinacional –dispuesta a desmembrar el país antes que renunciar a sus privilegios- que había trabado hasta entonces el proceso de cambio en beneficio del *pueblo* boliviano. Así, sus narraciones de los sucesos deben ser leídas como intentos de atribuirle significado político, intentos eventualmente exitosos.

En el mismo número del periódico *Cambio*, el Vicepresidente García Linera ahondaba en esta operación discursiva, declarando lo siguiente:

“La patria ha estado en peligro, la patria está en peligro, y es deber de todos los bolivianos, independientemente de su lugar de nacimiento, de su idioma, de su apellido, de su lugar de residencia, de su afiliación política, mantenernos en estos momentos unidos para rechazar este intento de afectar la unidad de las instituciones del Estado” (*Cambio*, 23 de abril de 2009).

Calificó las intenciones del grupo terrorista con los mismos calificativos utilizados durante toda la legislatura contra la oposición regionalista: “antidemocráticas” y “secesionistas”, y afirmó que:

frente al alevoso crimen en contra de la integridad de la patria, los bolivianos de los nueve departamentos y su Gobierno Nacional reafirman que no permitirán que se ataque y se intente fracturar esa patria que hemos heredado de nuestros antepasados y que la vamos a heredar a las siguientes generaciones tal como está. (*Cambio*, 23 de abril de 2009).

En los días sucesivos emplazó a los líderes cívicos y prefecturales, que habían calificado de “show” la detención de los sospechosos, que se manifestaran públicamente “si de verdad aman Bolivia” (*Cambio*, 30 de abril de 2009).

El presidente Morales dijo temer la “reacción del pueblo” si a él le asesinaban en un atentado (*Cambio*, 30 de abril de 2009) mientras se sucedían las informaciones que vinculaban el paramilitarismo secesionista con las milicias fascistas croatas de los *ustashas*, y con la agitación regionalista conservadora durante toda la legislatura; así lo expresaba el diputado oficialista Ricardo Díaz:

“Se debe investigar a estos grupos que llegan a ciudades a generar violencia, como la Unión Juvenil Cruceñista, que llegó a Sucre [en los incidentes racistas contra campesinos oficialistas, en medio de la campaña opositora por la “capitalía plena”] para gritar “llamas” a las compañeras, a escupir y patear, ¿quién les financia?” (*Cambio*, de abril de 2009).

El 13 de mayo, y después el 24 de mayo, el periódico oficialista *Cambio* publicaba dos especiales sobre el terrorismo, que con titulares como “Extranjeros en aventura secesionista” (*Cambio*, 13 de mayo de 2009) realizaba dos operaciones principales:

1. En primer lugar, atribuía intención ideológica a un suceso que la oposición quería enmarcar como ajeno a la comunidad política boliviana, exclusivamente criminal. Esto lo realizaba mediante su vinculación ya mencionada con los *ustashas* croatas y, además, con el sector militar ultraderechista argentino de los carapintadas.

2. En segundo lugar, representaba el proyecto paramilitar como “extranjero”, y por tanto amenazante para la “Patria”. No se negaba la conexión con las élites del oriente, sino que se sugería que éstas habían preferido “balcanizar” Bolivia antes que reconocer su estatus de minoría política. La figura que mejor representaba esta conexión era el agroempresario y expresidentes del Comité Pro Santa Cruz Branko Marinkovick, un inmigrante croata que había dirigido la agitación regionalista y que, supuestamente, habría contactado y pagado a los paramilitares. Desde entonces se encuentra huído de la justicia boliviana.

Mientras tanto, los líderes opositores, ya en proceso de división, no respondieron más que parcial y débilmente a las oposiciones. Óscar Ortiz, entonces presidente del Senado, no contestó el enmarcado político del caso, y se limitó a denunciar que el Gobierno, de haber querido saber la verdad, no habría ordenado a la policía “ir directamente a matarlos [a los supuestos terroristas] con el fin de silenciarlos” (*Cambio*, 23 de abril de 2009). El periódico *La Razón*, en su edición del 22 de abril, sólo llegaba a plantear dudas en sus artículos de opinión –como “¿Terrorismo o montaje?” de José Gramunt de Moragas, que tenía que recordar el pasado guerrillero del Vicepresidente García Linera para arrojar dudas sobre la versión oficial- y defendía a la institucionalidad cívica cruceña y sus llamados al “fin de las violencias” –nótese el plural.

El Prefecto de Santa Cruz, Rubén Costas, acusó al gobierno de instrumentalizar la “lucha antisubversiva” –una expresión sorprendentemente cercana al lenguaje de las dictaduras militares en Bolivia- para desacreditar a los sectores

“que el gobierno denomina “la derecha, la oligarquía, el golpe cívico-prefectural”. [...] Están buscando por todos los medios poder descabezar a la oposición tratando de desestabilizarnos en todo sentido, en lo político, en lo económico, con jueces y fiscales [...] su plan de acción era repetir un Pando en Santa Cruz, pero eso no va a ocurrir” (*El Deber*, 17 de abril de 2009).

Carlos Dabdoub, secretario de autonomías de la Prefectura cruceña, respondía a las acusaciones diciendo que “no puede haber diálogo si persiguen a nuestras instituciones [...] Es una forma de espantar a las inversiones, quieren poner en peligro la integridad y el patrimonio de los empresarios” (*Cambio*, 7 de mayo de 2009).

No se trataba de que el gobierno aportase pruebas sólidas de las motivaciones políticas de los supuestos terroristas, sino de que ningún otro discurso además del oficialista era capaz de hacer inteligible el fenómeno para el conjunto de la sociedad. De esta manera, el Gobierno se asentó en una posición de defensa de la institucionalidad, la unidad nacional y la democracia, - un actor particular realizando los fines generales de la sociedad- mientras que sobre la oposición pesaban sospechas de cercanía con la intentona terrorista. El editorial de *Cambio* al día siguiente del tiroteo con los supuestos terroristas vinculaba ya de forma expresa el “proceso de cambio” con la democracia, a ser defendidas ambas por el bloque nacional-popular indígena construido por el oficialismo:

“Los pueblos indígenas y originarios junto a las instituciones del Estado, sus Fuerzas Armadas, la Policía Nacional y todos los bolivianos y bolivianas, están llamados a cerrar filas en defensa de la democracia y el avance del proceso revolucionario” (*Cambio*, 17 de abril de 2009).

Así, el oficialismo podía establecer, con el terreno despejado, que a la oposición regionalista

“ya no le interesa siquiera una de las reivindicaciones que se apoderó del imaginario colectivo como es la autonomía y peor aún tomar el poder en Bolivia, se trata de un proyecto paramilitar destinado a provocar la desestabilización política y social del país que desemboque en una balcanización artificial. Esto es así porque sectores de la ultraderecha conservadora han perdido toda posibilidad de articular un proyecto nacional que “enamore” al resto de los bolivianos” (*Cambio*, 23 de abril de 2009).

Como en las profecías autocumplidas, la oposición perdía esa capacidad a medida que le llovían estas representaciones a las que no era capaz de contrarrestar con ninguna interpretación alternativa. Efectivamente, la autonomía formaba parte de la constitución, y la oposición más rupturista había sido eficazmente representada como “secesionista” –para lo que no faltaban, en todo caso, elementos “materiales” objetivos, como los contenidos de los Estatutos Autonómicos que implantaban la necesidad de exhibir pasaporte para entrar en Santa Cruz o Beni. Las elecciones de siete meses después demostrarían, efectivamente, la primacía discursiva del oficialismo y su hegemonía.

12.5 La victoria relativa: metonimia entre MAS y Bolivia

Es de nuevo el MAS, en el discurso oficialista, quien recompone la unidad de la comunidad política en la nueva institucionalidad, presidida por la Constitución: “es importante unir a los bolivianos. Esa unidad se hará juntando la Nueva Constitución Política del Estado con los estatutos autonómicos”³²². En un discurso que describe al mismo tiempo que construye, el oficialismo se presenta como realizando ya la unidad nacional, solucionados los conflictos centrales³²³.

Rubén Egüez confiaba en que el Gobierno del MAS suturase la comunidad política, acabando con las divisiones “artificiales” del regionalismo conservador: “este proceso de cambio, a través del Estado Plurinacional [tiene que] empezar a cerrar estas brechas” (Rubén Egüez, entrevista).

El Ministro de Autonomías Carlos Romero expresaba magníficamente esta posición en una publicación de su ministerio, que comenzaba reconociendo que trabajaba en el tema central del conflicto entre gobierno y oposición desde 2006. Afirmaba Romero que:

“Antes la autonomía era una bandera agitada por cuatro regiones del país, con mucha legitimidad pero sin llegar a trascendencia y alcance nacional. Después de los acuerdos del año pasado con los prefectos y con la oposición en el escenario del Congreso, las autonomías se incorporan en la Constitución” (*Bolivia autonómica*, 2009: 4).

³²² Comic oficialista *Evo. Del pueblo para el pueblo* (2009).

³²³ Al mismo tiempo, el resquebrajamiento del bloque opositor contribuye a la centralidad del oficialismo. Rubén Costas, Prefecto de Santa Cruz, fue repudiado por los sectores cívicos más conservadores por llamar a Morales “mi presidente”. Sin ser oficialista, la relación entre Costas y Morales se ha ido relajando hasta que, en una imagen inimaginable años atrás, presidieron juntos el desfile del día nacional de Bolivia el 6 de agosto de 2010 en Santa Cruz de la Sierra. Carlos Böhr, senador por el derechista PODEMOS, durante la legislatura 2006-2009, fue, con su ruptura del bloque opositor, quien permitió los acuerdos que destrabaron el acuerdo constitucional en el Congreso en Octubre de 2008 y la Ley electoral en abril de 2009. Al ser entrevistado en diciembre de 2009, ya marcaba nítidamente su alejamiento de los sectores “duros” del autonomismo conservador, tachándolos de separatistas: “los sectores de vanguardia que levantaban esta visión como objetivo están radicalizándose, algunos de ellos, radicalizándose hacia modalidades no del todo explicadas, están hablando de... como... un país, dos sistemas y grupos, felizmente menores aun en algún momento levantaron la bandera del separatismo ¿No?” (Carlos Böhr, entrevista). Con un deslizamiento menor, el propio Secretario de Autonomías de la Prefectura tarijeña ya manifestaba, al ser entrevistado en agosto de 2009, que así como el gobierno “mantenía una postura centralista”, otros sectores defendían “posicionamientos a veces irreductibles que usan el tema de la autonomía como parte del discurso de la confrontación” (Diego Ávila, entrevista). Se imponía, por tanto, la concertación huyendo de ambos “extremos”. Se trata de un elocuente ejemplo del resquebrajamiento del bloque regionalista-conservador opositor.

Esto signa el comienzo de una etapa de desarrollo institucional comandada por el Gobierno, que busca el acuerdo con la oposición, pero que tampoco

puede quedar prisionero de la posición política de cuatro prefectos que no generan propuestas para la implantación de las autonomías, que privilegian el cálculo político electoral, que no concurren a ningún escenario de diálogo porque lo que los mantiene unidos es precisamente la confrontación con el Gobierno (*Bolivia autónoma*, 2009: 4).

La conclusión es el cierre definitivo de la construcción hegemónica, que es ya capaz de interpelar a los habitantes del oriente y atraerlos hacia el proyecto nacional del MAS, que se presenta como el único capaz de desarrollar las autonomías departamentales, cuando afirma que:

“si los prefectos no asisten al diálogo, obstaculizan las autonomías porque no hay forma de implementarlas fuera del marco constitucional. [...] Consiguientemente la negativa a un espacio de concertación y construcción colectiva conjunta **va en desmedro de las propias regiones**”³²⁴ (*Bolivia autónoma*, 2009: 5).

Institucionalidad, nacionalismo boliviano y resignificación de la *autonomía* convergen así en una operación discursiva crucial, demostrando la centralidad de esta demanda en la pugna por la hegemonía nacional. El 1 de diciembre, en un mitin en la ciudad de Tarija, Evo Morales decía:

“Ustedes saben que algún candidato a la Presidencia decía que autonomía es independencia, gritaban independencia de algún departamento [...] ahora, hermanas y hermanos, autonomía es con el pueblo, garantizada por la Constitución Política del Estado” (*Cambio*, 2 de diciembre de 2009).

En esa misma intervención, la candidata local del MAS, Rina Aguirre, señalaba que la “clase media” y sectores muy relevantes cercanos a la Prefectura y el Comité Cívico se habían unido al MAS, viendo que la “derecha no tiene ningún proyecto de gobierno para el país” (*Cambio*, 2 de diciembre de 2009). El movimiento envolvente de la hegemonía consiste, como se proponía en la hipótesis, en una “inclusión subordinada” de los contenidos de grupos

³²⁴ Énfasis añadido.

adversarios al interior del discurso hegemónico, que de esta forma puede presentarse como universal, aislando a su vez a los sectores antagonistas.

Rearticulada la demanda autonómica a su interior, el oficialismo puede vincular directamente su identidad política construida, las mayorías sociales indígenas y empobrecidas, al corazón del mayor significativo vacío en la escala Estatal-nacional: la *patria*, cuya pertenencia se había vaciado al mismo tiempo que ampliado. El discurso oficialista ganaba, en cierto sentido, en extensión lo que perdía en intensidad. Este es el movimiento característico de la hegemonía, que distingue esta forma de construcción de poder político de la coerción, la fuga y autogestión o la mera negociación de suma cero.

La consolidación de la hegemonía del MAS, aquí calificada como *nacional-popular indígena*, está marcada por su capacidad para monopolizar el significativo flotante *Patria*. Los acontecimientos examinados hasta aquí, y sobretodo los mecanismos discursivos de su significación política, muestran un avance hacia el progresivo anclaje del bien común expresado en clave nacionalista en “la patria” en los parámetros de la dirección política de los grupos tradicionalmente subalternos, plebeyos e indígenas, cuyo liderazgo es revolucionario.

Foto n° 23. “Soy patriota y revolucionario. Sí a Evo”³²⁵



³²⁵ Fuente: propia. Mural elaborado durante la campaña para las elecciones de diciembre de 2009 por el colectivo político masista “Satucos” vinculando el nacionalismo boliviano al apoyo al oficialismo, que encerraría así el significativo vacío *patria*.

Merece la pena detenerse en el editorial “La patria o la antipatria” del periódico *Cambio* el 7 de mayo de 2009, que es un ejemplo paradigmático de esta construcción discursiva. En torno a la negativa de los Prefectos orientales a sumarse al “pacto antiterrorista” impulsado por el gobierno –que era más bien una operación de imagen puesto que no se concretó en ninguna medida política o legal- se dibuja con una nitidez abrupta la división entre los dos polos del campo político boliviano, uno de ellos encarnando las mayorías y el interés general:

“Quienes le niegan su respaldo a un pacto antiterrorista son los representantes de una corriente neofascista que busca por todos los medios, inclusive con acciones criminales, frenar los vientos de cambio estructurales que no sólo recorren los caminos de Bolivia, sino de América Latina. [...] El reto histórico que enfrentamos hoy los bolivianos es **si estamos con la democracia y la patria, o con el terrorismo y la antipatria, no hay opciones intermedias**”³²⁶ (*Cambio*, 7 de mayo de 2009).

De esta forma se consolidaba la hegemonía del MAS, que comenzaba a abarcar la práctica totalidad del espacio discursivo, condicionando y orientando el resto de posiciones políticas. Se trata de un discurso preformativo que envuelve y disuelve el conflicto a medida que afirma que, despojada la oposición de su *dimensión ganadora*, sólo existe un proyecto nacional.

El Vicepresidente García Linera declaraba, poco antes de las elecciones presidenciales de diciembre de 2009, que:

“Ya resuelto el tema de la polarización, cuando había dos proyectos en pugna –ahora sólo hay dos- cómo no vamos a abrir los brazos a todo el mundo, no sólo por elecciones, sino porque el país ha ingresado a un ciclo de tranquilidad y despega” (*Cambio*, 1 de diciembre de 2009).

Incluso el senador tarijeño otrora opositor Bass-Werner se manifestaba al ser entrevistado en un sentido similar:

“Yo creo que el conflicto regional va a continuar pero va ser menos virulento, en particular debido a los resultados contundentes que se esperan en las próximas elecciones y al desprestigio y al deterioro de esas élites radicales en los departamentos que llevaban al

³²⁶ Énfasis añadido.

enfrentamiento y la confrontación y fueron derrotados en septiembre y octubre posteriormente, derrotados políticamente” (Roberto Ruíz Bass-Werner),

lo que constituye un claro signo de la percepción generalizada de consolidación hegemónica del oficialismo.

La frontera que constituye a la nación refundada es la que la separa del pasado y las élites que de él se beneficiaron: una categoría que hasta ahora ha bastado para sacar de la competición política a los opositores: “Ni Manfred Reyes [CN-PPB], ni Samuel [UN] tendrán apoyo en el país **porque representan al pasado neoliberal** que Bolivia ha rechazado contundentemente”³²⁷ (Roberto Ruíz Bass-Werner, entrevista)³²⁸.

Foto n° 24 “¡Viva el cambio! ¡Muera la oligarquía cruceña separatista! ¡Vendepatria!”

Pancarta en la manifestación del Primero de Mayo de los sindicatos aliados al gobierno³²⁹.



³²⁷ Énfasis añadido.

³²⁸ La afirmación es especialmente reveladora en boca de un senador elegido por el principal partido opositor, aunque en ese momento se encontraba ya en acercamiento explícito al “proceso de cambio”. Alguno de los militantes del MAS entrevistados, conocedores de la trayectoria de Bass-Werner, hicieron patente su desconfianza hacia el “giro” de éste en sus posiciones políticas, y lo achacaron a la proximidad de las elecciones –la entrevista fue realizada pocos días antes de las elecciones generales del 6 de diciembre de 2009- y a su voluntad de seguir vinculado a cargos públicos. En todo caso, y por encima de sus motivaciones individuales, que sea precisamente Bass-Werner quien reproduzca en su discurso la ordenación del campo político propia del oficialismo, expresa la consolidación y primacía de la “frontera política” o *dimensión ganadora* propia de la hegemonía expansiva del MAS.

³²⁹ Fuente: propia.

La tendencia resultante es a la consolidación de una hegemonía nacional-popular indígena, que construye un *Pueblo* nucleado en torno a indios y pobres en el que, una vez compatibilizadas constitución y autonomías, caben (casi) todos los sectores- de ahí los constantes y explícitos esfuerzos para seducir a la “clase media”, y, en menor medida, a empresarios, militares o “profesionales”- menos aquellos expulsados a la marginalidad o al exterior de la comunidad política nacional: *neoliberales*, *vendepatrias*, *oligarcas*. Este “casi” es, naturalmente, crucial, y define la hegemonía así construida.

En el transcurso del conflicto político, librado principalmente en clave regional, el Movimiento Al Socialismo ha conseguido construir una identidad popular que interpela a “los de abajo” en tanto que *Pueblo* de Bolivia. La expansión hegemónica se caracteriza por el anclaje de significantes flotantes – “democracia”, “unidad”, “solidaridad”, “paz”, “Constitución”, “desarrollo” y, de forma crucial “autonomía”- en la narrativa del proceso de cambio. Mediante este anclaje, los significantes anteriormente flotantes reciben un significado político concreto, derivado de su articulación en torno al significante vacío *pueblo* y la demana principal que expresa: la inclusión de los sectores indígenas y empobrecidos. Desde ese momento, todos los significantes flotantes, ampliamente valorados como positivos por la comunidad política boliviana, remiten al poder político del Movimiento Al Socialismo y su horizonte de sentido, y trabajan en su favor.

Con independencia de los resultados coyunturales de la pugna política, el MAS ostenta el poder político a través de la hegemonía porque cualquier actor o grupo que quiera desafiar su liderazgo debe hacerlo partiendo de su lenguaje, sus nominaciones y sus prácticas de sentido: desde el sentido común *nacional-popular indígena*.

Los resultados de las elecciones presidenciales y legislativas del seis de diciembre, consideradas por todos los analistas como “cruciales” (Carlos Mesa), “la madre de todas las batallas” (Carlos Toranzo) y “decisivas para la forma del poder político” (Jorge Lazarte), confirmaron la consolidación hegemónica. Gobierno y oposición las habían afrontado de nuevo como un duelo entre dos proyectos de país: el oficialismo como otro referéndum entre el pasado excluyente y el futuro incluyente de la nueva Bolivia, y la oposición como la batalla definitiva por la democracia frente al autoritarismo y belicismo del MAS y los movimientos

sociales³³⁰.

Cuatro días antes de las elecciones Carlos Böhr, en la entrevista que se le hizo para este trabajo, se mostraba convencido de una abrumadora victoria oficialista en las elecciones, y coincidía en la interpretación más extendida, que leía esa victoria como la consolidación de la hegemonía del MAS. La posición de Böhr es especialmente ilustrativa de un proceso de desarticulación de la oposición y expansión de la hegemonía oficialista, por ser un senador opositor disidente en proceso de acercamiento al Gobierno:

La élite dirigente de las regiones, de los departamentos que entraron en confrontación con el gobierno está muy debilitada, las fuerzas políticas de oposición están más aun todavía [...] pero las confrontaciones radicales cesaran y habrá comenzado el periodo histórico de la construcción del Estado unitario con autonomías en Bolivia (Carlos Böhr, entrevista).

En consecuencia, el resultado puede ser leído como la ratificación del único con capacidad de articulación de voluntad colectiva a escala nacional. La hegemonía, en esa tensión entre extensión e intensión que le es característica y constituyente, se ha ampliado al precio de un cierto vaciamiento.

Este resultado, contradictorio y sometido a permanente contestación como cualquier construcción hegemónica, signa un altísimo grado de construcción de poder político por parte del Movimiento Al Socialismo y Evo Morales en Bolivia. Conlleva también, hacia el futuro, riesgos importantes, fundamentalmente derivados de la excesiva expansión y vaciamiento del imaginario del “proceso de cambio” en tanto que horizonte de sentido que abarque todas las demandas y todos los sectores de la sociedad boliviana. Si eso ocurriese, el contenido específicamente político del proyecto del MAS dejaría paso a una sustitución de escenarios ya sucedida en otros episodios en América Latina: una identidad popular que pretende engullir todos sus “afueras” y por tanto se vuelve el escenario mismo de la lucha política, de modo que quien gane la batalla “interna” tiene asegurada la victoria “externa”. Pero esto excede el objeto de esta ya extensa investigación.

³³⁰ Mario Cossío, prefecto de Tarija, declaraba ya en abril de 2009 que “se inicia un proceso de movilización nacional de denuncia contra el intento del Gobierno, que quiere disparar el tiro final para liquidar la democracia” (*La Razón*, 6 de abril de 2009).

CAPÍTULO 13

CONCLUSIONES

13.1 Bolivia como caso: ruptura radical y recomposición hegemónica

El 18 de diciembre de 2005 Evo Morales ganaba las elecciones presidenciales en Bolivia. Unas semanas más tarde prometía su cargo, con el puño levantado, invocando la memoria de líderes de la resistencia indígena contra la Conquista y la colonia, dirigentes sindicales y guerrilleros, bolivianos y latinoamericanos. Para terminar, prometió, citando al Subcomandante Marcos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, “mandar obedeciendo”. En el pasado inmediato, todas las veces anteriores que la política boliviana había entrado en los telenoticias internacionales había sido a través de imágenes de enfrentamientos callejeros, marchas y bloqueos de carreteras.

Un dirigente campesino que había sufrido arrestos, torturas, una intensa campaña de criminalización y hasta su expulsión del Congreso Boliviano, había llegado a ser el primer presidente indígena de América Latina. Se trataba indudablemente de un “hecho histórico”, que se prestaba además a abundantes representaciones míticas, que aumentaban en intensidad cuanto menos atención prestaban a la historia y las especificidades del país en el que el mito se hacía carne.

Tanto desde los que desconfiaban del nuevo gobierno como desde quienes le saludaban con entusiasmo, dentro y fuera del país, se produjeron muchas más descripciones que explicaciones. Fuese como resultado de una evidente irracionalidad de la muchedumbre –que, desesperada, se entregó a un caudillo “populista”-, o como resultado de una no menos evidente realidad social que por fin se habría expresado políticamente –“las mayorías indígenas siempre oprimidas que por fin se levantaron”- la política estaba, y en gran medida está aún, sorprendentemente ausente de la mayor parte de lo que se dice y escribe sobre las transformaciones sociales en Bolivia.

Sin embargo, la mayor parte de los elementos que entraron en juego en la ecuación de la crisis del sistema político y su reconfiguración, pocos años después, sobre parámetros totalmente diferentes, eran impredecibles poco antes de la “aceleración histórica” que en menos de una década cambió radicalmente la política boliviana.

A mediados de la década de 1990, Bolivia era un ejemplo de reformas políticas y económicas exitosas, tendentes a reemplazar la mediación sindical entre el Estado y la sociedad por la vertical de los partidos políticos, y a sustituir al Estado por la inversión privada extranjera como motor de desarrollo. Todo ello sucedía, además, en medio de un consenso transversal entre las formaciones políticas que reunía a antiguos enemigos en coaliciones de gobierno y que reconciliaba opciones antes enfrentadas en una suerte de ideología de la modernización y la eficiencia (Vega, 2006). Las reivindicaciones de reconocimiento indígena, expresadas en su mayor parte en tanto que derechos especiales de las minorías, se transformaban en políticas públicas pioneras en materia cultural, idiomática o de descentralización local. Las escasas protestas de sectores afectados por las reformas económicas, por último, se sucedían como episodios esporádicos, excepciones dolorosas que no distorsionaban la identificación general con el sentido común neoliberal imperante.

Menos de diez años después, un líder de los antes estigmatizados cultivadores de hoja de coca celebra sus abultados e inéditos triunfos electorales desde el Palacio de Gobierno o “Palacio Quemado”, en las ceremonias públicas se entona el himno nacional con el puño izquierdo levantado, y la bandera de los pueblos andinos o *wiphala* es cooficial junto a la nacional boliviana. El país tiene una nueva Constitución que reconoce su plurinacionalidad y la oficialidad de todas las lenguas indígenas, equipara las Autonomías Indígena Originario Campesinas al resto de niveles de descentralización, declara el agua, la salud o la vivienda como derechos inviolables cuya protección es exigible a los poderes públicos, protege como públicos e inalienables los recursos naturales y la tierra de Bolivia. Más representativo del profundo cambio, si cabe, es que la oposición al MAS habla también de “proceso de cambio” y se afana por buscar liderazgos indígenas, “neoliberal” es ahora un adjetivo descalificativo empleado transversalmente por todos los actores del sistema político boliviano³³¹.

³³¹ Durante la crisis del “gasolinazo” entre finales del año 2010 y comienzos del 2011, provocada por la decisión del Ejecutivo de poner fin a las subvenciones públicas a la gasolina, no sólo sectores populares urbanos, sino también organizaciones claves de la oposición regionalizada, como el Comité Cívico Pro Santa Cruz –que apoyó todas las privatizaciones y desregulaciones de la década de 1990–, llamaron a manifestarse contra “el gasolinazo” neoliberal del Gobierno. Morales finalmente rectificó tras una reunión con sindicatos y movimientos sociales

En el pasaje entre estos dos momentos de la política boliviana media una ruptura radical: de las instituciones de representación, de la capacidad coercitiva del Estado y, sobre todo, de la capacidad de las élites para generar consenso en torno a su dirección y su proyecto de Estado. El conflicto social provocó una abrupta transformación del sistema político boliviano, de los consensos básicos de la comunidad política y de las identidades políticas que ordenaban las actitudes, posicionamientos y alineaciones.

El MAS y Evo Morales llegaron al Gobierno de Bolivia en medio de una crisis orgánica del sistema político, que condujo al descrédito de todos los partidos “tradicionales” –aunque algunos no contasen con más de dos décadas de existencia- y a la generalización de la necesidad de “refundar el país”. La inédita victoria electoral del 18 de diciembre de 2005 – cerca del 54% de votos a la candidatura de Morales- supuso la apertura de un proceso conflictivo de reordenación institucional y profundas reformas estatales.

Exactamente cuatro años después, el 9 de diciembre de 2009, la candidatura de Evo Morales y Álvaro García Linera a Presidente y Vicepresidente del país, obtenía una victoria aún mayor, del 63% de los votos. En paralelo al cambio electoral, una transformación político-discursiva menos explícita pero más radical había modificado la política boliviana en esos años: no es sólo que el Movimiento Al Socialismo fuese la fuerza más votada, es que su diagnóstico de la realidad, sus símbolos y propuestas, habían pasado a ser parte del imaginario colectivo de los bolivianos. En otras palabras, todo actor político que se pretenda relevante en Bolivia, incluso desde la oposición más furibunda al gobierno, debe ahora moverse dentro de los marcos culturales y hablar con el lenguaje que están en la base de un sentido común favorable al oficialismo.

Derivado, cristizador y a su vez promotor de estas transformaciones, el gobierno del Movimiento Al Socialismo descansa sobre un liderazgo inédito en el país, que le ha permitido hacer frente a un ambicioso programa de reforma estatal. Este liderazgo, como ya se ha señalado, se expresa de la manera más evidente en sus sucesivas y amplias victorias electorales, pero comprende fundamentalmente la exitosa encarnación –no exenta de contradicciones y disputas, como se ha visto a lo largo de este trabajo-, por parte del MAS y más en particular de Evo Morales, de una nueva “voluntad colectiva nacional-popular”. Así, el

oficialistas, y la crisis política se quedó en incidente. Pero expresó con nitidez las transformaciones discursivas en la política boliviana.

proceso político boliviano resulta en primer lugar un ejemplo sobresaliente, por su rapidez, su profundidad y su contundencia, de construcción de hegemonía. Este es precisamente el tema de esta investigación.

13.2 Recapitulando: los pasos seguidos

En la introducción de este trabajo se explicitaba su objetivo: un análisis discursivo de la generación de hegemonía durante el primer gobierno del MAS (2006-2009). A continuación se señalaban las carencias identificadas en la literatura científica que hacían necesario y pertinente el enfoque adoptado, de entre muchos posibles, para abordar el estudio de una cuestión específica en el proceso político boliviano: la construcción de poder político. Por último, se detallaba la estructura de la tesis y las razones de esta ordenación. El trabajo se divide fundamentalmente en una primera parte de desarrollo teórico de las categorías y la perspectiva que guían la investigación, una segunda parte dedicada a las decisiones epistemológicas y el aparato metodológico para el estudio del caso, y una tercera parte, en rigor el núcleo de la investigación, de contextualización histórica y aplicación de la metodología teóricamente informada al fenómeno político estudiado. A continuación, se exponen resumidos los pasos dados en cada uno de estos bloques.

La investigación ha comenzado con la confección de un armazón teórico basado en los tres pilares fundamentales de *hegemonía*, *discurso* y *pueblo*. El primer concepto se ha derivado fundamentalmente de una lectura crítica de las obras de Gramsci específicamente dedicadas a la cuestión de la obtención de poder político a través de la construcción de un consenso por el cual el grupo social dirigente obtiene la adhesión o al menos la aquiescencia de los grupos dirigidos. El concepto gramsciano de hegemonía ha recibido después una revisión crítica a la luz de los trabajos de autores específicamente centrados en su producción a través del *discurso*, pasaje que sirve para introducir la discusión del segundo concepto. La “Discourse Theory”, inaugurada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en 1985 con *Hegemony and Socialist Strategy* es el marco utilizado para comprender las prácticas discursivas como aquellas que atribuyen significado político a los diferentes objetos sociales. El tercer concepto desarrollado es el de *Pueblo*, basándose para ello en *La Razón Populista* (Laclau, 2005). Para una problematización del concepto, se han revisado de manera crítica las diferentes líneas de aproximación al fenómeno del populismo, y después se han propuesto, siguiendo a Laclau, las ventajas analíticas derivadas de entender el “populismo” como forma de construcción de la

política, en lugar de tratar de encontrar un contenido ideológico común a los muy diferentes fenómenos que pueden recibir la etiqueta. Con la discusión de la construcción discursiva del *Pueblo* como la identidad política más universal, se han conectado los tres conceptos axiales del capítulo de marco teórico, y se ha explicado su pertinencia para el estudio de fenómenos de conformación de poder político basado en la hegemonía.

Cada uno de los conceptos –*hegemonía, discurso y pueblo*– han recibido la atención de un capítulo. Su discusión, además de por la amplia revisión bibliográfica, ha estado presidida por su constante relación con diferentes procesos de construcción de poder político. La elaboración del armazón teórico se ve así atravesada de ejemplos que por una parte sirven para explicar la concreción histórica de los conceptos empleadas y por otra para comprobar su validez como categorías para la comprensión y explicación de fenómenos políticos relevantes.

La segunda parte de la investigación está constituida por el desarrollo de las decisiones epistemológicas y metodológicas a partir del enfoque teórico adoptado. De esta forma, el carácter construido de las identidades políticas, la performatividad del discurso y la reflexividad de los actores políticos son las premisas para el desarrollo de un aparato metodológico con el que emprender el análisis de la conformación de hegemonía en Bolivia. Este aparato se ha compuesto a partir de un recorrido por las teorías constructivistas del nacionalismo y de la etnicidad, que entienden ambas identidades como resultado, y no premisa, de la acción política. Después, se ha revisado el desarrollo de una metodología para el estudio de la movilización política específicamente centrada en el discurso en tanto que actividad de producción de sentido político: el análisis de marcos o *frame analysis*. Se han visitado las principales formulaciones de esta metodología para el análisis de discurso, así como las propuestas de otros autores para el análisis de discurso.

Por último, se han explicado las razones de la elección de un modelo flexible que permita combinar el análisis de las operaciones de enmarcado por las que un discurso construye significado, con las categorías propias de la *Discourse Theory*, centrada en la producción discursiva de hegemonía. De esta forma, combinando ambos métodos, se ha alcanzado un modelo para el estudio de la construcción de hegemonía en situaciones de conflicto político, que se pretende especialmente pertinente para el caso del proceso político boliviano generado en la Crisis de Estado.

El análisis de marcos, desarrollado fundamentalmente a partir de las propuestas metodológicas del grupo de Snow y de Ramón Máiz, es la técnica de análisis empleada para la deconstrucción de los discursos que identifique las operaciones por las que se construye la hegemonía. Se trata de una adaptación del análisis de marcos a la perspectiva del discurso y la hegemonía. De esta forma, el enfoque teórico orienta las decisiones epistemológicas y el diseño técnico de la investigación.

La tercera parte del trabajo se ha centrado en el objeto de estudio: el proceso político boliviano. En primer lugar, un recorrido por la historia del Estado boliviano centrado en la cuestión de la hegemonía ha permitido situar el período investigado, la primera legislatura de Evo Morales y el MAS (2006-2009), como el más ambicioso proyecto de hegemonía expansiva. La historia política del Estado boliviano se ha leído aquí como presidida por un “vacío hegemónico” resultado de las dificultades de las élites políticas para constituir un régimen que integrase a sectores de los grupos dominados satisfaciendo parcialmente algunas de sus demandas. El repaso histórico ha girado sobre la cuestión específica de la capacidad de los sucesivos grupos en el poder político estatal para generar imaginarios incluyentes que les permitiesen gobernar con el consentimiento de los gobernados. Se han explicado las razones de que, en Bolivia, ésta haya sido antes la excepción que la regla, como el altísimo número de gobiernos militares parece sugerir.

Tan sólo la “Revolución Nacional” de 1952 y en menor medida el régimen neoliberal inaugurado en 1985 pueden ser denominados proyectos hegemónicos, y por ello reciben una atención privilegiada. En concreto, se profundiza en la conformación de contrahegemonía en las protestas frente a las políticas de ajuste neoliberal a comienzos del siglo XXI, puesto que en estos episodios nace la construcción discursiva *nacional-popular indígena* que después se consolidará como hegemónica durante el primer Gobierno del MAS.

Por último, se ofrece una descripción más en detalle de la etapa 2006-2009, con el proceso constituyente y el conflicto regional como dinámicas políticas axiales. Esta contextualización valdrá, posteriormente, para ubicar el análisis del proceso político desde un enfoque de deconstrucción de los marcos discursivos.

El examen histórico ha servido a dos objetivos fundamentales:

1. Poner en relación las categorías abstractas con el contexto político sobre el que deben aplicarse, y ayuda a moldearlas y a evitar los riesgos de una aproximación teórica poco conocedora de la realidad local. La correlación de fuerzas en el proceso político boliviano sólo puede ser comprendida tras haber rastreado la genealogía del mismo.
2. Explica los materiales sobre los que luego opera el análisis empírico. Las “palabras” con las que se trabaja en el análisis de marcos no son meros inventos literarios, sino los nombres de operaciones políticas, proyectos de Estado y demandas sociales. Una explicación histórica de éstas ahuyenta los riesgos de “idealismo”, y asienta el análisis de la producción cultural y discursiva de sentido en el terreno del conflicto por el poder político.

Tras la contextualización histórico-política, por tanto, vienen los capítulos dedicados al trabajo empírico. La información en la que se basa el análisis discursivo ha sido recogida mediante las entrevistas semi-estructuradas en profundidad a élites políticas, la observación participante y las fuentes documentales. El trabajo de campo desarrollado durante dos estancias en Bolivia de casi un año en total. Durante ese período se han realizado entrevistas a intelectuales y líderes políticos, se han llevado a cabo técnicas de observación participante en movilizaciones, mítines políticos y actos culturales, grabaciones de vídeo y análisis de prensa y documentos de reflexión y/o propaganda política. La interpretación y procesamiento de esta información no ha constituido un momento separado de la investigación, sino que ha tenido lugar en paralelo a su recolección, y al seguimiento de la actualidad política boliviana tras haber abandonado el país. De esta manera, la escritura del capítulo de análisis empírico del discurso se ha desarrollado como la cristalización de un proceso tan amplio como la propia duración de la investigación, e informado por ideas, hipótesis e intuiciones que los datos del trabajo de campo han ido falsando o validando.

Una vez elaborado el aparato teórico-metodológico en su totalidad, los datos empíricos son procesados y empleados para validar la hipótesis de partida de la investigación.

En lo fundamental, la hipótesis de partida indicaba que el poder político del Gobierno del

Movimiento Al Socialismo en Bolivia no descansaba exclusivamente en una serie de victorias electorales, ni siquiera en el apoyo de organizaciones indígenas y sindicales. Su poder político era hegemónico porque el partido de gobierno podía presentarse como representando los intereses de una mayoría casi tan grande como la totalidad de la comunidad política: el *pueblo* de Bolivia, reconstruido a partir de la centralidad de los sectores indígenas y empobrecidos. Precisamente esta particularidad, el protagonismo “plebeyo” de los sectores tradicionalmente excluidos, es la que dota de sentido político-ideológico a la hegemonía en expansión en Bolivia.

Sin embargo, para su consolidación hegemónica, el oficialismo tuvo que librar la confrontación en torno a la demanda autonómica. Ésta es la dimensión central del proyecto contrahegemónico opositor conservador-regionalista. La operación de adaptación de marcos discursivos hacia la rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso nacional-popular indígena es identificada en este trabajo como el hecho determinante de la consolidación hegemónica. Se pretende que, a través de esta operación, el oficialismo amplió el imaginario del “proceso de cambio” inscribiendo parte de las reivindicaciones regionales. De esta forma, desarticuló la contrahegemonía en formación y consolidó su articulación de voluntad colectiva nacional, como un consenso fuera de cuyos parámetros ningún actor político –ni aún opositor- puede aspirar a ser mayoritario en el país.

Así, el primer capítulo de esta cuarta parte ha comenzado identificando y aislando los dos discursos principales, el oficialista *nacional-popular indígena* y el opositor *conservador-regionalista* y justificando su selección para el análisis, descartando otras narrativas existentes en la vida política boliviana actual. Se han discutido las razones que han llevado a considerar estos dos discursos como los que ordenan la vida política del país, y se acude a los propios actores políticos para sustentar esta decisión. Después, se han considerado algunas cuestiones previas necesarias para emprender el análisis de marcos discursivos en cada uno de ellos. La caracterización y explicación de los discursos se realiza mediante la deconstrucción de los mecanismos discursivos por los cuales diferentes elementos que no compartían ninguna propiedad esencial que les vinculase necesariamente, son articulados en cadenas de significado que los oponen a un “afuera constitutivo” y los anclan a un *significante vacío* que encarna el “excedente metafórico” (Arditi, 2010): aquella totalidad investida de una particularidad que redefine el sentido de cada demanda de la cadena orientándolas en un sentido unitario, hacia un proyecto político determinado. Ésta técnica de análisis permite

comprender el sentido ideológico de cada uno de los discursos, derivado de la forma de inscripción en su interior de diferentes demandas y fuerzas sociales, y las razones de sus respectivas capacidades para conformar amplios bloques en torno a una identidad política que busca ser hegemónica.

Se ha comenzado con un capítulo de análisis del discurso oficialista, precedido por la explicación de sus condiciones de emergencia y desarrollo. La deconstrucción de los marcos discursivos, según el modelo de *frame analysis* adaptado a la teoría del discurso y la hegemonía, se ha sustentado en las entrevistas a líderes políticos, datos de la observación participante, análisis de prensa boliviana y de documentación y propaganda política en el período (2006-2009). El siguiente capítulo, guiado ya por la referencia del análisis de marcos del discurso oficialista, se ha dedicado al discurso opositor, con el mismo uso abundante de material empírico para corroborar las conclusiones alcanzadas.

El último capítulo, una vez deconstruidos y explicados los dos discursos, se examina su desarrollo en relación a la demanda autonómica, eje central sobre el que se conformó una geografía política marcada por la oposición gobierno nacional – departamentos orientales. En ese conflicto regional no se libraban cuestiones locales sino la construcción del poder político nacional en cuanto capacidad del gobierno de integrar en forma subordinada a la oposición en el nuevo escenario institucional, o de la oposición regional de hacer colapsar el proceso constituyente y de reforma del Estado, y abrir una etapa nueva en la que su liderazgo regional se constituyese en proyecto nacional. El examen de lo ocurrido con la demanda autonómica, finalmente rearticulada al interior del discurso oficialista, permite comprender la operación por la cual el discurso del MAS y los movimientos sociales afines ha ganado en capacidad de interpelación ampliando su horizonte discursivo. De esta forma, el MAS ha rebajado sustancialmente sus contenidos programáticos e ideológicos, realizando importantes cesiones a las élites político-económicas orientales; en el mismo movimiento, no obstante, ha desarticulado a la oposición en clave nacional, ha afirmado su liderazgo y ha consolidado su hegemonía. Este movimiento, típico de la hegemonía, refleja su diferencia fundamental con la dominación u otras formas de poder político: la naturaleza híbrida de la hegemonía radica en que se trata de una operación diferente a la suma de elementos, puesto que los resignifica en una construcción amplia que siempre incluye parte de las ideas y proyectos de los rivales, integrándolos en forma subordinada en una nueva voluntad colectiva.

13.3 Los resultados de la investigación

13.3.1 La política como generación de sentido

La política contemporánea está profundamente marcada por la fragmentación, de tal manera que lograr la “unidad” del sujeto privilegiado es la tarea primera y primordial de todos los movimientos que aspiran a reorganizar la vida social y a ejercer el poder político. La creación de solidaridades compartida entre los miembros de una nación para los nacionalistas, del proletariado o la multitud para los marxistas, o de la *umma* para los islamistas; sin que unidad signifique necesariamente reducción a la homogeneidad, ningún actor político puede hoy dar por sentada la constitución política del sujeto al que se dirige. En ese sentido, y muy a su pesar en la mayoría de los casos, todos ellos son “postmodernos”.

La construcción subjetiva es hoy, de manera más nítida que antes, un momento central de la política. La Teoría del Discurso se ocupa precisamente de la acción política como generación de sentidos compartidos que, aunque descansan en elementos materiales “objetivos”, no puede derivarse “naturalmente” en modo alguno de ellos.

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe fijaron, con “Hegemonía y estrategia socialista” (1985) los cimientos de este enfoque. Laclau y Mouffe realizaron una reivindicación heterodoxa del pensamiento de Antonio Gramsci, que desafiara la concepción tradicional de la izquierda de la ideología como “falsa conciencia”.

Este esquema explicativo presentaba el problema de la frecuente contradicción entre la realidad estructural y su manifestación superestructural, y en el terreno de la ciencia política, entre lo que los actores “realmente son” y lo que ellos dicen ser y por lo que guían su conducta, a menudo en disonancia.

Lukács ofreció un intento de solventar las grietas en la teoría política marxista abiertas por la creciente distancia entre lo que los sujetos sociales debían ser objetivamente y su comportamiento político efectivo: la “clase en sí” no siempre coincidía con la “clase para sí” (Lukács, 1969). Este esquema señala adecuadamente la tarea principal de una política autónoma de las clases subalternas: construir el sujeto político de “los de abajo”. Esa

construcción debe basarse en la identificación de “dolores” compartidos –en la expresión de Boaventura de Sousa Santos-, pero su siguiente paso es la articulación de todos ellos en un sentido unitario, y su agrupación mediante una nominación que constituya el colectivo. Esta es una tarea contingente y discursiva. Se trata de la producción de voluntad colectiva de la que hablaba Gramsci, como la forma en la que un grupo social concreto ejerce la dirección del conjunto social integrando en forma subordinada a la mayoría, aislando a los menos, y encarnando con éxito el interés general (Gramsci, *Cuadernos V*, pp. 36-37).

En consecuencia, los alineamientos políticos de una sociedad –las razones que unen y enfrentan a la gente- no pueden darse por determinados en ninguna esfera externa a la política. Desde posiciones ideológicamente muy diferentes a las de estos autores, Carl Schmitt concuerda cuando señala que tener el poder “significa, sobre todo, tener la posibilidad de definir si un hombre es bueno o es malo” (Schmitt, 2010 [1947]: 40).

Esto no equivale en modo alguno a defender que sean arbitrarios, que cualquier criterio pueda convertirse en una fractura que ordene el campo político, pero sí a postular que ninguna condición material produce por sí misma posiciones y subjetividades políticas. La consecuencia epistemológica, seguida en esta investigación, es una atención privilegiada a los discursos como generadores de sentido político.

Esta investigación, en consecuencia, ha sostenido que los discursos no son meros epifenómenos de fuerzas políticas preconstituidas, sino que son las prácticas productoras de significado y alineamientos políticos que generan identidades y articulaciones que, eventualmente, pueden ser hegemónicas. Se ha seguido la *Discourse Theory* como marco fundamental para un enfoque centrado en la hegemonía, aunque se ha enriquecido también con aportaciones de otros autores cercanos a las premisas fundamentales de esta escuela. Para el estudio de los mecanismos de construcción discursiva de la hegemonía, se adopta una perspectiva epistemológica constructivista y una metodología basada en el *frame analysis* o análisis de marcos para identificar los mecanismos constructivos de significado político y movilización que componen un discurso político.

La hegemonía no se considera aquí la única forma de construcción política, ni siquiera la única en contextos democráticos y pluralistas. Se entiende la hegemonía como una entre varias formas posibles de construcción de poder político. Su rasgo distintivo es el obtener el

consenso activo o pasivo de los gobernados hacia el grupo dirigente que consigue presentar su proyecto político como la realización de un bien superior –tendencialmente universal- que supera su propia particularidad. Para que se puedan dar prácticas hegemónicas, es necesario un cierto espacio provisto por la “dislocación” –es decir, que las identidades y los significados no estén prefijados y sacralizados, sino que se consideren construcciones modificables, algo que nace con la modernidad y se intensifica con la posmodernidad- y que existan libertades políticas como para que la práctica articuladora de actores que compiten entre sí –aún en condiciones asimétricas- no pueda ser sustituida por la exclusiva coerción.

13.3.2 La hegemonía en Bolivia: la constitución del *pueblo* indio y pobre

Se ha defendido en esta investigación que en Bolivia han existido dos regímenes hegemónicos – el nacionalismo revolucionario de 1952, el neoliberalismo de 1985- y en la crisis del Estado neoliberal se ha ido conformando una tercera hegemonía expansiva, que se ha consolidado durante el proceso constituyente y el primer gobierno de Evo Morales (2006-2009). Éste último régimen hegemónico, que aquí se califica como *nacional-popular indígena* ha instituido un nuevo sentido común según el cual la necesaria refundación estatal tiene que adaptar las estructuras políticas a la “nación verdadera” que tiene en su núcleo articulador a los sectores empobrecidos e indígenas, *plebeyos* en fin, como la esencia nacional. De la construcción de este nuevo horizonte en el que se inscriben las demandas y aspiraciones de diferentes sectores sociales se deriva el liderazgo político indiscutido del Movimiento Al Socialismo, encarnando esta identidad nacional plebeya conformada. El liderazgo del MAS se expresa no sólo en sus triunfos electorales o en los avances de las reformas institucionales estructurales, sino sobre todo en su capacidad para fijar los términos en los que se mueve la contienda política nacional.

La identidad política hoy hegemónica en Bolivia se fraguó, como ya se ha expuesto a lo largo de esta investigación, en las movilizaciones contra las reformas económicas neoliberales. El consenso entre los partidos y la supremacía intelectual y cultural del discurso que promovía las reformas asociándolas a “modernización”, “desarrollo” y, sobre todo presentándolas como trámites absolutamente necesarios, sin alternativa, generó la invisibilización y el aislamiento de las protestas de los grupos afectados por las medidas económicas adoptadas. Cada uno de ellos se enfrentaba por separado a un bloque histórico compacto -la práctica totalidad de partidos políticos, gran parte de las ONG, todos los periódicos y canales de televisión, los

mejores intelectuales y académicos, muchos de ellos cooptados de grupos de izquierdas, que incorporaban al consenso en expansión su pasado como prueba de la transversalidad del nuevo “sentido común”- y con capacidad de articulación y seducción de grupos subordinados a través de políticas de reconocimiento cultural, descentralización del poder y la promesa de ascenso social individual, más que plausible durante los primeros y boyantes años 1990.

En este marco, la oposición a las reformas era aislada y estaba excluida a los márgenes de la política oficial. Muy pocas de las reclamaciones encontraron canalización a través del sistema de partidos, o fueron tramitadas individualmente por una administración pública que, como resultado de las propias reformas, había perdido capacidad fiscal y por tanto de respuesta a las demandas sociales en términos de políticas públicas. Además, había por parte de la élite dirigente una voluntad de firmeza, de convertir también las reformas en una derrota de los sindicatos y los partidos minoritarios de la izquierda (Sánchez de Lozada, 1985). Esto supuso la marginación y debilitamiento de las protestas en un primer momento, pero también, a la postre, la condición de posibilidad para que, al crecer el número de afectados por las reformas y sus quejas, lo hicieran marcadas por una dimensión común “antirrégimen”.

De esta forma, se iba fraguando entre todas ellas una cierta “solidaridad” horizontal, en tanto vinculadas por su exclusión de la política institucional, percibida como un bloque cerrado e incomunicado con los sectores más desfavorecidos. García Linera dice que en ese momento “lo local se articula en torno a una demanda general movilizadora: la defensa de los recursos públicos, de los recursos comunes” (García, 2010: 15-16). Ésta será la dinámica fundamental de construcción del pueblo en adelante.

La “Guerra del Gas” en octubre de 2003, funcionó como condensación de todas estas demandas parciales o “corporativas” en torno a la oposición al proyecto del gobierno de entregarle la comercialización del Gas boliviano a empresas multinacionales que pretendían exportarlo hacia Chile y California, emergió una revuelta que se convirtió en una insurrección al chocar con la feroz represión estatal, con la ciudad empobrecida y aymara de El Alto como epicentro.

Lo que posteriormente se llamó la “Agenda de octubre” fue un conjunto de consignas – “Reforma agraria, nacionalización del gas y Asamblea Constituyente” que funcionaron como “condensadores” de una diversidad de quejas en un proyecto de ruptura con el orden

institucional que se iba haciendo hegemónico, de manera equivalente a como Althusser (1967: 49-86) entiende que funcionó la consigna bolchevique “paz, pan y tierra” en la Revolución Rusa.

Este pasaje estuvo marcado por dos operaciones discursivas fundamentales analizadas ya en este trabajo. En primer lugar la simplificación y dicotomización radical del campo político boliviano entre una identidad en formación y las “élites” como exterior constitutivo. En segundo lugar, la nominación de esta identidad en formación, como *pueblo* de Bolivia, en una tensión virtuosa y altamente productiva que oscilaba entre el “pueblo” como las capas empobrecidas e indias, y el “pueblo” como toda la nación. La construcción de este *pueblo* -a un tiempo sujeto universal y al otro el interés particular de los subalternos, a un tiempo *pópulus* y al otro *plebs*- es el signo de la hegemonía del discurso que aquí se denomina *nacional-popular indígena*. La identidad oficialista es la que postula la absoluta representación de este sujeto por el MAS y Evo Morales.

Esta construcción no era una mera descripción de sujetos preconstituidos, sino que, en un acto nominativo, constituía al “pueblo” que debía, desde ese mismo momento, gobernar el país. Las reformas económicas y la crisis de la minería de estaño habían terminado con la centralidad obrera, y habían hecho implosionar el campo popular en una diversidad de figuras productivas y pertenencias étnicas, territoriales y de clase. La heterogeneidad de los sujetos subalternos se rearticuló así en la operación discursiva que construyó lo nacional-popular, esta vez con un papel fundamental de lo indígena. No había nada de necesario en dicha operación: estamos ante la contingencia de la hegemonía.

El MAS pasó inicialmente de ser un instrumento electoral local de las federaciones sindicales cocaleras a ser un partido nacional-popular que encarnaba una mayoría social y política contrahegemónica enfrentada al neoliberalismo, pudiendo postularse en las elecciones de 2005 como el representante del pueblo olvidado de Bolivia. Su éxito electoral por un histórico 54% debe entenderse en consecuencia como una manifestación de su capacidad de representar y articular ese bloque indígena y popular antineoliberal. El término “indígena” aquí es clave, pues revela una diferencia central con la Revolución Nacional de 1952: la centralidad de la identidad indígena en los discursos, símbolos y movilizaciones de las protestas, y después en el programa de reforma estatal y en las élites destinadas a aplicarlo. Por esta razón el discurso oficialista se ha denominado aquí *nacional-popular indígena*.

El liderazgo carismático de Evo Morales es en sí mismo expresión y elemento principal de producción de la “frontera” constitutiva del *Pueblo*. La legitimidad “de origen” de Morales es mucho más fuerte que la de “ejercicio”, por decirlo en términos clásicos de Ciencia Política.

Desde la victoria en las elecciones de 2005 –que fueron principalmente un referéndum entre el MAS y las “viejas élites”, lo que benefició enormemente al primero- y con el proceso constituyente como marco principal, el Gobierno de Evo Morales ha venido desplegando así su hegemonía: el Gobierno de los más para los más, en palabras de Evo: *del pueblo para el pueblo boliviano*.

La hegemonía del MAS se ha consolidado, no obstante, mediante un virulento conflicto político con un bloque opositor territorializado en los departamentos del oriente y sur del país, librado principalmente en torno a la discusión de la geografía del poder político y la demanda autonómica. La rearticulación de la demanda de “autonomía” al interior del discurso oficialista se ha señalado como una de las maniobras discursivas fundamentales por las cuales el Gobierno y sus aliados han desarticulado el bloque regionalista opositor constituido en torno a las reivindicaciones territoriales y las identidades de lugar asociadas.

Pese a la asimetría en cuanto a los recursos económicos disponibles, acceso a los medios de comunicación de masas y capacitación técnica de los cuadros dirigentes, el gobierno del MAS y Evo Morales superó una ofensiva que pretendía construirlo como “aislado”, el gobierno del altiplano improductivo que margina, expolia y castiga a las regiones más productivas del país. El oficialismo desarticuló esta operación, como ya se ha dicho, integrando la demanda autonomista de descentralización departamental como parte de su programa, anclándola sin embargo a la nueva Constitución, el Estado Plurinacional y el nuevo papel del Estado desarrollista. Así ha fragmentado el bloque opositor, seduciendo a buena parte de él a través de la inclusión subordinada de sus propuestas en la reforma general del Estado. De esta forma, el Gobierno y los movimientos sociales aliados han conseguido superar una situación de “empate catastrófico” con una contrahegemonía en formación radicada en las regiones orientales del país, cuyas élites político-económicas fueron capaces de bloquear el proceso constituyente y de acercar el gobierno al colapso, al tiempo que se proponían como proyecto nacional alternativo. Finalmente, algunos sectores de aquel bloque opositor han sido integrados en el marco institucional y en el horizonte de sentido de la reforma estatal en marcha, conducida por el MAS, mientras el resto ha sido desarticulado y aislado. Es un

proceso claro de despliegue de lo que en este trabajo se ha denominado “hegemonía expansiva”.

Las visiones que han leído este proceso como alternativamente una “imposición” del Gobierno o una traición del MAS a los movimientos sociales y los grupos más desfavorecidos, caen en interpretaciones excesivamente binarias, que no dan cuenta de la naturaleza siempre “mestiza” de la hegemonía: distinta del mero acuerdo pero también de la pura victoria. La hegemonía, en esta caso paradigmático, se encuentra más cercana a una rearticulación que resignifica sus contenidos interiores, imponiendo un proyecto de un grupo particular al que se han unido contenidos de los grupos subordinados, para representar la realización de la voluntad general de la comunidad política.

La rearticulación de la demanda autonomista en el discurso oficialista, vinculándola a la cadena de reformas en marcha, y la cesión ante ciertas demandas de las élites orientales, no constituyen en absoluto un resultado necesario, ni estaban prefijadas por la evolución del conflicto político. Son resultados contingentes de un combate político que no es de suma cero precisamente porque las identidades que se enfrentan son construidas y sometidas a redefinición, en lugar de ancladas y sustanciales. Esta es la razón de que el conflicto político sea, en lugar de una sucesión de confrontaciones electorales o los prolegómenos del choque armado, una pugna por la hegemonía.

13.3.3 Validación de las hipótesis

Este trabajo partía de las preguntas:

¿Es el MAS hegemónico en Bolivia? Si es así, ¿cual ha sido la construcción discursiva de esa hegemonía?, ¿qué alineamiento político y qué identidad popular están en la base de esa construcción hegemónica?

La hipótesis que ha estructurado toda la investigación, asumía que efectivamente el MAS ostenta un poder político que debe ser definido como “hegemonía”, y apuntaba los mecanismos de articulación discursiva que la habrían construido. En lo fundamental, la hipótesis central afirmaba que:

El MAS y Evo Morales son los catalizadores y representantes de una nominación radical: la de “pueblo boliviano”, que es una identidad política generada por medio de la dicotomización conflictual del campo político, la representación de las élites como enemigas del interés general de la nación, y la operación metonímica por la cual los grupos sociales- particulares- indios y pobres- encarnan la voluntad general – universal. El principal desafío para la hegemonía expansiva del MAS lo constituyó la demanda de descentralización autonómica que articulaba las identidades regionales orientales con contenidos opositores al Gobierno. La rearticulación de esa demanda al interior del discurso del MAS amplió las fronteras de la identidad oficialista y desarticuló la contrahegemonía en formación.

Lo que se materializaba en las siguientes subhipótesis

- 1) *En Bolivia se ha generado una nueva construcción de “Pueblo”, protagonizada por los sectores tradicionalmente excluidos y empobrecidos.*
- 2) *El Gobierno del Movimiento Al Socialismo se postula a sí mismo como la encarnación y representante de esa nueva identidad, en tanto que voluntad colectiva unitaria, y a ello debe su éxito.*

- 3) *La espacialización del principal conflicto político con las fuerzas vivas de la oposición, compuesta por las Prefecturas y los Comités Cívicos de los Departamentos de la llamada “Media Luna” oriental del país, si bien en el corto plazo estuvo a punto de hacer colapsar al Gobierno y/o de provocar un enfrentamiento armado civil, en el largo plazo cedió al oficialismo el terreno de “la defensa de los intereses de la Patria”, asegurándole así al Gobierno el apoyo –o al menos la pasividad- de sectores, como la clase media urbana del occidente del país, o el ejército, que no formaban parte de la coalición de fuerzas en el poder.*

- 4) *La rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso oficialista, y su inscripción en el imaginario del “proceso de cambio”, ha supuesto la desarticulación de la construcción contrahegemónica opositora-regionalista y la consolidación de la hegemonía nacional-popular indígena.*

El desarrollo del análisis de discurso, basado en entrevistas a élites políticas e intelectuales, en análisis de fuentes documentales y en observación participante, permite confirmar la hipótesis principal, ratificando cada una de las hipótesis secundarias.

El examen del discurso político boliviano muestra que la interpelación al *pueblo* boliviano es tan recurrente que preside la contienda política cotidiana. Los actos oficiales del Estado, la propaganda electoral y la creación de opinión en prensa escrita arrojan suficientes ejemplos de que éste es uno de los términos políticos más significativos en Bolivia. Lo que es más importante, en todo caso, es que se trata de un marco de interpretación que “resuena” en los interpelados, ordena las actitudes y compromisos, comenzando por el voto. El liderazgo de ese pueblo le corresponde a los indios y los pobres, apoyados en un relato que los presenta como la esencia siempre olvidada de la “Patria”, y la prueba de su realización última: en el discurso político boliviano hoy no hay “Patria” si no hay *patria para todos*.

El Gobierno Boliviano, fundamentalmente a través de Evo Morales como el mayor símbolo político, reclama para sí con éxito la representación de ese *pueblo*. Sus movilizaciones, campañas electorales y mensajes más relevantes se dirigen “al pueblo boliviano” –no a los ciudadanos, a la clase trabajadora, a las comunidades indígenas o al “país”- y hasta ahora siempre consiguen respuestas masivas y mayoritarias. Esto demuestra que estamos ante una

categoría central en la política boliviana, que todos sus actores reconocen, emplean y disputan como central. Quedan demostradas así la primera y la segunda hipótesis secundarias.

Por otra parte, los momentos de riesgo de colapso institucional y/o enfrentamiento civil han coincidido siempre con iniciativas de la llamada “Media Luna”: la tensión entre los referéndum para la composición de la Asamblea Constituyente y por la autonomía departamental, en julio de 2006, que fue la primera cesión que tuvo que hacer el Ejecutivo, precisamente a la oposición regionalizada; la evacuación de la misma Asamblea Constituyente de la ciudad Sucre, por una reivindicación regional rápidamente articulada en el bloque de la “Media Luna” en noviembre de 2007; el referéndum ilegal sobre el Estatuto de Autonomía convocado por la Prefectura de Santa Cruz y apoyado por todo el autonomismo; los referendos revocatorios de agosto de 2008 en los que Evo Morales y Álvaro García Linera se midieron de forma explícita con los prefectos opositores, especialmente del oriente y el sur del país; y por último los enfrentamientos en septiembre de 2008 en las calles de Santa Cruz de la Sierra y otras ciudades del oriente boliviano, en los que jóvenes regionalistas atacaron oficinas de sindicatos campesinos, ONGs indigenistas e instituciones del Estado central. La geografía electoral que arrojan todas las elecciones desde ahora demuestran además un persistente patrón diferenciado de voto en aquellas regiones donde los candidatos opositores pueden apelar a la identidad territorial *camba*. La propaganda de estos actores, sus diagnósticos y pronósticos de la situación política en el país expresados en las entrevistas en profundidad, no dejan lugar a dudas sobre dos cuestiones: 1) La oposición con verdadera capacidad de resistencia y bloqueo, siquiera sean territorializadas, es la conservadora-regionalista. Sus convocatorias son las únicas no oficialistas con capacidad de masas, pero, más importante aún, su discurso es la única narrativa “innovadora” que se enfrenta a la oficialista sin tener que apelar a una vuelta a un pasado claramente deslegitimado entre la gran mayoría de los bolivianos. 2) Evo Morales careció de oposición nacional al menos en su primera legislatura como presidente (2006-2009), esto originó fuertes tensiones territoriales pero, a la larga, dificultó la construcción de una alternativa de relevo internacional, y consiguió el consentimiento para el Gobierno, si quiera sea pasivo y hasta resignado, de sectores urbanos de clase media del occidente del país y del ejército, reacios a comprometerse con una oposición sospechosa de “separatismo”. Esto se aprecia claramente en el discurso del MAS, que comienza desde 2006 a invocar la “unidad nacional”, cosa que nunca antes había hecho. Esta operación le reporta claros réditos políticos. Se demuestra así la tercera hipótesis secundaria de esta investigación.

Por último, el giro discursivo en el oficialismo, que pasa de denigrar las autonomías departamentales como una reivindicación de “la oligarquía separatista” a integrarlas en la Constitución y defenderlas como parte del “proceso de cambio” y del Modelo de Estado, ahora tan “plurinacional” como “autonómico”, le asegura la consolidación hegemónica. El giro en el discurso del MAS y el Gobierno se ha podido comprobar a través de numerosos datos extraídos de la observación participante, pero lo reflejan además la mayor parte de los entrevistados, tanto oficialistas como opositores. Estos últimos, además, revelan tanto su preocupación como su rechazo ante la maniobra de rearticulación oficialista, y tratan de desvirtuarla por “falsa”.

Esta operación ha reducido drásticamente la capacidad de movilización de la derecha regionalizada –desaparecida como actor político desde la aprobación de la Constitución en Enero de 2009- ha sacado la confrontación territorial de la agenda política -“autonomía” ya no es apenas una consigna contra el Gobierno- y permitió al MAS en las elecciones presidenciales de diciembre de 2009 y locales y departamentales de abril de 2010 unos resultados inéditos en el oriente del país, que aunque sigue votando mayoritariamente por candidatos opositores, muestra un creciente fraccionamiento territorial y ruptura de la homogeneidad del voto. Todos estos elementos permiten validar la última hipótesis secundaria. Queda ahora por discernirse, en todo caso, la tensión en el oficialismo entre “vaciamiento” y “cierre” por la ampliación de sus fronteras discursivas como resultado de la rearticulación de la autonomía, las identidades regionales –y regionalistas- y la descentralización departamental.

La confirmación de todas las hipótesis secundarias permite afirmar que la hipótesis inicial de partida es correcta. Es cierta la explicación del tipo de poder político del MAS, su caracterización como “hegemonía” y los pasos que ha seguido este proceso. A riesgo de simplificar, se especifican a continuación los hitos principales de esta construcción hegemónica:

- 1) La acumulación de protestas de los más variados sectores sociales contra las reformas neoliberales;
- 2) El desbordamiento del sistema político por una movilización que no es integrada en los cauces institucionales y que dicotomiza el espacio social en torno a la frontera antagónica que expulsa a las élites del “pueblo” –aún en sentido principalmente negativo;
- 3) La cristalización como identidad política en torno a Evo Morales y El MAS;
- 4) La nominación

del *pueblo* por la que los pobres y los indígenas encarnan con éxito la representación del total de la “Patria” –o al menos de su núcleo- o, en términos metafóricos, la *plebs* se hace *pópulus*;

5) La consolidación hegemónica del oficialismo una vez que éste supera la confrontación regional rearticulando en su interior la demanda autonomista que constituía a la oposición regionalizada. De esta manera mantiene un “exterior constitutivo” considerablemente aislado mientras amplía las fronteras de la identidad oficialista;

6) Los significantes *Evo* y *Proceso de cambio* comienzan a estar “flotantes” fruto de su sobresignificación, de las tensiones producidas por la inscripción en ellos de los más variados contenidos, intereses y proyectos. El oficialismo en Bolivia se enfrenta a la tensión, aún no principal en la vida política, pero sí nítidamente creciente, de encarnar exclusivamente los intereses de los indios y empobrecidos, con el consiguiente riesgo de erosión de la hegemonía sustentada en un amplio y heterogéneo bloque social, o de representar a “toda” la comunidad política boliviana, con el consiguiente riesgo de “vaciamiento” de la identidad política oficialista, y de traslado de la lucha política a su interior.

Estos son, en lo fundamental, los pasos de la lucha hegemónica en Bolivia. El desarrollo del proceso político boliviano es perfectamente coherente con este esquema, que se puede verificar a través de la evolución del conflicto social, de los resultados electorales, de las posiciones de actores políticos y medios de comunicación, y del trabajo de recogida y análisis de información realizado en esta investigación.

13.3.4 Contribuciones, alcance y posibles desarrollos de esta investigación

El enfoque teórico-metodológico adoptado, la *Discourse Theory* aplicada desde una perspectiva constructivista mediante el *frame analysis*, se ha demostrado capaz de arrojar luz sobre la construcción de poder político en Bolivia, un tema sometido a numerosas especulaciones, teorías conspirativas, creencias esencialistas en el “despertar” de una mayoría indígena que llevaría 500 años dormida, e interpretaciones basadas en una concepción “exótica” y orientalista de la psicología social de la ciudadanía boliviana.

En esta investigación se ha ofrecido una interpretación alternativa, plausible y demostrada, que explica el extraordinario liderazgo del MAS y el masivo apoyo popular a las reformas emprendidas por su gobierno y durante el proceso constituyente, como resultado de una práctica discursiva que ha sido capaz de inscribir los diferentes sufrimientos de los grupos subalternos del país como síntomas de la inadecuación de la estructura política, representada como diseñada para la minoría blanca y rica, a la “nación real”, masivamente pobre e indígena. En este horizonte, el liderazgo del MAS como partido campesino, después extendido también a los pobres urbanos y más tarde a las clases medias mestizas, se ha podido presentar como la reconstrucción y dignificación de la comunidad política, frente al pasado de exclusiones y despojo.

Los mecanismos por los que el oficialismo ha sido capaz de consolidar su hegemonía instituyendo un marco de sentido común que le es claramente favorable, distan mucho de ser el reflejo de ninguna fuerza social. Son el resultado de diferentes prácticas articuladoras y productoras de significado político que se identifican en esta investigación mediante el análisis de discurso.

El proceso de construcción de hegemonía se revela así como una dinámica de permanente negociación, hibridación y pugna por la institución del sentido y por la fabricación y apropiación de los significantes reconocidos como valiosos por la comunidad política – “patria”, “justicia”, “cambio”- así como por la atribución al adversario de los significantes denostados, que aíslan y estigmatizan: “élites tradicionales”, “corruptos”, “neoliberales”, vendepatrias”. No se trata de un juego de suma cero, de una confrontación “plana” y absoluta, sino de innovación y construcción. Es una “guerra de posiciones” en el sentido más literal del término gramsciano: una lucha por realinear las posiciones, ordenar el campo político de tal

forma que genere consenso para el actor hegemónico y la obligación para los adversarios de integrarse como subordinados o permanecer en los márgenes del consenso social.

Precisamente porque no es una batalla cerrada que se salda con una victoria absoluta, sino de una pugna que modifica las posiciones de partida y la propia composición de todos los actores, la lucha hegemónica no puede nunca darse por cerrada. Pueden existir formas de poder político que no descansen prioritariamente en la hegemonía, pero la pugna por la generación de sentido político no puede cerrarse. Tras la consolidación hegemónica del MAS, la tensión entre la ruptura y la recomposición política marca las dificultades presentes y futuras del Gobierno en Bolivia. En el conflicto contra el Estado neoliberal se generaron alianzas heterogéneas unidas principalmente por la impugnación de lo existente, que son difíciles de mantener en un contexto de sedimentación e institucionalización de una nueva correlación de fuerzas en el Estado. Entre los muchos retos del Gobierno del MAS está el construir, a partir de mimbres extremadamente débiles, un Estado incluyente, capaz de generar y redistribuir riqueza. En ese pasaje la hegemonía oficialista va a dirimirse en la capacidad para recrear “enemigos” *–afueras constitutivos–* que mantengan la unidad simbólica del “pueblo” y políticas públicas que efectivamente contribuyan a la emancipación de los sectores sociales históricamente subalternos.

La identificación y explicación de la hegemonía que sustenta al MAS no agota las posibilidades para la Ciencia Política aplicada al proceso político boliviano: su continuidad o, por el contrario, el cambio político, dependerán de la complicada gestión que el MAS realice de las demandas de transformación social que debe satisfacer, a la vez que de la permanente renovación de un imaginario que cohesione la amplia y heterogénea voluntad colectiva que le ha dado la victoria.

Los problemas derivados de la mala gestión de conflictos locales que el segundo Gobierno de Morales está afrontando revelan, en cualquier caso, que el proceso político boliviano no está cerrado y que la desarticulación de la contrahegemonía no significa necesariamente la buena gestión de la hegemonía y su tensión entre lo particular y lo universal.

Las conclusiones a las que el análisis discursivo permite llegar, señalan las posibles vías de desarrollo de la conformación del poder político en el proceso boliviano: el destino del gobierno del MAS, la posible rearticulación de la oposición, el alcance de las

transformaciones en la estructura del Estado y su relación con la capacidad discursiva del MAS para generar un bloque social nacional mayoritario en su favor.

Cuando la mayor parte de los análisis políticos que se suceden, especialmente cuando se refieren a América Latina, se decantan o bien por la caracterización ideológica inmediata o por el estudio de las instituciones y los partidos políticos, el análisis discursivo de la hegemonía se presenta como una fértil línea de desarrollo para explicar los fenómenos de poder político en base a la lógica de articulación por la que se rigen, y las demandas y grupos sociales que protagonizan dichas articulaciones, en un proceso siempre conflictivo. Esa podría ser, a la luz de las conclusiones de este trabajo, una línea interesante de desarrollo de investigaciones futuras en la Ciencia Política en particular y en las ciencias sociales en general. Tanto en el sentido de una profundización en el caso boliviano como en su uso para otros procesos políticos.

El enfoque de la hegemonía se ha revelado a lo largo de esta investigación como una vía de acceso privilegiado a los fenómenos de construcción de poder político en sociedades complejas. Se trata de una perspectiva que permite entender de forma global las dinámicas contenciosas y de negociación como parte de una misma lógica de competición política. Esto es cierto para las sociedades inmersas en procesos conflictivos de cambio político, pero también puede ser empleado para analizar las formas de acceso al poder político en sociedades caracterizadas por amplios y robustos consensos sistémicos, precisamente a través del estudio de los marcos discursivos que producen, reproducen y transforman dichos consensos, privilegiando determinados intereses, demandas y agendas, y aislando o relegando a un segundo plano a otros.

De forma fundamental, para el fortalecimiento de esta línea de trabajo, hacen falta investigaciones que relacionen la práctica discursiva de la articulación hegemónica con las condiciones socioeconómicas de partida y las políticas públicas, tanto para profundizar en la explicación de las diferentes capacidades de los Estados para satisfacer algunas demandas y aislar otras en una política contra-contrahegemónica, como en las posibilidades de los actores políticos subalternos de subvertir los regímenes existentes.

Por otra parte, el enfoque aquí adoptado se ha demostrado válido para analizar y explicar las situaciones de “crisis orgánica”, ruptura del sistema político y emergencia de una fuerza “antirrégimen”, incluso hasta su llegada al gobierno. No obstante, y salvo algunas excepciones (Barros 2000; Aboy, 2005), la mayor parte de las investigaciones se quedan en este momento, y existen muy pocos estudios sobre qué ocurre cuando la identidad política antes *outsider* se convierte en oficialista. Pareciera como si, en ese punto, el enfoque del discurso y la hegemonía dejase de tener pertinencia. Sin embargo, la hegemonía es un régimen que está sometido a permanente disputa, negociación y rearticulación. Este es quizás su rasgo distintivo. La cohesión total del *pueblo*, además, es siempre una construcción metafórica, un horizonte imposible en último término. Más si cabe desde el gobierno, en la medida en que el diseño y adopción de políticas públicas obliga siempre –y más en un Estado de recursos escasos- a elegir y priorizar entre necesidades y grupos sociales. Por tanto, hacen falta trabajos que se ocupen de este momento hasta ahora poco estudiado: las tensiones por las que se mantiene, quiebra o se reformula la identidad política “popular” una vez en el gobierno.

La hegemonía nacional-popular indígena es el resultado de la articulación discursiva de demandas de los sectores populares en una cadena cristalizada en torno a símbolos concretos – el gas y la renuncia de Sánchez de Lozada en 2003, Evo y el “proceso de cambio” actualmente- que expresan una nueva identidad de *pueblo*. El pueblo construido en Bolivia, indio y plebeyo, anticolonial y antineoliberal, explica el cambio político en el país y la hegemonía del MAS depende de su representación. La continuación y profundización de este cambio dependerá de que el bloque indígena y popular sepa seguir siendo “nación” sin renunciar por ello a sus contenidos particulares. Los dos abismos que acechan a la identidad política oficialista son por tanto la ruptura del *pueblo* en añicos de demandas corporativas sin ningún horizonte de articulación, por un lado, y la ampliación de esta identidad hasta un punto en el que nadie quede fuera del “pueblo” oficialista de Bolivia, mero protocolo para el ascenso social individual a través del Estado, por el otro. En ese momento las luchas se desarrollarían necesariamente al interior del oficialismo. No es una posibilidad demasiado lejana.

Sin embargo, la robusta salud del Gobierno de Evo Morales, pese a sus errores, contradicciones y obstáculos, y sobre todo la progresiva adopción de su lenguaje y marcos de sentido por el resto de fuerzas políticas, son sin duda la huella de la hegemonía. La emergencia pública de los grupos subalternos – indígenas y pobres en un país en el que “la etnia es una metáfora de la clase y viceversa” (Saint- Upéry, 2008)- es un hecho irreversible, hasta el punto de que ni los actores más reaccionarios son capaces de imaginar una recomposición política del *status quo* elitista que niegue a los indios.

Desde la perspectiva adoptada, se pueden considerar las tensiones del proceso constituyente, las que enfrenta actualmente el Gobierno de Evo Morales y las que están por venir, como una consecuencia lógica de una apertura radical en la política boliviana: la irrupción –protagónica- de *la parte sin parte*, en unas estructuras que se asentaban sobre el sentido sedimentado de su invisibilidad. La conflictividad de la vida política boliviana, por tanto, lejos de entenderse como patología o inmadurez de sus instituciones, puede leerse como un síntoma saludable de *politicidad* democrática: la puesta en marcha de un proceso generado por una tensión mayoritaria a favor de la transformación social, que implica primero la discusión y denuncia de los marcos de sentido tradicionalmente dominantes que ordenaban las posiciones políticas y sociales; y después la redefinición colectiva -y contradictoria y disputada, como no podría ser de otra forma- de la comunidad política: la distribución de sus bienes comunes, sus límites y reglas de convivencia, sus objetivos compartidos.

Índice de figuras

Figura n° 1. Tabla comparativa del desarrollo de la Crisis de Estado en Bolivia y de la evolución de las perspectivas de investigación predominantes	35
Figura n° 2. Estructura Teórico-metodológica de la investigación	100
Figura n° 3. Cadena equivalencial entre las demandas insatisfechas	201
Figura n° 4 Cadena equivalencial desactivada por la satisfacción individual de una de ellas y el aislamiento del resto	206
Figura n° 5 Rearticulación de una demanda al interior de otra cadena equivalencial y fijación de una frontera diferente	207
Figura n° 6. Delimitación y aclaración conceptual: Política, hegemonía y populismo	216
Figura n° 7.1. Matriz de la hegemonía sociopolítica	238
Figura n° 7.2. Matriz de la hegemonía discursiva	238
Figura n° 8. Modelo de Snow <i>et al.</i> para el análisis de marcos.	295-296
Figura n° 9. El aparato metodológico de Gerhards: la Estructura Ideal de Marco	300
Figura n° 10. Conjunto de métodos para el análisis del discurso en Ramón Máiz.	307-308
Figura 11. Modelo de análisis de marcos para el estudio de la construcción discursiva de la hegemonía. Representación conceptual.	326
Figura n° 12. La interrelación de los marcos y la hegemonía	329

Figura nº 13. Desarrollo de las entrevistas semi-estructuradas	335
Figura nº 14. Elites políticas entrevistadas	338-342
Figura nº 15. Ubicación ideológica de los entrevistados en los dos ejes principales del campo político boliviano	344
Figura nº 16. Resultados de los referendos revocatorios del 10 de agosto de 2008, por Presidente y Vicepresidente y Prefectos	409
Figura nº 17. Resultados del referendo revocatorio presidencial del 10 de agosto de 2008, por Departamentos y desagregados en áreas rurales y urbanas	410
Figura nº 18. Resultados del referéndum constituyente el 25/1/2009	413
Figura nº 19. Elecciones generales diciembre 2009 (por candidaturas)	415
Figura nº 20. Articulación binaria de significantes flotantes en la identidad política nacional-popular indígena.	455
Figura nº 21. Articulación binaria de significantes flotantes en la identidad política regionalista-conservadora.	503
Figura nº 22. Tabla comparativa de las operaciones de enmarcado en los dos discursos principales en el primer gobierno del MAS (2006-2009)	517
Figura nº 23.1. La articulación de “Autonomía” como <i>Dimensión Ganadora</i> en el discurso regionalista opositor.	532
Figura nº 23.2. Rearticulación de la demanda autonómica al interior del discurso oficialista	539
Figura nº 24. Rearticulación de la demanda autonómica al interior de la cadena equivalencial oficialista y trazado de una frontera hegemónica	542

Índice de fotos

Foto n° 1. “La Patria no se vende, se defiende”	439
Foto n° 2. Cartel electoral “Bolivia unida, grande y para todos”	443
Foto n° 3: Sede del MAS en el pueblo de Pocitos, departamento de Tarija. “Mientras los pobres no tengan pan los traicioneros no tendrán paz”	445
Foto n° 4. Cartel electoral del MAS para la Asamblea Constituyente.	448
Foto n° 5. Portada del <i>cómic</i> oficialista: “Evo, del pueblo para el pueblo”	450
Foto n° 6. Pintada en el centro de La Paz.	451
Foto n° 7. “Evo es: hambre, confrontación, terrorismo, dictadura”	472
Foto n° 8. “Oriente y Occidente sí queremos a Manfred Presidente”	488
Fotos n° 9 y 10. “Dos legitimidades” Carteles opositores regionalistas. La territorialización de la oposición	490
Foto n° 11. Constitución Masista.	492
Fotos n° 12 y 13. Articulación de contenidos de racismo contra la migración occidental y de oposición al gobierno con la demanda autonomista en el discurso regionalista-conservador	494
Foto n° 14. “Evo trae el comunismo”	498
Foto n° 15. “Bolivia no será Cuba Jamás!!”	500
Foto n° 16. “Siempre libres cruceños, seamos” y “Nuestro himno es sagrado”	509

Fotos n° 17, 18 y 19. “Cambios en el discurso oficialista con respecto a las autonomías departamentales”	536
Foto n° 20. “Por la nueva constitución con autonomías. COB-CONALCAM”	540
Foto n° 21. Comunicado conjunto “En defensa de la democracia y la Constitución Presidente de Bolivia-COB-CONALCAM	545
Foto n° 22. Viñeta sobre la aprobación de la Nueva Ley Electoral	546
Foto n° 23. “Soy patriota y revolucionario. Sí a Evo”	554
Foto n° 24 “¡Viva el cambio! ¡Muera la oligarquía cruceña separatista! ¡Vendepatria!” Pancarta en la manifestación del Primero de Mayo de los sindicatos aliados al gobierno	556

Bibliografía Citada

- Aboy Carlés, G. (2001): *Las fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Ménem*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

_____ (2002): “Repensando el populismo” en *Política y Gestión*. Vol. 4. pp. 9-34.

_____ (2005): “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios Sociales*, 28 [primer semestre 2005], Buenos Aires. Pp. 125-149.

_____ (2009): “Nacionalismo e indigenismo en la Bolivia de Evo Morales ¿La radicalización del populismo” en Aribar Julio y Vázquez, Daniel (coords.) *¿Autoritarismo o Democracia? Hugo Chávez y Evo Morales*. México DF: FLACSO. pp. 259-287.

- Agnew, J. (1987): *Place and politics: The geographical mediation of State and Society*. Boston: Allen & Unwin.

_____ (2002): *Place and Politics in Contemporary Italy*. Chicago: University of Chicago Press.

_____ (2002b): “The Northern League and Political Identity in Northern Italy” en *Place and Politics in Modern Italy*. Chicago (Illinois): University of Chicago Press; Pp. 167-187.

_____ (2005): *The new shape of Global Power*. Philadelphia: Temple University Press.

_____ (2005b [1998]): *Geopolítica: Una re-visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.

- Agnew, J. (ed) (1997): *Political Geography. A Reader*. London: Arnold.
- Albó, X. (2008): “Bolivia” en Albó, X. *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*. La Paz: CIPCA. pp. 19-116.

_____ (2008b): “Atando cabos” en Albó, X. *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*. La Paz: CIPCA. pp. 231-282.

- Alcántara Sáez, Manuel (1995): “Crisis y Política en América Latina” en VVAA *Las crisis en la Historia*. Salamanca: Universidad de Salamanca. Pp. 189-200.

_____ (2004): “Partidos políticos en América Latina: Precisiones conceptuales, Estado actual y retos futuros” en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), 124. pp. 55-94.

_____ (2006): “Los políticos y la política en América Latina tras un cuarto de siglo de democracia” en Alcántara, M (ed.): *Políticos y Política en América Latina*. Madrid: Ediciones Siglo XXI y Fundación Carolina. pp. 367-382.

- Alcántara, M. S. y Freidenberg, F. (eds.) (2001): *Partidos políticos de América Latina. Países andinos*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Alenda Mary, S. (2002): “CONDEPA y UCS, ¿fin del populismo?” en *Opiniones y Análisis*. N° 57. La Paz: Fundación Hanns-Seidel–Fundemos. Pp. 85-122.
- Almaraz Paz, S. (1967): *El poder y la caída. El estaño en la historia de Bolivia*. La Paz: Los amigos del libro.

- Althusser, L. (1967): “Contradicción y sobredeterminación” en *La revolución teórica de Marx*. México DF: Siglo XXI. pp. 49-86.
- Anderson, B. (1991): *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Barcelona: Alianza Editorial, 2ª edición.
- Anderson, P. (1976-1977): ‘The Antinomies of Antonio Gramsci’. *New Left Review*, 100. pp. 3-18.
- Antelo, S. (2003): *Los cruceños y su derecho de libre determinación*. Santa Cruz de la Sierra: [Mimeo. No consta].
- Archondo, R. (2009): “Breve biografía política de Evo Morales” en *Umbrales. Revista del Posgrado en Ciencias del desarrollo*. N° 19, CIDES-UMSA. pp. 97-118.
- Ardaya, G. (2008): “Las bases sociales de la democracia en Bolivia” en *Continuidad y cambio en el orden político. Las transiciones en el contexto constituyente*. La Paz: Instituto PRISMA.
- _____ (2009): “La crisis política en Bolivia” en *Umbrales. Revista del Posgrado en Ciencias del desarrollo*. N° 19, CIDES-UMSA. Pp. 23-46.
- Arditi, B. (2010): “Post-Hegemonía: La política fuera del paradigma post-marxista habitual” en Heriberto Cairo y Javier Franzé (comps.) *Política y cultura. La tensión de dos lenguajes*. Madrid: Biblioteca Nueva. Pp. 159-194.
- Argirakis, H. (2010): “Ser cruceña en el gobierno de Evo” en Maristella Svampa, Pablo Stefanoni y Bruno Fonrillo *Balance y perspectivas. Intelectuales en el primer gobierno de Evo Morales*. La Paz: Archipiélago/Fundación Ebert/Ildis/ Le Monde Diplomatique. pp. 75-96.

- Aricó, J. (1988): *La cola del diablo. El itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Punto Sur.
- Armstrong, J. (1982): *Nations before Nationalism*, Chapel Hill: North Carolina University Press.
- Arrighi, G. y Silver, B. (eds.) (2001): *Caos y orden el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (2005): “Hegemony Unravelling—1” en *New Left Review*, 32. pp. 23-80.
- Assies, W. (2006): “La Media Luna sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social” en *América Latina Hoy*, 43. pp. 87-105.
- Axelrod, R. (ed.) (1976): *Structure of Decision: The Cognitive Maps of Political Elite*. Princeton: Princeton University Press.
- Bagú, S. (1949): *Economía de la sociedad colonial: Ensayo de la historia comparada de América Latina*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Balibar, E. (2010): Entrevista en el Diario *Público* 3/7/2010
<http://blogs.publico.es/fueradelugar/147/%E2%80%9Cfrente-a-los-nacionalismos-reactivos-nos-hace-falta-un-populismo-europeo%E2%80%9D>
- Barbery, R. (2005): *Participación Popular, descentralización y autonomías departamentales*. La Paz: AOS-PADEM. La Paz.
- Bárcena, I. Ibarra, P. y Zubiaga, M. (1998): “Movimientos sociales y democracia en Euskadi: Insumisión y Ecologismo” en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 43-68.

- Barragán R. (1992): “Identidades indias y mestizas: una intervención al debate”, en *Autodeterminación*, 10. pp. 17-44.
- _____ (2006): *Asambleas constituyentes. Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates (1825-1971)*, La Paz: Muela del Diablo.
- _____ (2009): “De hegemonías y Ejemonías: Una perspectiva histórica sobre los recursos del Estado” en Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead L. (eds.) *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural. pp. 91-122.
- Barrios Suvelza, F. X. (2009): “La debilidad del exceso: Democracia desbordada y Estado boliviano” en , J. Gray Molina, G. y Whitehead L. (eds.) *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural. pp. 143-160.
- Barros, Sebastián (2006): “Inclusión radical y conflicto en el Pueblo populista” en *CONfines 2/3*. pp. 65-73.
- Barros, S. y Castagnola, G. (2000): “The political frontiers of the social Argentinean politics after the emergence of Peronist populism (1955-1973)” en Howarth, D. Norval, A. J and Stavrakakis, Y. (eds.) 2000 *Discourses Theory and Political Analysis: Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester: Manchester University Press. pp. 24-37.
- Barth, F. (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Baudoin O. y Luis F. (2007): *El régimen económico en la nueva Constitución Política del Estado*. La Paz: Estrategia.
- Bellamy, R.(1987): *Modern Italian Social Theory: From Pareto to the Present*. Standford: Stanford University Press.

- Berger, P. y Luckmann, T. (1996): *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge*. Garden City, NY: Anchor Books .
- Benford, R. (1993): “Frame Disputes Within the Disarmament Movement”, *Social Forces*, 71. pp. 677-701.
- Benford, R. y Hunt S. (1992): “Dramaturgy and Social Movements: The Social Construction and Communication of Power”, *Sociological Inquiry*, 62. pp. 36-55.
- Benford, R. y Snow, D. (2000): “Framing processes and social movements: an overview and assessment”, in *Annual Review of Sociology*, 26. pp. 611-639.
- Benveniste, E. (1971): *Problems in General Linguistics*. Miami: University of Miami Press.
- Berlin, I. (2008): *Sobre la libertad. (Con un ensayo sobre Berlin y sus críticos por Ian Harris)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berniola González, S. (2008): “El conflicto cocalero en Bolivia como resultado del imperialismo estadounidense” *Nómada. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 17. [Revista electrónica. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/17/susanaberniola.pdf>]
- Bey, H. (1991): “The Temporary Autonomous Zone, Ontological Anarchy, Poetic Terrorism”. Brooklyn, NY: Autonomedia, en http://www.hermetic.com/bey/taz_cont.html (Consultado por última vez el 5/8/2010)
- Bhabha, H. (ed.) (1990): *Nation and Narration*. London: Routledge.
- Billing, M. (1995): “Rhetorical Psychology, Ideological Thinking and Imagining Nationhood”. En H. Johnston y B. Klandermans (eds.) *Social Movements and Culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press. pp. 64-81.

- Blee, K. M. y Taylor, V. (2002): “Semi-Structured Interviewing in Social Movement Research”, en Klandermans, B. y Staggenborg, S. (eds): *Methods of Social Movement Research*. Minneapolis: The University of Minnesota Press, pp. 92-117.
- Blumer, H. (1969): *Symbolic Interactionism*. Engelwood Cliffs: Prentice-Hall.
- Bobbio N. (1979): “Gramsci and the Conception of Civil Society” in Mouffe, Chantal (ed.) *Gramsci and Marxist Theory*. London: Routledge. pp. 21-47.
- Bobbio, N. y Matteucci, N. (1994): “Hegemonía” en Bobbio, N. y Matteucci, N. *Diccionario de Política*. México DF: Siglo XXI. [Redactor Gianfranco Pasquino; redactores de la edición en español José Aricó y Jorge Tula]. pp. 746-748.
- Boix, M. C. (2009): “Populismo en América Latina o la Prudencia ante la Polisemia”, en *Revista Electrónica Urbe et Ius*, nº 30, Año 2009. pp. 1-33. Disponible en: www.urbeetius.org (consultado por última vez el 14/6/2010)
- Borcio, R (1997): *La Padania promessa. La storia, la idea e la logica d'azione della Lega Nord*. Milán: Il Saggiatore.
- Borio, G., Pozzi, F. y Roggero, G. (2004): “La coinvestigación como acción política” en Malo, M. (ed.): *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*. Madrid: Traficantes de sueños. pp. 67-78.
- Borón, A. (2000): “¿«Posmarxismo»? Crisis, recomposición o liquidación del marxismo en la obra de Ernesto Laclau” en Borón, A. *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Cap. 3. Pp. 73-102. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/buho/cap3.rtf> (Consultado por última vez el 17/6/2010).

- Bortnik, R. (1974): *Breve historia de las luchas sociales en Argentina* Buenos Aires: Corregidor.
- Boswell, T. y Chase-Dunn, C. (2000): *The Spiral of Capitalism and Socialism. Toward Global Democracy*. Colorado: Lynne Rienner Publishers.
- Bourdieu, P. (2001): *¿Qué significa hablar?*. Madrid: Akal, D. L.
- Brenner, R.(1986): “The Social Basis of Economic Development” en J. Roemer (ed.) *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press. pp. 23-53.
- Brzezinski, Z. (1998): *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégico*. Barcelona: Paidós.
- Brierley, W. y Giacometti, L. (1996): “Italian national identity and the failure of regionalism” en Jenkins, B. y Sofos, S. (comps.) *Nation and Identity in Contemporary Europe*. London: Routledge. pp. 172-197.
- Brown, G. and Yule, G. (1983): *Discourse Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brubaker, R. (1996): *Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Buci-Glucksmann, Ch. (1978): *Gramsci y el Estado-* Madrid: Siglo XXI Editores.
- Butler, J. Laclau, E. y Zizek, S. (2000): *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos en la izquierda contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cabezas, M. (2007): “Caracterización del *Ciclo Rebelde* 2000-2005” en Espasandín López, J. e Iglesias Turrión, P. (coord.) *Bolivia en Movimiento. Acción Colectiva y*

Poder Político. Barcelona: El Viejo Topo. pp. 189-221.

- Cabrera, J. (1992): *La nación como discurso. EL caso gallego*. Madrid: CIS.
 - Cairo, H. y Franzé, J. (2010): “Política y cultura: ¿tensión entre dos lenguajes? La gobernanza cultural” en Cairo, H. y Franzé, J. (comps.): *Política y cultura. La tensión de dos lenguajes*. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 13-23.
 - Cairo, H. y Mignolo, W. (eds.) (2008): *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*. Madrid: Trama Editorial.
 - Cajías, F. (1997): “El Norte y el Sur de Bolivia: Arica y Cobija en los primeros años republicanos” en Barragán, R. Cajías, D. y Qayum, S. (Comp.) *El siglo XIX en Bolivia y América Latina*. La Paz: IFEA. pp. 129-137.
 - Calderón F. y Jelin E. (1996): *Clases y movimientos sociales en América Latina* Buenos Aires: CEDES.
 - Calderón, F. (1991): “Hegemonía y bloque social en Bolivia” en *Nueva Sociedad*, 115. pp. 156-163.
 - Calhoun, C. (1997): *Nationalism*. Buckingham: Open University Press.
 - Campione, D. (2007): *Para leer a Gramsci*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
 - Canovan, M. (1981): *Populism*. London: Junction Books.
- _____ (1999): “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy” en *Political Studies*, 47. pp. 2-16.

- Cardoso, F. H. (1973): *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*. México DF: Siglo XXI.
- Cardoso, F.H. y E. Faletto (1969): *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, D.F: Siglo Veintiuno Editores.
- Carreras García, J. Sevilla Alonso, C. y Urbán Crespo, M. (2006): *Euro-universidad: Mito y realidad del Proceso de Bolonia*. Barcelona: Icaria.
- Carrizo, G. (2009): “Ruptura populista y política en América latina. Bolivia en tiempos de Evo Morales” en *Observatorio de la Economía Latinoamericana*, 117. pp. 1-14.
 Texto completo en: <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/bo/>
 (Consultado por última vez el 7/7/2010).
- Castillo Gayardo, M. (2004): “Movimiento cocalero en Bolivia. Violencia, discurso y hegemonía” en *Gazeta de Antropología*, 20. pp. 20-35.
- Castillo, L. C. (2005): *El Estado-Nación Pluriétnico y Multicultural Colombiano: La lucha por el territorio en la reimaginación de la nación y la reivindicación de la identidad étnica en negros en indígenas*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid-Servicio de Publicaciones.
 Disponible en <http://eprints.ucm.es/tesis/cps/ucm-t28946.pdf>
- Ceceña, A. E. (2005): *Bolivia: la guerra por el agua y por la vida*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Çelik, N. B. (2000): “The constitution and dissolution of the Kemalist imaginary”. en Howarth, D. et al. *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press. pp. 193-204.

- Clohesy, A. (2000): “Provisionalism and the ‘im’possibility of justice in Northern Ireland” en Howarth, D. *et al. Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press. pp. 70-86.
- Comité Pro Santa Cruz (2008): “Propuesta de referéndum del estatuto Autónomo del Departamento de Santa Cruz”. Santa Cruz de la Sierra.
- Condarco Morales, R. (1983): *Zárate, el "Temible" Willka. Historia de la rebelión Indígena de 1899 en la República de Bolivia*. La Paz: Editorial Renovación (2ª Edición).
- Connor, W (1994): *Ethnonationalism*. Princeton: Princeton University Press.
- Costa, Jimena (2007): “Partidos y sistema de partidos en Bolivia”, en Meléndez, C. y Roncagliolo, R. (eds.) *La política por dentro. Cambios y continuidades en las organizaciones políticas de los países andinos*. Lima: IDEA Internacional. pp. 75-122.
- Crabtree, J. (2005): *Perfiles de la protesta. Política y movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: PIEB-UNIR.
- Crespo, R. (2005): “Nacionalismo cultural: México y Brasil” en Caldena, J. Millán, M. y Salcido, P. (coord.) *Nación y movimiento en América Latina*. México DF: Siglo XXI Editores. pp. 36-57.
- Cupples, J. Glynn, K. y Larios, I. (2007): “Hybrid Cultures of Postdevelopment: The Struggle for Popular Hegemony in Rural Nicaragua” en *Annals of the Association of American Geographers*, 97: 4. Pp. 786-801.
- Chai, S. (1996): “A Theory of Ethnic Group Boundaries”, *Nations and Nationalism*, 2 (2). pp. 281-307.

- _____ (2001): *Choosing an Identity*. Ann Arbor: Michigan University Press.
- Chang, H. (2002): *Kicking Away the Ladder. Development Strategy in Historical Perspective*. London, Anthem Press.
 - Chávez Casazola, G. (2009): *Autonomía, de la protesta a la propuesta. Una crónica escrita desde Santa Cruz*. Santa Cruz de la Sierra: La hoguera investigación.
 - Chávez, M. (2006): “Sobre los movimientos sociales en Bolivia: Autonomía/Autoorganización y su relación con el Estado” en *VVAA Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*”. La Paz, Tercera Piel. pp. 11-60.
 - Chávez, P. y Mokrani, D. (2007): “Los movimientos sociales en la Asamblea Constituyente. Hacia la reconfiguración de la política” en *OSAL- CLACSO*, 22. pp.107-11.
 - Chihu, A. (coord.) (2006): *El “análisis de los marcos” en la sociología de los movimientos sociales*. México D.F.: UAM.
 - Chihu, A. y López Gallegos, A.(2004): “El “análisis de los marcos” en la obra de William Gamson”, en *Estudios Sociológicos*, XXII: 65. pp.435-460.
 - Dabdoub Arrien, C. (2002): "El Movimiento Autonomista Nación Camba", en *La cuestión Nacional y la Autonomía. Primer foro departamental*. Tarija: Comité Cívico de Tarija.
- _____ (2006): *La Revolución del Patujú: Un proyecto cruceño, segundo centenario (1810-2010)*. Santa Cruz e la Sierra: Gráficas Unión.
- _____ (2007): *“Yyambae” (Sin dueño): 500 años de lucha contra el centralismo colonial*. Santa Cruz de la Sierra: Fundación Nova.

- De la Torre, C. (2000): *Populist seduction in Latin America*. Ohio: Ohio University Press.
- _____ (2003): “Masas, Pueblo y Democracia: Un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo” en *Revista de Ciencia Política*. Año/vol. XXIII, n° 001. Santiago de Chile. pp. 55-66.
- De la Torre, C. y Peruzzoti, E. (eds.) (2008): *El retorno del pueblo. El populismo y nuevas democracias en América Latina*. Quito: FLACSO. pp. 77-97.
- Deheza Grace, I. (2006): “Bolivia 2006: Reforma Estatal y construcción del Poder” en *Revista de Ciencia Política / volumen especial / 2007 / pp. 43 – 57*.
- Del Campo, M. E. (2006): *Gobernabilidad y descentralización político-administrativa en los países andinos. El caso de Ecuador, Bolivia y Perú en los años noventa*. Barcelona: Documentos CIDOB.
- _____ (2008): “Del por qué al cómo: El sentido último de las reformas en América Latina” en *Quórum: Revista de pensamiento iberoamericano*, 20. pp. 139-152.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos. 5ª edición. Disponible en: <http://caosmosis.acracia.net/textos/mil-mesetas-capitalismo-y-esquizofrenia-deleuze-y-guattari.pdf> (Consultado por última vez el 5/8/2010).
- Della Porta, D. y Rucht, D. (1991): *Left-Libertarian Movements in Context: A Comparison of Italy and West Germany 1965-1990*. WZB Paper, Berlin.
- Della Porta, D. y Diani, M. (2006): *Social movements. An introduction*. Segunda edición. Oxford, UK: Blackwell Publishing.

- Della Porta, Donatela (1998): “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”, en Ibarra , P. y Tejerina, B. (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Trotta. pp. 219-242.
- Derrida, J. (1976): *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- _____ (1988): *Limited Inc.* Evanston: Northwestern University Press.
- Deutsch, K. (1966): *Nationalism and Social Communication*. Nueva York: MIT Press.
- Dexter, L. (1970): *Elite and specialized interviewing*. Evanston: Northwestern University Press.
- Di Tella, T. (1965): “Populism and Reformism in Latin America”, en Véliz, C. (ed.). *Obstacles to Change in Latin America*. Oxford: Oxford University Press. pp. 47-64.
- Diani, M. y Van der Heijden, H. A. (1994): “Antinuclear Movements Across Nations: Explaining Patterns of Development” en Flam, H. (ed.) *States and Anti-nuclear Movement*. Edinburgh: Edinburgh University Press. pp. 355-382.
- Do Alto, Hervé (2007): “El MAS-IPSP boliviano: entre la protesta callejera y la acción institucional” en “Monasterios, Karim, Stefanoni, Pablo y Do Alto, Hervé *Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad* La Paz: Clacso/Plural. pp. 71-110.
- Do Alto, Hervé y Stefanoni, Pablo (2010): “El MAS: las ambivalencias de la democracia corporativa” en García Orellana, L. A. y García Yapur, F. *Mutaciones del campo político en Bolivia*. La Paz: PNUD-Idea Internacional. pp. 303-363.
- Dodds, K. (2007): *Geopolitics: A very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.

- Donati, P. (1992): “Political Discourse Analysis” en M. Diani y R. Eyerman (eds.) *Studying Collective Action*. London: Sage. pp. 136-167.
- Dreyfus H. L. and Rabinow, P. (1986): *Michel Foucault: beyond structuralism and hermeneutics*. Brighton: Harvester.
- Dunkerley, J. (1984): *Rebellion in the veins. Political Struggle in Bolivia 1952-1982*. London: Verso.
- _____ (2006): *Orígenes del poder militar. Bolivia 1879-1935*. 3ª edición. La Paz: Plural
- _____ (2007): *Bolivia: Revolution and the power of history in the present*. London: Institute for the Study of the Americas.
- _____ (2007b): “Evo Morales, the *Two Bolivias* and the Third Bolivian Revolution”, en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 39, No. 1, Cambridge. pp. 133-166.
- Dunleavy, P. (1991): *Democracy, Bureaucracy and Public Choice*. Hemel Hempstead: Harvester-Wheatsheaf.
- Dussel, E. (2007): *Cinco tesis sobre el populismo*. México DF: UAM-Iztapalapa.
- Dyrberg, T. B. (1997): *The Circular Structure of Power: Politics, Identity, Community*. London: Verso.
- Eder, K. (1992): “Framing and Communicating Environmental Issues. A Discourse Analysis of Environmentalism”. Florence: European University Institute Paper.
- Eisinger, P. K. (1973): “The Conditions of Protest Behaviour in American Cities” en *American Political Science Review*, 67. pp. 11-28.

- Errejón Galván, Í. (2008): “La crisis estatal en Bolivia. De la llegada al gobierno del Movimiento Al Socialismo a los Referendos revocatorios” en *Papeles de trabajo América Latina Siglo XX* (agosto 2009). pp. 1-30.

Disponible en: <http://www.ceps.es/publi/Informes/pt2.pdf>

_____ (2008b): “Patrullando el Globo: un análisis de los presupuestos geográficos y geopolíticos de la *Guerra Global Permanente*” en *Ágora* n° 18 *La política y los movimientos sociales* (II). pp. 161-180 Disponible en: <http://www.ceps.es/publi/agora/18/161-180.pdf> (Consultado por última vez el 15/8/2010)

_____ (2009) "En Bolivie, une victoire difficile. De l'effondrement du pouvoir néolibéral au combat pour l'hégémonie indigène et populaire", en *Multitudes*, n°35, hiver 2009. pp. 85-95.

_____ (2009b): "Bolivia. La victoria siempre incompleta. Perspectivas tras el Referéndum Constitucional” en *Viento Sur* n° 102. pp. 23-30.

<http://www.vientosur.info/articulosabiertos/Bolivia%20102.pdf>

_____ (2009c): “La Constitución boliviana y la refundación del Estado. Un análisis político” en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* n° 107 (otoño 2009). pp. 117-128

_____ (2009d): “De las dos Bolivias a la construcción nacional plebeya del MAS. Una lectura geográfico-política de las elecciones del pasado 6 de diciembre”. En *Rebelión*.

Disponible en: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=96880>

(Consultado por última vez el 12/7/2010.)

_____ (2010): “Construcción de poder político y hegemonía nacional-popular indígena en Bolivia” en *Papeles de Trabajo América Latina Siglo XXI* (Junio 2010). pp. 1-9.

Disponible en: <http://www.ceps.es/media/txt/papelestrabajo5.pdf>

(Consultado por última vez el 15/8/2010)

_____ (2010b): “Geografía del proceso político boliviano. Nuevo Modelo de Estado y Territorialización del Conflicto” en *New Cultural Frontiers* Vol 1./2010 *Sociology Upside Down: From System to subjects*. pp. 1-24.

Disponible en: <http://www.newculturalfrontiers.org/Default.aspx?p=currentissue>

- Errejón, Í. Espasandín, J. e Iglesias, P. (2007): “El regreso de Túpac Katari. Bolivia y los procesos de transformación global del capitalismo” en *Tábula Rasa* 7. pp. 111-148 Bogotá. Disponible en: http://www.revistatabularasa.org/numero_siete/iglesias.pdf (Consultado por última vez el 15/8/2010).
- Escobar, A. (2010): “Latin America at a crossroads.. Alternative modernizations, post-liberalism, or post-development” en *Cultural Studies* Volume 24 Issue 1 January 2010. pp. 1-65.
- Espasandín, J. (2007): “El laberinto de la subalternidad. Colonialidad del poder, estructuras históricas de exclusión y movimientos indígenas en Bolivia”. En: Espasandín López, J. e Iglesias Turrión, P. (Coords.) (2007): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*. Barcelona: El Viejo Topo. pp. 285-328.
- Eyerman, R. y Jamison, A. (1991): *Social Movements: A Cognitive Approach* University Park: Pennsylvania University Press.
- Fanon, F. (1961): *The Wretched of the Earth* New York: Grove Press. [1999 *Los condenados de la tierra*. Tafalla, Nafarroa: Txalaparta).

_____ (2009 [1952]): *Pieles Negras, Máscaras Blancas*. Madrid: Akal.

- Fearon, J. (1999): “What is Identity (as we now use the word)?” *Draft Paper* Standford University. pp. 1-43.
Disponible en: <http://www.stanford.edu/~jfearon/papers/iden1v2.pdf> (Consultado por última vez el 17/1/2011).

- Fearon, J. and Laitin, D. (2000): “Violence and the social construction of ethnic identity” en *International Organisation* 54, 4. pp. 845-877.
- Femia, J. (1987): *Gramsci Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Fernández Buey, F. (ed.) (1977): *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*. Barcelona: Grijalbo.
- Fernández Terán, R. (2009): *Gas, petróleo e imperialismo en Bolivia*. La Paz: CESU UMSS/ IBP/ Plural Editores.
- Finlayson, A and Valentine, J. (eds.) (2002): *Politics and Pos-structuralism*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Fiori, G. (1968): *Vida de Antonio Gramsci*. Barcelona: Península.
También disponible en
http://www.4shared.com/file/105913054/e3667c3e/Giuseppe_Fiori_-_Vida_de_Antonio_Gramsci.html
- Flaschland, C. (2003): *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*. Madrid: Campo de ideas.
- Foucault, M. (1991): “Politics and the study of discourse” en Burchell, Gordon and Miller (eds.) *The Foucault Effect*. London: Harvester. pp. 53-72.

_____ (1996): *La arqueología del saber*, Madrid: Siglo XXI.

_____ (2000): *Power: Essential works of Foucault 1954-1984*. New York: The New Press.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. and Trew, T. (1979): *Language and Control*. London: Routledge and Kegan Paul.

- Freidenberg, Flavia (2007): *La Tentación Populista. Una vía al poder en América Latina*. Barcelona: Editorial Síntesis.
- Freud, Sigmund (1985 [1921]): “Psicología de las masas y análisis del yo” en *Obras completas*, vol. 18. Capítulo 12. Madrid: Amorrortu. pp. 63-136.
- Furet, F. (1978): *Penser la Révolution Française*. Paris: Gallimard.
- Gamboa Rocavado, F. (2010): “Transformaciones constitucionales en Bolivia. Estado indígena y conflictos regionales” en *Colombia Internacional* (enero a junio de 2010). pp. 151-188.
- Gamson, W. (1988): “Political Discourse and Collective Action”, en Klandermans, B. Kriesi, H. y Tarrow, S. (eds.) *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*. Greenwich: JAI Press. pp. 219-244.
- _____ (1992): *Talking Politics* Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1992b): “The Social Psychology of Collective Action” en Morris, A. y McClurg Mueller, C. (eds.) *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press. pp. 53-76.
- Gamson, W. Fireman, B y Rytina, S. (1982): *Encounters with Unjust Authority* Homewood: Dorsey Press.
- García Guitián, E. (2001): *El pensamiento político de Isaiah Berlin*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- García Linera, A., Chávez León, M., y Costas Monje, P. (2004): *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*. La Paz, Diakonía/ Oxfam.

- García Linera, A., Prada, R. y Tapia Luís (eds.) (2004): *Memorias de Octubre*. La Paz: Muela del Diablo.
- García Linera, Álvaro *et al* (2010): *El Estado: Campo de lucha*. La Paz: CLACSO/ Muela del Diablo/ Comuna.
- García Linera, Álvaro (1995): *Forma valor y forma comunidad de los procesos de trabajo*. La Paz: Editorial Quipus.

_____ (2001): *La condición obrera, estructuras materiales y simbólicas del proletariado de la Minería Mediana, 1950-1999*. La Paz: IDIS-UMSA/ Comuna.

_____ (2004): *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: Diakonia/ Oxfam G. B. / Plural.

_____ (2005): “La lucha por el poder en Bolivia” en *Horizontes y límites del Estado y el poder*. La Paz: Comuna/Muela del diablo. [(2008b): La lucha por el poder en Bolivia” en García Linera, A. *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. pp. 350-373].

_____ (2005b): “Indianismo y Marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias” *Barataria.*, 2. pp. 4-14.

Disponible en:

http://www.mexicodiplomatico.org/lecturas/bolivia_alvaro_marcelo_garcia_indianismo_marxismo.pdf (Consultado por última vez el 17/1/2011).

_____ (2006): “Crisis del Estado y Poder Popular” en *New Left Review* (en castellano), 7. pp. 66- 77.

_____ (2006b): “El Evismo: lo nacional-popular en acción” en *OSAL, Observatorio Social de América Latina*, año VI,, 19. Buenos Aires: CLACSO. pp. 25-32. Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal19/linera.pdf>

(Consultado por última vez el 7/7/2010)

_____ (2007): “Condición obrera y forma sindicato en Bolivia” en Espasandín López, J. e Iglesias Turrión, P. (coord.) *Bolivia en Movimiento. Acción Colectiva y Poder Político*. Barcelona: El Viejo Topo. pp. 129-154.

_____ (2007b): “Estado Plurinacional. Una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indígenas” en García Linera, Á. Tapia Mealla, L. y Prada Alcoreza, R.: *La transformación pluralista del Estado*. La Paz: Muela del Diablo Editores. pp. 19-88

_____ (2008): “Empate catastrófico y punto de bifurcación” en: *Crítica y emancipación : Revista latinoamericana de Ciencias Sociales. Año 1, no. 1 (jun. 2008)*. Buenos Aires: CLACSO. pp. 23-33.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/CyE/cye2S1a.pdf>

(Consultado por última vez el 7/7/2010)

_____ (2008b): *La potencia plebeya (Antología)*. Buenos Aires: Clacso-Prometeo.

_____ (2009): “El punto de bifurcación es el momento en que se miden ejércitos. Entrevista por Maristella Svampa, Pablo Stefanoni y Ricardo Bajo” en *Le Monde Diplomatique. Edición Bolivia Año 2, nº 17*. pp. 8-11.

_____ (2010): “Punto de Bifurcación y consolidación del nuevo Estado” en Svampa, M. Stefanoni, P. y Fornillo, B. *Balance y perspectivas. Intelectuales en el primer gobierno de Evo Morales*. La Paz: Archipiélago/Fundación Ebert/Ildis/ Le Monde Diplomatique. pp. 13-34.

- García Yapur, F. (2006): “Los *consensos normativos* del nuevo campo político en Bolivia” en Yapur, M. (comp..) *Modernidad y pensamiento descolonizador. Memoria Seminario Internacional*. La Paz, Universidad para la Intervención Estratégica en Bolivia. Pp. 17-35.
 - García, Fernando L. y García Orellana Alberto (2004): “Las lecturas de la democracia en Bolivia” en *Política Otoño*, número 042 Universidad de Chile, Santiago de Chile. Pp. 325-339.
 - Gellner, E. (1994): *Naciones y nacionalismos*. 2ª edición. Madrid: Alianza Editorial.
 - Geras, N. (1987): "Post-Marxism?", en: *New Left Review*, 163.
- _____ (1990): *Discourses in Extremity: Radical Ethics and Post-Marxist Extravagances*. London: Verso
- Gerhards, J. y Rucht, D. (1992): “Mesomobilization. Organizing and Framing in Two protest Campaigns in West Germany” *American Journal of Sociology* 98 (3). pp. 555-595.
- _____ (1995): “Framing Dimensions and Framing Strategies: Contrasting Ideal and Real-Type Frames” en *Social Science Information*, 34 (2). pp. 225-248.
- Germani, G. (1978): *Authoritarianism, Fascism and National Populism*. Nueva Jersey: Transaction Books.
 - Gibson, N. (2003): *Fanon: The Postcolonial Imagination*. Cambridge UK: Polity Press.
 - Gibson-Graham, J.K. (1996): *The end of capitalism (as we knew it). A feminist critique on political economy*. Cambridge, MA: Backwell.

- Glaser, B. G. (2002): “Conceptualization: On theory and theorizing using grounded theory”. *International Journal of Qualitative Methods*, 1 (2). Article 3. Disponible en: <http://www.ualberta.ca/~ijqm/> (Consultado por última vez el 10/7/2010)
- Glaser, B. G. y Strauss, A. L. (1967): *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. New York: Aldine Publishing Company.
- Gobierno de Bolivia (1994): *Plan general de desarrollo económico y social de la República: el cambio para todos*. La Paz.
- _____ (1994): *Ley de Participación Popular*. La Paz.
- Gobierno Departamental Autónomo de Santa Cruz (2008): *Estatuto de Autonomía*. Santa Cruz de la Sierra.
- Goffman, E. Turner, R. y Killian, L. (1957): *Collective Behavior*. Englewoods Cliffs, NJ: Prentice Hall. Ulman-Lloyd.
- Goffman, E. (1974): *Frame Analysis* Cambridge: Harvard University Press.
- Goldwert, M. (1972): *Democracy, Militarism and Nationalism in Argentina* Austin: University of Texas Press.
- Gómez, L. A. (2004): *El Alto de Pie. Una insurrección aymara en Bolivia*. La Paz: Preguntas Urgentes Textos Rebeldes.
- Gould, J. (1998): *To die in this way. Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880-1965*. Durhan: Duke University Press.
- Gowan, P. (2002): *La apuesta por la globalización*. Madrid: Akal.

- Gramsci, A. (1971): *La política y el Estado moderno*. Barcelona: Ediciones Península [Antología de *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* y *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo stato moderno* Giulio Eunardi Editore, Turín, 1949; traducción de Jordi Solé Tura].

_____ (1971b): *Selections from the Prison Notebooks*. New York: International Publishers.

_____ (1974): *Antonio Gramsci. Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán* Madrid: Siglo XXI. Segunda edición [1ª edición 1970].

_____ (1974b): “El problema de la dirección política en la formación y desarrollo de la nación y el Estado moderno en Italia” en Gramsci, A. *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. Madrid: Siglo XXI Editores pp. 485-488.

_____ (1974c): “La Italia meridional” en Gramsci, A. *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. Madrid: Siglo XXI Editores. pp. 285-286.

_____ (1974d): “Algunos temas de la cuestión meridional” pp. 192-200; y en Gramsci, A. *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. Madrid: Siglo XXI Editores. pp. 192-200.

_____ (1990): *Antonio Gramsci: Escritos Políticos (1917-1933) Antología*. México DF: Siglo XXI; Introducción a cargo de Leonardo Paggi.

_____ (1975 [2000]): *Cuadernos de la cárcel*, México, Ediciones ERA-Universidad Autónoma de Puebla, seis volúmenes, traducción de la edición crítica del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.

- Gray Molina, G. (2009): “Relaciones Estado/sociedad en Bolivia: la fuerza de la debilidad” en *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead, L. (eds.) La Paz: PNUD/Plural. pp. 123-142.

- Greenfeld, L. (1992): *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge, Ma: Harvard University Press.
- Griggs, S. y Howarth, D. (2000): “New environment movements and direct action protests” en. Howarth, D. Norval, A. J y Stavrakakis, Y. (eds.) *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press. pp. 52-69.
- Grosfoguel, R. y Cervantes-Rodríguez, A. M. (eds.) (2002): *The Modern/Colonial/Capitalist World-System in the Twentieth Century: Global Processes, Antisystemic Movements, and the Geopolitics of Knowledge*. New York: Praeger.
- Grossberg, L. (1996): “On postmodernism and articulation: An interview with Stuart Hall. In Morley, D. y Chen, K. (eds.) *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*. London: Routledge. pp. 131-150.
- Gunder Frank, A. (1979): *Dependent Accumulation and Underdevelopment*. New York: Monthly Review Press.
- Gurr, T. R. (1993): *Minorities at Risk* Washington: Institute for Peace.
- _____ (2000): *Peoples versus States*. Washington: Institute for Peace.
- Gutiérrez Alonso, J. J. (2007): “Sobre el proceso constituyente boliviano y su reglamento general de funcionamiento”. *Revista de la Red de Expertos Iberoamericanos en Parlamentos*, 1. pp. 11-16.
- Gutiérrez, R. (2008): *Los ritmos del Pachakuti*. La Paz: Ediciones Yachaywasi/ Textos Rebeldes.

- Haart, G. (2008): “The Provocations of Neoliberalism: “Contesting the Nation and Liberation alter Apartheid” en *Antipode*, Vol. 40 n° 4. pp. 678-705.
- Habermas, J. (1985): *The Theory of Communicative Actions: vols I-II* Cambridge: Polity Press.
- Hale, Ch. (2002): “Does Multiculturalism Menace? Governance, Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala” en *Journal of Latin American Studies* 34. pp: 485-524.
- Hall, S. (1996): “Gramsci’s relevance for the study of race and ethnicity” en Morley, D. y Chen, K. (eds.) *Stuart Hall: Critical Dialogues in cultural studies*, London: Routledge. pp. 411-440.
- _____ (1996b): “What is this “black” in black popular culture?” In *Stuart Hall: Critical Dialogues in cultural studies*, Morley, D. and Chen, K (eds.) London: Routledge. Pp. 465-475.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994): *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Hardin, R. (1995): *One for All. The Logic of Group Conflict*. Princeton: Princeton University Press.
- Hardt, M. y Negri, A. (2000): *Empire*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Harnecker, M. y Fuentes, F. (2008): *MAS-IPSP. Instrumento Político que surge de los movimientos sociales. Entrevistas con: Santos Ramírez, Leonilda Zurita, Antonio Peredo, Isabel Ortega, Lino Villca, Ramiro Llanos, Alejandro Colanzi y Rafael Puenta*. Caracas: Centro Internacional Miranda/ La Paz: Bancada de diputados MAS-IPSP.

- Harris, O. (1995): “Ethnic Identity and Market Relations: Indians and Mestizos in the Andes” en: Larson, B., O. Harris y E. Tandeter (eds.). *Ethnicity, Markets and Migration in the Andes: at the Crossroads of History and Anthropology*. Durham N.C. y London: Duke University Press. pp. 351-390.
- Harten, S. (2007): “¿Hacia un partido “tradicional”? Un análisis del cambio organizativo interno en el Movimiento Al Socialismo (MAS) en Bolivia“, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloquios. Disponible en Internet : <http://nuevomundo.revues.org/4468> (Consultado el 7/7/2010).
- Harvey, D. (2004): *El nuevo imperialismo*. Madrid: Ediciones Akal.
 _____ (2007): *Los espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hechter, M. (1999): *Internal Colonialism. The Celtic Fringe in British National Development*. London: Transaction Publishers.
 _____ (2000): *Containing Nationalism*, Oxford: Oxford University Press.
- Hedetoft, U. (1995): *Signs of Nations*. Aldershot: Dartmouth.
- Hermet, G. (2008): *Populismo, democracia y buena gobernanza*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Hobsbawn, E. (1995): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Grijalbo. 3ª edición.
- Holloway, J. (2005): *How to Change the World without taking the Power*. London: Pluto Press. 2ª edición.
- Horowitz, D. (1985): *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley: California University Press.

- Howard, R. (2010): “Language, signs, and the performance of power: the discursive struggle over decolonization in the Bolivia of Evo Morales.” en *Latin American Perspectives* 37 (3): pp. 76–194.
- Howarth, David (2000): *Discourse*. Buckingham: Open University Press.
- _____ (2000b): “The difficult emergence of a democratic imaginary: Black consciousness and non-racial democracy in South Africa” en: Howarth, D. Norval, A. J y Stavrakakis, Y. (eds.) *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press. pp. 168-192.
- Howarth, D. Norval, A. J y Stavrakakis, Y. (eds.) (2000): *Discourses Theory and Political Analysis: Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester: Manchester University Press.
- Howarth, D. y Stavrakakis, Y. (2000): “Introducing discourse theory and political analysis” en: Howarth, D. *et al.* *Discourse Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester & New York: Manchester University Press. pp. 1-23.
- Hunt, S. Benford, R. y Snow, D. (1994): “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”, en E. Laraña y J. Gusfield (eds.) *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid: CIS. pp. 221-249.
- Hylton, F. y Thomson, S. (2007): *Revolutionary Horizons. Past and Present in Bolivian Politics*. New York: Verso.
- Ianni, O. (1975): *A formação do Estado populista na America Latina*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

- Iglesias Turrión, P. (2006): “Mapas de resistencia. Gleneagles 2005: Movilizaciones contra el G-8” en Pastor, J. y Cairo, H. (eds.) *Geopolítica de la Guerra: discursos, Dominación y resistencias*. Madrid: Trama Editorial. pp. 209-234.
- _____ (2008): “Enfoques teóricos sobre la acción colectiva: alcance y límites para el estudio de los movimientos globales” en *Ágora. Revista de Ciencias Sociales*, 17. pp. 41-82.
- _____ (2009): *Multitud y acción colectiva postnacional un estudio comparado de los desobedientes: de Italia a Madrid (2000-2005)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones. Disponible en: <http://eprints.ucm.es/8458/1/T30518.pdf>
- Iglesias, P. y Errejón, I. (2005): “The New Spartakists. The thought of Rosa Luxemburg to understand the Global Movement” en Barker, C., and Tyldesley, M. (eds.) *Alternative Futures and Popular Protest. Conference Papers Supplementary Volume*. Manchester Metropolitan University.
- _____ (2010): “Claves geopolíticas para entender las posibilidades de los partidos de izquierda en América Latina” en *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Santiago de Compostela, Septiembre 2010.
- Iglesias, P. Espasandín, J. y Errejón, Í. (2008): “Devolviendo el balón a la cancha: Diálogos con Walter Mignolo” en: Cairo, H. y Mignolo, W. (eds.) *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*. Madrid: Trama Editorial. pp. 209-245
 - Jenkins, J. C. (1994): “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales” en Revilla, M.: *Movimientos sociales, acción e identidad*. Zona Abierta, 69. pp: 5-49.

- Jessop, B. and Sum, N. (2006): “Towards a cultural International political economy: Poststructuralism and the Italian school” en *International political economy and poststructural politics*. Houndmills, UK: Palgrave Macmillan. Pp. 157-176.

- Johnston, H. Laraña, E. y Gusfield, J. (1994): “Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales” en Laraña, E. Gusfield, J. (eds.) *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS. pp. 3-42.

- Johnston, H. (1991): *Tales of Nationalism: Catalonia, 1939-1979*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.

- _____ (1995): “A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata” en Johnston, H. y Klandermans, B. (eds.) *Social Movements and Culture*, Minneapolis: University of Minnesota Press. pp. 217-246.

- Karriem, A. (2009): “The rise and transformation of the Brazilian landless movement into a counter-hegemonic political actor: A Gramscian analysis” en *Geoforum*, 40. pp. 316-325.

- Katz, C. (2010): “Latinoamérica IV: De la reforma a la Revolución” en *La Página de Claudio Katz*: http://www.lahaine.org/b2-img10/katz_lat6.pdf (Consultado por última vez el 13/7/2010)

- Kazin, M. (1995): *The Populist Persuasion. An American History*. Ithaca y London: Cornell University Press.

- Kedourie, E. (1960) : *Nationalism*. London: Hutchinson.

- Kempff, M. (2009): “El despotismo iletrado” en *La Razón*. La Paz, 18/4/2009.

- Kertzer, D. (1988): *Ritual, Politics and Power*. New Haven: Yale University Press.

- Kitschelt, H. (1986): “Political Opportunity Structures and Political Protest: Antinuclear Movements in four Democracies” en *British Journal of Political Science*, 16 (1). pp. 57-85.
- Klandermans, B. (1988): “The Formation and Mobilization of Consensus” en Klandermans B., Kriesi H., y Tarrow S. (eds.) *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*. Greenwich: JAI Press. pp. 173-196.
- _____ (1992): “Longitudinal Research on Movement Participation” en M. Diani y R. Eyerman (eds.) *Studying Collective Action*. London: Sage. pp. 55-75.
- _____ (1994): “La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos”, en Laraña, E. y Gusfield, J. (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS. pp. 183-219.
- _____ (1996): *The Social Construction of Nature*. London: Sage.
- _____ (1997): *The Social Psychology of Protest*, Oxford: Blackwell.
- Klein, H. S. (1970): *Parties and Political Change in Bolivia, 1890-1952*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1992): *Bolivia: The evolution of a multi-ethnic society*. New York: Oxford University Press.
- _____ (2003): *A Concise History of Bolivia*. New York: Cambridge University Press.
- Kohl, B. y Farthing, L. (2006): *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. New York: Zed Books.

- Kohl, B. y Bresnahan, R. (2010): “Introduction Bolivia under Morales: National Agenda, Regional Challenges, and the Struggle for Hegemony” en *Latin American Perspectives*, 37 (4). pp. 5-20.
- Kohl, B. (2010): “Bolivia under Morales: a work in progress.” En *Latin American Perspectives* 37 (3). pp. 107–122.
- Koht, H. (1947): “The Dawn of Nationalism in Europe”, en *American Historical Review*, 52. pp. 265-280.

_____ (1949): *The idea of nationalism*. Nueva York: Collier.

- Kriesi, H. (1993): *Political Mobilization and Social Change. The Dutch Case in Comparative Perspective*. Avebury: Adershot.
- Kurtz, M. (2004): *Free Market Democracy and the Chilean and Mexican Countryside*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Labov, W. y Fanshel, D. (1977): *Therapeutic Discourse. Psychotherapy Conversations*. New York: Academic Press.
- Lacan, J. (1977): *Ecrits: A Selection*. London: Travistock.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985): *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.

_____ (1987): “Post-Marxism without apologies” *New Left Review*, 166. pp. 79-106.

- Laclau, E. (1985): “New social movements and the plurality of the social” en Slater, D. (ed.), *New social movements and the Estate in Latin America*, Amsterdam: CEDLA. pp. 27-42.

- _____ (1990): *New Reflections on the Revolution of our time*. London: Verso.
- _____ (1993): "Discourse" In Gooding and Petit (eds.) *The Blackwell Companion to Contemporary Political Philosophy*. Oxford: Blackwell. pp. 431-437.
- _____ (1993b): "Power and Representation" in Foster (ed.), *Politics, theory and contemporary culture*. New York: Columbia University Press. pp. 277-296.
- _____ (1994) *The making of political identities*. London: Verso.
- _____ (1994b): "Why do empty signifiers matters to politics?" en Weeks (ed.), *The Lesser Evil and the Greater Good*. London: Rivers Oram Press. pp. 167-178.
- _____ (1995): "Subject of Politics, politics of the subject" en *Diferences*, 7:1. pp. 145-164.
- _____ (1996): "The Death and resurrection of the theory of ideology" en *Journal of Political Ideologies*, 1:3. pp. 201-220.
- _____ (2000): "Identidad y hegemonia: el rol de la universalidad en la constitucion de logicas politicas" en Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporaneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 49-93.
- _____ (2005): *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2005b): "Populism: What's in a name?" en Panizza, F. (ed.) *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso. pp. 32-49.
- _____ (2006): "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana" en *Revista de la CEPAL*, 89. Reproducido en *Nueva Sociedad*, 205. pp. 56-61.

_____ (2008) *Debates y combates*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2009) “Laclau en debate: postmarxismo, populismo, multitud y acontecimiento (entrevistado por Ricardo Camargo)” en *Revista de Ciencia Política* /volumen 29 / N° 3. pp. 815 – 828.

- Laitin, D. (1994): *Identity in Formation*. Ithaca: Cornell University Press.
- Lakoff, George (2007): *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Foro Complutense.
- Lavaud, J. (2007): “Bolivia: ¿Un futuro político hipotecado?” En *Nueva Sociedad*, 209. pp. 142-159.
- Lazar, S. (2008): *El Alto, Rebel City. Self and Citizenship in Andean Bolivia*. Durham: Duke University Press.
- Lazarte Rojas, J. (2006): *Hacia un país moderno y democrático. La Asamblea Constituyente, un nuevo comienzo*. La Paz: Plural.
- Le Bon, G. (1895 [1995]): *The Crowd* London: Transactions Publishers.
- Lenin, Vladimir Illich (1947 [1905]): *Dos tácticas de la socialdemocracia en la Revolución democrática*. Moscú: Ediciones en lenguas extranjeras.
- _____ (1976) *Obras escogidas en doce tomos*. Moscú: Editorial Progreso.
- Lizón, R. P. (2009): “El regionalismo cruceño” en *La Razón*. La Paz: 18/3/2009.
- Lofland, J. y Lofland, L. H. (1995): *Analyzing social settings: A Guide to Qualitative Observation and Analysis*. Belmont, CA: Wadsworth.

- Lois Barrio, MaM. D. (2009): *Lugar y política: el apoyo electoral al Bloque Nacionalista Galego (1977-2002): los casos de Allariz y Fene*. Tesis Doctoral Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
Disponible en: <http://eprints.ucm.es/8548/1/T29801.pdf>
- Lora, G. (1977): *A History of the Bolivian Labour Movement*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Lustick, I. (2000): "Agent-based modelling of collective identity: testing constructivist theory" en *Journal of Artificial Societies and Social Simulation* Vol. 3, nº I. Disponible en: <http://jasss.soc.surrey.ac.uk/3/1/1.html> (Consultado por última vez el 17/1/2011).
- Luxemburg, Rosa, (1905 [1978]): "¿Reformismo o Revolución?" en *Rosa Luxemburgo Obras escogidas*. Madrid: Editorial Ayuso. Vol. 1. pp. 41-107.

_____ (1905 [1978]): "Huelga de masas, partido y sindicatos", en *Rosa Luxemburgo Obras escogidas*. Madrid: Editorial Ayuso. Vol. 1. pp. 133-202. También disponible en:
http://www.marxists.org/espanol/luxem/06Huelgademasaspartidoysindicatos_0.pdf
(Consultado por última vez el 4/4/2010)
- _____ (1978c): "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa", en *Rosa Luxemburgo Obras escogidas*. Madrid: Editorial Ayuso. Vol. 1. pp. 111-130.
- Mackinnon, M. M. y Petrone, M. A. (1998): "Los complejos de la Cenicienta", en Mackinnon, M. y Petrone M. (comp.) *Populismo y Neopopulismo en América Latina: el problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. pp.11-55.
- Maclean Stearman, A. (1987): *Camba y colla*. La Paz: Editorial Juventud.

- MacRae, D. (1970): ““El populismo como ideología” en Ionescu, G. y Geller, E. (comps.) *Populismo: Sus Significados y Características*. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 187-202.
 - Máiz, R. (1986): “*Nación de Breogán: oportunidades políticas y estrategias enmarcadotas en el movimiento nacionalista gallego (1886-1996)*” en *Revista de Estudios Políticos*, 92. pp. 33-76.
- _____ (2003): “Politics and the Nation: Nationalist Mobilisation of Ethnic Differences” en *Nations and Nationalism*, 9 (2). pp. 195-212.
- _____ (2003b) “Framing the Nation: three rival versions of contemporary nationalist ideologies” en *Journal of Political ideologies* Vol. 8 (3). pp. 251-267.
- _____ (2004): “*Yawar Mayu: La construcción política de identidades indígenas en América Latina*” en Martí I Puig, S. y Sanahuja, J. M. (eds) *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 325-366.
- _____ (2007): “Prefacio” en Máiz, R. (comp.) *Nación y Literatura en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo Libros. pp. 9-18.
- _____ (2007b): “La comunidad indecible: etnia y nación en la novela indigenista latinoamericana” en Máiz, R. (comp.) *Nación y Literatura en América Latina* . Buenos Aires: Prometeo Libros. pp.113-157.
- _____ (2008): *La Frontera interior. El lugar de la nación en la teoría de la democracia y el federalismo*. Murcia: Tres Fronteras.
- Mallon, F. (1989): “Indian Communities, Political Cultures, and the State in Latin America” en *Journal of Latin American Studies* (suppl. 1989). pp. 35-53.

- Mamani Ramírez, P. (2004): *El rugir de las multitudes. La fuerza de los levantamientos indígenas en Bolivia/Qullasuyu*. La Paz: Yachaywasi.

_____ (2007): “Evo Morales entre Revolución india o contra Revolución india” en *Evo Morales entre: Entornos blancoides, rearticulación de las oligarquías y movimientos indígenas* El Alto: Willka, año 1, n° 1. pp. 15-50.

_____ (2007b): “Hacia un Estado Multicéntrico construido con tecnología indígena comunal” en *Evo Morales entre: Entornos blancoides, rearticulación de las oligarquías y movimientos indígenas*. El Alto: Willka, año 1, n° 1. pp. 153-160.

_____ (2008): “Elites enfermas en Bolivia. La miseria de los poderosos” en *Racismo y élites criollas en Bolivia*. El Alto: Willka, año 2, n° 2. pp. 31-92.

- Mandel, Ernest (1978): *Late Capitalism*. London: Verso.
- Mansilla, H.C.F. (2003): *El carácter conservador de la nación boliviana*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

_____ (2006): *El desencanto con el desarrollo actual*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

- Martí i Puig, S. (2004): “Sobre la emergencia y el impacto de los movimientos indígenas en las arenas políticas de América Latina. Algunas claves interpretativas desde lo local y lo global”, en Martí i Puig, S. y Sanahuja, J. M. (eds.) *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina*. Salamanca: Universidad de Salamanca. pp.367-398.
- Martínez Dalmau, R. (2008): *El proceso constituyente boliviano (2006-2008) en el marco del nuevo constitucionalismo latinoamericano*. La Paz: Enlace/OXFAM.

- _____ (2010): “El proceso constituyente boliviano de 2006-2009: la carrera de obstáculos hacia una nueva Constitución” Borrador aún no publicado. pp. 1-26.
- Marx Ferree, M. (1994): “El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de recursos” en Laraña, E. y Gusfield, J. (comps.): *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS. pp.151-182.
 - Mascha, E. (2008): “Political satire and hegemony: A case of “passive revolution” Turing Mussolini’s ascendance to power 1919-1925” en *Humor*, 21-1. pp. 69-98.
 - Maxwell, J. A. (1996): *Quantitative research design: An Interactive approach*, London: Sage.
 - Mayorga, F. (2002): *Neopopulismo y democracia. Compadres y padrinos en la política boliviana (1988-1999)*. La Paz: Plural/CESU.
- _____ (2007): “El MAS: La izquierda campesina e indígena en Bolivia” en Fernando Mayorga, *Encrucijadas. Ensayos sobre democracia y reforma estatal en Bolivia*. La Paz: Editorial Gente Común – UMSS CESU. Pp. 97-128.
- _____ (2007b): “Nacionalismo e indigenismo en tiempos de cambio” en Mayorga, F. *Encrucijadas. Ensayos sobre democracia y reforma estatal en Bolivia*. La Paz: Editorial Gente Común – UMSS CESU. pp. 187-212.
- _____ (2007c): “Acerca del Estado Plurinacional” en Mayorga, F. *Encrucijadas. Ensayos sobre democracia y reforma estatal en Bolivia*. La Paz: Editorial Gente Común – UMSS CESU. pp. 213-238.
- Mazurek, H. y Benavides, E. (2006): *Territorio y Constituyente. Diálogos y Reflexiones*. La Paz: CIAT.

- Mc Lennan, G. (1996): “Post-Marxism and the “Four Sins” of Modernist Theorizing” *New Left Review*, 218. pp. 53-74.
- McAdam, D. (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1970*. Chicago: The University of Chicago Press.
- _____ (1994): “Cultura y Movimientos Sociales”, en Laraña, E. y Gusfield, J. *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- _____ (1998): “Orígenes conceptuales, problemas actuales y direcciones futuras”. En Ibarra, Pedro y Tejerina, Benjamín (comps.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Trotta, Madrid, Págs. 89-107)
- McAdam, D. McCarthy, J. y Zald, M. (eds.) (1995): *Comparative Perspectives on Social Movements*. Cambridge: CUP.
- _____ (1999): “Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales” en McAdam, D., McCarthy, J. D. y Zald, M. N. (eds.): *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo. pp. 21-46.
- McDougall, W. (1920): *The Group Mind*. Cambridge, UK: Cambridge: University Press.
- McNally, M. (2009): “Countering the hegemony of the Irish national canon: the modernist rhetoric of Sea’n O’Faola inn (1938–50)” en *Nations and Nationalism*, 15 (3). pp. 524–544.
- Medeiros, C. (2001): “Civilizing the Popular: The Law of Popular Participation and the Design of a New Civil Society in 1990s Bolivia” en *Critique of Anthropology*, 21. pp. 401-25.

- Melucci, A. (1980): “The New Social Movements: A Theoretical Approach” en *Social Science Information*, 19/2. p. 199-226.

- _____ (1989): *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. London: Hutchinson Radius.

- _____ (1994): “¿Qué hay de nuevo en los “nuevos movimientos sociales?” en Laraña, E. y Gusfield, J. (comps.) *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid: CIS. pp. 119-149.

- _____ (1996): *Challenging Codes: Collective Action in the Information Age*. Cambridge: Cambridge University Press.

- _____ (1998): “La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria” en Ibarra, P. y Teherina, B. (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 361- 382.

- Melucci, A. y Diani, M. (1983): *Nazioni senza Stato*. Milán: Loercher.

- Mendoza, P. A. Montaner, C. y Vargas Llosa, Á. (2007): *El regreso del idiota*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.

- Mercadé, F. (1982): *Cataluña: Intelectuales políticos y cuestión nacional*. Barcelona: Península.

- Merton, R. K., Fiske, M. y Kendall, P. F. (1956): *The focused interview*. Glencoe: The Free Press.

- Mesa Gisbert, C. (1983): *Presidentes de Bolivia: entre urnas y fusiles*. La Paz: Gisbert.

- Mesa, J. de, Gisbert, T. y Mesa Gisbert, C. (2002): *Historia de Bolivia*. La Paz: Editorial Gisbert (5ª edición).

- Mesa, J. de; Vázquez Machicado, H. y Gisbert, T. (1983): *Manual de Historia de Bolivia*. La Paz: Editorial Gisbert (4ª edición).
- Mezzadra, S. (2005): *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de sueños.
- _____ (2008): *La condizione postcoloniale. Storia e Politica nel presente globale*. Verona: Ombre Corte.
- Mignolo, W. (2003): *Historias Locales, Diseños Globales*. Madrid: Akal.
- Minogue, K. (1970): “El populismo como movimiento político” en Ionescu, G. y Gellner, E. *Populismo, sus significados y sus características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 241-257.
- Mitre, A. (2008): *Nosotros que nos queremos tanto. Estado, modernización y separatismo: una interpretación del proceso boliviano*. Santa Cruz: El País.
- Modonesi, M. (2008): “Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina. Una lectura gramsciana del cambio de época” en *A Contracorriente* Vol. 5, No. 2. pp. 115-140.
- Mokrani, D. y Gutiérrez, R. (2006): “Sobre las tensiones actuales en Bolivia: el gobierno de Morales, la nacionalización de los hidrocarburos y la recuperación de la soberanía social” en *VVAA Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*”. La Paz: Tercera Piel. pp. 139-160.
- Molina, F. (2008): “Bolivia: la geografía de un conflicto” en *Nueva Sociedad*, 218. pp. 4-13.
- Molina, J. y Grosser, V. (2008): “La construcción del *pueblo*, según Laclau” en *La lámpara de Diógenes, revista de filosofía*, números 16 y 17. pp. 137-157.

- Montenegro, C. (1946 [1990]): *Nacionalismo y coloniaje* La Paz: Editorial Juventud.
 - Morera, E. (1990): *Gramsci's Historicism: A realist Interpretation*. London: Routledge.
 - Morton, A. D. (2007): *Unravelling Gramsci. Hegemony and Passive Revolution in the global economy*. London: Pluto Press Books.
 - Moscovici, S. (1981): "On Social Representations" en Forgas, J. P. (ed.), *Social Cognition*. London: Academic Press. pp. 181-209.
 - Motta, S. C. (2008): "The Chilean Socialist Party (PSCh): Constructing Consent and Disarticulating Dissent to Neo-liberal Hegemony in Chile" en *BJPIR- Political Studies Association*. Vol. 10. pp. 303-327.
 - Mouffe, Ch. (1979): "Hegemony and Ideology in Gramsci" en Mouffe, Ch. (ed.) *Gramsci and Marxist Theory*. London: Routledge & Kegan Paul. pp. 168-205.
- _____ (1993): "Introduction: for an agonistic pluralism" in Mouffe (ed.) *The Return of the Political* London: Verso. pp. 1-8.
- _____ (1993b): "Towards a Liberal Socialism" in Mouffe (ed.) *The Return of the Political* London: Verso. pp. 90-101.
- _____ (1995): "Post-Marxism: democracy and identity", en *Environment and Planning: Society and Space*, 13. pp. 259-265.
- _____ (2007): *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- _____ (2009): “El *fin de la política* y el desafío del populismo de derecha” en Panizza, F. (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 51-70.
- Nagel, J. y Olzak, O. (1982): “Ethnic Mobilization in New and Old States: An extention of the Competition Model” en *Social Problems*, 30. pp. 127-143.
 - Nairn, T. (1977): *The Break up of Britain*. London: New Left Books.
 - Negri, A. y Cocco, G. (2006): *GlobAL: Biopoder y luchas en una América Latina Globalizada*. Buenos Aires: Paidós Ibérica.
 - Negri, A. y Hardt, M. (2004): *Multitud. Guerra y Democracia en la era del Imperio*. Madrid: Debate.
 - Noguera Fernández, A. (2008): *Constitución, plurinacionalidad y pluralismo jurídico en Bolivia*. La Paz: Enlace y OXFAM Gran Bretaña.
- _____ (2008b): “Plurinacionalidad y autonomías. Comentarios para iniciar el debate en torno al nuevo proyecto de Constitución boliviana” en *Revista Española de Derecho Constitucional*, 84. pp. 147-177.
- O’Donnell, G. (1972): *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Paidós.
 - _____ (1997) *Contrapuntos: Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
 - Oberschall, A. (1973): *Social Conflict and Social Movements*. Englewood Cliffs: NJ, Prentice-Hall.

- Olivera, Ó. (2006): “La Coordinadora del Agua y la insubordinación popular” en *VVAA Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*. La Paz: Tercera Piel. pp. 77-86.
- Olson, M. (1965): *The Logic of Collective Action*. Cambridge, MA: Harvard University Press. [(1992): *La lógica de la acción colectiva*. Limusa, México].
- Öncü, A. (2003): “Dictatorship Plus Hegemony: A Gramscian Analysis of the Turkish State” *Science & Society*, Vol. 67, No. 3, Fall 2003, pp. 303-328.
- Orgáz García, M. (2003): *La Guerra del Gas: Nación versus Estado Transnacional en Bolivia*. La Paz: OFAVIN.
- Oslender, U. (2008): *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano. Hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Pachano, S. (2006): “El peso de lo institucional: Auge y caída del modelo boliviano” en *América Latina Hoy*, 43. pp. 15-30.
- Panizza, F. (comp.) (2009): *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Patzi, F. (2004): “Rebelión Indígena” en *Ya es otro tiempo*. pp. 215-226.
- _____ (2006): “Prácticas excluyentes de la democracia boliviana” en Yapu, M. (comp.) *Modernidad y Pensamiento descolonizador. Memoria Seminario Internacional*. La Paz: Universidad Para la Intervención Estratégica en Bolivia. pp. 53-55.
- Peet, R. (2002): “Ideology, Discourse and the Geography of Hegemony: From Socialist to Neoliberal Development in Postapartheid South Africa” en *Antipode* (2002). pp. 54-84.

_____ (2003): *Unholy Trinity: The IMF, The World Bank and WTO*. New York: Zed Books.

- Peña Claros, C. y Jordán Bazán, N. (2006): *Ser cruceño en octubre. Una aproximación al proceso de construcción de la identidad cruceña a partir de la crisis de octubre de 2003*. La Paz: PIEB.
- Peña Claros, C. (2010): “Un pueblo eminente. Autonomist Populism in Santa Cruz” en *Latin American Perspectives*, 37 (3). pp. 125-139.
- Peña Hasbún, P. et al. (2003): *La permanente construcción de lo cruceño. Un estudio sobre la identidad en Santa Cruz de la Sierra*. La Paz: PIEB.
- Pérez Ledesma, M. (1997): “La formación de la clase obrera: una creación cultural” en Pérez Ledesma, M. y Cruz, R. (eds.) *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Alianza Universidad. pp. 201-233.
- Pérez-Agote, A. (1989): “Hacia una concepción sociológica de la Nación”, en Pérez-Agote, A. (comp.) *Sociología del nacionalismo*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Petras, J. (2007): “Evo y su apuesta por el capitalismo” Aportación a la *Conferencia sobre Crisis estatales y emergencia revolucionaria*, con ocasión del 4º Congreso Nacional de Sociología de Bolivia (La Paz, 14.4.2007).
- Petras, J. and Veltmeyer, H. (2005): *Social Movements and State Power: Argentina, Brazil, Bolivia and Ecuador*. London: Pluto Press.
- Pinto Mosqueira, G. (2003): *La Nación Camba: Fundamentos y Desafíos*. Santa Cruz de la Sierra: [No consta].
- Pinto, J. C. (2008): *Cuadernos Constituyentes*. La Paz: REPAC.

- Platt, T. (1982): *Estado boliviano y ayllu andino: Tierra y tributo en el norte de Potosí*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
 - Pletsch, C. (1981): “The Three Worlds or the Division of Social Scientific Labor, circa 1950-1975”. *Comparative Study of Society and History*, 23/4. pp. 565-590.
 - Portantiero, J. C. (1999): “Los usos de Gramsci” en *A. Gramsci. Escritos Políticos (1979-1933)* México DF: Grijalbo.
 - Portelli, H. (1979): *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 - Postero, N. (2007): *Now We Are Citizens. Indigenous Politics in Postmulticultural Bolivia*. Standford: Stanford University Press.
- _____ (2010): “Morales’s MAS government: building indigenous popular hegemony in Bolivia.” *Latin American Perspectives* 37 (3). pp. 18–34.
- Poulantzas, N. (1979): *Estado, poder y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.
 - Prada, R. (2004): *Largo octubre*. La Paz: Plural.
- _____ (2004b): *La Gramática de los Movimientos Sociales*. La Paz: Plural.
- _____ (2006): “La Revolución india” en *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia* Tercera Piel. pp. 131-138.
- _____ (2008): “Análisis de la Nueva Constitución Política del Estado” En *Crítica y Emancipación*, año 1, nº 1. pp. 35-50.

- _____ (2010): "Al interior de la Asamblea Constituyente" en Svampa, M. Stefanoni, P. y Fornillo, B. *Balance y perspectivas. Intelectuales en el primer gobierno de Evo Morales*. La Paz: Archipiélago/Fundación Ebert/Ildis/ Le Monde Diplomatique. pp. 35-74.
- Prats Catalá, J. (Dir.) (2003): *El desarrollo posible, las instituciones necesarias*. La Paz: Plural.
- _____ (2006): "Autonomías para qué. Autonomías territoriales e indígenas en Bolivia" en: electronic magazine IIA, No. 49, Madrid.
- _____ (2009): *Por una izquierda democrática: escritos pensando en Bolivia: Barcelona-La Paz-Santa Cruz, 2004-2009*. La Paz: Plural.
- Prats, J. y Dabdoub, C. (2009): "Hablando e Autonomía con Joan Prats. Entre el proceso constituyente y estatuyente" en *Serie coloquios democráticos Construyendo Autonomía*. Santa Cruz de la Sierra: Gobierno Departamental Autónomo. pp. 1-129. Disponible en: <http://sgp.santacruz.gob.bo/archivos/PN22102010163303.pdf> (Consultado por última vez el 17/1/2011).
 - Pruden, H. (2003): "Santa Cruz entre la post-guerra del Chaco y la Revolución Nacional: cruceños y cambas" en *Revista Historias*, 6. pp. 67-91.
- _____ (2008): "Santa Cruz, ¿departamento o República?". En: *Le Monde diplomatique*. La Paz, Mayo 2008. Pp. 6-7.
- Purnell, J. (2002): "Citizens and Sons of the *Pueblo*: National and Local Identities in the Making of the Mexican Nation" en *Ethnic and Racial Studies*, Vol. 25, 2. pp. 213-237.
 - Quijano, A. (2000): "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Edgardo Lander (comp.) *La Colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericana*. Buenos Aires: Clacso. pp. 201-246.

_____ (2000b): “Colonialidad del poder y clasificación social”, en *Journal of world-systems research*, XI, 2, summer/fall: 342-386.

- Quiroga Santa Cruz, M. (1977): *Oleocracia o Patria*. La Paz: Plural.
- Quisbert Quispe, M. (2007): “La descolonización entre la esperanza y el riesgo” en *Evo Morales entre: Entornos blancoideos, rearticulación de las oligarquías y movimientos indígenas* El Alto: Willka, año 1, n° 1. Pp. 161-200.

_____ (2008): “Racismo y élites criollo-mestizos en el gobierno de Evo Morales” en *Racismo y élites criollas en Bolivia*. El Alto: Willka, año 2, n° 2. pp. 93-128.

- Quisbert Condori, Pablo (2005): “La gloria de la raza. Arturo Posnanky y la arqueología boliviana” en Joseph Farré, Françoise Martínez, Itamar Olivares, *Hommes de science et intellectuels européens en Amérique latine (XIXe-XXe siècles)*, París: Le Manuscrit. pp. 283-304.
- Quispe, F. (2001): Organización y proyecto político de la rebelión indígena aymara-quechua (entrevista realizada por Costas, P.; Chaves, M.; García, A.). en García Linera, Á. Gutiérrez, R. *et al.*. *Tiempos de Rebelión*. La Paz: Muela del Diablo. pp. 163-189.
- Raby, D.L. (2006): *Democracy and Revolution. Latin America and Socialism Today*. London: Pluto Press.

_____ (2006b): “El liderazgo carismático en los movimientos populares y revolucionarios” en *Cuadernos del CENDES*, Año 23. n° 72. pp. 59-72.

- Ramírez Gallegos, F. y Stefanoni, P. (2005): “Potencia societal, empate catastrófico y contrahegemonía en Bolivia” en *Argumentos* n° Especial 48-49, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. pp. 91-105.
- Ramiro Villaroel, H. V. (2006): “Reflexiones preliminares del término ‘hegemonía’ en la prensa escrita boliviana.” en *Sociedad y Discurso*, N°10. pp. 25-37.
- Rancière, J. (2007): *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Recalde, J. R. (1982): *La construcción de las naciones*, Madrid: Siglo XXI.
- Regalsky, P. (2003): *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio*”. La Paz: CEIDIS/ CESU-UMSS/CENDA y Plural Editores.
- Revelli, M. (2010): “Italia: El Reino del Norte” *Sin Permiso*, 11/4/2010 <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3239>
[“L’Italia: Il Regno del Nord”, *Il Manifesto*, 2/4/2010 <http://www.ilmanifesto.it/archivi/commento/anno/2010/mese/04/articolo/2569/> (Consultado por última vez el 14 /6/2010)]
- Reyes, Ó. (2009): “Conservadurismo *skinhead*: un proyecto populista fallido” en: Panizza, F. (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 133-160.
- Reynaga, F. (1969): *Manifiesto del Partido Indio*. La Paz.
Disponible en: <http://www.willka.net/Documentos-filer/Manifiesto.htm> (Última consulta: 19/6/2010)
- Rheingold, H. (2004): *Multitudes Inteligentes. La próxima Revolución social (Smart Mobs)*. Barcelona: Gedisa Editorial.

- Ricoeur, P. (1986): *Lectures on Ideology and Utopia*. New York: Columbia University Press.
- Rivas, A. (1998): “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales” en Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 181-218.
- Rivera, S. (2003): *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua. 1900-1980*. La Paz, Aruwiyiri – Ediciones Yachaywasi. 4º Edición.
- _____ (2007): “Que el pasado sea futuro depende de lo que hagamos en el presente. Enseñanzas de la insurgencia étnica en Bolivia” en Espasandín López, J. e Iglesias Turrión, P. *Bolivia en Movimiento. Acción Colectiva y Poder Político*. Barcelona: El Viejo Topo. pp. 101-128.
- Roca, J. L. (1999): *Fisionomía del regionalismo boliviano*. La Paz: Plural Editores.
- _____ (2000): *Bolivia, después de la capitalización: una crítica al gonismo y sus “reformas”*. La Paz: Plural Ediciones, CID.
- _____ (2001): *Economía y sociedad en el Oriente boliviano (siglos XVI-XX)*. Santa Cruz de la Sierra: COTAS.
- _____ (2009): “Regionalismo, revisitado” en *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. Crabtree, John, Gray Molina, George y Whitehead, Laurence (eds.) La Paz: PNUD/Plural Pp. 69-88.
- Rodríguez Veltzé, E. (2009): “La maduración del poder constituyente en Bolivia” en Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead, L. (eds.) *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente*. La Paz: PNUD/Plural. pp. 161-177.

- Romero Bonifaz, C. (2003): *La reforma agraria en las tierras bajas de Bolivia* en: “Artículo Primero, revista de debate social y jurídico” Año7, n° 14. Santa Cruz de la Sierra. Octubre: CEJIS.
- _____ (2006): *El proceso constituyente boliviano. Crisis de Estado (Serie I)*. Santa Cruz de la Sierra: CEJIS.
- Romero, C. Böhrtr Irahola, C. y Peñaranda, R. (2009): *Del conflicto al diálogo. Memorias del acuerdo constitucional*. La Paz: FES-ILDIS y FBDM.
- Roniger, L. y Azajder, M. (1998): *Constructing Collective Identities & Shaping Public Spheres. Latin American Paths*. Brighton/ Portland (OR): Sussex Academic.
- Rossell, P. (2009): “El proyecto de Evo Morales más allá de 2010” en *Nueva Sociedad* N° 221. pp. 23-32.
- Rúa Bass-Werner, R. (2006): *Principios articulatorios de la propuesta de autonomía*. Tarija: Comité Pro Intereses de Tarija.
Disponible en:
http://www.nacioncamba.net/documentos/propuesta%20de%20autonomia_tarija.htm.
(Consultado por última vez el 4/4/2010)
- Sabucedo, J. M. Grossi, J. y Fernández, C. (1998): “Los movimientos sociales y la creación de un sentido común alternativo” en Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 165-180.
- Sader, E. (2005): “La Revolución democrática en Bolivia” en *Archivo Chile-CEME*.
_____ (2009): *El Nuevo Topo. Los Caminos de la izquierda latinoamericana*. Barcelona: El Viejo Topo.

- Saint-Upéry, M. (2008): “¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y “emergencia plebeya” en los nuevos gobiernos progresistas” en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*. Num. 32. pp. 75-87.
 - Salamanca, D. T. (2005): *La intrincada arquitectura de las dieciocho constituciones de Bolivia*. La Paz: Jireh.
 - Salman, T. (2009): “Bolivia ¿lucha sobre democracia, entre autoritarios o demócratas?” en *Umbrales. Revista del Posgrado en Ciencias del desarrollo*. N° 19, CIDES-UMSA. pp. 79-95.
 - Sallamini, L. (1981): *The Sociology of Political Praxis: An Introduction to Gramsci Theory*. London: Routledge.
 - Samuel, R. (comp.) (1989): *Patriotism, the Making and Unmaking of British National Identity*, 3 vols. London: Routledge.
 - Sánchez de Lozada, G. (1985): “La Nueva Política Económica” en *Foro Económico*. La Paz.
 - Sandoval Arenas, C. D. et al. (2003): *Santa Cruz: economía y poder, 1952-1993*. La Paz: PIEB.
 - Sassen, S. (2001): *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*. Barcelona: Bellaterra.
- _____ (2003): *Contrageografías de la globalización: Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos* Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sassoon, A. S. (1987): *Gramsci's Politics*. London: Hutchinson

_____ (2001): "Globalisation, hegemony and passive revolution", *New Political Economy*, 6 (1). pp. 5-17.

- Saussure, F. (1981): *Course in General Linguistics*. Suffolk: Fontana.
- Savarino, F. (1988): "Populismo: Perspectivas Europeas y Latinoamericanas", en *Espiral*, Septiembre-Diciembre año/vol. XIII, nº 138. Universidad de Guafalajara, México. pp. 77-94.
- Schamis, H. (2002): *Re-forming the State: The Politics of Privatization in Latin America and Europe*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- Schmitt, C. (1927 [1976]): *The Concept of the Politica*. New Brunswick: Rutgers University Press.
- _____ (1947 [2010]): *Diálogo sobre el poder y el acceso al poderoso*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- See, Katherine O'Sullivan (1986): *Firs World Nationalisms*. Chicago: University of Chicago Press.
- Seky-Out A. (1996): *Fanon's Dialectic of Experience*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Selverston-Scher, M. (2001): *Ethnopolitics in Ecuador*. Miami: Miami University Press.
- Sevilla, C. (2010): *La fábrica de conocimiento: la universidad-empresa en la producción flexible*. Madrid: Viejo Topo.
- Shapiro, M. J. (2004): *Methods and Nations: Cultural Governance and the Indigenous Subject*. London/Nueva York: Routledge.

- Sigal, S. y Verón, E. (1985): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Simon, R. (1982): *Introduction to Gramsci's Political Thought*. London: Lawrence and Wishart.
- Sivak, M. (2007): *Santa Cruz: Una tesis*. La Paz: Plural.
- _____ (2008) “Jefazo”. *Retrato íntimo de Evo Morales*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
- Skidmore, T. (1976): *Brasil: De Getúlio a Castelo*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Smith, A. (1983): *Theories of Nationalism*. London: Duckworth.
- _____ (1986): *The Ethnic Origins of Nations*. Cambridge: CUP.
- _____ (1988) “The Myth of the “Modern Nation” and the Myths of Nations”, *Ethnic and Racial Studies*, vol. 12, núm. 3. pp. 340-367.
- _____ (2001): *Nationalism*. Cambridge: Polity Press.
- _____ (1995). “Gastronomy or Geology? The Role of Nationalism in the Reconstruction of Nations”, en *Nations and Nationalism*, vol. 1 nº 1. pp. 3-23; [(2003): “Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones” en Smith, A. y Máiz, R. *Nacionalismos y movilización política*. Buenos Aires: Prometeo Libros. pp. 7-41].
- Smith, A. y Máiz, R. (2003): *Nacionalismos y movilización política*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Smith, A.M. (1994): *New Right Discourse on Race and Sexuality*. Cambridge: Cambridge University Press.

_____ (1998): *Laclau and Mouffe: The Radical Democratic Imaginary*. London: Routledge.

- Smith, J. (1998): “Nacionalismo, globalización y movimientos sociales” en Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 321-336.
- Snow, D. Rochford, E. Worden, K y Benford, R. (1986): “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation” en *American Sociological Review*, 51. pp. 464-481.
- Snow, D. y Benford, R. (1988): “Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization” en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (eds.) *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*. Greenwich: JAI Press. pp. 197-217.

_____ (1992): “Master frames and cycles of protest”, en Morris, A. y Mueller, C. (eds.) *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press. pp. 133-155.

- Solíz Rada, A. (2009): *Hacia una bolivianización de la política hidrocarburífera*. Cochabamba: Somos Sur.
- Sorel, G. (1906 [2005]): *Reflexiones sobre la violencia* Madrid: Alianza Editorial.
- Soruco, X. (coord.) (2008): *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. Fundación Tierra: Santa Cruz.

_____ (2009) “Estado plurinacional-pueblo, una construcción inédita en Bolivia” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO), año X, N° 26. pp. 19-33.

- Sousa Santos, B. (2005): *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Editorial Trotta/ILSA.

_____ (2007): *La reinención del Estado y el Estado Plurinacional*. Santa Cruz de la Sierra: CENDA-CEJIS-CEDIB.

- Speeding, A. y Arnold, D. (2005): *Ecología, municipio y territorio en el Altiplano y Los Yungas de La Paz, Bolivia*. La Paz: Rimisp.
- Spivak, G. Ch.(1990): *The post-colonial critic: interviews, strategies, dialogues*. London: Routledge.
- Stavenhagen, R. (1996): *Ethnic Conflicts and The Nation State*. London: MacMillan.
- Stefanoni, P. (2003): *El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995- 2003)*. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO- Buenos Aires. pp. 1-49.

Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/stefanoni.pdf>

(Consultado por última vez el 18/1/2011).

_____ (2007): “Siete preguntas y siete respuestas sobre la Bolivia de Evo Morales” en *NUEVA SOCIEDAD*, 209. pp. 46-65.

_____ (2007b): “Las tres fronteras de la *Revolución* de Evo Morales: Neodesarrollismo, decisionismo, multiculturalismo” en Svampa M. y Stefanoni, P. *Bolivia: Memoria, insurgencia y movimientos sociales*. El Colectivo/ CLACSO. pp. 67-96.

_____ (2010): “Bolivia después de las elecciones: ¿A dónde va el *evismo*” en *Nueva Sociedad*, 225. pp. 4-17.

- _____ (2010b): "¿Pueblo enfermo o raza de bronce? Etnicidad e imaginación nacional en Bolivia (1900-2010)" en: Svampa, M. Stefanoni, P. y Fornillo, B. (eds.): *Debatir Bolivia. Los contornos de un proyecto de descolonización*. Buenos Aires: Taurus. pp. 97-136.
- Stefanoni, P. y Do Alto, H. (2006): *Evo Morales, de la coca al Palacio. Una oportunidad para la izquierda indígena*. La Paz: Malatesta.
 - Stefanoni, P.; Ramírez, F. y Svampa, M. (2009): *Biografía política e intelectual. Álvaro García Linera*. La Paz: Le Monde Diplomatique Edición Boliviana.
 - Stein, S. (1987): "Populism and Social Control" en Archenti, E. Camak, P. y Roberts, B. (eds.) *Sociology of Developing Societies*. London: Macmillan. pp. 123-135.
 - Stern, S. (ed.) (1987): *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World: 18th to 20th Centuries*. Madison: University of Wisconsin Press.
 - Subercaseaux, E. y Sierra, M. (2007): *Evo. Despertar Indígena*. Tafalla: Txalaparta.
 - Svampa, M. Stefanoni, P. y Fornillo, B. (2010): *Balance y perspectivas. Intelectuales en el primer gobierno de Evo Morales*. La Paz: Archipiélago/Fundación Ebert/Ildis/ Le Monde Diplomatique.
 - Silver, B. y Slater, E. (2001): "Los orígenes sociales de las hegemonías mundiales" en Arrighi, G. y Silver, B. (eds.): *Caos y orden el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal. pp. 157-221.
 - Sweezy, Paul, M. (1942 [1991]): *The theory of Capitalist Development: Principles of Marxian Political Economy*. New York: Oxford University Press.
 - Taine, A. H. (1878 [1986]): *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Barcelona: Orbis.

- Tapia, L. (2002) *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo, modernidad*. La Paz: Muela del Diablo.

_____ (2004): “Crisis y lucha de clases” en García Linera, A. Tapia, L. y Prada, R. *Memorias de octubre*. La Paz: Muela del Diablo. pp. 7-25.

_____ (2006): “La composición política, o la nueva composición política en Bolivia” en VVAA: *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*. La Paz, Tercera Piel. pp. 245-265.

_____ (2006b): “Las temporalidades de la política post electoral”. *OSAL-Observatorio Social de América Latina-CLACSO*, 21. pp.45-55.
Disponible en:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal21/Tapia.pdf> (Consultado por última vez el 17/1/2011).

_____ (2008): *Política salvaje*. La Paz: CLACSO/ Muela del diablo/ Comuna.

_____ (2009): “La constitución del país y las reformas a la Constitución Política” en Crabtree, J. Gray Molina, G. y Whitehead, L. (eds) *Tensiones Irresueltas Bolivia, pasado y presente.*) La Paz: PNUD/Plural. pp. 179-188.

- Tarde, G. (1901 [1986]): *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.
- Tarrow, S. (2004): *El poder en movimiento*. Barcelona: Taurus.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1986): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados* Buenos Aires: Paidós.
- Taylor, P. J. y Flint, C. (2002): *Geografía Política: Economía-Mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama .

- Tejerina, B. (2002): “Movimientos sociales y producción de identidades colectivas en el contexto de la globalización” en Robles, J. M. (comp.) (2002): *El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones*. Madrid: Machado Libros. pp. 147-188.
- Tejerina, B. Fernández-Sobrado, J. M. y Aierdi, X. (1995): *Sociedad civil, protesta y movimientos sociales en el país Vasco*. Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritza-Gobierno Vasco.
- Thompson, E. P. (1991): *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*. London: The Merlin Press.
- Thomson, S.r (2002): *We Alone Shall Rule: Native Andean Politics in the Age of Insurgency*. Madison: University of Wisconsin.
- Ticona Alejo, E. (2007): “Los movimientos sociales indígena-campesinos en tiempos de Evo Morales y la Bolivia constituyente” en *Evo Morales entre: Entornos blancoides, rearticulación de las oligarquías y movimientos indígenas* El Alto: Willka, año 1, nº 1. pp. 119-140.
- Tilly, Ch. (comp.) (1975): *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1978) *From Mobilization to Revolution*. Reading, Massachussets: Addison-Wesley.
- _____ (1998): “Conflicto político y cambio social” en Ibarra, P. y Tejerina, B. (eds.) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta. pp. 26-38.
- Tonkin, E. McDonald, M., y Chapman, M. (comps.) (1989): *History and Ethnicity*, ASA Monographs 27. London: Routledge.

- Torfing, Jacob (1999): *New Theories of Discourse: Laclau, Mouffe and Zizek*. Brighton: Blackwell Publishers.
- Touraine, A. (1989): *América Latina: Política y Sociedad*. Madrid: Espasa Calpe.
 _____ (1995): *Critique of Modernity*. Oxford: Oxford University Press.
 _____ (1998): “Las políticas nacional-populares” en Mackinnon, M. M. y Petrone, M. A. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. pp. 329-359.
- Townshend, J. (2003): “Discourse theory and political analysis: a new paradigm from the Essex School?” en *British Journal of Politics and International Relations* 5(1). pp. 129-142.
 _____ (2004): “Laclau and Mouffe’s Hegemonic Project: The Story So Far” en *Political Studies Association*, VOL. 52. pp. 269-288.
- Urenda, J. C. (1987): *Autonomías departamentales: la alternativa al centralismo boliviano*. La Paz: Los Amigos del Libro.
 _____ (2004): *Las autonomías departamentales en la reforma constitucional*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
 _____ (2006): *Separando la paja del trigo. Bases para construir las autonomías departamentales*. Santa Cruz de la Sierra: El País.
 _____ (2007): *Autonomías departamentales. Un aporte para la Asamblea Constituyente*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.
- Valdivia, G. (2010): “Agrarian Capitalism and Struggles over Hegemony in the Bolivian Lowlands” en *Latin American Perspectives*, 37 (4). pp. 67-87.

- Vallés, M. S. (1999): *Técnicas cualitativas de investigación social.. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.
 - Van der Berghe, P. (1981): *The Ethnic Phenomenon*. Nueva York: Elsevier.
 - Van Dijk, T. A. y Kintsch, W. (1983): *Strategies of Discourse Comprehension*. Nueva York: Academic Press.
 - Van Dijk, T. A. (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona: Paidós.
- _____ (1999) "El análisis crítico del discurso" en *Anthropos* (Barcelona), 186. pp.23-36.
- _____ (2000): *Estudios del discurso* (2 vols.). Barcelona: Gedisa.
- _____ (2003): *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Gedisa.
- Vega, Ó. (2006): “¿Qué es la democracia? La metamorfosis de la política en Bolivia” en VVAA (2006): *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*”. La Paz: Tercera Piel. pp. 185-198.
- _____ (2010): *Errancias. Aperturas para vivir bien*. La Paz: CLACSO/Comuna/Muela del Diablo [En prensa]
- Veltmeyer, H. (2006): “El proyecto post-Marxista: aporte y crítica a Ernesto Laclau” *Theomai Journal: Society, Nature and Development Studies*, 14. pp. 1-14. Disponible en: <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtVeltmeyer.pdf> (Consultado por última vez el 17/1/2011).

- Verón, E. (1971): “Condiciones de producción, modelos generativos y manifestación ideológica” en Verón, E. (comp.) *El proceso ideológico*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo. pp. 251-292.
- Viaña, J. (2006): “Autodeterminación de las masas y democracia representativa. Crisis estatal y democracia en Bolivia (2000-2006)” en VVAA *Sujetos y formas de la transformación política en Bolivia*”. La Paz: Tercera Piel. pp. 199-244.
- Viciano Pastor, R. y Martínez Dalmau, R. (2005): “El proceso constituyente venezolano en el marco del nuevo constitucionalismo latinoamericano” en *Ágora-Revista de Ciencias Sociales*, 13. pp. 55- 68.
- Viejo Viñas, R. (2005): “Del 11-S al 15-F y después: Por una gramática del movimiento ante la Guerra global permanente” en Brandáriz, José Antonio y Pastor, Jaime (eds.): *Guerra global permanente. La nueva cultura de la inseguridad*. Madrid: Catarata. pp. 80-123.
- Vilas, C. M. (1981): “El populismo como estrategia de acumulación: América Latina” en *Críticas de la economía política* n° 20/21. México DF. pp. 95- 147.
- _____ (2003): “¿Populismo reciclado o neoliberalismo a secas? El mito del ‘neopopulismo’ latinoamericano”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 3, vol. 9. pp. 13-36.
- Villegas Quiroga, C. (2002): *Privatización de la Industria Petrolera en Bolivia: Trayectoria y efectos tributarios*”. La Paz: CIDES-UMSA y Plural.
- Virno, P. (2003): *Gramática de la multitud*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- VV.AA. (2001): *Estudiantes, antiestudiantes, policía, prensa, poder*. Madrid: Traficantes de Sueños y Colectivo Maldejojo.

- VVAA (2010): *Historia, coyuntura y descolonización. Katarismo e indianismo en el proceso político del MAS en Bolivia*. La Paz: Fondo Editorial Pukara- Edición electrónica.

Disponible en:

<http://periodicopukara.com/archivos/historia-coyuntura-y-descolonizacion.pdf>

(Consultado por última vez el 14/7/2010)

- Waldmann, A. (2008): *El hábitus cambia. Estudio etnográfico sobre Santa Cruz de la Sierra*. Santa Cruz de la Sierra: Editorial El País.
- Walsh, E. y Warland, R. (1983): “Social Movement Involvement in the Wake of a Nuclear Accident: Activists and Free Riders in the Three Mile Island Area” en *American Sociological Review*, 48. pp. 764-780.
- Wallerstein, I. (1974): *The modern World-System. Vol. 1*, Nueva York: Nueva York, Academic Press. [(1979): *El moderno sistema mundial. Vol.1* Madrid, Siglo XXI].

_____ (1983): “The Three Instantes of Hegemony in the History of the Capitalist World-System” en *International Journal of Comparative Sociology* XXIV, 1-2. pp. 100-108. [(2004): “Las tres hegemonías sucesivas en la historia de la economía-mundo capitalista” en Wallerstein, I. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal. pp. 240-248].

_____ (1984): “Long Waves as capitalist Process” en *Review VII*, 4. pp.559-575. [(2004): “Las ondas largas como procesos capitalistas” en Wallerstein, I. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal. pp. 199-211].

_____ (1987): “The construction of peoplehood” en *Sociological Forum* II, 2. pp. 373-388. [(2004): “La construcción del pueblo: racismo, nacionalismo, etnicidad”, en Wallerstein, I.: *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid: Akal. pp. 273-286].

_____ (1989): "1968, Revolution in the World-System" en *Theory and Society* XVIII, 4. pp. 431-449. [(2004): "1968, una Revolución en el sistema-mundo: tesis e interrogantes" en Wallerstein, I. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid, Akal. pp. 345-360.]

_____ (2003): "Entering Global Anarchy" en *New Left Review* II/22. pp. 27-35 [(2004): "La debilidad estadounidense y la lucha por la hegemonía", en Wallerstein, I. *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*. Madrid, Akal. pp. 474-480].

- Weffort, F. (1998): "El populismo en la política brasileña" en Mackinnon, M. M. y Petrone, M. A. (comp., *Populismo y Neopopulismo en América Latina: el problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba. pp. 135-152.
- Whitehead, L. (2001): "Bolivia, 1930-1990" en Bethell, L (ed.). *Historia de América Latina. Vol. 16. Los Países Andinos desde 1930*. Barcelona: Editorial Crítica. pp. 105-172 .
- Wiles, P. (1969): "Un Síndrome, no una Doctrina: Algunas Tesis Elementales sobre el Populismo, en: Ionescu, G. y Geller, E. (comps.) *Populismo: Sus Significados y Características*. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 203-220.
- Wilson, J. (1973): *Introduction to Social Movements*. New York: Basic Books.
- Wodak, R. and Meyer, M. (2001): *Methods of Critical Discourse Analysis*. London: Sage.
- Worsley, P. (1970): "El concepto de populismo" en Ionescu, G. y Gellner, E. (comps). *Populismo, sus significados y sus características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu. pp. 258-304.
- Zalles, A. (2006): "Una pieza más en el rompecabezas boliviano. El proyecto autonomista de Santa Cruz" en *Nueva Sociedad*, 201. pp. 20-32.

_____ (2008): “Bolivia: hundimiento de la Asamblea Constituyente naufragio del proyecto de Constitución” en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 32. pp. 145-53.

- Zanatta, L. (2008): “El populismo, entre la religión y la política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina.” En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 19. No 2. pp. 29-45.
- Zavaleta Mercado, R. (1983): “Las masas en noviembre” en *VVAA Bolivia hoy*. México DF: Siglo XXI. pp. 11-59.

_____ (1985): *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Siglo XXI
[(2008): *Lo nacional-popular en Bolivia*. La Paz: Plural.]

- Zegada Claire, M. T. (2010): “Elementos para pensar la reconfiguración del campo político boliviano” en *Cuadernos de pensamiento crítico latinoamericano CLACSO*, 23. pp. 1-4.
- Zibechi, R. (2006): *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*. Buenos Aires: Tinta Limón.

_____ (2009): *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. La Paz: Textos Rebeldes.

- Žižek, S. (1989): *The Sublime object of ideology*. London: Verso.

_____ (1990): “Beyond Discourse-Analysis” en Laclau, E. (ed.) *New Reflections on the Revolution of Our Time*. London: Verso. pp. 249-260.

_____ (1991): *For They Know Not What They Do. Enjoyment as a Political Factor*. London: Verso.

_____ (1999): *The Ticklish Subject: The Absent Centre of Political Ontology*. London: Verso.

_____ (2000): “Da Capo senza Fine” en Butler, J. Laclau, E. y Žižek, S. *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. pp. 215-262.

_____ (2007): *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

_____ (2010): “Un gesto leninista hoy. Contra la tentación populista” en: Žižek, S., Budgen, S. y Kouvelakis, S. (eds.) *Lenin reactivado: Hacia una política de la verdad*. Madrid: Akal. pp. 75-97.

- Zuazo, M. (2010): “¿Los movimientos sociales en el poder? El Gobierno del MAS en Bolivia” en *Nueva Sociedad*, 227. Pp. 120-135.
- Zúquete, J. P. (2007): *Missionary Politics in Contemporary Europe*. Syracuse: Syracuse University Press.